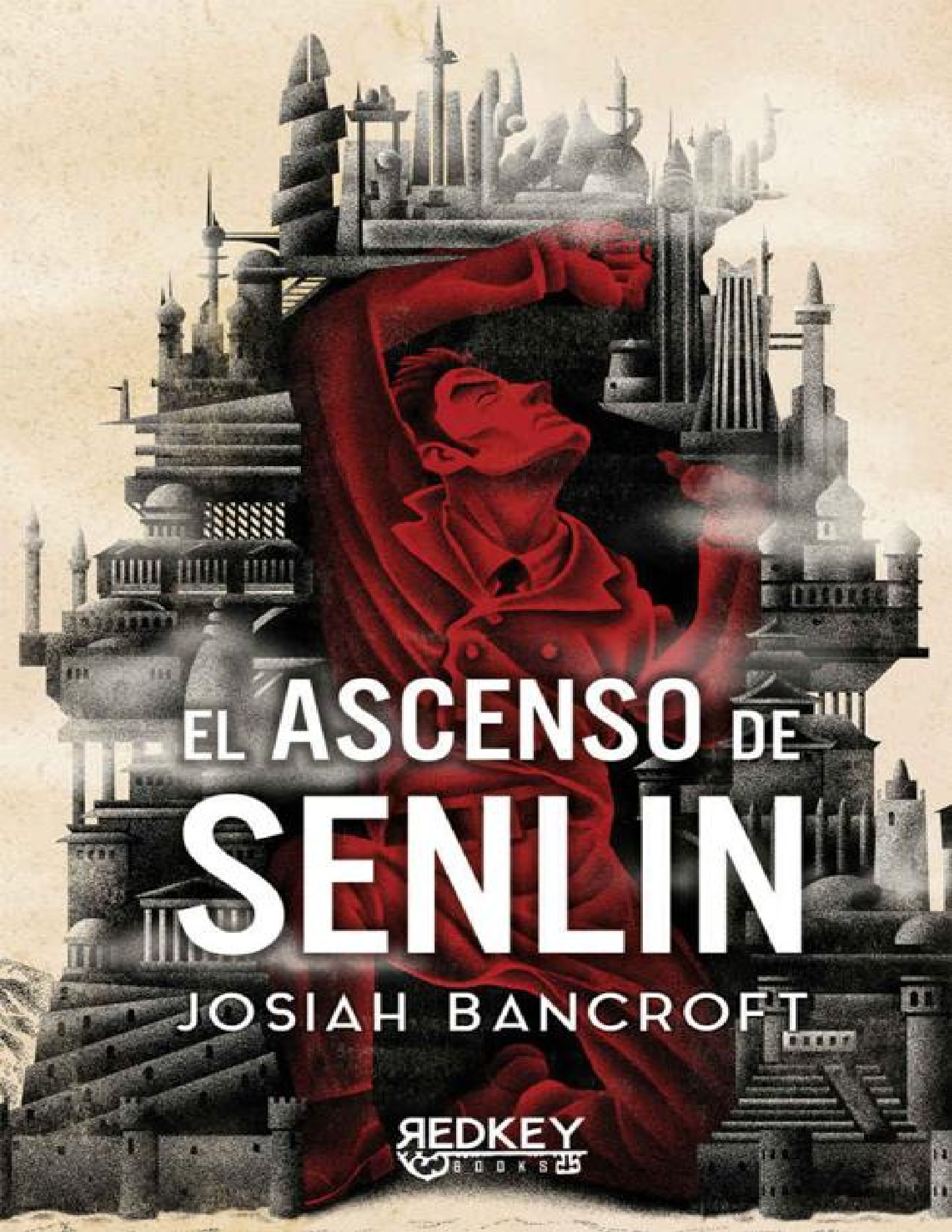

EL ASCENSO DE
SENLIN
JOSIAH BANCROFT
REDKEY
BOOKS

SINOPSIS

Thomas Senlin, el afable director de una escuela de un pequeño pueblo, y su esposa Marya deciden pasar su luna de miel en la Torre de Babel, la mayor maravilla del mundo. Pero al poco de llegar a su destino, la pareja se separa en medio del abrumador enjambre de turistas, residentes y aprovechados que pululan al pie de la Torre. Si quiere encontrar a Marya, Senlin tendrá que adentrarse en esa inmensa estructura y recorrer los innumerables reinos que se apilan en su interior unos sobre otros como las capas de un pastel. Un mundo de genios y tiranos, de aeronaves y máquinas de vapor, de animales inusuales y de artilugios misteriosos, donde acechan las traiciones y los asesinos.

Senlin no tardará en descubrir que si quiere volver a ver a su esposa deberá hacer algo más que sobrevivir. El pacífico director tendrá que convertirse en un auténtico hombre de acción.

El ascenso de Senlin es la primera novela de la serie *Los libros de Babel*, una tetralogía de fantasía *steampunk* que sumerge al lector en un mundo de maravillas y de peligros que gira a una velocidad de vértigo. Fue también la primera obra publicada de su autor, Josiah Bancroft, con la que cosechó un gran éxito de crítica y público, y que lo ha situado como uno de los autores de fantasía más prometedores de la actualidad.

EL ASCENSO DE SENLIN

LOS LIBROS DE BABEL
PRIMERA PARTE
EL ASCENSO DE SENLIN



JOSIAH BANCROFT

TRADUCIDO POR RAÚL GARCÍA CAMPOS

REDKEY BOOKS

EL ASCENSO DE SENLIN

Título original: *Senlin Ascends.*
The Books of Babel: Book 1.
Copyright © 2013 by Josiah Bancroft
Mapas de Josiah Bancroft

© de la ilustración de portada, Ian Leino
© de la traducción, Raúl García Campos, 2023
© de esta edición, Red Key Books, 2023
Calle Pere IV, 51, 4º 4ª, 08018 Barcelona
www.redkeybooks.com

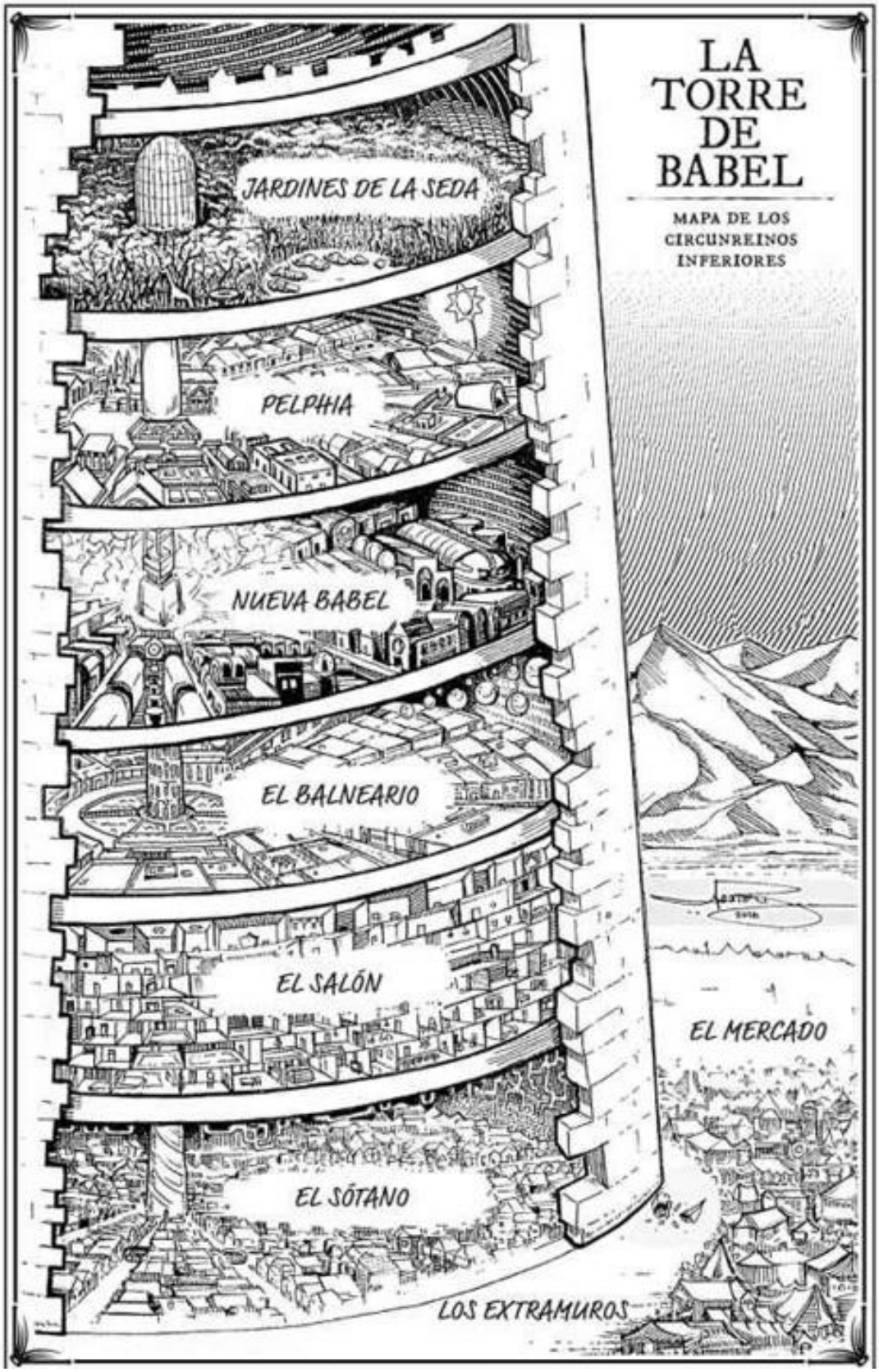
Primera edición: enero de 2024

Diseño y maquetación: Claudia Andrade

ISBN: 978-84-125896-9-6

Todos los derechos reservados:
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, la difusión a través de internet y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Para Sharon, que nunca se pierde entre la multitud.


LA TORRE DE BABEL
MAPA DE LOS CIRCUNREINOS INFERIORES
JARDINES DE LA SEDA
PELPHIA
NUEVA BABEL
EL BALNEARIO
EL SALÓN
EL SÓTANO
EL MERCADO
LOS EXTRAMUROS

A la Torre de Babel se la conoce también como «la pila de la humanidad». Su grandeza, sus variados circunreinos y sus alturas, tan enigmáticas como opulentas, se antojan irresistibles para todo aquel que la visita. Nos vemos atraídos por ella como el agua que corre hacia el desagüe.

Introducción de la *Guía popular de la Torre de Babel*
(decimocuarta edición)

PRIMERA PARTE

El Sótano y el Salón

Capítulo uno

> La Torre de Babel es célebre sobre todo por las finas sedas y por los dirigibles de fábula que fabrica, pero los visitantes descubrirán también otros géneros más intangibles. La fantasía, la aventura y el romanticismo sustentan el verdadero negocio de la Torre.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, I. V

Era un viaje de cuatro jornadas en tren desde la costa hasta el desierto donde la Torre de Babel se erigía como un colmillo sobre las fauces de la tierra. Primero habían atravesado unos pastizales, salpicados de alguna que otra cabeza de ganado de engorde y de varios caseríos sin demasiado encanto, y después el tren había ascendido por una cordillera veteada de nieve donde los cóndores reposaban en unos nidos tan grandes como un almiar. Nunca se habían alejado tanto de casa. A continuación, descendieron por las estribaciones de esquisto, que a juicio de él semejaban un campo de pizarras despedazadas, y por entre los cipresales, que a juicio de ella semejaban un campo de sombrillas abiertas, hasta que por último llegaron a la cuenca árida. El suelo era del color de una cadena oxidada y el polvo que se desprendía de él se adhería en cualquier parte. El desierto no estaba en absoluto despoblado. El tren compartía parte del trayecto con una multitud de caravanas, todas ellas una mezcla de ruedas, de pezuñas y de pies en movimiento. A lo largo de la mañana, los distintos grupos de visitantes acabaron formando tal aglomeración que el tren se vio obligado a reducir la velocidad y a avanzar con más pesadez. Su compartimento parecía vadear la bulliciosa marea de diligencias y de carros tirados por bueyes, la infinidad de turistas, de peregrinos, de migrantes y de mercaderes que procedían de todos los estados de la vasta nación de Ur.

Thomas Senlin y Marya, con la que acababa de contraer matrimonio, contemplaban el muestrario de personas por la ventanilla abierta del soleado coche cama. La mano de ella, blanca como la porcelana, descansaba liviana sobre los dedos largos de él. Una pequeña tropa de soldados desgarbados con la pechera roja se abría paso con sus caballos palominos entre los miembros de una familia que, montados en camello, llevaban la cabeza protegida con un pañuelo a cuadros. Los barritos de los elefantes se imponían al traqueteo del tren, y aquí y allá, sometidos a los vientos cálidos que se agitaban en las alturas, los dirigibles holgazaneaban, deslizándose de forma inexorable hacia la Torre de Babel. Los globos que sostenían las naves en el aire rivalizaban en colorido con los postes de mayo.

Desde que viraran hacia la Torre, no habían alcanzado a ver la enorme aguja por la ventanilla del compartimento. Lo cual no impidió que Senlin renunciara a describirla.

—No está muy claro cuántos niveles tiene. Algunos estudiosos afirman que cincuenta y dos, mientras que otros aseguran que llega a sesenta. Es imposible hacer una estimación desde abajo —dijo Senlin, enfrascado de nuevo en la enumeración de hechos con la que no había dejado de obsequiar a su joven esposa desde el comienzo del viaje—. Son muchos, aeronautas y místicos sobre todo, los que dicen que han llegado a ver la punta. Claro está, ninguno de ellos ha podido aportar una sola prueba que dé veracidad a sus alardes. Algunos de esos exploradores han llegado incluso a declarar que la Torre sigue elevándose, ¿te lo puedes creer?

Estos hechos triviales lo reconfortaban, como cualquier otro tipo de hecho. Thomas Senlin era un hombre reservado y de natural tímido que encontraba a sus mejores aliados en los horarios, en las rutinas y en los registros escritos.

Marya asentía complaciente, aunque a todas luces distraída por el gentío que los rodeaba. Sus grandes ojos verdes brincaban emocionados de una escena exótica a otra; lo que Senlin observaba de refilón, ella lo absorbía por entero. Senlin sabía que, al contrario que a él, a Marya la estimulaba aquel tipo de espectáculos y de multitudes, aunque en casa no tuvieran muchas ocasiones de ver ni lo uno ni lo otro. El desfile del otro lado de la ventanilla nunca se había dado en Isaugh, una villa de pescadores desecada por la acción de la sal que ahora quedaba a cientos de kilómetros tras ellos. Marya nunca había tenido otro hogar, aparte del conservatorio para chicas en el que estudió durante cuatro años. En la villa había dos tabernas, un club de *whist* y un ayuntamiento que servía como salón de baile cuando la ocasión lo requería. Pero de ninguna manera se la podía considerar una metrópolis.

Marya se sobresaltó cuando uno de los camellos pasó la cabeza demasiado cerca de la ventanilla. Senlin intentó tranquilizarla manteniendo la calma, pero también a él se le escapó un gritito en el momento en que el animal resopló, rociándolos con su saliva cálida. Frustrado ante tamaña falta de decoro, Senlin carraspeó y agitó su pañuelo para espantarlo.

El servicio de té que engalanaba el desayuno tintineó y las cucharillas se agitaron en las tazas vacías cuando el maquinista accionó los frenos hasta que el tren se detuvo casi del todo. Thomas Senlin llevaba ahorrando y planificando este viaje desde que empezó a trabajar. Quería ver esas maravillas sobre las que tanto había leído, y aunque tendría que poner sus nervios a prueba, confiaba en que su aplomo y su intelecto lo ayudaran a que todo saliera bien. Subir por la Torre de Babel, aunque fuera solo los primeros niveles, era su mayor ambición, de modo que estaba muy emocionado. Aunque en modo alguno lo parecía, pues acostumbraba a conducirse con indiferencia, ocultando siempre sus emociones. Así actuaba también en clase. Ya no sabía de qué otra forma comportarse.

Fuera, uno de los dirigibles pasó tan a ras del suelo que las amarras empezaron a rozar las cabezas de la gente. Senlin se preguntó por qué habría descendido tanto, o si tal vez acababa de despegar. Marya dio un grito jubiloso y se tapó la boca con la mano. Él observó boquiabierto que el capitán de la aeronave urgía por señas a la tripulación para que avivara el quemador y recogiera las amarras, órdenes que se acataron en el acto pese al pánico desatado, pero no antes de que un joven que estaba entre la multitud agarrara uno de los cabos sueltos. El osado muchacho pronto se vio alzado por encima de la muchedumbre, y por los pelos evitó golpear la caja de una carreta con los pies antes de seguir elevándose y perderse de vista.

La escena parecía casi cómica desde abajo, pero a Senlin se le revolvió el estómago al pensar en cómo debía de sentirse el joven al tener que sobrevolar la turba dependiendo tan solo de la fuerza de sus manos. En efecto, la espontánea escena le había parecido tan demencial que optó por sacársela de la cabeza sin más. En la *Guía* se indicaba que el Mercado era un lugar que tendía al alboroto. Por lo que se veía, la descripción parecía quedarse algo corta.

Nunca pensó que haría este viaje de recién casado. De hecho, nunca había imaginado que encontraría a una mujer que lo aceptara. Marya era varios años más joven que él, pero Senlin, a sus treinta y tantos, no creía que su reciente matrimonio fuera tan inusual. No obstante, algunos los habían mirado raro en Isaugh. Recogidas entre los riscos que bordeaban el mar Niro, las gentes de la villa recelaban de cuanto se saliera de las cadencias que marcaban las mareas y las temporadas de pesca. Pero, como director y, de hecho, como único maestro de la escuela de Isaugh, solía hacer oídos sordos a los chismorreos. Desde luego, no eran pocos de los que estaba al tanto. A su juicio, los chismorreos eran el teatro de los ignorantes, y él no se había casado para animar la conversación durante el desayuno de nadie.

Él se había casado por motivos puramente prácticos.

Marya encajaba muy bien con él. Era afable y culta; meditaba las cosas, aunque sin obsesionarse ni darles demasiadas vueltas; y tenía buenos modales, sin pecar de rígida. Llevaba bien las largas horas que él dedicaba a sus estudios, así como su carácter callado, que otros solían atribuir a su supuesto estoicismo. Senlin suponía que Marya se había casado con él porque era un hombre bondadoso, e incluso templado, y porque tenía un trabajo fijo. Ganaba quince siclos semanales, que equivalían a un salario anual de trece minas; en absoluto podía considerarse una fortuna, pero les bastaba para vivir sin apreturas. Desde luego, Marya no se había casado con él por su aspecto. Pese a que, por separado, sus rasgos podían resultar atractivos, en conjunto les costaba equilibrarse los unos a los otros. Sus alumnos le habían adjudicado el mote de «el Esturión» porque tenía el cuerpo alargado y porque estaba escuálido, y por lo mucho que se le marcaban los huesos.

Cómo no, Marya también tenía algunos hábitos inusuales. Leía libros mientras caminaba hacia la villa, de lo que podían dar fe sus muchas faldas rotas y sus rodillas arañadas. Dado que las alturas no le producían vértigo, acostumbraba a encaramarse al tejado solo para ver asomar por el horizonte las velas de los barcos que llegaban. Tocaba el piano con un estilo delicioso a la par que brutal. Cantaba como una sirena enloquecida mientras interpretaba baladas y cancioncillas populares aporreando las teclas, dejando a su paso no pocos pianos desafinados. Y, aun así, sus extravagancias despertaban la admiración de muchos. En Isaugh todos la encontraban encantadora y con frecuencia le pedían que tocara en este o en aquel local. Ni siquiera el gris plomizo de los inviernos de la villa templaba su vivacidad. Por tanto, a todo el mundo le desconcertaba un poco que se hubiera casado con el Esturión.

Ese día llevaba puesta su ropa de viaje: una falda caqui que le llegaba hasta las rodillas, una blusa blanca y un salacot un tanto excéntrico que le cubría el ondulado cabello cobrizo. El sombrero lo había teñido de rojo, decisión con la que Senlin no había estado muy de acuerdo, pero para convencerlo le bastó con decirle que así la distinguiría con mayor facilidad entre la multitud. Por su parte, él vestía un traje gris de pana fina, atuendo que le parecía demasiado

informal, incluso para viajar, pero ella le había asegurado que estaba de moda y que le daba un aire más desenfadado. Además, estaban de luna de miel, ¿no?

Un niño que llevaba un chaleco tosco de piel de cabra trepó con agilidad por el costado del vagón con unos aros de pan ensartados en el brazo. Senlin le compró uno, y Marya y él degustaron la masa caliente y sabrosa mientras el tren avanzaba pausado hacia la Estación Central de Babel, donde convergían multitud de vías.

Habían tenido que posponer el viaje de novios para no interferir en el transcurso del año escolar. Senlin podría haberse decantado por un destino más conveniente y modesto, como un hotel junto al mar o como una cabaña en el campo, donde se habrían aislado durante un fin de semana, pero la Torre de Babel era mucho más que un lugar donde pasar unos días de asueto. Todo un mundo se sostenía sobre sus cimientos de piedra. De joven, había leído sobre las contribuciones de la Torre al ámbito del teatro y del arte, sobre lo que le había aportado a la ciencia y sobre su avanzada tecnología. Incluso se rumoreaba que la electricidad, un bien de consumo todavía desconocido en los pueblos más humildes de Ur, fluía sin ningún tipo de impedimento por los niveles superiores de la Torre. Era, así, el faro de la civilización. Porque, como aseveraba el viejo dicho: «La tierra no sacude la Torre, sino que la Torre sacude la tierra».

Al cabo, el tren terminó de detenerse, aunque no veían la estación por la ventanilla. El revisor se asomó a su compartimento y les informó de que tendrían que bajarse; las vías estaban colapsadas y no podían reanudar la marcha. Nadie parecía actuar como si se tratara de algo inusual. Además, después de los varios días que llevaban sentados y balanceándose sobre los raíles, la idea de dar un paseo los atraía bastante. Senlin reunió los dos bultos que componían el equipaje de ambos: un macuto de cuero cosido para los efectos personales de él y, para los de ella, un baúl sencillo dotado de unas ruedas voluminosas en uno de los lados y de un asa en el otro. Insistió en encargarse él de los dos.

Antes de que salieran del vagón y mientras ella tiraba de la caña de sus botas de cuero marrón y se alisaba la falda, Senlin recitó los tres consejos fundamentales que había extraído de su ejemplar de la *Guía popular de la Torre de Babel*. En primer lugar, mantener el dinero a buen recaudo. (Antes de emprender el viaje, le había encargado a un sastre del pueblo que cosiera unos bolsillos ocultos por dentro de la pretina de sus pantalones y de la bastilla de la falda de Marya). En segundo lugar, no ceder a los ruegos de los mendigos. (Lo que solo servía para que se envalentonaran). Y, por último, nunca perder de vista a tus acompañantes. Le pidió a Marya que también ella recitara estas recomendaciones según recorrían atropelladamente el vestíbulo que, revestido con una moqueta dorada, conectaba los vagones. Ella accedió, aunque añadiendo una nota de humor.

—Cuarta regla: no besar a los camellos.

—Esa no es la cuarta regla.

—¡Díselo a los camellos! —exclamó ella, que siguió adelante con su paso saltarín.

En cualquier caso, ninguno de los dos estaba preparado para la escena con la que se toparon cuando bajaron la escalerilla del tren. La multitud era una gelatina que lo absorbía todo. Al principio, apenas podían dar un paso. Un hombre calvo que llevaba un abultado saco de cáñamo al hombro y un collar de hierro al cuello empujó a Senlin, que a su vez se tropezó con una mujer

que tenía los ojos inyectados en sangre; esta lo apartó con un empujón articulando una risa etílica y acto seguido se dejó reabsorber por el cenagal de cuerpos. Una jaula llena de canarios inquietos pasó por encima de ellos, dejando caer sobre sus hombros una estela de plumas malolientes. Las caderas de decenas de mujeres cubiertas con una túnica negra, peregrinas de algún culto esotérico, se rozaron contra ellos a modo de enormes cojinetes. Unos niños desaseados que portaban unas bandejas con flores de papel aromáticas, molinillos de juguete y frutas escarchadas serpentearon entre ellos, sujetos los unos a los otros por medio de una cuerda. Aparte de las vías del tren, no se veía ningún camino bien delimitado, y tampoco parecía haber un suelo de adoquines ni una acera, sino tan solo la superficie dura y rojiza de la tierra.

Era una situación abrumadora y, por un momento, Senlin se quedó rígido como un cadáver. Los berridos de los buhoneros, los chasquidos de las lonas, el tintineo de los arneses y la batahola de los millares de voces desconocidas daban lugar a un estruendo que uno solo podía vencer a base de gritos. Marya tomó a su marido por el cinturón justo a la altura de la columna, lo que lo hizo reaccionar y lo espoleó para que siguiera adelante. Senlin tenía claro que no podían quedarse allí. Respiró hondo y dio el primer paso.

Enseguida se vieron arrastrados hacia el laberinto que conformaban las tiendas de los mercaderes, los carros de los vendedores ambulantes y los expositores desvencijados. Las callejuelas que corrían entre los puestos eran tan retorcidas como los garabatos de un párvulo. Unos sostenes desmontables de bambú se levantaban por todas partes, combados por el peso de las cubiertas de yute, de las ristras de cebollas, de los faroles de hojalata perforada y de los cinturones de cuero trenzado. Unos toldos de franjas coloridas tapaban buena parte del cielo, aunque ni siquiera a la sombra cabía poner en duda la presencia del sol. El aire seco circulaba tan caliente como una nube de pavesas.

Senlin siguió andando a duras penas, con la esperanza de dar con algún camino o con un letrero. Pero no apareció ni lo primero ni lo segundo. Dejó que la multitud le presentara la ruta que podían seguir en lugar de abrirla él mismo. Cada vez que se formaba un hueco, saltaba hacia él. Después de haber dado unos cien pasos de esta manera, ya no tenía ni idea de por dónde quedaban las vías. Lamentaba haberse alejado de los raíles. Podrían haberlos seguido hasta llegar a la Estación Central de Babel. Lo inquietaba lo rápido que se había desorientado.

Aun así, procuraba girarse de vez en cuando y forzar una sonrisa para Marya, cuya expresión de contento no se había ensombrecido un ápice. No había razón para preocuparla por ese contratiempo sin importancia.

Más adelante, un chico con el torso desnudo meneaba los cadáveres colgados de unos corderos y de unos conejos para que las moscas no se posaran en ellos. Tanto los insectos como el tufo empalagoso que rodeaban el puesto del carnicero echaban a la muchedumbre hacia atrás, lo que les ofreció un pequeño espacio donde detenerse un momento, si bien el hedor era nauseabundo. Tras posar el baúl de Marya entre ellos, Senlin se secó el cuello con el pañuelo.

—Sí que está animado esto —observó, con la intención de disimular lo aturdido que se sentía, aunque Marya no reparó en ello; tenía la vista puesta más allá de él, con una expresión de puro asombro que iluminaba su preciosa cara.

—Es una maravilla —dijo.

La abertura que apareció entre los toldos que los cubrían permitía mirar a lo lejos, y allí, como una columna que sostuviera los cielos, se levantaba la Torre de Babel.

La fachada de la Torre era un abigarramiento de blancos, de grises, de ocres, de marrones y de negros, retazos que revelaban los variados tipos de piedra y de ladrillo que se habían empleado para su construcción. Su coloración irregular le recordaba a Senlin la de un gato calicó. Los contornos de la Torre eran, desde el punto de vista arquitectónico, un tanto anodinos, y le daban el aspecto de un cañón lleno de mellas y de nervaduras, aunque también estaba adornado con elegantes frisos, donde cada trecho era más grande que una casa. Un denso banco de nubes ocultaba el pináculo de la Torre. La *Guía popular* indicaba que los niveles superiores estaban siempre envueltos en la niebla, aunque si la antiquísima construcción generaba las nubes o si las atraía seguía siendo una cuestión controvertida. En cualquiera caso, la cumbre nunca se llegaba a ver desde la base.

La descripción que la *Guía popular* hacía de la Torre de Babel en realidad no había preparado a Senlin para la enormidad de su estructura. En comparación, los zigurats del sur de Ur y las ciudadelas de las llanuras del oeste parecían simples miniaturas, de las que los niños levantaban apilando terrones de azúcar. Había llevado mil años erigir la Torre. Más, a decir de algunos historiadores. Sobrepasado por el embeleso y por el torrente de personas que llenaba el Mercado, Senlin tiritaba. Cuando Marya le apretó la mano para tranquilizarlo, irguió la espalda. A fin de cuentas, era el director de una escuela, el jefe de una comunidad modesta. Sí, tenía que atravesar una multitud, pero una vez que llegaran a la Torre habría menos gente. Podrían estirarse un poco y, casi con toda seguridad, encontrarían alguna compañía más agradable. En cuestión de pocas horas estarían tomando una copa de oporto en algún alojamiento económico pero acogedor del tercer nivel de la Torre («el Balneario», lo llamaban), tal y como habían planeado. Contemplarían reposadamente este mismo enjambre humano, pero desde una distancia mucho más cómoda.

Al menos, ya podían orientarse y seguir avanzando en una dirección en concreto.

Además, Senlin había descubierto una forma más eficaz de abrirse paso entre la turba. Había comprobado que, si se paraba, después le era más trabajoso volver a ponerse en marcha, pero podía avanzar mejor si mostraba más firmeza y determinación. Tras varios minutos siguiéndolo, Marya adquirió la confianza suficiente para soltarle el cinturón, lo que a ambos les permitía caminar con más facilidad.

No tardaron en llegar a uno de los muchos bazares de ropa que había en el Mercado. Una abundancia de vestidos de encaje, de pichis bordados y de blusas con los puños vueltos colgaba entre un bosque de perchas y de cuerdas. Se podían pedir trajes de todos los colores, lo mismo en un azul turquesa que en un amarillo alhelí; varias prendas interiores de mujer pendían de unas escalas de bambú como si fueran las pieles mudadas de serpientes exóticas. Unos pañuelos plegados en forma de cuadrados se amontonaban en la mesa más próxima a modo de ventisquero.

—Déjame que te compre un vestido. Aquí las noches son demasiado cálidas para nosotros. —Tenía que hablarle a su esposa muy cerca del oído.

—Me vendría bien un vestidito ligero —aceptó ella, que se quitó el salacot y dejó al descubierto su cabello cobrizo—. Algo atrevido.

Senlin la miró con el ceño fruncido para ocultar su pasmo. Imaginaba que ese era el tipo de jueguecitos a los que incluso las parejas decentes debían de prestarse durante su luna de miel. Aun así, desprevenido como estaba, fue incapaz de imitar el tono travieso de su esposa.

—¿Atrevido?

—No hace falta que tus alumnos sepan nada al respecto. Basta con algo que desentone en nuestro armario —dijo Marya, que deslizó el dedo por el brazo de él como para encender una cerilla.

Senlin se sintió incómodo. Alrededor de ellos, un mar de puestos exponía una profusión de prendas íntimas femeninas. No se veía ni un solo hombre.

Los quince años que llevaba viviendo soltero no le habían preparado para que la ropa interior de Marya se integrara en el paisaje de su dormitorio. Ver su lencería coronando los postes de la cama o colgada de los pomos de las puertas de su antiguo santuario seguía escandalizándolo. Pero esa catarata de camisones, de camisolas, de corsés, de medias y de sostenes que millares de mujeres desconocidas estaban examinando al mismo tiempo era infinitamente más humillante.

—Creo que me quedaré aquí con el equipaje.

—¿Y qué hay de las reglas?

—Bueno, si te dejas ese tazón rojo puesto en la cabeza, podré divisarte sin dificultad desde aquí.

—Si te alejaras, volveremos a encontrarnos en lo alto de la Torre —dijo ella con exagerada teatralidad.

—Nada de eso. Volveremos a encontrarnos aquí mismo, junto a este carro de calcetines.

—¡Qué romántico! —exclamó ella, que rodeó a dos mujeres corpulentas que vestían los pichis azul y blanco que habían estado de moda años atrás. A Senlin le hizo gracia que se mantuvieran unidas la una a la otra por medio de la gruesa cuerda de yute que llevaban atada a la cintura.

Les preguntó si eran del este, a lo que le respondieron con el nombre de una aldea de pescadores que no distaba mucho de Isaugh. Después de decirse lo mucho que todos echaban de menos los amaneceres, las estrellas de mar y el agradable murmullo del oleaje por la noche, él les preguntó:

—¿Y han venido de vacaciones?

Las mujeres le contestaron con una leve sonrisa maternal que le hizo sentirse ridículo.

—A nosotras se nos terminaron las vacaciones hace mucho tiempo —dijo una de ellas.

—¿Van atadas a todas partes? —inquirió él con un tono de voz algo burlón.

—Sí, claro —respondió la mayor de las dos—. Desde que perdimos a la pequeña.

—Lo siento. ¿Ha fallecido recientemente? —les preguntó él, recurriendo de nuevo a su tono habitual.

—Espero que no. Aunque ya han pasado tres años. Así que es posible.

—O quizá haya encontrado la manera de volver a casa —conjeturó la menor de ambas.

—Nunca nos dejaría atrás —opuso la mayor con un tono que invitaba a pensar que esta era una cuestión que discutían con frecuencia.

—Es muy valiente por su parte que haya venido solo —le dijo la más joven de las solteronas.

—Oh, gracias, pero no estoy solo. —Cuando Senlin, que empezaba a cansarse de la conversación, fue a coger el asa del baúl, descubrió que este no estaba en su sitio.

Confundido, se giró en todas direcciones, escudriñando primero el suelo y después la miríada de rostros inexpresivos e inmutables que pululaban en torno a él. El baúl de Marya había desaparecido.

—He perdido el equipaje —dijo.

—Búsquese una buena cuerda —le recomendó la hermana mayor, que alargó el brazo para darle una palmadita en la mejilla pálida.

Capítulo dos

A los compradores más entendidos les entusiasmará el Mercado que abraza el pie de la Torre. No tema alejarse un poco para regatear; en los puestos algo más apartados podría esperarle una auténtica ganga.

Guía popular de la Torre de Babel, I. IV

Senlin se había sentado en una roca de arenisca que había junto al pie de la Torre, donde estaba comiéndose los pistachos que había comprado para el desayuno. Los labios agrietados le escocían. Unos pájaros marrones rebuscaban entre las cáscaras que dejaba caer al suelo, picoteando los restos de las semillas. No supo identificar la especie. Unas horas antes había comprado una bebida, un simple cucharón de agua que le había cos-tado tanto como una copa del mejor coñac que se servía en Isaugh. Y ya tenía sed de nuevo.

Se había traído una libretita en la que registrar sus impresiones, como haría un antropólogo principiante, aunque no la había tocado desde que bajaron del tren. No quería anotar nada de esto. En una mano sostenía abierta la *Guía popular*. A su lado tenía un hatillo desordenado de prendas interiores de mujer. Estaba agotado, tanto que le temblaban los dedos. Si se tendiera de espaldas sobre aquella roca calentada por el sol y cerrara los ojos, se quedaría dormido al instante. Prefería no comprobarlo.

Ya habían pasado dos días desde que bajaron del tren, dos días desde que vio la Torre a través del toldo desgarrado, dos días desde que Marya se dio media vuelta y se fue riendo a buscar un vestido. Algo atrevido.

La Torre de Babel se alzaba ante él como el escalón de una inmensa meseta, una muralla de piedra que se elevaba hacia las alturas sin que se intuyera su final. A excepción del portal arqueado que envolvía un túnel sombrío a unos cien metros de él, el tramo inferior de la Torre carecía de ventanas y de salientes. Más arriba se veían unas estructuras que sobresalían de la fachada como las espinas que nacían del tallo de un viejo rosal. Los dirigibles se posaban en estas espinas, donde por efecto de la distancia las naves quedaban reducidas al tamaño de un pulgón. Puertos aéreos, supuso Senlin. Había leído que muchos de los niveles de la Torre, también llamados circunreinos, disponían de varios puertos de este tipo. ¡Ojalá Marya y él hubieran ido en dirigible! Pero viajar por aire tenía un precio prohibitivo; los dos billetes le habrían costado casi todo el salario de un año. Lo que era aún peor, enseguida se mareaba. En Isaugh siempre se reían de él por eso, y le decían: «El director de Villapescado sabe tocar la campanita, pero le cuesta navegar una olita». Y no le atraía la idea de pasarse la luna de miel inclinado sobre la barandilla de un dirigible, regando el paisaje con el contenido de su estómago.

Además, subir hasta el destino final, el Balneario, formaba parte de la aventura, y Marya tenía muchas ganas de recorrer ese tramo.

De pronto, cayó en la cuenta de algo y, sobresaltado, a punto estuvo de caerse de la roca a la que se había subido. La bolsa de papel de los pistachos se le escurrió de la mano, rebotó en el canto y se precipitó al suelo, donde las pálidas cáscaras se desperdigaron saltando en todas direcciones por la tierra rojiza.

Sabía que estaría allí sin necesidad de comprobarlo, pero, aun así, abrió aprisa el macuto, rebuscó en el bolsillo lateral, dejó a un lado las plumas de repuesto, el cepillo del abrigo y las postales en blanco hasta que, por último, cerró la mano en torno a lo que lo había alarmado. Sacó los dos billetes de tren.

Tenía el pase de vuelta de su esposa.

Solo se había quedado confundido por unos instantes cuando perdió el equipaje de Marya, por lo que enseguida salió corriendo a través de la multitud de buhoneros y de turistas sin tener la menor idea de en qué dirección se habrían ido los ladrones. No tardó en asumir que se había quedado sin el equipaje. Se acercó a un tenderete, más o menos seguro de que en él estaban expuestos los mismos calcetines junto a los que se habían parado hacía solo unos minutos, y allí pasó la primera tarde y la primera noche de su viaje de novios en Babel, meciéndose sobre los talones, completamente solo. Estaba convencido de que su esposa encontraría el camino de vuelta. Se obligó a mantener la cabeza fría e incluso a ser optimista. No era un contratiempo tan grave. De hecho, tal vez fuera una aventura, de esas que hacía gracia recordar cuando se hablaba de un viaje. Su mujer regresaría.

Pero, durante el curso de aquella noche, vio como los puestos eran desmontados uno tras otro, y el género era retirado en camello y en mula, en carros de arrastre y en carretas. Vio como llegaban otros mercaderes, como se desplegaban otros toldos y otras mesas, cambiando la topografía de las callejuelas que corrían entre los expositores, cambiando incluso la forma de los trozos de cielo que veía entre las cubiertas de los puestos. Ahora entendía por qué la *Guía popular de la Torre de Babel* no incluía un plano del Mercado. Era más fácil intentar trazar un diagrama de la puesta de sol del día siguiente. El recorrido del Mercado nunca dejaba de variar. Cuando el puesto de calcetines donde había prometido esperar a su esposa se transformó en un expositor de quinqués, comprendió que Marya nunca sabría cómo regresar. No podía seguir allí plantado.

Al día siguiente emprendió una búsqueda sistemática, comenzando por lo que quedaba del sector de las sedas del Mercado donde Marya había desaparecido. Rastreó la zona describiendo una espiral creciente como buenamente pudo, comprándoles a algunos de los vendedores una combinación de seda o unas medias, alguna baratija que le sirviera para llamar la atención de los comerciantes durante el tiempo suficiente para preguntarles si el día anterior habían visto a una mujer con un salacot rojo. Al menos, agradecía tener una forma fácil de describirla: una mujer con un salacot rojo. Su esposa había demostrado ser más lista y prudente de lo que él se imaginaba. Al terminar el día, había acumulado una vergonzosa cantidad de prendas femeninas, pero no había averiguado nada sobre Marya. Los sastres fueron sustituidos por los alfareros, y las mesas de las sedas cedieron su lugar a las galerías de la loza y del gres.

Cada vez que llegaba a algún sitio donde había menos toldos y tiendas, se subía a un barril o a una caja de madera para otear el mar de gente en busca de Marya, convencido de que la distinguiría sin dificultad, como a un cardenal posado en un árbol. Pero era imposible ver a nadie en concreto entre la multitud. Casi sin que se diera cuenta, la búsqueda lo orientó hacia la Torre, que resultó estar más lejos de lo que parecía en un primer momento. O quizá él se había ido alejando cada vez más. No estaba seguro.

A medida que transcurrían las horas de la segunda noche, se volvió menos metódico, menos comedido. Deambulaba sin mirar a su alrededor, llamando a su esposa a voces. En cuanto atisbaba algo rojo, se llevaba por delante tanto los puestos como a los mercaderes, apartaba a empujones a cuantos compradores tuviera cerca, mientras gritaba hasta quedarse sin aliento «¡Marya! ¡Marya!», solo para toparse con un hombre que llevaba un fez colorado, o con un muchacho que portaba un farol de papel escarlata colgado de un palo, o con una manta encarnada que asomaba por debajo de la silla de un caballo.

No estaba acostumbrado a sentir angustia, y tampoco sabía cómo animarse cuando la desesperación hacía presa en él. La luna de miel se había ido al traste, de eso ya no le cabían muchas dudas. A sus amigos tendrían que contarles algún cuento y hacerles creer que habían disfrutado de todo tipo de lujos, y, por supuesto, tendría que compensar a Marya con un fin de semana tranquilo en una cabaña del campo, aunque ella ya nunca olvidaría lo desastroso que había sido su viaje de novios. No podría haber empezado de una forma menos propicia.

Mirara adonde mirara, solo veía grupos de personas atadas las unas a las otras. Abrirse paso entre la muchedumbre le resultaba cada vez más difícil a causa de las redes que esas ataduras formaban. ¿Por qué la *Guía* había omitido un consejo tan crucial? Traer una buena cuerda.

Guardó los billetes de tren entre las páginas de la *Guía popular* y se maldijo por haber cometido la imprudencia de custodiar ambas tarjetas. Se preguntó si su esposa contaría con el dinero suficiente para comprar otro billete e hizo un rápido cálculo mental. Él llevaba encima siete minas, dieciséis siclos y once peniques, de modo que, a menos que la hubieran asaltado, ella dispondría más o menos de la misma cantidad. Un billete a Isaugh, aunque fuera en tercera clase, costaría como mínimo diez minas. No, no podía permitírselo. Marya se encontraba atrapada allí.

Un anciano enjuto y calvo que iba desnudo de cintura para arriba pasó dando tumbos, con el cuerpo encorvado bajo un saco, junto a la roca desde donde Senlin atalayaba los alrededores. Por la espalda se le escurrían los riachuelos negruzcos que formaban el sudor y los restos del carbón que portaba. El viejo esclavo, con el cuello estirado y dando pasos vacilantes, solo veía los tacones de las botas que calzaba el elegante turista que caminaba por delante de él. Ambos formaban parte de una columna de viajeros que se dirigían a la entrada de la base de la Torre. Por lo demás, las inmediaciones de esta se encontraban llamativamente desiertas. Esa tierra de nadie abarcaba unos cien pasos desde el pie de la Torre. Senlin no se explicaba por qué ese espacio permanecía despejado mientras que, a sus espaldas, el Mercado estaba atestado de gente.

—¿Se ha perdido? —le preguntó un muchacho que se había detenido junto a la roca.

—¿Por qué lo dice? —le contestó Senlin.

El joven, cuyo denso cabello moreno destellaba enlustrado por los aceites que se había aplicado en él, parpadeó para protegerse del sol. Tenía los hombros anchos, la estatura discreta y

la cintura estrecha propios de los acróbatas, y su tez era de un intenso color oliva que destacaba las motas doradas de sus ojos.

—La gente no suele quedarse mucho tiempo en los Extramuros. Esta piedra en la que se ha sentado…

—¿Es sagrada?

—No más que una lápida. Se desprendió hace unos días y le cayó encima a un turista.

—¿De dónde se desprendió? —le preguntó Senlin horrorizado.

El muchacho le respondió señalando hacia arriba.

Senlin, que de pronto sintió que estaba llamando la atención, se dejó escurrir por la superficie tersa de la piedra.

—No lo entiendo —dijo al tiempo que se sacudía las posaderas y se alisaba la chaqueta—. La Torre de Babel es la construcción más segura del mundo. Está cimentada sobre un sólido lecho de roca. No se desprende de las piedras que la componen como si fuera un roble que deja caer sus bellotas. ¡Es una maravilla de la ingeniería! —Sacudió la *Guía popular* frente al chico como si el contenido del libro le bastara para tener razón.

—Ah, desde luego que es una maravilla. Pero de vez en cuando deja caer sus pequeñas maravillas encima de nosotros —le informó el joven—. No importa si se desprenden de la segunda o de la vigesimosegunda circunferencia. Todas se estampan contra el mismo suelo, el de los Extramuros. Yo no me instalaría aquí si fuera usted.

Eso no casaba en modo alguno con lo que él había estudiado, ni con lo que les había enseñado a sus alumnos sobre la Torre, que siempre había sido su materia predilecta. Él dibujaba planos de la Torre y de la red de vías férreas que partían de ella. Hablaba de su historia enigmática y de los venerables historiadores que investigaban su edad, la identidad de los arquitectos que la concibieron, su funcionamiento interno y su finalidad. Algunas clases trataban incluso sobre el Balneario, famoso por sus termas medicinales, a las que había prometido llevar a Marya.

—He leído muchísimas descripciones de la Torre. Ninguna de ellas mencionaba los Extramuros.

—Puede que sus libros sean antiguos. —El joven contrajo su expresión al ver que Senlin no le devolvía la sonrisa—. Me llamo Adamos Boreas. Llámeme Adam. —Senlin estrechó la mano robusta del muchacho y también se presentó. El tono maduro y el aplomo del joven lo descolocaban un tanto. Aunque su barba era aún una amalgama de vello juvenil y de púas rígidas, su expresividad parecía más propia de un adulto—. Veo que se dedica al negocio de la seda. —Señaló con la cabeza la pila de prendas femeninas, que seguía encima de la roca macabra. Unas medias de seda negra asomaban por el borde del hatillo.

Confundido, Senlin cogió el fardo, y se sintió aún más abochornado cuando respondió:

—Son para mi esposa.

—¿Y dónde está su esposa? —le preguntó Adam, que giró el cuello a un lado y a otro.

De pronto, Senlin notó la lengua tan seca y tiesa como un cinturón de cuero. Temió ahogarse si intentaba tragar saliva. Habría dado su reino por un trago de lo que fuera, pero peor que aquella sed súbita era la realidad que se le había atravesado en la garganta inflamada. Se sentía igual que

cuando fue a impartir su primera clase: como un impostor. ¿Qué clase de marido extraviaba a su mujer?

Bajó de la piedra el hatillo de las sedas, se lo encajó bajo el brazo y miró a Adam con una peculiar sonrisa abatida para decirle:

—Es curioso que mencione a mi esposa. Creo que la he perdido.

Capítulo tres

> El viajero feliz buscará la senda más amplia y transitada, se fijará en los otros viajeros para saber cómo comportarse, será un eco, pero nunca levantará la voz. No conviene abrir nuevos caminos cuando ya existe uno bien delimitado.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, I. VI

La litera del coche cama ofrecía la anchura justa para acogerlos a ambos. Debían permanecer apretados el uno contra el otro, con el techo a menos de un brazo de su cara. Los pinares de la montaña hacían que al otro lado de la ventanilla la luna parpadeara como un estroboscopio, y el vagón se mecía con la placidez de una cuna.

Senlin no estaba de ninguna manera preparado para el matrimonio. Carecía tanto de la imaginación como de la calidez emocional que la vida en pareja requería. Así, se mantuvo tendido boca arriba, como un pez que la marea hubiera abandonado en la orilla, un esturión que boqueaba fuera del agua. Tenía la luna, el lecho plácido, un rincón íntimo donde nadie los observaba y todos los elementos románticos que se le pudieran ocurrir, ¿y para qué? Para ahogarse en el mar de oportunidades que le brindaban.

Marya estaba apoyada sobre el codo, viéndolo fingirse dormido con los ojos abiertos. Le pasó la falange por la mejilla y, con una sonrisa en forma de anzuelo, intentó extraer alguna reacción de él. Le tiró del lóbulo de la oreja, le mordió con delicadeza en el hombro y le sopló en el cuello. Pero él permaneció inmóvil, rebulléndose de vez en cuando, aunque sin responder en ningún momento.

—Dime, Tom, ¿qué profundidad tiene el pozo de debajo de la Torre?

Senlin tragó saliva, con la garganta hinchándosele como a una rana.

—Mil ochocientos metros, creo recordar.

—¡Mil ochocientos metros! Si el pozo fuera lo bastante ancho como para dejar caer la Torre en…

Senlin la interrumpió trastabillando.

—Im-imposible. El pozo colapsaría si la…

Marya insistió reduciendo su voz a poco más que un susurro.

—Si fuera lo bastante ancho, ¿la Torre sería lo bastante alta para llenarlo?

Senlin lo consideró.

—Podría ser, supongo, si hay sesenta niveles y cada uno mide treinta metros…

—¿Podría ser? —repitió ella, acercando los labios a su oreja enrojecida.

—Podría ser —ratificó él. Y la luna parpadeó entre los álamos, y el vagón se balanceó de un lado a otro, llevándolos cada vez más lejos de cuanto les era familiar.

El muchacho moreno inclinó la cabeza en señal de respeto o de zozobra al darse cuenta de la desazón de Senlin. El director de escuela tenía el cuello tan estirado que se le notaban los bultos de las clavículas junto a la garganta.

—Si le sirve de consuelo, no es el primero que pierde a alguien.

Senlin supuso que Adam se había criado en los alrededores, o que quizá llevaba tanto tiempo allí de visita que se había convertido en un inmigrante. Sabía demasiado para ser un simple turista.

—Tenía la esperanza de que pasara por aquí. Imagino que no habrá visto a una mujer con un salacot rojo.

—No es una descripción muy detallada.

Era la primera vez que le pedían que dijera algo más sobre su esposa perdida. Hasta ese momento siempre le habían respondido con gestos desdeñosos, o bien agitando una mano, o bien encogiendo los hombros. Aunque la situación no le agradaba, la esperanza lo empujó a dejar la discreción a un lado, de modo que se obligó a elaborar un retrato más completo.

—Mide más o menos lo mismo que usted. Es delgada, tiene el cabello cobrizo y la piel blanca. Y es muy guapa.

—¿No lleva equipaje? —le preguntó Adam, y Senlin meneó la cabeza—. ¿Tiene su misma edad?

Senlin titubeó.

—Ella es más joven que yo. —Un pájaro de cola negra descendió en picado entre ellos y empezó a picotear, sin importarle la presencia de los dos hombres, los pistachos caídos—. Un colinegro —observó Senlin al identificar la especie. Agradeció poder distraerse con otra cosa por un momento—. Son muy obstinados, por lo que he leído. Nada les da miedo.

Adam, como para comprobar esta afirmación, deslizó el pie hacia la avecilla. De un brinco, el colinegro se le encaramó a la punta de la bota por un momento para, a continuación, regresar a la arena rojiza. Adam resopló divertido.

—¿Es ornitólogo?

Senlin meneó la cabeza.

—Solo un naturalista de sillón. Es la primera vez que veo un colinegro de verdad. —Notó que el joven lo miraba de arriba abajo, evaluándolo de alguna manera.

—Supongo que ya ha visitado la sección de Extravíos —dijo Adam Boreas, que, al aceptar como respuesta el semblante inexpresivo de Senlin, se explicó—. Donde se deja una nota cuando alguien se pierde.

A Senlin se le iluminó la cara. ¡Claro! Seguro que casos como el suyo se habían dado cientos de veces. No era el primero que perdía a alguien en el Mercado. Tenía toda la lógica del mundo que hubiera un lugar específico para que la gente se reencontrara.

—¿Me conduciría hasta allí?

—Con mucho gusto —accedió Adam—. Pero no le servirá de nada.

—Deje que eso lo decida yo. Por favor —dijo Senlin, que guardó la guía en el macuto—. Indíqueme el camino.

Mientras seguía a Boreas hacia la base de la Torre gigantesca, Senlin comenzó a sentirse más esperanzado. La buena voluntad con la que Adam había respondido a su petición le recordaba el modo en que sus alumnos acataban sus instrucciones en clase. Tal vez, en el fondo, no fuera el inútil que creía.

Los Extramuros eran tan áridos como una salina, tan llanos como una plancha, y casi igual de abrasadores. El sol parecía brillar en el cielo y en la tierra al mismo tiempo.

Cuando vio la Torre a través de la ventanilla temblorosa del vagón, a muchos kilómetros de allí, le dio la impresión de que era un arañazo negro en medio del manto azul del cielo. En ese momento le parecía una doblez escarpada de la tierra, como si el suelo y la gravedad y el resto de los elementos naturales se hubieran girado boca arriba. Así, el Mercado transitaba por dos noches: la que llegaba al final de la jornada y la de la extraña umbra que la Torre proyectaba. Tenían suerte de estar acercándose a la base cuando aún estaba iluminada por la luz del día, si bien la sombra de la Torre se deslizaba poco a poco en su dirección, como la manecilla de un descomunal reloj de sol. En cuestión de minutos, la noche de la Torre caería sobre ellos.

Boreas lo llevó hacia un lado del portal, donde el torrente de visitantes se estrechaba por necesidad. A lo largo de la base curva de la Torre, la gente se inclinaba y se arrodillaba ante la pared, con la cara casi pegada a esta. Parecían peregrinos que rezaban en un santuario. La fachada estaba cubierta de hojas y trozos de papel hasta donde Senlin llegaba con el brazo. Los fragmentos agrietados y descoloridos se amontonaban los unos sobre los otros, envolviendo los enormes bloques de granito bajo un caparazón de cartón piedra.

—¿No temen que se les caiga una roca encima? —preguntó Senlin señalando a los que estaban leyendo las notas a ambos lados de él.

—Ciertas necesidades pueden más que el miedo —contestó Boreas.

Tuvieron que pasar unos instantes más hasta que Senlin cayó en la cuenta de que aquel jirón de papel sin fin era la sección de Extravíos. Sospechó que el muchacho lo miraba a la espera de que hiciera algo, por lo que, aunque sus esperanzas comenzaban a disiparse, enderezó los hombros y el mentón, tal y como hacía al iniciar una clase.

—Es normal que haya tantos. Supongo que será así alrededor de toda la Torre.

—No he hecho el recorrido entero, pero imagino que sí —dijo Adam.

—Claro. Y estas personas que se exponen a perder la vida están buscando las notas que les puedan haber dejado los seres queridos de los que se han separado.

Senlin se inclinó y leyó lo que ponía en uno de los papeles menos estropeados. La elegante letra sugería que quien lo había escrito era alguien culto. El mensaje decía: «Robert, encontraré la forma de volver a casa. Búscame. Con todo mi amor, Sra. K. Proffet». Esta nota lo llevó a la siguiente, redactada a lápiz y con una caligrafía más descuidada: «Mi amada Lizzy, te espero todos los días al mediodía en la Puerta del Búho. Bajo tu quitasol amarillo. Con amor, tu marido, Abraham Weiss». La anotación de al lado anunciaba sencillamente: «Hu Lo, te dejo que comiences tu nueva vida. No me busques. Jie Lo».

Leyó otra nota, y después unas cuantas más, deslizando la nariz de un mensaje descorazonado o lleno de esperanza al siguiente. Sintió que un cierto impulso crecía en él, la urgencia de leer aunque solo fuera un papel más. El siguiente mensaje podría estar escrito con la letra de Marya. O el siguiente.

Sin embargo, pronto comprendió que, aunque dedicara toda su vida a intentar leer hasta el último de los mensajes que envolvían la Torre, tal vez nunca diera con uno de su esposa. Podría ser que nunca le hubiera dejado ninguno, o que, aunque se lo hubiera dejado, se encontrara oculto bajo otro aviso desesperado.

El contenido de las notas que había leído lo desazonaba aún más. Por primera vez, consideró la posibilidad de que el que se hubieran separado fuera algo más que un contratiempo. Tal vez no volvieran a verse nunca más. Podría haber perdido para siempre a Marya, que podría fenecer si carecía de un techo, o si contraía una enfermedad o si alguien la agredía. Tal vez se embarcara en una nueva vida, y se convirtiera en la amada de otro hombre, de un hombre más joven…, de un hombre que no la perdería tan rápido como él.

—Es inútil —lamentó.

Boreas, al entender que se refería a la abrumadora amplitud de la sección de Extravíos, le dijo:

—Yo también he pasado muchas horas dejándome los ojos en esta pared.

—¿Ha perdido a alguien?

—A mi hermana, Voleta.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos años y un mes.

—Cielos… —Senlin se sintió desfallecer. Las rodillas se le doblaron sin previo aviso, hasta que tuvo que dejarse caer en una posición indecorosa de espaldas a la Torre—. ¿Y las autoridades, la justicia? ¿Quién pone orden en el bazar?

—Hay algunos agentes que pasan haciendo la ronda. De vez en cuando verá a unos hombres vestidos de caqui. Pero rara vez son de verdad. Suelen ser matones que han robado un uniforme, o que lo han comprado. Incluso los agentes auténticos pueden ser traicioneros. Sé de muchos hombres a los que los agentes les han dado una paliza y les han robado. —Adam se frotó el cuello, dejando al descubierto la cicatriz circular que tenía en el antebrazo. El contorno era tan perfectamente redondo que bien podría haber sido trazado con un compás.

—¿No hay ningún tipo de gobierno en la Torre?

—Todo funciona mejor dentro, y aún mejor cuanto más se asciende. Hay multitud de circunreinos donde la ley la impone una autoridad u otra.

Una mujer con los ojos lánguidos y enmarcados por unas ojeras pronunciadas que había estado escrutando las notas junto a Senlin siguió leyéndolas por encima de él como si no estuviera allí tendido. Tuvo que arrastrarse alrededor de ella para levantarse de nuevo. La expresión vacía de la mujer parecía el trabajo de un hipnotista. Pero la lástima que sintió por ella en un primer momento pronto se transformó en una firme resolución. Debía desprenderse del estupor que pesaba sobre él desde que Marya había desaparecido. Había pasado los últimos días vagando de aquí para allá con un desinterés impropio de él. Al principio, no le dio a la situación la importancia que tenía, y después dejó que el pánico se adueñara de él. Si quería encontrar a

Marya, tendría que actuar de forma racional y recurrir a sus capacidades de observación y de análisis. No debía sentirse tan impotente como esta infeliz, que perdía el tiempo examinando uno a uno los infinitos mensajes de los que ya no estaban. En cambio, él era un hombre ingenioso. Y acabaría dando con el valor que necesitaba. De momento, tenía que pararse a pensar.

Superada la angustia inicial, ¿cómo habría reaccionado Marya? Sin un billete con el que volver a casa, se vería obligada a vadear el cenagal de vendedores y de asaltantes ella sola. El instinto la llevaría a buscar algún tipo de refugio. Y no carecía por completo de recursos: llevaba un poco de dinero escondido en la bastilla de la falda (no era una fortuna, pero le bastaría para pagarse un alojamiento durante unos días). En el Mercado no había ningún sitio donde recogerse durante mucho tiempo, y Senlin dudaba que su esposa alquilara una tienda para hacer noche en ella. Por lo tanto, debía de haber entrado en la Torre, puesto que pretendían alojarse en el Balneario del tercer nivel. No habían optado por ningún hotel en concreto porque era imposible hacer una reserva desde un lugar tan distante como Isaugh, aunque seguramente no habría tenido impedimento alguno para conseguir una habitación. ¿Qué le había dicho antes de que se separaran? «Volveremos a encontrarnos en lo alto de la Torre». ¿Y no era el Balneario la cima para ellos? ¿No era ese el límite de sus recursos? Adam le había asegurado que todo estaba más organizado en el interior, por lo que la teoría cobraba cada vez mayor consistencia.

Ya solo podía hacer una cosa: seguir los pasos de su esposa, que se le había adelantado.

—Señor Boreas, usted parece conocer bien el Mercado. ¿Conoce también los circunreinos de la Torre?

—Los cuatro primeros me son muy familiares.

—Con eso me basta. ¿Estaría dispuesto a ayudarme con su experiencia durante un día o dos? Lo compensaría por su tiempo.

—A decir verdad, me vendría muy bien el trabajo.

—¿Podría empezar ahora?

—Deme un momento —dijo Boreas, que desplegó un papel de un reluciente color blanco.

Cuando lo fijó a la pared, Senlin no pudo evitar leer lo que decían las letras amazacotadas del mensaje: «Voleta, el rescate está en marcha. Adam». Al verlo mirándolo, se explicó con un gesto irónico en la cara.

—Una costumbre supersticiosa.

Senlin procuró que su sonrisa no pareciera condescendiente, pero, al mismo tiempo, le pareció una indulgencia, una compulsión que Boreas podría confundir con la esperanza. Se disponía a comentar algo sobre las virtudes del pragmatismo cuando se oyeron unos gritos a lo lejos. Los alaridos, como si fueran contagiosos, enseguida se transformaron en un coro. Al girarse, Senlin vio que algo se precipitaba hacia el suelo, algo que era enorme como un granero, y que se estrelló contra la tierra compactada produciendo un gran estruendo.

Capítulo cuatro

> La camaradería entre los viajeros se torna más palpable cuanto más cerca se halla uno de la Torre. No se sorprenda si de pronto se ve arrastrado por un desfile espontáneo.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, II. XIV

La nube de polvo rojizo se deslizó hacia ellos con tal rapidez que fue como si hubieran caído dentro de ella. Senlin se protegió la cara una fracción de segundo antes de que las astillas y los guijarros comenzaran a pellizcarlo. Parte de la metralla pasó entre sus dedos abiertos y le punzó la mejilla. Se la apretó con la mano para contener el dolor. Los proyectiles volaban y rebotaban en todas direcciones, picoteándole la piel y chasqueando al golpearse contra la Torre. Una sucesión de golpetazos huecos resonó por el suelo, martilleando la tierra como una lluvia de meteoros.

Cuando se atrevió a mirar con cautela la tormenta polvorosa y turbia de gravilla roja, no alcanzó a ver más allá de su mano. Vio como al instante la sangre que se le escurría por los dedos se convertía en barro. Al momento siguiente, el aguacero cambió de dirección. En lugar de llegar de lado, las eyecciones comenzaron a lloverles secamente en los hombros y en la cabeza.

Adam, que tosía en la doblez de su codo, emergió de la neblina oscura junto a Senlin, tambaleándose, pero ileso. Senlin se tapó la boca y la nariz con la solapa de la chaqueta de pana e intentó aspirar el escaso aire limpio que la polvareda dejaba. Los primeros gritos de alarma, silenciados brevemente por el estrépito, resurgieron. Pero su tono había cambiado. En lugar de miedo o confusión, expresaban emoción, entusiasmo e incluso… regocijo. Una brisa se llevó la nube rojiza y descubrió los restos, apenas a un tiro de piedra de ellos.

Muchos tenían enganchados jirones de seda que ondeaban como telarañas agitadas por el viento. Cuando el aire se despejó un poco más, Senlin empezó a ver las extremidades enmarañadas de los cuerpos que se encontraban sepultados bajo las ruinas: una mano que pendía laxa de una muñeca fracturada, una rodilla doblada en un ángulo antinatural bajo un pie retorcido, un hombre plegado como un libro roto con la nuca encajada entre los talones. Los golpetazos que había oído no los habían producido los residuos de una estrella fugaz, sino unos aeronautas desdichados que habían caído a tierra.

No había nada que le gustara más a Senlin que una chimenea encendida ante la que colocar los pies y un buen libro en el que perderse. Mientras una tormenta vespertina azotaba los postigos y una copa de oporto se caldeaba en su mano, podía quedarse leyendo hasta bien entrada la noche.

Se deleitaba sobre todo con las fábulas antiguas, con las historias épicas en las que los héroes partían en cumplimiento de alguna encomienda tan noble como imposible, encarando los peligros del camino con un coraje fatalista. Muchos perdían la vida sin haber llevado a cabo su propósito, ejecutados de las maneras más despiadadas y aberrantes; eran destripados por una máquina de guerra, aplastados por un garañón o desmembrados por un enemigo sanguinario. Su muerte era jactanciosa y lírica, y siempre siempre más romántica que la vida real. Porque la muerte no era el punto final, sino tan solo unos puntos suspensivos.

No había nada romántico en la escena que tenía ante sí. Allí no había puntos suspensivos. Los cuerpos yacían en el suelo como signos de exclamación reventados.

Había sido un dirigible. Los cadáveres amontonados eran los tripulantes. Senlin ignoraba qué o quién lo había derribado, pero no le cabía la menor duda de que hasta hacía tan solo unos minutos había sido un elegante aparato volador que flotaba en medio del cielo azul.

Pese a esta espantosa certeza, los visitantes del Mercado no tardaron en abalanzarse sobre los restos. Unos mercaderes corpulentos y unos soldados de piernas rígidas rebuscaron entre las costillas fragmentadas del casco, abriéndose paso en medio del desorden de las cajas y de las mercancías. Tras ellos llegaron unos hombres bien vestidos con el bombín cepillado y unas mujeres tocadas con la capota de las vacaciones, todos los cuales se habían acercado a los Extramuros atraídos por la promesa de un buen botín. Los gritos que Senlin oyó no eran los de alguien que ofrecía su ayuda o que expresaba su dolor, sino los de alguien que defendía su propiedad: «¡Es mío! ¡Yo lo he visto primero! ¡Lo tenía en las manos antes que usted!». Registraron los restos de la aeronave con la eficiencia de unos cangrejos que limpiaban los huesos de un pez atrapado en la arena. Algunos salieron corriendo con un amasijo de sedas entre los brazos, con la mitad inferior de un barril de cereal, con un rollo de cuerda, con una bala de cañón forjada en hierro, con un mono de latón abollado o con unas botas de caña vuelta. A continuación, aparecieron unos hombres equipados con unas palancas que recogieron los tablones, los pasamanos, las portezuelas e incluso un vitral que se había salvado de milagro.

Senlin no podía apartar la mirada, pero aquel espectáculo le revolvía el estómago. Lo descolocaba presenciar semejante barbarie al pie de la Torre de Babel. ¡Semejante muestra de desesperación! Sintió el impulso de reunir a los saqueadores, de colocarlos en fila, de mirarlos a la cara y de recordarles que debían ser más civilizados. ¡Los tiempos difíciles nunca se superaban si se renunciaba a los principios!

Transcurridos unos minutos, lo único que quedaba del dirigible siniestrado era el cráter que había abierto en la tierra, el confeti de los restos más livianos y los cadáveres de los tripulantes, desvestidos casi por completo.

Y, entonces, como si alguien hubiera corrido una cortina sobre la vergonzosa escena, la sombra de la Torre pasó sobre ellos.

La penumbra del pequeño crepúsculo hizo que Senlin tuviera un escalofrío. Carraspeó y se giró hacia Adam, silueteado por unos mínimos rayos de sol que huían cada vez más rápido.

—¿Quién va a enterrar a esta gente? —Senlin se frotó con cuidado el corte cubierto de polvo que tenía en la mejilla.

—Los buitres —dijo Adam en un tono lúgubre—. Será mejor que nos pongamos en marcha. El tramo que lleva al Sótano es un poco largo. —Se sacó el cinturón de cuero con el que se sujetaba los pantalones de lona y formó un lazo en un extremo con la hebilla. Se pasó el lazo por la muñeca y le tendió el otro extremo a Senlin. Aunque con alguna reticencia, este cogió la correa —. Sujétese bien. En el pasaje suele haber algunas apreturas.

Senlin siguió a Adamos como si hubiera salido a pasear al perro muerto de sueño, o quizá, más bien, como un perro muerto de sueño. Al mirar atrás de soslayo, vio que la mujer de las ojeras pronunciadas se sacaba del bolsillo del vestido el cabo de una vela. Encendió una cerilla, la acercó a la mecha y siguió leyendo los mensajes de los desaparecidos a la luz mortecina de la llama.

Tres meses antes, Senlin se encontraba frente a su clase con una tiza desgastada entre los dedos, con la que trazó el último ángulo de un diagrama de la Torre de Babel.

La escuela, un edificio desprovisto de ventanas y dotado de amplios hastiales, se sostenía sobre unos bloques en el término de la avenida principal de Isaugh. Todas las primaveras la escuela se pintaba y quedaba tan blanca como una novia, y todos los años los elementos marinos la desvestían. Senlin amaba hasta el último nudo de la última tabla de aquel edificio lleno de goteras y sometido a las incesantes corrientes.

Vestía el abrigo negro y los pantalones ceñidos del mismo color que eran tanto su uniforme como su atuendo predilecto. Su voz llenaba el aula, elevándose hasta el techo. La pelusa del nido de unos pájaros asomaba por la viga central.

—A la altura de la base, la pared de la Torre de Babel alcanza el medio kilómetro de grosor —dijo—, lo que significa que las entradas, de las que hay ocho, conducen a los visitantes a través de medio kilómetro de roca sólida. —Giró sobre los talones de las botas, haciendo ondear el faldón cuadrado del abrigo, y escudriñó las cuatro filas de viejos pupitres de cedro. El aspecto de sus alumnos respondía a la descripción habitual: chicos y chicas con la espalda erguida y los ojos soñolientos, cuyas edades iban desde los ocho hasta los dieciséis años. Se dio un golpecito en la sien con la tiza desgastada—. Imagínense. Llegan a casa, abren la puerta y aún deben dar quinientos pasos más antes de acceder al recibidor. ¡A eso lo llamo yo un buen umbral! Y, aun así, seguirán encontrándose al principio del primer circunreino de la Torre.

Cuando vio que no le respondían con las miradas de asombro que él consideraba que la cuestión merecía, llamó al muchacho de la última fila, Colin Weeks, que, con la cabeza en las nubes, se había quedado medio estrábico.

—Señor Weeks, ¿le importaría recordarle a la clase lo que es un circunreino?

Sobresaltado al salir de pronto de su ensueño, el señor Weeks se inclinó tan aprisa hacia delante que se le clavó el borde de la mesa en el estómago y soltó un leve gruñido.

Se oyó un crujir de sillas cuando los otros estudiantes se volvieron hacia él. La golondrina que revoloteaba entre las vigas emitió un gorjeo inoportuno.

—Señorita Stubbs, estoy seguro de que ha leído los textos acordados. ¿Haría el favor de socorrer al señor Weeks? —dijo Senlin, y pivotó hacia una niña de nariz afilada que dominaba la primera fila como el orgulloso mascarón de proa de un barco.

—Sí, señor director. Los distintos niveles de la Torre reciben el nombre de circunreinos porque son como pequeños reinos redondos —recitó con una voz aguda, pero inteligente—. Son como los treinta y seis estados de Ur, cada uno de los cuales tiene sus particularidades, solo que, en lugar de estar distribuidos a lo largo y ancho de un mapa, están apilados los unos sobre los otros como si compusieran una tarta de cumpleaños. —El símil espontáneo hizo que sus compañeros liberaran una risita bobalicona cuando se imaginaron que la Torre de Babel era un pastel gigantesco.

—Correcto. ¿Y sabría decirnos si hay un rey en la Torre de Babel? —Senlin se frotó las palmas de las manos con brusquedad para sacudirse los restos de tiza.

—Hay multitud de monarquías, de democracias y también de burocracias —respondió su alumna—. Es como un pastel de carne picada. Contiene todo tipo de ingredientes exóticos. —La clase volvió a reírse, y en esta ocasión incluso Senlin sonrió un poco, lo que hizo que la entusiasta señorita Stubbs se sonrojara.

—Muy bien, aunque sus analogías me llevan a preguntarme si no tendrá un poco de hambre. —Con los labios firmes de nuevo, Senlin recorrió la pizarra, toda cubierta de ecuaciones y de versos discordes corregidos, hasta donde estaba el esquema bisecado de los niveles inferiores de la Torre: el Sótano, el Salón y el Balneario—. Por supuesto, no sabemos cuántos circunreinos hay en total porque no existen registros fiables. Las nubes que rodean el pináculo de forma permanente impiden que se pueda observar desde la base.

—¿Por qué no se envía un dirigible hasta lo más alto para que coloque la bandera de Isaugh? —preguntó alguien desde una de las filas del centro.

—Una buena pregunta… —Senlin estiró el cuello para ver qué alumno la había hecho, y pronto dio con él—, señor Gregor, pero tenga en cuenta lo siguiente. Sé que usted tiene un pequeño bote de remos. Lo he visto bogar por la cala durante todo el fin de semana. Así que, dígame, ¿qué ocurriría si introdujera el bote en la mejor grada de la marina? Ya sabe, la que está justo en el centro, tan amplia como un patio de recreo.

—El viejo capitán Cuthbert me echaría el cabo del ancla.

—¿Por qué?

—¡Porque es la grada! —exclamó el niño, que extendió las palmas de las manos exasperado.

—Exacto. Y si saliera a remar con el bote por el Niro, rumbo a algún puerto exótico, protegido con varias fortalezas, con una batería de cañones largos y con una flota de buques de guerra, ¿cómo cree que lo recibirían? ¿Qué ocurriría si no les hiciera gracia que un zascandil como usted anduviera paseándose por ahí con su barquita? —El señor Gregor esbozó una sonrisa, resopló y se cruzó de brazos—. Me temo que lo mismo ocurre con la Torre. No conviene dar por hecho que será bienvenido en todos los puertos que visite.

Dejó salir a los chicos. Al pasar por el guardarropa, se calzaron las botas alborotadamente. Estaba lloviendo, como solía ocurrir durante la primavera. El agua borboteaba bajo el suelo de tablas de la escuela, haciendo que el aula oliera a tierra. Habían aprendido a no abrir la puerta de golpe al salir, pero, por lo demás, siempre acababan montando jaleo camino de la calle. Ni siquiera la llovizna fina aplacaba el alivio que les suponía el fin de las clases del día.

Lo que no se imaginaban era que él también disfrutaba con esa libertad temporal.

Mientras pasaba el borrador por la pizarra y hacía desaparecer el diagrama de la Torre, Senlin se imaginó en la cubierta de un dirigible, volando alrededor de los niveles, con un catalejo pegado al ojo.

Frunció el ceño. No, el Esturión nunca se convertiría en un pájaro.

El cuero duro del que estaba hecho el cinturón de Adam le ampolló la mano, pero lo sujetó con mayor fuerza aún.

En efecto, el pasaje medía medio kilómetro de largo, pero, aparte de eso, no guardaba el menor parecido con las fantasías de Senlin. Imaginaba que las paredes y el techo estarían bien labrados, y que los visitantes transitarían de forma ordenada. Sin embargo, en vez de eso, lo que se encontró fue un túnel que más bien recordaba al pozo de una mina. No había calles ni rieles para los distintos sentidos. La gente que entraba se topaba con la que salía como carneros que se embistieran en medio de un puente angosto.

Turistas, mercaderes, granujas y vagabundos lo zarandeaban una y otra vez. Le pisaban los dedos de los pies y le pellizcaban los talones mientras los codos se le entumecían. El humo y el hollín de los escasos candelabros de aceite hacían que los ojos le picaran como si le hubieran espolvoreado pimienta negra en ellos. Le era imposible tomar una buena bocanada de aire. El humo se ondulaba como un río invertido por debajo de las vigas de hierro del techo. El volumen de los berridos angustiados de un rebaño, de las voces secas del hombre que lo pastoreaba y de los sollozos entrecortados de una muchacha exhausta se vio amplificado por el hueco del conducto, hasta el punto de que Senlin sintió el deseo de romper a gritar y de echar a correr.

Sin embargo, no disponía ni de espacio para correr ni del aire suficiente para gritar.

La experiencia fue tan horrible y tan distinta del concepto que él tenía de la Torre que, incluso atrapado en aquella caótica riada de gente, se convenció de que se trataba de una anomalía, de simple mala suerte. Tal vez todo se debiera a los preparativos de alguna ce-lebración anual, o quizá se había estropeado algún sistema mecánico, como un ventilador o un regulador. Lo más probable era que hubieran accedido por la entrada del servicio.

Después de haber pasado dos días angustiado y sin dormir, la marcha agotadora y el aire recargado estaban pudiendo con él. Pero de pronto la presión de la multitud se relajó y el aire se endulzó un poco, y Senlin supo que al fin habían llegado al primer y cavernoso circunreino de la Torre, aunque el humo que le irritaba los ojos le impedía verlo. Se tropezó con unos adoquines difuminados por las lágrimas, medio ciego, y cayó sobre una rodilla temblorosa. Aun así, se mantuvo aferrado a la cuerda de salvamento que lo unía a Adam como un montañero al que, tras haber alcanzado la última cumbre, le costara creer que había llegado a la cima.

Aunque, obviamente, no había llegado a ninguna cima. Tan solo se había abierto paso hasta el pie de la Torre. Y allí comenzaba el verdadero camino.

Capítulo cinco

> El pozo de la Torre produce un agua cuya frescura y pureza son bien conocidas. Esta fuente libre de toda contaminación es lo que le confiere a la cerveza que aquí se elabora su aclamado sabor.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, III. II

Senlin se despertó en una cámara penumbrosa al oír un grito espantoso. Asustado y desorientado, se levantó de un brinco del camastro desvencijado donde estaba tendido. Las tablas de pino crujieron y cedieron bajo sus pies como los listones de un embarcadero antiguo. Apestaba a podrido y a humedad. Por encima de él, en un rincón sombrío de la cámara, una silueta del color de la sangre aleteó de pronto. Senlin levantó los brazos para protegerse del espectro rojizo que iba a echársele encima y dio un grito ronco.

El enorme papagayo abandonó de un salto el apoyo donde estaba acomodado, se posó en el filo del lecho desarreglado de Senlin y liberó otro graznido que, dada la estrechez de la cámara, pareció perforarle los tímpanos. El ave ladeó la cabeza para estudiarlo, abriendo y cerrando con curiosidad sus ojos blanquinegros.

La estancia solo contaba con la luz de una lámpara de aceite cuya llama débil lamía el aire como la lengua de un gato. El resplandor anaranjado bañaba las paredes, que parecían tan finas como el papel enmohecido que las cubría. Una pila de zinc abollada recogía las gotas de un grifo primitivo. El otro mueble de la habitación, una banqueta de tres patas, parecía estar pensado para dejar caer al suelo a quien lo ocupara. El majestuoso pájaro, que no parecía pintar nada en aquella habitación precaria, se puso a tirar con su pico ganchudo de la frazada parduzca del camastro, que estaba hecha un ovillo.

¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? No se notaba muy descansado. De hecho, el mareo que el agotamiento le había provocado seguía revolviéndole el estómago como si se hubiera tragado un cabrestante. Tenía la impresión de que habían transcurrido dos horas. O, tal vez, cuatro. Le era imposible saberlo con certeza.

Pasaron unos instantes más hasta que recordó cómo había llegado allí.

Para cuando Adam y él dejaron atrás la madriguera neblinosa y pasaron a la caverna del Sótano, Senlin estaba en las últimas. Tenía los ojos hinchados y cerrados a causa del humo que llenaba el túnel. Los brazos y las piernas le pesaban más de lo normal, como si se hubiera caído a un lago con la ropa puesta. Estaba hambriento y exhausto, y cada vez que inhalaba se atragantaba con el hollín.

Adamos Boreas lo había ayudado a instalarse en el primer alojamiento que encontraron, que resultó ser poco más que una fila de chozas de mala muerte cubiertas de tela asfáltica. No había vestíbulo ni pasillo principal. Las puertas de las habitaciones daban a la calle, donde el posadero estaba sentado en una caja puesta del revés, echándose trocitos de *ahle wurst* a la boca, uno tras otro. El olor de la salchicha de carne de cerdo le pareció a Senlin tan delicioso como el del olíbano, y empezó a salivar como un perro.

Si se hubiera encontrado un poco mejor, habría rechazado la habitación. En su opinión, habría que quemar todas aquellas chabolas y despiojar las cenizas. Pero, extenuado como estaba, dejó que Adam los registrara en una habitación donde él pudiera dormir unas horas mientras su joven guía cuidaba de sus pertenencias. Cayó derrengado en el camastro, con los brazos y las piernas colgándole laxas a ambos lados. Demasiado hecho polvo como para reparar siquiera en el papagayo que se había posado encima de él, se sumió al instante en un sueño profundo.

Se preguntó dónde estaba Adam.

Abrió el grifo. Las cañerías se estremecieron y un chorro de agua brotó desperdigado por un momento de una junta mal arreglada, tras lo que la pila empezó a llenarse. El agua turbia desprendía un leve tufo a azufre. Si Senlin hubiera estado más despierto, no habría hundido la cara en ella tan rápido. La quemazón que le producían las heridas de la mejilla y de la mano remitió al momento, pero, aunque se moría de sed, prefirió no beber esa agua. La *Guía* recomendaba ser precavido cuando se utilizaba un grifo de aspecto sospechoso; había bastado un sorbo de agua en mal estado para que a muchos se les arruinaran las vacaciones.

Al ponerse derecho, se dio cuenta de que tenía empapadas las solapas del abrigo, pero no había ninguna toalla; solo un trapo colgado de un gancho que apenas servía para secar a un ratón. El traje de pana, sonrosado por la arcilla del desierto, empezó a adquirir una tonalidad rojiza a medida que la tierra incrustada se convertía en barro. Cuando se acordó del juego de ropa que traía en el macuto, se giró para coger el equipaje.

Mientras había estado de espaldas a él, el papagayo le había hecho la cama. El inteligente animal profirió otro garrido y, a continuación, con una voz no demasiado humana, lo urgió:

—¡Hora de irse! ¡Hora de irse!

—¡Dame un momento! —respondió Senlin aturdido. El pelo le mojó el cuello de la ropa mientras buscaba la mochila por todas partes.

Pronto se dio cuenta de que se había quedado sin el macuto y sin el hatillo de prendas de seda femeninas. Cuando fue a meter las manos en los bolsillos de los pantalones, vio que los tenía por fuera. Los peniques y medios peniques que llevaba sueltos también habían desaparecido. Le habían robado. La navaja de afeitar y el jabón, el diario, el peine y el cepillo del abrigo, los guantes de lino y los pañuelos, el chaleco, los pantalones, los calcetines, la guía y los billetes que había guardado entre sus páginas. Lo había perdido todo.

Alarmado, se palpó la pretina de los pantalones. El bulto inconfundible de los billetes seguía en su sitio. Articuló una risa amarga. ¡Había sido muy inteligente por su parte insistir en que le cosieran unos bolsillos ocultos! Aunque ¿de verdad podía considerarse inteligente? Era la segunda vez en solo unos días que le robaban.

—¡Hora de irse! —insistió el papagayo con su voz áspera. Adecentada ya la habitación, regresó de un salto al palo de la esquina y empezó a arreglarse las plumas con el pico.

Senlin tenía la mano en el picaporte cuando vislumbró un libro entre las sombras de debajo del camastro. Se apoyó en las rodillas y en las manos, lo sacó y retiró la pelusa que se le había adherido. Era su *Guía popular*. Lo invadió un inmenso alivio al comprobar que los billetes de tren seguían dentro, recogidos a modo de marcapáginas.

Conservaba casi todo el dinero y también los pases de vuelta a casa. Pese a los robos de los que había sido víctima, se consideraba muy afortunado.

¿Cómo podía haberse equivocado tanto con Adam? Siempre había creído que tenía buen olfato para la gente. Los años de experiencia le habían enseñado a distinguir a los alumnos embusteros y tramposos de los que solo se habían dejado llevar por los nervios. Debería haber desconfiado de alguien que seguía dejando notas en la sección de Extravíos después de dos años sin obtener resultado alguno. Boreas era un muchacho irracional y supersticioso, y estaba desesperado. No se podía confiar en una persona así, por muy compasiva que pareciera. ¡Ni siquiera había tenido las luces de robarle la guía!

Airado por este nuevo revés, que haría aún más humillante el reencuentro con Marya, y avergonzado por su escaso juicio, se guardó la guía en el bolsillo del abrigo. Pasó los billetes al compartimento secreto, sacó unos pocos siclos y salió de la habitación. Con un graznido de despedida, el papagayo le recordó de qué era hora.

Las calles y las manzanas de la ciudad del Sótano estaban contenidas en una sola e inmensa caverna. Senlin estimó que todo Isaugh, desde la escuela hasta las lenguas de arena de la cala, habrían cabido allí holgadamente. Unas cañerías rezumantes y cubiertas de un musgo amarillento corrían ceñidas a las paredes y al techo abovedado de la cámara, por donde se distribuían enmarañadas en todas direcciones. Las gotas del agua que se condensaba en ellas caían pausadas en sus hombros, en las losas de pizarra del pavimento y en las tejas de arcilla de la techumbre de las barracas. Millares de caracoles, algunos del tamaño de un cuervo, se mantenían adheridos a las tuberías del techo, protegidos por una concha del mismo color oscuro que el del jade en bruto. Los rastros que estos enormes moluscos dejaban a su paso relucían como grietas que se hubieran extendido por un cristal.

Pese a lo inusual de la escena, no era la ciudad embotellada ni los caracoles agigantados lo que más le llamó la atención, sino el voluminoso tiovivo que daba vueltas en medio de la galería pública. Había llegado allí atraído por el olor del kebab. Compró dos broquetas y, mientras pagaba, le preguntó al vendedor casi de forma automática si había visto a una mujer con un salacot rojo. Como sucedía cada vez que probaba suerte, el hombre agitó las manos para que lo dejara en paz. La cabra sabía bien, pero seguramente se debía al aliño de su inanición.

Mientras masticaba, observó al grupo de adultos que se habían montado en el tiovivo negro. Se los veía tan felices como a sus alumnos cuando les daba permiso para salir.

La atracción traqueteaba, chirriaba y hacía temblar el suelo. Parecía ser tan antigua como una piedra de molino. Había doce taburetes soldados a la rueda de hierro, cada uno de los cuales incorporaba debajo unos pedales que le daban el aspecto de una bicicleta. Cuando un ocupante

aminoraba el ritmo del pedaleo, los otros lo aclamaban y animaban para que moviera las piernas más rápido. Aunque trabajaban en equipo para mover el tiovivo, los giros parsimoniosos del ingenio no se correspondían con el esfuerzo frenético de los hombres. Senlin supuso que sería un pasatiempo para adultos, y entonces se fijó en la fuente que borboteaba en lo alto del cono que cubría la máquina. El agua bajaba por la pendiente del cono y caía en el canal que espumaba a la altura del mentón de los ocupantes. Unos caños fijos de marfil conectaban el canal con sus bocas, y los hombres bebían con gran deleite mientras pedaleaban.

Senlin se lamió la grasa que la carne de cabra le había dejado en los labios. No recordaba la última vez que había tenido tanta sed.

Y cuando creía que la desesperación lo empujaría a intentar encaramarse a la fuente giratoria, un golpetazo metálico sacudió la atracción, que se detuvo de inmediato. Los hombres apenas tuvieron tiempo de dar un grito emocionado antes de que el disco comenzara a rotar en sentido contrario. Giraba tan rápido que los ocupantes, con la espalda encorvada, parecían difuminados. Los caños empezaron a arrojar una lluvia lateral. Algunos espectadores se apartaron para no terminar empapados, pero otros se acercaron con la boca abierta e intentaron degustar la rociada. Senlin, que también acabó salpicado, probó el líquido acre que le resbalaba por las mejillas. No era agua, sino cerveza.

De pronto, uno de los hombres se escurrió y salió despedido del asiento. Voló unos metros hasta que cayó y rodó por las losas de la galería. Un turista que pasaba por allí tuvo que dar un salto para que no lo arrollara. El tiovivo, a cuyos mecanismos parecía habérseles agotado la energía acumulada, siguió traqueteando un poco más hasta que se detuvo del todo, como un reloj sin cuerda. Los otros once hombres bajaron de la atracción dando tumbos. Se alejaron con las rodillas doblándoseles y los pies cruzándoseles, y enseguida los taburetes que habían dejado libres fueron ocupados de nuevo.

Compadecido, Senlin corrió hacia el hombre que había caído boca abajo. Antes incluso de girarlo de costado, supo por el cuello ajado del abrigo y por el mal olor que desprendía que era un indigente. Cuando lo colocó de espaldas, vio que tenía los ojos cerrados; la mandíbula le colgaba flácida, dejando a la vista las encías desdentadas. Se preguntó si habría muerto a consecuencia de la caída.

Pero entonces el hombre abrió los ojos y exhaló un aliento amargo como el tufo de una escupidera en la cara de Senlin, que se había acercado demasiado a él. No estaba muerto, solo borracho. El resoplido inicial del hombre se prolongó hasta convertirse en una carcajada escandalosa. Se agarró al abrigo de Senlin para incorporarse, sin conseguir más que descoserle una solapa. Ambos miraron boquiabiertos el jirón de pana que colgaba de su mano. El borracho se lo apretó contra el pecho en un intento lamentable por arreglarle la prenda.

Senlin tuvo claro en ese momento que no estaba en condiciones de ayudar ni a ese hombre ni a nadie. Si se alejaran juntos por la calle, dudaba que alguien apreciara alguna diferencia entre ellos. Solo hacía tres días que había bajado del tren y ya parecía un pordiosero.

Su esposa había desaparecido. Tenía que recuperar el control de sus actos. A fin de cuentas, era director.

Por debajo de los caracoles y de las cañerías, se extendía una ciudad repleta de tabernas, tiendas, albergues y barracas. La mayor parte de las construcciones estaban hechas de chapa, arcilla o un cemento negruzco desmigajado, y tenían las paredes alabeadas y abolladas. Las lámparas de gas envolvían la ciudad en un crepúsculo lóbrego. La multitud no lo agobiaba tanto como en el bazar de fuera, pero era igual de variopinta. En un momento dado, podía ver pasar a una mujer vestida de volantes cogida del brazo de un caballero pulcro, ambos dejando tras de sí un aroma a flores y a cera para el pelo, y al momento siguiente, cruzarse con un peregrino vestido con harapos agrisados que olía igual que un pescadero en agosto. ¡Habría dado cualquier cosa por un soplo purificador de brisa marina! Aquí y allá se levantaban algunos edificios más sólidos, a modo de árboles entre los juncos. Las fachadas de ladrillo rojo de las tiendas y de las casas gremiales otorgaban a las calles cierta apariencia civilizada; por lo demás, la arquitectura dejaba mucho que desear.

Se sentía muy desilusionado. Ese no era el rutilante epicentro cultural que imaginaba. El deslustrado Sótano más bien le recordaba a una de esas aldeas portuarias a las que los marineros iban a ahogar las penas. ¡Cielo santo, si había fuentes de cerveza por todas partes! Después de la primera, había pasado por delante de otras seis. La *Guía popular* aportaba una descripción un tanto imprecisa de la atmósfera del Sótano, del que decía que era una amigable antesala de las asombrosas secciones de las plantas superiores, lo que a su vez también parecía una exageración. Era más acertado considerarlo el cuarto de los zapatos de la Torre, el lugar donde uno se sacudía el barro de las suelas antes de continuar hacia las salas inmaculadas de arriba.

A lo lejos, justo en medio del Sótano, una columna blanca transitaba desde las calles hasta el techo abovedado. El pilar marmóreo le recordaba un faro, no solo por sus dimensiones imponentes, sino también por la tranquilidad que le transmitía. Era el primer rasgo arquitectónico que le parecía formidable de verdad. Incluso los caracoles tenían la decencia de no acercarse. Gracias a la guía, ense-guida supo qué era aquella columna: la escalera que conducía a la segunda altura de la Torre de Babel.

Marya lidiaba mucho mejor que él con las imperfecciones del mundo, y por eso era indomable y difícil de desilusionar. Lo más probable era que incluso viera cierto encanto en los caracoles gigantes y en los tiovivos para borrachos.

Atisbó su reflejo en un escaparate. El pelo, que siempre llevaba peinado a la perfección, se le levantaba encrespado como una cuerda deshilachada; el traje parecía una bayeta con bolsillos. Dudaba que en ese instante Marya pudiera ver nada encantador en él.

Ya no tenía remedio. Necesitaba un traje nuevo.

Media hora más tarde, estaba en el probador de una sastrería, donde a través del espejo de la pared comprobaba cómo le quedaba la ropa nueva. Había elegido un conjunto que le parecía práctico, pese a que, en realidad, fuera casi igual que el uniforme de director: un abrigo de faldón cuadrado que le llegaba a los muslos, un pantalón y un chaleco negros a juego, una camisa blanca y unas botas negras de punta plana. Después de desliar el dinero para pagar el atuendo nuevo y un poco más para pasar lo que quedaba de día, se guardó el resto de los fondos en las

botas. Estaba convencido de que ni el carterista más hábil conseguiría sacárselo de ahí. Dejó la ropa estropeada bien recogida en el probador.

Se sorprendió al ver que había entrado alguien más en el establecimiento, que, salvo por el anciano sastre con gafas, había estado vacío hasta hacía un minuto. La persona que acababa de entrar era muy menuda, aquejada tal vez de enanismo, tenía la nariz torcida y una mata descuidada de pelo moreno. Los detalles dorados de su chaleco sugerían que se trataba de algún tipo de comerciante. Fuera quien fuese, tenía una conversación bastante animada. Estaba hablando con el sastre sobre un fardo de ropa. Sin ánimo de interrumpir su conversación, Senlin se puso a examinar unos pañuelos. Le harían falta tres, como mínimo.

—Pero es que yo no vendo ropa de señora —zanjó el sastre.

—Considérelo una forma de expandir el negocio. Lo que le traigo no son precisamente andrajos, ¡son sedas de primera calidad! —El hombrecillo desgreñado tuvo que tirar con fuerza para extraer del fardo una de las prendas, que hizo ondear a modo de bandera—. Fíjese, no se arruga nada.

—Disculpe —dijo el sastre en tono seco antes de girarse hacia Senlin, que había escogido tres pañuelos blancos sin adornos.

Se acercaron al mostrador, donde había una caja registradora con los bordes de latón. Senlin pagó el traje, las botas y los pañuelos nuevos. Mientras tanto, el comerciante observó el intercambio de dinero como un gato que vigilara un pájaro.

—Verá —prosiguió—, estas sedas son tan resistentes que, si cogiera esta camisola, cosiera un extremo con el otro y la llenara de gas, ¡podría levantar una barca con ella!

Tras cerrar el cajón de la caja registradora con una fuerza que hizo sonar el timbre, el sastre se quitó las gafas y frotó los cristales con ahínco.

—Tampoco vendo ropa para capitanes de barca.

El comerciante chasqueó la lengua.

—Me cae bien la gente con sentido del humor.

Hasta que Senlin no se giró para marcharse, no reparó en la bolsa que el comerciante portaba al hombro. Habría reconocido aquellas puntadas en cualquier parte. ¡Era su macuto!

Quizá lo habían enardecido el traje nuevo y la camisa impoluta, cuya tela áspera se le ceñía de forma satisfactoria al cuello y a las muñecas; o quizá se debiera a la baja estatura del comerciante, que, al recordarle a sus alumnos, lo llevaba a imaginar que tenía alguna autoridad sobre él; o quizá se tratara del modo en que Adam había traicionado su confianza para después robarle. Fuera cual fuera la razón, lo imbuyó de súbito una seguridad en sí mismo que rayaba en lo temerario. ¡No permitiría que ese malandrín se fuera de rositas! Renunciaría a su prudencia habitual y pasaría a la acción. Sin embargo, al sospechar que el hombre iría armado, concluyó que lo más seguro sería coger al enano ladrón por sorpresa.

Aguardó junto a la puerta, con la espalda pegada a la fachada de la sastrería; abordaría al bribón sin que se lo esperara en cuanto saliera de la tienda. Notó que una exaltación del todo inusitada lo reconfortaba. Cuando la puerta del establecimiento se abrió y el ladrón pasó por delante de él, Senlin lo sujetó por el cuello de la chaqueta y lo levantó del suelo.

—¡Ja, ya te tengo! —gritó triunfante. Su triunfo, sin embargo, enseguida fue doblegado por un talonazo en la entrepierna.

Capítulo seis

> El pañuelo es un utensilio de gran practicidad para el viajero avezado. Sirve para higienizar, para cubrir el asiento, para filtrar el polvo, para dar garrote, para vendar, para amordazar o como bandera blanca. Es posible afrontar todo tipo de situaciones sin más recursos que un trozo de tela.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel, apéndice,* I. IV

Su compromiso con Marya no se prolongó durante demasiado tiempo. Dos semanas después de que hincara la rodilla en el suelo y tomara la mano blanca como la harina de Marya en la suya, estaban casados.

A la vecindad de Isaugh solo se le ocurría una razón por la que celebrar una boda con tanta premura.

Fue un escándalo muy sonado. Y sonó mucho no porque fuera inhabitual (muchas mujeres llegaban corriendo al altar para presentarse como novias antes que como madres), sino por quienes protagonizaban el escándalo. Al pueblo le costaba digerir que su Esturión fuera capaz de dar un paso así. A los estibadores, a los capitanes y a los pescaderos les pareció un auténtico logro, al menos por parte de Senlin. A las mujeres, en cambio, la idea no les agradó tanto, pues consideraban que, en cierto modo, les habían robado. Para ellas, el cortejo debía llevarse a cabo en público y, sin embargo, se habían visto privadas de él. A los niños les parecía que el que su maestro se casara era una anomalía de la naturaleza, como que nevara en verano o que naciera una serpiente con dos cabezas. Era posible, pero improbable.

En realidad, nadie tenía ningún problema con el director. Solo era un poco remilgado y algo distante, rasgos que, por otra parte, parecían casar con su profesión. Los habitantes del pueblo lo tenían en gran estima porque sus alumnos (los hijos de ellos) acababan con-virtiéndose en adultos competentes, resolutivos y estoicos.

Pero él era muy suyo.

Marya trabajaba en los almacenes Berks’s, donde se encargaba de reponer los estantes y, para la paciente consternación de la señora Olivet Berks, de alargar los créditos. «Nuestros clientes no son como los peces, cielo —le recordó la señora Berks en una ocasión—. No por darles más sedal te será más fácil pescarlos».

La señora Olivet Berks, una solterona afable y querida por todos, era la mayor de las primas segundas de Marya. Compartían alojamiento encima de los almacenes, casi nunca discutían y eran habituales del Blue Tattoo. Olivet Berks frecuentaba esta taberna porque le encantaban los

chismorreos y el coñac de pera, y Marya la acompañaba porque, por aquel entonces, este era el único establecimiento del pueblo donde había un piano.

Cuatro o cinco noches por semana, aporreaba las teclas negras y amarilleadas del piano del local. Cantaba a la vez que tocaba, con una voz sonora y particular como la de un sinsonte, marcando el ritmo de las sucesivas canciones populares. Todo el mundo coincidía en que no había mejor espectáculo en ningún otro establecimiento de los alrededores.

Marya era encantadora con los hombres y sincera con las mujeres. Todos la adoraban. Aun así, pese a que el pueblo entero estaba encandilado con ella, nadie se dio cuenta de que mantenía un idilio secreto con Senlin, aunque, al parecer, ya llevaban varios meses en relaciones. Ni siquiera Olivet sospechaba nada.

Al final, Marya le habló a su prima segunda del compromiso que había contraído cuando ambas estaban sentadas dividiendo un saco de arroz de veinte kilos en bolsas de medio kilo. Marya medía y vertía el cereal, y Olivet cosía la boca de las bolsas.

—Pero ¿por qué con ese hombre? ¿Y por qué ahora? ¿Te has metido en algún lío? ¿Tienes prisa por algo? ¿Por qué no esperáis al próximo invierno? Dicen que las bodas que se celebran en invierno hacen el matrimonio más duradero.

—Me ha pedido que me case con él, y yo lo amo, y me ha hecho un regalo maravilloso. —Marya bajó la mirada hasta la cucharada de arroz que estaba echando, con una sonrisa ilegible asomándose entre sus mejillas.

Olivet cortó con los dientes el hilo del que estaba tirando y arrugó el gesto.

—Ah, no vayas por ahí diciendo que es un regalo. La gente se va a pensar que eres tan ingenua como él.

Sin soltarlo, Senlin dejó caer al ladrón, que no paraba de revolverse. El dolor le atravesó el cuerpo al instante, como una red de grietas que se extendiera por el cristal de una ventana, propagándose y ramificándose según le recorría las piernas y la columna vertebral.

Se había equivocado al optar por una confrontación física. Nunca se había peleado con nadie ni le había levantado la mano a un alumno. Dependía por completo de su actitud estricta tanto para no acabar metiéndose en peleas de taberna como para mantener el orden en la clase. Un enano había tenido que soltarle una coz para aprender que la urbanidad no le bastaría para protegerse en los circunreinos de la Torre.

Resistiéndose al impulso de hacerse un ovillo para reprimir la explosión de dolor del bajo vientre, preguntó:

—¿Por qué tiene usted mi equipaje?

—¿Su equipaje? He comprado esta bolsa hará dos horas —dijo el ladrón con una voz que lo sorprendió por su resonancia y en la que se apreciaba un acento expresivo que no reconoció—. Le pagué cuatro siclos a un muchacho por ella.

—¿Y dónde está ese muchacho ahora?

—Andará por ahí, qué sé yo. ¡Suélteme! —Senlin le había retorcido con fuerza el cuello de la camisa.

Después de sacarle a tirones el macuto que llevaba al hombro, lo soltó. Las hebillas produjeron un tintineo hueco. La mochila estaba vacía. El codo de una de las cañerías del elevado techo se estremeció y liberó una llovizna breve sobre ellos. El agua enfrió su rabia.

—¿Cómo se llama?

—Finn Goll.

—Señor Fingol, ¿dónde están mis cosas?

—Es Finn Goll. —Pronunció su nombre con más claridad—. Y sus cosas, si es que de verdad eran suyas, se han vendido. —Levantó el fardo de sedas de mujer—. A menos que también quiera esto.

—Sí, gracias. —Senlin cogió el fardo. En realidad, no le interesaba mucho aquella ropa y, de hecho, casi se había olvidado de ella. La frustración lo había puesto de mal humor—. ¿Aquí son todos ladrones?

Goll se estiró la camisa, se alisó el chaleco malva y se acicaló con aire indignado.

—Señor, sepa que yo no soy ningún ladrón. No más que usted, que, por lo que a mí respecta, acaba de asaltarme.

—Me llamo Thomas Senlin. ¿Y qué iniciales están estampadas dentro del macuto? —Le mostró a Goll el monograma que el labio de cuero de la bolsa llevaba impreso.

—¡Maldita sea mi suerte! —Compadecido de sí mismo, Goll se mesó las greñas morenas, despeinándoselas todavía más. Parecía un hombrecillo muy histriónico—. Quédesela, Tom. ¡Quédesela! Ha sido un grave error. Debí suponer que ese muchacho solo me daría problemas. ¡No se debe confiar nunca en un Avestruz!

—¿Un avestruz?

—Sí, un Avestruz, ¡un Avestruz! —dijo, como si repetir el nombre sirviera para que a Senlin no se le olvidara—. Alguien a quien han echado del Salón. Tienen la entrada prohibida, gentuza condenada al ostracismo y devuelta al Sótano. Les marcan los brazos para que no vuelvan a colarse. —A Senlin le vino a la memoria la cicatriz redonda que Adamos tenía en el antebrazo—. Si lo intentan y los descubren por segunda vez —Goll hizo el gesto de sacarse un ojo con la mano—, los dejan tuertos. Si reinciden de nuevo —chasqueó la lengua—, los dejan ciegos del todo. Si un día se topa con alguien a quien le faltan los dos ojos, será alguien a quien le cuesta entender las cosas. Ese truhan que le ha robado pronto acabará yendo por ahí con un bastón de invidente en una mano y una gorra de mendigo en la otra.

—No creo que sean tan bárbaros como para dedicarse a sacarle los ojos a la gente. —Senlin intentó articular una risa despectiva, pero acabó tosiendo, pues notaba una quemazón en la garganta reseca.

—Mire, si vamos a seguir hablando de todo esto, vayamos a echar un trago antes de que nos ahoguemos —propuso Finn Goll.

Momentos más tarde, Senlin se encontraba en el asiento metálico festoneado de uno de los ingenios que Finn Goll llamaba «cervezovivos» o, para abreviar, «cervezos». Era una copia de la fuente alimentada por energía humana que había visto antes, con su caño de marfil y sus pedales guiados. Según Goll, había decenas de máquinas iguales distribuidas por todo el Sótano. Senlin,

que nunca había sentido predilección por la cerveza, se había dejado convencer por un insistente Goll de que aquí la cerveza estaba más limpia y era menos nociva que el agua del grifo. Había tantas cervecerías como farolas, y todas ellas parecían ser un gran negocio, pero los cervezos tenían la ventaja de que podían emplearse sin ningún coste, siempre que a uno no le importara sudar un poco.

Si los clientes del Blue Tattoo (para quienes la escoba que estaba recogida en un rincón era más animada que el director de la escuela) hubieran visto a Senlin sentado en una fuente mecánica de cerveza ubicada en medio de una plaza, se habrían frotado los ojos, se habrían pellizcado las mejillas y habrían pedido tres ostras para recuperar la sobriedad.

Los diez asientos que quedaban libres, cubiertos de óxido, no tardaron en ser ocupados y todos empezaron a pedalear. Con el fardo de ropa interior de mujer apoyado ligeramente en el regazo, Senlin puso una mano en el borde enroscado del bebedero vacío y empezó a subir y bajar las piernas. Goll se mantuvo equilibrado sobre los pedales, ya que su estatura le impedía moverlos si se sentaba. Aunque, a juicio de Senlin, sus pedaladas torpes hacían que se tambaleara demasiado, para Goll no parecía haber inconveniente alguno.

Era como si pretendiera subir en bicicleta por una colina enlodada, y tuvieron que pasar unos momentos para que los esfuerzos agotadores de los ocupantes empezaran a hacer rotar la enorme rueda.

—¿Por qué a los engranajes les cuesta tanto obedecer? —se quejó Senlin—. ¡Los camareros nunca tienen que pelearse así con los barriles! —Al resollar a consecuencia del ejercicio, notó que la garganta le quemaba todavía más.

—¿Qué es, ingeniero? ¡No se preocupe por eso! Es cerveza gratis —le recordó Goll con énfasis, a lo que los otros ocupantes respondieron vitoreándolo al unísono. El que estaba a la derecha de Goll llevaba un mandil de cuero, manchado con las huellas embarradas de unas herraduras. Como si fuera el capataz de la atracción, profirió un rugido para que todos pedalearan con más brío. La boca de la fuente apenas empezaba a borbotear.

Senlin se fijó en un letrero de latón, verdeado por el paso del tiempo y las continuas rociadas, que estaba sujeto por medio de unos tornillos a la cuenca cónica delante de él. Lo leyó en voz alta: «El surtidor de doce brazos de la Esfinge».

—Vaya, así que sabe leer —observó Goll. El sudor comenzaba a apelmazarle los bucles morenos en la frente.

—Claro. Soy director en una escuela —dijo Senlin con un orgullo instintivo. Cuando Goll le preguntó qué materias impartía, no pudo impedir que se le iluminase la cara—. Escritura, arte, geografía, física…

—¿Y matemáticas?

—¿Cómo iba a enseñar física sin dar también matemáticas?

El piñón que tenía justo debajo se sacudió. Por un instante, creyó que la cadena iba a salirse, pero después volvió a afianzarse en los dientes.

—Llevará los registros, me imagino, de las calificaciones y de la asistencia, de las cuotas y de las matrículas, ¿me equivoco? Y también tendrá que buscarles un nuevo hogar a esos siclos que

siempre acaban extraviándose. —Se soltó de la barandilla por un momento para darse unas palmaditas cómplices en los bolsillos del chaleco.

Senlin se disponía a responderle y a dejarle claras su indignación y su honradez cuando la fuente se cubrió de una espuma volcánica, y una capa de cerveza comenzó a fluir cono abajo para desembocar en el canal. Los ocupantes estiraron el cuello hacia delante, esforzándose por cerrar los labios en torno al caño de marfil. Senlin sintió una caricia aterciopelada en la garganta cuando tragó la cerveza fresca. Nunca había probado nada tan dulce. De refilón vio a Goll arrodillado en el asiento (cuyos pedales, ahora abandonados, continuaban girando) y bebiendo del caño de soslayo mientras le sonreía satisfecho. El herrero con las huellas de herraduras en el mandil le dio una voz para que siguiera pedaleando. El hombrecillo levantó los brazos en un gesto obsceno que Senlin conocía, pero que no había empleado nunca. Tal vez Goll midiese la mitad que Senlin, pero era el doble de atrevido.

Cuando Senlin se apartó del caño y boqueó para tomar aire, sufrió un leve mareo por efecto del alcohol.

Goll, de nuevo con los pies en los pedales, lo observaba sin inmutarse, y sonriendo como si tuviera un chiste a punto de caramelo.

—No se le da nada mal. Debería quedarse hasta que empiecen las carreras de la tarde. Entonces sí que le dará vueltas la cabeza.

—No puedo. Tengo prisa. Estoy buscando a alguien.

—Ah, rebarros. —Goll empleó la interjección a modo de improperio, pero Senlin no estaba muy familiarizado con ella—. ¡La triste historia de siempre! Deje que adivine: ha perdido a alguien muy querido para usted y todo lo que está haciendo ahora es por la devoción que tiene por esa persona. Nada lo detendrá hasta que dé con su madre, o con su hermano, o con su tía, o con su hijo o con su amante, y con esto no pretendo saber de quién se trata.

—Es mi esposa. Marya Senlin. Llevaba un salacot rojo.

Goll cerró la mano en un puño y golpeó el borde del caño haciéndolo resonar.

—¿Para qué habré dicho nada? —Se consoló tomando un trago largo del caño. Su teatralidad hizo sonreír a Senlin. Cuando Goll abrió la boca para respirar, le avisó—: No se le ocurra comentarle a nadie que está buscando a su esposa.

—¿Y cómo voy a encontrarla entonces? —preguntó Senlin, casi condescendiente. Aplicó los labios de nuevo a su caño, sin dejar quietos los pedales.

—Abriendo los ojos, usando la cabeza y sin recurrir a nadie. Aunque lo más probable es que no la encuentre nunca. Las mujeres son aspiradas hacia lo alto de la Torre igual que el humo asciende por una chimenea. —Agitó la mano a la vez que producía un silbido afilado—. ¡Aquí todo lo que lleva faldas flota! ¿Al muchacho que le robó también le habló de su amada señora?

—Sí.

—¿Y cómo le fue? Apuesto a que le vino con buenas palabras, a que le dio esperanzas. Lo trató como a un niño de pecho. Lo meció hasta que se quedó dormido, y entonces le robó. —Goll meneó la cabeza, y unas gotas de sudor salieron despedidas de sus rizos negros—. Aquí no lo ayudará nadie. La gente buena no tendrá ni los recursos ni la disposición necesarios, y la gente mala solo querrá desplumarlo. Se inventarán rumores, le venderán mapas, guías, ¡todo tipo de

cosas más útiles para envolver pescado que para buscar el rastro de una esposa! Lo ayudarán tanto que le birlarán hasta el último siclo. Suponiendo que no sea ya tan pobre como un capacho. —Regoldó.

—Suponiendo —dijo Senlin evasivo. Aunque parecía un personaje infame, las advertencias de Goll tenían cierta lógica. Tal vez necesitara algo más que una guía y un pañuelo para moverse por la Torre—. ¿Qué es un capacho?

—Seguro que ya los ha visto. Unos desgraciados calvos y esqueléticos, que van descamisados y se adornan con bisutería de hierro. Esclavos. Los capachos son esclavos. Cargan cestos de arena, de carbón y de piedras Torre arriba, ¡cada vez más arriba! La construcción no cesa nunca. La Torre aún no ha acabado con nosotros. Ah, rebarros, ¡parezco un místico!

Hasta hacía tan solo unos momentos, Senlin se sentía superior a este hombre maleducado y sin escrúpulos. Sin embargo, se le ocurrió que quizá le vendría bien tenerlo cerca.

—Escuche, señor Goll, le pido disculpas por el modo en que lo he tratado antes. Y le agradezco que me haya contado todo esto. Tal vez querría considerar que lo contrate como guía durante…

—¿Para qué habré dicho nada? —se lamentó el hombre de nuevo, al tiempo que hacía un aspaviento con las manos—. Puede que me esté agradecido, pero no me ha escuchado. Nadie va a poder ayudarlo. Tendrá que afrontar esto usted solo.

De pronto, los pedales de los asientos se bloquearon. El golpetazo sacudió las piernas de Senlin e hizo que las rótulas le chascaran de forma dolorosa. Dejó escapar un jadeo entre dientes. Cuando miró alrededor, comprobó que era el único al que el parón había cogido por sorpresa. Habían alcanzado la cima invisible hacia la que habían estado subiendo. El cervezovivo había llegado al límite de sus potentes resortes internos, que aguardaban bien enroscados, tensos como una víbora herida, en el centro de la enorme rueda.

Se engranó una marcha distinta que resonó como una campana sumergida, y los pedales dejaron de oponer resistencia alguna. Finn Goll aulló y gritó:

—¡Agárrese bien!

Pero el acelerón del cervezo desdibujó sus palabras cuando los resortes empezaron a destensarse. Girando en sentido levógiro, cada vez más rápido, Senlin creyó precipitarse por la pendiente que acababa de coronar. La plaza se transformó en una amalgama difusa de losas encharcadas y luces de gas parpadeantes; los rostros de la gente se estiraron como la melcocha. Senlin ancló la vista en la punta inmóvil del cono que ocupaba el centro de la rueda y se sujetó al bebedero, mientras este proyectaba el chorro de cerveza en su cara.

Pese a las náuseas y a la desorientación, recordó cómo le dijo Marya que se sentía cuando tocaba el piano en el Blue Tattoo:

—Me pongo a tocar y todos cantamos hasta que la sala empieza a dar vueltas. Me encanta encontrarme en el centro de ese círculo de felicidad.

—Pero, cariño —le respondió él, que se equivocó al creer que aquel era un buen momento para impartir una clase de geometría—, el centro de un círculo es un punto infinitesimalmente diminuto. Podría decirse que ni siquiera existe.

—Me basta con eso. Prefiero no ser nada en el centro de todo que alguien que se cree algo en el margen del mundo.

Este parecer lo manifestó con su habitual franqueza. Y, aunque sin pretenderlo, acababa de describir a Senlin a la perfección: «alguien que se cree algo en el margen del mundo».

El fardo de ropa interior de mujer que tenía en el regazo se desenvolvió de pronto. Las calzas, las bombachas y las camisolas salieron volando sobre los viandantes de la plaza para posarse acto seguido aquí y allá, como las palomas en el parque.

Capítulo siete

> Algunos recién llegados creen que los circunreinos de la Torre se asemejan a los pisos de una tarta, que son todos más o menos iguales. Pero, en realidad, no es así. No es así en absoluto. Cada uno de los circunreinos es único y desconcertante a su manera. Sin embargo, tienen dos cosas en común: la forma de la fachada, más o menos circular, y el precio de la carne de vacuno, siempre estratosférico. Todo lo demás es diferente.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, I. X

Senlin se pasó por el cuello un pañuelo humedecido. Dos guardias ataviados con un abrigo rojo holliniento y con unas charreteras de oro estropeadas se encontraban al pie de la columna de mármol. A su espalda, la puerta de cristal que daba al interior del pilar despedía un atrayente resplandor dorado.

Su desaliño se antojaba sospechoso. Las vainas que les colgaban de la cintura eran distintas la una de la otra, al contrario de lo que cabía esperar de unas armas reglamentarias, y las empuñaduras de los sables que contenían tampoco parecían del todo iguales. Los botones del abrigo de uno de ellos se tensaban a la altura de su barriga, y al otro se le apelotonaban sobre las botas los dobladillos del pantalón como si este fuera demasiado largo. Senlin supuso que serían unos farsantes, unos oportunistas desalmados como aquellos acerca de los que le había advertido Adam, lo que en ese momento le parecía irónico.

No obstante, esa era la única escalera que conducía al Salón. Era el único camino que podía haber tomado Marya, en el caso de que hubiera decidido seguir el itinerario del viaje.

Aunque ¿qué otra cosa podía haber hecho su mujer sino atenerse al plan acordado? ¿Y qué otra cosa podía hacer él sino confiar en que así hubiera sido?

Le había perdido la pista a Finn Goll después de bajar dando tumbos del cervezovivo. Trastabilló entre la gente que se había acercado a examinar las prendas esparcidas por el suelo. Al girar hacia el primer callejón que vio, un mareo violento e incapacitante hizo presa en él. Una vez que el estómago y la cabeza se le asentaron, volvió a salir y se acercó a la palanca que había junto a un surtidor de agua. Mojó el pañuelo e intentó espabilarse.

Un tanto avergonzado, se acercó a la columna blanca en cuanto hubo recuperado el equilibrio necesario para poder andar. Mantuvo el macuto apretado contra sí igual que un náufrago se apretaría a una tabla a la deriva. No podía permitir que volvieran a robarle.

Ahora los falsos vigilantes de la puerta estaban hostigando a un monje mendicante que vestía un hábito gris. Alterado, el anciano monje intentaba convertir a los guardias diciéndoles:

—¡Es preciso salvar la Torre! Sus raíces están enfermas. ¡Nosotros las estamos pudriendo! ¡Hay que derribarla antes de que la plaga del hombre mancille las nubes y las estrellas! —En su voz se apreciaba la estridencia de la locura. Senlin había leído algo acerca de los místicos que profesaban la divinidad de la Torre, aunque esos libros sugerían que la orden podía darse por extinguida.

El más corpulento de los guardias, al que la sombra de la barba se le extendía casi hasta las cuencas de los ojos, plantó el pie en el pecho hundido del religioso y lo empujó hasta que lo hizo caer de espaldas.

—Despeja la vía, so chalado, si no quieres que te arranque las orejas. —La advertencia pareció bastar para desalentar al místico, que se alejó mascullando y frotándose las posaderas magulladas.

Antes de que Senlin pudiera aproximarse a la columna, le cortó el paso un polisón bamboleante de crinolina rígida. La jaula del polisón encerraba a una muchacha de mejillas coloreadas y de inquietos tirabuzones rubios. Pese a su belleza, parecía distante y altiva. Al verla acercarse, los impostores se apartaron de la entrada, ejecutando una reverencia y deslizando un pie hacia atrás sin excesiva gracilidad. Senlin recordó lo que le había dicho Finn Goll: «Aquí todo lo que lleva faldas flota».

En cuanto la hermosa muchacha se hubo adentrado en el resplandor cálido que emanaba de las puertas de cristal, Senlin se encaminó con lo que él esperaba que pareciera firmeza y decisión hacia la abertura que los guardias flanqueaban, manteniendo la cabeza erguida como un gran señor. Sin embargo, según se acercaba, la entrada se cerró, lo que le obligó a detenerse y a mirar a los impostores que la vigilaban.

—No tan rápido, don Patas Largas —le dijo burlón el guardia corpulento—. El salvoconducto para acceder al Salón cuesta dos siclos.

Con la actitud más razonable que consiguió aparentar, Senlin respondió:

—He observado que a la dama que acaba de entrar no se le ha cobrado nada. A mi entender, no termina de parecer justo que se haga una excepción con ella mientras que a mí… —Su argumentación se vio interrumpida de pronto: el más bajo de los impostores le hundió el puño en el estómago. Cuando Senlin se dobló hacia delante, un golpe conejero complementó el ataque.

Había sido un ingenuo al creer que unos matones como estos responderían de forma racional. Lo único que podía hacer era aprender la lección, pagar los dos siclos y seguir su camino.

—El salvoconducto para acceder al Salón cuesta cuatro siclos —dijo el guardia más grande con una gravedad mecánica. El más bajo miró a Senlin con una sonrisa torcida en la cara, como si deseara que don Patas Largas volviera a protestar.

Senlin se irguió y rebuscó en los bolsillos. En ese momento, habría vaciado las botas si no hubiera tenido otra forma de dejar atrás aquella primera planta, invadida por la humedad, la cerveza y la violencia. La Torre lo tentaba con sus puertas, mientras él estaba allí, revolcándose en el cuarto de los zapatos, en compañía de los ladrones y de los mendigos. Ciertamente, rebarros.

Las puertas de cristal de la columna dieron paso a un pasillo alfombrado que ascendía en espiral. Era como pasar de la noche al día. El pasadizo contaba con una barandilla de latón y estaba bien iluminado por medio de unas trémulas lámparas de gas. A Senlin le recordaba el decorado de la ópera que visitó en una ocasión durante sus días de universitario. Por el aire endulzado viajaba una reverberación grave y regular que casi podía calificarse de uterina.

Cuando llevaba unos minutos ascendiendo por la hélice alfombrada, oyó el murmullo de un grupo de gente que se aproximaba. Al doblar una esquina, no pudo evitar unirse a una cola de visitantes que avanzaba poco a poco. Estaban mejor vestidos y aseados que la gente desaliñada con la que se había topado tanto abajo como fuera de la Torre. Celebró haber tenido el tino de comprarse un traje nuevo.

Extrañado al no ver rastro de la mujer con el polisón de crinolina, preguntó por ella al hombre que lo precedía en la cola. Este, de actitud sociable, le respondió que le habían permitido pasar antes.

—Por lo visto —dijo—, faltan mujeres para la obra que hay programada. —Senlin no supo a qué se refería, pero actuó como si hubiera despejado todas sus dudas; no parecía convenirle desvelar su ignorancia.

El nuevo conocido de Senlin iba todo peripuesto con un terno azul marino. Se había recortado y encerado con esmero el bigote fino. De haber ido a pasearse por las calles de Isaugh, lo habrían considerado un auténtico figurín. Se presentó con el nombre de Edsel Pining. Senlin lo tomó por un aristócrata modesto.

Pining le preguntó si esa era la primera vez que visitaba el Salón. Y cuando Senlin fue a responderle, tragó saliva a destiempo, de modo que la voz le brotó en forma de gruñido ahogado. Siempre se había manejado con torpeza cuando interactuaba con otras personas en ese tipo de situaciones. Además, la desenvoltura de los demás lo ponía aún más nervioso; la confianza que tenían en sí mismos mermaba la suya.

—Se lo preguntaba porque lo veo demasiado tranquilo —observó Pining con afabilidad—. Muy en paz consigo mismo, por así decirlo. Yo, en cambio, aquí estoy, mordiéndome las uñas y a punto de subirme por las paredes. —Inclinó el cuerpo hacia delante mientras hablaba, con las manos recogidas a la espalda.

—Creía que los novatos siempre están más nerviosos que los veteranos —dijo Senlin, que había recuperado el control de la voz.

—En absoluto. No tiene ni idea de lo que le espera. Para usted no es más que un nombre: el Salón. Una descripción en un libro. Un punto en un mapa. Pero, una vez que salga del Salón, se pasará la vida planeando la siguiente visita. —Se atusó el aceitoso cabello moreno a la altura de las sienes. Senlin estimó que Pining tendría más o menos su misma edad, aunque no parecían haber madurado al mismo ritmo—. Míreme a mí, ¡si tengo hasta vértigo! Y yo no soy así. En casa soy un ermitaño grosero y amargado. Trabajo como contable. Tengo callos en los dedos de tanto usar el ábaco y la pluma. No, no se imagina hasta qué punto el Salón lo transforma a uno, ni hasta qué punto le permite a uno transformarse a sí mismo.

La conversación, cordial y desenfadada, desorientó a Senlin. No parecía corresponderse con nada de lo que le había ocurrido hasta entonces; ni con los desgraciados de la sección de

Extravíos, ni con el dirigible caído, ni con la traición de Adam, ni con las inquietantes advertencias de Finn Goll sobre los apetitos de la Torre y sobre la facilidad con la que esta absorbía a las mujeres. Aún le dolía el estómago a causa del puñetazo que le habían dado. Sin embargo, aquí estaba, hablando de zarandajas con un petimetre.

—¿Y no se aburre?

—Se lo aseguro, señor Senlin, uno nunca se aburre de esto. Las tramas se reescriben todos los meses, las estancias se redecoran y los personajes, cómo no, cambian de papel. Aunque visitara el Salón cien veces, siempre me sabría a poco. Solo hace falta un poco de imaginación. Un poco de ingenio también ayuda, pero hasta un granjero se lo pasaría en grande. Lo malo es lo poco que duran las obras, una semana, por lo general. Después todo acaba y hay que volver a ser uno mismo. —Hizo una mueca de resignación.

Senlin no terminaba de comprender a qué se refería Pining. Según la *Guía popular*, la segunda planta de la Torre, el Salón, era un distrito artístico, del cual habían salido multitud de compañías de primer nivel a lo largo de los años. Marya y él habían hablado de asistir a algún espectáculo antes de continuar hasta el tercer nivel, el Balneario, con sus habitaciones asequibles y sus abundantes termas. La *Guía* aportaba sugerencias para analizar las distintas obras y recomendaciones sobre la etiqueta del público, pero, a fin de no quedar desfasada demasiado rápido, no recogía excesivos detalles sobre los horarios ni sobre otros aspectos específicos. Desde que había llegado a la Torre, no era la primera vez que tenía la sensación de no haberse preparado como era debido. Aun así, cuando recordó lo que Goll le había comentado sobre la conveniencia de integrarse, de buscar sin llamar la atención, decidió que haría todo lo posible por aparentar naturalidad.

Aunque no le entraba en la cabeza que un espectáculo teatral, incluyendo las obras épicas más extensas, pudiera alargarse hasta una semana. Tenía que ser una exageración.

La cola avanzaba poco a poco. Pining siguió exhibiendo todo su repertorio de observaciones jocosas y de filosofías imparciales, mientras Senlin, aliviado al ver que a su compañero de cola no le hacía falta mucha ayuda para prolongar su parloteo, se limitaba a sonreírle de vez en cuando para darle cuerda. Minutos después, la espiral ascendente se aplanó ante una arquería cubierta con unas cortinas, en una sala llana que a Senlin le recordaba el vestíbulo de un teatro. Se hallaban ante cuatro taquillas talladas con minuciosidad, y tras cada una de ellas había un torniquete reluciente. Unos hombres ataviados con una chaqueta blanca y un chaleco gris ceniza ocupaban los distintos puestos, que no eran mucho más amplios que un ataúd. Lo cual parecía muy adecuado, dado que los acomodadores tenían la tez tan pálida y cerosa como un cadáver.

Detrás de los hombres uniformados había cuatro puertas. La primera de ellas estaba marcada con una K de latón; la segunda, con una S; la tercera, con una A; y la última, con una I.

—Son los acomodadores del Salón. Le dirán qué papel va a interpretar y le explicarán las reglas del escenario. Preste atención a las reglas, señor Senlin. Estas cosas se hacen monótonas, pero todo engranaje desempeña una función, ¿verdad? —dijo Pining sin el menor asomo de verdadera seriedad.

Se enderezó las ballenas del cuello de la camisa y, al momento siguiente, lo llamó uno de los acomodadores. Pining lo saludó con una risa tan amigable como inopinada. Era la forma que

tenía de lubricar los engranajes, aunque no le sirvió del mucho. El acomodador siguió mirándolo con la hosquedad de un alguacil. Pese al entusiasmo que suscitaban en Pining las maravillas del Salón, no parecía un lugar donde a uno se le recibiera con los brazos abiertos.

A Senlin le llamó un acomodador que lucía un cerco de cabello cano bien peinado y en cuya frente se cruzaban unas arrugas que parecían nacerle en la coronilla calva.

El hombre le entregó un libreto que a Senlin le recordó los manuales básicos que utilizaban sus alumnos, de tacto rugoso, encuadernado toscamente y con borde serrado.

—Usted hará de mayordomo, señor —le indicó el acomodador sin alterar las dimensiones de sus arrugas. En la cubierta del libreto figuraba el nombre del personaje: Isaac.

—No lo entiendo. Yo no soy actor. Lo que busco es un asiento, aunque sea al fondo… —dijo Senlin.

El acomodador lo miró con unos ojos tan vacíos que costaba decidir si el largo silencio tenía por finalidad manifestar incredulidad o desdén. El hombre era tan expresivo como una aldaba. Senlin hizo ruido al tragar saliva.

—Es al mismo tiempo actor y público, señor —lo informó el acomodador—. Puede sentarse, si lo desea. Las reglas del Salón se incluyen en la contracubierta del programa; le sugiero que se familiarice con ellas. Lo más importante, señor, es que cruce tan solo las puertas que están marcadas con una I. I de Isaac. Si utiliza las puertas de los demás personajes, se le expulsará del Salón.

—¿Y les importaría si me marchara ahora? Tengo un poco de prisa por llegar al Balneario. —No tenía en mente detenerse en el teatro, por muy innovadora o moderna que fuera la obra, cuando aún no había dado con Marya. Debía de haber algún pasillo para los turistas que prefirieran pasar de largo.

—Nunca se expulsa a nadie a las plantas superiores, señor, solo al Sótano. Si no quería participar en nuestro espectáculo, debería haber reservado una plaza en un dirigible —le dijo el acomodador con sequedad—. También le pedimos que atice la lumbre cada vez que entre en una habitación. Se ha proporcionado la leña necesaria, y, se lo aseguro, a todos los personajes se les insta a mantener el fuego encendido, no solo a los que interpretan al mayordomo. En el caso de que desatienda este deber, se procederá a su expulsión.

El acomodador le requirió un pago de doce siclos, con los que Senlin habría podido alojarse en un hotel durante tres noches. La suma lo sorprendía y lo escandalizaba, pero no vio que tuviera más alternativas. Ya le había quedado más que claro de qué valía regatear las tarifas de acceso. Podía darse media vuelta y regresar al Sótano o podía pagar y seguir abriéndose camino.

Para sacar el dinero tuvo que quitarse la bota. Se habría sentido más abochornado de no haber visto a su nuevo conocido, Pining, quitándose un mocasín pulido a la perfección por el mismo motivo. Parecía que Senlin no era el único que iba por ahí calzado con sus finanzas. El descubrimiento lo hizo sentirse menos ingenioso.

Pasó por el torniquete abrillantado, pero, antes de que cruzara la puerta identificada con una I de latón, Pining le tocó el codo para decirle:

—Dentro de una semana, esta aventura habrá terminado, ¡y se sentirá como si el despertador lo hubiera echado a la fuerza de un sueño maravilloso!

Capítulo ocho

Nunca permita que un itinerario insoslayable le impida disfrutar de una aventura inesperada.

Guía popular de la Torre de Babel, III. II

Pese a las instrucciones misteriosas del acomodador y al entusiasmo de Pining, Senlin seguía creyendo que se encontraría con un patio de butacas tapizadas en terciopelo, con un escenario, con un proscenio y con un telón; en resumen, con un teatro al uso.

Donde apareció, sin embargo, fue en el umbral de una sala revestida de azulejos blancos que le recordó el vestuario del internado en el que había estudiado años atrás. Unos bancos y unas taquillas de cedro bordeaban todo el guardarropa. Decenas de asistentes ariscos que vestían de blanco iban de aquí para allá, empujando percheros atestados de trajes, cargados con pilas de toallas o tirando de unos cestos con ruedas llenos de zapatos lustrados. Al contrario que el acomodador al que acababa de pagar, los asistentes tenían la ropa arrugada por el desempeño de sus labores. El aire estaba saturado, tanto de vapor como del agresivo camuflaje de las colonias, los jabones y los tónicos capilares. Ya sabía qué era aquel lugar: un camerino. Se encontraba en los camerinos. Pero ¿dónde quedaba el escenario? ¿Y quién estaba en él?

Enseguida se hizo cargo de él un asistente que portaba en las manos una toalla blanca bien doblada con una pastilla de jabón rosa encima. Llevaba muy bien peinado su pelo color piedra y tenía unas mejillas demacradas que la cuchilla de afeitar le había dejado casi en carne viva; por lo demás, se conducía con el refinamiento de un trampero. Senlin se alarmó un tanto cuando reparó en que el hombre iba armado. Una pistola de tiro a tiro le colgaba de la cadera. Al fijarse en los otros asistentes que había en la sala, observó que casi todos contaban con un instrumento similar. Poco acostumbrado a ver armas de fuego (ni siquiera los agentes de la ley de Isaugh las incorporaban en su equipamiento cotidiano), supuso que había entrado en una zona de la Torre donde se velaba más por el cumplimiento de la ley.

Sonrió con cordialidad a su rudo asistente. Este, más que mostrarle el camino, lo empujó hacia un compartimento de baño abierto.

A pesar de los nervios, Senlin agradeció el chorro de la ducha caliente y la acción del jabón tosco con aroma a sándalo. Era el primer lujo auténtico que la Torre le ofrecía. Se habría quedado un buen rato más bajo la lluvia vaporosa si el bronco asistente no lo hubiera urgido a salir.

Luego, tras medirlo con un metro de sastre mientras Senlin aguardaba parado encima de la toalla, el asistente se marchó para regresar poco después con un nuevo juego de ropa: un frac de mayordomo y una pechera blanca almidonada. Ambas prendas se correspondían con su talla, pero, dado lo larguirucho que era, no terminaban de quedarle bien. No resultaba muy convincente como mayordomo. La pajarita roja le pareció tan ridícula que se la quitó al instante. El asistente, sin embargo, recogió enseguida el accesorio descartado y volvió a colocárselo en el cuello sin la menor delicadeza.

—No introduzca cambios en su vestuario, señor —le dijo el hombre del pelo de acero—. Lea las reglas que figuran en el programa.

Poco a poco, Senlin entendió lo que le había dicho el acomodador: era actor y público al mismo tiempo. Eso no era un teatro; era una farsa, una pantomima infantil. Claro que no había espectadores de verdad. ¿Quién querría ver algo así?

El asistente le indicó que guardara su ropa y sus objetos de valor en el macuto, a lo que él procedió con alguna reticencia. No le atraía en absoluto la idea de separarse del dinero, de los billetes de tren y de la guía, aunque no parecía tener elección. El hecho de que todo estuviera organizado de una forma tan mesurada y de que se aplicaran tantas medidas de seguridad le dio cierta esperanza. Además, no era el único que guardaba el dinero en los zapatos, por lo que tal vez ese tampoco debía de ser un lugar muy adecuado para mantenerlo a buen recaudo.

A continuación, el macuto fue depositado en una robusta taquilla móvil junto con las pertenencias de otros hombres, a ninguno de los cuales parecía importarles mucho desprenderse de ellas. Aunque ¿por qué iba a importarles? Cuando uno se sentaba a ver una obra de teatro, no se pasaba toda la obra temiendo que le robaran el abrigo que había dejado en el guardarropa. Esa gente había venido a evadirse, a interpretar un papel, ¡a actuar! Intercambiaban bromas, risas y alborotaban como colegiales, a pesar de que ya tenían el pelo agrisado, los que lo conservaban. También había otros hombres más jóvenes, si bien a muchos les sobraban unos kilos, se les notaba incómodos y se les podía considerar poco atractivos. Al parecer, los acomodadores elegían a los que carecían de un cierto porte para que hicieran de mayordomo. Qué apropiado, pensó con fastidio, que él se contara entre ellos.

Mientras el asistente lo vestía y lo atildaba, Senlin leyó el libreto que le habían facilitado. El programa detallaba el guion al que iban a dar vida. La obra transcurría en una mansión, de modo que el escenario se componía de varias estancias, entre ellas un comedor, un estudio, una cocina y algunos otros espacios domésticos. Solo intervenían cuatro personajes en la obra: el marido y la esposa acaudalados, de nombre Kerrick y Alice Mayfair; el joven aprendiz del negocio, Oscar Shaw; e Isaac, el mayordomo, que sería su papel en la farsa.

Los actores debían improvisar los diálogos a partir de las líneas generales de la trama. Era un argumento muy trillado. El marido, el señor Mayfair, vive para el trabajo. Trata a su joven compañero, el señor Shaw, como al hijo que nunca tuvo y dedica todo el tiempo que puede a prepararlo para el mundo de los negocios. Mientras tanto, la señora Mayfair, al sentir que su marido no le presta suficiente atención, ha empezado a coquetear con el mancebo. Este se ve obligado a elegir entre su futuro como empresario y los sentimientos que comienzan a aflorar en él por la señora Mayfair, una mujer adorable, aunque imperfecta, de carácter voluble.

A Senlin lo consternó que el mayordomo Isaac tuviera que decidir entre apoyar a la veleidosa señora en su devaneo o avisar del posible cortejo a su empleador, el señor Mayfair. Era una pesadilla. Aquel guion era justo la clase de melodrama fácil del que él recomendaba huir a sus alumnos. El subtexto era evidente: el amor, puro y eterno, se imponía supremo. Pero para Senlin el amor no era así, inesperado, egoísta e insaciable. El amor, como a menudo lo pintaban los poetas, no era más que lujuria calva con una peluca ostentosa. Él creía que el amor verdadero guardaba un cierto paralelismo con la formación de una persona, que consistía en un proceso largo y sutil que nunca llegaba a su fin.

El asistente lo tomó del hombro con una mano encallecida, poniendo fin a su indignación, y lo condujo hacia el otro lado del vestuario, que daba a un pasillo alfombrado. El corredor le recordaba los de los hoteles suntuosos. A los lados había sendas series de puertas blancas distribuidas de forma regular, aunque, al contrario que los hoteles que él conocía, ese pasillo carecía de recodos. Se extendía, por tanto, sin interrupción alguna, describiendo una curva gradual que se perdía en la distancia. Había en él centenares de hombres y, pese a las diferencias en su complexión, todos vestían el mismo frac y la misma pechera almidonada que llevaba Senlin. La ubicuidad de la pajarita roja que le irritaba el cuello hizo que se sintiera menos distinto, pero también más ridículo.

Era como si se hubiese colocado en medio de dos espejos y estuviera viéndose doblarse y redoblarse camino de un infinito difuso. La escena lo mareó.

El asistente desabrido le entregó una llave y le dijo:

—Busque una puerta que no esté cerrada con llave. La podrá abrir porque en la obra que se está interpretando al otro lado todavía se necesita a alguien que haga de Isaac, el mayordomo. Es posible que los otros personajes ya hayan iniciado la actuación. Una vez que haya entrado, bloquee la cerradura. Su llave abrirá tanto las puertas del interior que estén sin marcar como la puerta por la que entró. Si regresa al pasillo, no podrá reincorporarse a la obra. Si sale por la puerta de otro personaje, se le expulsará del Salón. ¿Tiene alguna pregunta?

Un tanto aturdido, pero intuyendo que de nada le serviría exponerle sus dudas al asistente, que de todas maneras no parecía muy dispuesto a resolvérselas, Senlin meneó la cabeza.

—Disfrute de su papel.

«Cruza el Salón. Continúa hasta el Balneario. Allí la encontrarás», repetía Senlin para sus adentros una y otra vez.

Notaba la habitual opresión en la garganta, el pulso en las yemas de los dedos, la visión telescópica que precedía a la llegada del miedo. Había demasiada gente en el estrecho pasillo. Tenía que salir de allí. Se abrió paso con el hombro a través de la riada de mayordomos agitados y bulliciosos, ninguno de los cuales parecía tener prisa por dar con una puerta que pudiera abrir. Al fin y al cabo, eso era, para ellos, ¡una aventura vacacional! Experimentaban con distintos acentos y gestos teatrales; baladroneaban sobre la parte a la que apoyarían cuando comenzara la obra. ¡Debe triunfar el amor! ¡No, el matrimonio es sagrado!

Senlin quería gritar.

La idea de tener que entrar en una estancia que no conocía lo desconcertaba, pero no tanto como el pasillo de los mayordomos. Probó con una puerta al azar y comprobó que estaba cerrada. Empujó la siguiente, que también lo desairó. La siguiente opuso la misma resistencia. El sudor que se le acumulaba en la palma de la mano actuaba a modo de lubricante, de tal manera que los pomos se le escurrían cuando intentaba girarlos. Su desazón se agravaba un poco más con cada fracaso. Por un momento, se evadió de sí mismo y vio a un hombre larguirucho, necio y angustiado, recorriendo el pasillo y retorciendo un pomo tras otro.

Sus dobles refunfuñaban y lo miraban mal mientras él se escurría entre ellos. Los empujaba sin disculparse contra el revestimiento y el papel de hojas doradas que protegían la pared. No podía evitarlo. Se estaba volviendo loco, no solo por los ya habituales espasmos de la ansiedad, sino por la posibilidad de que Marya estuviera detrás de alguna de aquellas puertas, actuando en una obra donde sería tanto la esposa de un hombre como la amante de otro. Cogió el siguiente pomo como si pretendiera estrangularlo.

El tirador giró. Senlin pasó al otro lado aprisa y, sin perder un segundo, cerró la puerta con llave. El silencio de la estancia lo deleitó.

Se encontraba a la entrada de una cocina. Tenía la impresión de haber entrado en una casa por la puerta de atrás. Había unos leños apilados en una pirámide perfecta junto a una cocina tripuda. Unas redes llenas de calabazas y cebollas pendían de las vigas rectangulares que cruzaban el techo descubiertas. Unos tarros de conservas destellaban bajo la luz de un quinqué. La lámpara iluminaba también una protuberancia de latón que ocupaba un lugar inusual en lo alto de la pared. No tardó en olvidarse de esa anomalía, distraído por el jamón. La carne, adornada con unas lustrosas cerezas, estaba en la bandeja ornamentada que había en la mesa del sirviente. El olor del humo de la leña, el clavo, la carne de cerdo y el hierro sazonado caldeaba el aire. No podía negarse que era delicioso. Y que incluso transmitía paz. Le costaba creer que siguiera estando en la Torre de Babel.

Atizó la lumbre y puso el hervidor de hierro fundido bajo un robusto grifo verde para rellenarlo. Fue casi instintivo; a menudo ponía agua a hervir en casa, para no tener que esperar mucho cuando le apeteciera tomar un té. Las cañerías borbotearon y tosieron como un anciano asmático. La rutina doméstica lo tranquilizó. Las salpicaduras de grasa que cubrían la cocina le recordaron el desayuno, las tortas a la plancha, las manzanas cocidas y los arenques aceitosos que chasqueaban en la sartén. Tenía hambre. De hecho, tenía un hambre voraz. Sin preocuparse mucho por sus modales, retiró una gruesa loncha grasienta del jamón dorado. Se la introdujo entera en la boca sin miramientos y cogió otra, y después una tercera. Masticaba, jadeaba y seguía masticando. Se dio un atracón, inclinado sobre el jamón como un buitre, alegrándose de estar a solas. La carne salada le irritaba los labios, agrietados de tanta sed como tenía. Bajó una taza de té que colgaba de un gancho, la llenó en el grifo y, al dar un trago, gimió aliviado. Cuando ya no le cabía más carne en el estómago, cogió unas lonchas más, las envolvió en una servilleta de tela y se las guardó en el bolsillo.

La taza de porcelana que tenía entre las manos le llamó la atención, aunque tardó un momento en caer en la cuenta de por qué. El labio de la vasija estaba pintado con una guirnalda peculiar de flores de cornejo. Hacía tan solo unos meses, cuando estaban decorando su nuevo hogar, Marya

desempaquetó una caja donde, bajo la paja protectora, venían unas piezas de porcelana decoradas con unos motivos similares. Aquel juego era una reliquia de familia, un regalo con el que su abuela los obsequió el día de su boda. Senlin observó que faltaban algunas piezas y, llevado tanto por el deseo de complacer a su esposa como por su necesidad de que las cosas estuvieran completas, se ofreció a encontrar reemplazos.

Marya se lo agradeció, lo tomó por el cuello y lo atrajo hacia sí para ablandar su expresión con un beso. (Y en ese momento se preguntó: ¿tendría siempre fruncido el ceño, incluso cuando se encontraban a solas?).

«Los huecos también forman parte del juego —le dijo ella—. No se pueden reemplazar. Sé cómo se rompió o se perdió cada una de esas piezas. Yo misma hice añicos un plato cuando tenía nueve años. Ahora soy una parte inmortal de esa vajilla. Me quedo con mis huecos, gracias». Le guiñó un ojo y se abultó el labio superior con la lengua. Era una mueca que hacía a veces en clase, muchos años antes, y al recordarlo, Senlin sonrió con ternura.

No, no siempre tenía el ceño fruncido.

Se dejó caer en una de las sillas de la cálida cocina falsa y hundió la cara entre las manos.

Capítulo nueve

> Antes o después acabará dándose cuenta de que no se halla en condiciones de tomar una decisión razonada. Cuando dude, diga «sí». «Sí» es el pasaporte permanente. «Sí» es el dinero que nunca se acaba.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, I. XII

El fastidioso ruido metálico de una campanilla lo despertó. Se sorprendió al ver que se había dormido. Una de las muchas campanillas que colgaban sobre la cocina se agitaba arriba y abajo, sujeta a una cuerda que desaparecía en la pared. Se levantó instintivamente de un brinco y corrió hacia la puerta que había bajo las pequeñas esquilas, sosteniendo aún en la mano la taza sobre la que había estado meditando.

Entró en un comedor alargado que, salvo por la total ausencia de ventanas, parecía sacado de una mansión provincial. Una serie de sillas altas, suficientes para llenar un parlamento, flanqueaban la mesa, que brillaba tras una limpieza reciente. Unos escudos de colores vistosos ocupaban los huecos entre los tapices de las paredes. En lo alto de estas también había varias protuberancias de latón. ¿Serían una especie de respiraderos? La lumbre crepitaba en una amplia chimenea, alimentada con carbón suficiente para asar un jabalí. Aunque en el comedor no había nadie, Senlin oyó unas voces amortiguadas que procedían de alguna estancia contigua.

Decidido a retrasar el encuentro con los otros actores de la farsa durante todo el tiempo que le fuera posible, se acercó a la pila de leña, escogió dos trozos cuarteados y los colocó con cuidado en la rejilla. No tenía claro desde qué dirección llegaban las voces. Fueran de quienes fueran, sonaban vehementes, aunque ignoraba si a consecuencia del contento o de la ira de los hablantes. Aún andaba adormilado. No sabía cuánto tiempo habría estado dormido. ¿Habría empezado ya la obra? Imaginaba que tendría alguna especie de introducción o de preámbulo. Mientras se tiraba de la pajarita con aire ausente, se preguntó si lo mejor no sería quedarse encerrado en la cocina y esperar a que el melodrama terminara sin su intervención.

Una de las muchas puertas que había en el comedor se abrió de pronto, y una mujer vestida con una falda formal de miriñaque entró embalada con los dientes descubiertos en un gesto que a él le pareció o bien de frustración, o bien de repugnancia. Al principio, no reparó en la presencia de Senlin, que se había quedado paralizado como un conejo. Cuando al cabo la mujer se fijó en él, escondió su dentadura tras una sonrisa apretada poco convincente.

—Isaac, ¿dónde está el té? —le preguntó. Al otro lado de la puerta abierta, las voces de dos hombres iban y venían con vehemencia—. ¿No has oído la campanilla?

Senlin tardó un momento en recordar que Isaac era él.

—Sí —dijo un tanto molesto. Hasta entonces siempre había sido él quien tocaba la campana para llamar a los niños a clase. No se había pasado seis años en la universidad para convertirse en el sirviente imaginario de unos desconocidos. Sin embargo, puesto que tampoco quería iniciar una discusión, se obligó a responder conforme al personaje que se le había asignado, aunque sin la menor traza de entusiasmo por su parte—. Aún no está listo.

La mujer se acercó a él, y Senlin vio que tenía las mejillas coloradas. Su melena, bruna como una pizarra mojada, descansaba recogida en una columna alta sobre su cabeza. Su tez era del color acaramelado propio del sur de Ur. Sus ojos negros como el carbón y sus cejas pobladas llamaban la atención, aunque no de un modo que encajara con la abundancia de volantes del vestido amelocotonado. Parecía un pastel escarchado en exceso. El efecto le recordó a Senlin la facilidad con la que una obra de arte agradable podía ser relegada a un segundo plano por un marco demasiado glamuroso. El vestido presentaba un escote bajo en el que no quedaba un hueco libre.

La mujer cogió la taza, miró dentro y la giró boca abajo, puesto que estaba vacía. Lo miró decepcionada y se la devolvió.

—Deja el té de momento. Mi marido y el señor Shaw están discutiendo en el estudio. Creo que sería recomendable que entrara alguien para relajar el ambiente.

A Senlin lo confundía su teatralidad. Parecía estar muy molesta, o incluso asustada, pero se refería a los otros hombres por el nombre de sus respectivos personajes. Tal vez solo fuera una actriz de gran talento. No debía olvidar que en el Salón no todos eran tan profanos como él.

—¿Qué debería hacer?

La mujer extendió los brazos como para obligarlo a moverse; el gesto parecía más apropiado para reconducir a un pollo díscolo que para orientar a una persona.

—¡Basta con que te plantes en el estudio! —La mujer se había salido por un momento de su personaje; de pronto, tenía acento de campesina. Se corrigió aprisa, no obstante, y concluyó con sobriedad—. Por favor.

Le quitó la taza de las manos y, aprovechándola como elemento de utilería, tomó un sorbo de aire con el meñique estirado. Si lo hizo para calmarse o para hacerle ver a él que estaba muy calmada, no le dio resultado. La taza produjo un ruido desagradable cuando la posó en el platillo.

Senlin se compadeció de ella; parecía estar tan desnortada como él. Después de liberar un breve suspiro resuelto, inclinó el torso y dijo:

—Después de usted, señora.

La estancia parecía más una sala de los trofeos que un estudio: decenas de cornetas antiguas, de cascos y de sables colgaban de las paredes a modo de adornos. Un mosquete poco manejable, de unos dos metros de longitud, viajaba de un colgador a otro por encima de la chimenea. Senlin dudaba que fuera real. Un imponente animal disecado dominaba uno de los rincones de la estancia, con la extensa piel parda apelmazada por el paso del tiempo, pero todavía densa. Hasta unos instantes después, Senlin no reconoció qué ti-po de bestia era: un oso hormiguero gigante. La mancha negra que le envolvía la garganta, los dedos achaflanados y dotados de garras, y los

ojos pequeños como remaches impactaban todavía más a causa de su enormidad; erigido sobre las patas traseras, superaba con creces los dos metros de alto. Las testas de varios ciervos, uapitíes y alces sobresalían de otra de las paredes. La luz débil de la lumbre hacía que parecieran mirarlo con ojos lascivos.

Dos hombres vestidos de esmoquin discutían mientras andaban de aquí para allá en torno a una barra de caoba, deteniéndose de vez en cuando para verter el contenido de una licorera de cristal en sus respectivos vasos.

Senlin se llevó una sorpresa al reconocer al más delgado y joven de los hombres. Era el señor Edsel Pining, que, de nuevo con las manos recogidas a la espalda, hablaba mientras inclinaba el cuerpo hacia delante una y otra vez, como una gallina que picoteara el suelo. Pining, a todas luces en su papel de Oscar Shaw, el aprendiz bisoño y romántico, se lo estaba pasando en grande discurseando sobre la irracionalidad del amor y sobre la vacuidad de los negocios. Al parecer, no se había tomado demasiado tiempo para desatar la crisis en torno a la que giraba la obra. Se había lanzado de cabeza.

El más corpulento de los hombres, el que interpretaba al señor Mayfair, tenía la cara roja y la barba gris, y a juicio de Senlin, estaba como una cuba.

Sin que ninguno de los dos reparara apenas en él, Senlin se acercó a la chimenea y removió las ascuas con el atizador, con lo que añadió una iluminación más intensa y teatral a la discusión. La mujer del vestido de crinolina, sin apartarse mucho de él, acomodó las faldas en una otomana que había junto a la lumbre.

—Lo he invitado a mi casa, le he mostrado mis cuentas, ¿y cómo me lo paga? ¿Manoseando a mi esposa? —El hombre que hacía de Mayfair agitaba el brazo para enfatizar su indignación, regando de licor al feroz oso hormiguero.

—Le devuelvo su confianza ofreciéndole la mía. Le he mostrado los libros maestros de mi corazón. Y del mismo modo que a un hombre de negocios le es imposible subir o bajar los precios de las mercancías según le plazca, a un hombre que se rige por su corazón le es imposible dictar por quién debe latir este. La bolsa de los sentimientos es demasiado impredecible. La señora Mayfair…

—¡Es mía! Y esto no son negocios, ¡esto es un robo! —replicó el otro, que los sorprendió a todos cuando estampó el vaso contra el suelo.

—Quizá deberíamos dejar esta conversación para cuando se encuentre más sobrio —propuso Pining, que no se molestaba en ocultar lo mucho que le emocionaba la intensidad de la escena. Se giró hacia la mujer cuyas faldas cubrían tanto el escabel como la mitad de la alfombra sobre la que se había detenido y se inclinó para besarle la mano—. ¡Amor mío, me retiro ahora para endulzar el momento en que hayamos de reunirnos! Pues ¿no resplandece más el sol cada vez que sale y que se pone? ¡Que nuestras salidas y nuestras puestas, nuestros amaneceres y nuestros atardeceres, sean todos igual de coloridos!

Cuando se irguió de nuevo, una licorera de cristal estalló en mil pedazos al golpearle de súbito en la nuca. La cortina de añicos refractó el resplandor de la lumbre, haciendo que Pining, pensó Senlin, adquiriera un aspecto angelical por un momento.

El hombre cayó desplomado a los pies de la señora Mayfair, al tiempo que una rociada rojiza le moteaba la falda melocotón. Ella se apartó horrorizada, volcando la otomana y chocándose con Senlin, que se quedó paralizado junto a la chimenea, con el atizador aún en la mano.

El señor Mayfair, boquiabierto y con el mentón abrillantado por un hilo de saliva, se inclinó sobre Pining.

—Me quiere a mí —murmuró, y dejó caer el cuello serrado de la licorera. A continuación, en un tono más airado, exclamó—: ¡Me quiere a mí! —Señaló el cuerpo exánime de Pining—. Es usted un farsante, un aprendiz de farsante. En su vida podría satisfacer a una mujer como la mía, farsante patético y charlatán. ¡Mi mujer quiere un hombre! ¡Me quiere a mí! —Cegado por la bebida y la ira, el señor Mayfair se llevó las manos a la cara y se apoyó contra la puerta por la que había entrado Senlin.

Aprovechando la oportunidad, este se acercó a Pining. Tuvo que apoyar la oreja en la alfombra para poder ver la única franja de su rostro que la sangre no había cubierto. Con un ojo aún abierto, Pining lo miró mientras esbozaba una sonrisa indisimulada. Estaba vivo. Senlin recuperó la esperanza de pronto. ¡Estaba vivo! Y cómo no iba a estarlo, si esto solo era teatro. Un teatro burdo, tal vez, pero al menos no se habían desprendido de su humanidad mientras se disfrazaban. En ese momento lo importante era interrumpir la obra y curarle la herida a Pining. Senlin había visto a muchos niños partirse la cabeza en el patio del colegio, y pese a la gran afluencia de sangre, nunca eran hemorragias mortales.

Unos pasos contundentes hicieron temblar el suelo, y la mujer gritó.

Senlin vio al señor Mayfair abalanzándose hacia ellos desde el otro lado de la estancia. Había descolgado un sable de la pared y lo empuñaba con ambas manos como un soldado corriendo con un estandarte hacia el campo de batalla. Pero ni traía ningún estandarte ni había ningún campo de batalla. Solo un contable disfrazado, caído boca abajo en medio de una alfombra de cachemira.

El señor Mayfair clavó el sable entre los hombros de Pining articulando un gruñido brutal.

El contable, al arquearse como si pretendiera alejarse arrastrándose, dejó ver que el arma le había atravesado el pecho y se había hundido en el suelo. Dio un par de manotazos al aire y volvió a escurrirse hacia abajo a lo largo de la hoja. En medio de un charco de sangre, Pining tomó una bocanada de aire que sonó como un ronquido, con el cual habría podido despertar incluso a aquellos que tenían el sueño más pesado. Sin embargo, no se movió un ápice.

Senlin se apretó de espaldas contra la señora Mayfair, que observaba la escena cubriéndose la boca y la garganta. El marido afrentado apoyó el pie en la espalda de Pining y extrajo el sable. La hoja ensangrentada despedía destellos oscuros. Tiritando tras el atizador, Senlin notó que le tiraban del faldón; la mujer estaba conduciéndolo hacia una puerta que había junto a la chimenea. No era aquella por la que había entrado, y no tenía ni idea de adónde daba.

Ignoró, sin embargo, los tirones de la mujer y se acercó al señor Mayfair, que resollaba como un toro furibundo en medio de la estancia. Senlin estaba desconcertado, quizá incluso conmocionado. Pero alguien tenía que decir algo. Irguió la espalda como el director de escuela que era y, con su tono más reprobatorio, exclamó:

—¡¿Ha perdido el juicio?! ¡Este hombre estaba actuando! ¡Lo ha matado solo por lo que ponía en su guion! Usted no es el marido de esta mujer. No es el señor Mayfair. —Señaló el suelo con vehemencia, del mismo modo que se le indica a un perro que se acerque—. Esto es una obra de teatro, y usted acaba de ponerle fin.

El señor Mayfair se pasó la lengua por las comisuras de la boca, como para desprenderse de un sabor desagradable, y escupió entre los pies de ambos. Se movía con el ademán torpe y apático de quien acaba de salir de la bañera. Hendió el aire con el sable casi con languidez; un rastro de sangre cayó en la alfombra. Tenía los ojos enrojecidos, candentes y secos como ascuas.

—Aléjate de mi esposa, Isaac —le advirtió, y lo señaló con el arma.

Capítulo diez

Aquello que lo saca a uno de la obra se convierte en parte de la obra.

Guía popular de la Torre de Babel, III. V

Senlin no estaba seguro de en qué momento exacto se produjo el cambio, pero llevaba muchos años dirigiendo la escuela de Isaugh cuando empezó a considerar que el pueblo entero era su clase.

No era porque se creyese más distinguido que nadie (o, al menos, así lo esperaba él). No se creía mejor que los pescadores ni que sus esposas, que secaban, salaban y embalaban el bacalao y el brosmio. No miraba por encima del hombro a los ferroviarios manchados de grasa que trabajaban en la pequeña estación ni a los comerciantes que traían a la aldea pan, ropa y cerveza. No obstante, en ocasiones le costaba abstenerse de iluminarlos con sus perlas de sabiduría y se veía compelido a hablarles de la uniformidad de los cristales de sal, de la evolución de los mecanismos de las válvulas de vapor o de las variantes exóticas de la levadura común. Los vecinos le toleraban estas lecciones improvisadas, pero no podía decirse que se las agradecieran. Estos aportes les parecían inútiles porque no les facilitaban el trabajo de una forma directa. Aun así, él insistía, convencido de que la cultura era el más eficaz antiséptico; de que, cuanto mejor formada estuviera la sociedad, más sana, segura, igualitaria y próspera sería.

Y, cómo no, la referencia que permitía estimar el nivel de educación en cualquier otro ámbito era la Torre de Babel. La Torre, no le cabía la menor duda, era el gran refugio del aprendizaje, el pilar que sustentaba la civilización. Él recitaba la doctrina de la Torre y los aldeanos ponían los ojos en blanco.

Aunque quizá no les faltara razón. Porque allí estaba él, atrapado en la garganta de la Torre, a punto de perder la vida de la forma más violenta. Con la mente en blanco.

Mayfair cargó contra él. En esa última fracción de segundo, Senlin no atisbó la menor traza de conciencia en la expresión del hombre. La ira le había arrebatado la cordura. De forma instintiva, Senlin se lanzó hacia atrás por la puerta abierta y perdió el equilibrio al chocarse con una pequeña estantería portátil cargada de libros. Cuando cayó al suelo, la mujer lo rodeó dando saltitos y corrió hacia la puerta pesada. El pestillo se trabó justo cuando empezaron a golpear la puerta por el otro lado.

—¡Alice, cariño, abre! —gritó Mayfair.

—Me llamo Edith, maldito chalado, ¡y como entres aquí, te sacaré los ojos! —contestó ella. Senlin se alegró de que al fin la mujer se hubiera desprendido del personaje, aunque lo desconcertó el tono feroz de su voz.

Los goznes de la puerta se sacudieron.

—La cerradura no está bloqueada —le dijo Edith en voz baja—. ¡La llave! ¿Dónde tiene la llave?

Al ver que la conmoción le impedía elaborar una respuesta, empezó a recogerse las enaguas. La voluminosa prenda interior se le acogolló en torno a la cintura. La pierna descubierta parecía la de una bailarina de porcelana salida de una caja de música. Pero la exhibición no mitigó en absoluto la agitación de Senlin. La mujer sacó la llave que llevaba bajo la liga de la media blanca y, con la espalda apretada contra la puerta, intentó meterla palpando la cerradura.

No había llegado a introducirla cuando el pomo giró y el brazo de Mayfair entró disparado en el cuarto por una abertura cada vez más amplia. La mano buscaba a la mujer con rabia, tirándole del pelo.

—¡Haz lo que te digo, mujer! —bramó él.

Edith, calzada con unos zapatos de tacón, empezaba a resbalarse. Gritó a Senlin para que la ayudara, y el tono de alarma de su voz bastó para hacerlo reaccionar. Cogió lo que tenía más a mano, el carrito de bibliotecario, cuyos estantes estaban desbordados de volúmenes, y lo empujó hacia la puerta, con la pequeña estantería guiándolo a modo de arado.

Edith se apartó de un salto y Mayfair terminó de abrir la puerta en el instante en que Senlin soltó el carrito. El misil rodante lo golpeó y lo impelió contra la barra de caoba.

Por un segundo, Senlin creyó que lo había dejado inconsciente, pero, cuando miró a Edith, oyó a su espalda el entrechocar de los cristales y un alarido primitivo y colérico. De nuevo, la mujer corrió hacia la puerta, casi pillando a Senlin contra la jamba en el proceso. Encajó la llave y giró el pestillo.

El aporreo resurgió. El pomo se sacudía con violencia. Oyeron que Mayfair intentaba encajar su llave en el ojo de la cerradura por el otro lado, pero Edith no había sacado la suya y le impedía accionar el mecanismo.

Una mirada rápida por el cuarto le reveló que se encontraban en la biblioteca. Los estantes saturados cubrían las paredes, desde las tablas del suelo hasta las molduras del techo. Una mesa redonda de juego y cuatro sillas ocupaban el medallón de una alfombra grande. La lumbre ardía en una chimenea con forma de abanico. Senlin, ofuscado por la adrenalina, cogió uno de los libros que se habían caído del carrito. Lo abrió. Una tras otra, pasó las páginas con el pulgar, todas en blanco. Era de utilería. El hallazgo lo ayudó a poner sus emociones en orden. Estaba indignado. No, indignado no. Estaba enfadado. Asqueado de sí mismo, arrojó el falso libro al fuego, donde levantó una llama vivísima.

—¿No podíamos ser nosotros los que se quedaran encerrados en la sala de las armas? —se preguntó Edith. Se le había deshecho el recogido y los mechones negros le colgaban sueltos sobre la cara.

En el cuarto había otra puerta en la que ambos se fijaron al mismo tiempo. Y estaba abierta.

—Tenemos que bloquearla —dijo Senlin.

—Nos quedaremos atrapados —replicó ella. Mayfair golpeaba la puerta cada vez con más furia—. No quiero verme acorralada. En la otra sala había un mosquete. Lo habrá visto. Si está cargado, podemos darnos por muertos.

—Entonces, debemos buscar una salida. —Senlin recogió el atizador que había dejado caer. Le costaba imaginarse empuñándolo para atacar, pero lo reconfortaba contar con él—. Tendrá que dejar la llave puesta en la cerradura.

—Un momento —dijo ella, que se giró hacia la puerta y gritó—: ¡Te vas a partir la cadera, viejo cornudo!

La mofa surtió el efecto buscado: Mayfair redobló sus esfuerzos. Mientras insistía en sus embestidas, abandonaron el cuarto por la salida despejada.

No había tiempo para formalidades ni presentaciones. Si querían escapar del enloquecido Mayfair, tendrían que usar la cabeza y abrir bien los ojos. Ya cumplirían después con el protocolo si sobrevivían. De momento, lo importante era salir de allí. Sopesaron sus opciones mientras recorrían la casa.

No habían tenido elección, pero pronto se dieron cuenta de que habían cometido un error táctico al dejar atrás la llave de Edith. Si hubieran contado con ella, quizá habrían podido refugiarse en el dormitorio de su personaje, donde acontecía su primera escena, para después salir por allí. Su cámara se ubicaba en el otro lado de la falsa mansión, muy lejos de la sala de los trofeos. Al disponer solo de la llave de Senlin, que desbloqueaba la salida de la cocina, deberían regresar por la sala de los trofeos o por el comedor anexo. Con solo dos caminos entre los que elegir, tenían un cincuenta por ciento de probabilidades de cruzarse con Mayfair. A fin de inclinar este porcentaje a su favor, Edith sugirió que lo atrajeran todo lo que pudieran hacia el interior de la mansión, donde había multitud de dormitorios y los pasillos se entrecruzaban. Cuando lo hubieran alejado de la sala de los trofeos, volverían al comedor y continuarían hasta la cocina. Si llegaban al pasillo de los Isaacs, seguro que alguien podría ayudarlos.

Senlin sugirió que cerraran con llave todas las puertas que encontraran. Eso confundiría a Mayfair y le obstaculizaría el paso. Si bloqueaban todas las puertas, su perseguidor no tendría un camino claro que seguir. Edith se mostró de acuerdo y manifestó su esperanza de que Mayfair siguiera montando jaleo. Mientras continuara dando golpes, sabrían dónde estaba.

El ruido se amortiguó un tanto cuando entraron en una sala de música penumbrosa donde había un clavecín. Unas sillas con el respaldo de terciopelo rodeaban el instrumento reluciente. De las paredes de esta estancia también sobresalían varios de los extraños respi-raderos de latón. Parecía haberlos en todos los cuartos. Confiando en poder encender una vela que había encontrado, Senlin avivó la lumbre, ya reducida casi por entero a cenizas. Pero cuando acercó una astilla encendida a la vela, vio que esta carecía de mecha. Tiró la estaca de cera al montón de la leña, desconcertado por la treta. ¿Qué interés podía tener nadie en extraerle el pábilo a una vela? Era absurdo.

Iba a probar suerte con otra vela, cuando el aporreo distante se interrumpió de pronto. Por un momento, se mantuvieron alerta como dos ciervos sobresaltados, y acto seguido corrieron en silencio hacia el solárium contiguo.

Esta estancia era una réplica espantosa. Las paredes estaban pintadas para que pareciesen ventanas en las que se enmarcaban unas nubes algodonosas y un sol que recordaba a la yema de un huevo. Un petirrojo, retratado en pleno vuelo, se asemejaba más a un insecto aplastado en medio de una pared que a un pájaro vivo. Muchas de las estancias eran así: burdos decorados. Casi todo lo que había en ellos eran réplicas o elementos de utilería. La mansión en sí era un gran escenario, solo que allí donde debería estar el público solo había otra pared. Nada le habría gustado más a Senlin que ver los destellos de los ojos de la gente ahuyentando las sombras de aquel lugar. Por una vez en su vida, deseó ser el centro de atención.

Siguieron recorriendo las estancias y los pasillos. A Senlin se le detenía el corazón cada vez que hacía ruido con la llave al encajarla en una cerradura. La fricción producía un chirrido insoportable, como el que resultaba al frotar un puñado de arena contra un cristal. Incluso la respiración de ambos, así como el frufrú de las voluminosas faldas de Edith, parecían atronar por todo el escenario. Cuando dobló una esquina y se topó con lo que le pareció un sable alzado, Senlin soltó un gañido y lo golpeó con el atizador de la lumbre. El colgador vacío rebotó contra la pared y cayó al suelo con estrépito.

Edith apretó los dientes y lo miró horrorizada. A modo de disculpa, Senlin se encogió de hombros impotente. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? No venía preparado para este tipo de intrigas. Cuando fue a explicarse, ella le hizo un gesto para que guardara silencio y siguió adelante.

Tras bloquear la puerta que daba a un pasillo corto y anodino, accedieron a un aposento dominado por una amplia cama de columnas, endoselada con sedas de tonos ambarinos. La puerta ubicada a la izquierda del lecho estaba identificada con una K pulida.

—K de Kerrick Mayfair. Estamos en su habitación —dedujo Senlin, que removió las ascuas de la chimenea, revestida de azulejos verdes, para iluminar la estancia.

Edith forcejeó con las faldas de crinolina.

—Esto es absurdo. —Se giró de espaldas a Senlin—. Desabrócheme.

La petición lo sobrecogió. ¿Qué clase de dama pedía algo semejante? Se fijó boquiabierto en su nuca, en su tez de caramelo, en una rociada de pecas negras. Cayó en la cuenta de que, desde el momento en que las terribles circunstancias los habían obligado a huir juntos, no se había parado a pensar quién era aquella mujer ni cómo había llegado allí. Daba por hecho que era una dama solo porque ese era su papel, y estaba censurando su comportamiento porque no era propio de una señora respetable. ¡Menuda necedad! Al fin y al cabo, él no era el mayordomo de la mansión. No, aquella mujer era una persona normal, igual que él, con un pasado y con un hogar. Incluso cabía la posibilidad de que se hubiera perdido o de que hubiera perdido a alguien. Tal vez en ese mismo instante, en alguna parte, había un hombre que anhelaba volver a disfrutar de una vista íntima de aquel cuello. La idea lo sorprendió e hizo que volviera a pensar en Marya y en la luna de miel que él había echado a perder.

Frustrado por el inconveniente revoltijo de pensamientos, soltó:

—¿Por qué?

—¿En serio? ¿Por qué quiero desprenderme de cinco kilos de relleno y de volantes cuando nos persigue un lunático armado? —Lo miró de soslayo, sosteniéndose con la mano el pelo recogido,

negro como la marga—. Hicieron falta dos mujeres y media hora para embutirme en esta cosa. No puedo salir yo sola.

Senlin miró nervioso a su alrededor y sintió vergüenza al reparar en la cama.

La mujer suspiró.

—¿Es usted monje?

—No.

—¡Pues sáqueme el vestido!

Un crujido débil, la breve queja de las vigas de madera, los interrumpió. El ruido parecía haberse originado en el pasillo, aunque también podría haber venido del techo o incluso del suelo. De hecho, Senlin tenía la extraña impresión de que el crujido se había escapado del rincón de la habitación que se encontraba más lejos de todas las puertas, y en el que no había nada, salvo el respiradero de latón que sobresalía de la pared.

Se le erizó el vello de los brazos, como le sucedía a veces en clase cuando se colocaba de espaldas a los alumnos. Y siempre que le ocurría, sabía que algo estaba sucediendo tras él: alguno de los chicos se había alejado de su pupitre, o estaba levantando el brazo para lanzar una bola de papel, o…

Se giró dos veces en todas direcciones, en busca de lo que le había erizado el vello. Pero no vio nada, solo las sombras de ambos, que se deslizaban inquietas por la pared.

Capítulo once

> Si los actores son buenos, o si lo son el guion o el director, el público se dejará notar tanto como un suspiro. A menos, claro está, que la obra sea una comedia. En ese caso, no dejarse notar supone una auténtica tortura.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, III. XI

Cuando llegaron a la habitación de Edith, se la encontraron a oscuras. Senlin volvió a la estancia previa, prendió una astilla y regresó sosteniéndola a modo de antorcha. Sin perder un segundo, acercó el palo chispeante a la chimenea llena de ceniza y encendió el fuego añadiendo más leña. Mientras tanto, Edith probó suerte con la puerta robusta marcada con una A. No se sorprendió al comprobar que tenía la llave echada.

—¿Por qué tuve que desprenderme de mi llave?

—No había más remedio. Puedo intentar forzar la puerta. —Tras plantear esta posibilidad, se acordó de la puerta por la que había entrado en la mansión. Era sólida como un dique.

—¿Seguro? —dijo ella, que giró la cabeza con escepticismo.

No podía reprochárselo, pero, aun así, él sintió la necesidad de defenderse. Al fin y al cabo, era un estudioso, no un matón. ¡Tal vez, si en el mundo hubiera más estudiosos y menos matones, ahora no tendrían que estar huyendo para salvar la vida! Pero no dijo nada.

—Nuestro perseguidor oiría los golpes, y no tendríamos escapatoria —añadió Edith.

Era un argumento que Senlin no podía rebatir.

—Ahora ya sé orientarme —siguió diciendo ella—. El recibidor queda por aquí.

Una escalera amplia vestida con una alfombra verde subía hacia el techo hasta que se topaba de forma abrupta con el enlucido liso donde debía comenzar la siguiente planta. La entrada que miraba hacia el pie de la escalera estaba pintada.

—Para tener tantas puertas, la mansión está llena de callejones sin salida —observó Senlin.

—Al comedor se va por aquí. Ya casi estamos en la cocina —dijo Edith, que se recogió las faldas pesadas aparentando un gran es-fuerzo—. Si nos cruzamos con él y me atrapa por culpa de estas estúpidas faldas, lo haré responsable. —Dejó escapar una breve sonrisa nerviosa y miró con angustia el atizador que pendía de la mano de Senlin—. Ojalá tuviéramos una espada.

—Yo nunca he empuñado una espada —dijo él.

Descolocada por su franqueza, Edith sonrió de nuevo.

—Ni yo. —Al ver temblar el atizador, suprimió la sonrisa—. Recuerdo que en las paredes había unas cosas que parecían escudos. ¿Sabe a qué me refiero? —Senlin asintió—. Podríamos

descolgar uno, y así, si fuera necesario, podríamos emplearlo como ariete. Entre los dos deberíamos ser capaces de derribar a un viejo borracho.

—¿Y si son de mentira?

—El sable era de verdad —respondió ella.

Senlin se preguntó por qué. Por qué poner velas falsas y libros en blanco, pero sables afilados. Ojalá el asistente hosco que lo había vestido le hubiera avisado de estas cosas; o, mejor aún, ojalá el asistente viniera corriendo con su pistola y acabara de una vez con esta pesadilla.

Desbloqueó la puerta que daba al comedor, con las faldas de Edith apelotonadas contra él. Ella estiró el cuello sobre el hombro de él para mirar por la rendija. Senlin, en cierto modo, se imaginaba que el fornido señor Mayfair estaría sentado a la cabeza de la mesa, con un teatral aire regio. Pero el único rastro de vida que había en la estancia era la lumbre, que crepitaba en la profunda chimenea enlosada.

Los escudos de la pared incorporaban unas relucientes cimeras esmaltadas. Parecían bastante reales. Senlin bajó un escudo de lágrima, adornado con una cruz azul. Le supuso un gran esfuerzo alzar la gruesa plancha de hierro ante ellos. Ni muerto se quejaría de lo mucho que pesaba.

—De acuerdo, ahora silencio —dijo ella, cuyas rodillas golpeteaban las corvas de él.

La estancia pareció estirarse ante Senlin. La puerta que daba a la cocina se alejaba según caminaban hacia ella, agazapados tras el escudo. Seis puertas permitían salir del comedor. Era imposible saber desde dónde podría atacarlos Mayfair, quien, por otra parte, también podría llevar un buen rato desmayado en el suelo. Senlin, de hecho, dudaba que todas las puertas fueran reales. Se le erizó el vello de los brazos. Sin tener claro en qué dirección debían avanzar, no dejaba de desplazar el escudo de un lado a otro.

Pasaron por el estudio donde Pining había sido asesinado. La puerta estaba entornada, no lo bastante para que pudieran asomarse y ver el interior, pero sí lo suficiente para que entrara un poco de luz en el comedor. Senlin orientó el escudo hacia abertura luminosa, temiendo que el resplandor se agitase, se ensombreciera por un momento y terminara de estallar si Mayfair salía corriendo hacia ellos. Se lo imaginó con tal claridad que le pareció una premonición, pero, por supuesto, él no creía en esas cosas.

El quejido de las bisagras antiguas interrumpió sus pensamientos. Miró de soslayo la puerta del estudio y se extrañó al ver que la rendija no se había ensanchado un ápice.

—¡La cocina! —gritó Edith, y Senlin giró sobre los talones.

Mayfair cubría por completo la entrada de la cocina. Se le notaba tan alarmado como a ellos. Bajo uno de sus robustos brazos traía un jamón. Con la mano libre sostenía el mosquete.

—¿Qué es el instinto? —Senlin estaba erguido como un tótem frente a la clase—. El instinto es una forma heredada de actuar ante determinadas situaciones. —Paseó la mirada entre las filas de chicos cansados, pero atentos—. El águila pescadora sabe por instinto cómo construir un nido. La caballa nada por instinto junto con el cardumen. Los osos hibernan, los conejos excavan madrigueras y las ranas arbóreas croan. Nadie sabe por qué lo hacen, pero estos comportamientos benefician a las distintas criaturas y las ayudan a sobrevivir.

Cruzó aprisa un pasillo que corría entre las mesas y sacó sin avisar un papel plegado de entre los dedos de un niño sorprendido. Redujo la hoja a un puñado de confeti mientras regresaba a la parte delantera del aula. La lección apenas se vio interrumpida.

—El instinto puede dividirse en dos tipos de pulsiones: la de sobrevivir y la de reproducirse. En el caso de los humanos, la parte reflexiva de la mente está al tanto de la intervención de tales impulsos. Nuestra sociedad está hecha para encauzar estos instintos. De hecho, los mitiga hasta el punto de que, a menudo, olvidamos que forman parte de nosotros.

Se giró hacia la pizarra y elaboró una lista a una velocidad frenética.

—Tenemos costumbres, modales, gobiernos, autoridades, tradiciones, educación, modas, comercio, inventos creativos, deportes e infinidad de cosas más. Todas estas facetas de la sociedad trabajan en conjunto con el propósito de suprimir y reconducir nuestras respuestas instintivas. —La pizarra temblaba y traqueteaba sobre sus apoyos, sacudida por la escritura enérgica de Senlin—. Los instintos son el combustible que alimenta el motor de la civilización. Las sucesivas generaciones trabajan para agrandar y perfeccionar ese motor. Y todos y cada uno de vosotros, espero, dedicaréis vuestra vida a mantenerlo en funcionamiento. Porque, sin él, seríamos unas bestias muy peligrosas.

Echó a correr protegido por el escudo. De pronto, ya no le parecía tan pesado. La adrenalina le bullía en la sangre según se abalanzaba hacia Mayfair. El matón permaneció allí plantado, como un novillo deslumbrado por los faros de una locomotora. Ahora parecía más viejo y vulnerable. Aun así, Senlin no se conmovió. No sintió un asomo de piedad. Ya no pensaba; había rebasado los límites de la razón.

Y se sintió bien. Nunca se había visto embargado por una sensación de libertad tan elemental. Era consciente de que Edith lo seguía de cerca, con sus instintos armonizados con los de él, en su carrera por el comedor. Habían cogido desprevenida a su presa. Iban a sobrevivir.

En ese momento, Mayfair dejó caer el jamón, levantó el mosquete y disparó.

Estaba sentado en el fondo de un pozo. Se veía una mancha luminosa muy por encima de él. En el fondo del pozo, un silbido le punzaba los oídos. Le recordaba vagamente cuando alguien golpeaba una copa de vino con la uña.

Se sentía como si le hubieran sustituido las extremidades por unas cuerdas. Estaba desorientado, pero, por alguna razón que ignoraba, no tenía miedo. Poco a poco, empezó a escalar por la pared del pozo, latigueando la oscuridad con las extremidades inútiles. La luz cobró fuerza. Cuando logró salir, se encontraba en el suelo del comedor.

Se miró la mano pálida, que había venido a caer junto a su cara.

Se giró sobre las costillas, todas las cuales lo envolvieron en su propio abrazo doloroso. El escudo, con una esquina destrozada, yacía a pocos pasos de él. Pese al silbido que le perforaba la cabeza, oyó un gemido y lo que parecía una trápala de muebles. Había sillas derribadas por todo el comedor. Entre el matorral de las patas, vio las botas de alguien que se alejaba. Otra silla cayó al suelo.

Era Mayfair, que daba zancadas iracundas junto a la mesa, con la cadera pegada al borde de una manera que a Senlin le chocaba. El matón derribaba de una patada cuantas sillas encontraba a su paso, con el mosquete todavía en la mano. Al ver el arma, Senlin se espabiló de pronto. Cayó en la cuenta de que Edith ya no estaba a su lado. Tenía que levantarse.

Sujetándose en el borde de la mesa, se puso de pie. Se apretó la cabeza con las manos para que no le estallara. El disparo del matón había impactado en el escudo, el cual, al retroceder de golpe, lo golpeó a la altura de la sien. Temía volver a perder el conocimiento de un momento a otro. Entonces vio a Edith arrastrarse por el tablero bruñido de la mesa. Mayfair tiraba de ella agarrándola por las faldas. Estaba de espaldas a Senlin cuando se detuvo para manosear embriagado la estructura del corpiño y la carne vulnerable. Edith parecía hallarse medio inconsciente. Gruñó y giró la cabeza, y el pelo se le soltó cuando Mayfair siguió tirando de ella.

Senlin encontró el atizador entre las sillas volcadas. Lo alzó por encima de su cabeza y avanzó de puntillas hacia Mayfair, procurando no hacer ruido, para golpearle por la espalda. Edith terminó de despertarse una fracción de segundo antes de que él pudiera golpear a Mayfair, y empezó a dar patadas bajo la montaña de sus faldas. El hombre la aplacó con un puñetazo y entonces Senlin descargó el atizador entre los músculos del cuello y el hombro.

Mayfair se desplomó, llevándose por delante las últimas sillas. Senlin soltó el atizador, que cayó y brincó por el suelo dando vueltas sobre sí mismo. No se molestó en recogerlo. Tiró del vestido de Edith mientras ella se deslizaba como podía por la mesa para ponerse de pie. Al erguirse, chocó contra el pecho de él, pues aún tenía débiles las piernas a consecuencia del golpe. Un hilo de sangre le brotaba de la frente y se deslizaba por encima de un ojo. Senlin vio la brecha que tenía en el nacimiento del pelo. Aunque sangraba con profusión, no parecía demasiado profunda.

Se dirigieron cojeando hacia la puerta que daba a la cocina, zancadilleando y golpeándose el uno al otro, torpes como dos becerros. Consiguieron cruzar la pequeña cocina, aún peculiar y repleta de todo tipo de aromas, aunque la farsa ya no ofrecía el menor atractivo. La letra I resplandecía en medio de la puerta que tenían delante. Senlin sintió que empezaba a recobrar la cordura, y el primer pensamiento que emergió de entre las nubes oscuras de sus instintos era tan sencillo como demoledor: «Si muero, Marya nunca lo sabrá. Creerá que la he abandonado».

Enseguida volverían a ser libres. Aunque le temblaba la mano, introdujo la llave en la cerradura al primer intento. La puerta pesada se abrió y, juntos, transitaron de un mundo a otro.

Decenas de mayordomos vestidos de negro miraron boquiabiertos a la convulsionada pareja. La aparición de Senlin y de Edith supuso un espectáculo espantoso. Ella tenía manchadas de sangre la mitad de la cara y las faldas de crinolina. La pechera almidonada de Senlin estaba toda teñida de rojo. Con los ojos abrillantados por la pátina evidente del miedo, recorrieron trabajosamente el pasillo, como si estuvieran participando en una carrera a tres patas, ella apoyándose con un brazo en el hombro y el cuello de él.

El silencio atónito de los mayordomos pronto dio paso a una gran agitación. Algunos se atuvieron a su papel y se inclinaron ante ellos, un gesto no del todo conveniente en medio del atestado pasillo. Otros les echaron en cara que hubieran arruinado la obra. Y no pocos se apartaron atemorizados, convencidos de que aquel hombre y aquella mujer bañados en sangre

eran dos asesinos que acababan de matar a todo el que se les había puesto por delante. Senlin se abrió paso entre los hombros y los faldones negros con Edith a su lado. De nuevo, pensó: «Si muero, nunca lo sabrá».

Un grito se impuso a la batahola. Una voz así no podía proceder de la garganta de una persona, sino de las propias entrañas. El bramido inconfundible de la ira.

Al girarse, Senlin vio que el centro del pasillo se había despejado. Los mayordomos se apretaban contra las paredes como insectos encerrados en un tarro de cristal. Al otro lado de la multitud escindida se encontraba Mayfair, con un ojo cerrado tras la mira del mosquete.

«Creerá que la he abandonado».

El disparo resonó por todo el corredor. Los mayordomos empezaron a atropellarse los unos a los otros y a desmayarse.

Capítulo doce

Un soborno zanja más riñas que el más certero argumento.

Guía popular de la Torre de Babel, I. IX

Mayfair cayó como el telón de un teatro. Del agujero chamuscado que había aparecido en la espalda de su camisa manaba una sangre oscura. Los pulmones le temblaban, vacíos.

Una falange de hombres vestidos de blanco se había situado tras él. El asistente que encabezaba la tropa aún sostenía en la mano una pistola de chispa. El humo escapaba rizado del cañón. Senlin reconoció al hombre que empuñaba el arma: era el asistente que lo había guiado por los camerinos. Su gesto permanecía pétreo; si matar a otra persona le suponía un conflicto moral, no lo evidenciaba en modo alguno.

Mayfair, antes un hombre impulsivo y rubicundo, ya no era más que un montón de basura. La cabeza canosa podría haber pasado por una fregona escurrida; las manos estaban flácidas como bolsas de agua caliente; la espalda recordaba a una almohada henchida… Senlin procuró no mirar a aquel hombre, o a los restos de aquel hombre. Si los asistentes hubieran llegado unos segundos más tarde, sería él el desperdicio que yacería en el suelo. Aunque esa era la segunda muerte violenta que había presenciado en las últimas horas, en lugar de consternación, sintió alivio, un alivio cada vez mayor. No había muerto.

Apoyada todavía en el cuello de Senlin, Edith liberó un suspiro tembloroso que acabó transformándose en una risa. Lo apretó contra sí en un complicado abrazo lateral. Él enderezó la es-palda, con el gesto endurecido. Nadie sospecharía al verlo entonces que, hacía tan solo unos momentos, había estado corriendo descontrolado, espoleado por sus instintos. Aunque todavía estaba un tanto mareada, Edith advirtió este cambio en su actitud y se apartó un poco de él. Senlin le respondió con el asomo de una sonrisa en señal de agradecimiento.

El alivio, sin embargo, no les duró mucho. Enseguida comprendieron que el asistente armado y su séquito iban a detenerlos. Los sujetaron por encima de los codos y se los llevaron de allí, caminando desgarbados como dos marionetas a causa de la sorpresa. Era un desfile humillante. Apenas se habían alejado unos pasos por el pasillo infinito cuando llegaron a una puerta que solo se distinguía de las demás porque no estaba identificada con ninguna letra. De malas maneras, los obligaron a entrar en un corredor repleto de recodos sin salida. Cuando cerraron la puerta sin identificar, la vocinglería del pasillo se extinguió de súbito.

El silencio no duró demasiado. Edith se encargó de hacerlo añicos. Se quejó de que la habían encerrado con un lunático y relató lo mucho que a ella y a Senlin les había costado escapar de él. ¡Alguien tendría que responder por ese error imperdonable! Exigió que la dejaran marchar y retorció los codos para ver si la soltaban; los escoltas, no obstante, la sujetaron todavía con más fuerza.

A pesar de que Edith protestaba cada vez con más indignación, nadie les explicó los motivos por los que se procedió a sacarlos de inmediato de los pasillos del Salón. De hecho, nadie les explicó nada porque nadie abrió la boca. Los escoltas, en realidad, no los trataron mal, pero su mudez obstinada resultaba desconcertante. Senlin se acordó de lo que Goll le había advertido sobre los castigos que se imponían en el Salón, consistentes en marcarles el cuerpo y en extraerles los ojos a quienes eran expulsados. Aun así, le costaba creer que de verdad se aplicaran unas penas tan salvajes allí, donde todo el mundo vestía uniformes de algodón almidonado, donde las alfombras se conservaban impecables y donde los pasillos estaban perfectamente iluminados. Sin duda, tales torturas se reservarían, a lo sumo, para los criminales más peligrosos. Y él, volvió a decirse a sí mismo, no había hecho nada malo.

Así y todo, le habría gustado llevar el macuto encima. Tal vez aquel hombre esperaba recibir algún tipo de gratificación por haberles salvado la vida. Por otro lado, ¿cómo iban a darle una propina? Le había confiscado todas las pertenencias al principio.

Los únicos elementos destacables de los pasadizos por los que los condujeron eran los múltiples huecos que presentaban en la pared principal. Al fijarse en el extremo de estos nichos sombríos, Senlin vio a unos hombres y a unas mujeres jóvenes vestidos con un uniforme azul marino que se parecía al de los empleados de banca. Estos empleados estaban sentados en un taburete, con un cuaderno taquigráfico abierto en el regazo y con un lápiz en alto o ya aplicado con afán al papel. Todos tenían un ojo pegado a algo que había en la pared. Senlin pasó por delante de varios de estos nichos hasta que se fijó en aquello que los jóvenes miraban con tanta atención. Era un ocular de latón, del tipo que solían montar los telescopios.

No tardó en entenderlo. Las protuberancias metálicas que había visto en las paredes de la falsa mansión no eran respiraderos. Eran mirillas.

Tampoco le hizo falta mucho más tiempo para saber que eran buenas noticias. ¡Un espía también es un testigo! Alguien tenía que haber sido testigo del infierno por el que habían pasado. Alguien había presenciado el asesinato de Pining. Alguien había visto a Mayfair dispararles y después arrastrar a Edith con la que debía de ser, supuso Senlin con un escalofrío, la más ruin de las intenciones. Al final sí que habían tenido público. ¡Edith y él serían resarcidos!

Consciente de ello, Senlin la miró a los ojos enarcando las cejas en un gesto que decía: «No te molestes en resistirte. No te preocupes». Ella, que no había dejado de retar a los escoltas, lo miró con rabia, pero dejó de forcejear con los hombres. Aun así, continuó apretando y relajando una y otra vez los músculos de la mandíbula. No le había gustado que Senlin le pidiera que se calmara, pero él confiaba en que se alegrara cuando pudiera revelarle el motivo.

El desfile se prolongó en exceso para ellos, exhaustos y heridos como estaban. La sangre que Edith tenía adherida a la frente y a la mejilla se había vuelto oscura y quebradiza, pues la brecha ya se había cerrado. A Senlin, su rostro le recordaba la luna menguante. La cabeza le palpitaba

debido al golpe que había recibido en el momento del disparo. Aun así, durante una hora larga, siguieron atravesando los pasillos llenos de recodos y dejando atrás centenares de nichos, sin que observaran ningún cambio en el recorrido y sin que parecieran llegar a ninguna parte.

Finalmente, el pasillo enlucido de blanco desembocó en una sala que bien podría haber pasado por el vestíbulo de un capitolio estatal. En las paredes se veían rieles de silla, pinturas al óleo y placas honoríficas, y había ornamentadas puertas de nogal negras. Olía a cera para muebles y a cuero. Decenas de empleados ataviados con una chaqueta azul marino pululaban por el vestíbulo abovedado. Caminaban con urgencia de una puerta a otra, como ratones que corretearan de agujero en agujero. Tal vez por respeto a la etiqueta del nuevo entorno, los escoltas les soltaron los brazos.

Allí no había velas de utilería ni pájaros pintados, ni tampoco puertas falsas ni libros en blanco. La farsa había dado paso a la realidad. Parecían encontrarse de nuevo entre bastidores, solo que ya no estaban en los camerinos. Quizá estas fueran las oficinas del Salón, o eso supuso Senlin. Porque ¿de qué otro sitio podría tratarse?

Le habría gustado compartir su pequeño descubrimiento con Edith, pero en ese momento no se la veía dispuesta a hablar con él. Parecía haberle ofendido que él le indicase que guardara silencio y decoro. Tal vez pensara que estaba siendo condescendiente con ella. Tal vez sí que lo había sido. No importaba. Estaba deseando olvidarse de todo ese disparate. Decidió que, cuando le hablase de todo aquello a Marya, describiría a Edith como una mujer testaruda y atrevida. Aunque, a decir verdad, ella había llevado esa crisis mucho mejor que él.

Estremecido, recordó el momento en que Edith lo urgió a quitarle las faldas. Quizá lo más conveniente fuera no sacar nunca el tema con Marya.

Al cabo, los hicieron detenerse ante una mesa alta. Una placa indicaba: RECEPCIONISTA GENERAL, aunque a Senlin el atril le recordaba más el tribunal de un juez que el puesto de un secretario. Supuso que el título de «recepcionista» significaba algo más elevado en la lengua vernácula del Salón.

Al recepcionista general se le notaba un tanto agobiado, como si estuviera saturado de trabajo, pero, aun así, los trató con una cordialidad profesional, actitud que Senlin admiró. Tenía la mesa llena de pilas de documentos, papeles de calco, cuadernos taquigráficos y libros maestros forrados en cuero. Parecía haberse reservado para sí todas las formas imaginables de guardar información. Su cabello moreno sugería que aún no había dejado la juventud muy atrás, pero tanto sus orejas como su nariz se antojaban más propias de alguien que le doblara la edad. Tres monóculos pendían de unas cadenas de joyería sujetas a los bolsillos de su chaleco, y se los cambiaba constantemente según lo lejos que estuviera de aquello que quería ver con claridad.

Sin perder un segundo, les indicó a los escoltas que se retiraran, localizó un papel en blanco y les dijo:

—Por su aspecto, podría pasarme la tarde pidiéndoles disculpas y, aun así, me quedaría trabajo pendiente. Pero, en lugar de enfrascarme en la servil actuación que sin duda merecen, permítanme agilizar el trámite y ayudarlos a seguir su camino.

Cuando miró a Edith, Senlin comprobó con alivio que su expresión se había relajado al oír al recepcionista.

El hombre se cambió el monóculo, cogió una pluma y les preguntó:

—¿Están casados?

—Sí —respondió Senlin.

—No —dijo Edith al mismo tiempo.

El recepcionista se rio, aunque intentó disimular tosiéndose en la mano.

—Yo estoy casado, solo que no con esta respetable dama —aclaró Senlin.

—Por supuesto. —El recepcionista se tocó el bulbo prominente que tenía por nariz—. Como comprenderán, yo no sé nada ni sobre ustedes ni sobre el tormento por el que habrán pasado. Por lo tanto, con su permiso, necesitaría hacerles unas preguntas, un poco tediosas, me temo, pero con las que nos aseguraremos de que se los compense como se merecen por las molestias sufridas. —Mientras los escrutaba a través del cristal único del ocular, sonrió—. Por favor, sean pacientes.

Edith, por su parte, respondió con franqueza, aunque a Senlin le pareció que las preguntas no guardaban una relación muy estrecha con la cuestión que los ocupaba. Tenía treinta y cuatro años; procedía de las tierras de labranza del sur de Ur, próximas al pueblo de Niece. Había pasado dos años en una escuela de etiqueta para mujeres, la cual abandonó para volver a trabajar en las tierras de su padre, donde se ocupaba de ocho mil de las doce mil áreas que abarcaban. Sabía montar a caballo, reparar una cerca y guiarse por los desniveles del terreno para encontrar agua incluso en los valles más áridos. Se había divorciado hacía poco, después de nueve meses de matrimonio.

—¿Y había visitado el Salón con anterioridad? —le preguntó el recepcionista, que seguía tomando nota de todo en su cuaderno.

Por primera vez, pareció quedarse un tanto cohibida.

—Llevo dos meses aquí, pasando de una obra a la siguiente. En total, he participado en seis, creo.

—Espero que las anteriores experiencias le depararan más alegrías que esta —dijo el recepcionista en un tono amable, a lo que ella le contestó con un recatado encogimiento de hombros.

A continuación, le llegó el turno a Senlin. Confiaba en no tener que recitar su información personal en medio de una sala común. Procuró ser estoico, pero enseguida se vio mascullando sus respuestas entrecortadamente. Notó que las mejillas se le encendían. Era hijo único; sus padres habían fallecido; tenía estudios y un trabajo bien remunerado; estaba casado; no tenía hijos. Exponerse de una forma tan sucinta lo abochornó de una forma que no le era fácil describir. Así resumido, parecía un hombre irrelevante, incompleto. Tal vez sí que fuera irrelevante, pero él no se sentía así.

Concluida la entrevista general, el recepcionista les dio las gracias por su paciencia.

—Bien, y en cuanto a lo sucedido hoy… Su caso se le ha asignado a un asistente del registrador jefe, al señor Anen Ceph. El señor Ceph es uno de nuestros investigadores más expertos y rigurosos. En una palabra, es brillante. Ahora se les acomodará de forma temporal, breve, casi momentánea, en una estancia privada mientras el señor Ceph tiene ocasión de cotejar todos los datos referentes al caso. —Se quitó del ojo el monóculo, que se descolgó sobre su

pechera. Hizo un gesto a un empleado alto y calvo que parecía llevar cosida al cuerpo la chaqueta azul marino. Casi se podían contar a simple vista los bultos que las vértebras le marcaban en la espalda—. El ordenanza los acompañará hasta su habitación. Y gracias de nuevo por su paciencia. He disfrutado mucho con este encuentro. Espero que ustedes me recuerden con la misma estima cuando en el futuro rememoren los días que pasaron en el Salón.

El desproporcionado ordenanza se los llevó de la gran sala y, después de atravesar otro laberinto de pasillos, accedieron a un bullicioso pabellón de hospital. Allí todo parecía normal, salvo, cómo no, la ausencia de ventanas, que Senlin siempre asociaba a los hospitales contemporáneos. Al fin y al cabo, el sol y el aire fresco eran imprescindibles para recuperarse. Pasaron junto a dos carritos, el primero de los cuales estaba repleto de cuencos de gachas humeantes, mientras que el segundo contenía seis cilindros de cobre del tamaño de un balde de ordeño. Tenían el aspecto de un yelmo, solo que, donde tendría que estar la visera, había un regulador giratorio casi tan ancho como el resto del aparato. Senlin se preguntó qué tipo de uso médico se le daría a un dispositivo como aquel.

Las enfermeras iban de aquí para allá, calzadas con unos zapatos blandos confeccionados en cuero blanco, mientras los pacientes, con la cabeza y las extremidades vendadas, descansaban en sus respectivas camas, que estaban ubicadas en compartimentos estrechos delimitados por cortinas. La idea de tenderse en una cama limpia y de que una enfermera les curara las heridas reavivó las esperanzas de Senlin. Estaba confundido, exhausto y magullado; de haberse encontrado en casa, habría permanecido en la cama toda una semana sin hacer otra cosa que leer libros, beber té y escuchar los versos interminables de las olas.

Pero se llevó una desilusión cuando el ordenanza les indicó que continuaran hacia el otro extremo del pabellón, por el que salieron a una cámara angosta y cálida de color lima. Frente a ellos había una portezuela, de algo menos de metro y medio de alto. Una capa de herrumbre descascarillada cubría las bisagras.

—El asistente Ceph los atenderá enseguida —les dijo el ordenanza, que desbloqueó la portezuela con una pesada llave maestra.

Senlin y Edith se miraron. Ella parecía desconfiar. Él le sonrió para tranquilizarla. Fue un gesto sincero y generoso, y que no era frecuente ver en su cara. El recepcionista los había calmado con su amabilidad. La aterradora experiencia comenzaba ya a convertirse en un recuerdo difuso. Los asesinatos, las persecuciones, el ocultarse y el contener la respiración parecían ser algo que les había ocurrido a otras personas.

Aun así, la calidez de la estancia y la súbita expresión vigilante del ordenanza tenían algo de inquietante. Senlin supuso que ese recelo no sería más que la consecuencia lógica del miedo que habían pasado.

La portezuela se abrió. Tuvieron que agacharse para pasar al otro lado, donde los recibió una luz tan intensa que no podían ver nada. Notaron en la cara la elevada temperatura del aire. El ordenanza tocó a Senlin con el pulpejo de la mano para que siguiera adelante. Iba a girarse para protestar cuando el suelo empezó a crujir y a combarse como un somier oxidado a su paso, lo

que lo confundió y le hizo perder el equilibrio. La portezuela se cerró de golpe. Oyeron como el pasador volvía a alojarse en la hembrilla.

Todavía cegados, Senlin se golpeó la cabeza cuando intentó levantarse. Palpó la malla metálica que había sobre él y pronto dio con la esquina, donde encontró una pared hecha del mismo material. Con los ojos entornados, miró a su alrededor; parecían estar en una especie de gallinero o de conejera, suspendidos en medio de una habitación azul.

Después se dio cuenta de que estaba mirando el cielo. No un cielo pintado, sino el verdadero cielo azul.

Estaban sentados en una jaula atornillada a la fachada de la Torre.

Capítulo trece

Pregúntele a quien quiera: «¿No echa de menos el sol? ¿No echa de menos la luna?». Y le responderá: «¿Echa de menos el riesgo de sufrir una insolación? ¿Echa de menos los aullidos de los lobos?».

Guía popular de la Torre de Babel, III. XII

Treinta metros más abajo se extendía el Mercado, colorido e intrincado como un edredón de retazos.

Senlin se puso a golpear con fuerza la puerta negra de hierro. El arrebato sacudió la jaula con violencia. Las juntas chirriaron, y una llovizna de roña cayó sobre ellos. Uno de los eslabones de la malla inferior se soltó. Edith lo urgió a que parara, para lo que al final tuvo que abrazársele al cuello. El jaleo que estaba montando no lo dejaba oírla apenas. Prefería no oírla.

El recepcionista les había prometido que agilizaría los trámites y que les asignarían una habitación privada. Después de todo por lo que ha-bía pasado, tenía que creer que todo aquello era un error. ¡Alguien se había equivocado! ¿Por qué iba a querer nadie venir al Salón? ¿Los visitantes de esa planta eran todos unos sádicos? ¡Eso era un manicomio!

Dio otro golpe a la puerta y jadeó hasta que se le secó la boca. Dejó que Edith tirara de él y lo apartara de la puerta. Estuvo a punto de caerse encima de ella, y se agarró sin fuerzas a la pared de malla para que se le pasara el vértigo.

—¿Ya le había pasado esto más veces? —le preguntó él.

—¿Cree que habría dejado que volvieran a meterme aquí si hubiera estado antes? —Edith parecía un poco más serena que él, aunque seguía temblándole la voz. Miró al otro lado de la celosía del suelo—. ¿Cuántos años tendrá esta jaula? Tiene pinta de estar a punto de descomponerse en pedazos.

Senlin recordó con todo detalle el estruendo espeluznante que había producido el dirigible al estrellarse con la tripulación.

—Mejor hablemos de otra cosa —dijo entre dientes. No quería pensar en quién le registraría los bolsillos si caían a tierra.

Todas las paredes del gallinero, que no abultaba más que una cama de niño, estaban hechas de malla metálica. Era lo bastante alto para que pudieran estar sentados con la espalda recta, pero no tanto como para permitirles levantarse. No les quedaba más remedio que permanecer apretados el uno contra el otro, lo que agravaba aún más la pesadumbre de Senlin. Tragó saliva con la garganta seca y dijo:

—No lo entiendo. Saben perfectamente que no hemos hecho nada malo.

—Todos los testigos están muertos. ¿Cómo van a saberlo? —dijo Edith.

Senlin le expuso la teoría que había elaborado sobre las mirillas de latón que sobresalían de las paredes de los distintos decorados y los observadores que había visto en el pasillo de entre bastidores. Ella se enderezó el cuello del vestido, que tenía la mala costumbre de doblarse solo, y dijo:

—Nunca se me había ocurrido que alguien podría estar viéndolo todo… Ay… —Pareció hacer memoria—. Debe de haber mirillas de esas en todas las habitaciones.

—Si le sirve de consuelo, dudo que ahora haya nadie espiándonos —le dijo él, que se enjugó el sudor que se le escurría por la cara.

El sol caía inclemente sobre ellos. Fabricó un pequeño toldo con la chaqueta de mayordomo pasando las mangas por la malla del techo y sujetándolas en los extremos descubiertos del tejido metálico. Edith extendió las gruesas faldas para que también él se sentara encima y dejara de pincharse con los alambres del suelo. Le dio las gracias con la actitud cortés de quien agradece que le hagan sitio en un banco del parque. Desde allí arriba podían oír la algazara del Mercado, los berridos de los camellos y los gritos de los comerciantes. El viento seco trajo por un momento los agradables silbidos lejanos de un tren, para a continuación llevárselos de nuevo consigo.

El sol se situó detrás de la Torre, dando paso a la noche artificial. Así Senlin podía ver mejor la fachada que se extendía a ambos lados de ellos, y comprobó que detenerse a estudiarla le suponía una distracción muy necesaria. Las paredes estaban hechas de una tosca piedra caliza. Aquí y allá, entre las grietas que separaban los bloques, asomaban los mechones de unos nidos que parecían llevar años allí. Tenían aspecto de estar abandonados desde hacía mucho tiempo. A la izquierda y a la derecha de la suya había más jaulas, pero estaban vacías. Cuando miró Torre arriba a través de un agujero de la chaqueta que hacía de toldo, sufrió tal mareo que se vio obligado a girar la cabeza para fijarse en alguna otra cosa. Pero de poco le sirvió. No había mucho que ver. A lo lejos, unas plataformas sobresalían de la fachada como espinas que protegieran un tallo. Se imaginó que serían una especie de aeropuertos, aunque no estaba seguro. Por lo demás, la pared era tan inmensa y estaba tan despoblada como un desierto.

Excepto por la araña mecánica. La máquina era del tamaño de un perro grande, y verla aparecer por la curvatura de la Torre lo amedrentó a la vez que lo fascinó. Unas lenguas de vapor escapaban de las articulaciones de sus ocho patas de acero. Los mecanismos internos se atisbaban a través del esqueleto de cobre. Era el ingenio más complejo y elegante que había visto nunca. Cuando se hubo acercado un poco más, reparó en una luz roja, penetrante como el destello de un rubí, que relumbraba de forma constante en el corazón de la máquina.

Senlin estaba demasiado embelesado para tener miedo de la má-quina traqueteante, pero procuró guardar silencio cuando se la señaló a Edith. Esta tomó aire, sobrecogida, y se le agarró al brazo, pero enseguida vieron que la araña mecánica no estaba en absoluto interesada en ellos. Avanzaba con la seguridad de una mosca que trepara por una pared, calzada con unas almohadillas de goma negra. En el momento en que Senlin empezaba a preguntarse si aquella cosa no sería más que algún tipo de juguete aparatoso, entendió para qué servía. Estaba reparando la Torre. Iba de un lado a otro inspeccionando la fachada y, cada vez que encontraba

una imperfección, la reparaba rociándola con una especie de gel. Esta sustancia parecía endurecerse en cuestión de segundos, tras los que empezaba a brillar como el cuarzo. Senlin vio como la araña se desplazaba de una grieta a otra, retirando los nidos de los pájaros y parcheando los huecos, hasta que volvió a perderse en la distancia.

Era un invento de lo más ingenioso, dadas su practicidad y su eficacia. Verlo trabajar lo reconfortó. No todo en la Torre era absurdo y terrorífico. También había algunas maravillas.

Aunque esas maravillas eran pequeñas y se encontraban lejos.

Ninguno de los dos quiso preguntarse en voz alta hasta cuándo los tendrían ahí, ni si les traerían comida y agua, ni si la pajarera acabaría siendo su ataúd. Verbalizar esas cuestiones solo serviría para hacer la espera más insoportable. Pero, transcurrida otra media hora de silencio, Edith articuló un gruñido súbito y dijo:

—¡Me voy a volver loca! He estado pensando en todas las cosas degradantes que los espías podrían haber presenciado, y en todas las formas en las que podríamos morir en este gallinero.

Senlin carraspeó.

—Yo también. Justo estaba preguntándome cuántos buitres tendrían que posarse en la jaula para que la suma de su peso y el nuestro…

—Será mejor que cambiemos de tema —lo interrumpió ella, que se dio una palmada en las piernas—. Bien, se llama Thomas Senlin, es el director de una escuela y está casado. —Todo esto, cómo no, lo había revelado él mismo durante el interrogatorio del recepcionista—. ¿Desde hace mucho?

—No. —Por lo general, su respuesta habría concluido ahí, pero algo lo impelía a complementar su confesión. Tal vez solo se debiera a la camaradería que se establece de forma natural ante un trauma compartido. O tal vez, y le costó mucho admitir la posibilidad, en el fondo sabía que aquella situación daba pie a que surgiera una cierta… intimidad, y que con la intimidad venía la tentación. A fin de frenar en seco aquel tren de pensamientos culpables, añadió atropelladamente—: Estoy en nuestra luna de miel. Estamos en mi luna de miel.

No habría culpado a Edith si se hubiera reído. Pero no se rio, y se tomó un momento antes de responderle. Le acarició la mejilla, retirándole la sangre seca. Parecía estar pensándose si hacerle o no la pregunta obvia: «¿Dónde está su esposa?».

Aunque se quedó un tanto sorprendido, Senlin se sintió aliviado cuando, en lugar de plantear esta cuestión, Edith empezó a hablarle de su pasado. Puesto que no tenían otra cosa que hacer, sus anécdotas pronto se aunaron en un relato principal. Senlin advirtió que no solo pretendía resumir su historia, sino también adornarla con todo tipo de detalles. A él nunca le habían interesado las confesiones prolijas. Nunca sabía qué decir. Aun así, a medida que Edith avanzaba en su recapitulación, comenzó a relajarse un poco. No era en absoluto como él se imaginaba cuando la había conocido, con su vestido melocotón y dándole órdenes como a un lacayo. No era melodramática ni vanidosa. De hecho, la encontraba bastante agradable. Le caía bien.

Siguió hablándole de las tierras de la familia y de la extensión que ella debía cultivar. En su voz se adivinaba lo orgullosa que se sentía del talento que había demostrado tener para trabajar el campo. Sabía cuándo sacrificar las ringleras infestadas; sabía cómo administrar tanto las reservas de la producción como los períodos de sequía; cómo descubrir a un capataz deshonesto y a un

borracho, y dónde contratar a sus sustitutos. Tenía dos hermanos, ambos mayores que ella; ninguno estaba dotado para llevar el negocio familiar ni interesado en él. Los dos dirigían sus respectivas parcelas, y su gestión era desastrosa. Ella, en cambio, siempre obtenía una producción mayor. Era de Edith de quien su padre, que deseaba dedicar sus últimos años a cazar y a transformar en sidra los frutos de los manzanares, se sentía más orgulloso. La llamaba la General de la Huerta.

Después, hacía poco más de un año, su padre le había sugerido que se casara con un amigo de la familia, Franklin Winters, que poseía un viñedo relativamente productivo. Ella, la General que no necesitaba a ningún marido, había accedido solo porque su padre había insistido en aquella realidad de la que ambos llevaban años evitando hablar: sus hermanos eran incapaces, holgazanes y, peor aún, desleales. Si les dejaba las tierras a ellos, lo único que sabrían hacer sería malvenderlas y despilfarrar el dinero. Sin embargo, no podía legarle su fortuna a una mujer soltera; se vería desprotegida en el caso de que tuviera que pleitear por ellas, sobre todo ante sus hermanos. Pero, si estuviera casada, se vería libre de este tipo de disputas; podría seguir administrando la granja como le placiera.

Al señor Franklin Winters se le podía considerar inofensivo. Si bien era frágil tanto de complexión como de carácter, no pesaban deudas sobre él, y sus empleados lo tenían por un hombre justo, características en las que Edith vio una buena señal. Más importante aún, aceptó las condiciones que ella le puso para casarse: su papel como gestora de la granja no cambiaría en modo alguno. Seguiría siendo la General. Él se mostró de acuerdo, pero añadiendo una apostilla propia: Edith llevaría las tierras siempre y cuando el trabajo no supusiera un riesgo para su salud.

Edith no tenía un pelo de ingenua. Sabía que Winters pretendía que se quedara embarazada, con la intención de utilizar su estado como excusa para sacarla del campo. Su padre, por su parte, también deseaba que le diera unos nietos que perpetuaran el linaje. A Edith todo aquello le parecía absurdo. Bastaba mirarla a la cara para saber que la idea de la maternidad no la atraía en absoluto. Se plegó a la petición de Winters solo porque tenía claro que nunca se convertiría en un obstáculo para ella. Estaba sana y era fuerte, pero también estéril, a consecuencia de un accidente de equitación que había sufrido años atrás. Aparte de ella, solo lo sabía el médico del condado.

Una vez formalizadas las condiciones y firmado el acuerdo, se casaron.

Pero poco después de que se hubiera convertido en la señora Winters (tras una ceremonia que ella calificó de «poco emotiva»), Franklin dio con una excusa para aprovecharse del contrato. Edith desarrolló una alergia leve a un hierbajo que, llegada la primavera, crecía por todas partes, tanto en los caminos como entre los cultivos. Era la misma hierba de tallo largo que tiempo atrás acostumbraba a mascar mientras paseaba por los campos recién arados, comprobando la riqueza del suelo. En ese momento, en cambio, la floración de la planta provocaba que le costara respirar. Winters se aferró a ese pretexto para bajarla del caballo. Poco le importaba que la mitad de los capataces padecieran una dolencia u otra, ya fuera gota, sífilis o cataratas. Ella debía soltar las riendas, guardar las botas camperas, adornar su sombrero de paja con un lacito y asimilar que era demasiado delicada para administrar una granja. Sospechaba que todo aquello era una forma de castigarla por no haberse quedado encinta. En realidad, Winters tampoco había podido poner mucho de su parte por cumplir ese propósito.

Senlin se habría ruborizado si no hubiera estado colorado ya a causa del calor.

—Entonces ¿se divorció?

—Sí —dijo Edith—. Pero él no me ha devuelto el favor.

—No la entiendo.

—¡Yo tampoco! —Se rio, y una ráfaga de viento cálido le revolvió el pelo alrededor de la cara —. Él se negó a concederme el divorcio, así que yo me negué a quedarme.

—Y vino aquí…

—A derrochar su dinero, mi dinero.

—Y a interpretar a la esposa de un ricachón —dijo Senlin jovial, sin lograr otra cosa que a Edith se le ensombreciera el semblante. Borró la sonrisa de su cara para disculparse.

—Era una obra estúpida. —De nuevo, se estiró hacia abajo las infladas faldas de crinolina—. Yo tenía que hacer de florero mientras esos dos desgraciados hablaban de negocios. Ninguno de los dos tenía ni idea de esos temas. ¡La bolsa de los sentimientos! ¡Por favor! Si no es cuantificable, no puede ser una bolsa. Es por lo que se definen las bolsas. Y, que a mí me conste, nadie sabe cuánto pesa el amor, ni lo voluminoso que es, ni si se puede fraccionar o gravar. ¿Cuántas unidades de amor se necesitan para dar lugar a un idilio? ¿Cinco? ¿Veinte? ¡La bolsa de los sentimientos! Si ese tarado no hubiera enloquecido, habría enloquecido yo. —Aunque no le faltaba mucho para empezar a delirar, Senlin agradeció que no dejara de tener su gracia.

Antes de que pudiera responderle, la portezuela de hierro se abrió.

Tanto Senlin como Edith se acercaron a la abertura, donde se toparon con la cara de un joven bajo cuyo bigote encerado se extendía una sonrisa de oreja a oreja.

—Cielos, qué calor hace aquí —exclamó el muchacho, y su rostro quedó oculto por un momento mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo bordado.

—¡Tienen que dejarnos entrar! Esto es absurdo. ¡Aquí fuera nos estamos jugando la vida! —Senlin no logró disimular del todo el timbre de desesperación que le tensaba la voz—. No hemos hecho nada malo.

—Sí, sí, lo entiendo, pero antes debo investigar su caso, pues, de lo contrario, volverían a encerrarlos aquí.

—Pues investíguelo rápido —lo apremió Edith.

El joven carraspeó.

—Soy el asistente del registrador. Me llamo Anen Ceph, y voy a ayudarlos. —El muchacho se expresaba introduciendo abundantes pausas, y teniendo que detenerse de vez en cuando para tragar saliva, lo que bastó a Senlin para intuir que se trataba de un novato.

—Rápido —insistió Edith.

—He llevado a cabo algunas indagaciones y he puesto lo que he averiguado en conocimiento del registrador, que me ha informado de su decisión y…

—¿Quién es el registrador? ¿Qué autoridad ostenta? —lo interrumpió Senlin.

Ceph sonrió, haciendo desaparecer las arrugas que le enmarcaban la boca.

—¡Qué maravilloso sentido del humor! —A continuación, y con la misma inmediatez, su expresión se aplanó como un pantano que cubriera una pisada—. A usted, Thomas Senlin, lo

acompañarán a la tercera planta, donde, créame, se sentirá muy a gusto. ¿Le gustan los pavos reales?

—No tengo una opinión al respecto.

—El Balneario está lleno de pavos reales, de baños y de termas.

—Suena de maravilla. Llévenos allí —le dijo Edith.

—Ah… Verán. —La sonrisa le arrugó la nariz, lo que le confirió una apariencia aún más juvenil, y volvió a carraspear—. La señora Edith Winters no va a trasladarse a la tercera planta. Ha sido expulsada a la primera.

—¿Cómo que expulsada? ¿Por qué? —preguntó Edith—. Me encerraron con un asesino, e incluso llegó a atacarme.

—No fue cosa mía. Yo no la he encerrado en ninguna parte y, de hecho, según tengo entendido, usted disponía de una llave, y entró en la casa escénica del Salón por voluntad propia. —Senlin distinguió la cobardía evasiva de un administrador en la respuesta de Ceph. El muchacho era un burócrata en ciernes—. Aquí hay dos cuestiones. En primer lugar, está el problema del modo en que abandonaron la escena, fuera de lo permitido. Como se les informó, todos los personajes deben salir a través de la estancia por la que accedieron.

—¡Nos estaba persiguiendo un lunático armado con un arma de fuego! —reiteró Edith, que incomodó al joven cuando lo señaló situando el dedo demasiado cerca de su nariz.

De nuevo, Ceph se pasó el pañuelo por la cara.

—Sí. Pero también está la segunda cuestión, la de la lumbre, señora Winters —continuó—. Cuando entró en la casa, se comprometió a avivar la lumbre de aquellas habitaciones en las que actuara. Tenemos multitud de pruebas de que el señor Senlin sí se prestó a esta tarea elemental, pero, según parece, usted la pasó por alto. En consecuencia, el fuego se apagó en muchas de las estancias.

—¿Y qué? Deme una cerilla y volveré a encenderlo —resolvió ella.

—Me temo que ya es tarde. Se procederá a su expulsión, y ya no se le permitirá volver a entrar en el Salón. Es lo que ha decidido el registrador y se…

—Disculpe —lo interrumpió Senlin, que habló con el tono que empleaba para amonestar a sus alumnos—: joven, estamos heridos. Nos encontramos suspendidos a una altura muy peligrosa. Tenemos hambre, tenemos sed y tenemos miedo. Le suplico que vaya a hablar con su superior, con el registrador, y le comunique un sencillo mensaje: vamos a quedar en libertad, y vamos a continuar, los dos, hasta el Balneario. Insistimos en que se nos conceda la oportunidad de explicarnos en sus tribunales, sean cuales sean, e insistimos también en que se nos saque de esta pajarera inhumana en la que de un modo tan injusto nos han encerrado. —Hablaba con una firmeza y una confianza que no sentía.

Por un instante, esto pareció ir a poner fin a la actitud oficiosa de Ceph, aunque enseguida el muchacho reaccionó y reconstruyó su sonrisa.

—Hablaré con él y los tendré al corriente de su postura. Mientras tanto, aquí está su cena. —Les pasó por la portezuela una botella de hojalata y un saco pequeño lleno de panecillos de corteza gruesa.

—¿Ni siquiera van a permitirnos esperar dentro? —dijo Edith, que contuvo la rabia por unos instantes. Sin embargo, Ceph ya había cerrado la portezuela. Edith golpeó la placa metálica con el pulpejo de la mano—. ¡Majadero!

Una vez más, se sentaron en el suelo, mudos de pura frustración.

A menos de un kilómetro de distancia, un dirigible que debía de haber acabado de despegar se bamboleaba por encima del Mercado. Desde ese ángulo, Senlin distinguía la cabina, cuyos contornos le recordaban una barcaza de morro cuadrado, y los gruesos cabos que la unían al globo. La enorme bolsa de gas era tan redonda y roja como la pelota de un niño. Senlin sintió envidia. ¡Ah, quién pudiera volar! ¡Quién pudiera convertirse en un globo! ¡En una cometa!

Edith contempló con aire ausente la extensión abigarrada del Mercado antes de decir:

—¿Ya sabes lo que te hacen cuando te expulsan para cerciorarse de que no vuelvas nunca? Tom —le dijo en un tono tan familiar que Senlin se sintió descolocado—, van a marcarme.

Capítulo catorce

Si alguna vez se aburre en el Salón, despierte. Se ha dormido y está teniendo un sueño tedioso.

Guía popular de la Torre de Babel, III. LI

Disfrutaba haciendo volar cometas desde que era niño. Le gustaba la serenidad que desprendían. Una cometa podía tirar de uno, y caer en picado, y deslizarse aprisa en todas direcciones, pero nunca tenía miedo, ni aunque una ráfaga de viento inesperada partiera la cuerda. Quien la hacía volar sí que podía asustarse, pero la cometa no.

Había fabricado cometas de caja, de escudo y de trineo de las formas y los tamaños más variados. Todos los meses le compraba un paquete de papel de arroz pintado a la señora Berks, y todos los meses ella le mostraba su desconcierto por que tuviera aquella afición. Mientras los otros hombres de la aldea dedicaban sus horas libres a reparar la cerca del jardín o a montar el armazón de un nuevo bote de remos, el director de la escuela se iba al campo con sus cometas.

—¿Cómo va a encontrar una esposa si se pasa el día con sus juguetitos? —le preguntaba la señora Berks.

A él no le importaba. Durante años, no le importó en absoluto. Él volaba sus cometas y la señora Berks ponía los ojos en blanco.

Tuvo un gesto más romántico de lo que la señora Berks se imaginaba cuando, durante la última etapa de su cortejo secreto, Senlin le hizo una cometa a Marya y organizó una merienda en el campo. Fabricó una cometa sencilla con forma de diamante a partir de unos papeles rojos porque este era el color favorito de ella. Eligió un rincón apartado con unas magníficas vistas para la salida: la peña del Arrobo. El risco se elevaba sobre el guijarral de la ensenada donde los barcos pesqueros de Isaugh cabeceaban al son de las olas amables. Era un día inusualmente cálido de primavera. La brisa soplaba constante hacia tierra y el único obstáculo que se veía en el inmenso trebolar era un manzano viejo que ya no daba fruto.

Después de lanzar la cometa, permaneció tras Marya, con los brazos en torno a su cintura y sosteniéndole las muñecas mientras ella sujetaba el carrete de la cuerda.

—Las nubes nos indican qué hace el viento —dijo él—. Fíjate. Podemos verlas estirarse, deslizarse y amontonarse las unas sobre las otras. Pero la cometa nos muestra las corrientes con más detalle. Puedes distinguir las distintas ráfagas y bolsas de aire. Es como una veleta voladora.

Marya formó un gancho con el dedo, tiró de la cuerda y se tropezó con él.

—Estaba pensando lo mismo —le dijo—. Es como una veleta voladora. —Senlin agradecía sus pullas. Le servían para no estar tan serio todo el tiempo.

Aun así, se puso rojo y retrocedió un paso. Se refugió en la lección que debía impartir y le explicó cómo hacer que la cometa bajara, picara y volviera a ascender. Ella lo escuchaba, practicaba y le gritaba a la cometa como si esta fuera un perro mal adiestrado. Senlin le dio más espacio y se abstuvo de hacerle excesivas sugerencias.

La cometa no tardó en engancharse en las ramas del manzano. La colisión tuvo lugar cuando Marya se asustó al ver que la cometa giraba hacia abajo en las alturas y descendía rauda, derecha hacia el árbol solitario. Demasiado emocionada para prestar atención a las indicaciones de Senlin, tiró de la cuerda con fuerza, con lo que no consiguió otra cosa que multiplicar la velocidad del misil rojo.

A Senlin no le importaba el estropicio. A lo largo de los años, había destrozado infinidad de cometas. Marya, sin embargo, era más sentimental, e insistió en que había que recoger la prenda de amor. Senlin le sugirió, con toda la lógica del mundo, a su parecer, que esperaran a que una ráfaga de viento liberara la cometa. Podría haber sufrido algún desgarrón, pero sería fácil de reparar.

Marya insistió en que la recuperaría ella misma y, mientras él protestaba, ella se quitó los zapatos y los calcetines, se anudó la falda por encima de las rodillas y empezó a trepar por el árbol.

Aunque le costaba admitirlo, Senlin se excitó al ver sus piernas desnudas abrazadas a la rama. Pese a las últimas habladurías de la aldea, el suyo estaba siendo un cortejo muy casto.

La rama se mecía mientras ella gateaba hacia la cometa. Senlin tuvo que hacer un gran esfuerzo para no morderse las uñas. Momentos después, Marya había desenganchado la cometa, retrocedido por la rama y bajado del árbol con ella. Le habían salido unos verdugones en los brazos y en las rodillas a causa del roce contra la corteza áspera. No le molestaban demasiado. Estaba emocionada después de la aventura, e incluso se rio al tropezarse con una raíz que se ocultaba bajo el denso manto de tréboles.

Era preciosa de la forma más natural y sencilla imaginable.

Senlin hizo acopio del valor que necesitaba para decirle aquello para lo que había organizado la salida.

Hincó la rodilla entre los tréboles. Tomó la mano de Marya, cuyo brazo no difería mucho de la cuerda de una cometa, mientras su rostro flotaba por encima de él, con el sol alumbrándole el cabello cobrizo. Se la veía de pronto muy calmada.

La cometa nunca tiene miedo. Esa vez, él tampoco.

Le costaba creer que fuera a ocurrir, y allí. Nunca marcarían a una mujer. ¡Eso era la Torre, por el amor de Dios! Si acaso, toda esa terrible experiencia lo había hecho dudar de la moralidad y de la cordura de los otros turistas. ¡Qué distinta sería la Torre si los turistas dejaran de traer consigo sus tribulaciones y sus defectos! Senlin sabía que en la Torre también había nativos que nunca habían puesto un pie en tierra. Su mente se elevaba de forma natural gracias a un entorno ascendente que propiciaba la invención. Su influencia se impondría. ¡La razón vencería!

Se negaba a darle ánimos a Edith porque no quería creer que fuera a pasarle nada de verdad. Pronto tendrían una respuesta, y quedarían en libertad. Le dio unas palmadas en el brazo. Era un gesto discreto con el que reconfortaba a los alumnos que se ponían nerviosos el primer día de clase, y con el que parecía decirles: «Ea, ea, no es para tanto».

Edith se encontraba demasiado devastada después de haber hablado con Ceph como para darse cuenta siquiera de que había intentado consolarla.

Aunque Senlin confiaba en que el registrador contestara cuanto antes a su queja, la noche se les echó encima sin que tuvieran más noticias.

La jaula, en la que antes se sentían tan expuestos, ahora parecía ofrecerles una extraña privacidad. Las estrellas aparecieron al igual que la escarcha cubría el cristal de una ventana. La luna se alzó, fina como un tajo. Comieron los panecillos duros y compartieron la botella de agua, sumidos en un silencio que parecía amplificar el bullicio del Mercado. Las notas de las flautas, de los violines y de los tambores se entrelazaban alrededor de las numerosas hogueras. Las canciones se solapaban las unas con las otras a semejanza de un coro de grillos.

El frío del anochecer los obligó a acurrucarse juntos para darse calor. Edith extendió las voluminosas faldas sobre el regazo de ambos. La idea de que la marcaran le había quitado las ganas de hablar. Con el transcurrir de las horas, Senlin sintió que su optimismo y su incredulidad comenzaban a flaquear. No dejaba de darle vueltas a lo que Ceph les había dicho. No le encontraba ningún sentido, y eso lo desazonaba. Se preguntó qué habría detrás de las reglas arbitrarias del Salón.

—Esa obsesión con la lumbre, ¿no te parece extraña? —dijo, rompiendo al fin el silencio—. No nos insisten en que freguemos los platos ni en que barramos el suelo. Solo en que avivemos la lumbre. Tiene que haber alguna razón práctica. Quizá sirva para que el aire circule mejor, o para caldear las cañerías.

—Siempre ha formado parte del guion —dijo Edith, que desplazó su hombro sobre el de él—. Trate de lo que trate la obra, hay que mantener la lumbre encendida. Hasta ahora siempre me había acordado.

—Tenías otras cosas en que pensar —le dijo Senlin.

—A ti no se te olvidó.

—Solo porque lo tengo por costumbre. Si mi esposa me perdía de vista en una taberna o en una fiesta, solo tenía que acercarse a la chimenea para encontrarme. Siempre estoy cerca del fuego. La gente suele apartarse de ti cuando te pones a avivar la lumbre.

—Cuando salgas de aquí, busca una chimenea a la que acercarte. —Por su tono, solo pretendía animarlo, pero al advertir que Senlin se encogía añadió—: Estoy segura de que se encuentra bien.

—Este viaje fue idea mía —dijo él—. Quería ver la Torre. Yo he provocado todo esto. ¿Por qué tuve que empeñarme tanto en traerla aquí?

—¿Cómo era ese viejo dicho? Como el agua que corre hacia el sumidero, todos fluimos hacia la Torre —recitó con fingida solemnidad—. No es lo que te esperabas, ¿verdad?

—Me gustaba más en los libros. ¿Alguna vez has estado más arriba, en el Balneario o en…? ¿Qué venía después? ¿Nueva Babel?

—Esto es lo más arriba que he llegado. —Se recogió el tul desgarrado de las faldas—. Lo más arriba que llegaré nunca.

—Vamos —dijo Senlin dándole unas palmaditas en la mano. Incluso a él le pareció un gesto condescendiente. En lugar de prolongarlo, le apretó la mano con delicadeza—. No nos quedaremos aquí para siempre. Tú tienes que volver a casa para terminar de separarte de tu marido. Y yo tengo que seguir adelante para reunirme con mi esposa.

Marya pasó la mano por las teclas y por el filo del soporte de las partituras, hasta que llegó a la cubierta recién pulida del piano de pared. Miró a Senlin asombrada.

—¿Cómo has…?

Él sacó el asiento del piano para que Marya lo ocupara, y se tropezó con el perchero de pie. El colgador se sacudió, pero no llegó a caerse. El piano estaba sólidamente instalado en el pequeño salón de la cabaña.

—Hice que me lo enviaran desde Bromburry la semana pasada. Me temo que es un poco viejo. Se lo compré a tu antiguo conservatorio. Querían hacer sitio para unos pianos nuevos.

—Un piano, Tom. ¡Me has regalado un piano! —Se sentó y probó las teclas, todavía deslumbrada.

—Sé que, cuando uno pide matrimonio, lo habitual es ofrecer un anillo. —Se encogió de hombros—. Pero pensé que, si ibas a trasladarte y ser feliz aquí, un piano te sería más útil.

Marya paseó la mirada por la estancia al advertir que no estaba como siempre.

—Pero ¿dónde está el sofá?

—Estás sentada en él. —Pasó la pierna por encima del banco y se sentó al lado de ella. El asiento se tambaleó un poco bajo el peso de ambos, que se apoyaron en el teclado por si el destartalado banco se venía abajo.

Cuando vieron que resistía, se rieron, y Marya dijo:

—Es un sofá muy cómodo.

Senlin carraspeó y frunció el ceño.

—Marya, me… Me cuesta mucho expresar ciertos… sentimientos sin duda reprimidos. Me… —Tragó saliva y meneó la cabeza. No era así como había planeado la declaración. Ella aguardó paciente mientras él ponía sus ideas en orden—. Haces que me sea imposible leer un libro tranquilamente. Cuando no estás aquí, se me extravía la mirada entre las letras, hasta que parecen caerse de la página y amontonárseme en el regazo. En lugar de leer, me siento ahí y rememoro las horas que hemos pasado juntos, y ese encuentro me cautiva más que lo que haya podido escribir el autor. Nunca he creído que estuviera solo, pero así es como me siento en tu ausencia. Cuando no estás conmigo, parezco un alma en pena. Estaba convencido de que sabía muy bien cómo funcionaba el mundo, pero, gracias a ti, vuelve a estar lleno de misterios. Y eso me desconcierta, y me asusta, y me parece maravilloso, y quiero que siga siendo así. Quiero conocer todos tus misterios. Y, si pudiera, te regalaría cien pianos. Te…

Marya lo hizo callar poniéndole la mano en el hombro con delicadeza. Se puso de pie y colocó la mano en su mejilla. Al intentar levantarse, Senlin cayó sobre el teclado, que produjo una algarabía de notas discordantes. Marya lo besó, apartando el banco con la pierna. Él insistió en

despegarse de las teclas para ponerse derecho, pero de nuevo ella lo retuvo con la fuerza de su beso, y de nuevo él se apretó contra el teclado.

Los vecinos que en aquel momento pasaban frente a la cabaña del director de la escuela se preguntaron de dónde habría sacado un piano y por qué llevaría tanto tiempo tocándolo tan mal y de una forma tan alborotada.

Capítulo quince

> La mayor parte de la fauna marina habita en las regiones menos profundas. Y lo mismo ocurre con los que habitan en tierra.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* I. III

Lo despertó un viento gélido. El gallinero se mecía con suavidad; los eslabones de la malla cascabeleaban como una pandereta. El cielo había adquirido un intenso color añil, y la luz de las estrellas le confería a la Torre la palidez de un glaciar. La noche había traído tanto frío como calor había impuesto el día. Aún faltaban varias horas para que amaneciera.

Se le había dormido el brazo, y cuando intentó moverlo, vio que Edith y él se encontraban abrazados. Ella tenía la mejilla apretada contra el pecho de Senlin, y él la rodeaba con los brazos. Los mechones del pelo moreno y espeso de ella coleaban en torno al mentón y el cuello de él. Sintiéndose culpable, Senlin empezó a retirarse.

O bien Edith no estaba dormida, o bien se había despertado de pronto al notar que él se movía, porque se apresuró a decir:

—Por favor, no. Me muero de frío. —Su voz sonó amortiguada, y él notó que su aliento le calentaba el pecho.

Senlin se detuvo, y enseguida ella cerró el hueco que él había abierto. Pudo sentir que a Edith le temblaba todo el cuerpo. Le echó sobre los hombros la parte más ancha de su abrigo como buenamente pudo.

—Ya solo faltan un par de horas para que amanezca. Intenta dormir un poco más.

Él no logró volver a conciliar el sueño. Aguardó en medio de la oscuridad purpúrea, pensando. No conseguía encajar el concepto que tenía de la Torre con lo que le había sucedido, y eso lo atormentaba. Había hecho que sus alumnos se formaran una idea equivocada de la Torre al hablarles con tanto apasionamiento; de eso no le cabía ninguna duda. Tendría que introducir algunas modificaciones en las clases cuando en otoño comenzara el nuevo curso. Seguiría hablándoles de los avances tecnológicos de la Torre y de su difuso contexto histórico, pero dejaría de ensalzar lo que había en ella.

Algo cambiaba en la gente cuando se situaba a la sombra de la Torre. La despojaba de su humanidad. Acrecentaba su ambición. Senlin no veía qué interés podía tener nadie en volver al Salón después de que lo hubieran expulsado. ¿Por qué regresar y someterse a un nuevo martirio? No le entraba en la cabeza. ¿De verdad la vida era tan penosa en el Mercado? ¿De verdad allí

todos estaban tan insatisfechos consigo mismos que su máxima aspiración era aparentar ser otros? Se acordó de Pining, ese pobre bobo afable. Solo sabía hablar de las maravillas del Salón. Momentos antes de que lo mataran, se le veía confiado, satisfecho y feliz. Pero ¿por qué fingir que amaba a una mujer? ¿Por qué cortejar a alguien que no existía? No tenía sentido.

—Supongo que muchos pagarían cientos de siclos por una habitación con estas vistas —dijo Edith, interrumpiendo sus meditaciones—. ¿Crees que habrá sitio para un sofá? —Senlin sonrió al imaginárselo.

—Tengo una pregunta, y desde luego no tienes por qué responderme, pero es una duda que me corroe, por lo que, en cierto modo, me siento obligado a hacértela y…

—Déjate de discursos, Tom. Tú pregúntamelo y ya —lo interrumpió ella, aunque no de un modo brusco.

Senlin cogió aire.

—¿Por qué has vuelto al Salón tantas veces?

Edith se rio y apartó la cara de su pecho.

—Yo también me lo pregunto a menudo. No tengo ninguna razón de peso. Es solo que me agrada, me reconforta zambullirme en la historia de otra persona. Me ayuda a entender las cosas, de un modo inusual, y me hace sentir importante. —Cuando oyó que Senlin resoplaba, que dejaba una risita a medio formar, le hundió un dedo entre las costillas—. No te burles. Sé que parece una estupidez, pero, cuando reflexiono sobre cómo es mi vida, solo veo ambivalencia y confusión. Nunca ocurre nada importante o, al menos, no de forma inesperada. En la vida real, las cosas no ocurren demasiado rápido. Más bien, sufren una erosión paulatina. Y eso resulta confuso, frustrante y aburrido. ¡Dios, pero que muy aburrido! Sin embargo, en el Salón todo sucede por algún motivo. Sí, es muy elemental. Sí, es muy estúpido. Pero hay una trama. Hace una semana, habría dado cualquier cosa por llevar una vida en la que hubiera una trama. Ahora, en cambio, solo quiero aburrirme. Quiero retomar mi rutina, quiero recuperar mis almanaques y quiero volver a caer rendida en la cama y dormir durante nueve horas sin soñar con nada. ¡Quiero aburrirme!

Senlin lo consideró.

—Supongo que tiene sentido. Pero prefiero lo que me has contado acerca de tu pasado a la obra trillada de la que hemos huido. Tu vida me parece muy interesante.

—Entonces debo de haber exagerado. —Guardaron una pausa para encogerse y hacer frente a otro golpe de viento. Senlin apretó los dientes y mantuvo los ojos cerrados con fuerza hasta que hubo pasado. Cuando regresó la calma, Edith prosiguió, aunque ahora bajó un poco la voz—. Sé que tú también tienes problemas. —Se giró para refugiarse en su pecho—. Espero que encuentres a tu esposa. En serio. Y creo que acabarás dando con ella. Si sales de esta, lo que venga después será pan comido —auguró, y se interrumpió para carraspear, momento en que Senlin se dio cuenta de que Edith estaba intentando contener el llanto—. Pero tengo que pedirte un favor. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte nada, y no estás obligado a prestarte si…

—Déjate de discursos —la interrumpió él en un intento de tranquilizarla y de impedir que se viniera abajo—. Tú pídemelo y ya.

—No me dejes hasta que todo esto haya pasado. Puedo sobrellevarlo, pero me vendría bien un poco de apoyo moral.

Al advertir que el miedo asomaba a su voz, Senlin le aseguró que podía contar con él, que por supuesto que podía contar con él. Aunque también se apresuró a añadir que no tenía nada que temer. El registrador se ablandaría.

Cuando la sonrisa insoportable de Ceph reapareció por la portezuela a la mañana siguiente, les comunicó el mismo veredicto de la ocasión anterior. Edith sería expulsada. No podría volver nunca. Ceph, que había puesto mucho cuidado en no hablar de marcas ni de daños físicos, les detalló entonces el «proceso de ostracismo» al que Edith se vería sometida. Lo describía como si fuera lo más agradable del mundo, y les aseguró que no había nada más que se pudiera hacer. Todas las alternativas y apelaciones se habían desestimado.

Senlin, que se había pasado la noche dándole vueltas a la cuestión, tenía preparada una torpe réplica.

—¿Es que ha perdido todo atisbo de cordura? —le dijo—. No se esconda tras su sentido del deber y el respeto a las instituciones. ¡Compórtese como un ser humano! No haga como si esta salvajada fuera defendible solo porque una política arbitraria y un burócrata intimidante la respaldan. No existe ninguna justificación. No está bien mutilar a una persona solo porque se le ha pasado atizar la lumbre. Tiene una conciencia, suya y de nadie más, que le grita en el pecho: «Déjala ir». —Su voz sonaba con un acaloramiento inusitado, y al acabar se dio cuenta de que estaba temblando de la rabia.

Ceph agitó el pañuelo ante su cara como para espantar un mosquito.

—Bravo, bravo. Un gran discurso.

La extraña respuesta del asistente desconcertó a Senlin. Parecía sincero, aunque también se le notaba un poco aburrido.

—Gracias.

—No obstante, si nos paramos a analizarlo, en realidad no es una cuestión de conciencia, sino de fidelidad —dijo Ceph al cabo con una triste sonrisa resuelta.

Senlin se tragó su segunda respuesta. Por mucho que le repugnara ceder a semejante injusticia, no podía olvidarse de la petición de Edith. Le había prometido apoyo moral. Ya estaba comprometido.

—Créanme, la gestión del ostracismo se lleva a cabo de una forma muy humana —les aseguró Ceph, cuyo tono daba a entender que aquella era una cuestión sobre la que siempre se exageraba mucho—. Para algunos es incluso revelador.

Senlin apretó las mandíbulas para abstenerse de reconvenirlo.

Una vez aceptado el veredicto, se les permitió regresar al pasillo. Les dolía la espalda y se les doblaban las rodillas. Estiraron el cuerpo y sacudieron las piernas para que la sangre volviera a circular por ellas. Senlin se sentía como si acabara de pisar tierra tras una larga travesía por un mar embravecido. Por segunda vez en el mismo día, se vio embargado por la gratitud de un superviviente que no terminara de creerse su suerte.

Ceph los acompañó hasta el pabellón hospitalario por el que habían pasado el día anterior. Varios celadores vestidos de blanco patrullaban las instalaciones embaldosadas, transitando despacio y con actitud vigilante por las hileras de compartimentos encortinados. Los bajos de sus respectivas chaquetas dejaban entrever la pistola que llevaban a la cintura. Senlin se imaginó que, si echaran a correr, no llegarían muy lejos.

En ese momento, las camas libres junto a las que pasaron parecían más siniestras. Por todas partes se oían gemidos y sollozos, amplificados y duplicados sin clemencia por la enormidad de la sala. Y, de pronto, Senlin lo entendió. Aquello no era un hospital. No era la enfermería adonde uno venía a que lo curaran. Era el lugar donde los infelices condenados al exilio eran marcados o sufrían la extirpación de un ojo. Era el lugar donde los turistas que caían en la trampa eran relegados al ostracismo. Era una cámara de tortura revestida de blanco.

A través de una abertura que había entre las cortinas de uno de los compartimentos, Senlin presenció una escena tan impactante que el paso del tiempo pareció ralentizarse. Vio que dos de los celadores mantenían incorporado en la cama a un hombre. Este tenía la cabeza oculta por completo bajo uno de los cilindros de cobre dotados de una válvula en los que se había fijado la primera vez que habían pasado por el pabellón. La válvula estaba situada justo en el centro de la cara cubierta del hombre a modo de nariz absurda. Había una enfermera inclinada sobre él, haciendo girar el mecanismo a base de movimientos breves y forzados. Presa de los espasmos, al hombre se le sacudían los brazos y las piernas, que ponían a prueba la fuerza de los celadores que lo retenían. A pesar de la agonía que a todas luces estaba padeciendo, ni el más leve ruido escapó del yelmo sellado. El hombre se retorcía en silencio. Lo estaban torturando. La enfermera parecía manejarse con una total falta de escrúpulos.

Senlin supuso que aquel aparato demoníaco sería lo que utilizaban para arrancarle los ojos a la gente. La mera idea le revolvió el estómago.

Una bata de algodón aguardaba en la cama perfectamente hecha y desocupada ante la que se detuvo Ceph. Una cortina larga colgaba de la varilla que rodeaba el lecho. Ceph invitó a Edith a prepararse para la visita de la enfermera, que no tardaría en llegar. Le indicó a Senlin que se retirara con él para seguir hablándole de los preciosos pavos reales que podían observarse por todo el Balneario. Sin embargo, Senlin permaneció plantado junto a la cortina después de que Edith la corriera. Vio como su sombra se agitaba tras la tela.

—Esperaré con ella —dijo.

—No será necesario. La…

—Esperaré aquí —repitió con mayor firmeza.

Ceph lo miró perplejo. Pareció pensar en desaconsejárselo, pero después lo dejó correr. Encogió los hombros de forma elaborada y se alejó un poco para anotar algo en su cuaderno taquigráfico.

Al momento siguiente, se presentó una mujer baja con aspecto de matrona que, ataviada con un mandil rojo cardenal y una cofia de enfermera, empujaba un carrito blanco esmaltado. Una vasija de hie-rro tapada tintineaba en lo alto. El mango largo de un hierro de marcar sobresalía por una abertura de la tapa.

Indiferente a la presencia de Senlin, la enfermera se asomó por el filo de la cortina antes de retirarla. Edith estaba tendida bajo la sábana, vestida con la sencilla bata blanca que le habían facilitado. Había dejado doblado al pie de la cama el disfraz roto y sucio. Hasta hacía unos instantes, a Senlin le hervía la sangre, pero verla arropada bajo las telas blancas le infundió una calma inesperada. Sin duda, nada de aquello era real.

La mujer parloteaba animadamente sobre lo guapa que era Edith y sobre lo bien que le sentaba la bata, incluso mientras le cogía el brazo, se lo enderezaba y se lo giraba palma arriba, pegado a la cama. Edith estiró el brazo libre hacia Senlin. Este se arrodilló junto a la cabecera del lecho y la tomó de la mano. La enfermera le ofreció un paño enrollado para que lo mordiera, dándole a entender que eso la ayudaría a soportar el dolor, pero Edith giró el mentón sin responderle.

La mujer abrió la vasija de hierro con un mitón de cuero grueso. Entre las brasas candentes, el marcador circular, tan ancho como un reloj de hombre, resplandecía. A Senlin se le cayó el alma a los pies cuando lo vio.

Al mirar de nuevo a Edith, esta tenía los ojos clavados en él. Su melena azabachada cubría la almohada como un abanico abierto; el sudor le había abrillantado las clavículas morenas salpicadas de pecas.

—No te quedes aquí mucho tiempo. Tienes otros asuntos que atender —le dijo ella, que le soltó la mano para cogerlo del antebrazo.

Mientras se ponía un guante de forjador confeccionado en cuero que le llegaba hasta el codo, la mujer dijo:

—Tengo que mantener apretada la corona hasta que cuente tres. Es muy importante que no te muevas, cielo. Si no queda bien, tendremos que repetirlo.

Edith no apartó los ojos de Senlin ni respondió a la enfermera. Tenía los labios apretados y lívidos.

—A la de tres —repitió la mujer.

En el instante en el que el hierro entró en contacto con la piel de Edith, las venas del cuello se le hincharon y los ojos se le abrieron de par en par. Clavó las uñas en el brazo de Senlin y las mejillas se le ensombrecieron mientras el olor escalofriante pero inconfundible de la carne quemada saturaba el aire.

—Una… —dijo la enfermera con una voz inmutable.

La última vez que vio a Edith, esta yacía inconsciente mientras la enfermera le envolvía el brazo con una gasa. El desmayo había sido una bendición para ella. No gritó en ningún momento, silencio en el que Senlin percibió una actitud desafiante. La matrona siguió dedicándole un cumplido tras otro, pese a que Edith nunca le respondía. Senlin insistió en quedarse hasta que se despertara, pero Ceph le advirtió que, si permanecía allí más tiempo del debido, se vería obligado a reabrir su caso.

—No se machaque tanto, señor Senlin. ¡Usted piense en los grandes lujos de los que podrá disfrutar! Las cenas de gala, los baños y los pavos reales le esperan —le dijo el asistente con una desquiciante falta de sensibilidad.

En cualquier caso, Senlin no sabía qué más podría haberle dicho a Edith. Tal vez fuera mejor que no hubieran tenido que enfrentarse al mal trago de una despedida. Ella regresaría a casa y él aún debía seguir avanzando Torre arriba. Confiaba en que Edith no tardara mucho en volver a su granja, en que pudiera volver a convertirse en la General, y en que él no fuera más que un actor secundario en una historia de miedo que ella procuraría olvidar. ¿Cómo podía decir todo eso con un simple adiós? Era mejor que al menos conservaran un poco de dignidad. Ya les habían arrebatado demasiadas cosas.

Desconcertado y exhausto tras la infernal experiencia, guardó silencio mientras lo sacaban de la cámara de tortura y lo llevaban de regreso a las salas amplias y ajetreadas. Un ordenanza se le acercó para entregarle su ropa y su macuto, momento en el que se le permitió quitarse el arrugado y sudado disfraz de mayordomo. Comprobó que el dinero seguía en su sitio, pero, atónito y abatido como estaba, no le dio importancia. Mientras se abotonaba la camisa, hasta en tres ocasiones se decidió a volver con Edith. «Veremos si vienen a enjaularme, a ponerme un balde en la cabeza y a extirparme los ojos. ¡Veremos si se atreven!».

Y en tres ocasiones se convenció de que debía seguir adelante. Marya lo esperaba solo una planta más arriba. Quería pensar que estaba sana y salva. Quería pensar que de verdad la encontraría en el siguiente nivel de la Torre, cuando él llegara, y lo consolaría. Era, y lo sabía muy bien, un deseo egoísta.

El asistente Ceph parecía estar inusualmente alicaído cuando lo dejó ante una escalera flanqueada por unas paredes de mármol. Cincelado en letras gruesas por encima de la puerta figuraba el nombre de EL BALNEARIO.

Senlin no tenía intención de dilatar en exceso la despedida, pero, en cuanto puso el pie en el primer escalón, Ceph estiró el brazo y lo retuvo por el codo. De pronto, el joven se puso serio para confesarle:

—Sé que todo esto ha llegado a abrumarlo un poco más de la cuenta. Para serle sincero, creo que le he fallado con mi intervención. En cambio, usted ha actuado con toda la naturalidad del mundo. Lo admiro. Antes mi ambición era ser yo el registrador. Pero, después de esto, dudo que tenga el nivel necesario.

—Bien, pues buena suerte —le respondió Senlin con sequedad, sin comprender por qué de pronto el odioso asistente se deshacía en halagos y le revelaba sus aspiraciones profesionales.

—Lo que quería preguntarle es… ¿cree que me adaptaría mejor al papel de enfermero? ¿Cree que ese personaje sería más adecuado para mis habilidades? Es un papel que suele adjudicársele a una mujer, pero las posibilidades de…

—¿Papel? —lo interrumpió Senlin—. ¿A qué se refiere? ¿Es un actor?

Ceph no pudo disimular su regocijo; se mordió el nudillo y se ruborizó.

—Ay, señor Senlin, qué generosa crítica. ¡Le aseguro que me ha alegrado el día!

SEGUNDA PARTE

El Balneario

Capítulo uno

> La Fuente del Balneario puede alisarle los codos a una anciana decrépita, puede sanar tanto los músculos torcidos como los corazones lastimados, y puede acabar con los tics más insistentes. Todo aquello que provoca inquietud caerá en el olvido.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* IV. III

Un grupo de muchachas que charlaban jovialmente, ataviadas con vestidos de fieltro y sombreros de ganchillo, venía tras él por las escaleras sinuosas. Estas convergieron primero con otras y, poco después, con un tercer tramo, hasta que llegaron a una confluencia amplia, donde los peldaños de mármol rosáceo alcanza-ban la anchura de un edificio. Los pasos de los turistas que subían sonaban como una lluvia insistente, evolucionando desde un repiqueteo arrítmico hasta un redoble atronador. Senlin solo era uno más entre los miles de personas que transitaban hacia la siguiente planta.

La *Guía popular* llamaba al Balneario «la enfermera de la hu-manidad», pero la fe que Senlin tenía en ese libro ya no era la misma de antes.

El paso por la jaula le había agarrotado las articulaciones. Las piernas le ardían y le temblaban. Cuando salvó el último escalón, sintió el deseo de dejarse caer al suelo, pero, sencillamente, no disponía de suficiente espacio. Sin que tuviera ocasión de recobrar el aliento, se vio empujado hacia una de las muchas colas que había dentro de la colapsada estación de aduanas. Los ladrillos de porcelana blanca destellaban bajo la luz de gas que irradiaban, desde el techo, las arañas de bronce. Unos guardias uniformados de azul marino ron-daban el acceso y escudriñaban la multitud. Colgados del cinturón portaban una porra y un estoque. Aunque la visera de cuero negro de su gorra azul les tapaba los ojos, Senlin podía sentir que lo observaban, a él y a todo el mundo.

Al fondo de la inmensa sala, unos cien metros más adelante, se levantaba una hilera de cabinas de aduana embarrotadas y robustas como piedras de molino. Senlin tenía la certeza de que esa era la única vía de entrada al Balneario. Y eso significaba que Marya había pasado por allí recientemente, o bien pasaría dentro de poco. Después de haberse visto atrapado en los pasillos laberínticos del Salón, lo aliviaba hallarse de nuevo ante un camino bien definido.

El letrero prominente que colgaba sobre las cabinas indicaba que se aplicaría un arancel del cinco por ciento sobre todos los tipos de bienes y de monedas. Un segundo cartel prometía que aquellos que intentaran pasar mercancía de contrabando conocerían sin dilación las debidas consecuencias legales.

El turista que caminaba a su lado lucía una peluca alta, tan blanca como el talco y orgullosa como una vela mayor; su equipaje parecía limitarse a un bolso de piel de caimán desprovisto de cierre por el que un caniche diminuto miraba y gañía. La extravagancia del hombre, sin embargo, no llamaba la atención. Entre la multitud abundaban las personas acaudaladas y excéntricas. Llevaban quitasoles bordados y bonetes de crepé, bastones negros recubiertos de espinas y relojes de bolsillo fabricados en oro. Aunque vestía mejor, el comportamiento de aquella multitud no difería mucho de la del Mercado. Las decenas de recién llegados se mostraban agresivos, obstinados y distantes. Si no se apretaba contra la persona a la que tenía delante en la cola, enseguida llegaba un avispado oportunista que se encajaba en el hueco. Una mujer que cargaba con una voluminosa jaula para pájaros tapada con una tela estuvo a punto de arrollarlo cuando le arrebató el sitio de pronto. Al sentirse arrinconado, Senlin empezó a angustiarse. Hundió las manos en los bolsillos del abrigo para vencer el impulso de morderse las uñas, una costumbre compulsiva a la que no sucumbía desde hacía tiempo.

No conseguía dejar de pensar en Edith, en su mirada agónica, en la cuenta sádica de la enfermera y en el repugnante y aun así familiar olor de la carne abrasada. La había abandonado. Ella lo había querido así, pero no por eso se consideraba menos culpable. Su conciencia se lo echaba en cara: «La has abandonado porque tenías miedo. La has abandonado porque hacía que te sintieras incómodo». Y era verdad.

Por otro lado, ¿qué otra cosa podía haber hecho? ¿De qué le habría servido quedarse y que lo marcaran y lo expulsaran a él también? Aun así, si en alguna otra enfermería otro hombre había abandonado a Marya como él había abandonado a Edith, jamás perdonaría a esa sabandija.

Por primera vez en su vida, debía afrontar una terrible verdad sobre sí mismo. Sí, era introvertido, se ponía nervioso a la mínima y, a veces, incluso podía pecar de mojigato, pero estos no eran sus peores defectos. Era un cobarde. La Torre se lo había demostrado. Era un cobarde, y Edith había tenido que pagar por ello.

Después de tres horas arrastrando los pies y fustigándose a sí mismo, al fin Senlin llegó a la cabeza de la cola. Solo tenía que esperar a que la mujer descarada de la jaula para pájaros terminara de responder al interrogatorio automatizado del agente. «¿Trae consigo algún tipo de mercancía perecedera? ¿Tiene pensado conseguir un empleo durante su estancia en el Balneario?». Todo fue bien hasta que el agente le pidió que destapara la jaula. La mujer rezongó. El hombre tuvo que insistirle. Ella se negó en redondo arguyendo que el pájaro que traía se asustaba con insospechada facilidad y que ella era una dama muy bien posicionada cuyo marido ostentaba un poder político prácticamente sobrenatural. El humor del agente se agrió de forma visible, y la visera negra de la gorra se combó sobre sus ojos como si hubiera fruncido el ceño.

Tras recibir algún tipo de aviso sutil, apareció otro agente, el cual le bloqueó el paso a la mujer. Este nuevo guardia no se anduvo con miramientos y retiró sin más la tela que tapaba la jaula, adornada con un precioso patrón floral. El hombre no se sorprendió en absoluto al comprobar que debajo no había ningún pájaro. La jaula estaba atestada de billetes. Debía de contener cientos de minas, una pequeña fortuna. Senlin no pudo evitar quedarse boquiabierto.

De inmediato, la mujer dejó a un lado su altanería para adoptar una actitud aduladora. Hizo aletear unas pestañas definidas de forma exagerada mediante una máscara de carbón y contoneó

las caderas marcadas con aire coqueto. La escena era grotesca. Impasible, el guardia la tomó del brazo y se la llevó de allí. A medida que se alejaban, la mujer empezó a subir la voz, cada vez más desafinada por el miedo. Al imaginarse el castigo que le impondrían, a Senlin se le erizó el vello.

A continuación, lo empujaron para que se acercara a la cabina, donde el agente le preguntó si tenía algo que declarar. Sin el menor titubeo, se sacó las monedas que llevaba en los bolsillos y se quitó las botas para poder extraer el fajo fino de billetes anchos que ocultaba en ellas. Extendió ante sí su lamentable tesoro: seis minas y veinte siclos en total. Obediente, depositó el cinco por ciento en la mano abierta del empleado. Cuando este le dijo que le permitiera inspeccionar el macuto, accedió al momento.

Su copia de la *Guía popular* se deslizaba de un lado a otro por el fondo de la bolsa, en la que no portaba nada más.

—Me robaron —explicó.

La información no pareció conmover al adusto agente. Con un breve meneo del mentón, le ordenó que cruzara las puertas del final del túnel. Sintiéndose como si acabara de dejar atrás el tumulto de una revuelta popular, Senlin avanzó dando tumbos, hasta que se encontró con la fragmentada luz solar del Balneario.

La luz era, sencillamente, cegadora. Senlin necesitó unos momentos para hacerse una idea de cómo habrían encauzado los rayos del sol hacia la caverna que albergaba la ciudad del Balneario. Por lo alto de la cámara, unas canalizaciones rectangulares vertían la luz hacia el interior.

—Esos conductos deben de medir decenas de metros —masculló.

Dio por hecho que se necesitaría una complejísima red de espejos para llevar a cabo semejante proeza. También contribuían a la dispersión de la luz incontables esferas reflectantes, algunas de ellas tan grandes como una carroza, que colgaban del techo alto pintado de azul. El efecto le recordaba el modo en que la luz del sol alumbraba las cuevas de la playa al rebotar en el agua. Todo destellaba y ondeaba. Era precioso.

A ambos lados de la avenida adoquinada, se erigían multitud de edificios de tres y cuatro plantas, entre los que apenas quedaba espacio para que corriera una callejuela. Las fachadas de colores apastelados concluían en unas elaboradas cornisas blancas, lo que les confería el aspecto de un pastel adornado. Había teatros, salones de baile, restaurantes y hoteles. Los turistas iban vestidos a la moda de sus respectivos lugares de procedencia, unos con chaquetas cortas y calzones de montar, otros con elaborados kimonos y otros tan solo con togas y sandalias de cuero. Y pese a la llamativa elegancia de los transeúntes, de vez en cuando Senlin se fijaba en la espalda desnuda y en la cabeza afeitada de los capachos que, con el cuerpo encorvado, caminaban arrastrando los pies bajo el peso de las cestas de yute. Los agentes de las aduanas vigilaban a los pobres esclavos a la vez que los conducían por entre la riada de turistas adinerados, que se disgregaban al toparse con ellos como si temieran que les contagiaran alguna enfermedad. Senlin cayó en la cuenta de que no se había encontrado con ningún capacho en el Salón. Se preguntó cómo habrían hecho para llegar a la tercera planta sin que se los viera. Después se acordó de cuando Goll le comentó que la Torre contaba con algunas puertas traseras.

Tal vez los capachos se movieran por alguna ruta secundaria. Dudaba que fuera un camino muy agradable.

La amplia avenida terminaba en un estanque perfectamente redondo y tan azul como un zafiro. El tamaño de la balsa impactaba, y Senlin se preguntó si el agua procedería de los profundos acuíferos que había por debajo de la Torre, o si vendría de las nubes que envolvían de manera permanente las plantas más elevadas. Alejados de la orilla se congregaban los juncos de semillas blancas y vellosas. Las bandadas de flamencos sonrosados se atusaban el plumaje y graznaban entre las hierbas altas. En el centro del estanque una torre ascendía en espiral hacia el techo, estrechándose como la concha de una caracola a medida que ganaba altura. Una profusión de jacintos y enredaderas asomaban por los portales y las ventanas, y se agarraban a cuanto tenían a su alcance. El vapor se arremolinaba entre la vegetación. Unos puentes peatonales de hierro forjado partían de la torre vaporosa y la conectaban con la orilla. Los letreros que se arqueaban por encima de los puentes anunciaban: UN SICLO POR VISITAR LAS CONOCIDAS TERMAS DE LA FUENTE.

El estanque, sin duda la principal atracción, estaba rodeado de casetas donde cambiarse de ropa. La adoquinada orilla artificial se encontraba llena de bañistas de todas las edades. Distribuidos por la balsa, más profunda en la región central, unos hipopótamos mecánicos abrían y cerraban las fauces, proyectando chorros de agua desde la garganta para regocijo de los tropeles de niños.

Esa sí que era la Torre prodigiosa que Senlin esperaba ver, ¡el escenario perfecto para una luna de miel! Había subestimado la sordidez y el peligro de los circunreinos inferiores, pero también había subestimado la belleza del Balneario. ¡Era una maravilla! Le habría gustado, no obstante, poder compartir ese momento revelador con Marya. Le habría entusiasmado verlo.

Caminó por la orilla, zigzagueando entre los excursionistas, las tumbonas y los bungalós. En el aire se percibía un fuerte olor a jabones de toda índole. Las fragancias le irritaban la nariz. La costumbre hizo que se fijara en todo lo que fuera de color rojo, pero era absurdo creer que Marya siempre llevaría puesto el salacot y, de hecho, hasta podrían habérselo robado. Quería imaginar que en esos momentos estaría alojada en la *suite* de algún hotel, instalada con todas las comodidades y esperando paciente, o incluso que en ese mismo instante se hallaría en una terraza, oteando la costa plácida, pensando en él. Tal vez había encontrado un piano y estaba deleitando a los otros visitantes con sus interpretaciones enérgicas y su voz escalofriante…

—¡Esa cara es la de alguien que necesita una buena bienvenida! —El festivo hombre de voz grave sobresaltó a Senlin. Cuando bajó la vista, se dio cuenta de que se había arrimado a una tumbona de tablillas ocupada por un bañista corpulento de pecho robusto—. ¡Bienvenido al Balneario! —El hombre estaba bronceado y solo llevaba puesto un bañador rojo y unas gafas de cristales ahumados. Una barba morena rematada en dos puntas resaltaba el gris férrico de su melena. Tenía un aspecto sano y atlético para alguien de su edad. A Senlin lo intimidaron un tanto su pecho y sus hombros anchos, aunque su sonrisa le pareció más afable—. ¡Y esa es la mirada de aturdimiento de alguien que acaba de salir de la casa de los monos! —Se estremeció de forma exagerada—. El Salón es un lugar espantoso.

Pese a la creciente desconfianza que le suscitaban los visitantes de la Torre, Senlin sintió que de pronto germinaba una cierta camaradería entre él y el gigante sonriente. Le hizo la pregunta

que no había dejado de atormentarlo desde que se despidió de Ceph al pie de las escaleras del Salón.

—¿Son todos actores?

—No lo sé. Puede que no sean más que unos gazmoños. Aunque ¿qué más da? Ellos son unas alimañas y usted ya se las ha quitado de encima. Bueno, al menos, físicamente; porque puede que necesite una botella de vino para purgarse espiritualmente o, si arrastra un trauma demasiado profundo, un par de semanas en los baños de vapor.

Senlin señaló el obelisco de la fuente con el mentón huesudo.

—Las vistas son increíbles, pero no creo que llegue a quedarme tanto tiempo.

—Ah. No, yo tampoco. Me marcho mañana. ¡De vuelta a casa! —El gigante le describió de forma sucinta el trabajo que realizaba en la mina, principalmente en las Montañas de Cian, al norte, aunque, teniendo en cuenta su aspecto, Senlin no se lo imaginaba pasando largas horas en las entrañas de la tierra, buscando destellos en la oscuridad. Más bien, parecía de los que contaban el oro, y no de los que lo extraían—. Y usted, supongo, debe de ser… —el gigante lo miró de arriba abajo para evaluarlo— ¿empleado de funeraria?

Senlin se rio.

—Dirijo una escuela.

—¡Claro! ¡Y va todo enlutado porque ha perdido la inocencia de la juventud! —Su vozarrón sonó entre respetuoso y festivo; Senlin no tardó en comprobar que era un tono que empleaba a menudo, un retintín irónico—. Un hombre de letras. ¡Eso está bien! Hace meses que no mantengo una conversación medianamente lógica con nadie. Aquí todo el mundo es o demasiado estrecho de miras o demasiado astuto como para dejar escapar una palabra sincera. Nada me gustaría más que disfrutar de una charla coherente. Veámonos esta tarde en el Café Risso para tomar un té o una copa, o para cenar, o para lo que quiera que hagan ustedes los eruditos. —El local, según le indicó el hombre, se ubicaba en la orilla que quedaba a sus espaldas—. El servicio se toma su tiempo, pero los caracoles están deliciosos.

Aunque Senlin dudaba que le conviniera comprometerse a nada por si se encontraba con Marya en las próximas horas, el jovial titán no quería oír ningún tipo de excusas, y además le prometió que la velada resultaría, en el peor de los casos, educativa, y en el mejor, muy agradable. Al cabo, Senlin aceptó la invitación y, antes de despedirse, se presentaron formalmente.

Senlin le estrechó la mano a John Tarrou, que profirió una risa estentórea cuando le pidió que le recomendara un hotel.

—Son todos iguales, director. Todos están infestados de las mismas polillas lujosas que nunca se cansan de comerse el dinero de uno. ¡Tendrá que solicitarle más fondos a su banco antes de pedir una habitación con vistas!

Animado por el encuentro con el amigable Tarrou, Senlin se fue a buscar a Marya. Enseguida decidió centrar sus esfuerzos en los numerosos hoteles y en el portal de las aduanas. Si ya se encontraba allí, habría ocupado una habitación, y si todavía estaba atrapada en las entrañas de la

Torre, la única forma de escapar que tenía eran las cabinas de acceso al Balneario. De ese modo, podría verla tanto si entraba como si salía.

De nuevo, lamentó no haber reservado un hotel con antelación. Ahora no le quedaba otra opción que hacer una batida por la panoplia de hoteles. Habría unos sesenta en total. Además, tendría que llevar a cabo la búsqueda con toda la discreción posible. No podía revelarle a nadie de buenas a primeras que había perdido a su esposa. No se había olvidado del consejo de Finn Goll, según el cual debía ver sin que pareciera que miraba. No quería llamar la atención de los ladrones ni de los vendedores ambulantes. Incluso Tarrou, por muy accesible que pareciera, tendría que ganarse su confianza.

Así, ideó un método subrepticio para determinar si Marya se hallaba en esos momentos en un hotel en concreto. Se dirigía al conserje como si pretendiera registrarse y solo necesitara que le confirmaran si su esposa, que había regresado más pronto de lo esperado de una función de teatro, se había encargado ya del trámite. Una vez que el conserje volvía y le comunicaba que en sus registros no figuraba nadie con su nombre, Senlin se fingía desconcertado y preguntaba: «¿Este no es el Hotel Montgrove?», muy consciente de que no lo era porque acababa de interpretar el mismo papel allí. De esa manera, el conserje le informaba dónde estaba en realidad y le daba las indicaciones oportunas, convencido de que Senlin no era más que otro turista despistado que, aunque se había equivocado de hotel, seguía sabiendo dónde se encontraba su esposa.

No tardó en peinar una veintena de hoteles. Aunque no descubrió el menor rastro de Marya, el buen pie con el que todo había empezado lo consoló. El proceso le llevaría mucho tiempo, de manera que debía ser paciente.

Estaba en una calle flanqueada por varios hoteles cuando un carillón hizo sonar una melodía agradable para después dar las cinco. Al acordarse de la cita con John Tarrou, regresó al Café Risso notando que cada vez tenía más apetito. Hacía días que no comía como era debido, por lo que le atraía la idea de echarse algo decente al estómago. Además, confiaba en que aquel hombre que parecía sentirse como en su casa en el Balneario le proporcionara alguna información de valor.

Encontró a Tarrou sentado en una de las mesas de hierro forjado que había en la terraza del establecimiento, con una botella de vino y una copa ante él. Delimitada por una valla baja, la terraza albergaba un archipiélago de mesas y sillas hechas del mismo metal. Varios comensales solitarios contemplaban absortos el estanque, cuyas aguas comenzaban a teñirse de naranja y de púrpura por la refracción del sol poniente. No muy lejos, un pintor trabajaba de pie en su caballete, mezclando los distintos colores en la paleta. Parecía la hora perfecta para detenerse a meditar.

Senlin saludó a su nuevo amigo, que combinaba una camisa de un amarillo canario con el bañador rojo. Su estilo extravagante divertía a Senlin, aunque aquí no desentonaba; todos vestían de igual modo que los actores de una compañía teatral itinerante.

Tarrou lo miró con aire distante, como si fuera un desconocido que se había parado delante de él. Senlin se sintió abochornado. Había tomado la cortesía del hombre por una muestra sincera de

amistad. Ya se lo había advertido Goll: nadie tiene amigos en la Torre. Había sido un necio al pensar otra cosa.

Senlin se disponía a regresar a la calle de los hoteles cuando de pronto Tarrou salió de su trance.

—¡Director! ¡No, no se marche! Es solo que me ha cogido por sorpresa. Estaba en las nubes. —Se frotó la cara vigorosamente—. Rebarros, ¡esta luz espectral lo hipnotiza a uno!

Tarrou convenció a Senlin con unas palabras amables para que ocupara la silla de enfrente, equilibrando una sonrisa sobre las puntas de su barba negra. Una muchacha ataviada con un mandil rojo se presentó con una segunda copa. Tarrou pidió con aire afectado la cena de ambos, aprovechando para coquetear con la camarera. Solicitó caracoles con cordero, patatas y una guarnición de dátiles guisados, y a continuación puso boca abajo la botella vacía por encima de su cabeza y dijo: «Se me va a secar la sesera», con lo que le robó una risita a la muchacha, que regresó momentos después con una botella por descorchar.

Pronto la luz solar redirigida se atenuó y fue sustituida por el resplandor plateado de la luna, mucho más pálido. A Senlin se le había calentado la cara por efecto del vino, y el estómago se le había hinchado debido a la comida exquisita. Cuando hubieron vaciado los platos y les hubieron traído otra botella de oporto, orientaron las sillas hacia las aguas oscuras, que destellaban como un ónice resquebrajado. El pintor recogió el caballete. Los faroles de gas que bordeaban las calles y los puentes peatonales fueron encendidos. La música de los distintos salones de baile se entremezclaba en la distancia. La risa de una mujer resonó procedente del balcón del hotel que había detrás de ellos. Una vez más, Senlin deseó tener a Marya a su lado, aunque, si estuviera allí, lo más probable era que lo levantara de la silla y se lo llevara a rastras al salón de baile más cercano.

Si bien mientras cenaban la conversación se había visto eclipsada por el hambre que ambos tenían, en ese momento empezaron a conversar con la distensión de dos viejos amigos.

—¿Y no hay pavos reales? —preguntó Senlin.

—Hay dos flamencos por cada hombre, y miles de pinzones, papagayos, golondrinas y palomas, y dicen que hay alguien de costumbres excéntricas que saca a su dodo de paseo llevándolo atado con una correa. Pero nunca he visto un pavo real.

Senlin se rio.

—Conozco a alguien que aseguraba que aquí había pavos reales.

—Yo suelo recelar de la gente que habla con mucha seguridad. Sé de algunos hombres que dicen que, sin la menor duda, la Torre se compone de cuarenta y seis circunreinos. En ocasiones, hasta han defendido esa certeza con los puños. —Tarrou chasqueó la lengua—. Y también he conocido a algunos aeronautas de apariencia sincera que juraban que la Torre solo consta de treinta y dos circunreinos. —Se dio un golpecito en la nariz—. Pero yo sé cuál es la verdad: la Torre solo es tan alta como el hombre que sube por ella.

—¡Por la incertidumbre! —exclamó Senlin a modo de brindis, y Tarrou levantó su copa—. No hay pavos reales, pero al menos hay corderos. Esta ha sido una de las chuletas más tiernas que he probado nunca.

—En el Balneario no hay sitio para corderos, a menos que cuente los rebaños de damiselas que van por ahí con esas espantosas pelucas de lana. ¡Ya las habrá visto! Todas ellas, puede creerme, están comidas de piojos.

Tarrou pasó a explicar que los alimentos que se estropeaban antes se subían en dirigible, el cual también era el medio de transporte predilecto de los turistas.

—Solo los más aventureros y ahorradores suben por la Torre a pie —añadió, haciendo que Senlin fuera más consciente de lo poco que ganaba en realidad. Supuso que para Tarrou (del que en ese momento sabía que poseía tres minas, una de ellas dedicada a la extracción de esmeraldas) enseñar a los niños a leer, a escribir y a multiplicar era una forma muy humilde de ganarse la vida—. No ponga esa cara, director. ¡El cordero vuela mientras usted sube a pata! Pero usted no es un cordero. Usted tiene arrojo e ingenio. ¡Aquí todo el mundo es más débil, más tonto y más pobre de lo que finge ser! Son todos criadores de cerdos y tenderos vestidos de reyes. —Tarrou se envolvió la cabeza con la servilleta a modo de turbante. Senlin se rio.

—Lamento que se marche, Tarrou. Sienta bien verse en buena compañía.

—¡Ah! Así tiene que ser. A decir verdad, ya hace tiempo que debería haber vuelto a casa. Mi esposa habrá vendido todas mis pertenencias.

—¿Está casado? —se sorprendió Senlin.

—Desde hace veintiocho…, no, veintinueve años. Aunque, entre nosotros, no se me hacen más de treinta. Es una mujer muy paciente, pero ya la he hecho esperar demasiado.

El hecho de que estuviera casado hizo que Tarrou se ganara aún más la simpatía de Senlin, aunque se preguntó por qué un hombre que se encontraba en el apogeo de la mediana edad iba a venir al Balneario sin su esposa. Separarse de esa manera parecía poner en duda el amor y el matrimonio. ¿Para qué casarte si después vas a recorrer las maravillas del mundo en soledad?

Por otro lado, Senlin debía admitir que eso era precisamente lo que él estaba haciendo.

Capítulo dos

> El único peligro es el de que uno se relaje tanto que se quede dormido mientras se está dando un baño. Para evitar ahogarse de forma accidental, vaya acompañado o entable una nueva amistad.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* IV. IV

Los días pasaban.

Poco a poco, se estableció un nuevo horario, algo que Senlin agradeció. Las mañanas las dedicaba a indagar con discreción en los registros de los hoteles en busca de algún rastro de Marya. Cada vez que se angustiaba, se recordaba a sí mismo que era una mujer de recursos, que él era muy paciente y que la Torre tenía un final. Se refugiaba en la *Guía*, el único libro que llevaba encima. Se sumergía en sus múltiples tópicos a fin de recibir algún consejo práctico, sin tener nunca demasiada suerte. Lamentaba no contar con más libros. Cuando no hallaba consuelo de esta manera, se animaba con una copa de vino.

Los días pasaban.

No había transcurrido mucho tiempo cuando sus pasos lo llevaron por detrás de los hoteles y de las galerías con aspecto de pastel, en dirección a los callejones donde residían los botones, las doncellas y los vendedores ambulantes. Las viviendas de estos barrios apiñados no eran chabolas exactamente, aunque compartían una arquitectura más humilde y, a menudo, destartalada. Los postigos colgaban desa-lineados de las ventanas desprovistas de cristales, y las cuerdas de los tendederos parecían suturar el recorrido de las callejuelas. Los olores de los habitantes cargaban el aire. Allí la luz del sol llegaba aún más atenuada, lo que permitía que los líquenes se extendieran por las paredes de yeso y por los adoquines, confiriéndoles un tacto resbaladizo y blando y un color entre verdoso y ceniciento.

Entre los bloques de viviendas había distintas casas de huéspedes donde era posible ocupar una habitación durante solo unos días y, además, sin necesidad de reservarla con mucha antelación. Efectuar un registro por ese tipo de alojamientos era más arduo porque estaban desorganizados, saturados y, con frecuencia, regentados por propietarios sospechosos y poco dados a ayudar. Senlin sentía que llamaba la atención y que no era bien recibido en los callejones del Balneario, por lo que pronto encontró muchas razones para dejar de buscar en ellos. Al fin y al cabo, dudaba que Marya se hubiera visto obligada a cobijarse en un lugar tan lúgubre e inseguro.

Los días pasaban, y el trauma del Salón comenzaba a menguar en su memoria. Casi se había convencido de que Edith se había recuperado y de que había conseguido volver a casa. No faltaba mucho para la cosecha de otoño. La General, quería pensar él, le había ganado el pulso a

la alergia y reconquistado su puesto de mando. Siempre llevaría esa cicatriz, la marca del Salón, pero disfrutaría de una vida larga y plena lejos de la sombra de la Torre.

Salió con el almuerzo por el portal de las aduanas, donde era más o menos fácil pasar desapercibido entre la oleada de turistas. Desde su primer encuentro con los agentes de las cabinas, siempre había procurado no llamar su atención. No resultaba sencillo; los guardias, con sus uniformes azul marino, estaban por todas partes. Marchaban a las órdenes de alguien a quien llamaban el «comisario», del que todo el mundo hablaba, pero al que pocos habían visto en público. Por lo demás, el reglamento suponía un enigma para él. A decir verdad, le gustaría que siguiera siendo así. La *Guía popular* no decía nada de relevancia sobre las normas del Balneario, pero se consolaba creyendo que este circunreino era más civilizado que el Sótano y que el Salón. No quería encontrar ninguna prueba de lo contrario.

Pero de las pruebas, como pronto descubriría, no se podía escapar.

Por las tardes salía a cenar con Tarrou. Este había incumplido su promesa de marcharse al día siguiente, y Senlin no tardó en comprender que era una especie de homenaje cotidiano que le rendía a su esposa; Tarrou siempre lo tenía todo listo para volver ya a casa.

Senlin seguía sin confiarle la situación en que se hallaba, aunque cada vez le parecía más absurdo. Aun así, nunca se veía del todo preparado para confesarle que tenía una esposa y que la había perdido. Quizá tanto celo por la discreción estuviera empezando a obsesionarlo. Quizá para él fuera una bendición que Tarrou no supiera nada. Mientras no le hablara de Marya, podrían seguir riendo, discutiendo, filosofando y bebiendo. De no ser por esos momentos de evasión, Senlin tendría que afrontar el temor que no dejaba de crecer dentro de él. El temor que ya era tan obstinado como una mancha de vino y tan penetrante como una corriente glacial. ¿Y si Marya no estaba en el Balneario? ¿Y si había logrado volver a casa sin necesidad de un billete de tren? ¿Y si estaba herida, o encerrada, o algo peor aún…?

Pero el temor siempre se disipaba en el Café Risso, donde las carcajadas irónicas de Tarrou no conocían rival.

Cuando el gigante no estaba en la cafetería, a menudo se le podía encontrar arrellanado en la tumbona que solía alquilar en la orilla, no muy lejos de donde un hipopótamo mecánico eyectaba su elegante chorro de agua.

—Hoy no es buen día para viajar, director. Sopla viento del norte. Si intentara volver a casa por aire, acabaría en el Polo Sur —dijo Tarrou con los ojos ocultos tras las gafas oscuras. El resplandor delicioso del sol vespertino parecía verse aumentado más que reflejado por las esferas especulares que rotaban por encima de ellos. Senlin llevaba más de dos semanas deambulando por el Balneario y seguía sin acostumbrarse a la luz fragmentada y a cómo se atenuaba cada vez que las nubes pasaban, sin ser vistas, por encima del sol—. ¿Ya ha acabado con sus misteriosos recados, o con sus baños o lo que sea eso en lo que malgasta sus días?

—Solo salgo a pasear un poco. —Senlin agitó una mano ante su cara, restándole importancia a la cuestión. En realidad, dudaba que Tarrou sintiera verdadero interés; el gigante se conformaba con tomarle el pelo.

Senlin le pagó medio siclo a un recadero para alquilar la tumbona de tablillas contigua a la de su amigo. Vestido con su largo abrigo negro, llamaba la atención entre los turistas que solo

llevaban el bañador, aunque había otro caballero vestido de forma inadecuada que se agitaba intranquilo no muy lejos de ellos. Tarrou lo señaló discretamente con la cabeza.

—Lleva así toda la mañana. Creo que ha llegado usted a tiempo para ver el final de esta pequeña tragedia —dijo el gigante.

El hombre en cuestión era mofletudo, de mediana edad y lucía las insignias absurdas de un almirante: charreteras cosidas en oro, faja morada y tricornio. El orondo y engalanado hombre caminaba en círculos junto al estanque, más como un ratón acorralado que como un oficial militar.

—Está sin blanca, siempre les pasa igual… Y ha acabado hasta el cuello de deudas —dijo Tarrou entre dientes—. Aun así, conserva su disfraz más ostentoso. Ahí tiene su pavo real, director. Pero fíjese…

Momentos más tarde, se le acercaron seis agentes de aduanas. Las porras y los estoques se columpiaban en sus anchos cinturones lustrados. El último de los guardias traía a rastras un cesto lleno de carbón. Los agentes rodearon al mercader, que sin dilación se puso a balbucir algo sobre la deficiente aplicación de la ley, sobre los contactos poderosísimos que tenía y sobre un revés del destino. No paraba de brincar ahora sobre un pie y después sobre el otro, con los brazos levantados, como si intentara bailar un vals con los agentes dispuestos en círculo. Impasibles, estos lo apresaron y empezaron a desvestirlo sin miramientos. Horrorizado, Senlin fue a intervenir, pero Tarrou se apresuró a sujetarlo del brazo para mantenerlo anclado a la tumbona. El gigante se llevó un dedo a los labios y lo miró con dureza a los ojos para que tuviera cuidado.

Tiritando, sin más vestimenta que la sucia muda larga dada de sí, el hombre sollozaba mientras dos de los agentes le cortaban el pelo con unas tijeras de esquilar oxidadas para, a continuación, afeitarle la cabeza con una navaja mellada. Mientras trabajaban, otro de los guardias voceó el nombre del detenido, describió la naturaleza y el volumen exactos de sus deudas y anunció cuánto tiempo tendría que servir como capacho para regular sus cuentas: doce años. ¡Doce años! Toda una época de la vida de un hombre perdida. ¿Por qué? Por un descubierto en el saldo bancario. La pena parecía desproporcionada. El desdichado hombre gemía al ser juzgado, mientras de los cortes que le hacían en el cuero cabelludo manaban unos finos hilos de sangre. Emitida la sentencia, se invocó la autoridad del comisario y se procedió a colocarle un pesado grillete al cuello. Un tubo de hierro de quince centímetros pendía del grillete a modo de colgante. El agente enrolló la sentencia, la guardó en el cilindro y atornilló la tapa. Los guardias obligaron al nuevo capacho a levantar el cesto de carbón y se lo llevaron de allí.

—¿Adónde va? —preguntó Senlin.

—Hay un pasaje que no conoce más pies que los de los capachos. Lo llaman la Vena Vieja y serpentea por las paredes de la Torre, una trocha sin iluminación ni ventilación. Entraña más peligros, según tengo entendido, que cualquier mina que el hombre haya excavado. Rece por no llegar a verlo nunca. —Tarrou hablaba en un tono grave y adusto—. Ese pavo real al que acaban de desplumar no sobrevivirá doce años más. Incluso será difícil que sobreviva a esta noche. Apréndase bien esta lección, director Tom —dijo—. Tenga mucho cuidado con las deudas que contrae.

Senlin se encajó una uña entre los dientes.

—Pero estas cosas ocurrirán pocas veces, ¿verdad?

—Ocurren tantas veces como capachos hay.

Pese al claro recordatorio de que ni su tiempo ni su presupuesto eran infinitos, Senlin empezó a tomarse su búsqueda con menos urgencia. La belleza y la placidez del entorno tenían algo que anestesiaba sus temores y que hacía que lo ocurrido con el capacho pareciera escandaloso.

Días más tarde, completó la décima vuelta a los hoteles del Balneario. Muchos de los conserjes ya habían descubierto su estrategia hacía tiempo, y algunos ni siquiera se molestaban en seguir fingiendo que los había engañado. En cuanto lo veían aparecer, meneaban la cabeza con sequedad, con lo que Senlin procedía a probar suerte en la siguiente parada de la ya habitual ruta. Unas veces se entretenía bajo la ventana de una sala de conciertos para escuchar los juguetones estribillos de las bandas de metales. Otras, se quedaba absorto viendo a los niños retozar en la orilla y pensando en el nuevo curso. En esos momentos, tanto la escuela como sus funciones se le antojaban irreales e irrelevantes.

Perdió las ganas de leer. De vez en cuando seguía tomando la *Guía* entre sus prietos dedos huesudos, pero, aunque clavaba los ojos en la página con decisión, la mente se le iba por los derroteros más fantasiosos. Visualizaba el momento en que Marya y él se reencontrarían. Soñaba incontables versiones de la misma escena mientras daba vueltas por las inmediaciones de las aduanas, es-perando a que ella las cruzara moviendo los brazos con absoluta despreocupación, o con un libro pegado a la cara, o cantando alguna de las canciones que entonaba en la taberna de Isaugh. En algunas de las versiones chocaban el uno contra el otro como dos platillos, y ahí mismo, delante de todo el mundo, él la tomaba por el cuello y la besaba.

Mientras tanto, Tarrou seguía haciendo de amigo festivo. Su indulgencia resultaba contagiosa, si bien, siendo justos con él, el gigante no lo llamaría indulgencia. Lo llamaría razón.

—Hace tiempo que llegó al Balneario, ¿y todavía no ha visitado la Fuente? Eso es como escalar una montaña y negarse a contemplar las vistas, director. ¡Sea razonable!

Cuando al cabo Senlin cedió, pagó el siclo y se dirigió a la Fuente, descubrió que bastaba con pasar unos minutos acomodado en una bañera para que la cabeza se vaciara de todo pensamiento. Sus temores se habían evaporado sin más.

La Fuente, ese obelisco de jardín que se erigía en el corazón del estanque, era un auténtico milagro de la fontanería. El interior azulejado acogía una nube aromática tan espesa como la bruma del mar. Un entramado de tuberías y de canales trasladaba el agua por centenares de bañeras de mármol blanco, instaladas las unas sobre las otras como las escamas de una piña. Cuanto más arriba se encontraba la bañera, más le costaba al bañista alcanzarla. Era preciso trepar por las escaleras de mano, los alféizares y los escalones estrechos. El agua que se derramaba de una bañera saltaba a modo de casca-da hacia los niveles inferiores como en una gran pirámide de champán. La lluvia que formaban las rociadas y las salpicaduras era constante, pero, al mismo tiempo, agradable. De dónde procedía el agua y cómo se calentaba era un misterio que Senlin consideró en una o dos ocasiones. A nadie parecía importarle demasiado esa cuestión. Y, pronto, también él dejó de darle vueltas.

Sabiendo que la Fuente era un sitio que todo el mundo visitaba (al fin y al cabo, era el único lugar donde uno podía darse un baño caliente), Senlin miró en todas direcciones en busca de Marya, aunque con discreción y con los párpados luchando por cerrársele. Más tarde, cuando hubieron salido del obelisco y las brumas abandonaron su mente, se preguntó si su búsqueda era mejor que los esfuerzos que Tarrou hacía de boquilla por regresar con su esposa. ¿De verdad Marya iba a andar malgastando el tiempo en una bañera cuando estaba perdida en un entorno desconocido? ¿Estaría siquiera en el Balneario? Sabía muy bien que aún podría encontrarse atrapada en la pesadilla de los Mayfair, interpretando sumisamente a la mujer de otro. Quizá estaba tirada en medio de alguno de los riachuelos de cerveza que corrían por las cunetas del Sótano, o quizá había acampado en el mismo rincón del cambiante Mercado donde se separaron. Ojalá tuviera alguna manera de saberlo. Tendría que saberlo. Tendría que conocer mejor a su esposa.

En el alojamiento de Senlin no había ventana, ni lavabo, ni escritorio, y, aun así, la habitación estaba devorando sus recursos. Salir a cenar con Tarrou también suponía un gasto considerable, y después estaban los baños que se daba de vez en cuando.

Transcurrido un mes, calculó que solo podría permitirse permanecer allí diez días más, dos semanas si renunciaba a beber vino por la noche con Tarrou, algo que de pronto le pareció un tremendo contratiempo. La conciencia que empezaba a tomar sobre sus derechos lo horrorizaba. Pero así era la influencia de la Torre. Primero convertía los lujos en necesidades elementales y después conspiraba para suprimir las facultades que definían la felicidad, la dignidad y la libertad de los habitantes.

Esta metamorfosis perversa, este proceso de ser hoy turista, mañana miembro de la realeza y pasado capacho, lo mortificaba. Sus temores resurgieron con más fuerza que nunca. Pasó varios días sin poder dormir y, cuando al cabo cayó agotado, tuvo unos sueños horribles. Adormilado, vio cómo volvían a despojar al pavo real de su traje de almirante. Encorvado bajo el peso del enorme cesto de carbón, el infeliz se unió a la riada de condenados que ascendían por la escabrosa Vena Vieja. Durante el sueño, Senlin escrutó la procesión de capachos escuálidos y cojos en busca de Marya, deseando que su rostro apareciera y, al mismo tiempo, temiendo que su deseo se cumpliese.

Con las sábanas apelmazadas por el sudor, subió por la Torre infinita tras la fila de cabezas calvas y de espaldas abultadas durante semanas, durante años. Cuando al cabo el pavo real desplumado cayó al suelo, con el corazón exhausto y prominente como un tumor que se le hubiera enraizado entre las costillas, Senlin, olvidándose de que él no era uno de ellos, olvidándose de seguir buscando a su esposa y de lo mucho que extrañaba su hogar, se agachó y recogió la carga.

Capítulo tres

> Incluso la belleza merma ante una disección concienzuda. Es mejor mirar por encima que ver demasiado.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, IV. V

La campanilla que coronaba la puerta tintineó. La oficina de correos no era más grande que un armario, aunque alcanzaba la altura de un silo. El empleado, sentado tras la ventanilla embarrotada que había en medio de una pared de mármol lisa, parecía un montoncillo de polvo recogido con una escoba. El cuello de la camisa, aun abrochado hasta el último botón, le bailaba en torno al cuello enjuto. Estaba tachando algo con afán, y con la pluma producía un ris-ras-riiis insistente y chirriante. Aparte de un atril de madera para escribir, en la oficina no había nada.

Senlin le pidió al empleado un papel y una pluma. La solicitud interrumpió la labor del funcionario, y Senlin vio a través de los barrotes que el hombre estaba garrapateando de forma sistemática las palabras de un folleto, avanzando hacia el principio después de haber empezado por la parte de atrás. En cuanto hubo guardado la moneda de Senlin y después de facilitarle el papel, reanudó su garabateo metódico y fastidioso.

Un tanto conturbado, Senlin se acercó al atril y comenzó a redactar una carta. No titubeó. Ya había escrito y corregido la misiva decenas de veces en su cabeza aquella mañana mientras yacía entre las sábanas apelotonadas.

> Estimada señora Olivet Berks:
>
> Sé que le alegrará saber que todo está bien y que estamos disfrutando de nuestra luna de miel en el Balneario. Los caracoles están deliciosos y hacen que recuerde con cariño los bígaros de casa.
>
> Es tanto lo que estamos disfrutando, de hecho, que hemos decidido prolongar nuestras vacaciones unas semanas más. Puesto que somos familia, le escribo para pedirle que me ayude a prevenir las eventualidades que puedan derivarse de mi regreso pospuesto. El nuevo curso comenzará dentro de cuatro semanas, por lo que le pido con toda humildad que recurra a su considerable influencia para que el pueblo elija a un sustituto adecuado que imparta las clases durante mi ausencia.
>
> Esta no es una carta de renuncia, sino tan solo la solicitud de un permiso adicional conforme a la buena voluntad de Isaugh. Regresaré con Marya antes de que termine la cosecha.
>
> Con todo el afecto de su primo,
>
> *Thomas Senlin*
>
> P. D.: Me consta que le aconsejó a Marya que rechazara mi propuesta de matrimonio, y no se lo tengo en

cuenta. Es un tesoro. Me esfuerzo a diario por ganarme la confianza de usted, para así poder ser siempre su leal amigo y servidor. T. S.

Plegó la carta, le añadió la dirección y la cerró con el sello de cera de la oficina. Le pagó un siclo más al funcionario con aspecto de montoncillo de polvo para que cursara el envío. De nuevo, el hombre interrumpió su garabateo para guardar el dinero y dejar caer la misiva por una rendija de la pared que tenía a sus espaldas y, sin perder un segundo más, continuó trabajando en el folleto ennegrecido.

Al ver la carta perderse rendija abajo, Senlin temió que el conducto desembocara en una gran fogata y que él nunca llegara a saberlo. Tomar conciencia de lo impotente que era hizo que de súbito brotara en él un profundo resentimiento y, sin saber muy bien por qué, dijo:

—Le pagaré otro siclo por ese libro que está destrozando.

El empleado se encogió de hombros y deslizó el folleto emborronado por debajo de los barrotes sin molestarse en decir nada.

Cuando volvió a salir a la calle, Senlin retomó su ruta habitual y se puso a leer el folleto por el camino. Concentrado en la lectura, no paró de andar hasta que el texto lo absorbió tanto que no le quedó más remedio que alejarse de la impaciente riada de transeúntes y sentarse en uno de los bancos de la orilla. Allí terminó de leer lo que esperaba que fuera una obra de ficción sensiblera. Algo así no podía ser verdad.

Confidencias de un esposista, Anónimo

Un esposista es, explicado en términos sencillos, un hombre que identifica, aísla y adecenta a las mujeres que están listas para convertirse en esposas, a fin de entregárselas a los hombres adinerados que las soliciten. Un esposista competente no tendrá a su cargo ni menos de tres mujeres ni más de seis. Si son menos de tres, los caballeros echarán en falta un abanico de opciones más amplio, y si se acumulan más de seis, los aspirantes a marido sospecharán que se han topado con un harén.

Cómo identificar a la futura esposa

La Torre de Babel está llena de jóvenes desamparadas, pero siempre hay escasez de princesas. El esposista está siempre atento a los talentos esposiles de las masas femeninas. El esposista valora sobre todo tres dones esenciales en las contrayentes en ciernes.

Primer don: salud. La esposa debe ser fértil y no tener enfermedades, piojos ni deformidades. La fealdad, como es natural, también se considera una deformidad. Por mi experiencia personal, se estima que el setenta por ciento de la población femenina carece del primer don. Al amable lector no le sorprenderá saber que al noventa y cinco por ciento de los aspirantes a marido se los podría describir, con todo el respeto, de poco saludables.

Segundo don: integridad. La integridad no es tanto una característica positiva como la resistencia de una cualidad negativa. O, como se dice en nuestro gremio, «las buenas rameritas son malas espositas». Aunque, por supuesto, todo marido preferiría que se le asignara una mujer inmaculada, la esposa no tiene por qué ser virgen, siempre y cuando conserve parte de su inocencia, de su recato o, al menos, de su timidez. Las madres, cómo no, quedan descartadas del todo. Del género restante que ofrece Babella, una de cada dos mujeres será razonablemente íntegra. Los futuros maridos permanecen siempre íntegros, sin importar a cuántas parejas hayan partido por la mitad o despedazado por completo.

Tercer don: encanto. El encanto es tal vez el más esquivo de estos dones, y muchos esposistas han acabado arruinados por no haber sabido tasar el encanto de una mujer. Los esposistas principiantes a menudo creen

que el encanto se reduce al escote. Esta virtud, por mi experiencia, ha de entrañar una cierta dosis de misterio. Las mujeres encantadoras conseguirán que sus pretendientes se hagan preguntas sobre ellas. Si la mujer no suscita ninguna curiosidad en el hombre ni lo deja confundido, puede afirmarse que carece de encanto. Los hombres que menos encanto personal poseen son los que más aprecian esta cualidad en sus cónyuges.

Cómo aislar a la futura esposa

Una vez que el esposista ha identificado a un ejemplar nupcial de calidad, debe alejarlo de la influencia de la familia, de las amistades, de los compatriotas, de los compañeros de trabajo, de sus semejantes y de todo contacto con su entorno habitual. Este proceso, que recibe el nombre de «estabulación», da los frutos esperados sobre todo cuando el sujeto se halla en un estado de angustia. Los esposistas expertos nunca intentan separar a una futura esposa de su cónyuge ni de sus progenitores por la fuerza. En vez de eso, acechan a las mujeres que deambulan errabundas, a las que se han perdido, a las in-digentes y a las que están desesperadas.

Cuando se le ha dejado claro a la mujer que no tiene forma de escapar de la ruina, es mucho más fácil acabar con las pocas esperanzas que puedan quedarle. Si se le infunde el miedo suficiente, puede que ya ni siquiera haya que mentirle.

En ocasiones, sin embargo, podría no haber más remedio. Entre las mentiras más frecuentes están las de «Este hombre es un capitán de barco cuya ruta comercial lo llevará a pasar cerca de tu casa», «Este refinado caballero es un barón, o trabaja de registrador, o dirige un puerto, y te acogerá como a una hermana hasta que encuentres a tu familia» o «Tus seres queridos han contratado a este hombre para que regreses al abrigo de tu antiguo cuarto, que sigue tal y como lo dejaste, con las flores silvestres prensadas entre las páginas de las enciclopedias y con las alpargatas recogidas bajo la cama», entre otras muchas. Si se la engaña con el cuento de la caridad, a una mujer desesperada se la puede convencer para que se marche incluso con el personaje más ridículo, malformado y aburrido a su principesco cuchitril.

Cómo adecentar a la futura esposa

Evite el color rojo cuando vaya a comprar vestidos para las mujeres a las que tenga estabuladas. Es un color llamativo y denota una agresividad sexual que podría intimidar al varón seudofuncional. Huya también de los conjuntos blancos, pues denotan una mojigatería que no despierta la libido de los hombres que no son capaces de atraer a una compañera por sí mismos. Descarte igualmente el negro; sugiere severidad e independencia. Los azules, los rosas y los amarillos, en cambio, resultan más atractivos para el gusto atrofiado de los gnomos jorobados que se deciden a dejar atrás sus porquerizas y sus linajes innobles para asaltar a alguna muchacha inocente y desprevenida.

Si la futura esposa fuese de modales toscos, o se mostrara cohibida en la conversación, o tuviera una risa peculiar, haga todo cuanto esté en su mano por corregir amablemente tales rasgos. Es crucial que se gane su confianza y que aprenda todo lo posible sobre ella. El esposista domina el arte de la mirada fugaz y el elogio memorable. Dedíquele la velada entera. Hágale promesas elaboradas. Insista en esa elaboración hasta que acabe jurando por su vida y por su tumba. Evite a toda costa enamorarse de las mujeres de su establo. No olvide que es usted un hombre ruin, un monstruo más despreciable aún que los príncipes lascivos que se deslizan por la Torre de Babella como el excremento se escurre por la pata de un camello. Evite a toda costa enamorarse. La puerta que lleva a la ruina tiene forma de corazón y está enmarcada entre rosas de piedra.

El resto del folleto estaba todo tachado.

Era algún tipo de obra de ficción, seguramente; una especie de romance burdo escrito por un cínico al que su amada había rechazado. No había nadie que se dedicara a embaucar a las

mujeres indefensas para obligarlas a contraer un matrimonio infeliz. ¡Aquello era la Torre de Babel! Y, aunque sabía que también en ese paraíso había problemas, era en esencia, y en lo más hondo de su alma, un lugar civilizado. No, ese librucho era una invención, o bien el desvarío de una mente sin luces. Acaso el empleado de correos había tomado la decisión más acertada.

Senlin se guardó en un bolsillo el folleto del esposista y resopló con desdén.

Había sido una mañana muy productiva. No había disfrutado mintiéndole a la señora Olivet Berks (y aún le gustaba menos que la mentira hubiera quedado registrada por escrito para la posteridad), pero sabía que dar la voz de alarma en Isaugh no serviría de nada. Si en el pueblo se enteraban de que Marya se había perdido, enviarían una partida de búsqueda. Berks sería la primera en venir. Y todos se verían envueltos en el mismo caos que los había atrapado a Marya y a él. Solo Dios sabía cuántos acabarían secuestrados, o perdidos, o separados del resto, o engullidos de cualquier otro modo por el remolino del Mercado. No, sería absurdo seguir engrosando las listas de la sección de Extravíos. Lo único que podía hacer era dar con Marya por sí mismo y regresar antes de que los billetes de tren vencieran.

Se dirigía de nuevo al Hotel Le Gris para continuar con sus pesquisas cuando le llamó la atención una muchedumbre de actitud amigable que empezaba a concentrarse en torno a un cenador de la orilla. Un pendón negro desprovisto de adorno alguno colgaba de una barandilla blanca como una larga lengua bífida. Al suponer que una compañía teatral se disponía a representar alguna obra, Senlin se dejó llevar por la curiosidad y se acercó a la multitud creciente.

Dos hombres ocupaban el escenario del cenador. El más próximo al público era un muchacho, de unos dieciséis años, que llevaba puesto el mandil caqui que usaban los empleados del hotel. Salvo por su expresión de angustia, era un joven de rostro agraciado con un pelo espeso y negro como el petróleo. Tras él, un hombre de aspecto anodino y relativamente menudo jugueteaba con su camisa de lino blanco, distraído con lo que parecía una mancha roja cerca del puño. Panzudo y de miembros delgados, recordaba a una rana, y la boca ancha no hacía sino enfatizar esta impresión. Un voluminoso sombrero de paja le tapaba el resto de la cara. Su expresión tenía algo que extrañó a Senlin. Era demasiado recta y fija, como la mueca tallada de una gárgola.

—¿Ya ha empezado el espectáculo? —le preguntó Senlin a una anciana que había cerca de él, la cual forzaba la vista y estiraba el cuello en busca de una mejor perspectiva. La cofia almidonada revelaba que era lavandera.

La mujer lo miró solo durante el tiempo imprescindible para levantar la barbilla en un gesto de aversión.

—Muestre más respeto.

—Lo siento. ¿Quiénes son las celebridades?

—¿De dónde viene, de otro planeta? —La anciana lo miró con más detenimiento—. Ese de ahí es el Amortajador, el Trillador Sombrío en persona. La Mano Roja.

Senlin se sonrió ante el dramatismo con el que la mujer había presentado al actor.

—Desde luego, tiene un semblante muy sombrío. ¿Y quién es el joven?

La anciana volvió a dirigirse a él con un susurro arisco, a la vez que miraba de soslayo a un lado y a otro por si alguien estuviera escuchándolos.

—Un tontuelo inocentón. Trabaja en el Hotel Mont Cappella. O trabajaba. Pobre Freddy.

Uno de los agentes de las aduanas se apartó de la multitud y subió los dos primeros escalones del cenador. Empezó a leer el texto que figuraba en una hoja rígida.

—Señor Frederick Haggard, se le declara culpable de robo, desfalco, difamación, falsificación, destrucción de la propiedad… —La sentencia se prolongó durante un buen rato más. Los cargos que pesaban sobre el joven botones parecían imposibles y absurdamente numerosos. Senlin se preguntó a qué vendría aquel montaje—, conspiración contra los Despachos de Aduanas, asalto, comportamiento lascivo, allanamiento y violación.

—¡Todo mentira! —siseó la lavandera—. Una vieja ricachona se fijó en el muchacho y quiso tener un escarceo con él. Freddy la rechazó, y la señora llamó al comisario para que le diera su merecido. Y este es su castigo.

—¿El condenado desea manifestar su arrepentimiento?

El agente, cobarde como era, no miró en ningún momento al joven apuesto. Senlin empezó a sospechar que no estaba viendo una obra de teatro. Estaba presenciando una ejecución.

Con una voz débil que Senlin apenas logró oír, el muchacho respondió:

—Quiero ver a mi madre. —Fue una petición lastimosa y sincera.

Aun sin saber mucho sobre la vida del joven, Senlin sospechó que estaba siendo testigo de una terrible injusticia.

Quería llorar, correr al cenador y arrancar el pendón negro, pero había aprendido a temer a los agentes de las aduanas. Y estaba aprendiendo a temer a alguien más. Aquel hombre… ¿Cómo lo había llamado la mujer? La Mano Roja. Había algo en él que le daba escalofríos.

Paralizado, vio que la Mano Roja se subía una de las mangas blancas sueltas y dejaba a la vista un brazalete de bronce. Sujetos al aro metálico había seis viales, similares a los tubos de las agujas hipodérmicas, todos llenos de una especie de suero acuoso que les daba la apariencia de un rubí radiante. Con el sombrero caído sobre la cara, la Mano Roja giró las clavijas del brazalete de bronce como un músico que estuviera afinando su instrumento. El suero resplandeciente salió de los viales para inyectársele en las venas.

Un grito gargajoso, semejante a los que se oirían en un matadero, escapó de la boca de la Mano Roja, y por un instante Senlin se preguntó si el hombre se habría herido. En ese momento, levantó la mano derecha por encima de la cabeza, y el público jadeó sobrecogido al ver la red de venas rojas que refulgían bajo la piel de la palma y del brazo, todas ellas brotando del aro metálico como un matorral de raíces. Las cuerdas luminosas se extendieron hacia el hombro, dejándose ver a través de la ropa como la sangre que empapara un vendaje. En cuestión de segundos, toda la mitad derecha del torso había adquirido la misma incandescencia.

La Mano Roja adoptó una postura símica. Hasta la última de las fibras de sus músculos se le apretó contra la piel. Empezó a dar vueltas alrededor del chico, que balbucía entelerido, todavía suplicando ver a su madre. Sin que el público se lo esperara, la Mano Roja saltó sobre el joven por detrás. Con la destreza asombrosa de un acróbata, trepó por su espalda y hundió los pies en sus hombros. El muchacho, que se tambaleó ligeramente bajo el peso inesperado y excesivo de la Mano Roja, apenas tuvo tiempo de proferir un grito antes de que el verdugo doblara el cuerpo

hacia delante, tomara el mentón del joven entre sus manos y volviera a erguirse dando una sacudida, arrancando de cuajo la preciosa cabeza del muchacho.

Un chorro de sangre salió disparado hacia arriba. La antinatural torre de dos hombres se derrumbó en el acto. Senlin apartó la vista demasiado tarde, con el estómago tan revuelto que tuvo que vaciarlo a los pies de la lavandera.

A escasos metros por detrás del cenador, los bañistas flotaban plácidamente boca arriba en las aguas destellantes del estanque.

Capítulo cuatro

La conversación es un síntoma tedioso de una agenda de citas vacía.

Guía popular de la Torre de Babel, IV. VII

Senlin se alejó deambulando por las calles relucientes, conmocionado por el espanto que acababa de presenciar. Aunque no era del todo consciente, sus pasos no carecían por completo de rumbo. Estaba buscando algún tipo de redención, algún tipo de señal de que el animal humano no era solo una bestia abominable y violenta. Necesitaba encontrar un argumento que lo animara, como un logro cultural o un ideal artístico. La búsqueda lo llevó a pasar cerca de la ventana abierta de un teatro de variedades, donde se detuvo durante unos minutos para escuchar la melodía alegre de un quinteto de cuerda. Sin embargo, lo que hacía una hora le habría parecido un estribillo armonioso ahora sonaba como una charanga frívola. Todavía abatido, se acercó a ver un fresco romántico que mostraba a tres doncellas adornadas con una abundancia de lazos y de florecillas coloridas. Sus respectivas expresiones irradiaban gozo e inocencia. Los brazos y las piernas rollizos parecían no pesarles nada. Las vírgenes flotaban y sonreían, rezumando una savia erótica que lo hizo sentirse desdichado y solo.

Unos niños jugaban en la acera. Con la esperanza de oír algún comentario ingenuo que lo hiciera sentirse más cerca de los alumnos que había dejado en casa, aflojó el paso cuando llegó a su altura. Los pequeños estaban jugando a la rayuela sobre unas casillas recién trazadas con tiza. Sosteniéndose ahora con un pie, ahora con el otro, una niña entonaba una canción infantil mientras brincaba. Senlin nunca había oído aquella composición, y como solía ocurrir con estos pequeños descubrimientos, aquellos versos nuevos para él y tradicionales para el resto de la humanidad parecían estar hechos a su medida.

La Torre crece hacia arriba. La Torre crece hacia abajo.
La Torre aguanta la tierra hueca que tiene debajo.
El capacho cae hacia arriba. El capacho cae hacia abajo.
El capacho llena la tierra hueca que tiene debajo.

La niña cantaba la sencilla estrofa feliz y repetidamente acompañando el golpeteo rítmico de sus zapatitos de cuero. Senlin se tapó los oídos con los dedos índices, como para impedir que la canción y su mensaje malsano se le enquistaran dentro. Aligeró el paso.

Se fue en busca de Tarrou y del consuelo del vino. Cuando dio con su amigo en el Café Risso, le fue imposible no abusar de su confianza. Tuvo que tomar un trago de la copa del gigante al ver que la suya tardaba demasiado en llegar, mientras le relataba acalorado la ejecución a la que acababa de asistir. Las palabras brotaban de sus labios con la ira de una soflama.

—¿Cómo podemos tolerar este salvajismo? Creía que la Torre era el gran pilar de la moral, pero ¿qué me ha mostrado? Torturas, falsa justicia y asesinatos en pública plaza. Hombres monstruosos con las manos bañadas en una sangre reluciente. Dementes y actores sin conciencia. Esto no es la pila de la humanidad. ¡Es el albañal! Ah, no me mire como si intentara dormirlo con otra de mis diatribas, Tarrou. ¡Sabe que tengo razón! —Sin darse cuenta, había empezado a morderse las uñas, produciendo unos golpecitos secos con los dientes.

—Deje de morderse las uñas —le dijo Tarrou.

—¡No me las estoy mordiendo! Me las arreglo con los dientes porque he perdido el cortaúñas, junto con todo lo demás —explicó Senlin, que sacudía el brazo en un intento vano de ahuyentar los rayos de luz reflejada que incidían en sus ojos. Estuvo a punto de revelar qué más había extraviado, pero se contuvo—. Además, mejor mis uñas que no su cabeza.

Tarrou se inclinó hacia atrás fingiéndose asustado y se protegió la cara con las manos.

—¡Que los cielos me guarden de la limpieza de primavera que los demás hagan en su conciencia! No la pague conmigo, director. Me parece muy bien que su santurronería le haya dado que pensar, pero se olvida de una cosa: no somos una especie ni tan recta, ni tan razonable, ni tan humana. Nuestras ideas no se disponen en concatenaciones gramaticales, nuestro corazón no resuelve ecuaciones y nuestra conciencia no cuenta con la ayuda de ningún historiador que le susurre las respuestas al oído. ¡Ah, guárdese su indignación! —Nadie que hubiera pasado cerca de aquel rincón de la terraza habría pensado que eran amigos—. ¡Ignora la belleza y exagera la vileza!

—¡Usted no ha visto lo que el circo del comisario le ha hecho a ese chico! Lo han decapi…

Tarrou apretó las mandíbulas y bajó la voz.

—La Mano Roja es un ser aberrante, no se lo niego. Y no, no tengo ni idea de por qué resplandece ni de dónde saca esa fuerza. Poco importa. No es más que una criatura que alimentará sus pesadillas. —Tarrou, con la rapidez de una serpiente, estiró el brazo hacia el otro lado de la mesa y le tomó la muñeca con su mano ancha, casi volcando la copa de vino que acababan de servirle a Senlin. Su voz sonó áspera, pero enérgica—. Pero haría usted bien en ser más discreto cuando hable de los pecados del comisario. Tiene oídos en todos los rincones. Hay hombres que se sumarían a una revolución, pero somos pocos.

—Entonces, ¿por qué no se marcha ya? —preguntó Senlin con una naturalidad que descolocó a Tarrou y le hizo soltarle el brazo.

El gigante se agitó como si lo hubieran espoleado.

—Por supuesto, voy a marcharme. Mañana al amanecer.

—Tendré que tomarme otra copa para tragarme ese cuento suyo —le dijo Senlin.

Pese a la ejecución repugnante, pese a lo inútil y desastrosa que estaba siendo la búsqueda de Marya, pese a los capachos y pese al comisario vengativo, Senlin sentía una esperanza vaga. La discusión con Tarrou y el vino le habían dado lo que había estado buscando por las calles: la

sensación de que lo tenía todo en orden y bajo control. Esa nueva percepción le recordó las muchas mañanas de verano que pasaba recorriendo a gatas el entablado de la escuela, reajustando los clavos que la madera había hecho sobresalir al hincharse. Allí solo y sosteniéndose sobre las rodillas desnudas, con los bajos de los pantalones recogidos en unas vueltas gruesas e impecables, levantaba el martillo sobre la cabeza de los clavos viejos. Los golpes resonaban entre los cabrios como el disparo de una pistola. El estruendo lo imbuía de la sensación vaga pero reconfortante de haber alcanzado un gran logro.

Aunque todos los veranos volvían a aflorar los mismos clavos.

Tarrou llamó por señas a la camarera, que enseguida les llevó otra botella de vino peleón, un caldo barato y agrio que no tuvo piedad con el estómago de Senlin a la mañana siguiente. Mantuvieron una tregua mientras les rellenaban la copa, pero, antes de que Senlin pudiera retomar el tema de la despedida interminable del gigante, este sacó a colación al pintor que estaba trabajando en la acera de al lado de su mesa.

Tarrou tenía por costumbre incordiar al artista corcovado de mediana edad. El hombre, que rara vez abría la boca, tenía pintura en el pelo y en los ojos, los cuales no dejaba quietos nunca. Aparte de pintar, lo único que parecía gustarle era fumar, algo que hacía a menudo, con el humo acre y amarillento ascendiendo derecho como el asta de una bandera debido a la ausencia de brisa. Tenía sus obras dispuestas en fila y apoyadas tanto en la barandilla de la terraza como en las patas larguiruchas del caballete, aunque no eran muchos los viandantes que se interesaban por ellas. Tarrou se divertía burlándose de su estilo, que se caracterizaba por unas manchas gruesas de pintura sin mezclar. Los cuadros no estaban mal si se miraban desde lejos, pero de cerca a Senlin le recordaban una tabla de trocear en la que acabaran de escamar un pez.

—Eh, pintor, ¿se te ha nublado la vista? ¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¿O quizá es que todavía tienes que unir los puntos? —Tarrou se rio, a todas luces con la intención de trasladar la conversación con Senlin a un tema más desenfadado. Dirigiéndose solo a su compañero de mesa, dijo—: ¿Se ha fijado en cómo apesta este hombre a perfume de vieja? ¿Quién cree que le financia esta basura? Las viudas y las solteronas. Feas como el culo de un perro, pero ricas como la misma Torre. Posan para él, según he oído, en cueros vivos, ¡y por eso está medio ciego y todas sus pinceladas son un crimen! —Se inclinó sobre la barandilla que los separaba, derramando el vino en la acera—. Mira, pintor, a mí también me rebosa el talento —dijo señalando la salpicadura.

El artista jorobado lo ignoró y se armó de paciencia, pero Senlin notó que se sentía molesto. El cuello, corto de por sí, pareció retraérsele un poco más dentro de la corvadura. Senlin se sintió reprendido por la persistencia del pintor, por su determinación. Tarrou, por el contrario, se había emborrachado y, demasiado satisfecho, empezaba a levantar la voz, pero no había tiempo para eso. ¿Qué estaba haciendo consigo mismo?

Una mujer que llevaba una estola de piel se detuvo a considerar algunas de las obras del artista. Tarrou señaló con pomposidad los cuadros que había apoyados más cerca de ellos.

—¡Estamos de rebajas! Estos cuadros de aquí, señora, cuestan la mitad. E incluyen un bote de pintura para que los repare usted misma, si lo desea.

La mujer se cruzó la estola sobre el cuello y se alejó aprisa. Senlin levantó un dedo para intervenir, pero lo interrumpió el pintor al girarse de pronto hacia su mesa.

Tenía sus ojos enormes inyectados en sangre y resecados por el odio. Senlin temió que fuera a pegarle un tiro al gigante.

—Me espantas a la clientela, Tarrou. —Su voz sonaba fina como el pitido de una flauta de arcilla en comparación con las notas de barítono que manejaba el gigante, pero, aun así, Senlin se estremeció un tanto.

Tarrou pareció regodearse todavía más, pero, antes de que tu-viera ocasión de responder, Senlin dio una palmada para relajar el ambiente.

—Deje que este hombre trabaje tranquilo. Retomemos la conversación donde la habíamos dejado.

—¿Acaba de dar una palmada? —Tarrou se frotó la cara, desafilando una de las puntas de su barba y orientando la otra en una dirección indeterminada. Cuando volvió a abrir los ojos, tenía la vista desenfocada. En ese momento era la bebida la que timoneaba el barco—. ¡Se acabó la conversación, director! El mundo está podrido. Dejémoslo así. Para qué molestarse.

—Estoy contrariado porque hemos invertido nuestro ingenio humano en la construcción de una Torre de gran complejidad y la hemos llenado de los mismos tiranos que han atentado contra nuestra especie desde que salimos del mar. ¿Por qué nuestra capacidad de innovación no se extiende nunca hacia nuestra conciencia?

—Mi conciencia me dice que no lo estrangule a usted y que no le dé una paliza al pintor. ¡Ese es un gran progreso!

—¡Esa no es una cuestión de progreso, sino de miedo a la ley! ¡Y la ley es perversa! Se sigue martirizando y asesinando a los inocentes. Hoy me he topado con una nueva evidencia de esto. El comisario…

—¡Yo no apruebo lo que hace ese hombre! —exclamó Tarrou con excesivo énfasis, y el pintor giró la cabeza hacia él con un gesto de incredulidad, como si, aparte de un borracho que disfrutaba riéndose de los demás, el gigante fuera un imbécil. Su mirada aplacó a Tarrou, que prosiguió en un tono más discreto, aunque no más sobrio—. Es un cerdo que no sabe más que estornudar y resollar. Le tiene alergia al aire. Se enferma con más facilidad que un recién nacido. Cada dos semanas celebra un baile de máscaras en su mansión, donde se hace pasar por humano y por mecenas de las artes. ¡Por humano! ¡Por mecenas! ¡Bah! Cuenta con un séquito de tasadores de obras que le dicen lo que podrían valer los distintos cuadros. Es un en…, un en… —Tarrou escupió hacia un lado para aclararse la garganta reseca—. Es un entendido en contabilidad. Si quisiéramos ver su colección, se nos tendría que invitar; tendríamos que vestir como jeques vírgenes; tendríamos que ver las obras a través de unos cristales de dos dedos de grosor porque los vapores le irritan las vías respiratorias. —Se tapó la nariz con la mano en un gesto burlón.

—Y yo preocupado por la cuestión de los asesinatos. No tenía ni idea de que, para colmo, el comisario fuera un aburrido —dijo Senlin mordaz en un intento de que se le despejara la cabeza para compensarse con su amigo.

Tarrou no pudo sino reírse.

—¡Siempre tan amargado, director! ¿Qué podríamos hacer para animarlo?

—Deme un tirano corriente. Deme un panadero tacaño o un alcalde que se duerma durante el recital de primavera. Debo volver a casa. El curso comenzará dentro de pocas semanas, y debo prepararlo todo. —Se calló, sin embargo, que cada vez estaba más seguro de que era en casa donde encontraría a Marya, que habría regresado ha-cía tiempo de alguna manera que él aún no había considerado. Seguramente, estaría siendo la comidilla del pueblo. ¿Qué les habría dicho a los vecinos? ¿Que el hombre con el que acababa de casarse la había abandonado? ¿Que había enviudado, tal vez? ¿Qué opciones le quedaban a él aparte de volver a casa? Se estaba quedando sin dinero, y el billete de tren tenía una validez limitada. ¡Si pudiera permitirse partir en dirigible, podría saltarse los primeros pasos de la Torre!

—Vuelvo a casa —dijo Tarrou con la barbilla pegada al pecho.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, Tarrou? ¿Seis meses? ¿Un año? Más que un visitante, ya es parte del paisaje.

El gigante estiró el mentón y apretó las mandíbulas, hasta que dijo siseando:

—Dieciséis años.

—¡Años! —exclamó Senlin con la voz rota por la sorpresa—. ¿Por qué?

—No tengo por qué darle explicaciones. —La botella pareció emitir una risita cuando la apoyó en su copa para rellenarla—. El caso es que, en un momento dado, perdí la noción del tiempo. Y después ya me era imposible regresar. ¿Qué iba a decirle a mi esposa? Hace años que tomó las riendas del negocio. El oro brotaba del suelo bajo su dirección al mismo ritmo que bajo la mía. ¡No somos tan imprescindibles como creemos! Todos los meses me envía un dinero, desde hace años. Yo le escribo cartas que después no le envío nunca…, unas cartas patéticas a más no poder. —Al hablar de las misivas, apretó el gesto como para reprimir un escalofrío.

Senlin se hacía una idea de lo que contendrían los textos: una retahíla de promesas. Tarrou se encorvó sobre la mesa dando un suspiro trágico que sonó como un ronquido.

Era tarde. Estaban borrachos. La luz importada de la luna se deslizaba como un banco de pececillos plateados por la piel de ambos y por el enrejado de hierro que remataba la mesa. El resplandor huidizo era el adecuado para la melancolía. Le dolía pensar que tendría que guardarse ese recuerdo para sí. Nunca querría describírselo a Marya. Lo único que conseguiría sería que ambos revivieran la luna de miel desbaratada.

El carillón anunció las diez en punto, apuntalando entre ellos un silencio creciente. El artista empezó a recoger el caballete y las pinturas.

—Haré el equipaje y compraré un billete —dijo Tarrou con firmeza, aunque su voz seguía sonando empapada de vino—. Reúnase conmigo en el puerto aéreo de la cara sur por la mañana. Quiero despedirme como es debido. Llevaré una botella para que la estampe contra la popa. O para que me la estampe a mí en la cabeza. Es usted un amigo de los que siempre están ahí. Buenas noches.

Al levantarse, Tarrou hizo que la mesa se arrastrara y que la botella vacía se precipitara por el filo, pero Senlin la detuvo en el último momento con la punta de la bota. Después, el gigante se

topó con la barandilla, y se echó a reír. Cruzó la verja y salió a la avenida y, tal vez a propósito o tal vez a causa de la embriaguez, se tropezó con el artista, haciendo que se le cayera el macuto de los cuadros y el estuche que tenía en las manos con las pinturas. El hombre dio un tumbo hacia delante y cayó al suelo de mala manera, al pie de un farol.

Tarrou se dio media vuelta y se inclinó con torpeza sobre él.

—¡Muera la revolución! Ambos hemos desperdiciado nuestra vida, pintor. Pero yo, al menos, no he contaminado el mundo con las pruebas que lo demuestran. —Encorvado, se alejó aprisa por la acera enlosada y por el camino de adoquines, dando pasos contundentes bajo la penumbra moteada de destellos.

Compadecido, Senlin corrió a ayudar al artista, quien estaba sentado en el suelo, aturdido, con sus largos dedos apretados contra las arrugas de la frente, que habían cobrado la forma de una ola. Senlin se disculpó una y otra vez por el comportamiento de Tarrou, que a menudo, debía admitirlo, hostigaba demasiado al pobre pintor. Y mientras este permanecía paralizado como una estatua, comenzó a recoger los tubos y los botes que se habían salido del nutrido estuche.

Por suerte, el lienzo húmedo en el que estaba trabajando había caído boca arriba. Los cuadros que tenía expuestos, por el contrario, no habían salido tan bien parados. Muchos estaban boca abajo en medio de la calle. Senlin los inspeccionó a la luz del farol en busca de algún desperfecto, sin interrumpir la cantinela de disculpas a la vez que retiraba la mugre de los bordes y de las esquinas aplastadas de los bastidores. Dejó de salirle la voz, sin embargo, cuando cogió el último de los cuadros esparcidos.

La escena capturada transcurría en un banco. Tras este, centelleaban en el estanque los rayos del sol matutino, y la silueta con forma de caracola de la Fuente ascendía en espiral hacia el techo, despidiendo chorros sibilantes de vapor blanco. Era una vista evocadora, si bien de un estilo inusual. Pero no fue ni el estilo ni el paisaje lo que llamó la atención de Senlin. Sentada en el banco del primer plano había una mujer. Sus contornos se componían de apenas unos pocos trazos, pero reconoció perfectamente tanto su figura como el sombrero rojo.

El pintor humillado había conseguido levantarse al fin, y estaba sacudiéndose la suciedad de las rodillas cuando Senlin lo tomó por el brazo con fuerza y le puso el lienzo delante.

—¿Dónde ha pintado esto? ¿Cuándo lo ha pintado? ¿Dónde está esta mujer? —le preguntó desesperado, al tiempo que señalaba el retrato de Marya.

Capítulo cinco

> Existe una infinidad de monedas aparte de los siclos que lleva en el bolsillo. En ocasiones, es posible comprar un pase con una sonrisa, y una copa de vino podría servir como pago por una historia entretenida.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* IV. XI

Senlin se encontraba en la terraza que se ubicaba sobre una perfumería de dos plantas. Era el piso del artista. Un olor intenso pero indeterminado lo inundaba todo: las paredes toscas de estuco y las escaleras circulares por las que habían subido, el tapiz que había colgado en la entrada y los ramos de pinceles que llenaban los tarros de terracota. El aire estaba tan impregnado de aromas que casi hedía a podrido. A Senlin le habría costado respirarlo de no haber estado tan distraído por la euforia y las dudas que guerreaban en su cabeza. ¿Y si la mujer del cuadro no era Marya? ¡Las pinceladas eran demasiado imprecisas! Aunque, en efecto, fuera ella, ¿y si solo se había alejado por un momento de la multitud anónima, para a continuación volver a fundirse con ella, esa vez para siempre? Y, si había estado tan cerca, ¿cómo era que no la había visto? Pese a su conflicto interno, mantuvo su habitual actitud circunspecta.

El pintor utilizaba la terraza como lugar de trabajo. Un caballete robusto de cuatro patas reclamaba para sí casi todo el espacio. Había varias pilas de lienzos apoyadas contra el pretil que rodeaba el tejado, y aparte de un catre modesto y de una *chaise longue* raída, cubierta de telas de colores vivos, los únicos muebles que se veían eran una mesa de juego precaria y dos sillas de mimbre.

—No sé por qué la gente paga por un segundo techo cuando ya estamos a cubierto. Será la costumbre, digo yo —supuso el artista, que rescató una colilla de un cenicero lleno y volvió a encenderla.

El pintor aún no había dado respuesta a la catarata de preguntas que Senlin le había hecho sobre la mujer que había reconocido en el cuadro. Sospechaba que el artista estaba eludiendo la cuestión, y eso lo incomodaba.

El pintor se presentó de manera formal como Philip Ogier. Tenía la costumbre nerviosa de recogerse el cabello rubio y fino, que le llegaba a la mandíbula, tras las orejas redondas de soplillo. Sus rasgos faciales eran pasables, con unos ojos brillantes e inquietos y una frente activa que equilibraban la nariz larga y aguileña. La corcova parecía abultarse un poco más por la parte derecha, lo que hacía que siempre pareciera tener la espalda ligeramente encorvada, tanto si

estaba de pie como sentado. Su voz y su forma de expresarse se antojaban casi femeninas, pero Senlin entrevió un enorme ego bajo aquella fachada apacible.

Ogier le invitó a sentarse, y él así lo hizo, aunque manteniéndose alerta al filo del asiento, en parte para que la cabeza, entorpecida por el vino, no se le relajara en exceso.

—Sé que no lleva mucho tiempo en el Balneario, pero no puedo decir que me agrade la compañía que se ha buscado —le espetó Ogier.

—Tarrou está borracho demasiado a menudo y tiene el corazón demasiado roto.

—Ni la bebida ni las penas que él mismo se ha buscado lo disculpan. —Se le atravesó en la cara una sonrisa forzada.

Senlin creyó entender las circunstancias del artista: difícilmente iba a ser amable ni generoso con alguien que se divertía a carcajada tendida con su enemigo. Su única esperanza era que el pintor aceptara algún tipo de soborno. Aunque no tenía mucho con lo que sobornarlo.

Ogier se acercó a un armario pintado de azul y sacó una botella y dos copas altas grabadas. Antes de volver a sentarse, dejó una voluminosa llave maestra en la mesa que tenía delante. Era una monstruosidad negra y amenazadora con un extremo redondo por el que cabían dos dedos. Senlin no recordaba que hubiera cerraduras en las puertas por las que habían pasado.

—Creo que prefiere el vino, pero ¿se tomaría un jerez? Es muy seco, me temo, pero no está mal —dijo Ogier, y Senlin, suponiendo que no podía negarse, aceptó la copa.

El pintor brindó por la salud de su invitado, que le devolvió el gesto con elegancia, pese a que la angustia y el vino no dejaban de revolverle el estómago. Este era justo el tipo de situaciones sobre las que le había advertido Finn Goll: al mostrarse desesperado ante Ogier, se había colocado en una situación vulnerable. Estaba por completo a merced de ese hombre. Pero, desde que perdió a Marya, este era el primer rastro de ella que había encontrado. La idea de que aún pudiera estar en el Balneario, o de que había estado allí, le devolvió las esperanzas suficientes para afrontar las pretensiones de Ogier.

—¿De qué conoce a esta mujer? —le preguntó el pintor, que señaló con la cabeza el cuadro que había despertado el interés de Sen-lin. El tablero coloreado estaba apoyado contra el caballete robusto de cara a ellos.

—Es una conocida, si es que de verdad es ella. Es difícil asegurarlo.

—¿Una conocida? Si esa es la única relación que hay entre ustedes, creo que no sería acertado por mi parte facilitarle más detalles sobre ella —dijo Ogier, que cogió la llave y empezó a hacerla girar con aire distraído entre los dedos.

—Me he expresado mal. Somos parientes, por supuesto.

—Ah, ya. ¿Un primo despistado, tal vez? —El pintor encendió un segundo cigarrillo y enturbió a propósito el aire que había entre ambos. El humo que se sumó a la amalgama de fragancias hizo que a Senlin le lloraran los ojos—. Mire, su reacción inicial me pareció sincera, por lo que pensé que de verdad necesitaba que lo ayudara de algún modo. Pero ahora lo veo muy sereno, así que me pregunto si no será en realidad un oportunista despreciable. Un desviado de intenciones abyectas.

La calma que Senlin mostraba empezó a resquebrajarse; una luz mortecina le entorpecía la vista.

—Es mi esposa, aunque no tengo forma de demostrarlo. Le prometo que ella podría confirmárselo.

Ogier sonrió al ver que lo había obligado a sincerarse. Su engrei-miento hizo que Senlin sintiera deseos de saltar sobre la mesa y tirársele al cuello. El impulso lo cogió por sorpresa.

—¿Y se ha perdido? —Ogier continuó aguijoneándolo con el humo del cigarrillo.

Senlin no veía de qué iba a servirle inventarse un cuento que justificara el que se hubieran separado. Había llegado todo lo lejos que la búsqueda podía llevarlo. Apenas le quedaba dinero. No podía seguir adelante sin ayuda. Ogier parecía un hombre más o menos razonable. Estaba algo zaherido después de tantos años soportando el desdén de Tarrou, quizá, y era un poco altivo, y tal vez incluso fuese algo artero…, pero no parecía un criminal. Además, ¿qué alternativa tenía? Decidió contarle toda la verdad, por mucho que le doliera.

De forma seca y sucinta, le habló de la llegada en tren, del tumulto del Mercado, del error que cometió al dejar que Marya se soltara de él y del momento de la inesperada separación. Resumió la búsqueda que había realizado, omitiendo, sin saber muy bien por qué, la aparición de Edith, el desconcertante encarcelamiento, la tortura a la que la habían sometido y el modo en que él la abandonó a su suerte. No quería complicar el argumento de su devoción por Marya, de manera que enseguida pasó a describir la inspección ineficiente que había llevado a cabo en el Balneario.

Dado que nunca había sido muy diestro a la hora de identificar las emociones ajenas, le preocupaba que Ogier confundiera sus reservas con una actitud indiferente. No podía sino confiar en que la franqueza de su confesión le bastase para granjearse la piedad del artista.

—Y entonces se perdió hará unas… ¿cinco semanas? —inquirió Ogier, dato que Senlin le confirmó.

El artista extravió la mirada entre las macetas de orquídeas que alegraban la pared de la azotea e, incluso sumido en su meditación, seguía moviendo los ojos en todas direcciones. Parecía estar evaluando la veracidad de la historia que acababa de oír. Transcurridos unos instantes, puso fin a su ensimismamiento y rellenó las dos copas.

—Se pregunta si de verdad será ella la mujer del cuadro. En realidad, es difícil de asegurar a partir de unas pocas pinceladas —dijo Ogier sin el menor asomo de compasión.

—Sí.

—Y, supongo, también se preguntará si yo sé dónde está ahora esa mujer, o si, sencillamente, dio la casualidad de que se encontraba allí sentada mientras yo trabajaba.

—Tiene una imaginación portentosa, señor Ogier. —A Senlin le costaba disimular el tono amargo de su voz. Aunque podría echar a perder aquella oportunidad si el pintor se ofendía, le indignaba que su confesión sincera fuese recibida de un modo tan austero—. Debe de sentirse orgulloso.

—El orgullo es algo muy curioso. —El artista vació su copa y sonrió con ironía—. Los que más lo disfrutan son los que menos lo merecen. Por ejemplo, nuestro amigo Tarrou. Es un hombre muy orgulloso, pero carece de metas. Hace tiempo, había quienes lo querían. Había quienes lo tenían por un gran hombre, pero ahora… En fin, ya sabe lo desocupado que está por la noche. Tiene muchos conocidos, pero pocos amigos, señor Senlin.

—Es usted más hablador en ausencia de Tarrou, cuando no puede defenderse. ¿O acaso quiere que le transmita lo que opina de él? —Aunque Senlin no podía estar en desacuerdo con nada de lo que Ogier había dicho, le pareció necesario dar la cara por su atormentado amigo—. Para serle sincero, yo no tengo nada que ver con eso. A usted siempre lo he tratado con respeto.

Ogier volvió a recogerse el pelo, con las puntas de los mechones teñidas de azul y de verde después de haberles transferido la pintura que le ensuciaba los dedos.

—Se lo digo para ponerlo sobre aviso. Si espera que Tarrou lo ayude, agotará su paciencia o, peor aún, le romperá el corazón. Yo, por el contrario… —Se levantó y echó a andar con rigidez, como midiendo alguna distancia con sus pasos, hacia una de las muchas pilas de lienzos que había apoyadas contra el pretil. Retiró los tableros uno tras otro hasta que dio con el que buscaba. Era un cuadro pequeño, no más voluminoso que el cuaderno de un colegial. Regresó junto a Senlin para mostrárselo—. Permítame subir la lámpara.

Cuando la levantó, el rostro de Marya emergió de la penumbra, capturado mediante el extraño pero conmovedor puntillismo de Ogier. Tenía el cabello suelto, y no llevaba puesto el salacot rojo. Posaba con un hombro adelantado y con la cabeza girada de tal manera que el contorno de su nariz parecía reproducir las ondulaciones de su pelo cobrizo. Unas orquídeas marfileñas, anaranjadas y amarillas servían de fondo, permitiendo que Senlin reconociera al instante la terraza en la que se encontraba en ese momento. Era la primera vez que veía aquella expresión en el rostro de su esposa. Le recordaba al gesto extático pero vidrioso de las imágenes religiosas antiguas. Aunque, por supuesto, lo que más lo impactó fue que estuviera desvestida hasta la cintura.

Senlin supuso que debía reaccionar de algún modo violento. Tendría que estar furioso al ver a su mujer desnuda, después de haber descubierto que habían explotado su belleza. Pero sus emociones estaban demasiado desorganizadas. Sentía lástima y estupefacción, ira y deseo. Era como si dos muflones majestuosos estuvieran chocando su testa el uno contra el otro con todas sus fuerzas en medio de su alma. Zarandeado de un modo tan brutal por este nuevo retrato de su esposa, le era imposible hallar consuelo en la razón. Su mojigatería no arreglaría el mundo; su búsqueda no haría retroceder el tiempo. El concepto cómodo que tenía de sí mismo, de su esposa y de la vida que compartían se había esfumado. Empezaron a temblarle los hombros. No consiguió reprimir un sollozo.

Cuando levantó la mirada, vio que el artista se había echado hacia atrás, avergonzado. Parecía haberlo desconcertado el que de pronto Senlin hubiera perdido la compostura. Por alguna extraña razón, lo estuvo señalando con la llave pesada mientras trataba de serenarse, aunque al final la retiró.

—Disculpe —dijo el artista, cuyos ojos nerviosos al fin volvieron a cruzarse con los de Senlin. Eran unos ojos luminosos e inteligentes—. A veces se me olvida que no todo el mundo es tan despiadado como esta Torre. De acuerdo, hablemos de esto como caballeros. Bajaré el arma. —Volvió a dejar la llave con cuidado en la mesa—. ¿Hará usted lo mismo?

—Yo no voy armado —dijo Senlin, que miró la llave sin entender—. ¿Qué es eso?

—Es una pistola muy ingeniosa y de lo más discreta. ¿De verdad no lleva encima ningún tipo de protección?

—¿Por qué iba a llevarla?

Ogier apretó la corcova contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos con cara de haberse llevado una sorpresa agradable.

—Veo que es tan ingenuo como aparenta. Increíble. Ahora no puedo culparlo por haber trabado amistad con Tarrou. Apuesto a que sería usted capaz de hacerse amigo hasta de una mofeta. —Se permitió una risita breve y superficial—. Está bien, le hablaré de su esposa. Pero dudo que le guste lo que va a oír —le dijo Ogier mientras señalaba el desnudo de Marya, que Senlin seguía sosteniendo laxamente sobre la mesa.

Un mes antes, Ogier había estado pintando junto al estanque, en un lugar que no distaba mucho del rincón que solía ocupar junto al Café Risso. Corrían las últimas horas de la mañana cuando una mujer tocada con un salacot rojo llegó y se sentó en el banco que había delante del pintor. Por lo general, Ogier no incluía en sus obras a los viandantes, a menos que se hallaran a cierta distancia y pudiera representarlos con unas pocas pinceladas. No obstante, aquella mujer se había sentado en medio del paisaje y se había quedado inmóvil, como si hubiera entrado en una especie de trance. Sin agitarse apenas, permaneció horas y horas con la vista perdida más allá del pintor. Así, Ogier decidió añadirla a la escena. Después, cuando el resplandor de la tarde comenzaba a extinguirse, guardó las pinturas y recogió el caballete. Al marcharse, interrumpió la ensoñación de la mujer para darle las gracias por ser una modelo tan voluntariosa.

Y, por lo que a Ogier respectaba, todo podría haber terminado ahí.

Sin embargo, ella decidió seguirlo.

Él no se dio cuenta hasta que ella lo alcanzó cuando subía por las escaleras del ático saturado de fragancias. La mujer, un tanto cohibida, pero, aun así, resuelta, le preguntó si pagaba a quien posara para él. Ogier le respondió que, por lo general, no, a excepción de las modelos de desnudo a las que contrataba muy de vez en cuando, que solían ser muchachas pobres o cuidadoras de niños.

La mujer del salacot rojo se marchó, al parecer, molesta, pero Ogier le aseguró a Senlin que él no se le insinuó en modo alguno. Nunca habría imaginado que una turista querría posar para él, ni desnuda ni de ninguna manera. De hecho, se olvidó del asunto por completo. Supuso que no habría sido más que el capricho pasajero de una visitante embelesada por el exotismo del Balneario.

La mujer, empero, regresó al día siguiente, determinada a posar para él y a que el artista le pagara por su trabajo.

—Espero que me crea cuando le doy mi palabra de que no ocurrió nada inapropiado. —Ogier enfatizó el juramento colocándose la mano sobre el corazón—. Posó para mí. Y pinté el cuadro que tiene ante usted. Le di las gracias. Le pagué y se marchó. Y, de nuevo, supuse que ahí había terminado todo. —La luz azul de la luna rielaba en las esferas reflectantes del techo alto, haciendo que destellaran como señuelos de pesca. El cigarrillo de Ogier encendió su ojo naranja antes de ser aplastado y apagarse para siempre—. Pero sí que volví a verla. Ese día y todos los días, durante una semana. Y cada día me contaba algo nuevo. Me habló de tragedias y de decepciones, y del plan que tenía para salvarse, a ella misma y, esperaba, también a su marido.

—Le daré todo lo que tengo… —comenzó Senlin articulando la voz con toda la firmeza que pudo.

—Gracias, pero usted no tiene lo que a mí me interesa —lo interrumpió Ogier, cuya afectada sonrisa compasiva se había endurecido—. Usted ha perdido algo que le era muy querido. Yo también he perdido algo que apreciaba. Por lo tanto, le haré una propuesta muy sencilla y, creo, muy justa. Me gustaría poder decir que vamos a ser grandes amigos y que nos ayudaremos el uno al otro porque valoramos esa amistad. Pero en la Torre no hay amigos. Solo hay socios con los que hacer tratos. Bien. Si usted me ayuda a recuperar lo que he perdido, yo lo ayudaré a usted.

—Aceptaré cualesquiera condiciones que me ponga —dijo Senlin en el acto.

—Se han llevado un cuadro que me pertenecía. O, más bien, me lo han robado. Sé que un cuadro podría parecer algo sin importancia. Tengo muchos cuadros, y siempre puedo pintar uno más. Pero yo no soy una imprenta. Los resultados dependen de lo inspirado que esté y de mis habilidades. Me bastarían los dedos de una mano para contar las obras de las que de verdad me siento orgulloso. Y fue aquella de la que más orgulloso estaba, mi gran obra maestra, la que me robaron. No puedo pintarla dos veces. Llevo años intentándolo.

Se inclinó hacia delante; ya no movía los ojos en todas direcciones. Parecía haber llegado adonde quería.

—Hace dos años el comisario se inventó un pretexto para adueñarse de mi obra maestra. Señor Senlin, quiero que la robe y me la devuelva.

Capítulo seis

> Los turistas que hablan demasiado a menudo y con demasiada añoranza de sus respectivos hogares suelen recibir una respuesta tibia. Los lugareños dicen de estos turistas nostálgicos que tienen la cabeza llena de tierra, o que tienen la mente manchada de barro. No se les puede culpar. El «hogar» es una exageración que solo cobra entidad con la distancia.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, IV. XII

Desde el día en que la perdió de vista, esa era la primera vez que tenía una esperanza sólida de encontrar a Marya. La idea de que aún pudiera estar en el Balneario o de que, al menos, había estado hacía poco le daba a Senlin las fuerzas suficientes para afrontar los riesgos que lo aguardaban. Estaba preparado, si la búsqueda lo requería, para derribar la misma Torre.

Se pasó toda la noche conspirando con el artista. Aprendió mucho sobre el comisario, sobre su residencia palaciega, sobre sus galas ostentosas, sobre sus alergias y sobre sus galerías. A cada ocasión que se le presentaba, Senlin intentaba volver a centrar la conversación en Marya a fin de saber más acerca del tiempo que había pasado con el pintor y acerca de su actual situación y su estado de salud. Pero siempre que sacaba el tema, Ogier sellaba sus labios. Senlin le suplicó que aceptara algún otro tipo de pago, e incluso llegó a vaciar sus botas en la mesa, pero Ogier no cedió. No aceptaría nada que no fuera su obra maestra. Amor a cambio de amor; ninguna otra cosa lo convencería. Senlin no tuvo más remedio que plegarse a su voluntad y aprender cuanto pudiera sobre el excéntrico tirano y sobre las sociedades del Balneario, historia que, en parte, tenía que ver con el drama de Tarrou y con el tesoro desaparecido del pintor. El director se sentía como un alumno de primer curso que tenía que estudiar para los exámenes; estaba saturado de información.

Cada nuevo detalle del que tenía conocimiento hacía que la tarea pareciera aún más imposible. La mansión del comisario estaba protegida a conciencia. Durante todo el día, había dos agentes armados junto a cada una de las puertas y de las ventanas. Muchos de los vigilantes portaban pistolas de chispa, y el resto llevaban una porra o un sable. Peor aún, en torno a la residencia hacía la ronda una peculiar raza de perros que poseían un talento excepcional para cazar ratas (en concreto, para detectar su olor y rastrearlo).

El cuadro de Ogier estaba colgado en el salón de baile, bajo un cristal de dos dedos de grosor. Se exhibía junto a la entrada de una terraza, lo que a Senlin le pareció muy conveniente, hasta que supo que esa terraza era considerada la torre maestra de la mansión y estaba guardada por

dos cañones medios de doce kilos y por seis hombres pertrechados con sendas armas largas. Para colmo, había que tener en cuenta a la Mano Roja, que merodeaba por la propiedad sin descanso. Se decía que entraba y salía de la mansión a voluntad, que tal vez dormía al pie de la cama del comisario, que tal vez vivía en alguna de las murallas y que, tal vez, sencillamente, aparecía cuando alguien gritaba su nombre.

—¡Esto es desesperante! —se lamentó Senlin.

—Exacto. Y por eso se necesita a un hombre desesperado —dijo Ogier.

Cuando las ascuas de la mañana reaparecieron en las calles, Senlin se despidió del pintor con una promesa que de ninguna manera podría cumplir: regresaría con su obra maestra.

Recorrió las calles del Balneario, casi desiertas. El borboteo lejano de las fuentes sonaba como el mar atrapado dentro de una concha. En cierto modo, le molestó el lamentable empeño del Balneario por imitar el ambiente de una playa. Era un arenal sin olas; era, en definitiva, un lugar superficial y estúpido. Pero ¿y qué? Estaba empezando a divagar, a aferrarse a las críticas fáciles para no pensar en la realidad que lo esperaba.

Aunque tuviera el coraje de ir derecho a por el comisario, se necesitaba un ejército solo para cruzar la puerta. No, no era algo que conviniera hacer por la fuerza. Se imaginó entrando en la mansión a hurtadillas por la noche, con un pañuelo negro enrollado alrededor de la cabeza como un vulgar ladrón, como un ladrón desgarbado de zancada torpe. No, la táctica del sigilo quedaba descartada, con lo que solo le quedaba la del engaño. Debía engañar al comisario, o bien para que le entregara el cuadro, o bien para que lo llevara a algún lugar abierto, donde la obra quedaría desprotegida, aunque en el Balneario no había ningún sitio así. El comisario era un hombre conservador y receloso. No sería fácil de embaucar. Y Senlin no estaba acostumbrado a urdir estrategias.

En los teatros de variedades reinaba el silencio; en las cervecerías no había un alma. Era más que tarde; eran las horas de la madrugada. Se le ocurrió que tal vez un baño lo ayudaría a centrarse y a inspirarse, pero enseguida se olvidó de la idea por considerarla un capricho cobarde. Debía afrontar el desafío. Debía transformarse en una gran mente criminal. Solo de pensarlo se rio. Si lo vieran sus alumnos, despojado de toda autoridad y sin el menor asomo de seguridad en sí mismo, como un pez fuera del agua. Ahora más que nunca, como un esturión.

Se preguntó cómo era posible que sus virtudes hubieran terminado convirtiéndose en un lastre. Su serenidad, su paciencia, su amor por la reflexión, su racionalidad y su imparcialidad… Ahora todo eso jugaba en su contra. Debía abrazar el engreimiento y la astucia. No obstante, ¿qué posibilidades tenía un ratón de biblioteca engreído frente a un comisario todopoderoso? No podía competir con él, a menos que fuera una competición de defectos.

Una competición de defectos. El concepto lo hizo reírse y, al momento siguiente, lo hizo ponerse a cavilar.

Los primeros vendedores aparecieron por las distintas calles, empujando unos carritos rebosantes de pastelillos y de fruta fresca. A continuación, llegaron los bañistas más madrugadores y los ancianos, que conversaban sobre las vitaminas que debían tomar y sobre sus respectivas

constituciones. Dos niños rollizos, bajo la mirada atenta de su institutriz, rompieron el cristal terso del estanque, despertando a los flamencos. A modo de desayuno, las aves coralinas se sirvieron de las abundantes algas que se concentraban en torno a sus zancas. Uno de los agentes de las aduanas galanteaba a una muchacha que vendía sales de baño y jabones aromáticos, géneros que llevaba en la bandeja que pendía de su cuello. El hipopótamo mecánico volvió a enfrascarse en su formidable eyección de chorros. Senlin atravesó la escena tan ensimismado que no fue del todo consciente de adónde iba hasta que llegó.

Se había detenido ante Tarrou, que roncaba bajo una toalla en la tumbona de siempre frente a la orilla plácida. Senlin le retiró la toalla de la cara y lo abofeteó con ella hasta que lo hizo despertarse dando un resoplido.

—¡Rebarros! Déjenme en paz. —Su expresión no se suavizó demasiado cuando vio que era Senlin quien lo estaba importunando—. ¡Ya lo sé, director! He perdido el dirigible. No me fustigue. ¡Me va a estallar la cabeza!

—Levántese. Le invito a un café.

—Ni siquiera he tomado el baño de vapor de la mañana. ¿Por qué me molesta tan temprano?

—Porque tenemos mucho trabajo por delante, amigo mío. Esta noche, me acompañará a una fiesta.

Sentados ante una taza de café en el Risso, Senlin le detalló sus planes a Tarrou mientras este soltaba una risotada irónica tras otra. Al gigante, a pesar de la resaca, le hacía gracia la arrojada treta de Senlin. Daba por hecho que era un disparate, una broma enrevesada. ¿Quién iba a cometer la osadía de robarle nada al comisario, al hombre que sujetaba la correa de ese perro psicótico, la Mano Roja? Aparte de por lo absurdo de la ocurrencia, a Tarrou le desconcertaba el repentino empeño de Senlin por ayudar al pintor.

—¿Y a usted qué más le da? Que se las apañe él solito para recuperar su pintarrajo maestro. Yo no movería un dedo por recogerlo ni aunque hubiera caído a mis pies —dijo Tarrou, al que se le fueron los ojos tras una jovencita de expresión vivaz que vestía unos pantalones cortos de talle alto. Cuando volvió a mirar a Senlin, vio que el director lo observaba con detenimiento—. ¿Qué?

—Anoche, mientras hablaba con el pintor, salieron a la luz algunas cosas. Hace dieciséis años, usted, al contrario de lo que dice, no perdió la noción del tiempo. Vino a la Torre con su esposa, y la perdió. —La expresión jocosa de Tarrou se diluyó al instante—. Esperó a que regresara, convencido de que encontraría el modo de volver con usted. Pero no fue así. —La joven turista de piernas torneadas y desnudas pasó de nuevo por delante de ellos, con aspecto de haberse desorientado, pero esta vez el gigante no le prestó atención—. Podría haberse marchado a casa, pero ¿y si tampoco la hubiera encontrado allí? ¿Y qué iba a decirles a sus padres? No, no se revuelva ni se apriete contra la silla, Tarrou. No lo estoy reprendiendo; solo le recuerdo por qué acabó aquí varado, convertido en una barcaza que ya no se arrastra ni hacia arriba ni hacia abajo. La buscó; la esperó, presa de la desesperación y de la humillación. Perder la esperanza no le dolió menos. Su presupuesto se reducía a diario. Entonces, cuando ya lo daba por imposible, ocurrió el milagro: recibió en su hotel una carta de su esposa. De alguna manera, durante las semanas que transcurrieron sin que supiera de ella, había conseguido regresar a casa. Temía que

usted se hubiera perdido, o que hubiera muerto, pero, aun así, por si acaso, le envió un dinero. Y usted…

—Basta, se lo ruego —dijo Tarrou apesadumbrado.

—Usted —prosiguió Senlin— se guardó el dinero. Saldó algunas de las deudas que había contraído, dejó pendientes las otras, pero no le envió ninguna respuesta… porque ¿qué necesidad había? Podría haberse ido a casa para explicarse en persona. Pero la vergüenza no se lo permitió. Al mes siguiente, llegaron otra carta y otra suma de dinero. Su mujer le estaba pagando un diezmo a la nada. Le enviaba parte de su fortuna por si estuviera vivo y la necesitara. Pero había incurrido en nuevas deudas y no podía permitirse un vuelo de vuelta a casa. Pasó semanas debatiéndose entre la vergüenza y los lujos, alardeando y arrepintiéndose. Poco a poco, empezó a codearse con los vividores autóctonos, se convirtió en un imprescindible de toda buena velada; bastaba que estuviera usted para que los salones se llenaran. Ogier dice que usted era el primero en llegar a las fiestas y el último en marcharse. Aun así, se negaba a escribir a su esposa porque era mejor hacerle creer que podía estar muerto.

—¡Pienso arrancarle la lengua a ese pintorzucho con mis propias manos! —bramó Tarrou, que más bien parecía estar a punto de estrangular a Senlin, aunque solo fuera porque lo tenía más cerca. Sus ojos gris oscuro le ardían bajo la frente enrojecida, y podía verse cómo temblaba de rabia—. Hay muchas cosas que no le ha contado, ¡así que no vaya a creerse que me conoce!

Senlin meneó la cabeza con el ademán severo y rígido de un patriarca.

—Me enseñó un retrato que pintó de usted cuando eran amigos. Entonces no tenía tantas canas en la barba, pero era usted sin duda. Me habló de cuando discutieron después de que usted, en una ocasión en que estaba borracho, se lo confesara todo. Desde aquel día, no soporta tenerlo cerca.

—¡Ah, así que esa es su versión de lo que nos enfrentó! —resopló Tarrou, que golpeó la mesa con los nudillos—. Pues deje que le cuente mi versión, ¡y ya me dirá después quién le parece más noble!

—Me es indiferente. ¡No lo estoy reprendiendo! —Senlin puso su mano sobre la de su amigo —. Somos el mismo hombre. Al recapitular su historia, le he contado la mía. ¡Escúcheme! He perdido a mi esposa en este lugar horrible. He buscado, he titubeado y me he demostrado a mí mismo que soy un cobarde. He estado a punto de enloquecer debatiéndome entre la esperanza y la culpa. Me he emborrachado hasta perder la última traza de sensatez. Me he escondido de mi vida. Estoy arruinado, Tarrou. Ya no puedo volver a casa. No sin ayuda.

Por segunda vez en cuestión de unas pocas horas, Senlin relató cómo había perdido a Marya. Una vez revelada su tragedia, le contó a Tarrou lo que había averiguado hablando con el pintor, sin guardarse ni el menor detalle, por mucha congoja que eso le causara. Lo atormentaba pensar que la había tenido tan cerca. Incluso cabía la posibilidad de que se hubieran cruzado varias veces por la calle y que cada uno hubiera estado mirando en una dirección distinta.

Ogier le había dicho que Tarrou no era de fiar, que no era un buen amigo, pero Senlin no podía sino confiar en que su sinceridad sin reservas bastara para demostrarle que se equivocaba.

Una vez que Senlin puso fin a su inesperada confesión, el gigante suspiró y cuadró los hombros. Los ojos le brillaban húmedos mientras contemplaba a la gente que iba y venía bajo el

mosaico inquieto de la luz solar.

—Lamento lo de su esposa, Tom. No le deseo a nadie que se vea tan desmoralizado. Es la sensación de vacío más…

Senlin no podía permitir que Tarrou se compadeciera de sí mismo, aunque quizá un mejor amigo le habría ofrecido alguna palabra de consuelo. Ahora ya era tarde para sentir lástima.

—No dispongo de mucho tiempo. Sé que parece una temeridad, pero, aunque remota, tengo una oportunidad de encontrarla. Mi esposa no se halla a salvo en casa, Tarrou. Sigue aquí, en alguna parte, perdida. Hay pruebas que lo demuestran. —Senlin oyó resonar la advertencia de Ogier entre las palabras que le subían por la garganta, y sintió resurgir el ya familiar temor. Tal vez el pintor estaba en lo cierto al advertirle que en la Torre no había lugar para la amistad. Aun así, ¿qué otra opción tenía?—. Por favor, amigo mío, por mí, por mi esposa, ayúdeme a robar el cuadro.

—Está azuzando al perro equivocado, director. ¿Por qué jugarnos la vida cuando podríamos coger por banda al pintor y obligarlo a hablar? —dijo Tarrou—. Es muy terco, ya lo creo, pero podríamos sacarle la verdad. —Levantó los puños y los apretó con fuerza.

—Una cosa es restituir un cuadro robado, y otra muy distinta, torturar a un hombre —dijo Senlin. O bien por lo exagerado de su indignación, o bien por la franqueza de sus principios, Tarrou vio que Senlin se mantendría firme al respecto—. No permitiré que la Torre me convierta en un tirano.

—¡No se hace una remota idea de en qué lo convertirá la Torre! —El gigante se carcajeó y dio un manotazo al aire para dispersar la repentina beatería de Senlin. Dado que este no se achantó, la risa de Tarrou se redujo a un resoplido incómodo—. Ah, ya es tarde. Ya ha enloquecido. ¿No se ha parado a pensar en qué le haría el comisario a un hombre al que sorprendiera intentando robarle? ¿Qué cree que preferiría su mujer, estar casada con un mártir o tener un esposo desaparecido, pero vivo? —Tarrou escrutó la expresión de Senlin en busca de algún asomo saludable de miedo, pero no vio más que al director estirando el cuello con decisión—. ¿Piensa seguir adelante con esto?

—Así es —afirmó Senlin.

Tarrou sacó una petaca plateada del bolsillo del albornoz blanco y se la llevó a los labios.

—Su plan hace aguas, ¿sabe? Si esa estrategia suya fuera un caballo, tendría tres patas, dos cabezas y le faltaría la cola. —Chasqueó la lengua y enroscó el tapón de la petaca. Senlin no se lo rebatió, aunque Tarrou parecía estar esperando a que protestara. El gigante se arredró primero —. ¡Ah, está bien! —cedió—. Nos daremos un paseo en su caballo, director, en su raquítico y moribundo caballo.

Se levantó de pronto y se palpó los bolsillos en busca de la cartera.

—Me hará falta un traje nuevo. Algo llamativo y espantoso.

Por fuera, la mansión del comisario parecía un hotel suntuoso. Una columnata conducía desde la vía pública hasta la vivienda. Alrededor de cada columna había un ancho lazo negro. La fachada de mármol blanco de la mansión que se levantaba al otro lado estaba decorada con guirnaldas verdes que colgaban por encima de unas ventanas de las que emanaba una luz eléctrica. Dos filas

de agentes de aduanas uniformados de forma inmaculada flanqueaban unas puertas paneladas tan altas como la propia columnata.

Senlin estudió todos estos detalles mientras esperaba a que su cómplice llegara. Estaba recién aseado y traía la ropa recién planchada y cepillada. Podía pasar por un hombre pulcro, gracias sobre todo al sombrero de copa que Tarrou le había prestado y que le había insistido en que se pusiera, aunque no habría llamado la atención de haberse cubierto con un sobretodo de pescadero, teniendo en cuenta la extravagancia de los atuendos que veía a su alrededor. La vestimenta de los invitados del comisario era tan chocante y variopinta que Senlin se preguntó si no estaría a punto de meterse en un baile de disfraces. Y se contaban por centenares. Hombres tocados, en unos casos, con pelucas blancas y, en otros, con tricornios acompañaban a mujeres engalanadas. Unas lucían diademas destellantes y faldas de miriñaque, y otras, túnicas exóticas y turbantes enjoyados. Senlin seguía llevando el chaleco negro liso y los pantalones ceñidos del mismo color, a los que había retirado todos los hilos sueltos para la ocasión. Más que una persona, parecía una sombra. Esperaba que la exuberancia que le sobraba a Tarrou compensara la que le faltaba a él.

Y vaya si la compensaba. Cuando el gigante apareció, Senlin no tenía claro qué semejaba, si un rey o el bufón de la corte. Los bombachos con bordaduras de oro se le inflaban de forma absurda en torno a las rodillas, el sombrero desproporcionado bien podía ser un cojín sacado del trono de un jeque y los zapatos de fieltro verde se abarquillaban por la punta. Se había recortado y encerado el pelo y la barba, y la piel aún lucía lustrosa después del baño reciente. Saludó a Senlin con una reverencia teatral.

—¡Contemplad el suicidio de la moda! O, mejor dicho, ¡la moda del suicidio!

Senlin forzó una sonrisa lánguida.

—Le advierto que se me dan fatal las fiestas. Acostumbro a refugiarme tras la personalidad radiante de mi esposa. —Se alisó la estrecha corbata negra.

—A nuestro anfitrión le parecerá perfecto que vista de empleado de funeraria. No es como sus invitados, tan vistosos como unos fuegos artificiales y tan vacíos como el humo. No le agradan las personalidades radiantes, sin ánimo de ofender a su mujer —dijo Tarrou, que le puso las manos en los hombros a Senlin. A continuación, lo atrajo hacia sí y, con una sonrisa de maestro de ceremonias, le susurró—: El comisario tiene el sentido del humor de una guillotina.

—Eso no me anima mucho —admitió Senlin, al que de repente le pareció que la camisa tenía un cuello muy afilado. Se le encogió el estómago. El coraje que había recabado se esfumó de pronto, para regresar momentos después, para a continuación extinguirse de nuevo—. Creo que no me encuentro bien.

—Debe de tener harta a su pobre esposa —dijo Tarrou con una risotada.

Capítulo siete

> La política de la Torre se asemeja a la de una huerta, donde los vecinos llegan a disputarse la propiedad de un ciruelo. Algunas señales dejan entrever ciertas rivalidades y antipatías, aunque nunca son demasiado serias. En cualquier caso, conviene tener una opinión flexible en cuestión de gobernanza interna.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* I. XIV

Se sumaron a la fila de los invitados que iban pasando por las sucesivas puertas, las cuales eran altas como el tronco de un roble y estaban atendidas por mayordomos uniformados con un frac negro y una pechera blanca, atuendo que a Senlin le resultó muy familiar.

El vestíbulo parecía extenderse ante ellos como las paredes de un desfiladero. Los invitados dejaban caer los abrigos y las capas sobre los brazos de los mayordomos, que poco a poco desaparecían bajo las pilas de ropa crecientes. Las brillantes arañas de luces eléctricas envolvían a todo el mundo en una suerte de aureola; la luz era hermosa a la vez que desconcertante. Senlin había leído un par de libros que trataban sobre la electricidad, e incluso había visto algunos generadores rudimentarios que escupían chispas, no más largas que una pestaña, pero no se imaginaba que a este tipo de energía se le pudiera dar un uso tan intensivo.

En las paredes altas del espacioso vestíbulo se alineaban distintas obras de arte; los marcos dorados brotaban del zócalo alto y se prolongaban hasta el techo. Pero, aun estando abarrotado de cuadros, se notaba que alguien se había encargado de seleccionarlos. Así, más que la entrada a una vivienda, el atrio parecía un museo que hubiera acumulado más piezas de las que podía aceptar. En cualquier caso, como museo, superaba con creces a todos los que Senlin había visto hasta ahora.

Apostados a intervalos regulares a lo largo de la pared, los agentes de aduanas permanecían inmóviles como soldaditos de plomo, inexpresivos y serios, y todos sujetaban la correa de un perro pequeño sin pelo. Allí la multitud se estrechaba, puesto que los invitados procuraban mantenerse a una distancia prudencial de los canes vigilantes. Por su forma y su tamaño, se asemejaban a los de la raza terrier, aunque la piel sonrosada y desnuda se arrugaba y se descolgaba de una forma grotesca alrededor de las mandíbulas y de los cuartos traseros. Los animales, según le había explicado Ogier la noche anterior, servían para cribar a los invitados antes de permitirles acceder a la propiedad del comisario.

El comisario padecía unas alergias legendarias. Era tan sensible que bastaba con que alguien luciera una flor en el ojal en la misma habitación donde estaba él para que sucumbiera a un

acceso de estornudos y de resuellos. Si los perros detectaban el más leve rastro de perfume, de tónico, de polen o de cualquier otra sustancia contaminante, empezaban a gruñir y se lanzaban a morder al culpable, a quien se expulsaba para no ser invitado nunca más. Esa fue la suerte que sufrió Ogier. Tanto su piel como su ropa despedían siempre algún tipo de olor por el mero hecho de que habitaba en la azotea de una perfumería. No se le permitía acercarse a menos de treinta metros del comisario.

Senlin y Tarrou se habían bañado y habían lavado su ropa a conciencia para evitar ser expulsados. Aun así, el hecho de no oler a nada no garantizaba la entrada. Se sabía que el comisario podía fingir una reacción alérgica si le incomodaba la presencia de alguien. En estos casos, solía argüir que un tufillo, imperceptible incluso para los perros, le irritaba la nariz. Estaba muy orgulloso de lo sensible que era. Y en esto se basó Senlin para trazar su plan.

La lentitud con la que avanzaba la cola y los codazos y empujones que recibía cada pocos pasos lo llevaron a refugiarse en sus observaciones. Estudiaba las obras de arte que los rodeaban, todas ellas cubiertas con un cristal para que los efluvios de las pinturas no degradaran la atmósfera del comisario. La colección abarcaba los más variados estilos y temas. Senlin reconoció a varios de los artistas, de los que trataba en las clases de arte elementales que impartía a sus alumnos.

Al fondo del vestíbulo, una escalera amplia ascendía sinuosa hacia un enorme salón de baile. El resplandor de las arañas de lágrimas hacía que las columnas y los suelos de mármol rosa destellaran como un carrusel. Unos pendones de seda negra, adornados con un astrolabio de oro, colgaban de las paredes. Era la primera vez que Senlin veía aquella bandera, y no sabía qué país representaba.

Un quinteto de cuerda tocaba un vals animado mientras las parejas hacían reverencias, giraban veloces y parecían chocar las unas con las otras en una pista de baile rodeada de espectadores. Senlin nunca había visto nada parecido. Eso no era como la orilla tranquila, donde la gente se amontonaba por la mañana. Allí no era posible pasar desapercibido. Adondequiera que dirigiese la vista, había alguien fijándose en alguien, observando a otros, guiñando el ojo; era un festín de mirones. Entre la multitud, los mayordomos llevaban bandejas de plata cargadas de copas de champán y de canapés con la impasibilidad de un sonámbulo.

Los carcajeos desafiaban a la música que imperaba en el salón. Una mujer rubia se encaramó a un piano lujoso, que aguardaba sin que nadie lo tocara bajo una sábana blanca cerca de donde estaba Senlin, se subió las aparatosas enaguas y dejó a la vista las bombachas blancas en una muestra de jovialidad tan vulgar que Senlin no pudo reprimir una mueca de desaprobación. Su semblante fuera de lugar llamaba tanto la atención que ella, clavando los ojos en él y con una expresión entre coqueta y agresiva, tomó su busto entre las manos y lo comprimió hasta que el escote se desbordó como un pan que se saliera del molde. Senlin intentó ocultar la repugnancia que sintió tras una sonrisa prieta y ella se mordisqueó el pulgar sin dejar de mirarlo. Tarrou le exigió por lo bajo que dejara de ponerle cara de asco a todo el mundo como un bicho raro. Habría salido corriendo de allí de no haber sido por el gigante, que lo retuvo por el brazo mientras se abría camino con él hacia el corazón convulso de la gala.

Tarrou se desplazaba entre los asistentes como si la fiesta la hubiera organizado él. Saludaba a los hombres con una palmada en la espalda, reconciliaba a las parejas enfadadas con un chiste verde e incordiaba a todos los mayordomos con los que se cruzaba para renovar su copa. Senlin estaba seguro de que el gigante había nacido para esos ambientes de locos. Tanto era así que le preocupaba que se olvidara del plan y que se entregara por completo a los brazos de su antigua vida de sociedad. Sin embargo, entre un flirteo y otro, Tarrou siguió arrastrándolo por entre los estrechos huecos que se formaban fugaces entre la gente, de forma que cada paso los acercaba un poco más a su destino.

Como habían acordado, Tarrou acompañó a Senlin hasta donde la obra maestra de Ogier estaba expuesta, solitaria, entre las puertas de la terraza. La enorme galería parecía atraer a los muchachos emperifollados y a las mujeres atrevidas. Entraban y salían como golondrinas que revolotearan en torno a un granero. No obstante, la migración formaba un hueco en las inmediaciones de la obra, y fue ahí donde Tarrou dejó a Senlin.

—Andaré un rato por ahí. Tengo muchas manos que estrechar y muchos sucesos que relatar. Hace meses que no me dejo caer por una mascarada de estas. Tenga paciencia. Tómese una copa. O tres. —Y, sin más, el gigante desapareció entre la miríada de faldas y de fracs.

Se sentía como si hubiera dado con la lumbre de la fiesta, idea que de pronto le recordó a Edith. Al pensar en ella, se estremeció. Tras él, los bailarines pirueteaban con dudosa elegancia. Se giró hacia el cuadro de Ogier y extravió la mirada en él como si fuese una hoguera.

El cuadro era tal y como el artista se lo había descrito: pequeño, de unos treinta y cinco centímetros de alto por veinte de ancho. El grueso marco dorado, que duplicaba las dimensiones de la obra, parecía engullirlo. Enseguida reconoció el estilo de Ogier. Una niña con el cabello trenzado y vestida con un traje de baño blanco contemplaba el estanque azul. El agua la cubría hasta los tobillos. Algunos otros bañistas se habían aventurado más adentro, pero ella parecía encontrarse apartada y sola. La pequeña era la protagonista y el centro de la escena. Estaba de espaldas al observador. Aunque no se le veía la cara, Senlin percibió su inquietud. Parecía debatirse entre adentrarse un poco más y quedarse cerca de la orilla. Un resplandeciente barco de papel blanco colgaba laxo de su mano. Pese al reflejo cegador de la luz, la sombra de la niña se proyectaba por debajo de ella como un agujero. Parecía levitar sobre unas aguas profundas. El efecto era extraño y hermoso…

Su embeleso se vio interrumpido de pronto cuando Tarrou le puso su ancha mano en el hombro. Al girarse, se encontró con un hombre menudo y delgado que vestía un traje gris hecho a medida. Los bajos de los pantalones le quedaban tan arriba que se le veían los calcetines. Un mechón de pelo plateado, tan delicado y rígido como un anzuelo, reposaba enroscado sobre su frente formidable. Tenía los ojos del color de la argamasa mojada, y la tez pálida y cerosa le confería el aspecto de un dibujo en blanco y negro.

—Señor Senlin —dijo el hombre con una voz aguda y cantarina—. Tengo entendido que debo darle las gracias por el regreso de Tarrou. Ha conseguido lo que no ha sido posible ni con decenas de invitaciones. —Dio un taconazo y miró a Senlin haciéndole una breve reverencia irónica.

—Permítame presentarle a su eminencia, el comisario Emmanuel Pound —dijo Tarrou, que inclinó el cuerpo aún con mayor pomposidad, aunque, como enseguida observó Senlin, con el mismo ademán irónico del comisario.

Se le había advertido que no debía intentar estrechar la mano hipersensible del comisario, de modo que respondió con otra reverencia, si bien con toda la sinceridad de la que fue capaz. Al erguirse de nuevo, dijo:

—Tiene una colección soberbia, comisario. Lo felicito.

—Sí. Este Ogier es uno de mis predilectos. —Pronunció el apellido del pintor de un modo distinto a como lo decía el propio artista, insistiendo en la ge y articulando el resto de las letras como si tuviera que regurgitarlas—. Está valorado en trescientas minas. —Era una cantidad mareante. Senlin podría haber construido dos escuelas más con ese dinero—. Una ganga, lo sé. Aunque, se lo aseguro, valdrá el doble cuando haya terminado con él. —El comisario se llevó el dedo a los labios como si fuera un secreto y estuviera hablando con Senlin en confidencia. Este dudaba que el comisario quisiera mantener el alcance de su fortuna en secreto, pero se tapó los labios del mismo modo. Quería ganarse su confianza, así que tendría que hacer de papagayo—. Me comentaba Tarrou que es usted un entendido en arte —prosiguió el comisario, que echó el cuerpo un tanto hacia atrás como para estudiar a Senlin desde otra perspectiva.

—Tengo escritos un par de análisis.

El director procedió a explayarse, adornando su discurso con alguna que otra demostración de sus conocimientos. Sabía lo suficiente sobre el tema para hacerse pasar por un experto en arte, aunque casi todas las obras que cubrían las paredes eran nuevas para él. Si el comisario mencionaba una corriente artística con la que Senlin no estaba muy familiarizado, él la atacaba con una vehemencia sistemática. Era la táctica que empleaban sus alumnos menos aventajados: burlarse de lo que no se habían molestado en estudiar.

El comisario se mostró de acuerdo.

—No me fío de los críticos a los que les gusta todo. Si todo es bueno, no hay nada que tenga valor. Sin basura no hay oro, ¿no le parece?

—Totalmente —mintió Senlin—. No obstante, esta obra —se giró de nuevo hacia el cuadro de Ogier—, *Niña con barco de papel*, es digna de admiración. La calidad de la luz que entra aquí parece haber inspirado un estilo innovador. Podría considerarse elemental, quizá, pero también es evocadora y meticulosa a su manera.

—Estoy de acuerdo. Tengo un gusto impecable —dijo el comisario, que giró la muñeca ligeramente para invitar a Senlin a que continuara.

—Me encantaría redactar un trabajo sobre esta paleta tan rompedora. Aquí, por ejemplo… —Se inclinó hacia el cristal grueso que cubría la pintura de Ogier y, cuando el comisario se acercó para fijarse en el mismo detalle, Senlin fingió una serie de estornudos repentinos y espasmódicos.

Horrorizado, el comisario se apretó contra Tarrou a la vez que se protegía la cara con los brazos. Con los ojos grises saliéndosele de la tersa cabeza de muñeco, dio una voz para alertar a los guardias. Los ladridos de los perros se elevaron sobre el bullicio de la sala.

Una oleada de jadeos y de chillidos sofocados se propagó entre los bailarines. Sobresaltados, los músicos titubearon y dejaron de tocar. Los agentes de la pechera azul aparecieron desde de distintas direcciones. En un abrir y cerrar de ojos, habían rodeado a Senlin. Uno de los guardias le acercó al comisario una bandeja de peltre en la que le traía una máscara antigás de goma negra. Dos filtros de papel de oro sobresalían de las mejillas de la careta a modo de colmillos romos. Con una presteza instintiva, el comisario Pound se pasó la protección por la cabeza y se la apretó bien a la cara. Unas gafas oscuras, enormes como la tapa de un tarro de mermelada, le ocultaban los ojos. En apenas unos segundos, el comisario había dejado de estar totalmente expuesto para quedar blindado por completo. ¿Cómo iba Senlin a complacer entonces a alguien que carecía de expresión? Sin embargo, no había tiempo para preocuparse por eso.

Se apresuró a explicarse:

—No estoy enfermo, comisario, se lo aseguro. Soy muy sensible a cierto tipo de olores, nada más. —Sacó un pañuelo y se sonó con delicadeza, casi sin producir ningún ruido—. Le parecerá absurdo, pero creo que alguien ha dejado un rastro de perfume en su cuadro.

Se dio unos toquecitos en los ojos para secárselos, mirando por encima al comisario mientras interpretaba. Las lentes ahumadas impedían que viera nada. La máscara amortiguaba la respiración del comisario, al que parecía no faltarle mucho para empezar a hiperventilar. Toda la concurrencia los miraba expectante.

Poco a poco, el pecho del comisario volvió a inflarse y vaciarse a un ritmo normal. Transcurridos unos instantes más, se puso derecho y levantó un dedo, señal de que los invitados debían seguir a lo suyo. La música dispersó la tensión del ambiente; se oyó una risa ahogada, la mujer que se había encaramado al piano dio una patadita tímida y la fiesta se reanudó. La gente, según observó Senlin, estaba más que acostumbrada a los arrebatos del comisario y había aprendido a lidiar con ellos de una forma bastante eficaz.

Aún con la máscara antigás puesta, el comisario salió a la amplia terraza, y los agentes hicieron que Tarrou y Senlin desfilaran tras él. Puesto que aún no tenía muy claro qué suerte le esperaba, Senlin actuó como si para él todo formara parte de una visita guiada. A los jóvenes que andaban besuqueándose junto al antepecho, en cuanto vieron aparecer al comisario enmascarado y al séquito de guardias, les faltó tiempo para regresar al salón.

Cuando al cabo el comisario se quitó la máscara, Senlin comprobó que el diminuto y alérgico anfitrión lo estaba escrutando. Tenía la expresión de alguien que intentara ver algo a lo lejos teniendo el viento soplándole de frente con fuerza.

—Parece que el gusto por el arte no es lo único que tenemos en común —señaló momentos más tarde.

Senlin se esforzó por conservar la seriedad de su expresión, aunque no pudo evitar que un escalofrío lo atravesara desde el es-tómago hasta la coronilla. Por supuesto, no había percibido el menor rastro de perfume en el cuadro, pero apostaba a que el comisario preferiría entrar en el juego antes que arriesgarse a perder su condición de nariz más sensible del Balneario. Con la esperanza de que la vanidad de aquel hombre lo llevara a presumir incluso de sus puntos débiles, había dado pie a una competición a partir de un defecto.

—Pese a la originalidad del cuadro de Ogier, son muchas las fragancias que lo ensucian, debido a que su estudio se ubica sobre una perfumería de señoras. Hasta la última fibra de sus lienzos está impregnada de olores. Esperaba que el cristal los contuviera. Una lástima. Tendré que volver a bajarlo al almacén. —Pound se enderezó el cuello de la chaqueta y le bastó con girar la muñeca para que los agentes se apartaran de él.

—Comisario Pound —se apresuró a intervenir Senlin—, quizá aún sea posible rescatar el cuadro.

—Lo siento, profesor Senlin, pero nunca corro riesgos cuando se trata de mis vías respiratorias.

—En ese caso, permítame hablarle de un sencillo proceso de deso-dorización. Se trata de una técnica que tuve que aprender en su momento. —Se pasó el pañuelo por la comisura de un ojo—. Si no consigo eliminar de la pintura hasta la última traza de perfume, usted no habrá perdido nada. Y, si da buen resultado, la obra podrá seguir ocupando su lugar de honor en la pared. Sería una pena guardar una joya como esa cuando no hay necesidad.

El comisario le devolvió la gloria perdida al rígido bucle plateado que le caía sobre la frente, después de que la junta de goma de la máscara espantosa se lo hubiera revuelto.

—No suelo fiarme de los buenos samaritanos, señor Senlin.

—Tengo mis motivos, desde luego. Mientras el cuadro es sometido a la desodorización, me gustaría estudiarlo y, con su aprobación, después plasmaría mis conclusiones por escrito —respondió Senlin como si le hubiera hecho una pequeña confesión.

—No termina de atraerme la idea de cederle una de mis propiedades a un desconocido.

—No le pediría nada semejante, comisario. De hecho, el proceso al que me refiero solo requiere de luz solar. La exposición directa a los rayos del sol, según recogen las investigaciones, neutraliza casi cualquier tipo de agente contaminante, aunque en el caso de los cuadros hay que llevar a cabo la exposición de una determinada manera para proteger la pintura de la decoloración y del craquelado. —El «craquelado» era uno de los conceptos más complejos del ámbito del arte sobre los que había leído. Ahora podía aprovecharlo a modo de credencial, y parecía haber surtido el efecto deseado. El comisario sonrió—. Tal vez podría acordonar un rincón en uno de sus puertos aéreos, y así yo…

La sonrisa se desvaneció en el acto, sustituida por un ceño fruncido, recto como la ranura de un buzón.

—¿El puerto? De ningún modo. Sería imposible de asegurar. Aparte de los delincuentes profesionales, piratas y contrabandistas, está infestado de cretinos de tres al cuarto: de imbéciles, borrachos, matones, perritos falderos, rameras, ladronzuelos… —El comisario no había llegado a concluir la lista cuando decidió regarla con la copa de champán que cogió de una bandeja. La letanía paranoica le recordó a Senlin los numerosos cargos que había oído recitar antes de que aquel muchacho fuera decapitado por la Mano Roja.

Comenzó a angustiarse. El plan dependía por completo de este paso; debía apartar al comisario del cuadro de Ogier, debía llevarlo fuera y alejarlo de los agentes, de los cañones y de los perros vigilantes. Si no lo lograba, el resto del plan sería un enredo inútil.

Tarrou miró a Senlin con una discreta sonrisa engreída en la cara, como diciéndole: «¡Mire cómo se desmorona su plan, director! ¡Mire cómo su caballo de tres patas y dos cabezas intenta trotar!».

—Comisario, con su permiso. —El gigante se quitó el sombrero, que más bien parecía una seta venenosa, e hizo una genuflexión—. Hay muchas maneras de cocinar un huevo. Si no me equivoco, es usted propietario de un trozo de sol. ¡El solárium! Es un lugar perfecto para relajarse, sí, y no por ello deja de ser seguro. Una vez me comentó que solo puede accederse a él por el edificio de los Despachos. ¿Sus hombres no disponen de un cuartel allí? ¿Qué otro sitio podría estar más protegido? El profesor podría tomar sus notas mientras observa cómo el sol desempeña su función. —A Tarrou parecía convencerle mucho la idea, aunque Senlin no compartía en absoluto su entusiasmo. No conocía el edificio de los Despachos, pero el nombre no le inspiraba demasiada confianza.

—No suena del todo descabellado —dijo el comisario, aunque Tarrou continuó engatusándolo. El profesor haría de canario en la mina de oro; cuando ya no sintiera el cosquilleo de ningún perfume, el cuadro pasaría a considerarse compatible con el aire de la mansión.

El comisario accedió enseguida. Invitó a Senlin a que acudiera al solárium por la mañana.

—Les diré a mis hombres que estén pendientes de su llegada. Y aceptaré un ejemplar de su libro una vez que lo haya publicado —dijo el comisario al dejarlos para acercarse a conversar con otros invitados—. Confío en que me incluya en los créditos.

—Se lo dedicaré con todo mi agradecimiento —le aseguró Senlin, que sonrió mientras le hacía una reverencia.

Capítulo ocho

A menudo, la forma más sencilla de abrir una puerta es llamando a la misma.

Guía popular de la Torre de Babel, IV. I

De la noche a la mañana, las burbujas del champán se habían convertido en arena y, al despertarse, Senlin no podía levantar la cabeza.

Se giró de costado para salir del surco que había dejado en la cama del hotel y encendió la lámpara de gas de la cabecera. Cuando el resplandor le picoteó los ojos, hizo una mueca de dolor. El abrigo, los pantalones, la camisa, los calcetines y las botas formaban una estela en el suelo.

Vagamente, recordaba haber estado de celebración con Tarrou después de marcharse de la gala del comisario. Su amigo había iniciado la juerga lanzando el sombrero estúpido al estanque de una patada y echándose sobre su robusto hombro una enorme botella de champán. Senlin ignoraba de dónde la habría sacado. Tarrou insistió en ir a divertirse por ahí. Antes de que Senlin pudiera negarse, el gigante inclinó la botella hacia él y le bañó la cara, obligándolo a tragar para defenderse. ¡Ah, ojalá pudiera decir que se había visto forzado! Sin embargo, cuando Tarrou dijo: «Vaya a acostarse si quiere, Tom. ¡Yo soy una mosca que no vivirá más que un día! Debo retozar hasta que muera», Senlin se sumó al retozo por voluntad propia.

Vertió un poco de agua en la palangana de cerámica mellada que había sobre la cómoda y se mojó la cara. Se afeitó despacio frente al espejo sin mirarse en él. No sabía muy bien por qué habían salido tan contentos de la fiesta. El plan, mal trazado desde el principio, había terminado de desbaratarse. ¿Qué había que celebrar?

La estrategia consistía en llevar el cuadro fuera, donde había más formas de escapar y menos agentes. Un puerto aéreo bullicioso parecía el lugar más conveniente; era tan caótico como las aduanas, pero no estaba sometido a una vigilancia tan intensa. A cada hora llegaban al puerto centenares de turistas acaudalados. Habría infinidad de maneras de distraer a los guardias. Senlin esperaría a que algún turista, quizá un ricachón con una jaula para pájaros llena de billetes, llamara la atención de los agentes. Aprovechando el revuelo, cambiaría el *Niña con barco de papel* original por una de las copias de inferior calidad de Ogier. El artista le dijo que tenía muchas, y con suerte alguna de ellas podría servirles. Senlin dudaba que los agentes notaran la diferencia (al fin y al cabo, no eran críticos de arte), y confiaba en que pasaran días o semanas

hasta que el comisario estudiara el cuadro con la atención suficiente para darse cuenta de que le habían robado. Para entonces Senlin ya estaría camino de casa con Marya del brazo.

¡Qué sueño tan bonito!

Tarrou tenía razón cuando dijo que el plan era un caballo de tres patas y dos cabezas. Dudaba que Senlin reuniera las habilidades de prestidigitador que un cambio así requería, como también dudaba que fuera capaz de soltar el lienzo del marco en cuestión de segundos. Además, ¿cómo pretendía introducir la copia y retirar el original? ¿Acaso pensaba guardárselo bajo la pechera?

Poco importaba ya. No había convencido al comisario para que trasladara el cuadro al puerto. Tendría que echarle valor y entrar en los Despachos, que, por lo que Tarrou le había contado, eran un laberinto de oficinas, cuarteles, arsenales y calabozos. Tal vez la mejor ocasión para robar el cuadro había sido cuando aún colgaba en la mansión del comisario. En ese momento, lo único que podía hacer era aguardar a que surgiera una nueva oportunidad.

En cuanto se hubo recuperado un poco, se acercó al conserje del hotel y le pidió una hoja de papel. El empleado, que desde hacía semanas tenía a Senlin por un cliente pobre cuyas propinas se correspondían con su bolsillo, le ofreció un papel fino y un tanto arrugado que olía a humedad. Demasiado aturdido aún para responder al desaire, Senlin aceptó la hoja y redactó una nota para el artista.

Estimado O:
Necesito una buena copia de la *Niña*. Llévela a la cafetería esta tarde.
Atentamente,

S.

Confiaba en que el pintor supiera interpretar el mensaje. Las circunstancias parecían exigir cierta discreción. Remitió la nota plegada al ático que Ogier ocupaba encima de la perfumería y se la dio al conserje para que este se encargara de enviarla. El hombre se sorprendió cuando a cambio recibió un siclo, una propina más acorde a la tarea. No era momento de escatimar en gastos; debía tener la certeza de que la nota llegaría a su destino. El conserje chasqueó los dedos para llamar a un botones joven y se despidió de Senlin con una reverencia remilgada.

El director habría agradecido más el extraño gesto de respeto si este no hubiera reducido su presupuesto a seis siclos. Estaba a dos velas. Cuando volviera a ver a Tarrou, aparte de reconocer la deuda de agradecimiento que había contraído con él, tendría que pedirle que le prestara algo de dinero.

En los estrechos callejones traseros del Balneario, bajo las sábanas que los hoteles habían puesto a secar, un vendedor ambulante entrado en años se había sentado tras una colección de libros estropeados, arrellanado sobre una alfombra raída. Si Senlin pretendía hacerse pasar por un crítico de arte, necesitaría algo en lo que escribir.

Le pidió un diario al vendedor, que le ofreció un libro forrado en cuero crudo. Estaba encuadernado con tosquedad, pero era robusto. Las diez primeras páginas plasmaban los intentos de algún pobre borrachín por escribir unos versos románticos. Senlin los leyó por encima: «Los

hipopótamos escupen sobre nuestra barca de pedalitos. Tu pelo de lino encharca la proa, y mientras remo admiro tu vestidito».

Se estremeció horripilado. Después de pagarle al hombre dos peniques por el diario, arrancó los poemas de cuajo.

El edificio de los Despachos de Aduanas se mantenía aferrado a la pared de la cámara como un molusco gigantesco. Las piedras angulares traseras, todas ellas el doble de altas que una persona, se fundían con la superestructura de caliza de la propia Torre. Los Despachos, demasiado apartados de las cegadoras esferas reflectantes, se recogían en una penumbra permanente. Los rastros del agua condensada, mezclados con unos líquenes parduzcos, oscurecían la mampostería de granito. El edificio le recordaba a un torreón engullido por el musgo.

En las paredes se abrían unas aspilleras, cubiertas de mala manera con cristales opacos, y en lo alto había hombres patrullando los baluartes. Los agentes entraban y salían constantemente por la puerta principal, con unas porras recubiertas de goma negra destellando junto a sus caderas. El rastrillo levantado del interior del pasaje abovedado le recordaba las fauces de un lobo.

Se ajustó al hombro la correa del macuto y se detuvo para respirar hondo y mentalizarse. Debía hacerlo por Marya. Debía convencerse de que era valiente.

Fiel a su palabra, el comisario lo había dispuesto todo para la visita de Senlin. El agente que ocupaba un podio de palisandro bajo un ya familiar pendón negro reconoció de inmediato el nombre de Senlin y llamó al cadete que estaba pasando la escoba por el vestíbulo. El joven, aquejado de acné y vestido con una variante azul claro del uniforme de las aduanas, recibió la orden de acompañarlo al solárium. El cadete dio un taconazo y se despidió con un movimiento seco de la mano. Su obediencia y su mirada perdida apenaron a Senlin; ya había visto en qué estima tenían los Despachos de Aduanas a los jóvenes. En sus pesadillas había revivido una y otra vez el momento en que la cabeza del muchacho salió volando como el corcho de una botella.

El interior de los Despachos estaba enjalbegado e iluminado con bombillas eléctricas que brillaban con la intensidad de un crisol. Por todas partes había armarios repletos de fusiles y sables. Las puertas de hierro chirriaban al abrirse y producían un ruido metálico al cerrarse. Los tacones de las botas golpeteaban el suelo enlosado como un pedrisco. Senlin no tenía claro si las voces que se oían a lo lejos eran las de hombres que reían con estrépito o las de hombres que aullaban de dolor. Todavía estaba esperando a imbuirse de un mínimo de valor. Se sentía minúsculo y quebradizo como una tiza.

Pasaron frente a una biblioteca de mapas que, como si de un terrario se tratara, estaba rodeada de cristales. Dentro se levantaban varias maquetas de la Torre sobre sus respectivos pedestales. Del mismo modo que con los países de los mapas geográficos, cada circunreino estaba pintado de un color distinto. Impresionaba ver hasta qué punto la Torre permanecía inexplorada. Un grupo de oficiales se había congregado en torno al carrito del té, colocado fuera de la biblioteca, con las chaquetas de doble botonadura abiertas y dejando a la vista el forro rojo. Estudiaban a Senlin como una manada de gatos, con la postura relajada, pero sin dejar los ojos quietos. El cadete siguió su camino sin inmutarse. Senlin se alegró de tener una buena excusa para pasar de largo rápidamente. El joven lo guio a través de un cuartel que por su inmensidad bien podría

medirse en áreas. Unas lavanderas estaban retirando las sábanas de las hileras de catres. Saltaba a la vista que el comisario tenía todo un ejército a su disposición.

Cuando llevaba un cuarto de hora siguiendo al cadete a paso ligero, cayó en la cuenta de que la fachada de los Despachos de Aduanas era demasiado breve para dar cabida a un tramo tan largo. Aunque después le vio la lógica: el edificio al completo había sido tallado en la pared de la Torre, a semejanza de una madriguera de conejo excavada en una ladera. Cada paso que daba lo acercaba un poco más a la luz del sol.

Al cabo, llegaron a una escalera de caracol que llevaba hasta una enorme puerta acorazada. El cadete se detuvo y pivotó hacia Senlin, con su cara joven y rubicunda tensada por el esfuerzo que le suponía mirar a los ojos al hombre alto que tenía a su cargo.

—Le ruego que me disculpe, pero ¿puedo hacerle una pregunta, señor?

Senlin asintió con rigidez a causa de la sorpresa.

—¿Cómo es la primavera? —quiso saber el joven. Se notaba que no se encontraba cómodo dirigiéndose a Senlin, por lo que prosiguió aprisa—. He leído que el suelo se abre y que todas las flores brotan al mismo tiempo. ¿Se oye algún ruido? ¿Tiembla la tierra? ¿A qué huele?

El gesto de concentración de Senlin se destensó un tanto. Sabía que la curiosidad del cadete era sincera, por lo que decidió responderle con equivalente franqueza.

—La primavera es gris, deprimente y lluviosa durante las tres o cuatro primeras semanas, mientras la nieve se funde. Las cunetas se transforman en arroyuelos, y todo lo que tocas está frío y húmedo como la barriga de una rana. Hasta que, un buen día, sales y el sol vuelve a brillar; los tréboles han alfombrado las cunetas; los árboles están salpicados de hojas pequeñas, que parecen un millar de puntas de flecha verdes; y el aire huele… —aquí tuvo que hacer un esfuerzo para dar con las palabras precisas— huele igual que una habitación llena de señoras elegantes que se hubieran llevado con ellas un perro mojado.

El cadete consideró la descripción con una sonrisa maravillada, hasta que al momento siguiente su semblante se tornó inexpresivo y volvió a poner la espalda derecha como una baqueta.

—Gracias, señor —dijo, para acto seguido chocar los talones y retirarse.

Senlin lo observó mientras se alejaba, y no pudo sino asombrarse ante la idea: tener ya una cierta edad y no haber visto nunca llegar la primavera. Tal vez el muchacho jamás había pisado el exterior. Sin duda, ese sería el caso de cada vez más gente, a medida que uno subiera por la Torre.

Volvió a centrarse en la puerta y giró el pomo grueso.

Cegado y con los ojos llorosos, se detuvo parpadeando en la entrada del solárium. Lo invadió un alivio inesperado y creciente en cuanto volvió a ver la luz del sol. Se sentía como si hubiera estado ahogándose y por fin, al menos por un momento, se encontrara de nuevo en la superficie.

El solárium sobresalía de la fachada de la Torre como una ampolla. Una bóveda de cristal enmarcado se alzaba más de cinco metros por encima. La luz se dispersaba por el parquet encerado con meticulosidad, donde no había nada salvo un caballete y una silla. Un agente solitario con barriga de abuelo y con el bigote agrisado y marchito se presentó con igual flojera,

agachando la cabeza hacia la mano levantada en un gesto desganado. Pese a su ademán lánguido, Senlin no pasó por alto la larga pistola de chispa que asomaba por su cinturón.

—Me llamo Kristof —dijo—. Usted debe de ser el crítico con las botas manchadas de barro. —Kristof lo escrutó con un recelo paternal, y Senlin se sintió como un niño al que hubieran sorprendido rebuscando en los bolsillos de la ropa de su padre—. Sea tan amable de acercarme la bolsa para que la inspeccione. —El agente cogió el macuto y palpó las costuras, primero apretando los bolsillos y después registrándolos. Miró por encima la guía, el almuerzo envuelto y el cuaderno vacío. Mientras examinaba las penosas pertenencias, a Senlin se le terminaron de adaptar los ojos al resplandor deslumbrante, lo que le permitió contemplar el paisaje—. Súbase las mangas, señor —le indicó el guardia con alguna impaciencia, como si este fuera a todas luces un proceso rutinario. Senlin le mostró a Kristof los finos juncos de sus antebrazos y las pálidas protuberancias bulbosas de sus codos.

A lo lejos, rozando el límite de la cuenca árida, las montañas se recortaban contra el cielo despejado, las mismas montañas por las que el tren de su luna de miel había subido hacía unas semanas, las mismas montañas donde habían disfrutado de la intimidad del coche cama, pese a que la pendiente inclinaba los vagones, los oídos se les obstruían y ambos sentían aletear el corazón en su pecho como un pájaro enjaulado.

Sin embargo, no fue aquel recuerdo tierno lo que lo embelesó, porque apenas unos metros frente a él los globos de un dirigible se mecían imponentes a merced del viento. No solo un globo, sino tres, cada uno más grande que cuantas bolsas de gas había visto hasta entonces.

En una ocasión, Senlin fue a una feria donde un aficionado que tenía un globo aerostático ofrecía viajes con sujeción por un siclo. Aunque él tenía demasiado vértigo como para atreverse a montar, se pasó varias horas viendo subir y bajar la barquilla. En aquel momento, el globo le pareció tan inmenso como la luna, aunque solo podía elevar la pequeña cesta de yute y a sus dos valientes ocupantes hasta una altitud máxima de cincuenta metros. Los tres globos que contemplaba boquiabierto parecían planetas en comparación. Dio dos pasos para ver más allá de la barandilla que rodeaba el solárium, a fin de saber qué clase de vehículo majestuoso requería de tres jupíteres para mantenerse en las alturas.

La nave pendía de una selva de cabos. No guardaba el menor parecido con un barco, como ocurría a menudo con los dirigibles. Más bien semejaba un coliseo arrancado de la tierra. Contó hasta tres hileras de ventanillas superpuestas y distinguió en la base un puente levadizo abierto. La nave estaba amarrada al gigantesco voladizo del puerto aéreo. Sujeta a una de las barandillas del dirigible, la misma bandera negra y dorada que colgaba en la mansión del comisario se azotaba a capricho del viento.

—Monta setenta y ocho cañones. —Kristof sobresaltó a Senlin cuando le habló justo por detrás del hombro, obsequiándole con un aliento fétido como un trapo de tabernero. Senlin se puso tenso, pero no se giró—. Cañones medios de quince kilos que abrirían un buen agujero en una montaña. El casco mide treinta y cinco metros de ancho y cincuenta y cinco de circunferencia. Pasé dieciocho años a bordo montando guardia, hasta que un día —retrocedió un paso y se dio una palmada en la barriga, que rebotó contra su mano como la piel de un tambor— me harté.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Senlin.

Kristof contrajo la papada, que se le derramó sobre el cuello de color maíz de la chaqueta. Parecía estar tasando a Senlin.

—Sí que trae los zapatos manchados de barro. De un barro muy grueso. Todo el mundo sabe qué dirigible es ese. Es la fortaleza volante del comisario, el Ararat.

Aunque Senlin lo ignoraba, se encogió de hombros.

—Tiene un aspecto temible.

—Bien, porque es estable como una muela de molino y maniobra con la agilidad de un murciélago. Una vez que los cañones abren fuego, puedes considerarte afortunado si no te has ensuciado los pantalones. —Kristof eructó y le indicó con la mano que ocupara la silla que acompañaba al caballete en el centro de la sala—. Estudie el cuadro. Tome sus notas. La charla me ha puesto nostálgico.

Kristof empezó a caminar en círculos por el perímetro del solárium dando pasos trabajosos y pesados, con la gorra azul bien calada por encima de los ojos. De vez en cuando, al pasar por detrás de Senlin, este oía el borboteo de una botella empinada.

Se limitó a fingir que estaba estudiando la pintura de Ogier. Sin el cristal protector encima y con el sol, el sol de verdad, sumándose al espectáculo deslumbrante de la escena, el pequeño cuadro lo maravilló todavía más que cuando colgaba en la pared del comisario. Aun así, continuó haciendo como que se había enfrascado en el análisis de la obra. Tomaba notas absurdas y exclamaba entre dientes cuando quería hacer ver que había descubierto algo. Siempre que le era posible, miraba a Kristof mientras este daba sus vueltas pausadas. Intentaba determinar hasta dónde llegaba su intelecto. Saltaba a la vista que estaba un tanto cansado de vivir, y que era amigo de la bebida, aunque Senlin dudaba que fuera tan flojo como parecía. Aquella era una tarea fácil. El tipo de encomienda sencilla que se le asignaba como recompensa a un buen soldado, a un combatiente despierto y tal vez incluso muy astuto.

Senlin le pidió a Kristof que se acercara para compartir el almuerzo con él. Confiaba en que surgiera alguna otra conversación trivial entre ellos. Ambos sentados, el vigilante en el suelo y Senlin en la única silla de la sala, se pusieron a comer los kebabs de pollo fríos que Senlin había comprado. Cuando terminaron, Kristof se sacó del bolsillo de la chaqueta un segundo almuerzo y empezó a zampárselo sin convidarlo a un bocado. En ningún momento mostró interés por los sucesivos conatos de charla amistosa que Senlin le ofreció, a los que contestó tan solo con una larga mirada bovina. El agente masticaba, rumiando como una vaca, sin que ningún pensamiento pareciera inquietarlo, con las comisuras de los ojos enrojecidas. Senlin se preguntó si no lo habría sobrestimado; tal vez no fuera más que un mentecato que se sabía de memoria un par de detalles técnicos. Podía ser el tío deficiente de algún capitán o el amigo de la infancia de algún duque insospechado, por lo que él sabía.

Transcurrido otro par de horas, el sol se situó justo a la altura de la pequeña sala y, más que iluminar el aire, empezó a cocerlo. Senlin se secó la nuca con un pañuelo y dio la jornada de trabajo por finalizada, aunque dijo que volvería al día siguiente. Le pidió a Kristof que guardara el cuadro en algún rincón del interior, donde no le diera el sol, instrucciones a las que el vigilante

respondió con un bostezo mal disimulado. Después de registrar de nuevo el macuto de Senlin, le dijo a modo de despedida:

—Puede que mañana le haga una pregunta, señor Barro.

Senlin no le prestó demasiada atención cuando enfiló sin vigilancia los pasillos de los Despachos de Aduanas. Se sentía optimista, tanto que su paso se había vuelto casi retozón. Quizá su plan no fuera tan disparatado, al fin y al cabo. Quizá funcionara. Se preguntó qué clase de duda tendría pensado expresarle Kristof, y si guardaría alguna relación con la primavera.

Capítulo nueve

> Cuanto más tiempo pase en las salas de Babel, más tirarán de usted las lealtades para con los clanes, los reyes y los gremios. A aquel que camina por cuenta propia se le suele tomar o bien por un turista extraviado, o bien por un vagabundo. Muchos han comprobado que el primero es un hermano natural del segundo.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* IV. XX

Su enardecimiento se evaporó al instante al llegar al Café Risso. Daba por hecho que encontraría allí a Tarrou, acomodado tras una botella entre los parroquianos de por la tarde. No obstante, lo que se encontró fue una terraza vacía, salvo por la mesa donde se habían sentado dos agentes de aduanas circunspectos. Ante ellos tenían sendas copas de vino llenas que aún no habían tocado. Durante las últimas semanas, Senlin había visto muchos agentes embriagados, con la chaqueta azul abierta por completo, paseándose con paso incierto y canturreando entre las casetas de los bañistas, acosando a las muchachas que vendían cigarrillos y naranjas. Los agentes no se mostraban en absoluto comedidos cuando se relajaban. Pero esos hombres no habían venido a distenderse. Parecían dos búhos, con la cabeza rotándoles hacia un lado y hacia el otro sobre el torso rígido, con los ojos vigilantes y abiertos de par en par.

Senlin se alejó de la verja de la terraza. Intentó hacer como que había cambiado de dirección con naturalidad y no porque lo hubieran ahuyentado, pero tenía la impresión de que los agentes se habían apercibido del modo en que había reorientado sus pasos. Se sentía como si llevara todo el plan escrito en la espalda. Se le erizó el vello de los brazos.

Ogier pintaba en el rincón que ocupaba siempre junto a la barandilla de la cafetería, pero, cuando Senlin fue a acercársele, el pintor clavó sus ojos en los de él y, tras lanzarle una mirada de advertencia, los deslizó hacia la mesa de los agentes. Al entender lo que quería decirle, Senlin se desvió de nuevo y continuó hacia el estanque.

Cada vez más paranoico, se alejó bordeando la orilla. Serpenteó hacia el lugar donde solía tenderse Tarrou, pero su tumbona predilecta estaba desocupada. Cuando le preguntó al ayudante que alquilaba las sillas si había visto a Tarrou, el joven meneó la cabeza.

Se preguntó aterrado si su amigo no estaría evitándolo. Quizá había decidido que el impertinente director de escuela le daba más problemas que alegrías. Senlin no se había sentido más solo en su vida.

A fin de no llamar la atención dando demasiadas vueltas, se sentó en un banco de espaldas al agua, desde donde podría seguir los movimientos de Tarrou y de Ogier. Un buhonero

zigzagueaba en su dirección cargado con una caja llena de botellas tintineantes.

—¡Cuatro peniques y se lleva su grapa! ¡Cuatro peniques y se lleva su grapa! —anunciaba una y otra vez como un chotacabras obstinado.

El hombre se detuvo junto al banco de Senlin, insistiendo en su oferta hasta que él ya no pudo soportarlo más y le dijo que le compraría una botella si después se marchaba con su cantinela a otra parte. Contó cuatro moneditas de cobre y, por un momento, se quedó mirando el puñado de calderilla. Era cuanto le quedaba de la pequeña fortuna que había tardado años en ahorrar. ¡Años! ¿Y para qué? ¿Para echarse una soga al cuello y perder a su esposa? No había nada que deseara más que descorchar una botella y vaciarla de un trago.

Sin embargo, no fue el dominio que tenía de sí mismo lo que lo refrenó, sino el miedo. Temía que, cuando la botella se acabara, él ya no fuera más que un capacho.

¿Dónde estaba Tarrou? Debían de haberlo espantado los agentes que se habían sentado en la terraza, o quizá estaba durmiendo la borrachera de la noche anterior. Si se había quedado roncando en alguna parte, no podía haber elegido un momento menos adecuado. A Senlin le hacía falta su amigo. Por supuesto, tenía que pedirle dinero, se lo suplicaría si era necesario, pero también le urgía hablar con él acerca de todo lo ocurrido. Aún debía ultimar una estrategia para introducir la copia de Ogier y sacar el original.

Media hora más tarde, el pintor apareció entre las casetas para cambiarse que separaban la avenida de la orilla. Traía consigo el caballete, el estuche de las pinturas y la bolsa de los lienzos. La carga le resaltaba la corcova de tal modo que parecía aún más molesta. Con la cara enrojecida, se sentó en el otro extremo del banco sin mirar a Senlin.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó Ogier resollando levemente. Encendió un cigarrillo con una cerilla que prendió rasgándola contra la uña del pulgar—. Esos agentes llevan ahí todo el día. ¿Han venido a por usted?

—Espero que no. Habrá sido una coincidencia —supuso Senlin, aunque lo dudaba. Al menos, el pintor compartía su miedo. Le pareció que era lo justo—. ¿Ha visto a Tarrou?

—No. —Ogier dio unos golpecitos rápidos al cigarrillo, hasta que el ascua se redujo a un furioso cono candente—. Espero que no cuente con él. Ya se lo dije, no es de fiar. —Volvió a recogerse el pelo sucio tras las orejas—. ¿Qué tiene pensado?

Senlin le explicó por encima tanto su plan como el contratiempo del solárium, relato que concluyó con las horas que había pasado bajo la vigilancia de Kristof.

—Me registró el macuto como un perro de presa. —Senlin recordó cómo el vigilante le había examinado los brazos, cómo se deslizaba tras él como un gato y lo bien que conocía el armamento del Ararat—. Puede que no sea más que un borracho, o puede que sea almirante, aún no lo tengo muy claro.

A Ogier no parecía tranquilizarle el cariz que presentaba la situación.

—¿Cómo va a introducir la copia?

—¿La ha retirado del bastidor? —le preguntó Senlin, a lo que Ogier asintió—. Tal vez si la pliego y…

—¡Es un cuadro, no un periódico! —exclamó el pintor con la voz desgarrada de pura incredulidad. Segundos después recuperó el control de su tono—. No. Se notarían las grietas. Se

darían cuenta de inmediato de que es una copia. Y tampoco quiero que me devuelva el original todo cuarteado. Puede enrollarlo, pero bajo ningún concepto lo pliegue. Para eso, prefiero no volver a verlo.

—Bueno, lo mismo da. Aunque todavía tengo que pensar qué hacer para sacar a Kristof de la sala. —Senlin apretó la larga botella de grapa. La insulsa etiqueta que la envolvía parecía haber sido dibujada a mano, aunque debía de ser una mano muy poco diestra. De pronto, se le ocurrió la solución a ambos problemas—. ¿Ha traído la copia?

—Claro —dijo Ogier, que sacó un pequeño lienzo enrollado de la bolsa donde guardaba sus materiales—. Es la mejor que tengo. Solo pude trabajar a partir de unos pocos bocetos y de los detalles que recordaba. No sé si la examinarán muy a fondo.

—Pound sabe cuánto cuesta su colección, pero no creo que conozca los cuadros ni la mitad de bien de lo que usted piensa. Podrían pasar años hasta que alguien se dé cuenta de que lo que hay allí colgado es una copia, si es que alguien llega a darse cuenta alguna vez.

—¿Cree que esta solución podría valer para siempre? —inquirió Ogier.

Senlin se encogió de hombros.

—Aunque un día Pound sospechara que es una copia, ¿con qué iba a compararla? Eso sí, si algún día sospechara algo, usted sería la primera persona a la que visitaría.

—Eso mismo me temo yo. Pero no me importa correr el riesgo —aceptó el pintor.

—Bien —dijo Senlin con una sonrisa prieta.

En su fuero interno, volvía a hervirle la sangre. Ogier estaba dispuesto a arriesgarlo todo, incluida su vida y la de Marya, por un simple cuadro. Para él, Senlin no era más que un recadero. Si Ogier faltaba a su palabra y no le revelaba lo que sabía de su esposa, no le dejaría más opción que la de la violencia. Tal vez Tarrou estaba en lo cierto. Tal vez estaba azuzando al perro equivocado. Si entre Tarrou y él acorralaran al pintor en el ático, podrían obligarlo a confesar y…

De pronto, le vino a la cabeza la imagen de un hierro de marcar incandescente. Volvió a ver como la enfermera, o más bien la detestable mujer que se hacía pasar por enfermera, presionaba la vara abrasadora contra la piel tersa de Edith. Recordó con tal realismo el olor nauseabundo de la carne quemada que casi pudo respirarlo de nuevo.

Contuvo el recuerdo con un escalofrío. Le daba vergüenza haber considerado siquiera algo así. Cuando miró de nuevo al artista, ya no estaba furioso con él y, más que ninguna otra cosa, sentía lástima. No era más que otro hombre al que el amor había conducido a la desesperación. Respiró hondo y le dijo:

—Hay que hacerlo mañana. ¿Me dejaría un par de cerillas y un poco de cera?

—Tengo el cabo de una vela. ¿Le sirve? —preguntó Ogier, y Senlin asintió. Cuando el pintor le facilitó el material solicitado, se le encapotó el semblante—. Aquí es donde vi a su esposa por primera vez, en este mismo banco. —No parecía estar del todo cómodo con la confesión. ¿Tendría de pronto remordimientos de conciencia? ¿Habría caído en que, en realidad, había tomado a una mujer como rehén?

—Me estoy jugando la vida por su cuadro —le recordó Senlin—. Antes de que me arriesgue a que me detengan y me ejecuten, dígame, ¿está Marya viva y a salvo?

Ogier frunció el ceño y hundió la mirada entre los adoquines, con aspecto de sentirse tan desdichado como Senlin.

—Sí —dijo al cabo—. Reúnase conmigo aquí mañana a las cinco. Traiga el cuadro. No le haga ni una arruga.

A la mañana siguiente, Senlin volvió a presentarse en el registro de los Despachos de Aduanas. Sin que le asignaran a ningún vigilante, dejaron que recorriera el camino de memoria, capacidad que el miedo le había aguzado. Los pasillos parecían estar un poco más congestionados y los agentes parecían mirarlo más directamente. Se sentía como un colegial tramposo al que el trozo de papel que escondía en el calcetín no lo dejaba tranquilo. Solo su actitud tozuda impedía que echara a correr.

Respiró aliviado cuando dio con el solárium y casi hasta se alegró de ver a Kristof, que estaba apoyado sobre la barandilla comiendo un cruasán. Con una mano se levantaba las lianas del bigote mientras con la otra se llevaba el desayuno a la boca. Senlin le entregó el macuto para que lo inspeccionara, y el vigilante lo registró soñoliento, todavía masticando, moviendo la mandíbula con su parsimonia vacuna. Cuando vio la botella de grapa que rodaba por el fondo de la mochila, la sacó y examinó la etiqueta pintada a mano.

—Grapa. Muy bien. —Le dio una palmada cariñosa al recipiente y volvió a guardarlo en el macuto—. Quítese las botas y remánguese los pantalones —le dijo con cansancio, como si tuvieran que pasar por la misma rutina de su encuentro previo.

Senlin siguió sus indicaciones, sosteniéndose con torpeza sobre un pie mientras se quitaba las botas. El agente miró dentro del calzado, y después le hizo una seña para que se sentara frente al caballete.

La mañana transcurrió de un modo muy parecido a la del día anterior. El sol le mordisqueaba el cuello; Kristof daba vueltas alrededor de la sala, lánguido como un buitre; la chica del cuadro titubeaba cerca de la orilla.

Llegado el mediodía, Senlin sacó las patatas hervidas y los dátiles secos del almuerzo. De nuevo, Kristof se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, seguro de que Senlin querría compartir la comida con él, y no se equivocó. Se alegró mucho cuando vio que también sacaba la grapa del macuto. Bebió de la larga botella como si le ardiera la boca. Senlin tomó un trago mucho más breve mientras el vigilante se relamía el bigote empapado de aguardiente.

Comieron en silencio. De vez en cuando, Senlin daba otro trago rápido antes de pasarle la botella a Kristof, que siempre bebía con más decisión. El vigilante se terminó el almuerzo de Senlin y, de nuevo, sacó el suyo, que engulló con una presteza mecánica. Senlin tomó otro sorbito de aguardiente mal refinado y desvió la mirada hacia el paisaje del exterior. La distancia transformaba el Mercado en uno de los cuadros de Ogier, en una escena compuesta de manchas y de pinceladas coloridas sin un contorno claro. Tenía la impresión de haber subido a una nueva Tierra.

Kristof se levantó a duras penas, con las orejas rojas como un tomate bajo el zarzal de pelo agrisado. El bigote le colgaba al sesgo en torno a una sonrisa bobalicona. Saludó a Senlin con un talonazo entrecortado, se acercó a la puerta dando tumbos y apoyó la espalda contra ella. Poco a

poco, se dejó escurrir hasta el suelo, a la vez que se calaba bien la gorra. Entrelazó los dedos rollizos sobre el cojín de la panza y, en cuestión de instantes, empezó a roncar.

Con la sospecha de que el agente estaba fingiendo, Senlin se puso de puntillas y recorrió el lustroso parquet sin excesiva maña. Decidió que, si Kristof se despertaba, le preguntaría cómo se llegaba al aseo. El arma del guardia se había inclinado hacia arriba al tocar el suelo, de tal manera que el cañón de hierro lubricado pareció pestañear al verlo acercarse. Después de ir y venir varias veces nerviosamente, Senlin alargó el brazo y golpeó la punta de la bota lustrada a base de saliva. Kristof no reaccionó en modo alguno.

Satisfecho al ver que el matarratas había surtido el efecto esperado, regresó junto al cuadro. Retirar el lienzo de Ogier del marco dorado no le supuso un gran esfuerzo, pero separarlo del bastidor de madera, al que estaba sujeto por medio de decenas de grapas, resultó ser un auténtico desafío. Se desabrochó el cinturón, se lo sacó de las trabillas y utilizó el clavo de la hebilla para hacer palanca y extraer los arcos de alambre que rodeaban el cuadro. No apartó la vista del durmiente Kristof mientras trabajaba.

Había introducido la copia de Ogier enrollada en la larga botella de grapa, con el reverso del lienzo orientado hacia fuera. A efectos prácticos, parecía una etiqueta demasiado grande. Había fijado el lienzo al vidrio con un sello de cera casi imperceptible, y después había vuelto a dibujar a lápiz los trazos toscos de la etiqueta. El resultado era bastante convincente; parecía el clásico bebistrajo que se vendía en la calle.

Desenrolló la copia y la colocó en el bastidor vacío. Volver a colocar las grapas resultó ser más complicado de lo que se imaginaba. Enseguida empezaron a dolerle los dedos por la presión que debía ejercer para volver a clavarlas. Cuando alguna se atascaba, se veía obligado a pasar por el angustioso proceso de darle unos golpecitos con el pie de la botella de aguardiente. La tarea le llevó un cuarto de hora, y borrar la etiqueta requirió unos minutos más. No obstante, al final, el cuadro parecía estar derecho, centrado y bien encajado cuando se miraba de frente.

No podía decirse lo mismo de la parte trasera. Si alguna vez lo retiraban del marco, el apaño se descubriría al instante. Pero ya no podía hacer nada al respecto. Solo cabía esperar que nadie separara el cuadro de la pared durante las próximas décadas.

Enrolló el original en la botella negruzca con la pintura hacia dentro. Ablandó el grumo de cera que había traído con la cerilla de Ogier y lo extendió a lo largo del filo para sujetar la etiqueta nueva, que estaba en blanco. No tenía tiempo para volver a dibujar los blasones del marbete, y dudaba que Ogier lo perdonara por pintarrajear su obra maestra, aunque fuera por el reverso. Ya solo le quedaba volver a guardar la botella en el macuto y confiar en que Kristof no se fijara demasiado cuando efectuara el registro de la salida. Con un poco de suerte, estaría demasiado borracho para descruzar los ojos.

Llevado a cabo el cambio, Senlin volvió a sentarse delante del caballete, con el cuaderno abierto de forma descuidada en el regazo y con el sol acariciándole cálidamente la nuca y las puntas de las orejas. Después de haber pasado tanto tiempo contemplando el original, enseguida se dio cuenta de lo que era la copia: una versión inferior. No se trataba en absoluto de una obra burda, y si nunca hubiera visto el original, incluso le habría parecido un trabajo de cierta valía. Pero sí que había visto el original. En la copia, las proporciones de la niña se antojaban algo

inelegantes, tanto que le conferían el aspecto de una enana. El agua, a pesar de los abundantes reflejos, presentaba una textura plana. La sombra antes soberbia e hipnótica que se proyectaba debajo de la criatura ahora parecía un intrascendente trazo negro. La composición, la paleta y el estilo se asemejaban a los del original, pero Senlin podía hacerse una ligera idea de por qué Ogier se había obsesionado con la primera versión mientras que la otra le era indiferente.

Transcurrió otra media hora hasta que Kristof dio un último ronquido y se despertó. Carraspeó con fuerza y se frotó la boca. Pestañeó varias veces, hasta que poco a poco los párpados volvieron a sincronizársele. Se levantó, igual de encorvado que se había dejado escurrir, se enderezó la gorra y se tiró del dobladillo de la chaqueta. Siguió dando vueltas por la sala como si nunca se hubiera parado.

Cuando se situó detrás de Senlin, que permanecía sentado ante la falsificación, el agente se detuvo. Su presencia pesaba cada vez más sobre Senlin. Tal vez Kristof pensara que había sido demasiado generoso con el aguardiente, sospechosamente generoso, de hecho. Tal vez incluso estuviera bajando la mano hacia la empuñadura de la pistola de chispa, con la vista clavada en su nuca, listo para ganarse alguna distinción ansiada. Senlin cerró los ojos con fuerza.

Y así los mantuvo hasta que la voz de Kristof lo obligó a mirarlo de soslayo. Vio al vigilante apoyado en la barandilla, desde donde oteaba el Mercado con indolencia, balanceando la cabeza de un lado a otro, aún adormilado.

—Me habría gustado ser mercader. Habría disfrutado con los viajes, con las mujeres exóticas de piel morena, con la carne fresca, e incluso con la lluvia y con los charcos —dijo, poniendo fin a su prolongado silencio—. Nunca he comido ningún tipo de pescado que no estuviera salado ni bañado en aceite.

—¿Nació en la Torre? —supuso Senlin, aliviado al ver que Kristof no parecía haberse fijado en la réplica.

—Por supuesto. En la Casa de Pell, por siempre erguida. —El agente estiró el pulgar hacia arriba y se dio un papirotazo en la punta de la nariz con él—. Mi madre esperaba que mi carrera me llevara un poco más lejos. Que llegara a canciller, o a duque, o a señor de puerto. Pero nunca se me dio muy bien hacer reverencias ni agachar la cabeza, lo que equivale a dos tercios de lo que es la vida de la alta sociedad, aunque sí que me gustaba el otro tercio —dijo a la vez que guiñaba el ojo y que gesticulaba como si estuviera dando un trago—. Y, ahora, señor Botas de Barro, permítame hacerle la pregunta.

Un tanto halagado por el tono de confianza de Kristof, Senlin le respondió:

—Cómo no.

—Antes era vigía en el Ararat. Me encargaba de evitar que se metiera en problemas, como los que dan la cizalladura del viento o los piratas. Tenía buena vista y sabía interpretar las señales, como el vuelo en picado de los pájaros, las nubes fragmentadas y los pequeños embudos que desarreglan la arena. Por lo que a mí respecta, me da exactamente igual que pretenda robar el cuadro del comisario, señor Botas de Barro. Pero, por curiosidad, ¿sirve a la Casa de Algez o es un lobo solitario?

Senlin fue a levantarse de un brinco, sin lograr más que erguir un poco la espalda. Procuró que su voz no revelara lo sorprendido que estaba.

—No sé a qué se refiere.

Kristof giró sobre los talones para mirar a Senlin, que seguía en la silla con el cuello estirado en un ángulo incómodo. El bigote parecía retorcer su cara en una mueca teatral de desaprobación.

—Verá, estoy cansado de hacerle la vida cómoda al Comandante Mocoso. Ha conseguido que la vida se me haga monótona. —Senlin percibió una amargura sediciosa en la expresión del agente, lo que le dio una mínima esperanza—. Cada puesto que se me asigna es el doble de aburrido que el anterior. Si lo entrego, estoy seguro de que Pound me recompensaría mandándome a vigilar los aseos de la Fuente.

En ese momento parecía del todo sobrio, aunque no dejaba de trasladar su peso de un pie a otro.

—Sé que no es un Avestruz porque no tiene los brazos marcados. Si viene de fuera, debe de ser muy inteligente, tal vez espabilado a la hora de sobornar a otros, o diestro con las armas. —El hecho de que Kristof lo tuviera por alguien tan capaz lo desconcertó. Sin embargo, su perplejidad no tardó en pasar a un segundo plano cuando el agente sacó la pistola, aunque sin apurarse en exceso—. Sus botas están hechas en Algez. He visto la A estampada en la plantilla. Puede que no signifique nada; dicen que las botas de Algez se venden en todas partes. Puede que solo sea una coincidencia. O puede que haya falsificado sus credenciales y que sea un espía de la Casa de Algez.

La acusación confundió a Senlin. Nunca había leído ni oído nada sobre Algez. El ángulo en el que Kristof sostenía el arma no le dejaba pensar con claridad. Dudaba que negarlo todo le sirviera para convencer al agente, y estaba demasiado aturdido para urdir un embuste verosímil. Así las cosas, le soltó:

—Soy el director de la escuela de Isaugh, una aldea de pescadores. Vine aquí a pasar la luna de miel con mi esposa, pero la he perdido. El hombre que pintó este cuadro, que se niega a revelarme el paradero de mi mujer, me coaccionó para que robara el lienzo y se lo devolviera. Accedí solo para recuperar a mi esposa.

Sirviéndose del cañón de la pistola, Kristof se ajustó la gorra a la cabeza, y después se rascó la frente con la mira del arma.

—Miente muy bien.

Por irónico que pareciera, la capacidad de observación y la desconfianza que hacían de Kristof un buen vigía le impedían identificar la verdad. Quizá fuera mejor así.

—Gracias —dijo Senlin, incapaz de elaborar otra respuesta.

—Lástima que no se maneje tan bien con los pinceles. Es una falsificación lamentable. El comisario, o alguno de sus estúpidos especialistas, se darán cuenta en cuanto la vean. ¿Cuánto dinero tiene?

—Dos siclos y medio.

—Un pirata muy pobre. ¡Quién lo iba a decir! Por dos siclos y medio puedo concederle una hora de ventaja. —Kristof enfundó la pistola y le preguntó—. ¿Huelo a bebida?

—Bastante —afirmó Senlin, que alargó el brazo para rebuscar en los bolsillos de los pantalones y del abrigo. Dejó caer sus últimas monedas en la mano de Kristof.

—Entonces le concederé un par de horas. —El agente agitó el brazo con cansancio para que Senlin dejara libre la silla y se sentó liberando un gruñido—. Si un día decidiera trabajar para la Casa de Algez, dígales que escucho sus ofertas. Puedo ser un magnífico ratero.

Senlin no echó a correr hacia la salida, aunque el corazón le latía con tal fuerza que le costó contenerse. Se retiró con paso firme y decidido, como un rey al que fueran a coronar. No saldría corriendo. Bajo ningún concepto.

Kristof lo llamó cuando llegó a la puerta y, al girarse, Senlin vio que el agente señalaba el cuadro con una sonrisa amarillenta como el marfil viejo.

—¿Por qué la enana camina sobre el agua? —preguntó, dejando escapar un hipo que se convirtió en un regüeldo.

Capítulo diez

> El Balneario actúa como una crisálida. Exhaustos, los hombres y las mujeres se sumergen en las termas y, medio mes más tarde, emergen transformados por completo. Cuando uno llega es un gusano, pero cuando sale es una mariposa.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* V. III

La actividad de los Despachos de Aduanas se había intensificado con el cambio de turno. Los pasos de los empleados, amplificados por la acústica extraña de los pasillos, resonaban por todas partes como un motor desajustado. El tufo del cuero y del sudor espesaba el aire. Sin ninguna duda, un ambiente así habría resultado tóxico para… (¿cómo lo había llamado Kristof?) el Comandante Mocoso.

Senlin no podía desprenderse de la sensación de que los agentes lo observaban con más motivo que nunca. Al doblar una esquina cerrada se topó con un hombre al que le sacaba una cabeza. Aunque fue un golpe flojo, se sintió como si lo hubiera arrollado un tren.

El hombre, vestido de blanco, estiró el cuello hacia atrás y lo miró por debajo del borde raído de un sombrero de paja. Su tez sin arrugas ni poros le recordó un huevo cocido, y sus dientes grandes y redondeados parecían estar desgastados a causa de un exceso de fricción, como si tuviera por costumbre roer los huesos de la cena hasta limpiarlos de todo resto de carne. Los ojos azul claro de la Mano Roja tenían un aire distante, casi soñoliento.

—¡Qué alto es! Sí, menudo ejemplar, de frente destacada y labios finos —masculló la Mano Roja en un tono meditabundo—. Con la barbilla y los pómulos afilados, ¡qué trágico semblante! Debe de venir de donde el bacalao, las baladas y los faros. Como salido de un libro de texto, un varón del este de Ur.

La deducción de la Mano Roja fue desconcertantemente acertada. Pese a lo atónito que estaba, Senlin no pudo evitar sentirse impresionado por su inteligencia. Sin embargo, antes de que pudiera responderle de una forma coherente, la Mano Roja pasó por su lado, con los puños recogidos en los bolsillos y con las suelas de sus sandalias de cuero golpeteándole los talones. Senlin tragó saliva para pasar el nudo que se le había hecho en la garganta y se alejó aprisa.

Su única esperanza era que Kristof respetara su palabra. Aunque, a decir verdad, ¿de qué le servían dos horas? Había imaginado que pasarían varias semanas hasta que alguien se diese cuenta de que el cuadro era falso, que Tarrou le prestaría algo de dinero, que recogería a Marya y que estaría a punto de salir de la Torre cuando el comisario soltara a sus sabuesos. Había imaginado que se desvanecería en el laberinto humano, con Marya bien agarrada a él (no solo

agarrada, sino también amarrada, como las hermanas solteronas a las que había conocido en el Mercado). Pero las cosas se habían torcido demasiado.

Un juego de campanas anunció las tres en punto cuando volvió a salir a la calle penumbrosa. El macuto le pesaba en el cuello como una piedra de molino, mientras la botella le castigaba la cadera con la insistencia de una fusta. Eran muchas las manzanas que lo separaban del banco donde debía reunirse con Ogier, junto al estanque destellante. No le quedaba más remedio que echar a correr.

Si el pintor resultaba ser un embustero o un malandrín, si resultaba ser él quien había puesto a Marya en semejante tesitura y si todo aquello resultaba ser un ardid para empujarlo a hacer el trabajo sucio por él, prefería no pensar en lo que le haría. Era capaz de estrangularlo en plena calle, delante de todo el mundo. Se preguntó si alguien intentaría detenerlo, o si los turistas y los esclavos se apartarían y mirarían a otro lado. La mera idea lo espantó.

Por el momento, seguía siendo una persona anónima. A nadie le llamaban la atención las prisas que llevaba. Corría como un conejo por las aceras de la calle, brincando por encima de las cunetas llenas de un agua gris y espumosa, y esquivando a las ancianas y a las doncellas cargadas con las cestas de la colada. Se disculpó una y otra vez, hasta que empezó a pedir perdón de forma indiscriminada. Cuando llegó al paseo peatonal de losas relucientes que rodeaba el estanque, estaba empapado de sudor.

La avenida se encontraba atestada de vendedores ambulantes. Los huecos que mediaban entre los puestos, enterrados bajo toda suerte de hortalizas, de tónicos y de jabones, estaban taponados por un carro, si no por un extremo, por el otro. A duras penas era capaz de escurrirse entre ellos. Giró hacia la orilla, donde la multitud parecía, por el momento, más dispersa, aunque se arrepintió en cuanto supo por qué se había dispersado. Unos agentes de aduanas habían rodeado a un hombre, recién afeitado y con el torso desnudo. A sus pies había una cesta llena de carbón. Estaba presenciando el nacimiento de un nuevo capacho.

En el momento en que vio quién estaba leyendo la lista de los crímenes que el hombre había cometido, se detuvo en seco. Era el comisario Pound, que iba vestido del mismo modo que la noche del baile, con un traje negro que parecía haber encogido varias tallas. También llevaba puesta la espantosa máscara antigás. Las gafas que le protegían los ojos eran tan oscuras como el fondo de un pozo. Parecían mirar a Senlin directamente, y la idea le puso la carne de gallina.

No era justo. Pese a que había buscado a Marya de forma incansable por todas partes, no solo no daba con ella, sino que no podía dejar de correr derecho hacia sus enemigos.

Intentó refugiarse entre la muchedumbre, pero acabó atrapado entre una carreta llena de melones fragantes y un corro de niños que vestían un bañador a rayas, los cuales miraban boquiabiertos al condenado. Según parecía, todos sus crímenes consistían en algún tipo de deuda; el comisario leyó la lista de las cuentas que había dejado sin pagar en distintos restaurantes, sastrerías, salones de baile, teatros y hoteles, así como en muchos otros de los lugares de ocio que podían encontrarse en el Balneario. Senlin tenía claro que las acusaciones se habían exagerado, como las que se recitaron durante la ejecución del muchacho. Aun así, ese drama no le atañía a él, y no tenía tiempo para lamentarse por la suerte de aquel hombre. No tardaría en unirse a él si no se daba prisa.

Introdujo el brazo entre la gente, en un intento por abrirse paso. Sus esfuerzos se vieron recompensados con el pisotón que una niña le dio en los dedos del pie. Al soltar un gañido de dolor, el comisario interrumpió su letanía. Los botes de la máscara antigás rotaron al instante en su dirección.

—¡Señor Senlin! ¡Señor Senlin! —lo llamó Pound—. Me alegro de verlo. —Sus palabras le helaron la sangre, y los niños se apartaron de él. Se sentía como si lo hubieran empujado para que subiera a un escenario—. Tengo entendido que ha estado muy enfrascado en su análisis. Bien. Me gustan los eruditos meticulosos. En un hombre con opinión propia sí se puede confiar. ¿Ya ha terminado el cuadro de airearse?

Senlin asintió, aliviado al comprobar que aún no lo habían descubierto.

—El sol está haciendo su trabajo. El Ogier terminará de limpiarse muy pronto. —Se frotó la nariz y sorbió con delicadeza varias veces—. Ha sido agotador para mí, pero me he llevado una impresión excelente que he recogido por escrito.

—¡Una impresión excelente! —repitió Pound, que le dio una palmada en el pecho a un agente desprevenido para cederle la lista de la sentencia que había estado leyendo. El agente recogió los papeles con torpeza antes de que se cayeran al suelo—. Había pensado que tal vez una entrevista serviría como marco para su artículo. Los datos fríos son demasiado soporíferos. Deberíamos sentarnos y conversar sobre mi forma de entender el arte.

—Sí, cómo no. Por supuesto —aceptó Senlin entusiasmado.

Los minutos se sucedían raudos. ¿Y si Marya se encontraba donde no debía? ¿Y si estaba encerrada en un cuarto al otro extremo del Balneario o sentada en una de las bañeras de la Fuente? Podría tardar horas en dar con ella, aunque Ogier supiera exactamente dónde se hallaba. Tendría que recorrer la ciudad con el disimulo de un ladrón. Como el ladrón que era, de hecho.

Para su alivio, el comisario empezaba a perder interés en el asunto. Senlin se disponía a hacerle una reverencia cuando el hombre bronceado con el torso al descubierto, el nuevo capacho, se abrió paso de un brinco entre los agentes y tomó al director de escuela por la pechera. Lo envolvió en un abrazo desesperado, hundiéndole los dedos en la espalda. Senlin sintió un rechazo instintivo. Giró la cabeza y forcejeó para interponer sus brazos entre ambos, pero el capacho lo agarró aún con más fuerza.

—¡Amigo mío, soy yo!

Senlin echó el cuerpo hacia atrás para examinar de nuevo la cara ancha del detenido, por la que corría una red de hilos de sudor y de sangre debido a los cortes que le habían hecho con la navaja implacable en el cuero cabelludo y en las mejillas.

Sin la barba señorial ni la melena férrica, Tarrou parecía un fantasma al que hubieran sacado de su envoltura. Solo los ojos del color de la pizarra y la voz cálida y grave permitían reconocerlo.

Senlin se volvió de inmediato hacia el comisario.

—Comisario Pound, tiene que tratarse de un error. ¡Este hombre es Tarrou! Estuvo en su casa hace dos noches.

—Estoy tan sorprendido como usted, señor Senlin. Pero aquí no ha habido ningún error; los libros de cuentas no mienten. Hace más de un mes que no paga sus facturas, pese a que ha estado

viviendo como un jeque.

Senlin recordó las numerosas cenas y copas de vino a las que su amigo lo había invitado. Había sido muy obstinado en su generosidad.

—Bien, se ha retrasado un poco en los pagos, pero estoy seguro de que con mucho gusto saldará sus deudas ahora mismo. —Senlin tomó a Tarrou por sus hombros pétreos—. No es momento de remolonear con la cartera. ¡Sáquela ya!

—No puedo —dijo Tarrou. Su humor y su mordacidad se habían esfumado por completo. Cuando lo miró a los ojos, Senlin vio a un hombre que se sentía más que humillado, que se sentía más que desesperado y asustado. Una semilla primigenia había germinado en él. Estaba lívido de la rabia.

De súbito, profirió un rugido por encima de la cabeza de Senlin para dirigirse a la multitud de curiosos.

—Me he traicionado a mí mismo y he traicionado también a mis amigos. He engordado y me he vuelto perezoso. —Se apretó los costados de la barriga, un bulto blando de músculos abandonados—. He bebido, he bailado y me he dejado atontar por las termas, pero nunca he sido libre. ¡Tan solo estaba distraído! Ahora tengo el aspecto de lo que de verdad soy desde hace años: un esclavo. —La gente palideció cuando Tarrou, resentido, se extendió la sangre que le brotaba del cuero cabelludo por encima de los ojos—. Nos regimos por una sociedad, pero todos estamos solos. Tenemos luz, pero nunca vemos el sol. La Torre nos absorbe la vida y a cambio solo nos da un poco de diversión y una muerte ridícula. ¡No aceptéis una muerte ridícula! ¡Exigid fallecer de la forma más grande y atronadora!

A medida que emponzoñaba su arenga cada vez con más odio y más ira, los hombres y las mujeres que se habían acercado a mirar, a ver la escena con un deleite malsano, empezaron a convertirse en el centro de atención. El comisario y los agentes los observaban en busca de alguna señal de solidaridad o de rebelión. Sin embargo, los curiosos permanecieron inmóviles como conejos sobresaltados. Parpadeaban atónitos bajo la sombra de un halcón.

En medio de la tensión insoportable, Senlin apenas se dio cuenta cuando Tarrou le metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Después el gigante lo empujó con tal fuerza que Senlin acabó chocando de espaldas contra la muchedumbre atemorizada.

—¡Y a usted solo le preocupan sus cuadros y su libro! ¡Académico! ¡Anémico! ¡Es tan cobarde como una almeja! ¡Su muerte no revestirá más gloria que una flatulencia!

A Senlin le dolió que su amigo lo traicionara de un modo tan inesperado, sorpresa que se reflejó claramente en su expresión. Pero, al momento siguiente, entendió los motivos de Tarrou. No quería zaherirlo, sino protegerlo. Pretendía hacer ver que en realidad no eran amigos ni, menos aún, cómplices. Así y todo, el arrebato sedicioso de Tarrou lo descolocó. Nunca había hablado de política, siempre preocupado por que alguien pudiera oírlo. Solo entonces, cuando ya no tenía nada que perder, podía decir lo que pensaba, y, a juicio de Senlin, había sido un discurso muy bueno.

Al comisario le bastó con agitar la mano para que los agentes se abalanzaran sobre Tarrou. Con las lustrosas porras negras le azotaron las piernas, y las rodillas se le doblaron al instante. El aguacero de golpes que a continuación le cayó en la espalda y en los hombros terminó de

derribarlo. Aunque yacía hecho un ovillo, el gigante se negó a gritar. Senlin sintió el impulso de meterse en el torbellino de porrazos, abrazarse a su amigo y recibir el castigo con él. Pero eso habría supuesto su final. Tarrou se habría sacrificado en vano y la posibilidad de recuperar a Marya se habría desvanecido para siempre. De nuevo, tendría que actuar como un cobarde, y de nuevo tendría que dejar atrás a un amigo.

El comisario reanudó su conversación con él con naturalidad.

—Venga a casa esta tarde a las ocho, señor Senlin. —La voz de Pound sonaba como una avispa encerrada en una lata—. Tráigase uno o dos lápices bien afilados. Le daré un toque extravagante a su análisis. —Giró la cabeza, dando la charla por concluida, y señaló a Tarrou, que jadeaba entrecortadamente en el suelo, con los ojos hinchados y cerrados tras la paliza. Inconmovible, dijo—: A la pared con él.

A lo lejos, las campanas anunciaban que ya había transcurrido otra media hora.

Senlin hizo cuña con el hombro para abrirse paso entre la multitud. Esta vez nadie le pisó los dedos del pie. La gente se hizo hacia los lados como un río que se ahorquillase para rodear una roca. Y, en lugar de quedarse mirándolo, todos agacharon la cabeza, como si tuvieran miedo. ¿Y por qué no iban a tenerlo? La desdicha era contagiosa. Si a Tarrou, al que todo el mundo apreciaba, se le había sometido a un juicio sumario, sin que nadie abogara por él, ¿qué esperanza podían tener los demás?

Marya. ¿Qué esperanza había para ella?

Senlin encontró al artista sentado en el banco de la orilla, tal y como habían convenido, con las mangas del batín salpicado de pintura enrolladas a la altura de los codos. Tenía las manos apoyadas en el regazo y una expresión plácida y ausente en el rostro. Quien no lo conociera lo tomaría por alguien que había caído en desgracia, por un paria miserable y corcovado. Pero Senlin lo conocía demasiado bien. Ogier no era un hombre digno de compasión. Era inteligente y autoritario, y se había servido de él sin miramientos para conseguir lo que deseaba.

Cuando el artista lo vio, no se movió apenas; se limitó a señalar con la cabeza el otro extremo del banco. Senlin se sentó y, sin mirarlo, habló al aire y a los bañistas que pasaban frente a ellos sin prestarles atención.

—Han detenido a Tarrou. Lo han convertido en un capacho. —Con la cabeza vuelta hacia el pintor, notó que la rabia le encendía las mejillas—. Espero que el cuadro le valga la pena. Desde luego, para mí no la vale. —Sintió que empezaba a perder la compostura. Ardía en deseos de culpar al artista, de responsabilizarlo de todo y de darle su merecido—. Solo dispongo de una hora antes de que su patética copia haga saltar todas las alarmas.

Senlin presenció cómo se interpretaba la obra en el escenario que era el rostro de Ogier. Su expresión se iluminaba, se apagaba y volvía a iluminarse a medida que la incredulidad y la desesperación se escurrían por ella. Daba miedo ver cómo su aplomo se venía abajo, y resultaba fascinante percibir los esfuerzos que hacía para recuperarlo, primero allanando la frente y después aplanando los labios. Una vez que terminó de calmarse, prescindió de la discreción con que se había manejado hasta el momento y miró a Senlin a la cara.

—En ese caso, no tenemos tiempo para esto. ¿El cuadro sigue enrollado en la botella?

—Sí —afirmó Senlin, que deslizó el macuto hacia el otro lado del banco. Ogier lo cogió aprisa, un tanto alarmado por el desdén con el que Senlin había empujado el valioso contenido.

—Espere aquí —dijo el pintor, que dejó a Senlin a solas en el banco. El artista se llevó el macuto a una de las casetas verdes donde los bañistas se cambiaban de ropa, poco más grande que el cubículo de un retrete exterior, le pagó dos peniques por la llave al ayudante amodorrado y se metió dentro.

Al cabo de unos minutos, cuando Senlin estaba a punto de levantarse con la intención de derribar la precaria puerta de la caseta, el artista reapareció y le hizo una seña para que se pusiera de pie.

—Debemos darnos prisa.

—Dígame cómo está Marya —le exigió sin dar un solo paso.

—Por el camino. No tardarán en cerrar los puertos para dejarlo aquí atrapado. Será lo primero que haga el comisario, para echarle el lazo. —Abrió un pequeño acordeón de papel y consultó la cuadrícula impresa. Dedicó unos segundos a consultar el horario del puerto y añadió—: Un transbordador partirá a en punto del puerto norte. Tenemos el tiempo justo para llegar allí.

—No tengo dinero.

—No se preocupe por eso.

—¿Marya está allí, en el puerto norte? Dígame dónde está o le aseguro que… —Le temblaba la voz y tuvo que tragar saliva. Se dio cuenta de que tenía los puños apretados y de que estaba a punto de levantarlos. Una oleada de calor le recorrió la espalda como la mecha de un cañón.

El artista desarmó a Senlin con una sonrisa frágil. En su gesto, compasivo y sincero, no se advertía rastro alguno de la arrogancia que parecía estar cincelada siempre en él. Era como si, de pronto, se hubiera quitado una capucha bajo la que había estado ocultándose desde la primera vez que lo vio.

—Lamento haber tenido que desconfiar tanto de usted, pero debía asegurarme. —Desconcertado, Senlin bajó los puños, y el pintor lo urgió—. Este lugar está lleno de espías y de traidores. Tenía que cerciorarme de que de verdad es el marido de Marya. Me ha presentado cuantas pruebas necesitaba. Usted iría al fin del mundo por ella. Le contaré todo lo que sé, pero tenemos que salir hacia el puerto norte ahora mismo. Debemos darnos prisa sin que lo parezca.

Capítulo once

> La verdad, una vez que es desvelada, a menudo nos trastorna, mientras que con frecuencia una mentira se nos hace más digerible.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, V. IV

Con la cabeza del uno tan próxima a la del otro que parecían dos gemelos unidos, Ogier y Senlin se abrieron paso como pudieron hacia el puerto norte. Eludían a los agentes que rondaban entre los bañistas que paseaban por la curva perfecta de la orilla. No se atrevían a echar a correr. Una banda de metales tocaba con estrépito en un quiosco que no alcanzaban a ver, con el flautín elevándose afilado por encima de la música depresiva. El sol de la tarde ya no deslumbraba, sino que parecía sembrar una enfermedad escamosa que encostraba la piel de los turistas y oxidaba los hoteles apastelados. La Fuente despedía vapor como si fuera la chimenea de una fábrica. Una cría que vendía las naranjas que llevaba en el delantal, y a la que aún le quedaban muchos años para convertirse en mujer, forcejeaba con un caballero lujurioso de cabello cano que intentaba apretarle los labios y acariciarle el pelo. La niña soltó las esquinas del delantal, dejando que las naranjas se cayeran, rebotaran y rodaran entre los pies de la gente mientras se alejaba a la carrera con agilidad. Senlin se acordó de sus alumnos por primera vez en varias semanas. El recuerdo le pareció una especie de cuento, un ideal antiguo y sencillo. Antes soñaba con traer a la clase a la Torre de Babel como parte de un exhaustivo trabajo de campo. Ahora dudaba que existiera nada más engañoso.

Mientras caminaban, Ogier le hablaba como si estuviera recitando una fábula bien ensayada, como si la historia de Marya hubiera estado ocupando su corazón y su cabeza durante las últimas semanas.

Y así había sido.

Marya sorprendió a Ogier al mostrarse interesada en su trabajo (en cómo mezclaba las pinturas y organizaba la paleta, en cómo había desarrollado su estilo rompedor a base de manchas). Escuchaba con toda su atención las explicaciones que él le daba.

Al término de la primera sesión, Ogier contó el pago mientras ella se vestía. Una expresión de aturdimiento le suavizaba el rostro. Uno de los muchos paisajes que había apoyados contra el pretil le llamó la atención. Se acercó a él y después se apartó un poco para examinarlo mejor.

—Son como las motas de un pájaro, ¿verdad? —dijo—. A cierta distancia parecen de un tono, pero de cerca aparecen más colores. —A la vez que se abotonaba los puños de la blusa amarilla,

se volvió hacia el lienzo que ocupaba el caballete. Se reconoció al instante; la melena cobriza recogía aquí y allá un reflejo verde; los labios rojos tenían un toque azul; y la piel del estómago y los senos descubiertos conformaba un abigarramiento de rosas, marrones y morados. Nunca se había visto a sí misma en otro sitio que no fuera un espejo, por lo que esta representación le pareció muy distinta—. No es en absoluto como verte en un cristal. ¿Ese es el aspecto que tengo? —pre-guntó, más maravillada que intrigada.

—A mis ojos —afirmó él—. A menudo, lo más complicado de pintar a alguien es convencer a esa persona de que se parece a su retrato. —Fue una conversación inusual. Ogier no solía importunar con su filosofía a quienes posaban para él. Las modelos jóvenes no tenían ni el interés ni la capacidad necesarios para que le mereciera la pena el esfuerzo; acudían a él para conseguir un poco de calderilla y ahí terminaba todo. Esa mujer, sin embargo, poseía una inteligencia que él rara vez veía entre las multitudes anestesiadas del Balneario, por lo que decidió proseguir—. Halagar a los demás por medio de un retrato garantiza una carrera larga, pero deprimente.

A Marya le pareció una afirmación cargada de lógica y asintió mientras se abotonaba la pretina de la falda.

—Pero, si nos pinta como nos gustaría vernos, no se nos reconocería. ¿De qué sirve un retrato que no es igual que el modelo?

—Exacto —dijo Ogier—. Hay que contar mentiras que no oculten la verdad.

Cuando Marya se fue, el pintor se sentía complacido por su cu-riosidad y su ingenio. De nuevo, se preguntó por qué una mujer como aquella se habría ofrecido a pasar una tarde posando por una cantidad tan exigua. La única conclusión a la que llegó fue que tendría algún tipo de problema.

Y también se preguntó si sería consciente de la magnitud del problema en que se había metido.

Cuando Marya regresó a la mañana siguiente, Ogier no se sorprendió del todo.

Esta vez no le dio tanto apuro ofrecerse a posar para él, e incluso le sugirió que podría contar con ella durante varios días seguidos, si a él le parecía bien. De haberse tratado de otra persona, el pintor le habría puesto reparos y se habría sentido insultado ante la insinuación de que su inspiración dependía del horario de su modelo. Sin embargo, la idea de elaborar un estudio más en profundidad, de llevar a cabo un trabajo más completo, con aquella mujer sagaz y exótica era tentadora. Por tanto, accedió. Le pidió que posara de un modo similar al del día anterior, aunque lo que más le preocupaba era que la sábana cubriera de una manera específica el respaldo de la *chaise longue*. Quería que el cuadro fuera más grande, quería capturar la figura al completo, pero no estaba seguro de cómo proponerle que continuara desvistiéndose.

Momentos después, como si le hubiera leído la mente, Marya salió de detrás de la cortina desnuda del todo y se colocó en el sofá con la elegancia natural de una hoja que caía del árbol. Las orquídeas blancas y amarillas parecían abanicar el aire en torno a su cabello, su hombro y su pecho. Ogier estaba embelesado.

Mientras el pintor trabajaba, entablaron una charla que transcurrió con naturalidad, no como los intercambios rápidos de cuchicheos ni como los duelos conversacionales de los que tan

amigos eran los jóvenes ocurrentes, sino que hablaron, más bien, como dos ancianos que estuvieran jugando a las damas, dejando sitio para los silencios enfáticos, los consensos tácitos y las respuestas acompañadas de un encogimiento de hombros.

Durante el transcurso de la sesión, Ogier la escuchó mientras poco a poco ella le contaba su historia. Lo puso al tanto de su reciente matrimonio y de cómo la luna de miel se había desbaratado en un abrir y cerrar de ojos. Le relató las primeras horas que pasó sola en el Mercado, el momento en que se dio cuenta de que no tenía su billete de tren ni forma alguna de adquirir otro y cómo enseguida se le ocurrió que debía subir hasta la tercera planta de la Torre, el Balneario, donde, a fin de cuentas, su marido y ella tenían pensado pasar la mayor parte del tiempo. Había dejado atrás las canalizaciones y las calles encharcadas de cerveza del Sótano. Allí recogió un tabardo apolillado que colgaba de la portezuela de un carro de la basura y se cubrió con él. El salacot rojo llamaba demasiado la atención, de modo que se lo guardó bajo el brazo. No habló con nadie, y cuando alguien se le acercaba, rompía a toser como si estuviera a punto de morir de tisis. Incluso los hombres de aspecto sospechoso la miraban con recelo y evitaban cruzarse con ella.

Ogier encontró todo aquel abanico de recursos de lo más deleitoso.

Marya había atravesado el atascadero del Salón en menos de un día al ofrecer la versión más aburrida e insípida que supo interpretar de la señora Mayfair. Se hizo la dormida cuando los distintos personajes empezaron a intercambiar las más afectadas declaraciones de amor, e incluso dio un ronquido cuando fingió despertarse. Se carcajeaba durante las discusiones y actuó como si se hubiera atragantado con una galletita en la escena en que el señor Mayfair le juraba, por segunda vez, que la amaría por siempre jamás. Su papel fue muy criticado por los otros actores, que, exasperados, abandonaron la obra.

Dos días después de haber perdido a su esposo en el caos del Mercado, entró en el Balneario, temiendo haber estado haciéndolo esperar. (No tenía forma alguna de saber que en esos momentos Senlin todavía estaba accediendo al Sótano, escurriéndose como po-día entre la muchedumbre, sus pasos obstaculizados primero porque se negaba a creer lo que le estaba ocurriendo y después por la perplejidad que la situación le causaba). Pronto comprendió que dar con su marido entre la marabunta de turistas y la infinidad de hoteles era una tarea imposible de llevar a cabo.

Cuando empezó a preguntar, hubo quienes se rieron de ella y quienes intentaron extorsionarla. Uno de los proveedores de los hoteles llegó incluso a plantear una forma de pago carnal para que Marya lo recompensara por su ayuda. Gracias a las muchas horas que había pasado en las tabernas, rodeada de borrachos que no entendían de sutilezas, Marya supo muy bien cómo reaccionar ante semejante propuesta, y pagó al proveedor asestándole un puntapié en cada espinilla.

Al término de su primer día en el Balneario, y consciente de la parquedad con que debía gastar el dinero a partir de entonces, le preguntó a una muchacha que vendía jabones dónde vivía. La joven le dio las señas de la pensión para mujeres que regentaba una anciana con cara de ratón, la señora Curd. Los ojos de la vieja bruja eran negros y afilados como la mina de un lápiz. Marya se instaló en un cuarto diminuto ubicado en el ático de la casa de la señora Curd, escondió el

dinero bajo el colchón mohoso del camastro, no más espacioso que un ataúd, y durmió con la ropa puesta, demasiado agotada para soñar con nada.

Al día siguiente, cogió unas monedas sueltas y el salacot rojo y salió a buscar a alguien que pudiera ayudarla de verdad. Estaba segura de que en el Balneario habría alguna institución oficial que asistiera a los necesitados y a los que se habían perdido. La señora Curd le informó de que allí no había nada que funcionara como una misión, pero le sugirió que le preguntara al señor Horace Fossor, un agente de aduanas jubilado que se caracterizaba por los muchos contactos que tenía en todas partes. La señora Curd se ofreció a organizarle un encuentro con él a la hora del almuerzo en la Crepe House. Marya se deshizo en agradecimientos, a los que la mujer de ojos azabachados respondió con una reverencia artrítica.

El señor Fossor resultó ser un hombre perfectamente educado que, además, no tenía ningún vicio, salvo el rapé, que nunca consumía sin antes disculparse, y pidiendo perdón después del inevitable estornudo. Tal vez fuese apuesto en su día. Aún estaba relativamente delgado, y conservaba el cabello espeso y moreno de un joven, pero los papos flácidos y el mentón retraído evidenciaban su edad.

Marya no sabía muy bien hasta qué punto confiar en él, pues ya había aprendido que en el Balneario no convenía bajar la guardia, pero el señor Fossor demostró tener la inusitada habilidad de deducir, a partir de los detalles más nimios, qué era exactamente lo que la preocupaba. Se sintió como si llevara su historia escrita en la cara, en su lenguaje corporal y en el timbre de su voz. El anciano se imaginó lo que le había ocurrido, y ella solo tuvo que confirmarle sus suposiciones, algo que hizo con gran asombro.

Marya le preguntó si aquella destreza para inferir lo que le pasaba era una especie de truco.

—No es ningún truco, querida, solo un olfato especial —respondió un modesto Fossor.

Insistió en que le permitiera recurrir a sus contactos para ayudarla a localizar a su marido. Estaba dispuesto a encargarse de todo por la muy módica cantidad de un siclo por jornada, que le devolvería íntegramente si no encontraba a su esposo transcurridos quince días. Después pagó la comida y salió para ponerse manos a la obra, aunque Marya aún no le había dicho que estaba de acuerdo.

Por otro lado, ¿qué otra cosa podía hacer sino aceptar?

Regresó a la pensión de la señora Curd para reorganizar su presupuesto con el nuevo gasto en mente, pero enseguida se dio cuenta de que el dinero ya no estaba en el escondite. Le dio la vuelta al colchón infecto tres veces antes de asimilarlo. Le habían robado.

De nada le sirvió enfrentarse a la señora Curd. La anciana arguyó que todas las chicas que se alojaban en la pensión eran unas rameras impúdicas de la peor calaña, ¡y que robar era la menos indecente de sus costumbres! Había dado por hecho que Marya no cometería la insensatez de dejar sus pertenencias en un cuarto sin cerradura.

—Yo regento una pensión, jovencita, no un banco —le espetó—. La pensión se paga por la mañana.

Aturdida, Marya se sumergió en el furor cotidiano del Balneario y empezó a deambular por entre la masa de compradores y de vendedores ambulantes, tan apretada como un campo de tréboles. ¡Ah, qué no habría dado por poder recogerse en un pequeño jardín o a la sombra de un

árbol y salirse del interminable paseo circular! Encontró un banco junto a la orilla, se sentó y se sumió en un remolino de pensamientos que le recriminaban su actitud con ferocidad. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Gracias a su astucia, había llegado hasta allí sin ningún problema, y luego lo había echado todo a perder por un simple error.

Su única opción era confiar en reunirse pronto con su marido, pero para eso debía pagarle su estipendio al señor Fossor, a fin de que sondeara a sus contactos.

Fue entonces cuando un artista con el pelo manchado de pintura le dio las gracias por haber sido una modelo tan voluntariosa. Lo cual derivó, concluyó Marya, en su actual trato: ella posaba y Ogier le pagaba lo imprescindible para que el señor Fossor siguiera adelante con sus pesquisas y ella tuviera donde dormir.

—¿Conoce al señor Fossor? —le preguntó Marya—. Tal vez haya oído mencionar su nombre en alguna fiesta o en alguna taberna.

—Señora, en el Balneario se me considera *persona non grata*. Aquí ya no conozco a nadie.

—Ser anónimo tiene sus ventajas. —Marya encogió levemente el hombro, un movimiento exagerado bajo el microscopio de los ojos de Ogier.

—Nunca le diga eso a un pintor —bromeó el artista.

Concluida la segunda sesión, Marya le comentó que el señor Fossor se entrevistaría con varias personas más avanzada la semana.

Ogier se inquietó un tanto al ver que Marya no era consciente de con quién estaba tratando. Lo único que supo decirle al pintor fue lo que el señor Fossor le había dicho a ella, que eran una sociedad secreta de altruistas, hasta el momento ajenos a la influencia inmoral de Babel, y que estaban dispuestos a ayudar a quienes lo merecieran. Eran hombres de principios. Creían en dos economías, una material y otra eterna, donde la moneda era la buena voluntad y la abnegación. Se hacían llamar la Camarilla de los Talentos y, según el señor Fossor, disponían de varios «galeones llenos de oro».

—Me han lanzado un salvavidas —le dijo Marya, y el alivio que la embargaba le contrajo las comisuras de los labios en los dos hoyuelos que flanqueaban su sonrisa—. ¿Sabe cómo me preparé para la eventualidad de que nos separásemos? ¡Teñí mi sombrero de rojo! Si quiero encontrar a Tom, necesito que alguien me ayude. No puedo seguir dando vueltas por las cafeterías con la esperanza de que me vea. Necesito que alguien me ayude.

Ogier, que no tenía ninguna intención de hacer añicos su optimismo, sonrió y se guardó su recelo para sí. Por primera vez en muchos años, le habría gustado contar con una gran sociedad de amigos y de recursos.

La Camarilla de los Talentos. No le gustaba mucho cómo sonaba.

Al día siguiente, Marya se presentó con un nuevo atuendo, un vestido largo de color azul claro y sin tirantes que estilizaba su figura y acentuaba su cuello esbelto. La prenda carecía de los complementos superfluos habituales, como las rociadas de lentejuelas y los estallidos de plumas que tanto se habían popularizado en los últimos tiempos. Era un vestido clásico e imponente, desprovisto por completo de adornos, salvo por el protagonismo que le daba al escote. Era un vestido peligroso.

Esforzándose por ocultar la sorpresa que le había producido la transformación, Ogier le preguntó cómo estaba yendo la búsqueda de su marido. Marya le confesó que los métodos del señor Fossor le parecían algo tortuosos.

La tarde del día anterior, después de la sesión con el pintor, había vuelto a quedar con el agente jubilado en la Crepe House, y el anciano le había insistido en que dejaran la cena hasta que pudiera ponerse un vestido formal para la ocasión.

—Querida, he estado muy ocupado sembrando las semillas de su virtud entre mis amistades —le dijo el señor Fossor, que aspiró un pellizco de rapé y giró la cabeza para expulsarlo con delicadeza en la acera. Después de disculparse, hizo lo mismo otras dos veces. Cuando dejó de estornudar, se le habían enrojecido los ojos—. He escrito decenas de cartas en las que expongo su caso y, por lo que parece, ya hay varios miembros de la Camarilla que se han interesado por usted. —Se inclinó sobre la mesa, con los carrillos apretados en torno a la boca fruncida con decisión—. Uno o dos de ellos podrían estar listos para dedicar todos sus recursos a la búsqueda de su marido. Créame, no hay hombres con más principios, pero también son prácticos. No respaldarán a nadie que parezca… —miró apenado la blusa hecha jirones de Marya— vivir en la indigencia. Saben que, por naturaleza, la necesidad hace deshonestas a las personas. Por tanto, desconfían. Debe parecer que está desesperada, pero no arruinada, si eso tiene algún sentido. En resumen, hay que pulirla.

Marya le confesó que le habían robado el equipaje en el Mercado y que, en ese momento, contaba con los recursos justos. Pagar a la señora Curd por la habitación y la comida y pagarle a él por sus servicios era cuanto podía permitirse.

El anciano, inmediata y casi ansiosamente, se ofreció a comprarle un vestido.

—Estoy seguro de que su marido podrá compensarme los gastos extras, y conozco a una costurera excepcional que me debe un favor. —Cuando Marya adujo que prefería no contraer una deuda demasiado grande con él, el señor Fossor insistió—. Véalo así: debe concederme al menos la oportunidad de llevar la búsqueda a buen puerto. Ya le he dedicado muchos esfuerzos. Si no encuentro a su marido, ya decidirá si se queda con el vestido o lo devuelve, como guste. —Sonrió, retrayendo los carrillos en un gesto un tanto lobuno.

Aunque el trato no la convencía del todo, no podía discutir que tenía su lógica. Si parecía una vagabunda, acabarían tratándola como a tal. Así, se pasó el resto de la tarde dejando que le tomaran las medidas para confeccionarle el vestido nuevo, bajo las indicaciones de Fossor, en una *boutique* de postín.

Mientras pintaba, Ogier escuchaba el relato cada vez más alarmado. Aunque no tenía muy claro cuál sería el verdadero fin de Fossor, dudaba que existiera ninguna camarilla de filántropos acaudalados. Con independencia de la fachada con que esos hombres tan nobles engalanaran su supuesta caridad y de la moneda con que hicieran sus negocios, en la Torre solo funcionaba una economía, y no era eterna.

—Esta noche, el señor Fossor va a presentarme a algunos de sus amigos —dijo Marya mientras volvía a vestirse concluida la sesión.

Ogier frunció el ceño mientras pellizcaba los pinceles para extraer la pintura y les daba un baño de trementina. Su gesto hizo que Marya le preguntara si estaba disgustado con su trabajo o

con ella, la modelo. El artista la tranquilizó.

—No, está quedando muy bien —le dijo, y señaló el lienzo y la figura casi espectral que empezaba a aparecer en él. Estaba satisfecho con las proporciones y con la atmósfera de la escena, aunque no con su expresión, que parecía reflejar unas emociones encontradas; la boca sonreía con una gracia natural mientras que en los ojos se atisbaba una mirada feroz—. Será un gran cuadro, estoy seguro, o, al menos, así lo espero. No, es usted quien me preocupa. ¿Está segura de que lo único que pretende ese tal señor Fossor es echarle una mano?

—Lo más probable es que no —admitió Marya—. Parece un hombre codicioso y presumido, y hasta un tanto superficial. No tengo ninguna duda de que querrá exprimirle hasta el último penique a Tom, pero solo es dinero.

—Eso mismo dicen los ricos, aunque ellos nunca hablan en serio —señaló Ogier, y le pagó la jornada.

Capítulo doce

> Uno no debe sentirse obligado a asistir a todos los bailes, ni a aceptar todo lo que se le proponga, ni tampoco a apurar todas las copas que se le sirvan. En ocasiones, el sol brilla más cuando se mira desde la sombra. En ocasiones, para disfrutar plenamente del paisaje, antes debemos tomar un poco de distancia.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel*, V. XIV

El corazón de Senlin se comportaba como la burbuja de aire de un nivel; le subía y le bajaba por la garganta, en busca de un centro que parecía haberse desvanecido.

Fue la descripción que Ogier hizo del vestido azul pastel de Marya lo que se lo recordó, lo que le trajo a la memoria el extraño libro lleno de tachones que había rescatado semanas atrás. La *Confesión de un esposista*, o comoquiera que se titulara, hablaba de una teoría del color que, en su momento, le había parecido de un esoterismo imposible. Ya no la veía de la misma manera.

Las fachadas de mármol de los hoteles relumbraban con las ascuas de la luz vespertina. Se agarró al brazo de Ogier, y juntos corrieron embalados entre las sombras de las marquesinas de los salones de baile y de los restaurantes, sombras que parecían estar carcomidas bajo las lámparas especulares que rotaban en las alturas como ojos flotantes.

* * *

Los siguientes días transcurrieron de un modo muy similar. Marya llegaba por la mañana y se marchaba a media tarde. Durante los descansos ocasionales, Ogier preparaba té y sacaba unas pastas que ella comía mientras él fumaba cigarrillos. Contemplaban el paisaje desde la fortaleza de la azotea, al amparo de las orquídeas, de los tapices deslavados por el tiempo y de los efluvios exquisitos, y se sentían en calma.

Marya era una modelo nata. Era consciente de su figura, pero no estaba enamorada de ella; sabía relajarse sin caer en la dejadez. La pose resultante era mucho más bella que las que solían adoptar las muchachas más jóvenes.

Y siempre, mientras Ogier trabajaba sentado, mezclando las pinturas y retocando su expresión indefinida, dando pinceladas y corrigiendo los trazos equivocados, ella le relataba lo ocurrido durante la velada del día anterior.

Todas las noches acompañaba al señor Fossor a alguna fiesta privada. El agente jubilado elegía el lugar y, cuando ella le preguntaba, él se negaba a explicarle qué lo llevaba a optar por un

determinado sitio. Las *soirées*, como el anciano las llamaba, se celebraban en lujosos salones alquilados, cuyas paredes siempre estaban guarnecidas a base de sedas y de pan de oro o de plata.

Una *soirée* era un evento más serio que una gala, pero no tan formal como una cena. Un grupo de hombres bien vestidos y de mujeres de aspecto remilgado que no parecían conocerse entre sí asistía al lugar acordado. Siempre había un anfitrión sociable que conversaba con todos ellos, aunque, más que a mezclarse con el grupo, se dedicaba a animar el ambiente. Marya no tenía mucho que hacer, aparte de sentarse, asentir a lo que le decían, sonreír y mirar el piano con melancolía. Porque siempre había un piano, y de forma indefectible, este sufría los abusos de una tropa de aficionados atrevidos y de graciosos sin oído musical. Era una tortura. Si se hubieran sentado a tocar el piano de pared del Blue Tattoo, los habrían abucheado hasta hacerlos llorar.

Antes del comienzo de cada velada, y a modo de ritual, el señor Fossor le repetía con minuciosidad cómo debía conducirse. Debía esperar a que los otros invitados se dirigieran a ella. No debía hacer mención nunca de la apurada situación en que se hallaba, y tampoco de su particular tragedia, a menos que le preguntaran al respecto de manera expresa. Ya se encargaría Fossor de abordar ese tema cuando lo estimara oportuno; lo único que debía hacer Marya era irradiar encanto y aparentar merecer la atención y la ayuda de los demás.

—Son personas muy discretas, querida. Sin embargo, pese a la generosidad que caracteriza a los Talentos, la caridad les parece una grosería. Se inclinan más hacia el mecenazgo. —Enfatizó esta última palabra haciendo bailar sus papos.

A Marya le ofendía un tanto que Fossor no la tuviera por una mujer del todo refinada en el ámbito de las relaciones sociales, pero, puesto que tampoco era una experta en ese tipo de círculos, supuso que quizá había ciertas normas de etiqueta con las que no estaba muy familiarizada.

—Y, se lo ruego encarecidamente, querida, nunca converse con las otras jóvenes. Sus familias las protegen con gran celo y les inquietaría que una… mujer adulta criada en un ambiente exótico como usted influyera en sus hermanas y en sus hijas. Sé que suena absurdo, pero me evitará tener que calmar los ánimos de mucha gente si guarda las distancias con ellas.

«Criada en un ambiente exótico». Parecía que estuviera hablando de un armiño albino, o de una pepita de ámbar, o de un limo-nero del desierto. Marya dudaba que existiera una forma más aburrida y contraproducente de comportarse en una fiesta, pero decidió seguir los consejos de Fossor y ceñirse a su papel. Al menos, durante las primeras noches.

Al principio, las reuniones la tenían algo confundida. Sonreía y asentía hasta marearse, aunque rara vez interactuaban con ella. Se pasaba las veladas comiendo canapés y tomando jerez o champán. Se entretenía imaginando historias sobre aquellos hombres repeinados y vestidos con los trajes más variados, en unos casos de corte elegante y en otros de tipo militar o incluso de un cómico estilo pícaro. Nunca había visto tantos cuellos de encaje en una misma estancia. De vez en cuando, el señor Fossor se le acercaba en compañía de un capitán o de una cortesana, y Marya, dando por hecho que pertenecían a la Camarilla de los Talentos, los saludaba con lo que ella consideraba un desenfado chispeante. Sin embargo, sus nuevos conocidos nunca tardaban en

encontrar algún motivo para excusarse y dejarla a solas con Fossor, cuyos papos sostenían su ceño fruncido como dos sujetalibros plomizos.

Era normal que se sintiera despreciada; la única conclusión a la que llegaba era que estaba haciendo algo de forma incorrecta, aunque no terminaba de identificar el qué.

Después de varias noches sintiéndose el apéndice de la fiesta, le preguntó al exasperado señor Horace Fossor qué podía hacer de otro modo. En un rincón de una sala de música, mientras un joven de manos titubeantes tocaba un piano con más humor que talento, Fossor le dijo por lo bajo:

—Querida, me está costando mucho conseguir que alguien se interese por su situación. Supongo que no hay nada que hacer. Pasa usted desapercibida.

—¿Y qué esperaba? Si no me permite entablar conversación con nadie. No es culpa mía que sus fiestas sean tan lamentables. Si fuerzo la sonrisa un poco más, me van a reventar las mejillas —susurró Marya con aspereza.

—¿De verdad su encanto no da para más? La tenía por una mujer más ingeniosa —replicó Fossor con amargura, y aspiró otro pellizco de rapé. Esta vez no se disculpó al estornudar.

Marya empezó a temer que el agente jubilado se cansara de apoyarla y pasara a ocuparse de algún otro asunto, de alguna otra buena causa. Dudaba que pudiera permitirse a alguien que la ayudara más y daba por hecho que tendría que devolver el vestido, que parecía servirle de vale para seguir siendo esa buena causa.

—Permítame exponer mi solicitud con claridad, señor Fossor. Tal vez una petición sin ambages sea más…

—De ninguna manera. Si me ven con una indigente cogida a mi brazo, será mi perdición. Usted no sabe quiénes son estos hombres. Créame, no les interesan las personas lastimosas, los mendigos ni los leprosos. Solo les interesa la gente que aún puede redimirse. No, es evidente que me he equivocado… —Un aplauso tibio los interrumpió cuando el pianista aficionado dejó de titubear y concluyó del todo su actuación—. Me inventaré algún pretexto y nos marcharemos —dijo impasible. Sin darle la ocasión de protestar, se giró y la dejó sola.

Marya le describió a Ogier con cierto detalle la rabia que sintió de pronto. Sabía que su paladín acababa de darle la espalda sin contemplaciones, como el ser ruin que sin duda era, y que tendría que ponerse a mendigar. Se había cansado de ser tan decorosa y, a decir verdad, le había escocido que el anciano dejara caer que tenía una personalidad demasiado apagada como para despertar el interés de nadie. Decidió que, si las esferas de la aristocracia iban a rechazarla, al menos montaría una escena de despedida.

Nadie reparó en ella cuando se alisó la falda para sentarse en el banco del piano, ni en lo petrificada que se quedó por un momento ante la idea de tocar en público cuando llevaba tantas semanas sin ensayar, y sin el apoyo de una partitura. La única canción que le vino a la cabeza era una vieja balada de marineros, una endecha romántica que gozaba de gran popularidad en el Blue Tattoo. Tenía muy claro que no encajaría en modo alguno con el gusto refinado de su audiencia, pero en ese momento no le sobraban las opciones, de modo que, con una indiferencia pícara, inició su interpretación de una forma tan enérgica y a un volumen tan elevado que un caballero

que estaba apoyado en el piano dio un brinco y se echó la bebida por encima como si se hubiera quemado.

Su voz se alzaba sobre las notas fieras como el tañido de una campana durante una tormenta. Entregó sus emociones por completo a las estrofas trágicas que narraban el ahogamiento de un pescador joven y el suicidio de la viuda desdichada. Tocó a pesar de los jadeos de incredulidad y de los abucheos ocasionales; cerró los ojos y cantó a pleno pulmón; cantó hasta sentirse de nuevo en casa, en la cabaña que compartía con Tom, con su querido Tom; cantó hasta que la expresión franca y seria de su marido apareció ante ella y se le rompió el corazón.

Exhausta, concluyó con un tamborileo de notas graves que cayeron sobre el público enmudecido.

Cuando abrió los ojos, un hombre de barba rubia y rasurada se había sentado con ella en el banco y estudiaba su perfil con curiosidad.

—Toca igual que corre un ciervo: con una gracilidad pavorida.

Antes de que pudiera contestarle, Fossor ya estaba a su lado, aunque parecía importarle más la presencia del otro hombre que ella.

—Una interpretación insólita, señora —dijo.

—¿Oh? Tan solo pretendía pasar desapercibida —respondió Marya, que se regodeó al ver a Fossor abochornado. El agente jubilado iba a contestarle cuando ella le dio la espalda y se fijó en el hombre que se había sentado junto a ella. Llevaba un traje elegante de lana gris y tenía un rostro agraciado, si bien sus mejillas aún conservaban los volúmenes plenos de la muchachez. La barba parecía una forma de compensar ese rasgo—. Y usted, señor, ¿también calificaría mi interpretación de insólita?

—Ese era el carácter que quería darle. Se siente orgullosa de ser diferente —dijo el hombre con una sonrisa inteligente, aunque como si tuviera una impresión demasiado buena de sí mismo.

—Mejor disfrutar con el mal gusto propio que intentar satisfacer gustos ajenos —sentenció ella, a lo que su nuevo conocido respondió con una risa espontánea.

—¡Maravilloso! Señor Fossor, debe usted presentarme a esta encantadora hedonista.

Marya pasó el resto de la velada conversando con el joven aristócrata barbado, bajo la mirada atenta del señor Fossor. Procuró no hablar de forma explícita ni de su mala fortuna ni del marido al que le era imposible encontrar, aunque hilvanó una serie de indirectas con las que venía a decir que no vivía del todo sin ciertas necesidades. El hombre, por su parte, pareció solidarizarse con su causa, aunque no terminara de tener claro en qué consistía, y le aseguró que siempre estaba dispuesto a ayudar a sus amistades.

Una vez que abandonaron la fiesta, Fossor la felicitó por haber despertado el interés de aquel invitado.

—Es un hombre muy importante, un auténtico príncipe, y parece que le ha caído usted en gracia. Creo que estaría dispuesto a ayudarla.

La idea confortó a Marya, pero el proceso seguía pareciéndole demasiado artificioso. ¿Por qué todo el mundo coqueteaba con todo el mundo? El hombre había evitado hablarle sin rodeos acerca de su vida, hasta el punto de que ni siquiera le había revelado su nombre. ¡Dudaba mucho que las costumbres del lugar exigieran que la gente mantuviese su identidad en secreto!

—¿Cómo se llama?

—Todo a su tiempo, querida. Es un hombre célebre, tanto como el celo con el que protege su intimidad, aunque estoy seguro de que muy pronto empezará a mostrarse más abierto con usted.

Marya le contó todo esto a Ogier a la mañana siguiente, mientras posaba sentada para él.

Y la mañana posterior a esa, que resultaría ser la última vez que el pintor la vio, Marya siguió hablándole del aristócrata misterioso al que ella había puesto el apelativo de «el Conde».

—Lo llamo así porque le molesta. Y no veo por qué debería ser más simpática con un muchachito tan ufano.

Había asistido a otra fiesta, más exclusiva, en la que continuó fascinando al Conde, tanto que este dedicó la mayor parte de la velada a intercambiar bromas y ocurrencias con ella, mientras detallaba qué virtudes caracterizaban las distintas añadas de jerez. A los otros invitados les molestaba que ella lo tuviera monopolizado. El Conde, que ignoraba las miradas de desaprobación de las otras jóvenes, le insistió primero en que tocara otra canción para todos, después en que saliera a dar un paseo por la galería con él y, por último, en que le confiara su mayor deseo.

Aliviada al haber llegado por fin a la meta de sus coqueteos, Marya le dijo:

—He perdido a mi esposo, y necesito que me ayude si quiero volver a verlo.

El hombre tomó sus manos entre las de él, resguardadas por unos guantes de confección fina, y accedió de inmediato.

—Encontraré a su marido.

—¡Oh, eso es maravilloso! ¡Maravilloso! Empezaba a temer que… —Se interrumpió para no excederse en su entusiasmo. Las manos de ambos, con las de él cerradas sobre las de ella como la concha de una ostra en torno a una perla, brincaron jubilosas.

Para gran gozo de Marya, el Conde le prometió devolverle a su marido la noche siguiente.

—Señor Ogier —le dijo Marya el último día que se vieron—, hoy me reuniré de nuevo con Tom, si de verdad el Conde tiene la mitad de la influencia que asegura.

De nuevo vestida con el precioso vestido azul pastel, rodeó el caba-llete del pintor para ver el fruto de una semana de trabajo. Ogier dio el cuadro por terminado, aunque le habría gustado perfeccionar las hojas de las orquídeas que asomaban sobre el hombro pálido. Marya se miró solo un momento antes de dejar escapar una risa sonora.

El pintor, comprensiblemente afligido, se encogió como si le hubieran dado una bofetada.

—No, no, es precioso. ¡Es una obra maestra! Es solo que me preguntaba qué dirá Tom cuando le enseñe a qué he dedicado nuestra luna de miel. Porque pienso enseñárselo. ¡Tengo que hacerlo! —Se rio de nuevo—. Por favor, deje que lo traiga aquí mañana.

Ogier se inquietó; no había considerado la eventualidad de tener que enseñarle a un hombre casado el retrato de su esposa desvestida.

—Espero que él tenga tanto sentido del humor como usted.

—En absoluto, pero no existe hombre más razonable que él. Lo aceptará; aunque le parecerá extraño y complicado, lo aceptará. Comprenderá que el que me ofreciera a esto fue lo que me permitió sobrevivir hasta que nos reencontramos.

—En ese caso, estoy deseando conocerlo —dijo Ogier, más tranquilo.

Marya tiró del pintor para que se levantara de la silla y lo abrazó con el vigor de una hermana. Una sonrisa de satisfacción le sonrosó las mejillas.

—Me ha salvado. No lo olvidaré nunca. Y el cuadro es una delicia. Ojalá yo también pudiera ver el mundo así. Tiene un ojo muy romántico.

* * *

Cuando a la mañana siguiente Marya no regresó, Ogier supuso que sería una buena señal; tal vez, en efecto, se había reunido con el hombre con el que acababa de casarse, y después, durante el curso natural de la mañana, había decidido que prefería no mostrarle a su marido (ni volver a ver) cómo se había estado ganando la vida exactamente. No podía culparla. Aun así, se llevó una pequeña desilusión. Aquella mujer había sido una presencia liberadora y alentadora. Le había hecho bien. No obstante, al examinar a fondo el retrato, debía admitir que había cometido un error. La atracción que sentía por su carácter había influido en el resultado; había capturado el ideal, pero no a la mujer. Lo encontró poético. Ella había posado con perfecta naturalidad, y él, sin pretenderlo, le había conferido un aire vanidoso.

Estaba preguntándose si debía rehacer el cuadro de memoria (una tarea, cuando menos, arriesgada) cuando un joven con barba interrumpió su meditación al irrumpir en la terraza.

Traía puesto un extraño traje de montar, complementado con una chaqueta de cuello rígido y unos calzones fruncidos. Un cinturón de cuero rojo sostenía la funda larga de una pistola con la empuñadura bañada en oro. Lo seguían de cerca otros dos hombres y, aunque sus ropajes no eran tan lujosos, ambos tenían los hombros anchos y portaban un sable al cinto. Si se guiaba por la descripción de Marya, aquel muchacho debía de ser el Conde misterioso. Los hombres se distribuyeron por el ático como si los hubieran invitado a pasar. El artista no estimó prudente anunciarles que no era así.

—Usted es Ogier —supuso el Conde sin el menor asomo de incertidumbre en su voz—. He venido a por el último cuadro que ha pintado. Ah, aquí está —dijo, y se colocó ante el retrato que el artista estaba pensando rehacer. La pintura todavía emitía destellos húmedos—. Le seré sincero, me esperaba algo bastante peor. Sin embargo, el parecido está muy logrado, señor Ogier. Lo felicito. Le pagaré diez minas por él; sin duda, el doble de lo que vale.

Desconcertado por que el Conde hubiera invadido su casa, Ogier no reparó de inmediato en lo que su aparición implicaba.

—¿Qué hace aquí?

—Verá, cuando Marya me puso al tanto de cómo usted se había aprovechado de su situación precaria, lo primero que se me pasó por la cabeza fue ejecutarlo. —El joven barbado bajó la mano hasta la culata de oro de la pistola y, por un momento escalofriante, el pintor estuvo seguro de que iba a dispararle allí mismo—. Acechar a las muchachas para satisfacer sus instintos carnales es un vicio aborrecible, señor Ogier. —Apartó la mano del arma para abrirse un poco el cuello de la chaqueta. Se inclinó hacia el cuadro, de espaldas al pintor, cuyos ojos brincaron hacia los lacayos que le cerraban el paso—. Sin embargo, un hombre aborrece sobre todo lo que detesta de sí mismo. —Se giró hacia Ogier con un gesto lascivo en el rostro y, entonces sí, el pintor lo entendió todo—. Es inútil rebelarse contra quienes somos.

—No ha encontrado al marido de Marya.

—Claro que lo he encontrado —dijo el Conde, que dio un paso atrás para hacer una reverencia exagerada—. Porque soy yo, a falta de los trámites formales. A continuación, se volvió de nuevo hacia el cuadro y miró la esquina inferior donde figuraba la firma de Ogier en relucientes letras negras. El Conde frotó el nombre con el pulgar protegido por el guante, emborronándolo por completo—. Hoy le perdonaré la vida porque soy amigo de la discreción. Pero, si vuelvo a verlo, o si llega a mis oídos que ha estado hablando de mí o de mi futura esposa, le haré lo que acabo de hacer con su firma. Le pondré el pulgar encima y apretaré con fuerza. Espero haberme expresado con claridad. —Se quitó el guante manchado, dejando al descubierto unos dedos inmaculados, tan blancos como las teclas de un piano—. Coge el cuadro —le dijo a uno de los dos lacayos. El hombre levantó la mano en un gesto formal de saludo, agarró el retrato como si fuera un bebé llorón y lo llevó afuera con los brazos estirados ante sí. El Conde dejó caer una bolsita de fieltro en la mesa del pintor—. ¿No guarda ningún boceto de Marya? ¿Ninguna otra pintura?

Ogier meneó la cabeza con sequedad.

—Si me entero de lo contrario… —El Conde le asestó una contundente bofetada con la mano que aún tenía enguantada. Cuando el pintor aún no se había recuperado de la conmoción, el Conde tiró el guante a sus pies, giró sobre los talones y salió de la terraza.

Capítulo trece

> Los alisios trepan por la Torre siguiendo una sinuosa ruta en espiral. Las naves no se desplazan en vertical como una plomada, sino que se abren paso dando vueltas, al igual que una enredadera que se abrazara a un árbol. «Arriba» no siempre queda en línea recta.
>
> *Guía popular de la Torre de Babel,* I. XIII

Al principio, no le gustaba. Se esforzó por verla con mejores ojos, como habría hecho cualquier educador imparcial y competente, pero ella se resistía a ganarse su aprecio e insistía en agotar su paciencia, como la cima que rechaza al montañero exhausto. Al cabo, él desistió y se dejó escurrir por la pendiente de su antipatía.

La había heredado del director que acababa de jubilarse, que era la viva imagen del año viejo, aquel que decía adiós con la barba encanecida y luenga como una manga catavientos. Senlin, por el contrario, parecía encarnar el año nuevo, con las mejillas todavía sonrosadas y un poco rollizas, con los ojos casi llorosos a causa de las esperanzas que tenía puestas en las mentes jóvenes del mañana. El señor Regimond DeSeay, el decrépito director de cincuenta y tres años y de unos mil cien alumnos, le legó a Senlin las llaves de la escuela una sofocante mañana de verano, inauguración a la que solo asistieron un par de conejos bien cebados a base de tréboles que se habían agazapado junto al seto.

Mientras pensaba en las grandes mejoras que haría en este santuario del aprendizaje irreparablemente antiguo, Senlin imaginaba que recibiría algún sabio y último consejo por parte del director canoso, quien parecía estar masticando todavía los residuos del desayuno, aunque quizá tan solo estaba calentando la maquinaria de las mandíbulas. DeSeay tomó aire entrecortadamente. Senlin se inclinó hacia él.

—Marya Berks es una tocanarices de cuidado. Mucha suerte.

Tal vez «una muchacha muy precoz» habría sido un calificativo más acertado (y, desde luego, más amable) para el comportamiento que la joven señorita Berks tenía en clase. Con la barbilla acomodada en la mano y con el codo afianzado en el pupitre, parecía una auténtica filósofa, impresión que venían a reforzar sus ojos claros y sus labios fruncidos al sesgo. Pero, si de verdad era filósofa, no apoyaba otra doctrina que la de llevar la contraria.

Contradecía todo lo que él afirmaba, la lógica que empleaba, las evidencias que aportaba y la autoridad que ostentaba, con una persistencia tan exasperante que raro era el día en que Senlin no acababa castigándola. Primero le retiró el secante y el tintero, un privilegio del que solo disfrutaban los estudiantes de los últimos cursos, y los sustituyó por la pizarra y la tiza que

empleaban los novicios. Después le asignó el balde de zinc y la toalla, con la cual debía restregar el encerado todas las noches, borrando todos los diagramas que se habían acumulado a lo largo del día. Aun así, ella lo hostigaba con su curiosidad insubordinada: ¿el sol no tendría que estar hecho de carbón? ¿De verdad el cero es un número o tiene más de letra abstracta? Si no se sabe quién construyó la Torre de Babel, ¿cabe la posibilidad de que la levantara alguna otra especie animal hoy extinta, como una raza de escarabajos ingeniosos, tal vez?

Senlin trasladó el pupitre de Marya al frente de la clase, de forma que el borde delantero tocara la mesa de él, pero ella, lejos de sentirse intimidada por que ahora la vigilara más de cerca, vio una oportunidad para criticar los trazos alargados de la letra con la que escribía en la pizarra. Cuando él le giró el pupitre hacia la pared, ella protestó levantando la voz, que resonó como si tuviera las amígdalas de un gigante. Pero no se amilanó en ningún momento. Lo único que cambiaba a diario era el color del lazo con el que se recogía el pelo, rojizo como un arce en otoño.

Puesto que Senlin aún no había desarrollado la astucia ni la piel de elefante de un maestro veterano, las preguntas de la colegiala empezaron a minar la confianza que tenía en sí mismo. Al término de ese primer año, detestaba a la pelirroja preguntona porque lo obligaba a plantearse si ella hacía bien en cuestionar sus explicaciones. Tal vez él era un impostor, un bobo incompetente que impedía brillar a los genios del futuro.

Pero entonces llegó aquel primer verano, y con él pudo tomar un po-co de distancia. Al verse de nuevo con tiempo para hacer sus cometas, para pasear por los acantilados y para releer las cartas que sus queridos profesores le habían enviado años atrás, se dio cuenta de que la situación no era tan insufrible como parecía. Llegó a la conclusión de que lo que a Marya Berks le faltaba era el reto de una responsabilidad. Estaba aburrida. Por tanto, se propuso buscarle algo con lo que entretenerla.

Al comienzo del nuevo año escolar, pero antes de que a Marya se le presentara la ocasión de hacerle perder el hilo de la clase con alguna pregunta fuera de lugar para la que, en realidad, no había respuesta (al menos, ninguna que a ella la satisficiera), Senlin anunció que ella, Marya Berks, sería la docente auxiliar durante el otoño y que, en concreto, se ocuparía de enseñar historia y escritura a los niños de los cursos elementales. Ella impartiría sus clases en un rincón de la parte de atrás de la escuela mientras él se encargaba de los alumnos mayores en la parte delantera. Como no podía ser de otra manera, la señorita Berks tendría que llevar al día sus propios estudios, entre algunas otras condiciones, pero a Marya no le importó en absoluto. Aceptó la propuesta sin pensárselo dos veces.

Tras algunos fallos y deslices iniciales, pronto solventados, Marya empezó a impartir unas clases bien organizadas sobre los fundamentos de la gramática y sobre las épocas elementales de Ur, las cuales tuvieron muy buena acogida entre los alumnos.

No dejó de hacer preguntas ni de inmediato ni por completo, pero, cuanto más tiempo dedicaba a enseñar, más paciente se volvía con las explicaciones de Senlin. Tendía a quedarse después de clase para formular sus preguntas en privado, interrogantes que planteaba en un tono constructivo en lugar de con ánimo de llevar la contraria. A él su actitud seguía pareciéndole egoísta y fastidiosa, pero, por primera vez, se podía tratar con ella.

Tres años más tarde, Senlin era un director experimentado que ya no padecía la terrible inseguridad del principiante, y las espinas juveniles de Marya comenzaban a despuntarse, dejando que florecieran su buen humor y su elegancia. Su relación se volvió cordial, casi profesional. Senlin debía confesar que lamentaría verla partir.

Cuando los alumnos dejaban Isaugh para pasar a un centro de enseñanza superior, era tradición que el director fuera a decirles adiós. Poco amigo de las despedidas, sobre todo cuando tenían lugar en público, aquella no era su tarea predilecta, por lo que solía olvidarse de asistir. En un par de ocasiones llegó a la estación del ferrocarril justo cuando las enormes volutas de vapor salían de la locomotora que ya abandonaba el andén, con lo que, lejos de sentirse culpable, respiró muy aliviado.

El día en que iba a marcharse Marya, Senlin se esforzó por no acordarse de a qué hora salía el tren y, cuando ya solo faltaba media hora para que su alumna embarcara, él todavía estaba subido a una escalera de mano retirando matas de hierba del canalón de su cabaña, sudando bajo el sol asfixiante de mediados de julio con un pañuelo atado a la cabeza. La sacudida de algún tipo de emoción desconocida para él lo urgió a bajarse de la escalera. Debía ir a despedirse de ella. No tenía tiempo para lavarse las manos, ni para peinarse ni para quitarse los calzones de verano y los manguitos de trabajo y ponerse una ropa más formal. Así, parecía un mozo de cuadra que corría por la ancha orilla verde hacia el pueblo y la estación que quedaba al otro lado de la ensenada. A los aldeanos les costaba creer que fuera el director de la escuela quien acababa de pasar a toda velocidad por delante de ellos. Iba embalado como un avestruz despavorido y, entonces sí, los vecinos se convencieron, sin sorprenderse demasiado, de que se había vuelto loco.

A decir verdad, el propio Senlin estaba sorprendido; no sabía muy bien por qué corría ni por qué sonreía.

Las botas de las suelas resbalaron en las tablas desgastadas del andén. Cuando se acordó de que llevaba el pañuelo atado a la cabeza, apenas le dio tiempo a quitárselo antes de divisar a la señorita Berks, que se hallaba parada junto a un baúl, el cual estaba siendo afanosamente pesado y etiquetado por el mozo de la estación. Ese día Marya no lucía ningún lazo en el pelo, el cual se había recogido en un moño práctico que le daba un aspecto más maduro. Llevaba un vestido de cuello alto y de manga larga, y la falda le llegaba casi hasta las puntas de las botas, tan negras y relucientes como la nariz de un *collie*. Puesto que él dio con ella primero, pudo observarla con detenimiento. Y le dio la impresión de que se sentía triste.

Cuando ella lo vio, acercándose con el pañuelo en la mano, su aspecto cambió por completo. Le sonrió con calidez y le dijo:

—Llega tarde, director.

—Imposible. Un director nunca llega tarde —opuso él—. Será que hoy el sol corre más de lo normal.

La broma le agradó, y él se sintió extrañamente complacido. Pronto se dieron cuenta de que llevaban demasiado tiempo allí plantados, sonriéndose y mirando a un lado y a otro, sin decirse nada más. Ella salvó la situación cuando le preguntó:

—¿Y ya tiene a quien me sustituya este otoño?

—Había pensado en poner al señor Barret.

Marya chasqueó la lengua e hizo una mueca de desaprobación.

—El señor Barret es un simplón.

—Oh, nada de eso, es solo que no está acostumbrado a hablar en público.

—En ese caso, será un maestro ideal. Podrá impartir las clases con mímica —dijo ella, e hizo una breve demostración con los brazos.

A Senlin lo desconcertó la risita boba que fue incapaz de reprimir.

El mozo subió el equipaje por la escalerilla del vagón, y si bien ignoró tanto a Marya como a Senlin cuando estos se ofrecieron a ayudarlo, no dudó en aceptar los dos peniques con los que ella le dio las gracias después. La locomotora rugía mientras comenzaba a levantarse un remolino de vapor y el maquinista tocó la campana, señal de que los últimos pasajeros debían apresurarse a embarcar.

Este sería, entonces, el momento incómodo que tanto detestaba Senlin. Estaba pensando en cómo tenderle la mano a Marya cuando esta le puso la suya en el hombro, se apoyó en las puntas de sus botas negras y relucientes como la nariz de un *collie*, y le dio un beso en los labios.

Acto seguido, subió aprisa al vagón, y él se quedó aturdido, mientras les decía adiós con la mano a las válvulas impasibles del tren y al espacio vacío que ella había dejado frente a él, situado tan cerca del motor que se vio envuelto en una nube de vapor.

La locomotora empezó a deslizarse sobre los raíles. Poco a poco, el lamento del tren entró en armonía con las colinas, y ella ya no estaba.

«Llega tarde, director». Notaba la cabeza tan seca y áspera como la lengua, que se le había adherido al cielo de la boca mientras atravesaba la penumbra del camino que llevaba al puerto norte. El medallón de un rayo de sol se balanceaba hipnóticamente adelante y atrás ante él, y a medida que se acercaba, la moneda se transformó en una sartén, y esta en una fuente. Podía oler el aire salado del desierto. «Llega tarde, director», le susurraba Marya dentro de su cabeza, instándolo a atravesar el cascarón de la Torre, agarrado al brazo del hombre a quien ella había confiado sus desdichas. «Llega tarde, director. Llega tarde».

El puerto norte sobresalía de la fachada de la Torre a modo de festón. La galería escalonada le recordaba la concha acústica de un anfiteatro. Unas plataformas anchas se desplegaban a partir de la abertura y conducían a la cabina de la aduana para después dividirse a modo de tridente en tres dársenas separadas, las cuales se sostenían sobre un inmenso entramado de vigas. Solo había un dirigible en el puerto, en el que se acumulaban las cicatrices y los parches habituales de las naves antiguas; parecía el clásico carcamán que un hombre agradecería perder en una partida de cartas intempestiva. Parecía un molusco agrisado colgado de una medusa azulada.

A juzgar por la postura desgarbada de los agentes que estaban apoyados en la cabina de aduanas azul, o bien aún no había saltado la alarma sobre Senlin, o bien esta no había llegado hasta los puertos. Un par de estibadores estaban descargando unas cajas voluminosas de la nave solitaria, dando golpecitos en los postes recubiertos de yute. Frente a la rampa, que se combaba peligrosamente cada vez que los hombres la cruzaban, había una fila de mujeres que parecían estar esperando a que las labores de descarga terminaran para poder embarcar. Todas ellas, pese a su juventud, tenían la tez cetrina, y su aspecto se antojaba frágil bajo el sol estricto.

Ogier le entregó a Senlin un papel, y después le puso diez siclos en la mano.

—Deles el dinero a los guardias y la nota al patrón. Me debe un favor. Pero a usted no le dirá nada, así que no se moleste en en-tablar conversación con él. De hecho, ese sería un buen consejo: no hable con nadie mientras pueda evitarlo. A esa gente no le caen bien los listillos, Tom.

Senlin ponía todo su empeño en prestar atención a lo que Ogier le estaba diciendo, pero estaba demasiado confundido. Tenía la cabeza desbordada de preguntas. No había terminado de darle vueltas a una cuando ya había surgido otra… ¿Quién era el Conde? ¿Cómo podía casarse con una mujer casada? ¿Era peligroso? ¿Era violento? ¿Dónde vivía?

—Nueva Babel es el puerto más cercano —le informó el pintor—. Es todo lo lejos que puedo ayudarle a llegar.

Una pregunta hizo a un lado todas las demás. En realidad, era la única pregunta que importaba.

—¿Cómo puedo encontrarla?

—El guante que el Conde dejó caer llevaba estampadas las iniciales WHP. Estoy casi seguro de que la pe significa Pell. Los Pell son más que una familia; son una dinastía rica y poderosa cuyos orígenes se remontan varios siglos atrás, y, por desgracia, hay decenas de miembros de la realeza inferiores paseándose por ahí, encantados de aprovecharse de su apellido. El Balneario podría considerarse una colonia de los Pell, aunque los nobles lo utilizan como si fuera la casa de su hermandad particular. El comisario hace cumplir su ley aquí; exhibe su blasón, el astrolabio de oro, recauda los aranceles de las aduanas con la autoridad que ellos le confieren y hace subir montañas de oro a su circunreino. Si de verdad ese Conde es un Pell, y por su arrogancia, lo más probable es que, en efecto, lo sea, se llevará a Marya a Pella.

Un grumete tocó tres veces la campana del dirigible amarrado, y al momento siguiente las mujeres empezaron a subir por la rampa traicionera e inestable.

—Thomas, lamento no haber podido confiar en usted desde el principio. Creía que le había enviado el Conde. Estaba convencido de que era un espía que había venido a por mí. Sé que le he puesto a prueba de la forma más ruin. Lo siento.

Una inesperada brisa fresca los envolvió cuando una corriente de aire de un tramo superior descendió rauda en torno a la Torre, y durante unos momentos la ráfaga les impidió seguir hablando. Senlin puso la mano en el hombro hundido de Ogier, abultado por los huesos retorcidos. El viento arrastró consigo las preguntas y las acusaciones por el momento y, cuando pasó, Senlin dijo:

—Gracias por ayudar a Marya. Pero se equivocó, creo, cuando dijo que en la Torre no hay lugar para la amistad.

A Ogier, agradecido, se le iluminó el rostro.

—Sí, somos amigos, ahora que no vamos a volver a vernos nunca más. —Tomó a Senlin por los hombros y lo guio por la plataforma hacia la aduana—. Le he dejado un regalo de despedida en la bolsa. —Le hablaba mientras caminaba por detrás de él—. Nueva Babel está llena de bellacos. Puede usar mi llave. No dispara más que un perdigón, y el gatillo no es muy preciso, pero algún día podría salvarle el pellejo. Me temo que le resultará útil.

—¿Y usted? Si Pound sospecha que… —comenzó Senlin, pero Ogier lo interrumpió enseguida.

—Aunque le gustaría, el comisario no me tocará un pelo. Hay otras piezas más poderosas en juego y, por suerte para mí, me necesitan vivo.

—No lo entiendo —dijo Senlin.

—Y no hay tiempo para explicaciones. *Bon voyage*, amigo mío.

TERCERA PARTE

Nueva Babel

Capítulo uno

El segundo volumen de la serie *Popular* describe las nu-merosas maravillas de Nueva Babel, como, por ejemplo, el nido de los rayos, las capillas de crom, la población de polillas y murciélagos exóticos, y el modo en que se ganó el estimulante apodo de «el Serrallo». ¡Solicite un ejemplar hoy mismo en su librería de confianza!

Guía popular de la Torre de Babel, V. XXII

El galeón se mecía de un lado a otro. Las nubes se escurrían sobre las montañas lejanas, soñolientas como un rebaño al que nadie pastoreara. Tal vez la nave permanecía inmóvil y era lo demás lo que se bamboleaba. No había manera de saberlo. La creciente presión que notaba en los oídos le avisó de que estaban ascendiendo, pero, por lo demás, volar no era la experiencia angustiosa que imaginaba. Todo estaba en calma. Recordaba haber leído que sentirse en calma era a menudo la consecuencia de una conmoción. Cayó en la cuenta de que estaba asimilando bastante bien el hecho de que Marya había sido raptada por un noble extranjero. Demasiado bien. Tal vez aún no se lo creía, o tal vez había imaginado una suerte mucho peor para su esposa. Estaba viva, al menos. En cualquier caso, por ahora, no le preocupaba de dónde venía esa sensación de paz ni cuánto le duraría. El mundo flotaba en torno a él igual que una guardería en torno a una cuna.

Los materiales de los que estaba construida la nave habían sido elegidos por su ligereza: pino, cuerda y mimbre. La barandilla en la que tenía apoyado el codo y el banco en el que estaba sentado se componían de bambú. Todo crujía como un orfeón de bisagras viejas y rechinaba como un coro de grillos. El viento se paseaba por todos los rincones. Senlin viajaba entre una veintena de chicas en la popa del dirigible. Su complexión y su ropa relativamente limpia hacían que destacara como una garza entre una bandada de gaviotas. Las mujeres vestían túnicas y pareos sucios y desgarrados. Llevaban el pelo todo despeinado, y además el viento se lo revolvía y se lo echaba sobre la cara. Por su expresión, se encontraban agotadas, y tenían los ojos vidriosos de un ciervo que, tras una larga persecución, se hubiera desplomado. Una abundancia de cardenales, llagas y manchas de tierra les coloreaba las mejillas. Una de ellas, con el pelo rubio desarreglado, lo miraba de soslayo mientras él las observaba. Por un momento, le pareció que ya la conocía, pero después descartó la posibilidad. Sus rasgos eran bastante comunes, y seguramente se estaría preguntando qué hacía un hombre en un transbordador reservado para las mujeres. Con el mentón levantado para demostrarle que su presencia no la impresionaba, la mujer giró la cabeza de pronto.

Senlin se preguntó qué les habrían hecho para arrebatarles todo asomo de dignidad y de vitalidad. ¿Las habían separado de sus respectivas familias? ¿Habían sido en el pasado, al igual que Edith, independientes y audaces? ¿Habían venido a la Torre o habían nacido en ella? Se preguntó también si su estado actual sería mejor o peor que el de Marya.

El Conde, o W. H. Pell, o quienquiera que fuese, se había tomado muchas molestias para conseguir que Marya se fuera con él por voluntad propia, lo que significaba que tal vez no pretendía hacerle daño. No tenía escrúpulos, y su condición y su riqueza habían hecho de él un niño consentido, pero no parecía un psicópata. No había matado a Ogier, aunque podría haberlo hecho sin ningún problema. Cuando Senlin lo encontrara (porque tarde o temprano lo encontraría), en primer lugar, intentaría razonar con él. Sería menos probable que el Conde se empeñara en apropiarse de la esposa de otro hombre si este se presentaba ante él.

Y, si razonar no servía de nada, ¿qué? Trató de imaginarse retando al Conde a un duelo o a algún otro tipo de lucha igualmente violenta e inútil. No lo consiguió, no llegó siquiera a visualizar la escena. Para tener la cabeza tan llena de conocimientos recónditos, no sabía demasiado bien de lo que era capaz. Se conocía muy poco a sí mismo.

Pero, entonces, ¿cómo era posible que siempre consiguiera salir de las trampas de la Torre, mientras que a los demás (como Edith o Tarrou) los cogían y los castigaban? Eran más fuertes que él, más resilientes, más merecedores de una segunda oportunidad. No le parecía en absoluto justo. Confiaba en que ignoraran a Ogier, pero no parecía muy probable. Pound sospecharía de él. Enviaría a sus agentes a registrar su ático. Cuando descubrieran el cuadro robado, la letal Mano Roja entraría en juego; se formaría una multitud, y una cabeza saldría volando.

No. Ogier escaparía. Era astuto y prudente; no tenía prisa por morir. Senlin se acordó del regalo que el pintor había mencionado y, en efecto, el macuto de cuero pesaba más de lo acostumbrado. Desabrochó los cierres de latón y miró dentro. En el fondo, la pis-tola con forma de llave destellaba recién lubricada. Ogier le había dicho que era una llave de carcelero y que, en el pasado, había servido tanto para abrir distintas celdas de la prisión como para defenderse de los reclusos más pendencieros. Ahora que no servía para abrir celdas, solo cabía usarla como arma de fuego. Senlin no había cargado ni disparado una pistola en su vida. Se preguntó si no sería hora de ir aprendiendo.

Al dejar la llave en su sitio con cuidado, vio una tablilla que no reconoció. Sacó parcialmente el marco, cerrado por detrás con un papel, y al instante supo de qué obra se trataba. Era el desnudo que Ogier había pintado de Marya, la mercancía de contrabando que le había ocultado al Conde. Era el mejor regalo que le habían hecho nunca. Al ver de pronto su cara y su sonrisa inconfundible, se le cortó la respiración. Permaneció encorvado sobre el retrato como si fuera una vela temblorosa a punto de apagarse. Un profundo anhelo lo estremeció como un escalofrío, y los innumerables recuerdos vivos que guardaba de ella invadieron su memoria. Contuvo el aluvión de emociones con un carraspeo recatado y volvió a guardar el marco entre los pliegues desgastados de la bolsa.

Aparte del cuadro, sus pertenencias se reducían a la *Guía*, que ya tenía las páginas abarquilladas de tanto pasarlas adelante y atrás, varios artículos pequeños de usos diversos y el diario que había comprado y empezado a rellenar hacía poco. Si Tarrou hubiera presenciado el

recuento de inventario, le habría hecho ver lo cruel que había sido el artista por apropiarse de la botella de grapa. Hizo una mueca de dolor al revivir el momento en el que vio a su amigo desvestido y con la cabeza afeitada. Tenía el aspecto lamentable de un oso al que la sarna le hubiera comido el pelaje.

Se acordó de que el gigante le había metido algo en el bolsillo aprovechando el tumulto. Después de rebuscar por un momento, sacó un papel que había sido plegado una y otra vez, hasta quedar reducido a un taco pequeño y arrugado. Lo abrió y reconoció enseguida la letra rotunda de Tarrou, que se volvía más grande y apresurada al final del mensaje. Le decía:

Estimado Tom:

Le pido disculpas por ponerme tan dramático, pero estoy acabado. Los mastines del comisario vienen a por mí, y estoy seguro de que piensan afeitarme a fondo. Me he visto tan superado por las deudas, tanto por las económicas como por las cósmicas, que han terminado ahogándome. Es una historia muy triste.

Sí que intenté, amigo mío, volver a casa. La explicación es mucho más larga que la que le di. Creo que usted, que es tan serio y formal, comprenderá muy bien lo difícil que resulta hablar sin ambages sobre sucesos tristes y sentirse atrapado.

Ogier es un hombre honrado. Es insufrible, pero honrado. Confíe en él. Creo que nunca ha obrado en contra de sus principios. Yo les di de lado a los míos hace años, y desde entonces he vivido feliz. Es decir, hasta que apareció un cierto turista todo manchado de barro que me hizo reaccionar. (Por la presente, le confieso a todo aquel que leyere esta misiva: yo soy el cerebro que urdió el plan contra el comisario. Tom es inocente; carece de la imaginación que se requiere para llevar a cabo una conspiración así).

Tom, como alumno aventajado de la Torre, continúe buscando a su esposa. Es más fácil aceptar en quién se ha convertido uno que recordar quién fue. Vaya tras ella.

Le envía un saludo desolado

J. Tarrou

La firma rebasaba el filo del papel.

Senlin leyó la carta dos veces y después se la entregó al viento. La hoja voló rauda sobre las cabezas agachadas de las mujeres abatidas y, a continuación, desapareció entre las cuerdas finísimas de la jarcia. Era mejor dejar que se perdiera para siempre. No entendía muy bien a qué se refería Tarrou cuando hablaba de principios y de deudas cósmicas, y le extrañaba que hubiera alabado a Ogier al tomar su último trago de libertad. Sin embargo, la emoción que le transmitía al final estaba más que clara. Senlin comprendió a su amigo demasiado bien.

Semanas atrás, desde el vagón del tren, la Torre semejaba una grieta que atravesara un espejo. En ese momento, en cambio, parecía tan ancha como el horizonte. La fachada era como el brazo curvo de una luna. Tenía la impresión de estar orbitando a su alrededor, percibía su inmensidad e incluso la gravedad que ejercía. Volaban tan cerca de la pared de arenisca ocre que empezó a preguntarse qué ocurría cuando una de las bolsas de gas rozaba la Torre. ¿Estallaba? ¿Se incendiaba? ¿Se rajaba y se vaciaba poco a poco, hasta que el dirigible acababa cayendo en picado? Al mirar el globo que se alzaba sobre él, se maravilló ante lo arriesgado que era volar así. Pendían de algo que no parecía más robusto que una camisola de seda.

A nadie más parecía preocuparle, así que supuso que sería algo de lo más cotidiano allí y se obligó a calmarse y a olvidarse de sus miedos infundados. Los bloques colosales que

conformaban la Torre eran tan voluminosos como una habitación. Estaban tallados y decorados con dibujos sinuosos y salpicados de manchas de pintura antiguas. Esa cara le recordaba una alfombra milenaria, una reliquia bien elaborada pero estropeada por el paso del tiempo. Su esplendor no despertaba admiración en sus compañeras de viaje, para quienes el paisaje parecía ser tan lúgubre como un túnel de ferrocarril sin alumbrar.

El dirigible avanzaba raudo como una fragata, describiendo una espiral ascendente en torno a la Torre. Se elevaban como un lazo que engalanara un mayo. Era una experiencia vigorizadora, como volar una cometa.

El puerto apareció a lo lejos, encaramado al saliente de la Torre, y el vigía que se sostenía entre la jungla de los cabos que colgaban de la bolsa de gas le gritó al capitán:

—¡Puerto a la vista!

La distancia se acortaba aprisa. Antes de que el globo lo eclipsara, Senlin vio que no habían terminado de aproximarse. Se mantendrían por debajo de la plataforma. Se preguntó si el capitán tendría la intención de volver a rodear la Torre. Se preguntó cuánto tiempo les llevaría la maniobra.

Cuando empezaba a dudar del hombre que gobernaba el timón, el parsimonioso capitán ajustó el quemador y continuaron ascendiendo embalados. Fue como si hubieran salido de un río revuelto. La corriente de aire se redujo a una brisa que los alejó plácidamente de la Torre. El puerto reapareció bajo el horizonte del globo, y Senlin vio que la brisa los había apartado en exceso. ¡Incluso la punta del puerto aéreo estaba fuera de su alcance! Eso de volar en dirigible era una forma de viajar muy poco fiable.

Se encontraban ya a ras de la plataforma cuando una enorme cometa saltó de entre los brazos de varios estibadores. De grande que era, parecía la vela de un barco, y tras ella arrastraba una cola hecha de yute. El puerto les estaba enviando una sirga.

El proceso era digno de ver. La cometa descendió veloz hacia el dirigible y el vigía se estiró hacia ella para atraparla con un bichero. Tras varios intentos fallidos, consiguió recoger la sirga. Tiró de ella y cortó la correa que mantenía unida la maroma de yute al cordón de seda de la cometa, y al instante, esta volvió a alejarse de la nave.

Después de pasar la sirga por la jarcia para que su peso inmanejable e inestable no lo hiciera saltar por la borda, el vigía se deslizó hasta cubierta. Enrolló el cabo en una abrazadera mientras el capitán desplegaba una bandera roja unida a una vara corta y la agitaba para avisar al puerto. Los estibadores empezaron a hacer girar un cabrestante, de tal modo que el dirigible dejó atrás la corriente térmica y siguió arrimándose con suavidad.

La plataforma, que se sustentaba sobre un triángulo de castillejos herrumbrosos, medía unos cien metros de largo por unos veinticinco de ancho. Unos penoles se alzaban a modo de árboles desnudos en una calle peatonal. Los estibadores estaban descargando unos sacos de otra nave que ya se encontraba allí atracada. La entrada a la Torre, al contrario que la concha acústica del puerto del Balneario, era un arco sencillo desprovisto de adornos.

Dos brazos de amarre se estiraron por debajo de la guía hacia la que los estaban dirigiendo, y otro grupo de descargadores se distribuyó por ellos, con las piernas colgando sobre el abismo descubierto. Sin perder un segundo, cogieron y aseguraron las anclas del dirigible. Los

tripulantes les arrojaron varios cabos a los peones que permanecían a la espera, que se encargaron de enrollarlos en unos norayes de hierro, todos ellos equiparables en volumen a una bala de cañón de veinte kilos.

Las mujeres se levantaron y desembarcaron en fila. Su silencio tenía algo de fúnebre. Solo ellas sabían el terrible trance que estaban pasando. Sin saber qué otra cosa podía hacer, Senlin se unió a su fila. Uno de los descargadores, vestido con un mono de cuero, les hizo señas con la mano para que lo siguieran, y ellas empezaron a serpentear por entre un laberinto de palés y de cajas en dirección a la entrada de Nueva Babel, que, a decir verdad, irradiaba el encanto de una covacha.

La impresión que daba este puerto aéreo difería mucho de la que transmitían los puertos del comisario, que estaban limpios y organizados y que, a su manera, incluso tenían cierto atractivo. En ese, las cajas abiertas de hortalizas atraían nubes de moscas, el polvo de carbón crujía al pisarlo y las calles estaban atestadas de palés vacíos, barriles agrietados y holgazanes que habían decidido tenderse y echar una cabezada. El portal de las aduanas era un poste medio caído con un letrero clavado en lo alto. Un hombre con aspecto de zoquete estaba apoyado en el púlpito adoquinado, con un gesto de desprecio torciéndole el labio. Senlin no veía turistas ni aristócratas por ninguna parte, solo un enjambre de hombres curtidos. Se preguntó quién estaría a cargo de semejante desbarajuste.

El atuendo del zoquete se componía sobre todo de cuero viejo y de mezclilla gruesa. Su barba, entre castaña y agrisada, se fundía con el cuello del abrigo, hecho de piel de conejo. Parecía un trampero llegado de alguna montaña remota. Quizá en otro entorno habría tenido una apariencia cómica, pero allí fuera, bajo el sol inclemente, en un lugar tan inhóspito, casi daba miedo verlo.

Examinó a las mujeres como si fueran ovejas de un rebaño en un mercado. Les palpó el cuello en busca de los bultos que salían con la peste, les examinó los brazos por si traían la marca propia del Salón y les frotó los dientes con su dedo mugriento. Les indicó que recitaran su nombre y que firmaran el registro. Se despedía de cada mujer dándole una desagradable palmada en las nalgas y procedía a abusar de la siguiente.

Cuando acabó, las mujeres habían sido cargadas en la caja abierta de un vagón extraño. En lugar de caballos, de mulas o de bueyes, había un motor, el cual, más o menos del tamaño y de la forma de una calesa, expulsaba vapor y vibraba montado sobre dos ejes. Las ruedas traseras eran anchas y constaban de una banda de rodadura compuesta de tacos de acero, mientras que las delanteras, más pequeñas, parecían estar hechas de goma. Era un tren independiente. Una locomotora que no necesitaba carriles. ¡Un autovagón! Pese a todo, Senlin sintió deseos de acercarse aprisa e inspeccionar los indicadores y las válvulas repiqueteantes, los pistones silbadores…

—Eres una mujer muy fea —dijo el zoquete. Senlin miró a su alrededor sobresaltado, y se sorprendió al verse a la cabeza de la fila.

Antes de que su cerebro tuviera ocasión de censurarla, su boca expulsó la respuesta.

—Lo que tú digas, hermana.

El único al que la contestación sorprendió más que a Senlin fue al zoquete, que resopló asombrado.

—Lo que le faltaba al Serrallo, ¡otro cómico!

El zoquete le quitó el macuto sin darle tiempo a protestar. Revolvió el interior con su brazo velloso y sacó la *Guía popular*. Dio otro resoplido y se la mostró al centinela que estaba tras él con los brazos cruzados, más alto y de aspecto más adusto. Senlin se fijó mejor en este segundo guardia, o agente, o portero, o lo que fuese, y comprobó que se había equivocado al tomarlo por un hombre. La mujer, de hecho, era una amazona de hombros cuadrados, tan corpulenta como Tarrou y medio palmo más alta. Bastante mayor que las chicas a las que acababan de procesar, tenía los párpados tersos y la frente ancha habituales entre los nativos del inhóspito círculo ártico. Su pelo parecía haber sido cortado por un ciego con una hoz y era del color de la ceniza. Llevaba una cadena gruesa enrollada tres veces a la cintura como si fuera el cinturón más cómodo imaginable. Senlin no conseguía apartar los ojos de ella.

—¡Mira, Iren! Trae un libro de chistes —le dijo el zoquete.

En la frente ancha de la amazona no apareció ninguna arruga que revelara que su compañero le había hecho gracia. El zoquete ladeó el brazo y lanzó la *Guía* por encima de Senlin con un movimiento diestro. El libro aleteó como un pájaro y voló más allá del borde del puerto, hasta que se perdió en el vacío.

Si bien en un primer momento se alarmó, a Senlin no le entristeció ver desaparecer la *Guía*. Antes vivía aferrado a ella, casi con desesperación, pero no le había servido de mucho.

—Chistes antiguos —confirmó.

Al zoquete no le interesaron ni el cuaderno forrado en cuero ni la llave de carcelero, a la que por suerte solo atribuyó su función aparente, aunque sí se fijó en el cuadro de Ogier. Lo orientó hacia la luz y articuló un silbido repugnante. Senlin vio como deslizaba el pulgar por el retrato.

—¡So cochino! Querías colar un desnudo. —El zoquete se giró para tirar el cuadro en un tonel desbordado de relojes de bolsillo, relicarios, peines de marfil y otros objetos valiosos. Era un cofre del tesoro donde solo había recuerdos.

En la cabeza de Senlin se produjo una pequeña explosión, como la de un grano de maíz.

Con una mano le sujetó la muñeca al zoquete y con la otra cogió el cuadro. El zoquete le apresó la garganta; la piel de su mano era áspera como el coral. Su gesto burlón había desaparecido. En sus ojos no se advertía ningún instinto asesino. Tenía una mirada indiferente. Le suponía la misma dificultad deshacer un nudo enrevesado que estrangular a un hombre.

Pese a que le faltaba el aire, Senlin se negó a soltar el cuadro. Temía que entre los dos acabaran partiéndolo, pero prefería que lo arrastraran por el cuello y lo tiraran al vacío antes que desprenderse del retrato de Marya. Este razonamiento lo sorprendió; se había hartado de ser un cobarde. Así, forcejearon como dos cangrejos, con las pinzas enganchadas.

El zoquete, sorprendido por la obstinación de Senlin, descubrió poco a poco un dique de dientes amarillentos.

—Me caen bien los que defienden sus desnudos con la vida. —Le soltó el cuello y volvió a echar el cuadro en el macuto. A continuación, mientras Senlin tomaba una bocanada de aire tras otra y recuperaba el color de las mejillas, el zoquete le preguntó—: ¿Nombre?

—Barro —respondió Senlin con la voz deshilachada.

—Pues Barro —dijo el guardia, que giró el libro del registro hacia él. Al margen había un lápiz gastado—. Deja aquí tu autógrafo, Barro.

El registro estaba lleno de equis garabateadas y de rayajos jeroglíficos. No había una sola firma auténtica en todo el libro. Senlin humedeció la punta del cabo del lápiz con la lengua y trazó la rúbrica más glamurosa y florida que pudo: Thomas Senlin de Barro, doctor en letras. Dejó caer el lápiz sobre el libro y le hizo un guiño atrevido al zoquete. Sintió que enloquecía.

El guardia frunció los labios ante el intento de Senlin.

—Oh, si ha llegado un caballero en la barcaza de las putas. ¡Dejen paso al doctor Thomas Senlin de Barro! —vociferó con las manos ahuecadas en torno a la boca.

Senlin estaba envalentonado e incluso un poco complacido consigo mismo, hasta que la amazona giró la cabeza hacia él como una gárgola de piedra que acabara de cobrar vida, con la mirada, antes perdida, ahora fija como la de un halcón.

—Tú eres Tom Senlin —dijo con una escalofriante voz grave y clara. Y no era una pregunta.

Senlin supo entonces que debía recobrar su cobardía de siempre y salir corriendo.

Capítulo dos

> La forma más sencilla de conseguir que a un hombre el mundo le resulte misterioso a la par que aterrador es verse perseguido a través de él.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

El túnel era tan accidentado e irregular que parecía haber sido excavado por un gusano monstruoso. No había barandillas de latón, alfombras arabescas ni revestimientos blancos. El pasaje irradiaba el mismo glamur que el pozo de una mina. El vapor del motor se adhería a la piedra igual que la niebla al cristal, de modo que no se podía dar un solo paso sin sufrir un resbalón traicionero. Una sucesión de bombillas eléctricas, amarillas como la yema de un huevo y no mucho más luminosas, colgaban del techo. Pese a la penumbra, Senlin vio que no había ningún recoveco donde ocultarse ni ninguna intersección por la que escabullirse. La única forma de zafarse de la amazona que caminaba tras él, con las cadenas tintineando como una pandereta, era echar a correr y dejarla atrás.

Un bulto oscuro y bamboleante bloqueaba y dispersaba la luz que procedía de arriba. Era el autovagón. Cada vez que pasaba por debajo de una bombilla, el amasijo de sombras de un grupo de mujeres daba vida a las paredes. El vehículo, que avanzaba dando brincos torpes, le cerraba el paso. Si intentara rodearlo, lo más probable era que acabase aplastado contra la pared de roca. Lo único que podía hacer era pasar por encima.

—¡Paso! ¡A un lado! ¡A un lado! —gritó según se encaramaba de un salto al parachoques del autovagón y pasaba la pierna por encima de la portezuela.

Las mujeres, que ya iban apretadas contra la barandilla de la caja como los refugiados que cruzaban el mar en una balsa, no tardaron en dar rienda suelta a su frustración. Las que lograron levantar los brazos le golpearon, acertándole debajo de la oreja, en las costillas y entre los omóplatos; otras le gritaron con voz estridente al oído. Senlin se escurrió entre ellas haciendo cuña con el cuerpo, sin dejar de disculparse. Al menos, la rabia de las mujeres le aportó una cierta ventaja; el tumulto impidió que la amazona subiera al carro, donde la recibieron con una lluvia de patadas y pisotones. Pareció pensarse por un momento si apartarlas por las malas, aunque a Senlin no le cabía la menor duda de que podría abrirse paso entre ellas con la facilidad con que un león se pasea entre la hierba.

Senlin aprovechó la confusión para gatear por la parte trasera del compartimento del cochero. Apoyó el pie en el travesaño, se agarró a los hierros del asiento y se impulsó hacia el otro lado.

El cochero, cuyo ribete de pelo canoso se revolvía a merced del vapor que brotaba de la máquina, se alarmó al verlo aparecer en el asiento contiguo. Regurgitó un graznido flemoso y se apretó en la esquina del banco como un perro apaleado. Senlin se disculpó de nuevo, pero el estruendo de los pistones se tragó su voz. Por desgracia, el bloque quejumbroso del motor estaba colocado delante de ellos, de manera que tapaba tanto una buena parte del suelo del túnel como la sucesión de luces con las enormes setas vaporosas que despedía.

Al ver que solo podía escapar pasando por encima del motor, buscó un punto de apoyo entre las bielas que subían y bajaban y las correas que giraban veloces. Adelantó el pie tímidamente y, al instante, se lo apartó el brazo de un pistón. El puño de la manga se le enganchó en algo que tenía junto a la cadera. Al mirar atrás, vio dónde se le había trabado. Un brazo robusto se había estirado por encima de las mujeres furiosas. La amazona lo ensartó con una mirada inclemente, lo agarró con más fuerza y, cuando estaba a punto de reducirlo, una de las mujeres la mordió en la sangradura del brazo.

La amazona dejó de retenerlo durante el tiempo suficiente para que Senlin se alejara de ella. No había tiempo para titubear. Se impulsó con las piernas y apoyó una mano en la bóveda de la caldera, recubierta por una costra tobosa. Un latigazo abrasador le recorrió el brazo cuando la caldera le quemó la piel, pero no se apartó. Brincó hacia delante y salvó el bloque frontal de la dinamo como un niño que saltara una valla.

Fue un milagro que no se fracturara los tobillos cuando aterrizó y que no cayera bajo las ruedas del pesado autovagón. Sin saber muy bien cómo, mantuvo el equilibrio. Recogió la mano lastimada en un puño, como si así pudiera aplastar el dolor palpitante, y echó a correr.

El pasaje no tardó en desembocar en una cámara, tan inmensa que podría alojar varios bloques de edificios y en la que se había tendido la explanada de un depósito caótico. Decenas de peones se apiñaban para descargar los carros y los trineos. Los cocheros tenían que efectuar maniobras complicadísimas para invertir la dirección de las carretas en medio de la llanura de grava, y en lo alto de las pirámides de contenedores de madera había sentados unos hombres que bebían cada uno de una botella mientras se burlaban de sus amigos. Lo que en un primer momento Senlin supuso que sería el comienzo de un altercado resultó consistir en una partida de cartas alborotada que se estaba celebrando encima de un barril de encurtidos. Un edificio austero de dos plantas, la única estructura destacable de la cavidad, se levantaba en medio de aquel desgobierno como un abuelo sordo, con unos hastiales de yeso blanco y unas vigas cuadradas y expuestas tan viejas como las mellas que los cinceles habían dejado en las paredes de la cavidad. Por un instante, a Senlin le hizo gracia que a esta cueva sin encanto se le hubiera adjudicado el nombre de Nueva Babel. Pero enseguida entendió qué era aquello: una oquedad menor dentro de la descomunal superestructura de la Torre. Aún no había accedido al circunreino de Nueva Babel. Aquel lugar solo era una estación de pesaje. Se apretó el macuto contra el pecho y siguió corriendo.

Sin embargo, no era tan sencillo como atravesar una pradera; debía fijarse muy bien en dónde ponía los pies. Salvó de un salto una avalancha de manzanas podridas, bailó entre unas rociadas de brea líquida y se deslizó sobre un pequeño vertido de limaduras de hierro, que parecían una forma perfecta de contraer una infección mortal. Mientras sorteaba los peligros del depósito, se preguntó por qué lo perseguía la amazona. La giganta había reaccionado al oír su nombre como

si estuviera sobre aviso. Senlin repasó su breve lista de enemigos. Era poco probable que aquella mujer trabajara para el comisario. Aunque la influencia de este se extendiera hasta Nueva Babel, la noticia del robo que había perpetrado no podía haber llegado antes que él.

Quizá la amazona estuviera a las órdenes del Conde misterioso. Este sabía que habría de rivalizar con otro hombre para poder casarse, y habría llegado a la lógica conclusión de que le sería más fácil hacer que mataran a Senlin que arriesgarse a un posible enfrentamiento. No obstante, el Conde ignoraba qué ruta seguiría Senlin. Había decenas de puertos y de portales; centenares, tal vez. ¿Cómo iba a vigilarlos todos? De hecho, ¿por qué iba a molestarse en hacer tal cosa? En realidad, el Conde no tenía nada que temer de un cornudo sin blanca y sin autoridad alguna proveniente de una villa de pescadores.

Cuando llegó al siguiente tramo del túnel, que comenzaba en el otro extremo de la caverna, ya se había convencido de que el Conde no era el culpable del ataque del que acababa de ser víctima. Y, si no eran ni el Conde ni el comisario, entonces ¿quién? ¿Y por qué?

Todas estas preguntas lo acompañaban cuando cruzó la boca del túnel tenebroso donde un rastro de luces inciertas delimitaba el camino hacia Nueva Babel.

Unos zarcillos de luz añil resplandecían por encima de la ciudad.

El miedo que lo atenazaba se descompuso ante aquel espectáculo. Intentó elaborar una analogía a partir de alguna experiencia pasada, recurrir a una teoría que le diera algún sentido, pero le fue imposible. Lo que estaba contemplando dejaba en evidencia la imaginación y los conocimientos de un pobre director de escuela. Se encontraba a la salida del túnel, mirando boquiabierto un monolito abovedado que se erigía en la distancia envuelto en un halo de rayos azules.

Era difícil mirar directamente los látigos zigzagueantes de electricidad que fustigaban las barras de la bóveda. La cúpula se alzaba sobre los edificios lúgubres y desprovistos de ventanas que, salvo por alguna que otra puerta, parecían tan impenetrables como un ladrillo. Los murciélagos cabriolaban en torno al nido de los rayos, acuchillando los enjambres de polillas que burbujeaban alrededor del domo. Una y otra vez, las nubes de insectos se introducían entre los arcos eléctricos y eran consumidas como pedazos de papel. Incluso desde lejos, los rayos crepitaban y rugían estruendosos como una catarata. Senlin se obligó a apartar la vista para no quedarse embelesado.

Y entonces, de súbito, la tormenta de chispas añiles amainó, y la oscuridad que la reemplazó era tan horrible y absoluta que, por un momento, creyó haber muerto.

Pero no era más que la oscuridad falsa que rodea a toda hoguera. Transcurridos unos segundos, los ojos se le adaptaron y vio una multitud de farolas cuya tenue luz eléctrica alumbraba una red de calles pavimentadas. Unos carruajes sin caballos y toda suerte de extrañas máquinas de vapor circulaban conforme a unos patrones tan complicados que rayaban en la entropía. Las luces de los vehículos rebotaban y se deslizaban como espectros que penaran por un pantano de vapor.

Oyó a su espalda el cascabeleo de una pandereta, y el impulso instintivo de seguir corriendo lo impelió tan de improviso que saltó desde la esquina a la calle sin haber mirado antes a los lados.

Casi de inmediato supo que sus reflejos le habían jugado una mala pasada.

En el preciso momento en que se inclinó hacia delante, una enorme carroza de vapor dobló la esquina a una velocidad vertiginosa. La chimenea expulsaba un vapor espeso como la harina empapada. El cochero, equipado con unas gafas protectoras, se alarmó al ver a Senlin y se puso rígido, pero el ángulo del giro y la densidad del tráfico le impedían virar de nuevo. A Senlin apenas le dio tiempo a encogerse antes de lo inevitable.

Un destello plateado serpenteó entre los radios de la rueda trasera de la carroza. El metal escurridizo se atiesó de pronto al tensarse la cadena de sujeción. El efecto que la frenada ejerció en el vehículo fue como el que tendría un caballo que corriera al galope y se partiera una pata. El gancho desencajó media decena de radios, y la carroza, que se abalanzaba sobre Senlin, se inclinó sobre la rueda partida. El otro extremo de la cadena, enrollado a la farola de la esquina, arrancó el poste de raíz. La carroza se sacudió con brusquedad hacia la cuneta, haciendo que el cochero y sus gafas protectoras saltaran del asiento elevado. La farola cayó sobre la carroza destrozada y golpeó el motor, reteniéndolo a los pies de Senlin. Un volcán de vapor entró en erupción a su lado cuando un pistón se soltó de su brazo y martilleó el suelo con una furia ciega. Senlin tuvo el tiempo justo para cerrar los ojos y visualizar a Marya antes de que la caldera explotara. El recipiente de latón salió despedido como si lo hubieran disparado con un cañón. Rebotó por la calle una, dos y tres veces, abriendo surcos en el suelo, como si este estuviera hecho de arena mojada, hasta que por último abrió un hoyo en la esquina de un edificio ubicado a un bloque de distancia.

Cuando Senlin se dio media vuelta, con las extremidades petrificadas por los calambres que le había provocado el susto, vio a la amazona mirándolo fijamente desde el otro lado del vehículo hecho pedazos. Soltó su cadena de los restos. Cómo había conseguido enganchar una carroza embalada a una farola era una cuestión tan desconcertante como la de por qué lo había hecho. Lo había salvado, lo cual solo podía significar una cosa: quería capturarlo vivo. Alguien tenía un plan para él. Le era imposible imaginarse en qué consistiría, pero estaba seguro de que prefería no saberlo.

Una vez que acertó a reaccionar, empezó a dar tumbos entre los vehículos que pasaban rugiendo en torno a la carroza caída. Escudriñó las construcciones cercanas en busca de algún rincón donde refugiarse. No vio más que hileras de edificios pegados los unos a los otros, como lápidas amontonadas en el taller de un alfarero. No tenía manera de determinar cuáles serían oficinas y cuáles fábricas, o comercios o viviendas, porque todos eran simples cajas de cemento sin ventanas.

Todos salvo uno.

Entre la neblina, al final de una calle situada varios bloques más lejos, un disco de luz colorida resplandecía como una almenara. Echó a correr hacia él y enseguida entendió que se trataba de un rosetón añadido en lo alto del hastial de un edificio untado con un estuco blanquísimo. Las puertas abiertas parecían llamarlo. Tal vez fuera una construcción religiosa. Espoleado por un optimismo súbito, pensó que quizá le ofrecerían cobijo. Cuando llegó a las puertas, jadeando y hostigado por los calambres, se sentía ebrio de esperanza. Las letras pintadas en mayúscula encima del dintel ancho indicaban: CASA DEL CROM BLANCO. Hasta tenía nombre de misión.

Giró la cabeza hacia atrás para mirar la calle, llena de máquinas estrepitosas. No vio rastro de la amazona entre los peatones, que vestían las ropas negras habituales de los operarios de las fábricas. Estremeciéndose a causa de la humedad fría, se asomó a la entrada. Al instante notó en las mejillas una caricia cálida. El aire del interior parecía estar impregnado de polvo de tiza, como si alguien hubiera estado sacudiendo un sinnúmero de borradores. La escena no podía parecerle más acogedora. Agachó la cabeza y terminó de entrar.

Cuando se dio cuenta de que se había metido en un antro de drogas, ya era tarde.

Capítulo tres

> Hay un narcótico, el cual solo puede encontrarse en la Torre y, más concretamente, en Nueva Babel, que se ha dado en llamar crom blanco, o migaja, entre algunos otros nombres. Los porteadores lo llaman migaja porque hace que el mundo real parezca algo que un ratón podría engullir de un bocado y después seguir hambriento.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

En un primer momento no se dio cuenta de lo que era porque todo le resultaba familiar. Parecía una taberna agradable incorporada dentro de un salón de reuniones. No había barra, pero el techo era alto y los bordes de las mesas estaban desgastados por el paso del tiempo y abrillantados por el sudor de las manos de los ocupantes. Había más gente; unos hombres ocupaban las mesas, todos quietos y serenos, con las cabezas agachadas y ocultas bajo pequeñas mantas blancas, lo cual era un tanto extraño. También la luz era extraña. Procedente de la farola de fuera, entraba por el rosetón, que la dividía en una infinidad de colores y de for-mas esplendorosas. Era como mirar el interior de un caleidoscopio. Todo estaba dividido en hermosos fragmentos.

A excepción de la mujer que lo recibió, una señora cuya tez había palidecido a causa de la edad. Llevaba el cabello cano recogido en un moño blanco. El delantal impoluto estaba irreprochablemente al-midonado y, a Senlin no le cabía la menor duda, cuidadosamente protegido de cualquier índole de manchas. Parecía la clásica encargada de servir el té.

La señora lo condujo a una mesa libre, y él se dejó llevar porque empezaba a confundir la taberna que no era tal con un salón de té que frecuentó durante sus días de universitario. Lo sentó en el extremo de un banco largo, desde donde él se fijó en los hombres que parecían pequeñas montañas nevadas. Había algo en el aire, un polvo que flotaba por todas partes, sutil como el resplandor de la luna.

Delante de cada uno de los hombres había una palangana, y todos mantenían la cara hundida en ella como si pretendieran curarse de un resfriado. Sobre la nuca tenían puesto un paño de lino blanco que les tapaba los rasgos.

Cuando Senlin se giró, vio una jofaina blanca ante sí. El agua que contenía era tan cristalina y límpida que no la habría distinguido si la mujer no hubiera dado unos golpecitos en el borde del recipiente con un sobre blanco, no más grande que una bolsita de té. La señora lo abrió, lo inclinó y dejó salir una arena blanca. Cuando el polvo cayó en el agua, un vapor subió por la

pechera de Senlin y se le introdujo por la nariz. Lo sintió fluir. La mujer lo ayudó a inclinarse. Un telón blanco envolvió el mundo. Y entonces…

Era un amanecer espectacular, y Senlin sobrevolaba la tierra dura y árida del valle de Babel montado en una barquilla.

Por encima de él, las largas secciones de un globo destellaban como una naranja recién pelada. La gélida capa de escarcha que cubría la barandilla de mimbre hacía que le dolieran los dedos. El suelo de la cesta se hundió levemente cuando dio la espalda al amanecer sanguinolento para volverse hacia la columna montañosa de la Torre. A duras penas podía ver la sombra del globo, que se deslizaba a través del edificio como una garrapata que reptara por una roca.

Se inclinó un poco y atisbó las nubes gruesas que abrazaban las plantas superiores. Sintió el impulso súbito de sumergirse en esas nubes y descubrir qué era aquello que se les ocultaba tanto a los que vivían en tierra como a los turistas más pobres. Debía de ser algo espléndido y sagrado, el imperio de los filósofos y de los ingenieros.

Levantó aprisa los sacos de arena que había a sus pies, los dejó caer con gran esfuerzo por fuera de la barquilla y, a continuación, se peleó con los nudos de las bolsas de balasto que la cesta llevaba por fuera, hasta que se hubo desprendido del último gramo de más. Las faldas del globo orzaron cuando una corriente de aire más elevada lo absorbió. No fue consciente de lo rápido que estaba subiendo hasta que las nubes se cerraron en torno a él, lechosas y densas como cataratas, a la vez que la Torre se desvanecía.

Las nubes se hinchaban y se escurrían a su alrededor como una multitud de fantasmas. Flotaba sin que pareciera ir a llegar nunca a ninguna parte, perdido en la niebla acolchada, perdido entre aquellas masas bulbosas y espectrales. De soslayo vio formarse un cúmulo de caras que, instantes después, se desmoronó y se disipó cuando Senlin quiso fijarse mejor. Empezó a pensar que la barquilla en la que viajaba no era más que una cáscara, una peladura de la que se estaba desprendiendo. No estaba volando, sino, sencillamente, alejándo-se de la tierra. Estaba convirtiéndose en un fantasma.

Al presentir que la locura comenzaba a adueñarse de él como el pánico que asola al enfermo en el lecho de muerte, se dispuso a gatear por las cuerdas. Era su única opción. Debía derribar el globo. Miró en todas direcciones en busca de algo afilado con lo que rasgar la tela sedosa, convencido de que prefería caer al vacío antes que seguir hundiéndose en el abismo neblinoso.

La barquilla terminó de atravesar las nubes, y Senlin dejó de revolverse. El sol estaba ahí, además de la inmensa bóveda añil del cielo, y también la Torre seguía a su lado, aunque ya no era la Torre que él había conocido.

En ese instante semejaba una descomunal cerilla calcinada, toda ennegrecida y aún humeante, con el pináculo lejano reducido a una astilla retorcida y quebradiza. Era una ruina absoluta. Al otro lado de la fachada derruida, Senlin atisbó los escombros de los edificios colapsados, los antepechos y los contrafuertes de los puertos devastados, las telas desgarradas de las banderas y de los dirigibles, las estatuas negras de los cadáveres carbonizados, expuestos a los miles de buitres que volaban en círculos sobre ellos. Los cascotes se desprendían de las plantas superiores

como los granos que caían por un reloj de arena mientras la Torre seguía encorvándose y desplomándose.

Alarmado, Senlin comprendió que se deslizaba derecho hacia las ruinas.

Instintivamente, dio un paso atrás, y entonces se topó con algo más grande y robusto que él. Al girarse, se encontró con Marya, con su amada y dulce Marya, inclinada sobre él, con las mejillas coloradas como un par de manzanas. Al principio, le pareció lo más normal que fuera ella, pero después empezó a dudar que de verdad se tratara de su esposa, porque medía casi el doble que él. O acaso él había empequeñecido.

Intentó abrazarla, pero los brazos se le habían quedado laxos como dos mangas vacías. Los sacudió a un lado y a otro, en vano, mientras los ojos se le inundaban de lágrimas. Con la garganta seca a causa del humo que se desprendía de la Torre ruinosa, no pudo sino dejarse hacer cuando Marya se agachó, lo tomó con ambas manos y lo levantó como a un niño pequeño. Senlin acomodó la cabeza en su pecho. Marya olía a forja, pero a él, sin saber muy bien por qué, le pareció un olor reconfortante.

Cuando llevaba unos instantes agitándose entre sus brazos, Marya se inclinó de nuevo y lo dejó de pie en el suelo. Tras ella, el globo se perdía en la distancia; Senlin no recordaba haber bajado de la cesta. Al mirar abajo, vio que se hallaba sobre un saliente de piedra quemada. Por encima de él, la cumbre negra de la Torre, a punto de desmoronarse, parecía encorvarse poco a poco. Marya colocó sus manos agigantadas a ambos lados de la cabeza de él. Con la voz tensa y ronca, Senlin le dijo:

—Te quiero.

Ella retiró una mano y mantuvo la otra ahuecada junto a su mejilla, con la expresión tan indeterminada como la de una esfinge, y de una bofetada le llenó la cabeza de estrellas.

El cielo, el globo y la cerilla carbonizada de la Torre se apagaron, y Senlin apareció de pie bajo la baliza sulfurosa de la farola que había frente a la capilla blanca. Donde hacía tan solo un instante estaba Marya, ahora se encontraba la amazona. La mujer lo cogió por un lado del cuello y mantuvo la otra mano tan levantada que Senlin pensó que estaba desperezándose. Comenzaba a agitar la mandíbula, más relajada, con la intención de hablar, de decir algo en su defensa, cuando la mano bajó de nuevo, ancha como un remo, e impactó contra su cara con tal fuerza que le hizo dar una vuelta completa.

Vio su reflejo boquiabierto en la ventanilla de una carroza que estaba sospechosamente cerca. Pese a la desorientación, a la alucinación que no terminaba de disiparse y a los golpes de la amazona, verse a sí mismo le produjo una conmoción vaga. Parecía un pez, una carpa blanca que mirara hacia la superficie del estanque, con los ojos abiertos de par en par y la cara lívida. Parecía haber perdido la cordura por completo.

La opulenta carroza estaba recubierta de paneles negros y esmaltados y de molduras de oro. Al igual que los otros vehículos de Nueva Babel, no necesitaba ningún caballo para desplazarse, y temblaba, aunque no se moviera de donde estaba. La presión que notó de pronto en los brazos le avisó de que lo habían cogido del cuello de la chaqueta por detrás. La puerta de la carroza se abrió, y su rostro fue reemplazado por otro que no le era del todo desconocido.

Necesitó un momento más, sin embargo, para terminar de reconocer al querubín moreno que le sonreía desde el asiento tapizado en terciopelo rojo.

—Aquí está, Tom —dijo Finn Goll—. Veo que, al final, no ha muerto. Me alegro.

Capítulo cuatro

> El puerto de Goll no se añadió durante la construcción de la Torre. Fue excavado muchos años después de que se levantara la estructura principal, lo cual se puede apreciar en su arquitectura chabacana. Son muchos los hombres ambiciosos que, a lo largo de los siglos, le han ido cambiando de nombre y, aun así, nunca ha llegado a tener más categoría ni nobleza que una gruta de ladrones.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

Adiferencia del olor a carbón y a azufre de la ciudad, la carroza despedía un agradable aroma a alcanfor y a aceite de naranja. Era un habitáculo pequeño y ostentoso. Entre los asientos de grueso terciopelo rojo, una lámpara con forma de lágrima se mecía como el dije de un hipnotizador. Unas licoreras de cristal entrechocaban dentro de un armario pequeño, envueltas en camisas de corcho. Las cortinillas confeccionadas en una exquisita cachemira que cubrían las lunas se movían ondulantes. La carroza se balanceaba con la suavidad de una hamaca, lo que hizo que Senlin se acordara de su último viaje en tren y reviviera aquella sensación de recogimiento y de velocidad agradable, de lujo acoplado sobre la maquinaria aplastante. Aunque, en este caso, ignoraba adónde lo lle-vaba aquella máquina y cuándo se detendría.

¡Cómo había agradecido Senlin los consejos de Finn Goll! Durante las semanas posteriores al momento en que se conocieron en el Sótano se había enfrentado a tantas traiciones y había sospechado de tanta gente que empezaba a considerar aquella amistad fugaz un ejemplo de la mejor cara de la Torre. Si Finn Goll vivía allí, había pensado Senlin en no pocas ocasiones, también ese sería el ho-gar de otras personas buenas. En un lugar donde costaba tanto hacer amigos de verdad, Goll era ajeno a conspiraciones y a dobleces.

Senlin no podía estar más equivocado.

De la ropa sencilla que Goll vestía la otra vez, el atuendo de mercader camellero, no quedaba rastro. El abrigo de *tweed* y los pantalones de lana tenían un aspecto impecable. Se había peinado el cabello moreno y denso a modo de ola que parecía crecer hasta el infinito sin llegar nunca a romper contra ninguno de los lados de la cabeza. Estaba sentado frente a Senlin, pellizcándose el labio inferior, con las espesas cejas negras animadas por algo que le había hecho gracia. Cuanto más se le despejaba la cabeza a Senlin, más le chocaba la apariencia de Goll. Le parecía anacrónica, un error cósmico. ¿Qué hacía ese hombre allí?

Podría haber pensado que no era más que otra alucinación de no haber sido por la amazona. Se había sentado junto a él en el banco tembloroso. Aunque Senlin se había propuesto no dejar de

mirar a los ojos a Finn Goll, ella lo vigilaba con un gesto feroz nada sutil. Estaba tan inclinada sobre él que Senlin notaba cómo le salía el aire por las fosas nasales.

—Menuda entrada se ha marcado, Tom. Lo estrangulan en el puerto, aterroriza a las pobres furcias del carro, se arroja al tráfico y entra a colocarse en una casa de migaja. ¡Lo felicito! Me ha impresionado. —Goll adhirió las palmas de las manos a las rodillas—. Lo mejor fue cuando le dijo a Iren que la quería. —Soltó una risotada a la vez que se giraba hacia la mujer enorme, que respondió a la broma con un parpadeo lánguido—. Entre usted y yo, dudo que sea de las que se casan. —Volvió a carcajearse—. ¡Seguro que esos truquitos no los ha sacado de su guía!

Pese a lo humillado que se sentía, Senlin se negó a encogerse avergonzado. Se giró, frunció el ceño como para restarle importancia a la cuestión y dijo:

—No seré yo quien defienda esa bazofia. Me parece increíble que una guía pueda estar tan equivocada y que, aun así, haya visto una decimocuarta edición.

—No es tan raro si se tiene en cuenta que los que la escribieron, en realidad, nunca han puesto un pie en la Torre.

—Me lo creo —dijo Senlin.

—Aunque sí que explica muchas cosas, ¿verdad? —señaló Goll con una alegre voz cantarina —. Le diré cuál es el dato más útil de todos los que se recogen en ese taco de papel para el váter: la Torre es un pozo de brea. Una vez que metes un pie en ella, te quedas atrapado para siempre. Nadie sale nunca. Nadie vuelve a casa.

—Nada de eso —opuso Senlin, que se abstuvo de resoplar abatido. Cada vez le costaba más expresarse en un tono cordial. ¿Quién se creía Goll que era para hablarle con tanta condescendencia y para intimidarlo así?—. Ignoraba que creyera en teorías conspirativas, señor Goll. —Enderezó la espalda. Intentó alisarse los puños de las mangas, ambos manchados de grasa a consecuencia de la huida. Goll observó divertido cómo se atildaba—. Claro que se puede volver a casa. Mi esposa y yo vamos a volver a casa.

—¡Ja! —Finn Goll señaló a la amazona, Iren, y gorjeó—: Te dije que me gustó para el puesto en cuanto lo vi. Tan obstinado. —Ella asintió con un gruñido flojo y Goll señaló a Senlin con su dedo rechoncho—. Ha sido una prueba difícil, Tom, esto de hacerle subir por las cañerías de la Torre. Y, a decir verdad, dudaba que sobreviviera al Salón. Y que saliera del Balneario sin que lo convirtieran antes en un capacho no deja de ser un pequeño milagro. Pero yo confiaba en que lo lograría.

—No sé de qué está hablando. He venido por voluntad propia y no por ningún trabajo.

—Sí, sí, cómo no. —Goll puso los ojos en blanco—. No haga como si esto fuera un disparate. Es una negociación, Tom; son negocios. Hace seis meses que me falta un caporal de puerto, desde que el último… se jubiló, de forma inesperada, no he encontrado a nadie que esté dispuesto a sustituirlo, y que además reúna las cualidades pertinentes. Necesito un caporal de puerto, y usted necesita un trabajo. Usted no era consciente entonces, pero viene necesitándolo desde que se bajó del tren junto al Mercado. En la Torre, todo el mundo se pone a trabajar tarde o temprano. Cuestión aparte es si se recibe una paga o no.

—Admito que no están siendo las vacaciones que me había imaginado, pero no necesito ningún trabajo. Ya tengo un trabajo esperándome en casa —dijo Senlin, aunque dudaba que

siguiera siendo así. La idea lo entristeció; a esas alturas ya habrían puesto a alguien en su lugar. Nadie habría avisado a sus alumnos ni les habría explicado nada. El año escolar había empezado y se habrían encontrado con alguien a quien no conocían. Pero, fuera quien fuese, pronto empezarían a conocerse. El vínculo entre el maestro y el alumno se establecía y se afianzaba en cuestión de unos pocos días. Se tragó la creciente sensación de pérdida y dejó que la rabia recondujera su discurso—. Y no haga como si me hubiera sido imposible llegar hasta aquí sin su intervención. No ha habido ninguna prueba de trabajo, y mi destino no es este. No me importan ni usted ni su puesto de caporal. Y en cuanto ordene parar esta carroza y abrir la puerta, seguiré mi camino.

Goll continuó en la misma línea, impasible ante la protesta de Senlin.

—Aunque, se lo habrá preguntado, ¿por qué no contratar a alguien desde la comodidad de mi puerto? ¿Por qué bajar hasta el Sótano para buscar a la persona adecuada? Lo único que tengo que hacer es acomodar mi maltrecha espalda en un sillón y poner a prueba a las multitudes que llegan. Podría preguntar a todos los trogloditas que cruzan la puerta jadeando: «¿Se te dan bien los números? ¿Eres una persona leal? ¿Honrada? ¿Razonable?». —Goll estiró sus dedos amazacotados para enumerar las distintas virtudes—. Ya he hecho todo eso, y al final he acabado lidiando con un rosario de mentirosos inútiles y traicioneros que con mucho gusto me habrían robado hasta el alma. Porque, ¿sabe?, en el momento en que llegan a este circunreino, muy pocos son los mismos que cuando entraron en la Torre. Están dispuestos a decir lo que haga falta con tal de conseguir lo que quieren. No se puede razonar con gente así ni confiar en ella. Para conocer bien a una persona, para perfilar su carácter, primero hay que saber quién era antes de que la Torre la devorara. Si no sabes en qué medida ha cambiado, no sabes en quién se ha convertido. El mero hecho de que insista en rechazar mi oferta me indica que es el hombre indicado para el trabajo.

—¿A todo el mundo le da los mismos consejos inservibles que a mí?

—¿Qué consejos inservibles? ¿Recelar de todo? ¿Confiar solo en los propios ojos? ¿Qué tiene eso de inservible?

—Me dijo que no me fiera de nadie —le recordó Senlin, que quiso intimidarlo con algún gesto enfático, pero prefería no hacer movimientos repentinos cuando tenía a la amazona atenazándolo con los ojos. Intentó embutir en su respuesta el apasionamiento que lo embargaba—. Pero si conseguí salir del Salón y del Balneario fue solo porque confié en mis amigos.

—¿Sí? ¿Es eso lo que ocurrió de verdad? —Goll se atusó la barba en actitud juguetona, casi compulsiva. La situación empezaba a adquirir un cariz cómico cada vez más deleitable para él—. ¿Seguro que no se limitó a establecer una relación con unos desconocidos para después utilizarlos? ¿Dónde están ahora esos supuestos amigos suyos? ¿Escaparon junto con usted? —Extendió las palmas de las manos, a la espera de una respuesta—. Supongo que su silencio afligido significa que no. Y, sabiendo lo que saben ahora, ¿cree que volverían a confiar en usted? ¿Seguirían considerándolo su amigo?

—Aun así, esperaba que confiase en usted.

—¡No, rebarros! ¡No! La gente poderosa no confía en nadie. Respeta y es respetada. La confianza es un vínculo muy frágil, y solo la gente frágil recurre a él.

—También existen vínculos más fuertes —dijo Senlin desviando la mirada.

—Ah… —Goll hundió el cuerpo entre las almohadillas abotonadas de los asientos tapizados en rojo, con una expresión sagaz en el rostro—. Se refiere a su esposa. —Estiró el brazo y retiró la cortinilla.

Fuera, los edificios de Nueva Babel, lisos como postes miliares y herméticos como ataúdes, iban quedando atrás bajo la penumbra cenicienta. Todo olía como la cara oculta de un adoquín. Las polillas se congregaban en torno a las farolas. Ahora que Goll había dejado la mano junto al tirador de la cortinilla, Senlin se fijó, por primera vez, en la alianza de oro que llevaba en el dedo.

Cuando Goll volvió a hablar, su voz ya no sonaba tan fanfarrona.

—Se comporta como si no la hubiera perdido todavía. Es como esos perros que se quedan lamentándose junto a la tumba de su dueño. Pero su mujer ya no está, Tom. —Lo miró con una sonrisa sincera, casi apesadumbrada—. La gente cree que la diferencia entre los ricos y los pobres, entre los poderosos y los capachos, es que unos no se han equivocado nunca mientras que los otros sí. Pero nada más lejos de la realidad. —El tono de Goll recuperó el dinamismo de antes—. Los poderosos pueden fracasar tanto como la gente desdichada, si no más. Pero lo admiten; se hacen responsables de sus fracasos. Aceptan que se han equivocado ¡y siguen adelante! —Agitó los puños ante sí como si hubiera agarrado a un maleante por el cuello de la chaqueta—. No me sea capacho. ¡Los capachos encarnan la negación! Son incapaces de admitir la derrota, lo que les impide salirse de la pelea. ¡Su esposa ya no está! —Un matiz áspero le tensó la voz.

Senlin había empezado a mirarse las manos mientras escuchaba la diatriba de Finn Goll. Las tenía llenas de mugre. Una ampolla del tamaño de una galleta de mar le atravesaba la palma de lado a lado, como recompensa por haberla apoyado en una caldera llena de vapor. Probó a cerrarla y vio que la piel lastimada se hinchaba y se estiraba.

—No la daré por perdida —respondió—. La ha raptado un bellaco adinerado que responde al nombre de W. H. Pell, pero no la daré por perdida. Sé dónde está. Pienso reunirme con ella, y ni usted ni nadie me lo va a impedir.

La mueca compasiva de Goll se esfumó tan de pronto que parecía haberle dado un infarto. Miró por un momento a la amazona, a la que llamaba Iren, y en respuesta a la señal, la mujer cogió a Senlin por el cuello y lo zarandeó por todo el habitáculo como si estuviera castigando a un gallo fastidioso. Un enjambre de chispazos de dolor le recorrió el cuerpo mientras la carroza se sacudía con violencia. No podía hacer nada para soltarse.

Fuera, los arcos eléctricos del domo resurgieron, y el zumbido de la energía que generaban se volvió aún más insistente y ruidoso, a la vez que los rayos morados fustigaban la jaula e iluminaban la ciudad. El interior de la carroza se convirtió en un austero cuadro vivo. Senlin, al darse cuenta de que la amazona había dejado de zarandearlo, boqueó con ahínco para recobrar el aliento.

El resplandor de los rayos quedó atrás cuando la carroza se adentró en un túnel. El traqueteo del motor y el rumor de las ruedas reverberaron con más fuerza.

Senlin se sentía como si sus pensamientos fueran el eco de unas palabras pronunciadas tiempo atrás. Aun así, pese a que notaba la cabeza como hueca, se irguió, se aclaró la garganta dolorida

con una tos terrosa y, con un aplomo inmutable, dijo:

—No daré a mi esposa por perdida.

Goll se inclinó hacia delante, con las cejas pobladas tan fruncidas que parecían una venda.

—No es el único que ha llegado hasta aquí después de haber perdido a alguien, Tom. El día que hablé con usted me fijé también en algunos otros candidatos. Y ya me había fijado en otros muchos durante los días previos. —Le chasqueó los dedos a Iren—. ¡Canta!

Al instante, la amazona empezó a recitar los nombres de memoria.

—Haden Peal, Farooq Jiwa, Geert Van Dijk, William Mercer, Edgar Cole, Jean Flaubert, Chin Mawei, Thomas Senlin, Colin Hannah…

Goll, al dar su argumento por expuesto, agitó la mano con impaciencia para que la amazona guardara silencio.

—¿Se cree que es el único que sabe leer, escribir y amontonar números? ¡Me basta con darle una patada a una piedra para que aparezcan cien hombres de letras! —rugió, para después serenarse con una gracia súbita, casi desquiciada. Se apoyó en el respaldo—. Rechace el trabajo, Tom, y le desearé buena suerte. Pero, se lo advierto, si algo no falta en la Torre es gente desesperada.

—La desesperación tampoco es algo tan grave —dijo Senlin.

—Lo es cuando no se tiene dinero para enjugarse las lágrimas —respondió Goll.

Por mucho que Senlin detestara admitirlo, Goll tenía razón en una cosa: necesitaba dinero. Para recorrer la Torre en busca de Marya le haría falta pagar pasajes, sobornar a gente y quién sabía qué más. No podía seguir actuando como un turista. No podía seguir dependiendo de los sacrificios que hicieran sus amigos y sus conocidos. Debía trazar un plan, recuperar las fuerzas e iniciar una jugada bien concebida. Y todo eso requería tiempo, y el tiempo requería dinero.

Goll, que lo observaba con atención, pareció deducir lo que estaba maquinando. Senlin encorvó los labios para enfatizar sus conclusiones.

—No me gusta que me manipulen, señor Goll. Si quiere proponerme un negocio, consideraré la idea, pero, si pretende intimidarme y comportarse como si yo tuviera que estarle agradecido por haberse aprovechado de mí, prefiero unirme al grupo de los capachos.

—Le dejaré clara una cosa: lo que yo tengo son empleados, no capachos. Se le remunerará por el trabajo que desempeñe.

—¿Y qué trabajo es ese, exactamente? —inquirió Senlin.

A continuación, escuchó a Finn Goll mientras este le describía las labores de un caporal de puerto, entre las que se contaban la de organizar a los estibadores y la de inspeccionar, tasar, comprar y vender las mercancías importadas. Programaría los turnos de los descargadores, cuadraría los libros de cuentas, pagaría a los hombres y, lo más importante de todo, elaboraría el parte de las ocho en punto para Goll.

—No es un trabajo fácil ni sencillo. Ya ha visto el puerto, el depósito y a los hombres. Es todo un poco…

—Chapucero, descontrolado y alborotado —terminó Senlin.

Finn Goll extendió las palmas de las manos, dando la descripción por válida.

—Bien, pues tendrá que ganarse el sueldo, que será de una mina al mes, descontada la pensión completa.

Era menos de lo que le pagaban en la escuela, pero dudaba que estuviera en condiciones de exigir un mejor salario. Asintió pensativo y alargó el brazo. Se estrecharon la mano, clavándose los ojos mutuamente, sin que en la expresión de ninguno de los dos se atisbara la menor traza de confianza en el otro. A juicio de Senlin, esto no difería demasiado del Salón. Interpretaría su papel mientras fuera necesario, pero como empleado no sería más sincero de lo que Goll lo sería como empleador. El apretón de manos tan solo venía a decir que habían acordado compartir un espejismo mientras a ambos les conviniera.

Instantes después, la carroza se detuvo en la estación de pesaje que Senlin había atravesado a la carrera. Cuando se abrió la portezuela, bajó. Imaginaba que Goll o Iren lo acompañarían, pero ninguno de los dos lo hizo.

Goll pareció divertirse al ver a Senlin al otro lado de la portezuela cerrada, desde donde lo miraba boquiabierto, intentando no parecer un crío en su primer día de colegio. Se vio empujado de un codazo contra un penol por un peón que tiraba de un carro de arrastre lleno de cajas mal apiladas. Una de las botellas que iban dentro estalló en ese momento, y una rociada de espuma brotó entre las rendijas de las tablillas. Senlin se apartó de un salto, y después tuvo que abrirse paso como pudo para volver adonde estaba la carroza.

—¿Por dónde empiezo? —le preguntó levantando la voz a Goll, que ahuecó la mano tras la oreja y meneó su voluminosa cabeza fingiendo no oírlo.

Senlin notó que se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Ya estaba arrepentido.

Goll sacudió el dedo índice un par de veces y la carroza reanudó la marcha.

Senlin se giró y contempló atónito cómo la carroza flamante traqueteaba de regreso a Nueva Babel. Por un momento, consideró la idea de echar a correr tras ella. Se sentía solo y desolado como un náufrago. No estaba en absoluto preparado para toparse con el joven de tez bronceada que se encontraba a un paso por detrás de él, lo que le hizo dar un saltito de sorpresa que le provocó un profundo bochorno. El muchacho, de músculos definidos, pero más bajo que él, no pareció percatarse. Un parche de cuero marrón le cubría un ojo, aunque observaba a Senlin con el otro, destellante como una moneda de oro. Era Adam Boreas.

Senlin se había acordado a menudo del muchacho, cada vez que necesitaba culpar a alguien de sus infortunios. Durante esos sueños amargos, le imponía toda suerte de castigos absurdos. Lo desterraba a una colonia de leprosos perdida en un atolón volcánico; le ordenaba fregar la Torre de arriba abajo; lo obligaba a memorizar y a recitar el diccionario mientras saltaba a la comba.

Estas fantasías crueles, antes divertidas, afluyeron en tropel a su cabeza mientras el joven lo miraba paralizado como una estatua, muerto de la vergüenza. Parecía haber sufrido lo suyo durante las últimas semanas. Tenía los anchos hombros caídos, el cabello moreno y lustroso se le había apelmazado y la tez acanelada presentaba una tonalidad verdosa. Por debajo del parche asomaba un cardenal antiguo; un corte encostrado se le arqueaba sobre la nariz. Pese a su juventud, tenía la mirada de un campesino que se hubiera pasado la vida rascando un miserable terruño pedregoso. Se le notaba abatido, y parecía estar preparándose para recibir otra paliza.

Senlin concluyó que la tensión que se había generado entre ellos carecía de sentido. Aquel muchacho envejecido no era su enemigo. Y, además, estaba decidido a demostrar que Finn Goll se equivocaba. La desesperación no hacía de la amistad algo imposible, y los vínculos de la confianza no tenían nada de frágiles.

Forzó una sonrisa estoica y le tendió a Adam la mano quemada y ampollada.

—Parece que vamos a vivir ahogados por el mismo puño, señor Boreas.

Igual que una grieta que escindiera una nube, un gesto de alivio iluminó el rostro del muchacho.

—Llámeme Adam —dijo, y le estrechó la mano lastimada.

—Adam, llámame Tom. Sienta bien ver una cara amigable.

La expresión del joven se encapotó de nuevo, y dejó de apretarle la mano con el vigor de antes.

—Aquí no tienes amigos.

Senlin se rio, lo que sobresaltó a Adam.

—Eso mismo me dicen todos mis amigos.

Capítulo cinco

> Una vez un maestro anciano y muy querido me dijo que un diario es el único libro que un hombre puede empezar con la certeza de que un día lo acabará.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

7 de septiembre

Me encargo de hacer que todo funcione.

La lista de «cosas que deben funcionar» incluye el puerto aéreo, donde solo la incompetencia supera a la negligencia; la estación de pesaje, con su grúa vetusta y sus básculas oxidadas y dudosa-mente calibradas, y la explanada del depósito, donde los productos perecederos enseguida se llenan de gusanos y donde las cajas de oporto desaparecen por arte de magia con cierta regularidad. Hay que regatear por todo y venderlo con algún margen de beneficio, y es preciso llevar y copiar con toda rigurosidad los registros de las compras, de los inventarios, de las pagas y de las pérdidas para poder dar «el sagrado parte de las ocho en punto», que todos los días le llega a Goll, bajo la custodia de Iren la amazona, junto con el dinero y las copias de los manifiestos. Los hombres, sin excepción, reciben mis órdenes con hosquedad e indiferencia, y cuesta tanto encontrarlos sobrios que aún no he logrado distinguir a los incapaces de los perezosos, ni a los imbéciles de los beodos. De caporal de puerto no tengo más que el nombre. No tengo ni idea de por dónde empezar.

Esto no es como el Balneario ni como el Salón. No hay ningún gerente, ni comisario ni señor del Serrallo. En Nueva Babel gobiernan las autoridades portuarias, los proxenetas y los jefes de las fábricas. Los que ostentan el poder andan siempre pensando en cómo amasar un poco más. Y no se cuenta entre ellos ni una sola persona formal y empática.

El depósito se extiende en medio del túnel como el bocado por digerir de una serpiente. La casa del depósito son dos plantas de maderos y de piedras laberínticas en las que se incluyen una habitación con hamacas para los hombres, un comedor donde no conviene limpiar pescado y una cocina toda bañada en moho y sebo. La segunda planta alberga mi despacho y dos cuartos; uno es el mío, y el otro, el de Adam. Por alguna razón enigmática, el despacho está equipado con un escritorio que en el pasado debió de ser la proa de algún barco, aunque sería más enigmático si la mesa no estuviera sepultada bajo una montaña de libros de cuentas inescrutables y de programaciones incumplidas. Todo está cubierto de virutas de lápiz, de polvo y de polillas muertas. Me es imposible sentarme en el despacho sin gritar horrorizado. Lo limpiaré en cuanto encuentre un trapo que no esté aún más mugriento.

Mi cuarto huele como si fuera la cueva donde incontables generaciones de queseros hubieran elaborado sus ruedas. Está amueblado con palos y astillas que tienen la forma tosca de una mesa, dos sillas, una cómoda y una cama. La tabla suelta que está al lado de la cama es tan sensible como una trampa lobera. Ya la he pisado mal en un par de ocasiones, y el pie se me ha hundido en sus fauces colmilludas. El hueco de debajo es lo bastante espacioso para guardar este diario, y dado que parece prudente mantener a buen recaudo mis meditaciones personales, he decidido esconderlo ahí junto con la llave de carcelero de Ogier. Para algo bueno tenía que servirme el haberme afeitado las espinillas.

He colocado en la mesilla el cuadro de Marya que pintó Ogier. Llevo dos horas girándolo hacia la pared y después otra vez hacia mí cada cuarto de hora. Ambos lados me resultan muy dolorosos de mirar.

¡No tengo ni idea de cómo abordar todo esto!

12 de septiembre

He empezado solicitando información.

Le he preguntado a Adam quién cree que es el responsable de la desaparición de las cajas de bebidas. Enseguida me ha dado el nombre de Tommo Carric, jefe de estibadores, tercero en la línea de mando después de Adam y de mí, y el mismo que me dio la bienvenida al puerto intentando estrangularme y manoseando el retrato de mi esposa. (Me consta que «retrato» no es el término más exacto, pero me dan escalofríos si lo llamo «el desnudo de mi esposa», aunque sea en privado). Iren está siempre atendiendo algún recado, por lo que también le he pedido que colabore en la investigación. No le ha puesto ninguna objeción a mi plan, aunque, a decir verdad, es menos expresiva que una pala. No finjo que me encuentro a gusto en su compañía; aún tengo la mano vendada y todavía me duele la cabeza a causa del modo en que nos conocimos. Pero Goll le ha ordenado que me ayude en todo lo posible para reorganizar el puerto y que no me mate a menos que sea imprescindible. Lo sé porque me lo ha contado ella misma.

Pese a todo, Iren es el tipo exacto de persona que uno necesita tener al lado cuando va a despedir a un zoquete. Tommo Carric montó el número que me imaginaba. Adam, Iren y yo fuimos a verlo al púlpito expuesto que ocupaba en el puerto. Cuando le informé de que sus servicios ya no eran necesarios, soltó el púlpito del anclaje y se dispuso a golpearme con él. Y habría llegado a hacerlo si Iren no lo hubiera agarrado por la cintura para estrujarlo hasta casi sacarle las tripas por la boca.

Carric profirió una sarta de obscenidades elaboradísimas mientras Iren se lo llevaba como a un niño chillón, manteniéndolo con firmeza a un brazo de distancia mientras lo arrastraba por los túneles y por el depósito para, por último, arrojarlo a las nieblas de Nueva Babel. Aunque no fue algo que se hiciera por simple venganza, no negaré que disfruté viendo al mastuerzo tirado en el suelo. Después se levantó e intentó abalanzarse de nuevo sobre mí, pero Iren lo frenó con una bofetada enérgica que le reventó la nariz.

Poco después reuní a los hombres y les comuniqué que se había identificado y despedido al trabajador que hurtaba el vino. Los peones me escucharon y parecieron comprender que, al menos, ahora se los consideraba inocentes, por lo que podíamos empezar de cero. Ojalá esto

sirva para poner un poco de orden, aunque sospecho que podría producirse algún altercado si volviera a aplicar la misma técnica. Pero, si me gano la confianza de los trabajadores, me ganaré también la de Goll. Así podré hacerle creer que he desistido de la búsqueda de mi esposa. Y, entonces, escaparé.

He encontrado un trapo limpio y algo que parece jabón. He fregado el despacho y el cuarto para tener un par de rincones donde poder relajarme. Mañana empezaré con el depósito. Si esta fuese mi última anotación, quien lea esto deberá dar por hecho que los hombres me lincharon mientras elaboraba el inventario.

16 de septiembre

Ahora que Carric no está, debo ocuparme también de comprobar los manifiestos de salida y de recabar las firmas de los capitanes que desatracan. La diferencia entre lo que se declara en el manifiesto y lo que de verdad hay bajo cubierta es a menudo apreciable. Las tripulaciones intentan por todos los medios evadir los aranceles con los que Goll grava la mercancía exportada, por lo que recurren a tácticas de contrabando de lo más arteras. (No puedo evitar sonreír al recordar que yo escondía el dinero en las botas. Era entonces un principiante, y en la Torre la ocultación es un arte en extremo difícil de dominar). A fin de compensar esta merma de ingresos, algunas naves se someten a inspección, y ya he presenciado varias discusiones acaloradas entre mis estibadores y los segundos de a bordo.

La principal actividad que se lleva a cabo en Nueva Babel consiste en la producción de hidrógeno, un gas tan efímero como volátil. Los otros cuatro puertos aéreos de Nueva Babel, todos ellos legales y bien organizados, les suministran a las fábricas limaduras de hierro y ácido sulfúrico con los que generar dicha sustancia. El acero se importa para manufacturar barriles especiales, en los cuales se almacena el gas una vez comprimido. Estos recipientes contienen el combustible de los dirigibles, y son el principal producto de exportación para el circunreino.

Hay un motivo por el que los ubicuos edificios achaparrados y sin ventanas de Nueva Babel tienen el aspecto de un fortín. Fueron diseñados para contener el gas y reducir al mínimo las probabilidades de que se produzca una explosión, así como para proteger de este tipo de accidentes las construcciones ajenas a las fábricas. Nunca deja de temerse que haya una fuga de hidrógeno, sobre todo si se tiene en cuenta la regularidad con la que se entregan chispas al entorno. Por increíble que parezca, rara vez se ha registrado este tipo de catástrofes.

Pero esta noble labor no describe la verdadera industria que el puerto de Goll sustenta. No, no somos tan nobles. Somos importadores de vicio.

19 de septiembre

Los capitanes y los tripulantes que visitan el puerto llaman a Nueva Babel el Serrallo por un motivo lamentablemente obvio. En el circunreino, ocultos tras las inhóspitas paredes de hormigón, hay una infinidad de burdeles y de cantinas. Dentro de esas criptas plomizas… En fin, si uno se fía de lo que anuncian las cuartillas y los volantes que alfombran las calles, aquí la oferta de ocio es de todo menos gris.

Nada me deprime más que los cargamentos de mujeres que recibimos todas las semanas. Su expresión parece una lámina de vidrio emplomado; se ha vuelto más dura, pero sigue siendo transparente. Y todas están perdidas. Para Finn Goll valen lo mismo que una caja de naranjas o que un barril de cerveza del Sótano. Se las añade al registro, se adjudican a quien las pueda necesitar y se envían por carro para que se pongan a trabajar en un escenario o en un dormitorio. Goll también posee un antro de mala muerte, el Steam Pipe, para el que reserva a las mujeres con mejor aspecto. El establecimiento lo regenta un proxeneta que responde al nombre de Rodion, al que me gustaría no llegar a conocer nunca, aunque me temo que será inevitable. Por lo que he oído, es violento y ambicioso.

Los descargadores, cómo no, se gastan toda la paga en estos divertimentos. No soy ningún ingenuo. Sé que es el negocio más antiguo del mundo, pero no por ello me parece menos desmoralizador. Cada vez que me pongo a pensar en todo eso, le doy media vuelta al cuadro de Marya. Pero si no consigo sacármelo de la cabeza, lo que me ocurre a menudo, vuelvo a girarlo hacia mí.

24 de septiembre

Al fin he completado la lista con todos los estibadores, embarcadores, cocheros, vigilantes y mozos a los que el señor Goll tiene contratados. Después de haber expulsado a catorce gandules, quedan cincuenta y dos hombres capaces; dieciocho de ellos son pluriempleados que también trabajan en alguno de los otros puertos de Nueva Babel, más decentes, como Ginside o Erstmeer. De los treinta y cuatro empleados a tiempo completo, ni uno solo sabe leer ni hacer cálculos elementales sin ayudarse de los dedos. Si algo supera la cantidad de diez, hacen falta dos hombres para contarlo.

Adam, por supuesto, es la excepción. Está bien instruido, maneja los números con agilidad y tiene conocimientos más que suficientes para llevar a cabo reparaciones mecánicas. Siempre se me olvida que aún es un muchacho, de modo que acabo trasladándole los dilemas que el trabajo me plantea. (Nadie habla nunca de su triste pasado ni de nada que tenga una trascendencia personal). Nos hemos olvidado de los errores de nuestro primer encuentro, aunque a él le parecía sospechoso que nos reconciliáramos con tanta facilidad. Quiso que ambos pusiéramos las cartas sobre la mesa antes de que decidiéramos seguir estrechando nuestra amistad. Por tanto, me explicó por qué me robó apenas unas horas después de que nos hubiéramos conocido.

Todo había sido idea de Finn Goll, cómo no. Goll insistió en traer a alguien de abajo porque, según él, los hombres de fuera son inteligentes y cándidos, aparte de que no están aliados con los enemigos que él tiene en la Torre. En resumen, son hombres en los que puede confiar. (Irónicamente, Goll no confía en ninguna otra persona tanto como para permitirle proponer a nadie para un puesto superior al de mozo de cuerda). El papel de Adam era el de seleccionar a los turistas más aislados, vulnerables y cultos. Se ganaba su confianza, los conducía hasta un punto de encuentro con Goll que no pareciera muy sospechoso y, en cuanto se presentaba la ocasión, los desplumaba. Después le entregaba sus pertenencias a Goll, que casualmente se cruzaba en el camino del turista arruinado.

Luego solo era cuestión de hacerle creer que Goll había sido víctima del mismo tipo de robo, lo cual, y puedo dar fe, crea al instante un vínculo muy robusto. De la táctica de Goll, basada en tantear a muchos candidatos para elegir a un único empleado perfecto, se infería que Adam había tenido que robar a muchos hombres. Conociendo a Goll, conociendo su capacidad de persuasión y su crueldad, no puedo culpar a Adam por su intervención. Solo hizo lo que se le exigió. ¿Cómo voy a tenerle rencor?

Además, el muchacho es el único trabajador del depósito que no desea verme sufrir un accidente mortal. Los hombres no me tienen ninguna estima. Creen que los horarios y las rutinas que he programado son arbitrarios y excesivos. Nunca les ha dado por pensar que si la carne y las hortalizas acaban pudriéndose en las cajas es porque el almacenamiento no se ha gestionado bien, ni que los cuellos de botella que sufre el flujo de las mercancías se podrían evitar ni que los inventarios erróneos conllevan una pérdida económica. Para ellos, que los higos se pudran por kilos, que los guardabarros reciban golpes y se abollen, y que el alcohol se evapore son meros fenómenos naturales por los que uno puede lamentarse, pero que no es posible evitar.

Adam me está enseñando los fundamentos de los motores de vapor. Dado que los tractores se averían con excesiva frecuencia, nos vemos obligados a repararlos si no queremos introducir las mercancías a mano, por lo que conviene saber cómo funcionan. A de-cir verdad, disfruto mucho esos ratos claustrofóbicos que pasamos debajo de los vehículos motorizados porque así al menos tengo una excusa para alejarme del despacho, al que cada día me siento un poco más encadenado. Además, haber estado trabajando con las máquinas me ha llevado a esbozar una teoría acerca de la Torre que me gustaría desarrollar… si alguna vez recupero los ánimos necesarios para implicarme en un trabajo académico.

29 de septiembre

¡Ah, el informe nocturno! Todas las noches me subo a la base de la grúa de pesaje que hay en el depósito y, levantando la voz como si estuviera dirigiéndome a mis alumnos, informo a los trabajadores sobre su productividad y sus nuevas tareas. Estas reuniones, que ellos aborrecen, empiezan a dar sus frutos. Una noche, hará una semana, el cocinero, Louis Mawk, me pidió que leyera lo que ponía en un papel. Era un pagaré del que recelaba, pero no conseguía despejar sus dudas debido a su analfabetismo. Se lo leí sin ningún inconveniente, desde luego, aunque a los hombres les hizo mucha gracia. La siguiente noche se me acercó otro de los empleados con otro documento para que se lo descifrara. Y desde entonces no pasa una sola noche sin que varios de los estibadores me acosen con sus quintillas, sus cartas y sus volantes.

Aunque cualquiera pensaría que estos hombres preferirían mantener sus asuntos personales en privado, no parece importarles airearlos ante los demás. De hecho, es todo lo contrario; se congregan a la espera de oír las noticias que llegan de todas partes. En general, las nuevas son bastante triviales y, algunas, incluso blasfemas. Pero lo afronto con una perspectiva literaria, con la que evito retorcerme incómodo cuando me veo obligado a recitar el anuncio picante de un prostíbulo o las notas de amor burdas que en ocasiones reciben los hombres.

Esta noche he estado a punto de reírme cuando he visto al joven Adam Boreas sonrojarse durante uno de estos recitales. El viejo Louis Mawk se ha presentado con una cuartilla del Steam

Pipe, el garito infame de Goll, más subida de tono de lo habitual, en la cual, entre otras muchas vulgaridades, se incluía el grabado de una muchacha hermosa y agraciada con una rizada catarata de pelo moreno. Aparecía sentada en un trapecio con unas mallas de acróbata. El papel decía, y así lo he leído: «¡Ven a verla, ven a ver a la Chica Voladora! ¡La asombrosa Voleta! Estrecha por delante, pero ancha por detrás. ¿Crees que volando a tu cama llegará?».

Sin duda, era un mensaje muy soez, pero me extrañó que Adam, por lo general imperturbable, se pusiera rojo como un tomate y no volviera a dejarse ver en toda la noche.

30 de septiembre

Soy un necio insensible. El nombre de la chica de la cuartilla me sonaba vagamente, pero, aun así, tendría que haber caído en la cuenta. Voleta era aquella muchacha a la que Adam le dejó una nota, el mensaje que puso en la sección de Extravíos bajo la sombra lúgubre de la Torre. Voleta, la joven promesa del Steam Pipe, es su hermana.

¿Por qué me mintió con aquello de que la había perdido? ¿Por vergüenza? ¿Porque se negaba a aceptar la realidad? ¿Por superstición? Oh, la pregunta se responde sola. A menudo la honestidad encierra una gran derrota. No hablamos de nuestro pasado. Eso abriría la puerta a la desesperación. Hablamos del puerto, de los hombres, del moho que se come las cajas de té. Somos amigos, pero aún no le he preguntado cómo llegó aquí y por qué, ni cómo perdió el ojo ni cómo es que su hermana terminó convirtiéndose en la cabaretera de Finn Goll. Qué espantoso tener que hacer estas preguntas. Qué espantoso tener que ocultar las respuestas.

5 de octubre

Iren viene todos los días al despacho para recoger «el sagrado parte de las ocho en punto» y llevárselo a Goll. No he vuelto a verlo desde que me contrató, e ignoro en qué rincón de Nueva Babel se encuentra. Por lo que sé, vive en una nave entre las nubes.

Todas las mañanas, sin falta, Iren me da un susto de muerte cuando irrumpe en el despacho con la discreción de un oso hambriento. Se le da bien cogerme desprevenido, llegando cada día un poco antes o un poco después, y acercándose siempre sin hacer el menor ruido. Sencillamente, la puerta parece salir despedida de pronto y se estampa contra la estantería, y el oso hambriento entra a la carrera.

Esta mañana he dado tal respingo que he volcado el tintero, y un lago negro se ha extendido en medio de un libro de cuentas abierto. Aunque he limpiado el desastre con el pañuelo ahora inservible, le he dicho a Iren que recogiera ella misma el sobre con el parte de las ocho en punto. El documento se encontraba al borde del escritorio, mezclado con algunos otros, bien identificado con el título: «Cuen-tas mercantiles relativas al puerto de Goll del 4 de octubre».

Iren se ha enfurecido de repente (un espectáculo temible) y me ha exigido que se lo diera yo. Con los dedos bañados en tinta y alterado como estaba, me he negado a acatar su exigencia.

Después he caído en la cuenta de que no podía distinguir el sobre porque no sabía leer. Debería habérmelo imaginado. De no haber estado tan descolocado por lo temprano que era y por el maremoto de tinta que corría por el escritorio, no habría cometido una torpeza así. Sobre todo, me ha llamado la atención que Iren se hubiera enfadado y avergonzado tanto por que yo lo

supiera. Los hombres del depósito no tienen ningún inconveniente en pedirle a otro hombre que les lea el correo. Pero Iren estaba… contrariada. Y enseguida me ha recordado por qué no me convenía contrariarla.

Me ha golpeado con los nudillos en la coronilla, como si estuviera llamando a una puerta, y ha insistido en su petición. Yo ya tenía más que claro que debía atenderla.

Es probable que Goll se haya preguntado esta mañana por qué ha recibido el correo lleno de huellas negras.

8 de octubre

Una nave, pequeña y horrenda, no más sofisticada que un bote sujeto a una bolsa de gas hecha de piel de cabra, ha llegado hoy con un cargamento de crom blanco. La mercancía ha alterado mucho a los estibadores; algunos la miraban con recelo mientras otros se acercaban como caracoles atraídos por la lluvia. Los hombres lo llaman migaja. Es demasiado peligroso dejarlo en el depósito. Desaparecería o daría lugar a un altercado; muy probablemente, ocurrirían las dos cosas. Así que lo he guardado en mi cuarto. Cinco kilos de crom blanco descansan en mi cómoda dentro de una caja de pino.

Cuando llegué a Nueva Babel y me refugié en lo que creí que era un centro de acogida, caí en los brazos de la migaja. Por medio de una visión, me mostró no solo la Torre abrasada como una cerilla, sino también algo mejor que un retrato, mejor que un recuerdo y que un sueño agitado. Me trajo a Marya en una forma tangible que me llevó a sentirme como si nunca nos hubiéramos separado. Aunque me chocó verla, agigantada y en la barquilla de un globo, estaba totalmente convencido de que era ella. Estaba allí de verdad.

He visto a los estibadores que se han entregado en demasiadas ocasiones al ensueño realista de la migaja. Se les pone la sonrisa incierta de un niño pequeño. Es una expresión lastimosa de la que no son conscientes. Y, a veces, me dan envidia. Marya está en esa caja de la cómoda. No en carne y hueso, sino en los dominios de la mente y de la memoria. Está ahí dentro, y yo podría entrar a buscarla.

Ahora iré a ver a Adam y le preguntaré si le apetece jugar a las cartas.

15 de octubre

Ya hace noventa y tres días que vi perderse a Marya entre los puestos de ropa íntima, y cuarenta que le estreché la mano a Goll. La ampolla de la mano se me ha curado, aunque ahora parece un pegote de cera que se me hubiera secado en la palma. Se me hace raro mirar la marca y pensar que ahora siempre la llevaré conmigo. Pero, cuando me acuerdo de las marcas que les han quedado a mis amigos (la quemadura escalofriante de Edith, el cuero cabelludo mal afeitado de Tarrou y el ojo extirpado de Adam), me considero afortunado.

Ahora el puerto y la estación de pesaje funcionan como dos relojes de precisión. La casa está tan ordenada como una biblioteca y los autovagones circulan con la regularidad de las mareas. Tengo a Goll bastante convencido de que soy el caporal de puerto Tom Senlin, un hombre de fiar que vive satisfecho con su salario y su suerte. Cree que me he olvidado de mi particular cruzada.

Hoy ha llegado una nave con una mercancía milagrosa. El mismo capitán se ha encargado de escoltar hasta la estación las cuatro cajas encharcadas. Ha abierto una y me ha mostrado las varias capas de paja en las que venía envuelto un bloque de hielo (¡hielo!), el cual ha-bía recogido él mismo en la cima de una montaña antes de volar hacia un puerto (pero de mar, no aéreo) donde adquirió su valiosísimo cargamento: nada menos que quinientas ostras. Ha extraído una de las conchas picudas de entre los fragmentos de hielo para demostrar que aún estaban bien cerradas y que olían a mar. La ha abierto con destreza sirviéndose de una púa y me ha ofrecido el bocado reluciente para que lo probara. Lo que antes siempre me había parecido comida de gente rústica ahora me recordaba al hogar y a la vida que había perdido. Nunca he degustado nada tan delicioso.

El capitán ha abandonado el puerto con el monedero tan lleno como el de un rey, aunque nuestras arcas han recuperado e incluso duplicado su capacidad después de que le vendiéramos el tesoro a una cantina. Pero lo importante es que ese capitán tosco y sencillo me ha hecho ver con toda claridad que un hombre que tenga una nave es capaz de obrar todo tipo de milagros. Si es posible sacar del mar quinientas ostras, unas criaturas en extremo delicadas, y transportarlas hasta el corazón de un continente, sin que ni una sola de ellas se estropee, ¿qué no es posible llevar a cabo con la ayuda de un dirigible?

¿De qué sirve el dinero? ¡Se puede birlar y obtener por la fuerza, se puede gravar y robar! Puedes tener billetes y no poder viajar. En las aduanas pueden desplumarte. No necesito dinero para poder embarcar en una nave. Lo que necesito es una nave solo para mí. ¡Que Goll crea que he desistido de mi propósito! Estoy decidido. Pienso encontrar a mi esposa.

Voy a hacerme con una embarcación.

Capítulo seis

> Si llegara a adquirir una nave, de qué tripulantes la dotaría. Por descontado, no puedo permitirme contratar a ningún profesional del aire, y tampoco recurriré a las recompensas despiadadas que prefieren los piratas. No, quien se una a mi tripulación deberá hacerlo por voluntad propia, y por un motivo propio.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

Era un mediodía de finales de octubre cuando Adam entró de brazos cruzados en el despacho del caporal de puerto bajo el peso de un terrible secreto.

Senlin estaba demasiado distraído para reparar en el ademán abatido de su amigo porque esa misma mañana había hecho un descubrimiento fascinante. Mientras limpiaba las telarañas que parcheaban la cara inferior de la proa reconvertida en escritorio, había encontrado, guardado en un saliente de difícil acceso, un objeto extraño cubierto de polvo. Era una vara de acero, de un metro de longitud y más o menos del grosor de un palo de escoba. Pesaba bastante, pero de un modo que resultaba agradable. Al principio, creyó que se trataba de una cañería, pero no era hueca como un tubo y la superficie estaba repujada de circunferencias equidistantes. Después de retirar una gruesa capa de hollín y de mugre, Senlin vio los nombres que había grabados con minuciosidad entre las circunferencias. No, no eran nombres; eran destinos. Entre el talón de la vara y la primera línea figuraban las palabras «El Génesis». A continuación, sobre la siguiente línea, ponía «Salón de Algez», y sobre la siguiente, «El Balneario».

Era una maqueta de la Torre, ¡un mapa en tres dimensiones!

Le llevó media hora terminar de limpiarla y otra media lubricarla y limar unas rebabas molestas. Había treinta y cinco segmentos en total, y aunque muchos de ellos estaban por rellenar o habían sido raspados a conciencia, diecinueve conservaban unas marcas bien definidas. Senlin observó al menos tres caligrafías diferentes en aquellas letras. ¡Era maravilloso!

En el quinto segmento dio con la inscripción que buscaba: «El circunreino de Pelphia, Residencia de los Pell». Frotó las letras prístinas con el pulgar, repitiendo las palabras para sí hasta convertirlas en una suerte de mantra. El circunreino de Pelphia, Residencia de los Pell.

El lugar era el epónimo del hombre: W. H. Pell, el Conde que había engañado y raptado a su esposa. Por fin sabía, con eufórica certeza, dónde estaba Marya.

Con cara de estar a punto de sucumbir a un mareo, levantó ante sí el bastón de acero, brillante de tan limpio como lo había dejado, y preguntó:

—¿Ya habías visto esto?

Adam cerró la pesada puerta del despacho, la cual pivotaba temblorosamente sobre unas bisagras que se habían aflojado a causa de las visitas diarias de la amazona. Se dejó caer en la silla ante el escritorio, flanqueado por unas inmensas estanterías torcidas llenas de libros mayores y de manuscritos, de tanto papel que a veces Senlin se sentía atrapado en el lomo de un libro gigantesco que se cerraba sobre él poco a poco. El viejo cuero rojo de la silla crujió cuando Adam se removió a propósito en ella.

—Es una vara de aeronauta, una aerovara —dijo sin prestarle demasiada atención, como si hubiera tótems de aquellos por todas partes—. Los capitanes los usan como referencia de navegación.

—¡Una aerovara! —repitió Senlin en tono aprobatorio—. Aunque no está terminada, y las inscripciones parecen haberlas añadido distintas personas. Supongo que incluirían los diferentes lugares a medida que los iban descubriendo. ¡Debe de tener decenas de años! —Sin apenas apartar los ojos del bastón, y sin fijarse aún en lo afligido que estaba Adam, prosiguió—: Sí, esta es la prueba de lo importante que es la educación. Unos analfabetos nunca podrían haber elaborado este registro. Y lo he estado pensando —dijo mientras hacía girar la vara en el aire—. Voy a enseñar a Iren a leer.

Pese a la angustia que pesaba sobre Adam, el anuncio le arrancó una risa breve.

—Me parece una idea pésima —admitió.

—¿Por qué? He visto como muchos tarugos se han reformado después de aprender a leer. Iren sabe que a su alrededor hay escritos multitud de mensajes que para ella son secretos porque no los entiende. Sabe que podrían aprovecharse de ella sin ningún problema, sabe que su ignorancia la deja indefensa, e intenta compensar todo eso a base de fuerza bruta. Pero no podrá seguir ejerciendo de guardaespaldas cuando envejezca. Algún día tendrá que jubilarse, y entonces ¿qué va a hacer?

—Es muy noble por tu parte, Tom, pero…

Senlin lo miró, y de pronto los ojos se le amusgaron en un gesto de preocupación.

—¿A qué se debe esa cara tan mustia? ¿Estás enfermo?

Adam escondió la mirada en el suelo y abrió la boca despacio. Cuando hubo tomado aire, dijo:

—El órgano del Steam Pipe se ha vuelto a romper, y Rodion me ha avisado para que vaya a repararlo por la tarde, antes del espectáculo de esta noche.

—Bien, pues…

Adam lo interrumpió.

—Quiere que vayas tú también. Quiere conocer al nuevo caporal de puerto.

—Ah…

Senlin enseguida dedujo el motivo de la inquietud de Adam. No era la reparación del órgano de tubos y tampoco el proxeneta repulsivo, Rodion, lo que lo atribulaba. El Steam Pipe era donde Voleta trabajaba y vivía, y a Adam le daba vergüenza que viera a la «Chica Voladora», su hermana, sufriendo una nueva humillación.

Durante las semanas que habían transcurrido desde que leyera el embarazoso anuncio del Steam Pipe, no se había vuelto a sacar el tema de Voleta, y Senlin había respetado el silencio de

Adam al respecto. Pero en ese momento, según parecía, era preciso decir algo o, al menos, Adam deseaba decir algo.

—Quería hablarte, Tom, del lugar de donde vengo.

El joven carraspeó y entrelazó sus ojos con los de Senlin, que estaba dejando a un lado la aerovara con discreción. El antiguo director de escuela recogió las manos sobre el escritorio y le dio tiempo a Adam para encontrar las palabras y reunir el coraje que necesitaba. Los documentos del despacho parecieron acorralarlos un poco más de cerca, mientras la bombilla colgante, que recordaba la lumbrera de un festival de otoño, tersaba la penumbra. Y, entonces sí, Adam empezó a narrarle su historia.

Adam Boreas nació en las praderas de Khayyam, al oeste de Ur, donde las sequías interminables mantenían la tierra dorada y el cielo era un desierto añil. Su padre trabajaba en la terminal de Sumeria, en la que multitud de trenes se entrecruzaban e intercambiaban mercancías para después adentrarse de nuevo en las vastas llanuras alfombradas de matorrales con aspecto de milpiés negros.

En el horizonte, una silueta difusa sobresalía de la tierra como un pelo aislado en medio de una cabeza milenaria: la Torre de Babel. El sueño de su niñez.

La ciudad de Sumeria se sostenía sobre un bosque de pilares por encima del nudo ferroviario de la terminal. Los edificios eran todos frágiles y endebles como naipes. Sin importar donde uno se detuviera, se sentara o se echara a dormir, siempre percibía el temblor que producían los trenes que circulaban por abajo. El vapor rezumaba y escapaba por las rendijas y los orificios, como si una caldera volcánica bullera bajo las tablas gris oscuro. En lugar de calles, entre los edificios solo corrían canales vacíos por donde se deslizaban los trenes, apenas unos metros por debajo de la superficie de la ciudad.

Voleta, que había nacido solo diez meses después de Adam, parecía su hermana gemela, y él estaba consagrado a su cuidado. Voleta era una niña feliz y aventurera que poseía una gracilidad física innata que el entorno había acentuado. La ciudad, con sus cientos de puentes peatonales y sus miles de cables de apoyo, era un escenario donde no se cansaba de hacer acrobacias. Las guías rígidas se extendían sobre unos canales por los que en cualquier momento podía entrar un aplastante monstruo de hierro de varias toneladas de peso. El humo de las chimeneas ascendía en remolinos que podían cocer a una persona en segundos. Solo los más valientes e insensatos aprovechaban las guías en lugar de los puentes para recorrer la ciudad, y Voleta las sorteaba con la agilidad de una ardilla. Saltaba entre los ca-nalones y las cañerías, y bailaba por los cables sin importarle la caída de cinco metros que la seguía a todas partes como una sombra.

Adam vivía temiendo que cualquier día su hermana diera un traspié y cayera entre los brazos de hierro de las vías. Sin embargo, Voleta era mucho más liviana que la imaginación de su hermano.

Ojalá su padre también lo hubiera sido.

Los accidentes eran el pan de cada día en la terminal de Sumeria.

El alumbrado era insuficiente, el vapor y el humo enlobreguecían el entorno y los carriles estaban tan próximos los unos a los otros que se hacía imposible no estar pisando las vías en todo

momento. La multitud de mozos de estación y de guardagujas se hallaban siempre en peligro, pero, aun así, a todos los cogió por sorpresa que el capataz llamara a la puerta de la casa, haciendo temblar la fachada, e informara a la madre de que su marido había resbalado al pisar una de las botas recién pulidas de otro hombre y se había caído bajo las ruedas de un tren que avanzaba despacio por su lado y que le había atrapado las piernas.

No fue, según se le dijo a la mujer, una muerte rápida.

Dado su carácter práctico, no pidió más detalles. Los detalles solo servían para refugiarse en la negación, y ella no era de las que eludían los reveses de la vida. Le dio las gracias al capataz, cerró la puerta, sacó el vestido de luto del arca de cedro y se puso a plancharlo. Adam querría haber heredado su pragmatismo. Y ese era un deseo muy práctico.

La madre, de mentalidad firme, había sufrido de joven unas fiebres severas que habían vuelto a manifestarse años más tarde, primero de forma intermitente y después con mayor frecuencia, lo que le imposibilitó hacerse cargo de Adam y de Voleta durante sus últimos años de escuela.

El chico siempre había sido un buen estudiante, de los que sacaban las mejores notas, e incluso albergaba el deseo de entrar en la universidad. Pero eso ya no era posible. Debía ponerse a trabajar, y sacar las mejores notas no le serviría de mucho. En la terminal de Sumeria solo había un tipo de trabajo que los jóvenes nacidos en el seno de una familia humilde podían desempeñar, aquel para el que había que mancharse de sangre y jugarse la vida. Estaba seguro de que el capataz de su padre podría buscarle algún quehacer en las vías y, aunque empezaría ganando una miseria, al menos tendría un trabajo retribuido. La mera idea le daba escalofríos. Tras la muerte de su padre, las entrañas de la ciudad que se sostenía sobre un bosque de pilares le parecían tan espeluznantes como un pozo sin fondo. Cada vez que se asomaba al vacío desde alguno de los puentes, un miedo incapacitante hacía presa en él.

Más adelante, cuando aún no habían terminado de superar la tragedia, su madre tuvo que guardar cama a causa de que se le reprodujo su pirexia infantil. Aunque las fiebres hacían que le ardiera el cuerpo, luchaba por no ceder a los consecuentes delirios, a los que una persona menos práctica habría sucumbido con facilidad. Durante dos días permaneció rígida, con los ojos muy abiertos y clavados en el techo del dormitorio, hasta que llamó a Adam y le dijo con su característica practicidad que había llegado el momento de que volara con sus propias alas.

—Si te quedas a cuidar de mí, acabarás ahogándote, y si yo tengo que cuidar de ti, acabaré hundiéndome. Así están las cosas, Adamos. Pero, si tomamos cada uno nuestro propio camino y logramos salvarnos, también nos salvaremos el uno al otro. —A Adam no se le ocurrió ningún motivo (al menos, ningún motivo práctico) para rebatirla.

Su madre se iría a vivir con su hermana, la tía de Adam, cuyo marido trabajaba como ayudante del planificador. El hombre esperaba que, algún día, el planificador fuera él mismo. Los tíos de Adam podían considerarse un matrimonio acomodado para lo que era habitual en Sumeria. El chico sabía que su madre nunca pasaría hambre mientras viviera con ellos.

Su madre se llevaría con ella a Voleta, que colaboraría en la cocina de su tía; había otros seis primos de los que también había que cuidar, lo que explicaba en parte el que no hubiera sitio para Adam. En parte. Su tío ya tenía dos hijos propios a los que educar, atender e intentar colocar

en la industria de la ciudad. No podía permitirse un tercer hijo. Además, la herencia de Adam, todo lo que su padre le había legado al morir, solo alcanzaba para un único billete de tren.

Toda esta situación aportó al muchacho un cierto alivio. Se sentía como si a él le hubieran permitido salir a pastar mientras reunían al resto del rebaño para conducirlo al matadero. Enseguida supo adónde se dirigiría: a la Torre de Babel, la pila de la humanidad, la tierra prometida para los jóvenes. Hizo un hatillo con sus escasas pertenencias, le dio un beso a su madre enferma y se marchó con Voleta como si se diera por supuesto que así debía ser. Le resultaba imposible dejarla atrás.

Hasta que no se vio a bordo del tren con Voleta, bebiendo el té frío e insípido que se les servía a los pasajeros de tercera clase, no cayó en la cuenta de que no había sido una decisión práctica. En Khayyam, en la casa de su tío, su hermana tenía un techo garantizado, pero él le estaba arrebatando esa seguridad. Habría llevado la vida de una prima indeseada y de una friegaplatos conveniente, pero al menos habría llevado una vida estable. Adam sentía sobre sus hombros el peso de esta nueva responsabilidad. Al otro lado de la ventanilla del vagón, los matorrales orzaban a merced del viento. Mientras los miraba, empezó a inquietarse por lo que el futuro pudiera depararles.

Como a menudo ocurre con los hermanos mayores, Adam creía haberse echado encima más responsabilidades de las que en realidad tenía, y daba por hecho que su hermana lo seguía solo por la devoción que sentía por él. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que Voleta tuviera un motivo propio para marcharse. Por supuesto, nunca habría permitido que Adam se fuera solo. Era su querido hermano casi gemelo, pero esa no era la razón por la que había decidido trasladarse a la Torre con él. Aunque habrían de transcurrir varias semanas hasta que le contara la verdad, al final le confesaría que se había marchado porque ya no tenía miedo de las piruetas que seguía ha-ciendo a diario. Se pasaba las horas realizando pequeñas cabriolas que no le suponían el menor desafío y afrontando peligros inocuos. Ella no lo habría llamado así, pero sería el nombre que le pondría Adam: era el aburrimiento lo que la había empujado a alejarse de su madre y de un hogar seguro.

La muerte de su padre la había descolocado. Le parecía un accidente absurdo. ¿Cómo podía alguien tropezar con las botas de otra persona? ¿Le habrían puesto la zancadilla? ¿Quizá una enemistad de la que nadie sabía nada había llevado al otro hombre a hacerlo caer? Algo así no era posible. Aunque ella tuviera veinte años más y la mitad de agilidad en las piernas, le costaría creer que su padre, también de piernas robustas y diestras, hubiera trastabillado. No tenía ningún sentido.

En cuanto se enteró de la luctuosa noticia, la asaltó la certeza de que su padre se había arrojado a las ruedas del tren. ¿Y por qué no iba a haberlo hecho? Llevaba veintinueve años trabajando en un pantano de carbón bajo un cielo de tablones de pino. Constantemente, durante doce horas al día, pasaban por su lado a gran velocidad aquellos leviatanes de hierro con sus calderas abrasadoras y sus ruedas afiladas como cuchillos. Nunca había sufrido ningún tipo de accidente. Siempre se había movido con soltura entre las vías, en la penumbra y bajo las nubes bajas y pútridas.

Era un acróbata que, en un momento de desesperación, se había dejado matar. Pero no había sido un suicidio. Había sido algo peor. Aburrimiento. Por tanto, Voleta debía marcharse a otro lugar donde no se conociera con los ojos cerrados todos los asideros, grietas y obstáculos del camino. Debía redescubrir el miedo y, hecha un ovillo entre esos temores, la vida.

Y había hecho bien en no confiarle todo esto a Adam desde el principio. Se limitó a dejar caer que una de sus primas, Delphie, una doncella de dieciocho años y de carácter casero que se moría de ganas por casarse, le había hecho una propuesta.

—Delphie me ha dicho que me pagaría dos minas por mi pelo, y con eso podré comprar mi billete de tren.

Así, se cortó todo el pelo, la melena de bucles azabachados de la que tan orgullosa estaba su madre, y adquirió un pasaje para la Torre.

Se habían ido para siempre antes de que a su madre terminara de bajarle la fiebre.

Cuando el tren llegó a la estación ubicada al pie de la Torre de Babel, quien desembarcó fue un hombre.

El muchacho se había evaporado en el transcurso de los dos días de viaje como la mena que se desprendía al fundirla para obtener el oro que contenía. Al bajar del tren, sin apenas tocar la escalerilla, Adam no apareció bajo la sombra del mayor monumento a la industria, el ingenio y la audacia del hombre jamás levantado, sino que se encontró de frente con su madurez, con su potencial, que, en aquel momento, la retorcida Torre no parecía ser capaz de contener.

Se irguió en medio del andén de la estación, que temblaba bajo los pasos de millares de inmigrantes, mientras Voleta le apretaba la mano. Percibió entonces el miedo de su hermana. Pero su casi gemela sonreía con los ojos puestos en el tronco de la Torre, donde el mármol blanco se mezclaba con la caliza, la caliza con la arenisca y la arenisca con las nubes. Los orificios insectiles de los portales superiores parecían efectuar un pequeño guiño cada vez que una persona o que una máquina se movía dentro de ellos. Los dirigibles se acercaban a la Torre y se alejaban de ella como un enjambre de mosquitos que revoloteara en torno a la pata de un toro colosal. Y Adam no sintió ningún temor.

Sería mucho más adelante cuando el recuerdo de aquel día se convertiría para él en una suerte de fábula triste, y vería al muchacho caminando orgulloso hacia su perdición igual que un rey demente era conducido al tajo del verdugo.

Se dirigieron hacia el anárquico Mercado, cogidos de la mano. Al cabo de dos días, Adam había encontrado un empleo de anotador en el Salón.

Capítulo siete

> Aun con una nave y una tripulación, escapar del puerto requiere del viento adecuado. Por el puerto de Goll solo circula una corriente de aire; todas las naves proceden del sur y parten rumbo al norte. Cuando solo existe un camino de salida, los fugitivos son fáciles de atrapar.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

—Un momento —interrumpió Senlin a Adam—. ¿Trabajabas en el Salón? ¿Trabajabas en el Salón de verdad?

—Bueno, supongo que sí. —Adam se encogió de hombros—. Cuando llegamos al rellano de las cuatro puertas, uno de los acomodadores me propuso un papel. Lo ignoré y le dije que no había ido por la obra, que lo que buscaba era trabajo.

—Increíble.

—Tampoco tanto. No encontré grandes impedimentos. Me entrevistó uno de… ¿Cómo los llamaban…? Uno de los asistentes del registrador. Me ofreció un contrato de seis meses como anotador, y lo firmé sin pensármelo dos veces. Me pidió un dinero por la pensión completa y se lo entregué. Inocente de mí, di por hecho que todo era parte del proceso. A los pocos minutos, me estaban midiendo para hacerme un uniforme. Ya no me quedaba ni un siclo, pero no me importaba. Había conseguido un trabajo.

—¿Y Voleta? ¿A ella también le dieron trabajo?

Adam meneó la cabeza.

—No. Mi hermana tenía quince años, y no había ningún empleo para ella. Puesto que mi idea era cuidarla yo, no me preocupó demasiado. Disponíamos de un cuarto propio. No era gran cosa, y sabía que a ella le daba un poco de claustrofobia, pero me había llevado algunos libros de la escuela. Lo único que debía hacer Voleta era no meterse en líos y estudiar mientras yo trabajaba.

—¿Y qué labor te asignaron?

Entre disgustado y desdeñoso, Adam respondió:

—Durante ciento ochenta días, estuve sentado en un pasillo mal iluminado, donde me dedicaba a observar por una mirilla y a tomar notas.

—Te vi —murmuró Senlin, y cuando Adam lo miró comprensiblemente confundido, Senlin se corrigió—. No, no a ti en concreto. Vi a los otros anotadores que había en los pasillos entre bambalinas, con el ojo pegado a una especie de pequeña lupa de latón.

—Sí, yo era uno más. El primer día no pude comer de lo nervioso que estaba. Tenía miedo de que se me pasara algo por alto. En realidad, no sabía en qué debía fijarme, así que tomaba nota de cada estornudo, de cada comentario sin sentido y de cada risita bobalicona. Las personas a las

que vigilaba me daban mucha lástima; no me entraba en la cabeza que alguien quisiera estar al tanto de qué hacía cada una de ellas. Aun así, me habían dicho que las observara y que entregara un parte, de modo que rellenaba el cuaderno y, al final de la jornada, se lo entregaba orgulloso al jefe de los anotadores. Lo único que le interesaba eran las chimeneas y las salidas. Quería saber quién había echado leña y quién había utilizado qué puertas. Todo era muy… estúpido. Nunca entendí el porqué de aquella obsesión con la lumbre.

Senlin asintió compadecido.

—Yo tengo una teoría al respecto. —Agitó la mano para descartar la idea, como si le oliera mal—. Pero no importa. Eras un actor que informaba sobre otros actores, ¿verdad?

Adam trastabilló indeciso al ir a responderle, hasta que al cabo liberó un suspiro profundo.

—Lo más extraño del Salón es que nunca sabes quién interpreta a un personaje y quién no sabe que está actuando. Supongo que habrá alguien que lo controla todo, pero dudo que yo llegara a conocerlo. Aunque ¿quién sabe? —dijo, y la frustración que volvió a asaltarlo hizo que se le sonrojara el cuello—. Al término de los seis meses de contrato, fui a ver al jefe de los anotadores y, además del sueldo, le pedí un ascenso. Quería pasar a ser asistente del registrador. Estos empleados disponían de vivienda completa, y no solo de un cuarto con una cama y una *chaise longue*. ¡Estaba harto de dormir en un sofá destartalado! Pasarme el día espiando a la gente por un ojo de pez no era precisamente la carrera con la que soñaba, y Voleta empezaba a preocuparme. La notaba cada vez más inquieta, malhumorada y extraña. Y todo era por mi culpa.

»Al jefe de los anotadores le chocó mucho que le pidiera más dinero. Me dijo que, si quería ser asistente del registrador, debía terminar de pagar el contrato en curso y firmar uno nuevo. En ese momento, lo entendí todo. Había leído mal el contrato; de hecho, nunca me había molestado en leerlo. Vi un número por encima, dieciséis minas, y di por hecho que ese sería el sueldo. Me pareció una bicoca de trabajo. Así que me pasé seis meses creyendo que me había convertido en un adulto responsable con empleo, cuando no era más que un turista, como todos aquellos bobos a los que había estado espiando durante doce horas al día por una piquera de la pared. Y pasar ciento ochenta días en el Salón no es moco de pavo. Debía dieciséis minas.

A medida que avanzaba en el relato, el cuerpo parecía ir derritiéndosele como una vela, hasta adoptar la postura encorvada de un anciano. Miró a Senlin con el ojo que aún conservaba, que era del color de la hierba muerta, y le dijo:

—Me marcaron el brazo. Me llevaron tras la pared, donde guardan a los capachos. Tom, hay lugares, entre las sombras de la Torre, lugares que espero que no llegues a ver, donde encierran a los hombres y a las mujeres como si fueran ganado. Los huesos se muelen hasta reducirlos a simple polvo y pasan a formar parte del camino. —No dio muchos más detalles al respecto; no parecía sentirse capaz de describir lo que había presenciado, pero su mirada angustiosa fue suficiente.

Senlin no soportaba más aquella mirada sombría. Deslizó la vista hasta el papel secante, cogió una pluma y jugueteó con la punta.

—Al final, Voleta me salvó —prosiguió Adam con orgullo—. Es así de intrépida. Se introdujo entre las sombras conmigo, aunque antes tuvo que plantarnos cara a mí y a los celadores.

Mientras me ponían un collar de hierro para animales en un mercado de esclavos sin ventilación, ella… dio con un hombre con el que llegó a un acuerdo.

—Finn Goll —dedujo Senlin en un tono grave.

—Abonó la cantidad adeudada y, como fianza, reclamó la vida de mi hermana, así que llevo trabajando aquí desde entonces para que podamos marcharnos. Ya hace más de dos años.

—¿Cuánto falta para terminar de saldar la deuda?

—Tres años —respondió Adam, que se miró los callos de las manos—. Voleta tendrá veintiún años cuando recupere la libertad.

—¡Tres años! —repitió Senlin con la voz llena de una empatía dolida—. ¿Por qué tanto tiempo? Con dos años de tu salario reunirías sobradamente las dieciséis minas.

—Porque mi hermana… llama mucho la atención. —Adam tragó saliva cuando de pronto se le hizo un nudo en la garganta. Sacudió la cabeza para serenarse y continuó—. Tengo sobornado a Rodion para que la deje en el escenario y no se la lleve a los serrallos. Para que no se la vendan a algún noble ricachón. Casi todo lo que gano va directo a los bolsillos de Rodion, y estoy seguro de que Finn Goll también saca tajada. De modo que trabajo para pagar al hombre para el que trabajo. Me revienta que mi hermana tenga que exhibirse ante todos esos mirones asquerosos, pero es mejor que esté en el escenario que no detrás.

—Sé que entraña un cierto riesgo, pero ¿por qué no os escapáis? ¡Tres años! —Senlin aplacó su incredulidad al advertir que estaba echando más sal en la herida—. No es posible esperar tanto.

Adam le contestó con el asomo de una sonrisa inerme que parecía propia de alguien mucho mayor que él.

—Antes yo también pensaba así —dijo. Llevaba un buen rato agitándose al borde del asiento, pero volvió a reclinarse sobre el cuero crujiente—. Fue entonces cuando perdí el ojo.

La revelación flotó pesada entre ellos. Entre la compasión que su amigo le suscitaba y el deseo de arreglar el desastroso embrollo, de aportar algún tipo de solución, aunque fuera a destiempo, Senlin estaba agotado. Habría preferido no oír el resto de la confesión lastimosa de Adam. Sin embargo, como tan a menudo ocurre entre los hombres, una vez que se ha roto el silencio, es imposible recomponerlo hasta que todo ha sido dicho.

Adam, consciente de lo incómodo que su amigo se sentía, intentó hacer más soportable la narración.

—Poco después de estropearte el día, les robé a unos turistas que acababan de bajar del tren en la Estación Central de Babel. En principio, no tenía por qué; no formaba parte del trabajo. Goll te da una lista de la compra, una agenda, un presupuesto, un horario y una postal para que no te olvides de escribir. Pero los vi allí parados, igual que había estado yo meses antes, tan felices, tan confiados y tan ilusos. Pensé: «¡Ahora sí! Aquí tienes una oportunidad para acortar tu sentencia y salvar a tu hermana». Les dije que era un mozo de estación de la compañía ferroviaria que había ido para llevarles el equipaje al transbordador. Y aceptaron al momento; estaban muy emocionados. Me confiaron todas sus pertenencias. Tuve que contratar una carreta para transportarlo todo. —Boreas se rascó al filo del parche de cuero marrón que le cubría el ojo y se rio con desgana. Senlin era consciente del sentimiento de culpa que se escondía tras la fachada, pero

Adam se apresuró a continuar—. Lo vendí todo lo antes que pude, los vestidos, las canastillas, los sombreros, los utensilios de afeitar y las joyas. En total, conseguí casi veinte minas. Si Finn Goll se hubiera enterado, habría enviado a Iren a sacármelas. Así que decidí regresar a Nueva Babel por el puerto de Ginside, ubicado en el otro extremo de la ciudad, sobornar a Rodion con el dinero que me había sacado y desaparecer con Voleta antes de que Goll tuviera tiempo de reaccionar.

—¿Y qué ocurrió?

—Los piratas —resopló Adam—. Yo y otros cinco desgraciados compramos un pasaje para partir en un dirigible que parecía legal; en serio, parecía el típico crucero: una nave alta con tres globos y dos calderas. Estaba hecha para transportar mercancías y para resistir todo tipo de embates, pero tenía buen aspecto. Aun así, debí fijarme mejor en la tripulación. Sin embargo, me dediqué a asomarme por la regala como un crío, imaginándome la cara que pondría Voleta cuando le dijera que nos marchábamos.

»Entonces la nave comenzó a ganar altura y el capitán nos dijo que quería renegociar los términos del viaje. Nos propuso lo siguiente: nosotros le entregaríamos todo lo que teníamos y él no nos haría saltar por la rampa. Uno de nosotros se opuso. Lo tiraron por la borda. Los demás nos vaciamos los bolsillos. Después nos dejaron en el puerto que mejor les venía, que resultó ser el del Salón. No me habría servido de mucho protestar, pero sabía que me estaba metiendo en un lodazal. Llevaba dos años evitando ese lugar tan espantoso. Yo quería olvidar todo aquello, pero… —Se señaló la marca circular del brazo—. Se acordaban de mí. Y se cercioraron de que yo también me acordara de ellos. —Se levantó el parche ovalado de cuero fino, dejando al descubierto una hendidura amoratada y marchita en medio de la cuenca ocular vacía. Aquella cicatriz parecía un sacrilegio en medio del rostro joven y apuesto, pero Senlin no hizo ninguna mueca ni apartó la mirada—. Tom, no me digas que no es posible esperar. Esperar es lo único que puedo hacer. Debemos ser pacientes. Debemos seguir trabajando hasta que nos ganemos la libertad. —Después de que esta última afirmación lo hiciera estremecerse, volvió a colocarse el parche y se miró las manos vacías.

Senlin quería contradecirlo. Quería alentarlo para que no sucumbiera a la desesperación y animarlo con algún tipo de plan ingenioso. Apretó el mentón para no abrumarlo con una catarata de consejos. No era el momento de arengarlo con discursos motivadores ni con grandes propuestas; Adam le había abierto su corazón y Senlin no podía criticarlo por ello. El joven parecía un muñeco a medio atestar, y Senlin sabía que lo único que cabía hacer era disipar el nubarrón de tristeza que había engullido el despacho. Se levantó y empezó a meter los brazos por las mangas de su abrigo negro.

—Nunca he visto el interior de un órgano de tubos —dijo al tiempo que recogía la aerovara y la empuñaba como si fuera un bastón para caminar—. ¿Sabes cómo llamaba a su instrumento el viejo organista de mi facultad? La fontanería cantarina. Siempre contaba la broma de que, cada vez que tocaba un registro, en algún lugar del campus a un retrete se le vaciaba la cisterna.

Con este y con otro buen puñado de chascarrillos, Senlin se propuso animar al joven Adam. Este no opuso demasiada resistencia y, momentos después, habían salido de la casa del depósito

y subido a una carroza de vapor camino de Nueva Babel. Ocurriera lo que ocurriese, Senlin no permitiría que su amigo lo afrontase solo.

Adam dirigía el autovagón desvencijado por las calles de Nueva Babel. El vapor se adhería a la calzada y a las aceras como la masa de un pastel. Sentado junto a él en el compartimento elevado del cochero, Senlin observaba como los otros vehículos entraban y salían de la negrura, raudos como liebres. Los plomizos edificios blancos se alzaban en torno a ellos como colmillos inquietantes. Los murciélagos se lanzaban en picado a través de la niebla, de la que irradiaba un difuso resplandor dorado bajo la luz de las farolas eléctricas. Una humedad fría impregnaba el aire. Odiaba esa ciudad estigia y llevaba meses evitándola.

Si hubiera dependido de Senlin, nunca habría dado con el infame Steam Pipe. Desde fuera era igual a los otros edificios de esta y de las demás manzanas; tenía el aspecto de una cripta anodina. Adam, por el contrario, conocía muy bien las sutiles diferencias que presentaban las distintas vías de Nueva Babel y encontró el local sin ningún problema. Aparcó el autovagón en la calle y llevó a Senlin hacia la puerta trasera de metal que había al final de la callejuela.

Allí los recibió y les permitió entrar una mujer de la limpieza a la que por supuesto Adam conocía. Charlaron amigablemente sobre el pie que ella tenía lastimado, sobre las jovencitas desconsideradas detrás de las que ella tenía que andar limpiando y sobre algunas otras banalidades a las que Senlin no pudo aportar mucho. En cualquier caso, estaba distraído mirando la sala. Cuanto más se adentraban en ella, más se aproximaba el techo ancho al suelo de tablas bastas. Senlin supuso que se encontraban bajo las contrahuellas de un gran salón, tal vez bajo las gradas de un teatro. Embutidos en la sala menguante estaban los intestinos de latón de un leviatán; los tubos serpenteaban a partir de un tanque central y se extendían hasta el último rincón de la cavidad. Unas agujas negras bailaban sobre las caras negras de sus respectivos indicadores. El ambiente era cálido y agradable, algo raro en el Serrallo. Senlin aprovechó la ocasión para desabrocharse el abrigo y aflojarse el cuello de la camisa.

—El vapor asciende hasta esa caldera y alcanza una gran temperatura —dijo Adam, que había aparecido a su lado. Senlin miró en torno a sí y vio que la mujer de la limpieza se había marchado—. La mayor parte de las tuberías sirven para caldear el teatro y los dormitorios de arriba, pero estas —dijo el muchacho, y señaló un trío de tubos gruesos— alimentan la turbina, que infla el fuelle del órgano.

Adam prosiguió con la explicación técnica y Senlin notó que al joven le apasionaban las complejidades de la máquina; a él, sin embargo, se le escapaban muchos detalles. Se esforzó por seguir sus explicaciones, pero estaba distraído al tener que andar agachado tras la caldera y la medusa de tubos que sudaban y siseaban a su alrededor, a lo largo de un túnel que ronroneaba como un motor y por una escalera angosta y mal iluminada.

Se encontraban tras la maqueta de una ciudad llena de chapiteles. Algunas de las torres estaban hechas de madera, y otras, de cobre, de hojalata o de plomo. Se estrechaban entre una pared pintada de negro, cubierta de andamios y de aparejos, y una enorme cortina roja. ¡Qué espectáculo tan extraño e inesperado! Las torres de esta maqueta, como enseguida comprendió,

eran en realidad los tubos de un órgano gigantesco. Había centenares de ellos. Adam le explicó que acababan de pasar bajo el escenario del Steam Pipe y que en ese momento estaban detrás.

—En el escenario hay unos tubos con aspecto de diapasón, pero son falsos. Expulsan aire, pero no emiten sonido alguno. Solo están de adorno —le reveló Adam para terminar con alguna aclaración minuciosa sobre la mecánica de los conductos cuyo principio Senlin se había perdido.

—Si son falsos, ¿por qué expulsan aire? —indagó Senlin animadamente, pero, antes de que su amigo pudiera contestarle, los interrumpió un hombre que había entrado por los accesos de entre bastidores. Vestía un esmoquin y, por encima, una capa carmesí de forro plateado. Senlin no tenía claro si parecía un artista o un lunático.

A su aspecto, al menos, no se le podía poner ninguna pega. Traía el pelo moreno aceitado y recogido en una trenza, y la piel del rostro se le tensaba sobre los huesos, libre de arrugas por completo cuando relajaba el gesto y, según sospechaba Senlin, coloreada a conciencia. No podía tratarse sino de Rodion, el proxeneta.

—Adam, algo le pasa al diapasón de las octavas. No tiene fuerza. Puede que el tubo se haya agrietado, o quizá las ratas han vuelto a roer los sellos —dijo Rodion a bote pronto mientras se detenía ante ellos. Escrutó a Senlin como un gallo dispuesto a defender su corral.

Los hilos metálicos de la capa despedían destellos ridículos en la luz tenue del cuarto. Tal vez si hubiera conocido a Rodion en alguna celebración social de la pasada primavera, Senlin se habría sentido intimidado por su boato, pero en ese momento el proxeneta no parecía más que un comisario descafeinado, un hombre debilucho que se amparaba en una fachada vistosa. Temía que el comisario lo persiguiera hasta los confines de la tierra, pero dudaba que Rodion fuera tan persistente. Su ademán era demasiado teatral, como si se sustentara más en la apariencia que en el fondo. En absoluto impresionado, Senlin tuvo que refrenarse para no hundirle el dedo en el ojo.

—Voleta sale dentro de veinte minutos —añadió Rodion—. Si el órgano no funciona para entonces, tendré que ponerla a trabajar en alguna otra cosa esta noche.

El mensaje estaba más que claro. Senlin percibió la inquietud de Adam, que lo sacudió con la sutileza de un cañonazo. Adam calculó en silencio el tiempo que le llevaría efectuar las reparaciones, frunció el ceño ante lo ajustado de la estimación y se disculpó con sequedad para ponerse manos a la obra.

Rodion miró a Senlin.

—Caporal de puerto Thomas Senlin, al fin nos conocemos —lo saludó el proxeneta con una voz desprovista por completo de calidez.

—He venido a ayudar al señor Boreas —dijo.

—Mentiroso. No hacen falta dos hombres para embutir un trapo en una ratonera. A lo que ha venido es a ver faldas. —Rodion se inclinó hacia él.

—Está bien. He venido a ver… el espectáculo —afirmó Senlin.

—Pues claro. Le buscaré un asiento —dijo Rodion sin dejar de tasarlo con los ojos.

Parecía estar determinando hasta qué punto le interesaba a Senlin su sórdido negocio. Por supuesto, el proxeneta sabía cómo rentabilizar la lascivia de sus clientes, por lo que estaba evaluando al caporal de puerto, tentándolo con la esperanza de que le dejara entrever algún punto

débil del que pudiera aprovecharse. A Senlin le pareció conveniente permitir que creyese que podía engatusarlo de alguna manera. Que creyese lo que le viniera en gana. El error que estaba cometiendo haría que, llegado el momento, sucumbiera con facilidad a sus halagos y su manipulación. Lo único que debía hacer para inflarle el ego era sentarse a ver un número burlesco protagonizado por la hermana de Adam.

Contuvo un escalofrío y sustituyó su mueca de aversión por un gesto avieso que reflejaba la sonrisa cómplice del proxeneta.

—En serio, tiene que ver a qué se debe tanta expectación —dijo Rodion.

Capítulo ocho

> Candidato del día: Alistair el Gordo. Es un buque mercante que alcanza los quince metros de eslora y que monta dos cañones de diez kilos y equipa doce literas. En principio, tiene todo lo que hace falta; por desgracia, exhibe los colores de Pelphia. Robarles a los Pell, entre los que algún día tendré que infiltrarme, sería más que descabellado. Seguiré investigando.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

Senlin se sentó con la espalda rígida en la butaca mullida a la que lo habían conducido, con la aerovara apoyada en las rodillas. Estaba seguro de que la sala de la caldera quedaba debajo de él; notaba la vibración sutil de la maquinaria a través del suelo. El contraste entre aquel inframundo sombrío y el teatro dorado que lo envolvía se antojaba casi surrealista. Lo rodeaban cientos de hombres ataviados con ropas que podían considerarse de gala en una ciudad de peones; una legión de abrigos apolillados, de sombreros raídos y de cuellos agrisados como el humo del tabaco reinaba en las gradas. Los espectadores estaban emocionados y ansiosos. Unos palcos ornamentados, decorados con retratos de muchachas que posaban tendidas y desnudas, ocultaban a los clientes adinerados de la turba curiosa de abajo.

En medio del escenario estaba Rodion, sentado ante el teclado semicircular del órgano. Tocaba con un vigor que le atiesaba los brazos. El instrumento sonaba como un coro de aves. Las notas brotaban con una contundencia que electrizaba la piel. El proxeneta accionaba las hileras de registros marfileños con la pericia de un recolector de cerezas, cambiando y ajustando los distintos tonos en función del pasaje que quería tocar. Su talento quedaba fuera de toda duda.

Tras la consola del organista, una batería de tubos se alzaba escalonada desde el suelo, en medio de la arcada, hasta llenar el escenario. La tupida cortina roja, de la que Senlin acababa de ver la parte trasera, ondeaba al son del viento que manaba de los tubos falsos. Muchos de los destellantes resonadores de cobre parecían lo bastante anchos como para tragarse a un hombre. Sobre él, el cielo alto y abovedado estaba pintado a semejanza de un cielo sin nubes.

Pero no eran los tubos inmensos y pulidos ni el organista extravagante ni los acordes atronadores lo que embelesaba a los hombres que atestaban el teatro. Eran las mujeres que salieron al escenario y se encaramaron a la montaña de latón con coqueta impudicia. Treparon hasta lo alto de los tubos y empezaron a cabriolar de uno a otro, ágiles como cabras monteses, gráciles como bailarinas. Todas eran jóvenes y vestían igual, con los ojos perfilados de forma exagerada a base de pintura y carbón, y con la boca enrojecida como una fresa aplastada. Un

corsé prieto les ceñía el torso; unas faldas de volantes florecían en torno a las caderas. Las ráfagas de aire escapaban de los tubos sobre los que saltaban y pirueteaban, subiéndoles las faldas por encima de la cintura. Las chicas se tapaban la boca con un recato afectado. El público se escurría hasta el borde de la butaca, se mecía adelante y atrás y se deshacía en aplausos. Las medias negras. Los ligueros blancos. Los atisbos de muslos desnudos. Daba la impresión de que la erupción musical las estuviera desvistiendo poco a poco.

La idea de que Marya podría haber corrido la misma suerte en alguna otra parte bastó a Senlin para que quisiera apagar las luces, estrangular al organista y poner fin a la denigrante escena. Sin embargo, se contaba dentro de una evidente minoría. El resto del público no veía a sus hermanas ni a sus hijas, como tampoco las consideraba almas perdidas ni corazones aventureros. Veía la luz de calcio escurriéndose entre las hileras de piernas danzantes. Veía dientes brillantes y bustos agitados. Cuando el aire les levantaba los rizos por encima de la cabeza, las mujeres parecían pender cada una de su melena como frutas que colgaran de una rama.

Senlin se preguntó cuál sería Voleta.

Rodion concluyó su actuación con una floritura volcánica y se giró hacia el público. Las muchachas se recogieron las faldas e hicieron una reverencia por encima de él. Los aplausos se extinguieron poco a poco cuando el proxeneta levantó la mano, protegida con un guante blanco, para pedir calma.

—Buenas noches, caballeros. Bienvenidos al Steam Pipe. —Hizo una pausa para dejar que llovieran los vítores sinceros—. No duden en solicitar la ayuda de los porteros si desean disfrutar de una actuación en privado. ¡Mis chicas están tan limpias como mis tubos! —Se oyeron algunas carcajadas—. Sin embargo, no todas son iguales —prosiguió, y Senlin se dio cuenta de que estaba recitando un guion—. Algunas son hermosas y otras atrevidas. Las hay con talento, atléticas y exóticas. —La obscenidad que gritó uno de los espectadores inició una nueva oleada de risas—. Pero hasta la fecha ¡solo he conocido a una mujer capaz de volar! De modo que, sin más dilación, les presento a la doncella a la que han venido a ver: ¡Voleta, la Chica Voladora!

Una portezuela se abrió en la cúspide de la bóveda azul, y una mujer la atravesó sentada en un trapecio. El voluminoso cabello moreno que colgaba en revoltosas sortijas alrededor de sus hombros hacía que la cabeza pareciera grande y el cuerpo fino. Vestía un bodi morado que le cubría el busto musculoso y las caderas anchas, dejando al descubierto las piernas flexibles de piel oliva.

Pese a la distancia, Senlin habría sabido al momento que aquella joven era la hermana de Adam. Tenía la misma boca oblonga y la misma nariz afilada, pero los ojos eran distintos: más grandes y de color violáceo, y delimitados por un anillo verde. Unas lentejuelas azules destellaban en sus sienes. Sonreía, no de forma seductora, sino como una artesana que disfrutase con su trabajo. Impulsó el trapecio hasta que se elevó sobre la grada para después alzarse de nuevo por encima de la montaña de tubos. ¡Qué fluidez y qué naturalidad! Rodion la acompañaba con una melodía evocadora y dramática que acentuaba la sensación de peligro. Senlin estaba absorto. Con un movimiento diestro, Voleta cabrioló sobre la barra del trapecio y, por un instante, no le cupo la menor duda de que el columpio retrocedería sin la chica. Pero esta giró en pleno vuelo como una voluta de humo y volvió a agarrarse a la barra. Mientras se

sujetaba con los brazos, rozó con las puntas de las zapatillas los dedos de los hombres osados que estiraron los brazos hacia ella desde sus respectivos asientos. Una vez alcanzado el límite del balanceo, se soltó de la barra y se propulsó describiendo una hélice, como una semilla de arce, para acto seguido volver a aferrarse a la barra, que iniciaba el regreso. Con cada pirueta que ejecutaba, su melena rebelde y bella resaltaba sus contornos como la cola de una cometa. Senlin sintió el corazón a punto de salírsele por la boca, agrandado por el miedo y la admiración. Voleta era espectacular.

Después de llevar a cabo algunas otras hazañas acrobáticas, redujo la inercia del trapecio, agitó la mano para despedirse del público con una entrega infantil y dejó que la subieran de nuevo por la portezuela de la bóveda. Esta vez Senlin no pudo evitar sumarse al aplauso enfervorecido de la grada.

Hubo una reunión breve pero emotiva tras el escenario, entre el aparejo, los cubos antiincendios y los destellos de la infinidad de trajes guardados. La expresión de Adam, por lo general afligida, se evaporó mientras hacía girar a Voleta en un abrazo rebosante de dicha. Senlin se sentía privilegiado por poder presenciar el feliz momento. En tierra, Voleta parecía más pequeña que la Chica Voladora. De carácter franco, utilizaba expresiones un poco tontas y, en muchos aspectos, era todo lo contrario que su hermano. Adam se la presentó, y ella le estrechó la mano con la levedad y la timidez de una niña. Pero no era una niña, y se apreciaba una inteligencia despierta en su mirada. Aun así, tenía sus tics; a menudo, soltaba una carcajada cuando alguien decía algo medianamente serio, como si la seriedad en sí le pareciera graciosa. La carcajada era breve, en absoluto femenina, y sonaba más como el «ja, ja» de un hombre que como la risita de una chica de dieciocho años. La rareza resultaba incomprensiblemente entrañable.

Hablaba aprisa sobre su rutina, sobre lo mucho que la frustraba tener que permanecer siempre dentro y sobre la envidia que le daba que Adam pudiera ver el sol cuando quisiera. Puso fin a la larga concatenación de quejas describiendo con efusión la caja de cuatro bombones que le habían regalado, tres de los cuales le habían sabido a gloria mientras que el cuarto era repugnante. Adam no intervino mucho, pero con su sonrisa lo decía todo. Senlin intuyó que este tipo de ocasiones eran inusuales para ellos, y se preguntó si no sería mejor perder para siempre a un ser querido antes que tenerlo cerca, pero privado de libertad.

Entonces, cuando menos falta hacía, apareció Rodion, seguido de cerca por un séquito de muchachas, acomodadores, maquilladores y algunos otros operarios del establecimiento. El proxeneta encabezaba el grupo como un rey, envuelto aún en la capa carmesí y plateada, y traía algo más: la culata argéntea de una pistola sobresalía de la funda que colgaba de su cadera.

Se acercó derecho al feliz trío, lo que hizo que a Adam se le borrara la sonrisa de la cara al instante. Señaló a Voleta.

—La próxima actuación es dentro de media hora. Come algo y vuelve a guardarropía. Vamos —dijo en un tono que parecía reflejar la preocupación propia de un padre.

Voleta lo miró con fastidio, aunque en su mueca no se advertía un ánimo desafiante, y se giró para darle un beso en la mejilla a su hermano.

—No vuelvas a comerte los bombones, Voleta. No son regalos. Son un pago con el que los hombres quieren comprarte —le advirtió Adam.

Ella soltó una de sus risotadas francas.

—Si alguien pretende comprarme con unas chocolatinas, no le va a gustar mucho la adquisición —dijo según hinchaba las mejillas y sostenía con los brazos una panza imaginaria.

Esta vez Adam no se rio; se había quedado pálido y amustiado.

Voleta rotó sus ojos violáceos hacia Senlin.

—Tú eres su jefe. Ordénale que sea feliz, y no dejes de molerlo a palos hasta que obedezca. Síguelo a todas partes con una vara y dale un azote cada vez que suspire —le pidió mientras apretaba las palmas de las manos. Antes de que Senlin pudiera decir nada, la muchacha se puso de puntillas y lo besó en la mejilla, como había hecho con su hermano.

Voleta se dejó arrastrar por la procesión de bailarinas y tramoyistas, con quienes se marchó alborotadamente a las entrañas del teatro, donde los camerinos daban paso a los dormitorios, y donde algunos espectadores pagaban generosas sumas por convertirse en protagonistas durante un rato.

Cuando el grupo estaba doblando la esquina, una chica rubia que se había rezagado unos pasos los miró con rabia, y en concreto se fijó en Senlin. Sus ojos feroces tenían algo siniestro, y él cayó en la cuenta de que ya la había visto. Sí, la había visto en la barcaza en la que escapó del Balneario. ¿Y no lo apuñaló con la mirada también entonces?

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas a la intrigante cuestión, Rodion intervino y desvió la conversación hacia su terreno.

—Una joya así no tiene precio —dijo, señalando con la cabeza al animado grupo. El pecho se le infló con un orgullo paternal que no le correspondía—. ¡No tiene precio! Yo jamás permitiría que alguien con tanto talento languideciera entre las sombras. El mundo entero merece verla actuar.

Senlin observó que Adam era consciente de que el proxeneta le estaba poniendo un cebo. El muchacho no cayó en la trampa. Senlin se enorgulleció de él, aunque fue una victoria efímera.

—Un barón algeciano se fijó en ella la otra noche y quedó impresionado. Solicitó disfrutar de una actuación en privado, pero, puesto que tenemos un acuerdo, le dije que una joven tan excepcional y habilidosa no se ofrece en alquiler. —La piel tensa y anémica de Rodion se le apiló en torno a la boca como la de los nudillos de un viejo; era una sonrisa espantosa—. Yo soy proxeneta. Prefiero trabajar con furcias. Cuando se trabaja con furcias, no hay que andarse con cortejos ni se requiere renovar a menudo la mercancía, y tampoco hay que lidiar con negociaciones engorrosas, con pruebas de virginidad y con cuestiones de linaje. En cambio, ¡la vida de un esposista es agotadora! Pero tu hermana me lo pone muy fácil. Sale al escenario, coquetea con los clientes y regatea con ellos, y se hace valer como nunca sabría hacerlo ni un médico ni un genealogista. Va a acabar convirtiendo a este viejo proxeneta en un comerciante de esposas. Antes he dicho que no tiene precio, pero se está tasando ella misma. El barón algeciano dejó caer que podría valer veinticinco minas. Pero ¿qué crees tú? ¿Cuánto te parece a ti que vale tu hermana?

Adam, con las orejas coloradas, tensó el cuerpo; las venas del cuello se le marcaron con suavidad. Senlin sabía lo que ocurriría a continuación. Durante su época como director de escuela llegó a presenciar muchas veces cómo las víctimas de los acosadores estallaban de pronto. La pelea que se iniciaba entonces siempre acababa en un derramamiento de sangre. Rodion estaba llevando al límite a Adam. Estaba buscando una excusa para disparar al hermano molesto de su gran atracción. Senlin debía intervenir.

Descargó la aerovara con fuerza y golpeó a Adam en las corvas. El muchacho, al que había cogido desprevenido, cayó a plomo. Derribado en el suelo, rodó con torpeza a los pies de Senlin, al que miró atónito al sentirse traicionado. Senlin señaló la puerta con la cabeza y, en un tono impasible, le dijo:

—Boreas, arranca el vagón.

Adam se levantó y recobró la compostura, sin apartar los ojos de él en ningún momento, mientras reemplazaba el desconcierto inicial por una profunda rabia y se encaminaba hacia la puerta cojeando ligeramente. Senlin confiaba en que el joven supiera perdonarlo.

Rodion observaba al caporal de puerto como si no lo reconociera.

—Vaya, vaya, al final va a resultar que el ratón de biblioteca los tiene bien puestos —masculló, y a continuación, cuadrando los hombros, le preguntó—: ¿A qué ha venido eso? En serio, ¿a qué ha venido?

—Finn me pidió que me diera una vuelta por aquí. —La mentira le salió de forma natural, como si la farsa le aburriera y no le apeteciera seguir alargándola—. Se pregunta si de verdad se está llevando su parte de las entradas, así que me ha enviado a contar cabezas. Por mí, se pueden ir al cuerno, él y la elefanta esa —resopló. Era un farol, por supuesto, pero, después de haber pasado tantos años viendo competir a los niños durante el recreo, sabía que responder con una cierta dosis de chulería era a menudo la mejor manera de achantar a un abusón—. Dígame qué recuento ha hecho usted y yo se lo haré llegar.

—Ciento treinta y seis —le informó Rodion—. Pero no creo ni en la generosidad ni en la fraternidad. Así que dígame por qué me está ahorrando la molestia.

—Las sospechas lo vuelven muy paranoico. Si descubre que le ha salido un agujero en la cartera, empezará a indagar para saber si tiene más, y eso es algo que yo no quiero. —Golpeó el suelo con la aerovara para subrayar sus palabras, y el bastonazo resonó por toda la cámara. Giró sobre los talones para marcharse, y entonces, como si se hubiera acordado de algo indignante, se volvió de nuevo hacia el proxeneta—. Por cierto, yo diría que esa joven vale por lo menos treinta minas. ¡Es una criatura soberbia!

Aunque fue una pulla endeble, Senlin esperaba que bastase para avivar la codicia del proxeneta, con lo que dispondrían de un poco más de tiempo para trazar un plan. Si antes albergaba alguna duda, ya la había resuelto; haría cuanto estuviera en su mano para ayudar a Voleta a escapar de ese canalla sin corazón.

Adam no estaba furioso. Estaba hundido, lo que era muchísimo peor. Senlin tenía la esperanza de que le devolviera el golpe dándole un puñetazo. Sin embargo, el muchacho se encontraba derribado sobre el volante fino del autovagón, con la mirada perdida mientras se masajeaba la

corva con aire ausente. Senlin le pidió disculpas por haberle pegado, pero él solo le respondió dejando de frotarse la pierna lastimada.

—Te habría pegado un tiro. —Senlin tenía que hablar casi a gritos para que el estruendo de los pistones no le ahogara la voz.

Adam lo meditó, primero asintiendo, después estremeciéndose y, por último, rotando la cabeza desconsolado. Parecía estar a punto de venirse abajo. Con la voz entrecortada, dijo orgulloso:

—No ha podido con ella. Ya la has visto. Es indomable. —Los rayos de la cúpula enrejada que dominaba la ciudad latiguearon con un éxtasis repentino, interrumpiendo su conversación. La luz espinosa punzaba la niebla e inmolaba a decenas de polillas y de murciélagos. Cuando la tormenta embotellada amainó, Adam prosiguió con más aplomo—. Es mi responsabilidad que permanezca a salvo. Es mi responsabilidad. Debo hacer algo…

Senlin ardía en deseos de decir alguna cosa, de soplar y avivar la chispa que se había prendido con la revelación de Adam, pero temía que eso solo sirviera para desalentarlo. Por tanto, en lugar de soltarle un sermón, optó por confesarle su fracaso.

—Intenté ser paciente en el Balneario. Durante semanas, me ceñí a un método y a un horario. Confiaba en que dieran sus frutos, confiaba en que la Torre me recompensara por la disciplina que me impuse con… un reencuentro milagroso. —Articuló un ruido gutural de asco—. Si hubiera seguido ciñéndome a aquella rutina y creyendo que me había ganado algún tipo de premio, ahora sería un capacho. No me cabe ninguna duda. Y habría perdido a Marya para siempre.

—¿Y qué hiciste? —le preguntó Adam.

—Robé al comisario. No, primero conspiré, después me infiltré, luego adulé, luego engañé y, por último, robé al comisario. —Una sonrisita de satisfacción le iluminó la cara—. Ah, si Finn Goll supiera la que lie ahí abajo… Estoy seguro de que en el Balneario le han puesto un precio a mi cabeza; lo más probable es que para el comisario yo valga una pequeña fortuna. Me llevé algo que le pertenecía, y sé que le gustaría recuperarlo. —Consciente del tono jactancioso que se le había colado en la voz, tosió para disimular su pesadumbre. Tenía que reconducir la conversación—. Lo que quiero decir es que, a veces, debemos asumir riesgos calculados, Adam. No podemos esperar que la Torre sea justa con nosotros, ni que los podero-sos nos respeten.

—Riesgos calculados… —El joven frunció el ceño y retorció el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. ¿Es que tienes un plan?

—Aún no he terminado de perfilarlo, pero sé qué piezas nos van a hacer falta.

—Algo es algo, supongo. ¿Y qué nos va a hacer falta?

Senlin desgranó la lista con los dedos.

—Una nave, una tripulación y un poco de viento.

Adam enderezó la espalda mientras asumía la complejidad de la empresa.

—A decir verdad, esperaba que dijeras que nos bastaría con una cuerda y una salchicha —confesó, a la vez que se rascaba la cara ensombrecida por la barba dispersa de tres días—. Así que una nave, una tripulación y un poco de viento, ¿eh? Vamos a tener muchos riesgos que calcular. ¿Y el capitán? También nos va a hacer falta un capitán.

Senlin se rio.

—No nos precipitemos.

Capítulo nueve

> Entre los viejos libros mayores que colman las estanterías del despacho hay un buen número de diccionarios estropeados, varios manuales básicos de aeronáutica (de los cuales, tras haberlos leído todos con detenimiento, me he quedado con los más completos) y, como mínimo, una treintena de guías de la Torre, tan únicas como inútiles. Cada vez que las leo, me dan ganas de gritar: «¡Dibújame un mapa! ¡Muéstrame el camino!». Pero los autores se limitan a describir sus pisadas y a hablar de sus zapatos, que siempre son los mejores y los únicos que valen.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

Si algo hacía imposible actuar con inmediatez era el trabajo, que de un día para otro desbordó tanto a Senlin y a Adam como al resto de los empleados del puerto. Las barcazas y los transbordadores desfilaban por las dársenas con tal urgencia que Senlin tenía la impresión de estar ahogándose en un mar de cajas de ron, de capitanes que regateaban a voces y de mujeres de mirada perdida destinadas a los serrallos. Los estibadores, obligados a trabajar en turnos que se prolongaban veinte horas o más, se habrían amotinado de haberles quedado fuerzas. Senlin tuvo que apartarse de sus libros de cuentas para ayudar en la estación de pesaje; era preciso cargar y descargar las básculas con la misma premura con la que una catapulta asediaba una ciudad. Era demencial, pero, aun así, de alguna manera, sus métodos demostraron ser eficaces: no se rechazó ningún dirigible, no desapareció ninguna mercancía valiosa y no se estropeó ningún producto perecedero. Los autovagones se sobrecalentaban, pero no llegaban a estallar, y al cabo de tres días de actividad frenética, el puerto recuperó la calma.

Senlin había cancelado la asamblea vespertina y, en lugar de estar encaramado a la báscula como si fuera un orador callejero, se encontraba sentado en el labio de la base, con los brazos apoyados en las rodillas, viendo a los hombres enfilar el túnel camino de Nueva Babel. Algunos se pararon para pedirle que les leyera la dirección que figuraba en un volante, algo que hizo de forma casi automática. Uno de los descargadores, que respondía al nombre de Emrit, le tendió una nota de su amorcito para que se la descifrara. Al hombre le faltaba uno de los dientes principales, pero el hueco que quedaba al descubierto cuando sonreía no parecía un defecto. A Senlin le recordaba el hoyuelo que algunas personas tenían en la mejilla; incluso le confería un cierto atractivo. En el mensaje, escrito con la letra indecisa y forzada de alguien que estaba aprendiendo, se proponía una cita, a la que Emrit tendría que llevar chocolate, y se incluía una referencia bastante torpe a un acto íntimo, el cual Senlin detalló con la profesionalidad de un

médico. Emrit le dio las gracias por la ayuda y se unió a la riada de hombres que salían del puerto.

Pese a lo desfallecidos que se sentían, todos caminaban exultantes; muchos de ellos irían a los serrallos, algunos a las casas de migaja y otros a las tabernas, y regresarían a la estación a horas intempestivas, ya sin emoción alguna, después de haberse desprendido de su rabia y su ansiedad. Senlin se sorprendió al caer en la cuenta de que de buena gana se habría marchado con ellos. No le vendría mal distraerse un poco, olvidarse de todo durante un rato. Pero, no, había trabajo que hacer.

Más avanzada la tarde, Adam irrumpió en el cuarto de Senlin con una cajita de madera en las manos, una entrega que había llegado con retraso. El muchacho encontró al caporal de puerto sentado ante la mesa desnivelada, en compañía de un libro y de una botella abiertos. Senlin, al fijarse en el robusto receptáculo, enseguida dedujo lo que era, y orientó la barbilla hacia un rincón despejado de la estancia. Adam posó el envío de crom blanco y se apartó aprisa. A ninguno de los dos le agradaba manipular aquel tipo de mercancía. A Senlin le inquietaba la posibilidad de que la caja se cayera y se rompiera; temía que, al agitarse, el polvo formara una nube y le provocara una sobredosis con solo respirarla por encima, encerrándolo en una niebla preñada de pesadillas.

—Los hombres están borrachos —comentó Adam con la voz aplanada por el agotamiento. Ocupó la silla de madera basta que había frente a Senlin y, aunque estaba cansado, se paró a comprobar la resistencia del mueble antes de confiarle todo su peso.

—Se lo han ganado —dijo Senlin sin apartar la vista del libro apoyado a la vez que le acercaba la botella a su amigo—. Y tú también. —Adam aceptó la oferta y tomó un trago largo con aire meditabundo.

Al otro lado de la ventana, el jolgorio de los hombres dio lugar a una nueva vocería exaltada para después reducirse de nuevo a un murmullo de risas y canciones.

—Les he subido la paga —dijo Senlin con una naturalidad de la que se infería que el joven no tenía por qué sorprenderse, pero sí que se sorprendió.

—En los casi tres años que llevo aquí, nunca se ha subido la paga. ¿Cómo has convencido a Goll para que autorice el aumento?

—No le he dicho nada —respondió Senlin, aún con los ojos puestos en el complicado esquema de una máquina de vapor que figu-raba en el libro, incomprensible como un jeroglífico milenario —. Ahora el puerto funciona tan bien que el aumento no descuadrará el parte de las ocho.

—¿De verdad?

Senlin lo miró.

—Confía en mí. No se dará cuenta. Y si se da cuenta, le diré que había que hacerlo por nuestro bien. Que era la manera de impedir una revuelta. No puedes obligar a todos esos hombres a que se maten a trabajar y luego esperar que al día siguiente vuelvan ansiosos para que los sigas castigando.

—Tal vez. —Adam seguía sin verlo claro—. Pero ¿por qué ahora? Si se entera, enviará a Iren a arrancarte la cabeza. ¿Por qué correr el riesgo?

—Bien, porque he estado pensando. Y he llegado a la conclusión de que las cosas se nos van a complicar mucho.

Adam, al ir a soltar una risa, quiso contenerse, pero después terminó de ceder al impulso.

—Ah, pero si la lista era muy concisa: una nave, una tripulación y un poco de viento. Pan comido.

Aunque Senlin cerró el libro, su expresión no se relajó un ápice. Tenía el gesto de concentración angustiosa propio de un hombre que estuviera echando una partida de cartas que no podía permitirse perder. Por un momento, no se percibió el menor movimiento en la habitación, salvo por la sombra agitada de una polilla que parecía decidida a morir golpeándose contra la amarillenta luz eléctrica del techo.

—Estos serían, a mi modo de ver, los problemas que se nos presentan. En primer lugar, nos hace falta una nave. No nos servirán ni un remolcador ni una barcaza. Si la nave no es razonablemente ágil ni cuenta con un arsenal básico, nos abordarán o nos derribarán antes de que nos hayamos alejado un kilómetro del puerto. Por otra parte, si la nave es lo bastante grande, necesitaremos una tripulación numerosa para mantenerla en el aire. Y eso es algo que no podemos permitirnos. Pero obviemos eso por ahora.

»Imaginemos que encontramos una nave modesta para cuyo funcionamiento y defensa bastan cinco o seis tripulantes, una nave cuya bodega puede albergar comida, pólvora, combustible y agua suficientes para varias semanas, una nave que no es tan ostentosa como para llamar demasiado la atención ni tan vulgar como para que se nos niegue el atraque en los puertos más nobles. La opción más equilibrada sería como las normas de etiqueta del Steam Pipe: algo formal, pero descuidado. Aun en el caso de que existiera un dirigible así, ¿cómo nos haríamos con él? No somos bastantes para someter a una tripulación.

»Por tanto… —Senlin guardó una pausa con el dedo en alto para indicar que no había terminado mientras tomaba un trago de la botella. Exhaló una breve bocanada de aire y prosiguió —. Deberemos servirnos de los recursos de otros. Y huelga decir que esos otros, sean quienes sean, no tendrán ningún interés en sumarse a nuestra lucha y jugarse la vida por nuestras respectivas recompensas. Lo que nos lleva a la complicada cuestión de cómo vaciar la nave…, suponiendo, claro está, que ya hemos reunido una pequeña tripulación leal para manejarla una vez que soltemos amarras.

»Además de todo este imposible, está tu hermana, Voleta. Y nos topamos con el mismo problema. Rodion está resguardado en su propia fortaleza, donde, si no me equivoco, cuenta al menos con treinta hombres. Aparentan ser acomodadores y tramoyistas, pero apuesto a que en realidad son su guardia armada. Nosotros solos no podemos entrar por la fuerza y llevárnosla del Steam Pipe. Tendrá que ser otro el que llame a la puerta. Así que habremos de recurrir a dos tropas subsidiarias: una que despeje la nave y otra que rescate a tu hermana. Pero, ahora mismo, no contamos con ninguna de ellas.

—Ni con una tripulación —dijo Adam.

—Ni con una nave —añadió Senlin colaborativo.

La polilla que había estado golpeteándose contra la lámpara produjo un fatal ruido metálico y cayó al suelo. Adam meneó la cabeza y dijo:

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con lo de aumentarles la paga a los hombres?

—Intento ganarme su favor. Tal vez necesitemos que se alíen con nosotros.

—En ese caso, aunque no es un aumento despreciable, no ha sido suficiente.

—Quizá no te falte razón —admitió Senlin, que se desanimó un poco—. Al menos, puede que así se lo piensen antes de retorcernos el pescuezo, llegado el caso.

—Veo que tienes muy madurado el plan. Incluso has previsto la eventualidad de que los estibadores quieran estrangularnos. Me quito el sombrero.

Impelidos por la misma necesidad, ambos fueron a coger la botella que se levantaba entre ellos. Ninguno de los dos la soltó. Senlin le sostuvo la mirada a Adam durante las inesperadas tablas. Era obvio que el joven estaba preparando el terreno para decir algo más, para sincerarse, y la botella permaneció varada entre el uno y el otro mientras tanto.

—Muy bien, te escucho. ¿Qué es lo que piensas de todo esto?

—¿De verdad te parece que es lo que procede? ¿Robar una nave? Quiero decir, tú mismo te estás dando mil motivos para no hacerlo. Parecía una buena idea cuando los dos estábamos enfadados con ese rufián, pero ahora, si lo meditas en frío… —Se tiró del cuello de la camisa hasta que consiguió soltar el segundo botón. Senlin intuyó que el muchacho había estado dándole vueltas al asunto desde antes de entrar en la habitación. Tal vez había estado considerándolo desde que salieron del Steam Pipe. Su discurso sonaba demasiado concreto, demasiado ensayado, para parecer espontáneo—. Nos ganaremos un sinfín de enemigos: Rodion, Finn Goll, los estibadores, la tripulación y el capitán que quitemos de en medio… Una vez que iniciemos la huida, dudo que podamos abandonarla nunca. ¿Cuánto tiempo aguantaremos sin un trabajo estable, sin un hogar o sin un empleador? ¿En quién confiaremos? ¿Tendremos que robar el combustible? ¿Tendremos que rapiñar la comida? ¿Qué vida es esa?

—¿Qué vida es esta? —replicó Senlin.

—Dijiste que para el comisario valías una pequeña fortuna. Le robaste algo. ¿Por qué no le pides un rescate? Haz un trato con él. Ofrécele lo que quiere y te pagará para recuperarlo. Estoy seguro. En lugar de huir, podríamos comprar nuestra libertad.

—Adam —dijo Senlin, que soltó la botella de pronto para reclinarse en la silla. Se cruzó de brazos—. Los poderosos no negocian con la gente sencilla como nosotros. Ni nos respetan ni nos temen, por lo que nada nos garantiza que se atendrán al trato. No hay honor que valga. ¡Acuérdate de los piratas, por culpa de los cuales perdiste el ojo! ¿Cómo fue posible algo así? Porque habíais hecho un trato, ¿verdad? Sin embargo, tú no podías hacer nada, y ellos lo sabían. —Se le había secado la boca y la saliva empezaba a amasársele entre los dientes—. En el supuesto, en el muy hipotético supuesto, de que el comisario accediera a acordar un rescate, solo le interesaría pagar por dos cosas. La primera, su querido cuadro, que no obra en mi poder. Y la segunda, mi cabeza. Nada me gustaría más que el que se olvidara de mí. Pero eso solo ocurriría en el mejor de los casos.

En respuesta a la vehemente argumentación de Senlin, Adam se limitó a encoger los hombros.

—No digo que no conlleve un riesgo, un riesgo calculado, pero estás presuponiendo demasiadas cosas sobre el modo en que reaccionará el comisario ante una propuesta que le ahorraría muchas molestias y mucho tiempo. No veo por qué esa opción es más absurda que

urdir un plan irrealizable y robar una nave. —Adam irradiaba una seguridad en sí mismo obstinada y juvenil, lo que a Senlin le tocó la fibra, la fibra de director de escuela. El joven concluyó su razonamiento en un tono engreído—. Solo intento ser un poco sensato.

—¡Y yo intento salvar a tu hermana! —gritó Senlin con más rabia de la que pretendía.

Aunque el arrebato lo dejó descolocado, Adam insistió con obstinación.

—Aunque no tengas el cuadro, podrías venderle información sobre quién lo tiene. Solo con que consigamos algo de dinero…

Senlin lo interrumpió.

—¡No, Adam! No pienso hacer ningún tipo de trato con el comisario. ¡Y no hay más que hablar! —Dio un manotazo en la mesa que hizo saltar el libro. El muchacho lo miró como si lo hubiera abofeteado, y aunque Senlin se arrepintió al instante, no templó su respuesta—. Mira, nunca vas a ganar suficiente dinero para liberar a Voleta de su contrato porque a Rodion no le beneficiaría dejarla marchar. Primero se quedará con tu dinero y después se la venderá a otro. ¿Por qué no? ¿Acaso puedes hacer algo para impedírselo? ¡Si quieres que tu hermana vuelva a ser libre, tendremos que liberarla nosotros mismos!

Adam frunció el ceño, pero permaneció callado. La vocería sostenida de los estibadores ayudó a agrandar el vacío que se había abierto entre ellos. Senlin se secó la boca con la mano y notó un temblor inusitado en los dedos. No era Voleta quien había provocado aquel estallido de rabia ciega. Era Marya. Siempre era Marya. Hacía una semana, había dejado de darle vueltas obsesivamente al retrato y lo había ocultado bajo la tabla suelta del suelo junto con el diario y la pistola con forma de llave que le había dado Ogier. Había decidido guardarlo porque su esposa empezaba a convertirse en una abstracción, en una imagen, en un ideal. Lo presentía. Había comenzado a desvanecerse. El recuerdo de su voz encandiladora, sus dedos ágiles y puntiagudos y el coqueteo sutil con el que sabía animarlo en medio de una multitud… Todo aquello estaba desapareciendo, y en su lugar, más grande y real cada día que pasaba, estaba el icono pintado de Ogier. Así, se lo había escondido a sí mismo para que, cuando volviera a verlo, le trajera un recuerdo vivo, un rayo de esperanza, y lo disuadiera durante un tiempo más de resignarse a la vida asfixiante y deprimente en que se veía atrapado.

Sin decir nada más, Adam se levantó y salió de la habitación. Senlin no intentó impedírselo. Supo que se había equivocado al confiarle tanto sus temores como los puntos débiles del plan. El joven Boreas buscaba a alguien que lo orientara, un guía, un capitán, y quizá a propósito o quizá sin pretenderlo, Senlin se había atribuido ese papel. De modo que ahora debía obrar en consecuencia. Los tripulantes no quieren ser conscientes de si al capitán le asaltan las dudas ni de si sus planes hacen aguas, porque eso los lleva a dejar de confiar en él, y entonces acaban agarrándose a un clavo ardiendo, como pretendía hacer Adam. El joven no tenía la culpa de que Senlin aún no dispusiera de la tripulación, ni de la nave ni del viento que necesitaban. Más pronto que tarde, si el estancamiento se prolongaba, Adam se buscaría a otro flautista al que seguir.

El estrépito de unas tablas despertó a Senlin en plena noche.

Había sonado como un portazo, pero más próximo al suelo. Soñoliento, se preguntó si habría sido una trampilla. Sin embargo, en su cuarto no había ningún tipo de portezuela. Tal vez había sido un eco procedente del depósito o una pesadilla de la que ya no se acordaba y que había engañado a su oído al ir a despertarse. Aturdido, abrió los ojos, anticipando el tenue resplandor dorado de las farolas cubiertas de fuera.

Una resplandeciente silueta rojiza había aparecido junto a la cama, donde se retorcía entre espasmos como si estuviera sufriendo un infarto. Entonces Senlin lo entendió: era la Mano Roja. Por imposible e increíble que pareciera, el verdugo del comisario había dado con él.

El asesino se agarraba la rodilla y tiraba de ella hacia arriba. Había tropezado con la tabla suelta del suelo y tenía el pie atrapado en el compartimento secreto del cuarto. Un torrente de adrenalina corrió al instante por todo el cuerpo de Senlin; hasta el último nervio se le había trasmutado en una mecha encendida.

Rodó hasta el lado opuesto de la cama, decidido a correr hacia la puerta. Pero, enredado entre las sábanas como estaba, tropezó y se cayó al suelo. Se sacudió como un pez atrapado en una red. La Mano Roja terminó de partir las tablas y Senlin se giró justo a tiempo de verlo elevarse por encima de la cama como una suerte de fenómeno cósmico, como una bola de fuego que surcara la atmósfera. El meteoro se precipitó aplastante sobre Senlin, con el que formó un nudo de sábanas y de extremidades.

Se estamparon contra la cómoda enclenque, haciendo que los tres cajones que la componían se abrieran de golpe. Una maraña de mangas de camisa los abrazó. El brazalete metálico del asesino chocó contra la mandíbula de Senlin con tal fuerza que los ojos se le encharcaron de lágrimas al momento. Ahora lo único que veía era un resplandor rojo envuelto en lino blanco. Era como vislumbrar un incendio en el bosque a través del humo denso. La presión que de pronto sintió en el brazo le impidió apartar la ropa limpia.

—¿Dónde está el cuadro? —dijo la Mano Roja en un tono tan inmutable y sereno que, más bien, parecía estar preguntando la hora.

—¡No lo sé! —respondió Senlin con los dientes apretados.

La tracería de venas le confería el aspecto de unos fuegos artificiales congelados, de un vómito de luz volcánica. Con el brazo libre, Senlin extendió una camisa sobre el cráneo incandescente y enrolló una de las mangas en el cuello del asesino. La Mano Roja pareció jadear presa del desconcierto, y Senlin se aferró a esa mínima esperanza; tal vez consiguiera escapar. Pero no había sido un jadeo de sorpresa, sino un suspiro. Un suspiro de cansancio y de desdén. Senlin estaba aburriendo al ejecutor.

Antes de que tuviera ocasión de apretar la soga improvisada, un dolor atroz le atravesó el hombro. La Mano Roja empezó a retorcerle el brazo con una fuerza apabullante y casi mecánica. Sin dejar de ejercer presión, el asesino giró el cuerpo para no desencajarle el brazo. Obligado a tenderse boca abajo, Senlin se encontraba completamente indefenso. Pataleaba como un niño que hubiera cogido una rabieta, pero no conseguía acertarle a nada con los pies. La Mano Roja le tiró del pelo para levantarle el torso, y al mismo tiempo le hundió la rodilla en el coxis para tensarle la columna. Senlin se sentía como un palo a punto de partirse. Al momento siguiente, el suelo pareció volar contra su cara. En el último instante, consiguió girar la cabeza, de modo que la sien

rebotó contra las tablas. Las astillas le aguijonearon la oreja y la mejilla. Durante unos instantes, estuvo sordo. Después oyó un pitido, punzante al principio, que poco a poco se extinguió como el silbido de una bomba arrojada desde gran altura. Su cabeza se levantó y se golpeó por segunda vez, y la tabla se partió del todo. La vista se le llenó de manchas, de arañas amarillas que reptaban por una red colorada. La telaraña abrió las fauces, dejando al descubierto un pequeño horno refulgente, una lengua llameante.

Senlin percibió la calidez del aliento del verdugo cuando este le dijo:

—A los intelectuales siempre os cuesta creer lo frágil que es vuestro cuerpo en realidad. La mente es robusta, inalcanzable. Pero los músculos y los huesos no son más consistentes que un fardo de paja. Son fáciles de separar y de partir. Y cuanto más se despedazan, más se encoge la mente. En los instantes previos a la muerte, el gran intelecto se reduce a una nonada muda. La mente no es más que la puerta a las tinieblas. —Senlin quería gritar, pero le era imposible—. Y ahí es adonde vas tú ahora, Thomas. Al corazón de las voraces, indiferentes y eternas tinieblas. ¿Dónde está el cuadro?

Muerto de miedo y aturdido por la paliza, Senlin miró a su alrededor en busca de algo, lo que fuera, con lo que defenderse. Arrastró la mano por el suelo, tanteándolo todo. Las tablas chirriaron cuan-do las apretó. Estaba desorientado. ¿En qué dirección quedaba la puerta? Si pudiera empuñar la aerovara, al menos moriría defendiéndose. Pero no había nada, solo ropa disgregada y astillas.

Al notar que le costaba tragar saliva se dio cuenta de que no podía respirar. El asesino se le había sentado en la espalda y le tiraba de la cabeza hacia atrás como un jinete que intentara frenar a su montura. Una súbita e inesperada explosión de euforia embargó a Senlin. Vagamente identificó el motivo de aquella dicha: la inminencia de la muerte. Y sintió un alivio inexplicable. La Mano Roja se equivocaba. Había luz en aquel vacío; había una paz que permitía pensar. Dejó deambular la mente. Se acordó de Ogier. Debía de haber escondido muy bien el cuadro si no lo habían encontrado. Tal vez había muerto sin revelarle a nadie el paradero de su preciado *Niña con barco de papel*. Senlin volvió a ver a la pequeña, detenida bajo el resplandor caleidoscópico del Balneario, ante su sombra, negra como un agujero en medio del mundo. Y, en esta nueva visión del cuadro, Marya estaba junto a la niña, remangándose la falda con una mano mientras sujetaba la de la cría con la otra. Él las observaba desde la orilla. Ellas se encontraban de espaldas a él. No les hacía falta mirarlo. Eran felices; el mundo rutilaba.

En medio de la escena tierna y plácida, empezó a oírse el zumbido de una mosca, la mota oscura de un pensamiento aislado. El insecto no se dejaba atrapar y tampoco tenía intención de marcharse. Senlin le tiró un manotazo. Por diminuto que fuera aquello que pretendía hacer añicos la paz de ese paraíso, no seguiría viviendo durante mucho más tiempo. ¿Cuánto vivían las moscas domésticas? La ignoraría. El díptero se le posó en la cara. Senlin intentó aplastarla de nuevo, y la mosca pareció moverse más despacio, como invitándolo a atraparla. La sintió zumbar dentro de su puño. Se acercó la mano a la cara y estiró los dedos. En medio de la palma tenía una llave.

Acto seguido, el mundo comenzó a sacudirse, y el temblor sutil enseguida se transformó en un terremoto pavoroso y destructivo. El agua se revolvió y se encabritó, lengüeteándoles las piernas

a Marya y a la niña, que seguían cogidas de la mano. Un polvo finísimo empezó a caer en la cara de Senlin, vuelta hacia arriba, bajo la oscuridad absoluta.

Entendió que no estaba listo. No estaba listo. Al momento siguiente, el suelo desapareció, y él cayó.

Cayó en su propio cuerpo, tendido en el suelo de la habitación. Yacía de espaldas. El resplandeciente hombre rojo lo zarandeó con rabia, pero no parecía ser la primera vez que lo hacía. Senlin notó que algo cálido afluía a su boca. Tragó y tosió hasta que recobró el aliento; sintió un dolor inmenso, pero también un profundo alivio.

—Lamento haber tardado tanto en dar contigo. No me gusta tomarme tanto tiempo. Hace unos meses me pasé a ver al pintor. A esa conversación sí que llegué a tiempo. Para él no acabó muy bien. O su tozudez le jugó una mala pasada, o la verdad no era la que le convenía. Le hice la misma pregunta que voy a hacerte a ti por última vez: ¿dónde está el cuadro que robaste?

Senlin lo sintió por Ogier, pero le asombró que estuviera dispuesto a morir para salvar el cuadro de las garras del comisario. De pronto, todo le parecía desproporcionado: que el comisario hubiera seguido buscándolo durante meses, que finalmente hubiera dado con él y que hubiera enviado a su perro de caza… ¡Todo por un cuadro!

Tenía claro que nunca podría hacerle entender al asesino lo absurda que era su encomienda. Si quería sobrevivir, debía decirle algo. Se acordó de la llave que había aparecido en su mano durante la visión aciaga, y entonces se le ocurrió una idea, vaga y tal vez irrealizable.

La voz le salió áspera.

—Está en un cajón con cerradura —dijo—. Tengo que coger la llave.

Capítulo diez

> La Higuera del Alba es una gabarra de quilla plana tan fea como el morro de un puerco. Sus defensas se reducen a un cañón de doce kilos todo oxidado. La variopinta tripulación de seis miembros podría rendirse sin oponer demasiada resistencia. Un candidato sin encanto, pero factible. (Una segunda inspección muestra que la borda se ha podrido y reblandecido como un pastel. Es una trampa mortal).
>
> *Torre popular. Penurias personales*,
> por T. Senlin

Senlin se apoyó en el borde del agujero dentado que se había formado entre las tablas del suelo. Cuando introdujo el brazo en el compartimento oscuro, el tacón de una bota le presionó la nuca, amenazador como un pulgar ansioso por aplastar una pulga.

—Si sacas algo que no sea una llave, acabaré contigo —le advirtió la Mano Roja.

Senlin titubeó. Un hilo de sudor, o quizá de sangre, se le escurría por la cabeza y descendía hasta el mentón. La llave de carcelero estaba bajo el cuadro de Marya. No le quedaba más remedio que sacar primero la pintura para acceder a la llave.

—Aquí guardo un cuadro —avisó Senlin al verdugo—. Pero no es el que buscas. La llave está debajo.

—Déjame verlo.

En cuanto el cuadro asomó por el orificio, el asesino se lo arrebató con su mano resplandeciente. Senlin no pudo verlo inspeccionar la obra, pero sí el resultado. Cuando la Mano Roja lo tiró contra la pared de enfrente, el marco saltó despedazado. Senlin hizo una mueca de dolor. No sabía si la pintura habría sufrido algún daño, pero en ese momento no podía hacer nada al respecto. Volvió a introducir el brazo en la oquedad, esa vez con deliberada parsimonia.

La presión que notaba en el cuello se redujo cuando sacó la llave. La Mano Roja retiró el tacón. Senlin se puso de pie, pero sus piernas temblaban tanto como las endebles patas de las sillas.

—¿Qué abre esta llave? —preguntó el verdugo con su característico ademán distraído, casi soñoliento.

Senlin se aclaró la garganta arenosa. Tambaleándose, le respondió:

—Te abre a ti.

Apretó el pequeño gatillo que había en la cabeza de la llave. El disparo no sonó más fuerte que una cuchara de madera al partirse. El cañón, de la anchura de un guisante, expulsó un hilito de humo. El resultado, admitió Senlin, fue más lamentable de lo que esperaba.

Sin inmutarse, la Mano Roja miró la mancha que estaba empezando a salirle en la pechera. El pausado charco de sangre era de un vivo color granate.

—Me hace mucha gracia —dijo la Mano Roja con semblante grave—. Me miras y ves a un hombre, una cabeza más bajo y un palmo más ancho que tú, pero un hombre, al fin y al cabo. —El asesino alargó los brazos, tomó los pliegues del camisón de Senlin entre sus puños, engañosamente menudos, y tiró de él para acercarlo a su cara rígida e inexpresiva—. Así que das por hecho que soy igual que tú, que tus capacidades cognitivas, el peso de tu conciencia y tus parásitos intestinales son características que encontrarás también en mí. Pero tú y yo no nos parecemos en nada. —Su aliento arrastraba un penetrante olor a formaldehído y, al fijarse mejor, Senlin observó que su piel tenía la misma textura gomosa que la de una rana muerta conservada en un laboratorio. La Mano Roja lo levantó hasta separarlo del suelo—. Yo soy el acertijo que la Esfinge pronuncia. Yo soy el esclavizador que mastica la cadena viva. Yo soy el que planta las semillas muertas, el que rellena los agujeros. ¿Quién soy yo?

La voz de Senlin era un mero susurro.

—La muerte.

—Sí —siseó la Mano Roja.

Un estallido impidió que la presión que Senlin notaba en el cuello continuara aumentando. Los cristales de la ventana del otro lado de la habitación llovieron sobre el depósito. La explosión se había producido en el extremo opuesto de la estancia, y ambos se giraron al mismo tiempo para ver qué había ocurrido.

Alumbrado por la luz del pasillo, Adam se había detenido bajo el dintel con la segunda pistola en alto. A su espalda, una tropa de estibadores subía aprisa por las escaleras. Con una velocidad antinatural, el asesino arrojó a Senlin contra la puerta, arrebatándole a Adam la posibilidad de volver a disparar. La Mano Roja saltó entre los cristales dentados de la ventana y se perdió bajo la luz mortecina del depósito.

Adam detuvo a Senlin, pero las pistolas que tenía empuñadas le impidieron recogerlo con elegancia. Senlin, incapaz de articular palabra en ese momento, señaló la ventana reventada. El joven Boreas no necesitó más indicaciones; miró hacia atrás de soslayo para gritarle a la tropa de estibadores:

—¡Tras él! ¡Se dirige al puerto!

Adam ayudó a Senlin a recuperar el equilibrio y corrió hacia las escaleras, dando la voz de alarma por el camino.

El dormitorio de Senlin parecía una leonera. Mientras se frotaba la garganta dolorida, reunió como pudo su ropa y sus pertenencias. Echó el batiburrillo en uno de los cajones rotos y arrastró los pies hasta donde yacían los restos del marco. Le temblaban las rodillas cuando se agachó sobre la pintura, que milagrosamente había caído boca arriba entre las astillas y el papel marrón de refuerzo. La obra había sobrevivido, lo que de por sí le bastó para sobreponerse al miedo y la conmoción. Él también había sobrevivido.

Le llamó la atención la textura del reverso del lienzo. Parecía componerse de escamas de pez. La parte trasera del cuadro, recubierta de papel, estaba desgarrada. Volteó la pintura y soltó una risotada espontánea.

Adherida al reverso del lienzo había una niña que lo miraba fijamente. Estaba metida en un estanque hasta los tobillos. Un barco de papel colgaba de su mano.

Una hoja cayó al suelo. En ella había un mensaje redactado aprisa, pero Senlin reconoció la letra. Lo había escrito Ogier. Decía: «No deje que caiga en sus manos. No es lo que parece. Es una llave. Una llave a la Torre, a la felicidad y a la muerte. Escóndala, y guárdela bien. Por ella».

Cuando al cabo de media hora Adam regresó a la habitación, se en-contró al caporal de puerto sentado en la cama con todas las luces encendidas. Las cortinas de arpillera colgaban lacias sobre la ventana maltrecha. Senlin había tenido la presencia de ánimo suficiente para ocultar el cuadro de contrabando de Ogier. Sucediera lo que sucediese, se había propuesto no seguir aumentando la carga que pesaba sobre Adam. Al muchacho no le beneficiaría en modo alguno lidiar con el misterio de una pintura que él se había visto obligado a robar porque otro hombre había decidido desprenderse de ella, pese a que asegurara que era «una llave a la Torre, a la felicidad y a la muerte», significara lo que significase eso. Ese tipo de misterios formaba parte de la carga de quien ostentaba cierta responsabilidad. Además, el cuadro de Ogier aún podría servirle como moneda de cambio, y prefería que nadie supiera que obraba en su poder, al menos por el momento.

—Ha escapado —dijo Adam—. Lo hemos perseguido hasta el puerto. No me preguntes cómo un hombre que brilla en la oscuridad puede desaparecer en plena noche. —Intentó reírse, pero el ruido sonó seco como un rebuzno. Desconcertado, se sentó a plomo en una esquina de la cama —. Nunca había visto nada parecido. No sé qué era.

—Gracias por acudir en mi auxilio —le dijo Senlin, que le devolvió a su ademán la rigidez habitual.

—Era eso o quedarme despierto oyéndote destrozar los muebles de la habitación —dijo Boreas con el asomo de una sonrisa. Guardó silencio por un momento, el ceño apretado en un gesto reflexivo. Al cabo, dijo—: Tom, ¿qué era eso?

Senlin resolló, pues la garganta inflamada hacía que le costara respirar. Tuvo que tomar aire varias veces para poder responder.

—Eso era la Mano Roja, el verdugo del comisario. Creo que queda descartado lo de negociar con ese tirano. —Cogió la escoba que había apoyada en un rincón y barrió los trozos de cristal que habían caído al pie de la ventana—. Me temo que el asesino luminoso querrá hacerme otra visita… tarde o temprano. Me alegro de que lo ahuyentaras, pero dudo que sea de los que se dan por vencidos al menor contratiempo.

Adam se levantó y siguió al caporal de puerto mientras este daba vueltas por la estancia, arrastrando la escoba pausadamente con aire pensativo.

—Bueno, dices que queda descartado lo de negociar, pero ahora tampoco puedes esconderte. ¿Qué piensas hacer? Si tienes el cuadro, si creías que debías ocultármelo a mí, ¿por qué se lo escondes a él? Dáselo de una vez. No merece la pena jugarse la vida por una pintura.

—Estoy de acuerdo —dijo Senlin, y tendiéndole la escoba, añadió—: Y ya que te apetece dar vueltas por la habitación, aprovecha y adecéntala un poco.

Adam tomó la escoba, pero no dejó de insistir.

—Entonces, dile dónde está el cuadro. Dile quién lo tiene, y para quién lo robaste. O dímelo a mí, y yo hablaré con él en tu nombre.

—No. Es muy valiente por tu parte, creo que no te imaginas hasta qué punto, pero no. Y tienes razón en una cosa: se acabó el esconderse. Pero, de momento, la incertidumbre del comisario será lo que me permita seguir con vida. La Mano Roja podría haberme estrangulado mientras dormía; no lo ha hecho porque quería hablar conmigo. Sospecho, Adam, que ese cuadro es más importante de lo que parece. Creo que el comisario está ansioso por recuperarlo, y que le aterra la idea de perderlo para siempre. Lo que me parece muy interesante. Y mientras yo pueda hacer que la duda lo siga corroyendo y… —Se interrumpió cuando vio a Adam inclinado sobre la escoba igual que una vieja encorvada sobre su bastón. Apoyado en el palo, parecía haber renunciado a toda esperanza. ¿Y cómo no iba a renunciar? Acababa de ver a un monstruo con sus propios ojos. Tenía muy claro que su vida estaba en juego.

Senlin se acercó a la mesa y cogió la llave de carcelero. Quería darle a Adam algo que lo distrajera, algo útil.

—Muy bien —dijo—, es hora de que aprenda a recargar una pistola. Enséñame.

El joven lo miró incrédulo durante un largo instante, pero el caporal de puerto no vaciló en su petición, que había sonado más bien como una orden. Finalmente, Adam dejó la escoba a un lado y comenzó la clase.

A la mañana siguiente, llevado por la curiosidad, Senlin se acercó a la dársena para ver por dónde había podido escapar el asesino. Si hubiera llegado en una nave, se habrían dado cuenta, por pequeña que fuese, lo que significaba que la Mano Roja había empleado un método más discreto. No encontró nada sospechoso en el muelle, aunque tampoco sabía muy bien qué esperaba encontrar. Hizo el recorrido dos veces, la segunda más despacio que la primera. A los estibadores, que esperaban ociosos el atraque de la siguiente embarcación, les divertía ver al caporal de puerto fuera del despacho y lejos del depósito. Se deleitaron aún más al verlo tenderse boca abajo y asomar medio cuerpo por el borde del muelle como si llevara encima una copa de más. Él ignoró sus risitas.

No tardó en dar con lo que buscaba: una cuerda de seda amarrada con minuciosidad a un ojete atornillado junto al borde de la cara inferior de la dársena. No veía el otro extremo de la cuerda porque esta bajaba por del saliente de la Torre, pero estaba seguro de que llevaba hasta el Balneario. La Mano Roja se había enfrentado a una escalada larga y peligrosa, si bien lo había tenido muy fácil para descender.

Acercó una cuchilla curva a la cuerda y la cortó.

De una cosa sí estaba seguro: la cuerda había sido tendida desde el puerto de Goll. Por lo tanto, en Nueva Babel había alguien que se entendía con el comisario.

Más avanzada la mañana, cuando Iren irrumpió en el despacho, Senlin estaba preparado. La recibió sin sobresaltarse, con los dedos colocados en forma de pirámide sobre la absurda proa que servía de escritorio. La guardaespaldas acercó la mano, ancha como un plato llano, y esperó a que él le entregara el sobre con los billetes y con el detalle de las importaciones.

—No sabes leer —le dijo Senlin—, de modo que tampoco sabes escribir, de modo que estás más indefensa de lo que le correspondería a una mujer de tu talla.

Las arrugas que cruzaban la frente amplia y tersa de Iren se combaron hacia abajo, concentradas en un ceño marcado e intimidante. Con una diestra parsimonia, se soltó la cadena que le rodeaba la cintura. Los eslabones tintinearon al sacudirse a su lado. Senlin la observó con una sonrisa contenida, pero implacable. Iren adoptó una pose ofensiva, haciendo que el cuero del mandil chascara en torno a sus muslos gruesos como troncos, con los pies separados de tal manera que parecían conectar ambos lados del despacho. Senlin se negó a achantarse, pese a que la mujer había empezado a hacer girar la cadena por encima de su cabeza. El soplido del metal llenaba la estrecha estancia. Iren fue alargando la cadena eslabón a eslabón, hasta que el gancho del extremo comenzó a silbar a escasos centímetros de las estanterías. El árbol de sellos de goma que había sobre el escritorio temblaba, las cuentas del ábaco entrechocaban, los papeles aleteaban. Daba la impresión de que se hubiera desatado una tormenta dentro del cuarto.

Senlin no dejó de mirarla a los ojos pacientemente en ningún momento.

—Me he acostumbrado a que me amenacen con matarme, Iren —le dijo—. Empiezo a aburrirme un poco. Arráncame la cabeza de una vez o siéntate.

Con las mejillas encendidas, la giganta bajó la cadena para que girase a ras de la coronilla de Senlin, que notó que la corriente de aire le revolvía el pelo. Tuvo que levantar la voz para que el gemido de los eslabones no lo enmudeciera.

—No puedes saber lo que dice un libro por muchos puñetazos que le des. No puedes identificar una letra torturándola. No puedes entender un cartel aunque lo estrangules. Mires adonde mires, te encuentras con un nuevo secreto imposible de desentrañar. Y por eso estás indefensa. Pero yo podría ayudarte, si me lo permites.

Poco a poco, la ira de la mujer se aplacó y la cadena comenzó a girar más despacio, hasta que, con un tirón preciso, hizo que el gancho volara derecho de regreso a su mano. Respiraba agitadamente mientras volvía a enrollarse la cadena a la cintura.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó con su voz grave y lúgubre.

—¿Ves esto? —Senlin subió la barbilla para mostrarle el llamativo cardenal que le rodeaba la garganta—. Necesito que me enseñes a evitar que me vuelva a ocurrir. He escrito una carta para Goll, en la que le pido que te autorice a instruirme en materia de autodefensa. Supongo que no querrá que su inversión, es decir, yo, muera estrangulada mientras duerme. Seguro que estás al tanto de lo de anoche. —Iren examinó la magulladura con el interés superficial de una entendida. No parecía demasiado impresionada—. Una hora al día —propuso Senlin con sequedad—. La primera media hora la dedicaríamos a las clases de lucha, y la segunda, a aprender a leer. ¿Qué dices?

—Al señor Goll no le hará gracia que pierda el tiempo con los libros.

—Pues no le digas nada —resolvió Senlin, que le tendió la carta que había redactado—. Goll es la menor de nuestras preocupaciones. Yo voy a sentirme muy torpe, y tú vas a sentirte muy estúpida. Pero siempre es así al principio. El aprendizaje siempre empieza con un fracaso.

Iren escrutó el rostro del hombre larguirucho de mirada penetrante que había sentado ante ella en busca de algún indicio de taimería o de lástima, de cualquier cosa que la habría hecho

abalanzarse sobre él como una guillotina. Cuando hubo tomado una decisión, asintió y le dijo:

—Bien. —Cogió la carta y salió del despacho con paso contundente. Era la conversación más larga que Senlin había mantenido con ella hasta entonces.

Capítulo once

> El Double Fond es un galeón barrigudo con el casco en forma de ese. Está dotado de ocho cañones largos, tres globos rechonchos, un cañón de aferramiento, una camareta espléndida, un camarote equipado con una araña de luces y una tripulación compuesta por sesenta y dos bandidos armados. Sueños aparte, la valía de una nave la determina su rumbo. Debo buscar otros vientos.
>
> *Torre popular. Penurias personales*,
> por T. Senlin

Senlin tenía más razones para alfabetizar a Iren. Sabía que aquella mujer podía hacer el trabajo de dos hombres, y la quería en su tripulación. Pero comprar su lealtad requería mucho, muchísimo más dinero del que él tenía. Por lo tanto, en lugar de comprarla, se la ganaría.

Y, así, comenzaron las clases. A media tarde, tras la puerta cerrada del despacho, inclinado sobre los papeles en los que había enunciado distintos ejercicios básicos, Senlin trataba a su alumna tal y como trataba a los acosadores iletrados cuando trabajaba en la escuela, con paciencia, pero con insistencia firme. Al principio, Iren sujetaba la pluma como si fuera un cuchillo y rasgaba todo el papel. Encorvaba el cuerpo y partía una punta tras otra, llenando las hojas de arañas de tinta negra. Pasaron varios días hasta que logró cerrar los círculos de las letras, y, con las sucesivas clases, empezó a romper menos papeles y menos plumas. Cada día progresaba un poco más.

Senlin comprobó además que Iren no era del todo analfabeta. Evolucionaba más rápido de lo esperado porque conocía algunas palabras elementales. Podía interpretar las etiquetas habituales de las cajas, así como los verbos que solían aparecer en los pasquines. Demostró que aprendía deprisa y afrontaba las lecciones con interés. Practicaba también por su cuenta, de manera que al cabo de una semana ya sabía leer frases sencillas. Su determinación resultó muy alentadora para Senlin.

Iren no presumía de una paciencia inagotable. A menudo caía presa de la exasperación. Cuando se veía más hundida, acusaba a Senlin de inventarse las reglas, de contradecirse y de reírse de cómo pronunciaba las palabras. En más de una ocasión, llegó a agarrar lo que tenía más a mano, como un tintero o un pisapapeles, y a levantarlo en un gesto amenazador por encima de la cabeza del maestro. Este, sin embargo, proseguía y le explicaba la lógica de la gramática con el tono sereno y cantarín de siempre.

—Bien, la ese se escurre así y la eme me amordaza a mí. Inténtalo otra vez. «El sinsonte es suave. Marrón es la marmota». —Poco a poco, Iren siempre terminaba dejando a un lado el arma improvisada y reanudaba el ejercicio trabajosamente.

Y siempre acababa vengándose. Al menos, Senlin sospechaba que su alumna aprovechaba las clases de lucha, que trasladaban al depósito, para descargar la frustración que el proceso de alfabetización le provocaba. El método por el que solía decantarse para enseñar a Senlin a defenderse consistía en atacarlo sin tregua, hasta que, como no podía ser de otro modo, terminaba cayendo de espaldas, sin aliento y todo magullado. Después, la instructora, mientras lo veía levantarse temblorosamente, le explicaba de la forma más sucinta posible qué había hecho mal. Cuando peleaban cada uno con un bastón y ella lo derribaba con un simple movimiento de barrido, le decía:

—Tienes los pies demasiado juntos. —Cuando boxeaban y a Senlin se le doblaba el cuerpo tras recibir tres puñetazos rápidos en el estómago, le explicaba—: Tensas mucho los golpes. —Cuando practicaban con espadas de madera y ella le machacaba la oreja, le aconsejaba—: No vayas a por mi espada. Ven a por mí.

La humillación de Senlin se veía agravada por la curiosidad que los ejercicios generaban. Los estibadores del depósito se congregaban en torno al cuadrilátero que habían despejado entre las cajas de aceitunas y los barriles de vinagre. Al principio, los hombres se negaban a prestarles demasiada atención, pues temían quedarse mirando boquiabiertos cómo el caporal de puerto y la guardaespaldas de Finn Goll se zurraban el uno al otro en medio del depósito. Sin embargo, pronto pasaron a observarlos sin ningún disimulo, e incluso montando bulla en torno a ellos. Se oían jadeos de asombro, que daban paso a aplausos emocionados, que a su vez se convertían en vítores de los que podrían oírse alrededor de una lona profesional. Tras la primera semana de peleas vespertinas, ya se hacían apuestas. Un es-tibador con olfato para los negocios encontró por ahí una pizarra estropeada y la aprovechó para anotar los pronósticos.

Senlin procuró ignorar la naturaleza de las apuestas. Se daba por hecho que Iren se impondría gracias a su tamaño y su pericia, con los que lo derribaría sin la menor dificultad. También se apostaba por el tiempo que tardaría en caer y por si alguna vez conseguía parar o asestar un golpe. Estas probabilidades tampoco hablaban nunca a su favor.

Aun así, estaba aprendiendo. Por primera vez en su vida, sentía que sus reflejos despertaban. Empezó a intuir la cadencia y los patrones de las embestidas de su rival. La fuerza, según comprobó, no importaba tanto como el equilibrio, y este no importaba tanto como la anticipación. Poco a poco, comenzó a predecir algunos ataques gracias a los cambios sutiles que observaba en la postura de Iren o al modo en que tensaba los hombros. A veces predecía la trayectoria que seguirían el pie o el bastón de la giganta, aunque él no siempre consiguiera echarse atrás a tiempo. De vez en cuando, si llevaba a cabo una pequeña proeza, como esquivar un bastonazo o pararlo, enseguida analizaba el modo en que lo había logrado. Concluyó que una pelea se regía por sus propias reglas gramaticales, y que la guerra obedecía a su propia sintaxis. Se dejaba embelesar por sus reflexiones. Y siempre que se distraía demasiado, terminaba sufriendo una derrota aplastante.

—No pienses tanto —le recomendó Iren cuando puso fin a una de esas distracciones con un inesperado gancho ascendente—. Es mejor no pensar en absoluto.

Y así, por pura necesidad, una cierta camaradería surgió entre ellos.

La nueva situación intranquilizaba a Adam. Intentaba convencer a su amigo de que Iren era un lobo disfrazado de cordero.

—Ni se te ocurra pensar por un momento que ahora sois amigos —le previno una tarde mientras le curaba una abrasión que le había salido en el omóplato.

El caporal de puerto se la había ganado cuando quiso embestir a su maestra con una estocada tosca. En lugar de golpearla con la hoja de madera, acabó perdiendo el equilibrio y cayendo de mala manera al suelo de grava. A pesar de las heridas, se enorgullecía del movimiento que había intentado, que Iren calificó de «valiente».

—Podemos ganárnosla —le aseguró Senlin a Adam, y lo creía de verdad.

Las corrientes de aire, por lo que Senlin había aprendido leyendo sobre el tema, se comportaban de un modo similar a las corrientes marinas. Eran cintas transportadoras invisibles pero incansables, de dimensiones y de intensidad variables. Recorrían el cielo formando un entramado energético de gran complejidad. Los dirigibles, al menos los que atracaban en el puerto de Goll, carecían de sistemas de autopropulsión y, al igual que ocurría con los veleros, su velocidad y su dirección dependían por completo del viento. Podían desplazarse en vertical calentando el gas encerrado en los globos o soltando lastre, lo que les permitía pasar de una corriente a otra. Los capitanes, al menos los más capaces, siempre ejercían cierto control sobre el rumbo.

Las ubicaciones de los puertos que sobresalían de la Torre habían sido elegidas por lo cerca que se hallaban de las corrientes relativamente calmas y regulares. Los puertos bien situados eran muy accesibles, aunque tenían la desventaja de que, en muchos casos, solo era posible entrar o salir por una misma dirección. Esto no suponía ningún inconveniente para los comerciantes honrados, pero ponía las cosas muy difíciles a quien se propusiera secuestrar una nave atracada. Desamarrar no era complicado, pero escapar no sería tan fácil.

Si Senlin y la tripulación aún imaginaria de la nave querían alejarse de la Torre, sería preciso encontrar una ruta de huida insospechada.

Así, para divertimento de los aeronautas y de los estibadores, Senlin empezó a dedicar una parte de las mañanas a otra de sus aficiones. Cuando el sol naciente comenzaba a reflejarse en el puerto cubierto de escarcha, cogía una de las cometas de papel blanco encerado que había fabricado. El frescor otoñal había dado paso a la gelidez del invierno. El cielo amanecía tan frío y llano como un mar helado. Senlin liberaba la cometa entre los gigantescos globos que tiraban de las naves amarradas. La cometa cabriolaba como un gorrión junto a la fachada curva de la Torre, raspándose los vértices contra la arenisca rosácea. Algunas cometas se trababan en los penoles de las grúas, y tenía que trepar para desenredarlas. Con frecuencia, las sol-taba al tropezar con una caja o un fardo, y tenía que ver impotente cómo el diamante plano se perdía en la distancia. Los hombres se reían. El viento recio lo aguijoneaba. Y, siempre, las cometas se alejaban hacia el este, a merced de la misma corriente invariable: la de los vientos alisios, los únicos que soplaban a aquella altura.

Cuando llevaba dos días perdiendo cometas y machacándose los dedos de los pies, dio con aquello que buscaba. Sucedió una mañana en que el puerto se encontraba inusualmente vacío. El día anterior, Senlin les había dado la tarde libre a los hombres después de dos jornadas de tráfico tranquilo, de modo que muchos estaban aún disfrutando de su sueño ebrio. La hendidura larga y poco profunda que la fachada de la Torre presentaba más arriba atrajo a la cometa. Debido a la distancia, el surco parecía un simple hoyuelo, pero de cerca era lo bastante amplio para generar un cierto efecto de vacío. La cometa tiró de forma intermitente del carrete que Senlin sostenía entre las manos, comportamiento que le recordó al modo en que una caña de pescar se cimbraba cuando un pez cauteloso mordía el anzuelo.

Instantes después, de repente, la cometa salió disparada y se deslizó quince metros Torre arriba antes de efectuar un giro súbito hacia el oeste. Agotada la cuerda, Senlin retuvo con la mano el último tramo mientras veía como la cometa forcejeaba para dejarse llevar por la corriente a la que acababa de acceder. Y, entonces sí, la soltó.

Cuando contemplaba la fuga de la cometa, una sonrisa se asomó a su rostro. No sería fácil alcanzar aquella corriente, y quedarse fuera probablemente derivaría en que la nave se estampara contra la fachada de piedra, pero ya sabía qué rumbo tomar. Por muy peligrosa que fuera, acababa de encontrar la salida.

Adam no recibió la noticia del milagroso descubrimiento con el entusiasmo que Senlin se esperaba.

Encontró al muchacho en el depósito húmedo y lúgubre, entre los murciélagos revoltosos y los faroles amarillentos, haciendo palanca para retirar la tapa de una caja que se negaba a abrirse. Cuando la barra se le escurrió de las manos y casi le golpeó en la barbilla, Adam, en un arrebato furioso impropio de él, empezó a darle patadas a la caja.

—¿Por qué? —inquirió una vez que el cansancio pudo con él—. ¿Por qué sellan una caja de peras como si fuera un ataúd?

Senlin puso una mano en el hombro agitado de su amigo.

—Solo es un pedido de fruta. ¿A qué viene tanta rabia?

La palanca emitió tres notas metálicas cuando cayó y rebotó en el suelo.

—Rodion —resumió cuando se hubo calmado un poco—. Me está sacando hasta el último penique. Durante las últimas tres semanas, me ha enseñado tres contratos de matrimonio con Voleta. Siempre le doy una mina para que posponga el acuerdo, pero después se va en busca de algún otro pretendiente con una cartera más abultada. Estoy sin blanca. —Recogió la palanca y volvió a encajar la uña bajo el labio de la tapa—. Voleta dice que debería romperse una pierna o quemarse el pelo. Cree que ningún hombre querría casarse con una chica coja y calva. Pero ese es el problema. Si no ha acabado ya en la cama de algún indeseable es gracias al trapecio. Y, al mismo tiempo, son sus actuaciones lo que atrae a todos esos puercos lúbricos. Temo despertarme un día y descubrir que la he perdido para siempre. —Al fin, la tapa cedió con un chirrido escalofriante. Adam sacudió los brazos doloridos y sacó una pera enrojecida del colchón de paja —. Así que me alegro de que hayas encontrado una corriente de viento, Tom, pero dudo que eso nos sirva para salir de aquí.

—Hablaré con Rodion —propuso Senlin.

—¿Para decirle qué?

Antes de que Senlin pudiera responderle, los interrumpió la llegada de un autovagón que conocían bien. Los paneles de ébano del vehículo brillaban como espejos negros, embellecidos con acanaladuras de pan de oro. Las lunas estaban cubiertas con unas cortinillas rojo sangre, y la chimenea de latón y cobre expulsaba volutas de vapor por encima del chófer demacrado. El autovagón de Finn Goll se abrió paso entre los estibadores con la facilidad con que un tiburón se deslizaría a través de un banco de sardinas.

Senlin había visto al propietario del puerto en muy contadas ocasiones durante los tres meses que llevaba trabajando como caporal. El que se presentara de improviso podría deberse a una simple inspección sorpresa, pero estaba seguro de que no había ido a hacerles una visita de cortesía. Barajó las peores situaciones a las que podría enfrentarse: Goll se había enterado del aumento que les había concedido a los estibadores y pretendía exprimirlo para que lo compensara, o quizá el hombrecillo había deducido el motivo por el que habían atentado contra él en plena noche y se disponía a servírselo en bandeja al comisario para embolsarse una recompensa, o podría ser que el amo del puerto, de alguna manera, estuviese al tanto de sus planes y hubiera ido a imponerles, a él y a Adam, el castigo que recibían todos los desertores: la rampa.

Iren desmontó antes que Goll. Sus hombros, que siempre tenía cuadrados, estaban ahora hundidos. Mala señal. Peor aún, no miró a Senlin a la cara cuando él se acercó a recibir el autovagón. Goll salió y se detuvo en el estribo, de forma que sus ojos quedaron casi a la misma altura que los de Senlin. El chófer no apagó el motor, lo que anunciaba que el encuentro duraría poco.

—Iren está cultivando una nueva habilidad. —Goll apoyó la mano en la cabeza de la mujer con la familiaridad con que un niño trataría a su perro—. Imagínese la sorpresa que me he llevado esta mañana cuando la he encontrado escribiendo esto —dijo, y sacó un papel que llevaba en el bolsillo del chaleco. Lo desplegó y lo leyó con el tono burlón de un zote—: «El sinsonte es suave. Marrón es la marmota. Al sinsonte y a la marmota les gusta la mermelada de bergamota».

Senlin reconoció los versos del ejercicio y enseguida supo hacia dónde se encaminaba la conversación. Goll era consciente de que las clases desafiaban su autoridad, y había venido a reclamarla.

—Tom, ¿se hace una idea de lo útil que era contar con una mensajera fiable que no me daba ningún quebradero de cabeza? ¿Para qué quiero un perro que sabe leer lo que se le ordena que recoja? Ahora me veo en la incómoda posición de tener que confiar en mi mensajera. —Sacó otro papel del bolsillo, que, con una floritura de la muñeca, le dio a la amazona—. Y puesto que, para confiar, primero hay que tener la certeza… Iren, cielo, haz el favor de leer las instrucciones que te he dado.

La guardaespaldas estudió el mensaje con la frente apretada por el esfuerzo. Las palabras brotaron entrecortadas.

—Aprieta… bien… el puño y… golpea a Tom en la cabeza… tres… voces.

—La última palabra es «veces», cielo. Parece que el milagro no ha dado para tanto, Tom. —Goll tomó una bocanada de aire sibilante.

Iren, estupefacta, no conseguía despegar los ojos de la nota. Senlin podía ver lo mucho que le estaba costando decidirse, y deseó mudamente que lo golpeara antes de que fuera demasiado tarde. Goll estaba poniendo a prueba la lealtad de la mujer. Era preciso que obedeciera antes de que empezara a desconfiar de ella.

Iren no tardó en serenarse. Dio un paso adelante, sujetó a Senlin por la pechera y, sin más ceremonias, le asestó un puñetazo en la cara, al que siguió otro, y otro más… La única muestra de piedad que tuvo fue la de distribuir los golpes por toda la cabeza, y aun así Senlin se sintió como si lo hubiera coceado una mula.

—So, sooo, Iren. Está bien. ¡Ya van cinco! ¡Solo te había pedido tres! —A Goll le había divertido mucho el excedente de puñetazos.

Una red de hilos de sangre y de lágrimas se extendía por la cara de Senlin. Cuando Iren lo soltó, primero cayó de rodillas y a continuación sobre las posaderas. El cuerpo le rebotó en el suelo hasta que se desplomó de espaldas. A su alrededor, todo se había teñido de rojo, y en el centro estaba la cara redonda de Goll.

—Tom, debería haberla enseñado a contar antes de ponerse con el abecedario —observó el propietario del puerto—. A nuestra edad, ponerse a estudiar es una pérdida de tiempo. Usted no sabe defenderse, ella no sabe contar, y yo sigo sin saber confiar en nadie. Estamos demasiado anquilosados como para aprender nada nuevo. En el futuro, le agradecería que no intentara alterar el orden natural del mundo. —Volvió a entrar en el autovagón y, a través de la ventanilla, concluyó—: Y otra cosa, Tom. Entiendo que quienes llegan a este tramo de la Torre traigan consigo un cierto bagaje. Aun así, si lo que ha llegado a mis oídos es cierto y fue la Mano Roja quien se pasó por aquí el mes pasado, no quiero tener nada que ver con eso. No conviene jugar con el comisario y su matón. Se trate de lo que se trate, arréglelo. No quiero perder a mi contable por no sé qué rencillas, pero, al mismo tiempo, no pienso jugarme el cuello por nadie. Si el comisario insistiera en ese asunto, tendría que desprenderme de usted.

La advertencia de Goll llamó la atención de un Senlin que se retorcía de dolor. Si el hombrecillo desconocía el motivo de la visita de la Mano Roja, no podía estar al tanto de la existencia del cuadro. Por tanto, no podía haber sido él quien lo había delatado. Lo cual, por supuesto, tenía sentido. A Goll no le hacía falta andarse con sutilezas; de haber querido cobrar la recompensa, lo habría hecho a las claras y cuanto antes. Quizá Finn Goll fuese un jefe despiadado, pero no era él quien quería que lo mataran. Pero, entonces, ¿quién era?

Goll dio dos golpecitos en la portezuela con los nudillos y el chófer liberó el estrangulador. Cuando el autovagón reanudaba la marcha, Iren se agarró al apoyo trasero y ocupó el asiento auxiliar. Miró a Senlin por un instante. Se había operado un cambio sutil en su expresión, el cual habría pasado desapercibido para quien no hubiera pasado horas y horas sentado delante de ella. Para él, sin embargo, fue muy revelador; la mujer estaba abatida. Acaso esa paliza sirviera para acercarla a su causa.

Capítulo doce

> Por lo que he leído sobre el tema, se requieren cinco personas capaces para conformar una tripulación básica. Contándonos a Adam, a Voleta y a mí, y en el caso de que consiguiera reclutar a Iren, seguiría faltándonos una persona. Supongo que siempre podría poner un anuncio en el depósito: «Se necesita aeronauta para enfrentarse a un peligro cierto y a una muerte probable. Paga escasa, recompensa moral. Se valorará que posea una mentalidad filantrópica».
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

Su cara magullada agradeció el frío del invierno. La cordillera nevada que recorría el horizonte recordaba el borde rasgado de un papel. Abajo, el Mercado empezaba a adquirir un color uniforme, a medida que la distancia teñía los puestos, los carros y los viajeros de un malva rugoso. Dio unos golpecitos con la aerovara contra las vigas revestidas de hierro del puerto aéreo, produciendo un tamborileo rítmico que los hombres reconocieron al momento. Sabía muy bien qué estibadores encontraban faena solo cuando él se acercaba. Los que mejor trabajaban se movían despacio, con parsimonia, mientras que los holgazanes parecían ma-nejarse siempre con vigor y entusiasmo. Senlin, sin embargo, no había ido a controlar a los descargadores. Había ido a echar un vistazo a las naves.

Era muy consciente de lo feas que se habían puesto las cosas los últimos días. Se quedaría sin Adam si no conseguían salvar a Voleta de las garras de Rodion pronto. Y tal vez Iren lo apreciara, pero Finn Goll la vigilaría de cerca, y Senlin dudaba que ella quisiera renunciar a la vida que llevaba solo para retomar las clases de lectura. Goll le había dejado muy claro que su paciencia tenía un límite. En cualquier momento, podía decidir que el actual caporal de puerto ya no era un activo, sino una carga. Senlin debía dejarse de melindres. Ese día elegiría una nave; al siguiente la robaría.

Al menos, el puerto era un hervidero de actividad; las cuatro dársenas estaban ocupadas. El Cornelius, un dirigible de múltiples cubiertas que a Senlin le recordaba un barco de agua dulce con la quilla plana, aguardaba en el área de carga sur, más próxima a la Torre. Solo mantener la sala de calderas debía de requerir la intervención de por lo menos tres hombres. Poco importaba, sin embargo, dado que tenía la salida programada para antes del anochecer. Justo enfrente se hallaba la Nube de Piedra, una nave gris castigada por el viento. Presumía de una eslora un poco mayor que la de una balandra de doce tripulantes, y tenía una forma atípica. El casco parecía un petirrojo agazapado en su nido, con la proa abultada y la popa plana. Equipaba un cañón de doce

kilos en el bauprés, un globo mugriento con forma de concha y una tripulación compuesta por una tropa de piratas de dientes dorados. El área de carga norte, situada en el extremo del saliente, alojaba un transbordador lamentable y desarmado que lucía el nombre de Presuroso, el cual transmitía la misma sensación de robustez que un nido de ratas e irradiaba el mismo encanto. Después estaba el Pinzón de Oro, un lustroso dirigible mercante que había llegado desde el sur del continente cargado de aceitunas, té, pistachos e incienso. Recién pintado de un amarillo reluciente, contaba con cuatro cañones voluminosos y un globo largo cuyo extremo se estrechaba como el de un puro. Era un poco grande para una tripulación de cinco miembros, pero Senlin supuso que podrían gobernarlo sin demasiadas complicaciones.

Se había encaramado a una caja de café para verlo bien. El Pinzón de Oro era la nave adecuada. Su nave. Ya solo tenía que pensar en la forma de vaciarla. Intentó contar discretamente a los tripulantes que pululaban por la cubierta fregada a conciencia. Después de perder la cuenta, acababa de reanudarla cuando alguien dijo su nombre. Era una mujer, y creía haber reconocido su voz. Al darse media vuelta, Senlin se encontró con Edith, que lo miraba con expresión interrogante.

Enseguida dudó que realmente se tratara de Edith; esa mujer llevaba el cabello moreno cortado por encima de la mandíbula, y vestía las prendas de cuero mal conjuntadas y los pantalones de lana tosca que solían ponerse los aeronautas libres de afiliaciones, que no era sino una forma eufemística de referirse a los piratas. Una placa de latón pulido le cubría el hombro derecho como si fuera la pieza suelta de una armadura. Esa corsaria rústica no se parecía en nada a la agricultora vestida con faldas de color melocotón que una vez se había acurrucado junto a él, aterida, cuando los habían tenido encerrados en una pajarera de alambre. No podía ser ella.

Y, sin embargo, lo era.

Puesto que Edith lo había visto primero, contaba con la injusta ventaja de haber tenido tiempo para serenarse; una sonrisa sesgada le comprimía las pecas de una de sus mejillas morenas mientras mantenía la cabeza ladeada con ademán travieso, como si su intención hubiera sido la de acercarse a él sigilosamente.

Senlin recuperó la compostura aprisa, y puesto que no estaba seguro de cómo reaccionar, permaneció subido a la caja como una estatua en medio de una plaza.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

—Vaya, yo también me alegro de verte, Tom —respondió ella sin disimular su indignación, o tal vez fingiéndola.

Senlin suavizó el tono de su voz.

—Por favor, perdóname. Es solo que… —La cabeza lo llevó de vuelta hasta los días que compartieron en la jaula, un recuerdo que había enterrado hacía tiempo. Sin que necesitara seguir agitándolo, todo aquel suplicio resurgió de golpe en su memoria, acompañado de un sentimiento de culpa apabullante y de un pesar incómodo. Cuando ella más lo necesitaba, él la había dejado herida de gravedad en manos de una enfermera sádica. Aunque él también se había llevado algún rasguño, a ella la habían sometido a una tortura indecible. Tenía todo el derecho del mundo a aborrecerlo—. Se suponía que habías vuelto a tu granja.

Edith endureció la sonrisa al oírlo. No parecía agradecerle que hubiera mencionado su antigua vida. Cuando le contestó, lo hizo con la contundencia de un derechazo.

—También se suponía que tú habías vuelto a la escuela con tus niños, y que incluso estarías encargando tus propios mocosos. ¿Cómo está tu esposa?

Esta vez fue él quien se sintió aguijoneado. Estaba seguro de que su cara lo decía todo, pero, aun así, cedió al impulso de confesarse.

—No la he encontrado. Todavía.

—Oh —lamentó Edith, que se estremeció como reprendiéndose a sí misma. El encuentro inesperado no podía ir peor, tanto que Senlin empezó a buscar alguna excusa que le permitiera escabullirse.

Uno de los estibadores, que señaló tímidamente la caja sobre la que se hallaba subido, interrumpió el embarazoso momento.

—Caporal de puerto, ¿ha terminado con esta? Es para cargarla en el carro.

Senlin bajó de la caja sin relajar el cuerpo, a fin de que el operario no se percatara de lo anonadado que estaba.

—Sí, llévatela —le dijo.

Al encontrarse a la altura de Edith, reparó en que lo que llevaba no era una hombrera de latón, como había creído en un primer momento. La protección del hombro se extendía por el brazo hasta unirse con el complejo guantelete articulado que le envolvía la mano. Estudió el brazo metálico, se fijó en sus ojos del color del carbón y, por último, le echó otro vistazo a la extraña pieza, procurando no quedarse boquiabierto, pero fracasando en el intento.

Edith se rio con naturalidad.

—¡Caporal de puerto! ¡Director de escuela! ¿Hay algún sitio donde no seas el mandamás?

—¡Bah! —resopló él—. Me obligaron a asumir el cargo, aunque no se me da del todo mal. Al menos, todavía no me han linchado.

—Es una buena manera de medir la valía de una persona. Yo soy primera oficial —le reveló ella, con el pecho un tanto inflado de orgullo.

Senlin ya no quería salir corriendo, pero le costaba dejar de mirar el brazo enfundado en latón de Edith.

—Ah, ¿sí? Es un título admirable. ¿Y en qué nave?

—En la Nube de Piedra —dijo ella, que inclinó la cabeza hacia la embarcación que cabeceaba en la dársena que había a sus espaldas. Senlin miró en la misma dirección y volvió a fijarse en el dirigible que antes había descartado. Daba la impresión de que hubiera pasado años sumergido en una ciénaga. Las tablas que componían el casco parecían conservar todavía la corteza, o quizá solo se debiera a una rugosidad excesiva. No estaba seguro—. ¿Por qué todo el mundo pone esa cara cuando le enseño mi nave? —dijo, interrumpiendo la disección de Senlin—. No es una nave tan mala, Tom. Además, puede navegar bastante rápido.

Senlin carraspeó.

—E-estoy seguro. ¿Y cómo es la tripulación?

—Me costó lo mío amansarla. Los hombres no estaban acostumbrados a que hubiera una mujer a bordo, y me llevó un tiempo convencerlos de que no era ni la madama de la nave, ni la

madre de nadie, ni… Está bien, será mejor que hablemos de ello, ya que no vas a dejar de mirarlo.

Edith lo había sorprendido intentando atisbar la piel del brazo entre las articulaciones metálicas de la protección. Senlin quiso hacer como si su curiosidad fuera meramente académica.

—Es solo que me parece muy inusual como… —tragó saliva de forma audible— adorno. ¿Cómo se adhiere al brazo?

—No se adhiere —dijo ella con el tono distante de quien se ha adentrado en un terreno por el que, aunque le incomode, necesita pasar—. La gangrena me lo arrebató hace seis meses. Me lo amputaron casi a la altura del hombro. —Procuró no cruzar la mirada con Senlin, lo que a él lo frustró aún más, dado que le habría gustado hablarle con los ojos para ofrecerle algún consuelo. A ella, sin embargo, su renuencia le ahorró el tener que ver como la repugnancia inicial de él se transformaba primero en rabia y después en lástima, todo en el intervalo de unos pocos segundos —. Sí, la infección la originó la quemadura; y no, no hablaré de ello.

Al darse cuenta de la creciente incomodidad de Edith, Senlin optó por volver a centrar su atención en el brazo. Era una auténtica maravilla, tan sofisticado como un pájaro de cuerda y tan robusto como una grúa. Unos motivos arabescos recorrían la superficie a lo largo a modo de tatuaje tribal. Cuando Edith lo flexionó para que él lo viera, una válvula que había acoplada en el hombro liberó una breve rociada vaporosa, tan sutil como una nubecilla de polen que escapara de una flor. Se oyó como se accionaban unos mecanismos bajo la cubierta metálica cuando los dedos se extendieron uno tras otro. A continuación, para demostrarle la fluidez y la destreza cuasinaturales con que controlaba los dedos, estiró el brazo y le desabotonó el botón superior del abrigo. Había sido un atrevimiento por parte de Edith, el cual, al principio, hizo que Senlin se encogiera por un instante, y que, al momento siguiente, se riera. Le alivió comprobar que la mujer arrojada a la que había conocido en el Salón no se había dejado eclipsar ni por la nueva extremidad ni por la humilde nave.

—Incorpora un motorcito bastante exigente —explicó Edith—. Tengo que añadirle agua. Tengo que lubricarlo y alimentarlo. He tenido purasangres galardonados que requerían menos atención. Y no me ha salido nada barato, te lo aseguro. Los brazos de repuesto no se regalan, Tom. Tienes que hacer un trato. —Se agachó y recogió una tablilla de pino que se había desprendido de un palé roto. Colocó el trozo de madera en la palma de la mano mecánica y, con una sacudida ligera, lo redujo a astillas—. Pero los tratos más complicados son también los más ventajosos.

Al darse cuenta de que Edith intentaba asustarlo, Senlin se negó a darle el gusto. Ignoró la naturaleza amenazadora de la exhibición y, de hecho, la felicitó por el resultado.

—Ha sido increíble. No sé por qué, pero me recuerda una caja de música, con su repiqueteo sonoro y enérgico y su peine delicado. En parte es como un martillo pesado y, en parte, como unas pinzas finas, ¿verdad? Pero me apena, me apena muchísimo, que tuvieras que pagar tan alto precio. Edith, es…

La ahora primera oficial bajó el brazo de pronto y subió la barbilla.

—Vaya, al final sí que te acuerdas de cómo me llamo —dijo.

—Claro que me acuerdo de cómo te llamas. Eres la General de la Huerta, la indómita señora Mayfair. Eres Edith Exwinters. No me he olvidado.

Los hombros hundidos de la aeronauta le confirieron un aspecto casi frágil, pero la tablilla astillada yacía aún a sus pies.

—Tengo la sensación de que, cada vez que conozco a alguien, esa persona, aunque no me conozca de nada, quiere algo de mí. Es agotador, Tom, tener que estar siempre alerta. Han sido seis meses infernales.

—Y tanto —convino Senlin, que tuvo que darle un pisotón al sentimiento de culpa que empezaba a ahogarlo. ¿Acaso él era distinto? ¿No quería algo de ella él también?

Edith miró a su alrededor, como si la conversación la incomodara.

—Debo seguir controlando a los tripulantes. Tenemos media tonelada de huevos por descargar, y si no me ven sacar el látigo mientras trabajan, romperán la mitad del cargamento y les echarán la culpa a tus estibadores.

Senlin asintió, sin dejar de retorcer la aerovara nerviosamente con las manos.

—¿Cuándo partís?

—Mañana. Esta noche la tripulación cuenta con permiso para desembarcar.

—Oh. Bien, entonces podríamos cenar juntos —le propuso él.

—No puedo. La primera oficial debe permanecer a bordo para que el capitán pueda andar de picos pardos. Además, no me interesan demasiado las diversiones que ofrece este lugar.

—No, ya me imagino —dijo Senlin—. Pero ¿podría pasarme a verte? Tengo una botella de un oporto muy mediocre que lleva añejándose en la estantería varios… varios días. Está pidiendo a gritos que alguien se la beba.

Edith se rio, pero Senlin notó que titubeaba en la mirada oblicua con que lo evaluó. Tal vez se había acordado de su esposa y se preguntaba si pretendería cortejarla a ella, o tal vez presentía que también él quería algo de ella. Durante esos últimos meses se había vuelto más desconfiada, pero tampoco se hizo de rogar.

—Traiga ese oporto, caporal de puerto. Si hay que bebérselo, nos lo beberemos. Estaré libre a la salida de la luna.

Senlin la observó mientras regresaba a la Nube de Piedra, agazapada en su nido como un pájaro que estuviera mudando el plumaje. El impecable Pinzón de Oro se alzaba magnificente a sus espaldas. Suspiró. Sí, la nave de Edith era sencilla, equipaba un arsenal escaso, muy probablemente estaba infestada de termitas y parecía tener un nombre bastante apropiado, pero contaba con una característica muy interesante, y Edith, al contrario que los demás, entendía de dirigibles. Mientras él se dedicaba a cuadrar las cuentas de otro, ella había aprendido a volar.

Por tanto, debía ser la Nube de Piedra. Esta era la nave.

Senlin empezaba a lamentar lo artero que estaba siendo (aunque ni había hecho nada aún ni sabía muy bien lo que haría una vez que se presentara la ocasión) cuando, al volver al despacho, descubrió que tenía compañía. La mujer rubia estaba sentada en la silla del escritorio con un libro en la mano. Parecía estar leyendo lo que era, según observó Senlin, una guía bastante mala de la Torre. Al fijarse mejor, reparó en que no estaba leyendo el libro, sino que lo estaba arañando con

la punta de una pluma. Tal era la fuerza con la que la restregaba que parecía estar decidida a hacer un agujero que atravesara toda la guía. Senlin recordó dónde había visto antes ese extraño comportamiento; el empleado de la oficina de correos del Balneario maltrataba con el mismo empeño el libro que él había rescatado, *Confidencias de un esposista*.

Cuando la mujer rubia vio a Senlin parado en la entrada, no interrumpió su trabajo de inmediato. De hecho, le mostró el libro para enseñarle el texto que con tanto afán estaba censurando, empezando por la última palabra de la última página y continuando hacia el principio.

Senlin la reconoció; se trataba de una de las mujeres de Rodion, pero, en lugar de hacerle comentario alguno al respecto, le dijo:

—Suelte mi libro. Levántese de mi silla.

Ella acató las órdenes, aunque haciendo un mohín sarcástico con el que venía a decirle que solo estaba siguiéndole la corriente. Se colocó a un lado de la mesa cuando él se acercó al extremo opuesto, y luego se dejó caer en la agrietada silla roja.

—Tiene un montón de cosas estúpidas —le dijo.

—Sí —afirmó Senlin con frialdad, y cogió el libro garabateado con un respeto que no sentía—. ¿Le interesan mucho las cosas estúpidas?

—Aaah, qué ingenioso. Cree que leer libros le hace inteligente, pero solo le sirve para volverse más estúpido.

—Sí —repitió él—. Tiene una afición muy interesante. ¿Cómo se llama eso de tachar las palabras de los libros? Seguro que tiene un nombre específico. ¿Profanación? ¿Garabateo?

—Nada de eso. Se llama estudio.

—Ah. Estudio, claro. ¿Y por qué estudia desde el final hacia el principio?

La mujer chasqueó la lengua.

—Porque así me evito tener que leer, por qué si no. Las palabras se te meten dentro. Aunque no sepas lo que dicen, te hablan y puedes oírlas.

Senlin suspiró al oír semejante imbecilidad, pero no quiso darle más vueltas en ese momento. Debía centrarse en su propósito, y para eso tenía que empezar echando a esa mujer del despacho. Dejó a un lado el libro inservible.

—¿Qué es lo que quiere?

—Usted no se acuerda de mí —dijo ella con una coquetería siniestra, y apretó la barbilla contra el cuello. Tenía una cara agraciada de contornos esculpidos, y el escote se le arracimaba sobre el corsé demasiado ceñido, pero no llegaba a resultar atractiva. Irradiaba vanidad y crueldad—. Pero yo sí me acuerdo de usted.

—Estaba en la barca —dijo Senlin—. Y en el Steam Pipe. Me acuerdo.

—Oh, no, no, no… Antes de eso. En el piano. Me miró las piernas. Y yo le permití ver algo más, pero después usted se hizo el ofendido, como si yo fuera una especie de putita. ¿No se acuerda? Después rompió a estornudar y montó una escena. El comisario se puso la máscara de goma y lo hizo salir a la terraza, y usted, señor Estornuditos, estuvo hablando con él. No habían pasado ni tres días cuando se vio a bordo de la nave de las rameras, mirando a todo el mundo por encima del hombro, camino del Serrallo junto con todas esas furcias que eran peores que usted.

Tiene gracia. ¿Cómo puede alguien pasar de codearse con el comisario a tener que embarcar en la nave de las rameras en cuestión de unos pocos días? Quizá si huye de alguien, se me ocurre. Quizá si le ha tocado las narices a otro, ¿eh? ¿Usted qué opina? Se piensa que soy idiota porque soy sincera. Sincera por aquí —dijo a la vez que contoneaba el busto de manera provocativa. Levantó una pierna y apoyó el pie, calzado con un mocasín, en el borde del escritorio, dejando que las faldas colgaran en torno al muslo pálido—. Y sincera por acá. —Senlin mantuvo los ojos clavados en los de ella, decidido a no entrar en su juego—. Pero no soy idiota. —Dio un golpecito en el suelo al bajar de nuevo el pie—. Sé quién es, y sé que está metido en un lío muy gordo.

Senlin se sorprendió al ver lo mucho que sabía sobre su paso por el Balneario, pero mientras ella parloteaba había tenido tiempo de serenarse, lo que le permitió analizar los hechos. La mujer lo conocía. Pretendía extorsionarlo y sacarle algún dinero. Era lo bastante avispada para ver que tenía la ocasión de conseguir algo, aunque no lo suficiente para saber cómo; porque, de haberlo sido, habría hablado directamente con el comisario. Sin embargo, había ido a verlo a él, con la idea de que se pusiera nervioso e intentara sobornarla.

No obstante, a estas alturas Senlin tenía claro que ella trabajaba para el hombre que lo había vendido al comisario. Era la única conclusión lógica. Rodion era influyente y ambicioso; estaba al tanto del día a día del Balneario y, con toda probabilidad, tenía ojos en el puerto. El proxeneta no habría incluido a Goll en sus planes porque no querría compartir las ganancias. La Mano Roja había atacado a Senlin poco después de que este visitara el Steam Pipe. Rodion se había interesado por su historia, y no debía de haberle costado mucho saber en qué enredos pasados había estado metido Senlin. Quizá habría hecho alguna que otra pregunta a los capitanes solitarios que frecuentaban el Steam Pipe, habría escrito alguna carta indagatoria a los Despachos de Aduanas o, tal vez, se había pasado por alguna fiesta y había averiguado todo lo que necesitaba.

Sin embargo, de ser ese el caso, ¿por qué el caporal del puerto seguía vivito y coleando como si nada hubiera ocurrido? ¿Por qué la Mano Roja no había vuelto a dejarse ver? Senlin sabía que haber cortado la cuerda que bajaba por el saliente de la Torre no era suficiente para pararle los pies al asesino durante mucho tiempo, sobre todo si tenía cómplices que campaban a sus anchas por el puerto de Goll.

Había algo que jugaba a favor de Senlin, al menos por el mo-mento. En cuanto se puso a darle vueltas, la respuesta le pareció evidente. Era el cuadro. Nadie sabía dónde estaba la pintura de Ogier, que constituía el verdadero premio. Si lo mataban o lo sacaban a rastras en plena noche, el cuadro se perdería para siempre. El comisario saciaría su sed de venganza, pero no recuperaría su tesoro.

Tal vez Rodion solo estaba esperando a tener un objetivo definido. Si, por ejemplo, el proxeneta creyera que alguien iba a llevarse el cuadro en una determinada nave pirata, trataría de recuperarlo y devolvérselo al comisario. Se sentiría obligado a actuar. Asaltaría el puerto con todos los hombres que pudiera reunir y exigiría registrar hasta el último dirigible. Con lo cual…

En ese instante, Senlin terminó de perfilar el plan. Rodion desconfiaba; Finn Goll desconfiaba. Ambos sospechaban que se estaba gestando una conspiración y, en cuanto se les diera el menor

motivo, se les despejarían todas las dudas. Lo único que hacía falta era enfrentarlos el uno contra el otro, a conveniencia de él.

Senlin sonrió a la mujer rubia con la intención de hacerle creer que comenzaba a inquietarse.

—Mire, no quiero que mi pasado vuelva a aflorar a la superficie. Lo que menos me conviene es que Rodion sepa nada de todo aquello.

—Pues no se olvide del contante, cariño. ¡El silencio no sale gratis!

—Ah, el dinero, claro. Tengo pendiente un pago muy importante, se lo aseguro, pero todavía no lo he recibido. —Tragó saliva con fingido nerviosismo—. Primero debo trasladar algo de gran valor. Vale una fortuna… y tengo que sacarlo mañana por la noche sin que nadie lo sepa.

La mujer lo miró de soslayo y contrajo los labios en una perfecta pasa roja.

—¿Tan imbécil cree que soy? Saldrá corriendo con su tesoro en cuanto me dé la vuelta.

—¡No! Se lo ruego, no le diga nada a Rodion. Ahora le daré todo lo que tengo, y después, más. —Abrió uno de los cajones del escritorio, sacó un monedero pequeño y lo vació sobre el papel secante. Seis tristes siclos salieron de la cartera. Senlin estaba seguro de que la mujer se lo tomaría como una ofensa, pero, aun así, la miró haciéndose el esperanzado—. Acepte esto por ahora. Mañana tendré más. Pero no le cuente nada a Rodion. Se lo suplico.

La mujer rubia se mordió el labio inferior y lo escrutó con una mirada vil, más aplacada.

—Ya, está bien. —Deslizó las monedas para juntarlas en la mano y giró sobre los talones para marcharse.

—No le cuente nada —insistió Senlin.

—Ah, tendrá aquello por lo que ha pagado. No se preocupe. Exactamente aquello por lo que ha pagado. —Volvió a fruncir los labios con desprecio y salió de la estancia sin ver que Senlin ponía los ojos en blanco.

Adam se cruzó con la mujer rubia en el pasillo y entró en el despacho apuntando hacia atrás con el pulgar por encima del hombro y con un gesto de perplejidad en la cara.

—¿Tenías visita?

Senlin le hizo una seña para que cerrara la puerta; le estaba costando reprimir una sonrisa. Cuando Adam se hubo sentado, con la ceja del ojo sano enarcada en una mueca inquisitiva, se lo explicó.

—Va a decirle a Rodion que estoy tramando algo.

—Vaya, pues eso no suena muy bien.

—Al contrario, suena de maravilla. Me conocía del Balneario. Y le he dicho que voy a sacar de contrabando algo de gran valor mañana por la noche. Rodion no es de los que se precipitan solo porque les ha llegado un rumor, de modo que habrá que espolearlo un poco más si queremos que vacíe nuestra nave. Y ahí es donde entras tú.

—¿Nuestra nave? ¿Has encontrado una nave? —se extrañó Adam, que alargó el cuello hacia delante—. ¿Una nave decente, que de verdad nos pueda servir de algo?

—Sí, la Nube de Piedra —afirmó Senlin, que entrelazó las manos por detrás de la nuca—. Es una balandra preciosa y de estilo rústico, y resulta que conozco a la primera oficial.

—¿Cómo que conoces a la primera oficial?

—Pues eso mismo. Compartimos celda durante unos días.

—Claro —dijo Adam, que parpadeó atónito—. Espera, ¿qué quieres que haga yo con Rodion?

—Me vas a delatar. —Senlin hablaba como si fuera lo más lógico del mundo—. Les vas a dar crédito a las habladurías de las meretrices.

Confundido, el joven Boreas retorció su expresión, como si hubiera tenido que contener un estornudo.

—Ah, Thomas, no creo que sea una idea muy…

—Sí, sí que lo es. Aquí todo el mundo espera que los demás cometan alguna deslealtad. Pues cometámosla. Le dirás a Rodion que, a cambio de la liberación inmediata de tu hermana, vas a revelarle qué me traigo entre manos. Pero no todo, claro. Lo importante es que piense que poseo algo de gran valor (aunque no hace falta que especifiques el qué; él sabrá qué es), que pretendo sacarlo del puerto a escondidas cuanto antes, y que todo el tinglado tendrá lugar mañana por la noche. Después le…

—¿Por qué iba a saber Rodion qué es lo que pretendes llevarte en secreto? —lo interrumpió Adam.

—Porque estoy seguro de que él es quien se puso en contacto con el comisario e hizo que me mandaran a la Mano Roja. Lo sabe todo sobre el cuadro, y no me cabe la menor duda de que está esperando a tenerlo a su alcance. Dile que voy a llevarme algo que vale una fortuna, y deja que deduzca de qué se trata por sí mismo. Cuanto menos parezcas saber tú, más a salvo te mantendrás. Lo más importante es que vengas con él al puerto, y que insistas en que Voleta también venga. No permitas que se niegue. Convéncele para que acceda a que vengáis los dos. Creo que querrá hacerlo, que querrá ponernos al uno frente al otro cuando yo descubra que me has traicionado. Lo disfrutará.

—Entonces sí que tienes el cuadro.

—Eso es lo de menos.

—¿Cómo que es lo de menos? Que lo tengas o no es decisivo. O lo tienes y podemos negociar para salvar el pellejo, o no lo tienes y nos cuelgan del penol. ¿Qué vas a hacer cuando Rodion no dé con el cebo que le hemos puesto?

—Una muy buena pregunta, que nos lleva al siguiente punto de la lista. Una vez que hayas puesto a Rodion al tanto de mis planes, le enviarás un mensaje a Finn Goll para avisarle de que el proxeneta piensa efectuar una incautación ilegal en el puerto mañana por la noche. Dile que Rodion se aprovecha de la autoridad que ejerce sobre Voleta para obligarte a ver qué naves portan un tesoro.

—¿Un tesoro? ¿En serio?

—Bueno, lo que se te ocurra. Dile que Rodion se está sirviendo de ti para buscar una nave valiosa fácil de asaltar. Lo importante es que no menciones ni al comisario ni el cuadro.

Adam meneó la cabeza como si le acabaran de dar un puñetazo en la cara.

—¿Este era tu plan?

—Tranquilo, tranquilo —le dijo Senlin a su amigo en un tono apacible para que su preocupación no fuera a más—. Sé que no parece muy meditado. Pero lo mejor que podemos hacer para escapar de aquí es provocar una lucha de egos. —Cerró las manos en sendos puños y los chocó a modo de demostración—. Si Rodion y Goll se enfrentan, estarán distraídos y se

situarán en una posición más vulnerable. Se olvidarán de nosotros. Podremos escabullirnos. Confía en mí. Podría salir bien. Una nave vacía, tu hermana en el puerto, todos listos para marcharnos.

Adam se lo pensó por un momento, y después le preguntó:

—Pero ¿tienes el cuadro?

—Tengo, por lo menos, una caja muy convincente del tamaño de un cuadro —le respondió Senlin guiñándole el ojo.

Las patas de la silla chirriaron al arrastrarse por el suelo cuando Adam se levantó. Se alisó la camisa. Su rostro revelaba la determinación grave de quien acata una sentencia de muerte. Después de asentir, dijo:

—Sí, mi capitán. —Y, sin más, salió del despacho con paso decidido.

Capítulo trece

> Un espejo nunca es tan sincero como cabría pensar. Se le pueden poner distintas caras, se puede llegar a un trato con él, y siempre cabe la posibilidad de descubrir un ángulo favorecedor. En realidad, es en la expresión de un amigo al que perdimos hace tiempo donde mejor se refleja nuestra verdadera situación.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

Se resistió al impulso de cambiarse de ropa, de lustrar las botas, de aceitarse el cabello y, en definitiva, de acicalarse en modo alguno antes de acercarse a la nave de Edith para hacerle una visita. Hacía tiempo que los botones del abrigo se le habían soltado y desprendido. Las solapas estaban desgastadas y tenía el pelo largo y desgreñado. Peor aún, su cara era un arcoíris de cardenales. Aparte del ritual del afeitado diario, el equivalente a la inutilidad de achicar el agua de una barca ya medio hundida, no se rendía a una pulcritud estricta como hacía antes. Pero en esos momentos, por primera vez desde hacía meses, era demasiado consciente de ello. Se había abandonado. No le habían faltado motivos, desde luego, aunque en esa ocasión volvía a sentir la necesidad de ofrecer la imagen propia de un caballero.

Pero no, no era el momento de dárselas de caballero. Y, en el fondo, había una razón por la que prefería no arreglarse. Si lustrara las botas y se aceitara el cabello, estaría dando a entender que aquella era una visita de cortesía. Y él no tenía por costumbre pasarse a ver a una mujer para tomar el té. De ninguna manera. Para empezar, porque era un hombre casado. Si en algún momento había tenido un pensamiento incómodo o impropio sobre Edith, había sido de manera puntual y en circunstancias extremas. Entre ellos no había más que una admiración amistosa.

Era de noche y no quedaba nadie en el puerto. El Presuroso y el Cornelius habían partido, y los tripulantes del Pinzón de Oro y de la Nube de Piedra estaban o bien durmiendo bajo cubierta, o bien de juerga en el Serrallo. Las estrellas titilaban tímidas tras el resplandor intenso de la luna. Senlin se detuvo entre las grúas y los norayes del puerto aéreo para maravillarse ante la negrura natural del cosmos. El corazón se le aceleraba ilusionado cuando pensaba en que al fin se libraría del hedor de las chimeneas y del estrépito de los autovagones. Se acabó el presentar el informe de las ocho, el regatear con los capitanes hasta el último siclo, el aguantar al irascible Finn Goll.

—Buenas noches, caporal de puerto —lo llamó Edith al verlo llegar. Senlin la encontró apoyada en la precaria barandilla de la balandra—. El capitán y la mitad de la tripulación andan putañeando por ahí. Los demás están durmiendo abajo. Puedes subir a bordo si me prometes que

no vas a dar golpecitos en cubierta con el bastón. Como despiertes a Jack el Inquieto, a Bobbit o a Keller, tendrás que cantarles una nana para que vuelvan a dormirse. —Extendió el brazo mecánico sobre la rampa estrecha y combada.

Senlin titubeó por un momento. Edith se había cepillado el pelo. La luna le bañaba el rostro con la inmaculada luz azul de un glaciar. ¡En qué detalles tan triviales se fijaba! Tenía delante de él a una mujer con una dinamo por brazo, y él solo sabía ponerse poético y ensalzar la belleza de su tez. Se reprendió en silencio y se apoyó en la mano artificial de Edith. Aunque ya se había habituado a la altitud del puerto, mantuvo sus ojos fijos en los de ella, bien apartados de la caída profunda y mareante que debía salvar.

Subir a bordo de una nave, aunque estuviera amarrada, siempre lo enardecía. La seda del globo, más fina que la piel, ondulaba en las alturas, mientras el casco cabeceaba y se mecía al son de las corrientes apacibles de la noche. Aunque en el puerto todo estuviera en calma, sabía que, decenas de metros más abajo, los vientos del desierto corrían como un río turbulento.

—Pareces todo un aeronauta —aprobó Edith, al tiempo que señalaba con la cabeza las botas que Senlin se había negado a abrillantar—. No da la impresión de que vayas a vomitar la cena.

—Estoy bien. Me gustan los dirigibles —aseguró él, que procuró que no pareciera que se había ofendido.

—Me alegro, porque tú también les gustas a los dirigibles. Aunque parece que hayas estado peleándote con un huracán —observóella mientras se fijaba en su cara toda magullada—. Estás hecho un adefesio.

Ahora sí que se había ofendido. Se frotó los cardenales de la cara como si así pudiera desprenderse de ellos y se enderezó el cuello deshilachado. Ninguno de los gestos tuvo efecto alguno, obviamente, y de hecho el intento que hizo por adecentar su aspecto solo le sirvió para divertir a Edith. Bajó las manos y carraspeó.

—¿Por qué no me enseñas la nave?

—Como quieras. ¡Bienvenido a bordo de la Nube de Piedra! —dijo ella echando la pierna hacia atrás y arqueando el cuerpo de forma teatral—. La más temible aeronave de la región, salvo por esa de ahí y por los pájaros grandes que puedan haber anidado en los alrededores. —Aunque le fastidiara, Senlin tuvo que soltar una risita—. Este es el quemador —indicó Edith, que dio una palmada en el costado de un tanque cilíndrico que se levantaba en medio de la cubierta —. Abrasador como una perra una vez que lo enciendes. Aquí es donde se calienta la bobina que hay dentro del globo, lo que…

Senlin la interrumpió.

—Lo que provoca que el hidrógeno se expanda y se eleve para proceder al llenado. —Siguió con los ojos el conducto flexible que iba desde el horno hasta la base del globo, situada unos cinco metros por encima de ellos—. Este es el surtidor.

—Muy bien. Puede que al final tengas más madera de aeronauta de lo que parece —dijo Edith encogiendo un hombro en un gesto aprobatorio—. El calefactor se puede regular desde el timón, cuando todo va bien. —Llevó a Senlin por la escalerilla que subía al alcázar, donde, en lugar de la clásica rueda del capitán, cinco palancas herrumbrosas sobresalían de una consola desvencijada—. Con esta se regula el calefactor; con esta se introduce más hidrógeno, si es que

disponemos de un tanque de sobra, lo que no suele suceder —explicó Edith, que agarró primero un estrangulador y después el otro—. Con esta se libera el agua de la bodega del lastre. La protuberancia de debajo de la proa contiene ochocientos litros de agua. Puedo desprenderme de ella poco a poco para conseguir un ascenso suave o, en caso de emergencia, puedo soltarla de golpe. Y entonces sí que querrás echar las tripas por la borda.

—¿Y las otras dos palancas?

—Están rotas.

—¿Cuántos tripulantes tienes?

—Trece, además del capitán y de servidora. Mi camarote queda bajo la toldilla. Antes de que llegara yo, servía de sala cartográfica. Ahora parece como si hubieran intentado meter una biblioteca en el armario de una mujer. —Sonrió y apoyó la espalda en la plataforma elevada del alcázar—. Tendrás que conformarte con mi palabra; el paseo turístico no incluye una visita a los aposentos de la señora.

—¿Y la tripulación es competente y… leal? —indagó Senlin aparentando despreocupación.

Edith contrajo su sonrisa de pronto, y en la frente se le cruzó una nueva arruga.

—No sé qué clase de pregunta es esa. ¿Te refieres a si tengo controlados a mis hombres o a si en el fondo son unos oportunistas que venderían su lealtad al mejor postor?

Senlin le hizo una seña con la mano para que prosiguiera, como si no tuviera preferencia por ninguna de las respuestas.

—Pues, a las dos cosas, sí. Definitivamente, sí. Aunque… —Sin previo aviso, el brazo mecánico resopló como un motor ahogado, expulsó un hilo de vapor por cada una de sus articulaciones y cayó con fuerza a su lado.

Con el cuerpo encorvado por el peso inerte de la extremidad, Edith blasfemó entre dientes.

—El maldito armatoste siempre tiene que apagarse cuando menos falta hace. —Introdujo la mano de carne y hueso en un bolsillo del chaleco y sacó un frasquito que contenía un líquido rojo brillante. Bajo la luz azulada de la luna, el pequeño cilindro de cristal resplandecía como un crisol. Senlin no pudo evitar acordarse del brazalete metálico de la Mano Roja, con sus clavijas de ajuste y sus viales rojos—. Los tratos más complicados… —masculló con aire distraído.

Presionó un reborde discreto que había en el hombro y, al mo-mento, se abrió un cajoncito. Un vial vacío cayó en su mano. Cuando hubo insertado el luminoso recambio, cerró el compartimento, que encajó en su sitio con un clic. De inmediato, las válvulas que se sucedían a lo largo del brazo mecánico sisearon, y los resortes volvieron a la vida. Edith lo flexionó para comprobar el funcionamiento.

—Ya había visto este tipo de aparatos —dijo Senlin, que logró apaciguar los nervios lo bastante para que no le temblara la voz—. Ese suero brillante… Una vez vi a un hombre inyectárselo en las venas. Le confiere una fuerza y una agilidad antinaturales y, si no me equivoco, también lo convierte en una especie de lunático. Es una sustancia peligrosa, ¿no crees?

—Preferiría no hablar de eso —dijo Edith tajante. Despachó el tema machacando el frasquito vacío con su mano mecánica—. Yo no soy mi brazo. —Agitó la mano para desprenderse de los añicos de cristal y añadió—. Además, la pregunta es ¿qué estás maquinando?

—¿M-maquinando? —El tartamudeo lo había delatado, pero siguió adelante con la pantomima —. Bueno, a decir verdad, sí que hay una pequeña cuestión de la que me gustaría que tratáramos…

Edith agitó la mano para interrumpirlo.

—Te conozco muy bien. Eres un hombre honrado y fiel, y tienes razones de sobra para odiar esta Torre hipócrita tanto como yo. Pero se te da fatal mentir. Si no estás dispuesto a hablar conmigo sin ambages, será mejor que te bajes de mi nave ahora mismo. —Su aliento se entregaba al aire frío tan cadencioso que parecía brotar de un motor.

Senlin se apartó de ella y se apoyó en la barandilla de estribor, de cara a la luna casi llena. Por debajo de él, una batería de anclas unía la nave a las horquillas de hierro de la grada. Se preguntó si sería muy complicado cortar todas las amarras y emprender el vuelo en el acto. ¿Hasta dónde llegarían antes de que alguien los echara de menos, antes de que los tripulantes se despertaran y se amotinaran? Después pensó en Adam y en Voleta, los hermanos que tan poco se parecían el uno al otro, y en Iren, que, pese a la brutalidad de su trabajo, seguía siendo una mujer razonable. Se avergonzó de sí mismo.

—No soy tan honrado —dijo.

Edith se acomodó en la barandilla junto a él. Senlin notaba la vibración del brazo mecánico viajando por la madera de la balaustrada.

—Bueno, no sé. Pero la mayoría de los hombres no dudarían en aprovecharse de una mujer si los encerraran en la misma jaula.

Senlin hizo aletear la mano para restarle importancia, como si no mereciera la pena hablar de aquello.

—Espero que no hayamos llegado a eso. No deberíamos tener que felicitarnos los unos a los otros por respetar la dignidad de los demás. —Antes de que Edith pudiera comentar nada más sobre esa cuestión, Senlin prosiguió bajando la voz—. El caso es que a algunos de nosotros nos gustaría apoderarnos de una nave y escapar de aquí.

—¿Quieres asaltar mi nave? —Aunque susurrada, la pregunta puso de manifiesto su sorpresa.

—No. En realidad, había pensado en intentarlo con el Pinzón de Oro. Pero entonces nos encontramos y…

—Ah, ¿entonces sería como un rescate? —dijo Edith, que sorbió por la nariz con ademán cínico.

—¡Un rescate! —Senlin imitó su risita asombrada—. Hace meses fantaseaba con que los vecinos de mi pueblo enviaban una partida de búsqueda para dar con Marya y conmigo, y llevarnos de vuelta a casa. Me los imaginaba poniendo el Mercado patas arriba y abriéndose paso por la Torre, todos unidos por un mismo fin: rescatar al desgarbado director de la escuela y a su inmerecida esposa. Pero —suspiró y meneó la cabeza— no ha venido nadie. Ni va a venir. De nada sirve esperar a que se organice un rescate. Lo único que sirve es que los amigos se entiendan y se ayuden los unos a los otros.

Edith consideró sus palabras en silencio. Instantes después, Senlin empezó a sospechar que había cometido la imprudencia de confiar en alguien que no necesitaba escapar de nada, que estaba más que conforme con la suerte que había tenido en la vida, de modo que gracias, pero no.

¿Acababa de descubrir el pastel? Sintió la necesidad de tragar saliva, pero comprobó que le era imposible deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—La naturaleza de mis deudas es muy complicada —dijo Edith al cabo—. No son algo de lo que pueda escapar sin más. Y tampoco querría cargar con ellas a mis amigos, si tuviera alguno.

—Esa es la cuestión. Todos tenemos que cargar con algo, con la pérdida de alguien, con una deuda, con una rivalidad… o con las tres cosas al mismo tiempo. —Se rio sin ganas—. Es demasiado para una sola persona. Pero, si compartimos nuestras respectivas cargas, nos resultarán más llevaderas o, si son excesivas, nos será más fácil librarnos de ellas. Al menos, no tendremos por qué enfrentarnos solos a lo que nos depare el futuro, sea lo que sea.

—¿Y quién va a encabezar a esa tropa de amigos? —le preguntó ella, no demasiado convencida, pero en un tono afilado por la curiosidad.

—Tú podrías ser la capitana. Me da que estás más que preparada.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Edith ahora sin aplacar la voz—. Capitanear una nave es lo peor. Todo es culpa tuya. Cuando las cosas van bien, es mérito de la tripulación, y cuando van de pena, es responsabilidad del capitán. —Meneó la cabeza como si se le hubiera posado un tábano en la nariz—. ¡No! Antes prefiero ser fregona que capitana. Bueno, tampoco tanto, pero el puesto de primera oficial encaja más conmigo. Me gusta mangonear. Además, señor director de escuela y caporal de puerto, ¿no sería lo suyo que asumiera la capitanía de un dirigible?

—He considerado la idea —admitió Senlin.

—Eso no suena muy capitanesco.

—Sí, me gustaría ocupar el cargo —dijo entonces con el cuerpo más erguido—. Seré el capitán.

—Yo no se lo diría a Billy Lee.

—¿Quién es Billy Lee?

—El capitán de la nave, quién si no —aclaró Edith en tono travieso, y después añadió—: Es impulsivo y traicionero, de puño rápido y de gatillo fácil, y tras esa fachada tan amable late el corazón de un perro rabioso.

—Oh… —dijo Senlin. Había dedicado tanto tiempo a pensar en cómo desalojar a la tripulación de la nave que no había caído en lo problemático que sería echar al capitán.

—Pero, antes de ocuparnos del capitán Lee, cuéntame qué tienes en mente, cómo pretendes llevarlo a cabo y quiénes dices que están en el ajo.

Senlin se lo expuso de forma resumida y, como suele ocurrir cuando se relata una historia, todo el enredo pareció muy claro y sencillo (el comisario tiránico; el pintor obsesionado y la obra maestra robada que le había permitido conocer la triste suerte de su esposa; el Serrallo y la reaparición de Finn Goll, quien lo había urdido todo, y de Adam, el ladrón compasivo con el que había trabado una sólida amistad; y el Steam Pipe de Rodion, que era una trampa de azúcar para los hombres y un gulag para las mujeres como Voleta). En lugar de perderse en los detalles, se apresuró a explicarle Edith cómo todo este fárrago de problemas le había servido para tramar un plan. Incluso había llegado a describirle el modo en que Adam iba a traicionarlo al avisar a

Rodion, a cambio de la libertad de Voleta, de que pretendía sacar en secreto el cuadro del comisario por el puerto, cuando Edith lo interrumpió.

—Pero, un segundo, ¿por qué iba a estar el cuadro en mi nave?

—Porque te voy a contratar, a ti o a Billy Lee, para que os lo llevéis a escondidas por mí. Rodion no dejará escapar la oportunidad de enriquecerse y de ganar influencia. Vendrá con al menos… veinte hombres. Quizá el doble. Tu capitán debería sentirse apabullado. Durante el tiempo que he estado trabajando de caporal de puerto he visto registrar muchas naves. Se sigue un procedimiento preestablecido. La mercancía se baja a puerto y se coteja con el manifiesto, caja por caja, unidad por unidad, mientras la tripulación permanece detenida. Puede llevar horas.

Al oír esto, Edith se plantó.

—¿Y crees que Billy Lee entregará su nave sin oponer resistencia?

—No tiene que rendir su nave —razonó Senlin, que después comprendió lo absurdo que sonaba—. Al menos, no en un principio. A la nave solo se la someterá a un registro. Seguro que no es la primera vez que pasa por una inspección. Con un poco de suerte, la primera oficial estará ahí para allanar el camino.

—Oh, cómo no. —Lo estudió como quien mira a un lunático que se ha subido a un tejado con unas alas de papel—. La autoridad portuaria toma por la fuerza una nave particular y la desvalija mientras la tripulación permanece en la dársena de brazos cruzados. ¿Nada más?

—Celebro que compartas mi optimismo —dijo Senlin en respuesta al sarcasmo de su amiga—. Después aparecerá Finn Goll y sorprenderá a Rodion llevando a cabo el registro, que interpretará como el paso previo a un robo y una conjura. Habrá mucha confusión, unos se señalarán a otros y, aprovechando la bulla, embarcaremos y soltaremos amarras.

—¡Menudo disparate! ¿Por qué no van a ponerse a disparar contra la nave?

—Porque, en primer lugar, estarán distraídos, y el mismo cargamento los refrenará. Según parece, se trata de un cuadro de gran valor. Me imagino que para Billy Lee no significará gran cosa, pero dudo que quiera derribar su propia nave. Además, Finn Goll preferirá no llegar a ese extremo, puesto que no querrá llamar la atención del comisario. Tan solo tenemos que cerciorarnos de que el cuadro salga con nosotros. Es como un escudo, ¿comprendes? Nos perseguirán, desde luego, pero, mientras el cuadro esté en nuestro poder, no se atreverán a derribarnos. Creo. Espero. Y he pensado también en la ruta de huida. —Señaló una hendidura apenas visible que había en la fachada de la Torre—. Allí. Si soltamos todo el lastre de golpe y desamarramos en el último momento, deberíamos ascender de un salto hasta esa corriente secreta. —Articuló un ruido gutural que expresaba sus dudas—. Eh…, si no me equivoco.

Edith ni siquiera se molestó en aparentar que miraba en esa dirección.

—Bien, veamos si lo he entendido: tu plan es darle una patada a un avispero, zarandear un segundo avispero y luego tirarlo contra el primero, y después aprovechar la confusión para huir. —Movió la mano como si estuviera arrancando una cereza de la rama—. Este es tu plan. Esperas que todas esas avispas vuelen de una determinada manera, de la manera en que a ti te gustaría.

—Mi idea es que cada uno actúe conforme a su naturaleza —replicó Senlin ecuánime, sin echarse atrás—. Hay que tener en cuenta la codicia y la egolatría de las distintas partes, factores que en la Torre están tan presentes como la fuerza de la gravedad. Es una apuesta, pero no tiene

por qué estar perdida. —Le puso las manos en los hombros a Edith, de esa forma instintiva en que se expresan los argumentos más desesperados y las súplicas más fervientes. En un tono más discreto, añadió—: La pregunta es: ¿estás dispuesta a ser mi primera oficial?

La pasarela chirrió a sus espaldas, y a continuación se oyó una risita tonta que derivó en un resoplido. Dando tumbos a través de la cubierta alumbrada por la luna se acercaba una mujer vestida con una falda inflada y con una blusa dotada de un cuello abierto que le enmarcaba el escote. Tras ella, azotándole las posaderas con una botella, venía un hombre joven de barba castaña ataviado con un vistoso tabardo verde, en el cual se distinguía el emblema de una pirámide dorada. Era un atuendo incoherente, más propio de los guardias de un rey que de un pirata.

—Capitán Billy —dijo Edith, sorprendiendo a la acaramelada pareja.

Billy Lee se detuvo trastabillando y entornó los ojos para ver mejor. Miró primero a Edith, después a Senlin y volvió a empezar, fijándose en el hombre larguirucho que acompañaba a la primera oficial.

—¿Quién es este tunante, Eddy?

—Está interesado en contratarnos —le explicó con soltura y sin rastro de la ansiedad que comenzaba a electrizar los nervios de Senlin—. Tiene un paquetito que necesita guardar en alguna parte.

—¿Es legal? —indagó Billy estirando el cuello como un ganso y proyectando una rociada de saliva.

—No —admitió Edith.

—¿Es arriesgado?

—Mmm, así así. Dice que ocho minas ahora, y que cuando hagamos la entrega en el puerto de Orland, que nos coge de camino, el destinatario nos pagará otras dieciséis.

—Me parece mucho dinero para no ser muy arriesgado.

—El pago es por la discreción —intervino Senlin, que se alegró de que no le hubiera temblado la voz.

—Soy tan discreto como el mostacho de un putón de saldo. —Parte de la nueva rociada de saliva se le trabó entre las barbas. La mujer del escote abierto resopló—. Pero está bien, está bien, veamos ese dinero.

—Lo enviaré mañana junto con el paquete —le dijo Senlin—. ¿Para cuándo está prevista la descarga?

—Para mañana por la noche. Asegúrate de que reciba el dinero. ¡Y, ahora, largo de mi nave! ¡Esta noche necesito toda la cubierta! —dijo Billy Lee, y le metió mano a la mujer.

Edith acompañó a Senlin hasta la dársena, donde él le susurró:

—No parece tan terrible.

A sus espaldas se oyó el estallido de una botella, seguido de una carcajada estentórea. Edith se estremeció y le aseguró por lo bajo:

—Un perro rabioso.

Senlin volvió a titubear.

—El paquete que envíe por la mañana, asegúrate de que no lo abra nadie —le pidió él, a lo que ella asintió. La negrura que antes transmitía un carácter cósmico ahora parecía acogerlos en un ambiente más íntimo—. Gracias, Edith.

—Oh, no, no me lo agradezcas. Soy la primera oficial. Te echaré la culpa cuando se cometa un error, cuando pasemos hambre, cuando haya que faenar de más y cuando el viento sople sin ganas. Me vas a odiar.

Capítulo catorce

> Todos los viajes importantes que he emprendido han comenzado de la misma manera: con un montón de hojas estrujadas, la almohada hecha un ovillo, un caos de libros abiertos y nada de tiempo para dormir. Esta noche he añadido un nuevo elemento al ritual: una sesión de costura. Al menos, he resuelto la cuestión de dónde ocultar el cuadro, aunque he tenido que estropear el forro del abrigo en el proceso.
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

Cuando a la mañana siguiente Adam entró en el despacho del caporal de puerto, encontró a Senlin con los puños de la camisa remangados y encorvado sobre la cajita de pino que había puesto en el escritorio. El pañuelo sucio que se había enrollado sobre la mitad inferior de la cara le daba el aspecto de un cirujano de campo. Los hombros se le relajaron como si acabara de desprenderse de un gran peso.

—¡Ah, estupendo! Justo a tiempo —celebró, y a continuación se bajó la mascarilla improvisada y entrechocó las manos. Un martillo, unos clavos y un montón de paja para embalar atestaban la mesa, un tanto fuera de lugar entre los documentos y los libros de cuentas—. Cierra, cierra la puerta. ¡Hoy es el gran día! Y dado que no puedo dejar que me vean paseándome por ahí con el equipaje a cuestas, me he convertido en una maleta. Llevo puestas tres camisas y todas las mudas —dijo, para después darse una palmada en el pecho, ahora más abultado—. Me ha costado lo mío calzarme las botas. Por primera vez desde hace meses, tengo un poco de calor. Cuento con los bolsillos justos para guardar cuatro libros, pero, ah, ¡qué libros! No pude acostarme hasta muy tarde y… —Empezaba a divagar, de modo que Adam se apresuró a interrumpirlo en cuanto vio la ocasión.

—¿Qué haces?

—¡Ah! Sí, acabo de colocar una trampa en la caja.

—¿Que acabas de qué? ¿Para qué?

—Para que la entregues. —Senlin le dio dos palmadas fuertes al cubo de madera que tenía en la mesa—. No te preocupes; solo se activa si se abre.

—¿Has metido ahí el cuadro del comisario?

—No, solo es un señuelo. —Senlin se apretó la aleta de la nariz con el dedo—. ¡Un señuelo con una trampa! Diría que no está mal co-mo traición. Acércate a la Nube de Piedra y

entrégasela a Edith. Déjale claro que no debe abrirla ni permitir que nadie la abra. Y aquí están las ocho minas que le prometí al capitán, Billy Lee. No las pierdas. Es todo el dinero que tenía.

Sin contagiarse del entusiasmo de Senlin, Adam miró apenado el sobre que le había puesto en la mano, lleno de monedas.

—¿Quién es esa mujer? ¿De verdad se merece que confíes tanto en ella? —Meneó la cabeza aprisa, casi como si hubiera tenido un escalofrío—. Fuera quien fuese antes, se ha pasado medio año viajando con una banda de piratas. Esas cosas lo cambian a uno. Podría jugártela sin pensárselo dos veces.

—¡Claro! Cualquiera podría. Aun así, creo que entiende la gravedad de nuestra situación, y la suya no es muy distinta, comprometida y endeudada como está. Sí, vive en compañía de piratas, pero nosotros hemos vivido entre contrabandistas, proxenetas y ladrones. No tenemos por qué convertirnos en la gente que nos rodea. Podemos aspirar a algo más y aferrarnos a aquellos que albergan nuestras mismas esperanzas. —Intentó aparentar una calma jovial, pero también él estaba inquieto. Era lógico que Edith y Adam cuestionaran su plan. Era muy audaz, como mínimo, y si algo salía mal, los condenaría a muerte a todos. No era una carga que no le preocupara, pero ¿qué otra cosa podían hacer? ¿Esperar a que alguien los rescatara? ¿Esperar a terminar de pagarles las deudas contraídas a unos hombres que siempre podían imponerles más deudas?—. Solo tenemos que sobrevivir un día más.

La sonrisa rígida de Adam le afinó los labios carnosos hasta hacerlos desaparecer.

—Está bien. Pero, por favor, solo para que me quede tranquilo, dime que tienes el cuadro. Si la apuesta sale mal, será nuestra última esperanza.

Senlin sonrió.

—Claro que lo tengo.

—Entonces ¿por qué no quieres decirme dónde está? ¿Y si te dan un golpe en la cabeza, o te arrojan Torre abajo, o…?

—Gracias por pensar en todo —se rio Senlin.

—¡Hablo en serio! ¿En qué situación nos quedaríamos Voleta y yo? Nos veríamos desamparados.

—¿Sabes lo que le hizo la Mano Roja al otro hombre que sabía dónde estaba el cuadro? Lo torturó hasta matarlo. El verdugo me lo dijo. El pintor, Ogier, murió porque sabía dónde estaba. Y a mí me faltó poco para sufrir la misma suerte. No te servirá de nada saberlo. No quiero decírtelo porque… te pondría en peligro. —Se le quebró la voz, y tuvo que estirar el cuello para restablecerla—. Lo único de lo que debes preocuparte es de Voleta. No dejes que se separe de ti. Súbela a la nave, y haz lo que puedas por preparar el despegue. Puede que yo esté atendiendo otros asuntos. Y, Adam —buscó una manera diplomática de expresarlo y sonrió cuando hubo dado con ella—, si me dan un golpe en la cabeza, no lo dudes y suelta amarras. No sé si podrías gobernar una nave sin tripulación, pero sería preferible correr ese riesgo antes que quedarte aquí.

Adam iba a protestar, pero se contuvo. Tenía el oído más fino que Senlin, y parecía haberlo aguzado.

—Iren está subiendo por la escalera.

—Ah, el último informe de las ocho —dijo Senlin alarmado—. Llévate la caja. Con cuidado. Vamos, date prisa. Si no nos encontramos antes, nos veremos en el puerto esta noche a las nueve. —Senlin espantó al muchacho con el pañuelo que se había quitado del cuello.

La amazona se cruzó con Adam en el pasillo y no tardó en aparecer, imponente, en la entrada del despacho. Ella misma parecía la puerta. Senlin retiró con la mano los restos de paja que ensuciaban el escritorio, esforzándose por ocultar lo emocionado que estaba.

—Iren, ¡no pongas esa cara! No te guardo ningún rencor ni…

La giganta lo ignoró.

—Tienes que venir conmigo.

—Ah. Vaya, deja que coja el informe y…

—Déjalo —le ordenó ella.

—Muy bien —dijo él pausadamente. Ladeó la cabeza y estudió la actitud de la mujer en busca de algún detalle que le indicara por qué el ritual matutino no estaba yendo como de costumbre. Ni la frente ancha ni los párpados tersos le revelaron nada; su expresión era hermética—. ¿Nos vamos de excursión? —preguntó mientras cogía la aerovara.

—Deja eso —volvió a ordenarle Iren, ahora en un tono más recio y con un destello en los ojos.

Senlin se quedó helado al reparar en la mirada feroz de la guardaespaldas, en la que no se atisbaba rastro de la relación de familiaridad que se había establecido entre ellos a lo largo de las últimas semanas. La mujer que tenía ante él ya no era ni su profesora de boxeo ni la alumna a la estaba enseñando a leer. Quien le cerraba el paso era el brazo ejecutor de Finn Goll.

Muy despacio, volvió a dejar la aerovara en el escritorio y se bajó las mangas con parsimonia.

—¿Puedo coger mi abrigo, al menos? —le preguntó, y al ver que Iren no respondía, lo descolgó de la percha de la esquina. Aunque la giganta no podía verlo, Senlin percibió una cierta rigidez en la espalda del abrigo, donde había cosido el cuadro de Ogier.

—Vacíate los bolsillos.

Obediente, Senlin sacó los libros que tanto le había costado elegir: una guía sobre aeronáutica, un manual básico de ingeniería, un libro sobre reparación de naves y, cómo no, su diario personal. Apiló los cuatro tesoros encima de la mesa. Confiaba en que más tarde tuviera ocasión de volver a por ellos. Acercó también la llave de carcelero para enseñársela.

—¿Puedo coger mi llave? —Iren encogió los hombros ligeramente, y Senlin le sonrió con toda la magnanimidad que pudo—. Tú primero —la instó.

El autovagón de Finn Goll aguardaba al ralentí bajo la luz amarillenta y deprimente del depósito. Era el único motor que había encendido en la caverna con forma de ampolla, y el ruido que producía resonaba como un coro de latidos entrecortados. Los estibadores, bañados en un sudor frío a causa de la faena matutina, habían dejado lo que tenían entre manos y guardaban silencio. Miraban con atención cómo el caporal de puerto, que parecía estar un poco desnudo sin su aerovara, precedía a la giganta camino de la puerta abierta del vehículo. El viejo chófer de Goll, sentado en el banco alto, parecía un espantapájaros. Algunos de los operarios curiosos sonreían con malicia, mientras que otros observaban la escena apenados. Senlin se preguntó qué sospecharían o sabrían.

Se sorprendió al comprobar que Goll no estaba en el habitáculo. Desde que llegara a Nueva Babel, nunca había visto a su diminuto jefe fuera del coche. Había llegado a dar por hecho que vivía allí dentro, por chocante que pareciera, por lo que tenía la impresión de estar invadiendo su morada al ocupar el asiento él solo. Aunque, en realidad, no estaba solo. Consciente de la presencia intimidante de Iren, se montó aprisa en el carruaje. La guardaespaldas subió a continuación, y apenas había cerrado la puerta cuando el vehículo emprendió la marcha con suavidad.

Senlin supuso que Finn Goll, después de haber recibido el aviso sobre la traición inminente de Rodion, querría hablar con él al respecto. Era comprensible que el propietario del puerto supusiera que Senlin estaba implicado. O, tal vez, en una nueva e ingeniosa demostración de artería, Goll se había puesto en contacto con el comisario, tras haber llegado a la conclusión de que prefería cobrar una recompensa que conservar a su contable. Quizá Senlin estaba a punto de conocer de primera mano la suerte de su predecesor. A decir verdad, eran mil cosas las que podrían haber salido mal, y acaso así debería haber sido. Sopesar todas y cada una de las posibilidades era una tarea extenuante, de modo que extravió la mirada por la ventanilla del autovagón y se negó a angustiarse más de lo imprescindible. Lo llevaran adonde lo llevasen, ocurriera lo que ocurriese, de poco le serviría predecirlo.

Al salir del túnel del puerto, se encontraron con el festival de los rayos. La bóveda de alambres que coronaba el monolito central despedía chispas sobre las ciudadelas inhóspitas de Nueva Babel. Los dedos eléctricos arañaban el techo de piedra labrada, saltaban hacia las cubiertas planas de los edificios ennegrecidos más altos y lamían el aire frío por el que una bandada de murciélagos huía de la luz espantosa.

Iren alargó el brazo y bajó la cortinilla, poniéndole fin al espectáculo. Senlin resopló indignado y se giró hacia ella. Las rodillas de la giganta, que asomaban por debajo del mandil de cuero, se equiparaban en tamaño a la cabeza de un niño. Era demasiado alta no solo para aquel asiento, sino para aquel autovagón, por lo que estaba obligada a adoptar la postura humillante de un perro corpulento que pretendiera esconderse bajo una mesa pequeña. Se quedó mirando con aire sombrío los paneles de tonos oscuros que componían la cabecera de Senlin, lo que a él le hizo sentirse como si la giganta pudiera ver a través de él. Intentó que sus ojos se encontraran con los de la instructora incansable y despiadada que días atrás había estado golpeándolo y lanzándolo de un lado a otro por todo el depósito.

—Llevo un tiempo madurando una teoría que tal vez te interese —le comentó Senlin con afabilidad.

—No —se desinteresó ella.

No se dio por vencido.

—Sí, seguro que sí. Surgió, esta teoría que te digo, a partir de la curiosidad que me suscitaba el motor de vapor. Aquí el motor de vapor es lo más normal; quiero decir que en todas partes hay uno, y no solo en los vehículos que circulan sobre carriles o sobre ruedas. He visto un hipopótamo mecánico que escupe vapor, y el órgano de tubos del Steam Pipe también funciona a base de vapor. Es una idea maravillosa esto del vapor.

—Deja de decir «vapor» —le ordenó Iren, aunque sin excesiva vehemencia—. Cállate.

—Lo siento. No pretendía impartir una conferencia. Pero, en realidad, dista mucho de ser una energía ideal. Ocupa demasiado volumen y cuesta mucho regularlo. Si quieres dotar de energía motriz a algo pequeño o portátil, o que esté calibrado con minuciosidad, el vapor no será de ayuda. En esos casos, lo adecuado sería la electricidad. Sin embargo, allí de donde yo vengo, la electricidad aún es algo relativamente insólito. Se consideraba una especie de truco de magia. Podíamos erizarle el pelo a una persona con un sencillo generador de estática, pero, aparte de eso, no se le podían dar muchos usos prácticos.

—Cállate si no quieres que te amordace —le advirtió Iren, que al fin se decidió a mirarlo.

—Siendo así, prefiero que me amordaces —bromeó él sin perder el hilo de lo que, en efecto, había derivado en una conferencia—. El vapor es una energía en bruto de la que, mediante el pertinente proceso de refinación, se obtiene un derivado más útil. Y eso es lo que se hace aquí; dentro de esa turbina espeluznante que se eleva sobre la urbe, el vapor se transforma en electricidad. Sin embargo, el proceso requiere de cantidades ingentes de vapor. Lo cual me lleva a la teoría a la que le he estado dando vueltas.

—Te lo estoy pidiendo por las buenas —le avisó de nuevo Iren, que rotó la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—Vaya, te lo agradezco. En fin, ¡al grano! En el Sótano hay multitud de hombres que se pasan el día bombeando agua mediante una especie de máquinas a las que llaman «cervezovivos». El nombre lo dice todo, la verdad; a cambio de bombear el agua, se les retribuye con una cantidad miserable de cerveza mala. Aun así, siempre hay quienes se ofrecen voluntarios para hacer el trabajo, y los cervezos se cuentan por decenas, de modo que el agua asciende sin cesar y en cantidades ingentes desde los acuíferos del valle.

—Me parece muy bien —lo ignoró Iren.

—En el Salón, la gente paga por ir por ahí disfrazada, dándoselas de ser alguien, y por reñir con los demás, a veces incluso jugando con espadas. A cambio de disfrutar de este privilegio, a quienes pasan por allí se les requiere que hagan dos cosas: que paguen, lo que me parece una desfachatez, y que trabajen. La verdadera tarea de los «visitantes» consiste en alimentar la lumbre de los hogares. No es más que una forma enrevesada de mantener encendido el fuego para producir calor, y a muy bajo precio. El agua bombeada se calienta dentro de las chimeneas por medio del que debe de ser el sistema de fontanería más esotérico de la historia de la humanidad. El entramado de tuberías de agua caliente recorre todo el Salón y asciende hasta el Balneario, donde todos los conductos confluyen en uno solo. Por tanto, la función del Balneario es la de regular el calor y la presión. El exceso de vapor se expulsa y los turistas pagan para retozar en el subproducto del gigantesco motor.

Iren frunció el ceño, pero Senlin sabía que era un gesto que hacía cuando se ponía a pensar.

—Suéltalo ya.

—Creemos que la Torre es una atracción o un mercado, pero no es nada de eso. Es un motor. Los cuatro circunreinos inferiores conforman una colosal dinamo. La sucesión de agua, calor y vapor culmina aquí, ¡en Nueva Babel! —Senlin levantó las manos, como a la espera de un aplauso. Iren insistió en su actitud enfoscada, como un sapo implacable. Exasperado, Senlin bajó las manos—. ¿Adónde va toda esa energía? Una pequeña fracción se destina a encender unas

simples bombillas tenues y a la liberación de estática a nivel local, sí, pero piénsalo: cientos de miles, tal vez millones, de hombres y de mujeres trabajan sin descanso para producir una energía de la que ellos nunca van a hacer uso. Entonces, ¿quién construyó este sistema? ¿Para quién es? ¿Qué uso se le da a toda esa energía? ¿Por qué pagamos por ella y sufrimos por generar algo que no nos aporta nada y que, de hecho…, nos esclaviza?

Iren deslizó los ojos en todas direcciones mientras cavilaba. Aunque no había recibido una educación formal, no tenía nada de irreflexiva, y Senlin sabía que entendía muy bien la injusticia intrínseca de lo que acababa de revelarle. Se llevó una decepción, no obstante, cuando la guardaespaldas expresó su conclusión, precedida por un suspiro cansado.

—¿Y qué? —dijo a continuación—. Es injusto. La Torre es perversa. El cielo es negro. ¿Y qué?

—Pues que tenemos que dejar de actuar como si no lo fuera —le respondió Senlin, y, envalentonado por la emoción, alargó el brazo y le puso la mano en la muñeca robusta. La amazona podría habérsela estrujado sin la menor dificultad, pero la dejó donde estaba—. Y escaparnos.

Por toda respuesta, Iren desplegó una sonrisa dentuda, expresión que daba a entender que acababa de acordarse de un chiste que solo ella conocía. Senlin notó que el autovagón se adentraba en una zona más pedregosa y viraba primero a un lado y, al momento siguiente, en la dirección opuesta.

—Me caes bien —le dijo ella—. No te rindes, ni siquiera cuando sería lo más conveniente para ti. Creo que no vas desencaminado en cuanto a lo de la Torre. Me gusta tu teoría. Es curiosa. Puede que incluso estés en lo cierto. Pero —se reclinó en el asiento y cuadró los hombros, haciendo que los paneles lustrosos de detrás empezaran a crujir— la última vez que di este paseo fue para estrangular al caporal de puerto y tirar el cadáver por el filo del saliente.

Un ligero temblor se propagó por el brazo de Senlin, que sintió que el vello se le erizaba y le rozaba la manga de la camisa.

—¿Eso es lo que va a ocurrir ahora?

—Ahora vas a hablar con Goll sobre el dinero que le has estado robando. Créeme que me gustaría que lograras engatusarlo. Si hay alguien aquí que sabe librarse de un problema con su pico de oro, diría que eres tú. Pero quizá sea mejor que no le comentes nada sobre tu teoría. Le gusta ser él el que cuenta las historias.

—Vaya, pues muchas gracias por el consejo y por tu sinceridad. Y, por cierto, creo que harás un gran trabajo cuando me estrangules —dijo, aunque su actuación no estuvo a la altura de la caballerosa declaración.

—Si llegáramos a eso, espero que me plantes cara. Has aprendido mucho. Cada día lo hacías mejor. Pero no embistas tanto. Embestir da mal resultado. Ten los pies recogidos siempre que puedas. Sé paciente mientras dure la pelea. Mantente firme.

—Así lo haré —le aseguró él, más tranquilo. Se miró la mano, y el temblor del brazo se extinguió como la llama de una vela al soplarla.

El autovagón se detuvo y, cuando Iren abrió la portezuela, Senlin solo vio oscuridad. La ciudad se había desvanecido. El hedor a carbón y el estruendo de las máquinas, la niebla densa como

una pesa-dilla y la masa de gente solitaria… No quedaba rastro de nada de aquello. Iren salió del coche e hizo cavitar los huesos de la espalda. El chófer le pasó un farol de aceite que no alumbraba mucho más que una cerilla. Cayó en la cuenta de que no sabía dónde estaba. Si Iren se disponía a ejecutarlo, no podría haber elegido un lugar más recóndito y tétrico para hacerlo.

—Vamos, Thomas Senlin —dijo la guardaespaldas—. No hay que andar mucho.

Capítulo quince

No consigo sacarme de la cabeza a aquella mujer rubia y engreída que intentó chantajearme. Debía de creerse muy lista. Estaba convencida de que podía utilizarme para embolsarse una fortuna y retomar las riendas de su vida. Como plan no estaba mal, pero su insignificancia, su ignorancia y su esperanza debieron de condenarla. Y tal vez yo corra la misma suerte.

Torre popular. Penurias personales,
por T. Senlin

Senlin no conseguía ver nada más allá de la burbuja de luz naranja. Un eco impaciente respondía a los pasos de ambos. Se sentía como si estuviera sepultado bajo la oscuridad y demasiado lejos de cualquier entorno conocido. Habrían recorrido unos cincuenta metros cuando llegaron a una pared cuya textura recordaba a la de la arena mojada y en la que había una puerta de hierro negro. Iren colgó el farol de un gancho e introdujo la mano bajo el mandil de cuero para sacar un aro en el que aunaba varias llaves. Las pasó una a una hasta que dio con la que buscaba y abrió la puerta.

La explanada que apareció al otro lado era lo bastante espaciosa para albergar el depósito del puerto. Tal vez en el pasado el edificio había servido como fábrica o como almacén, aunque ahora no se veían máquinas ni estanterías de ningún tipo. El lugar estaba vacío, salvo por la casa.

Una idílica cabaña de piedra ocupaba el centro de la explanada, orgullosa y plácida, como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí en medio. Pero ¡cuánto dinero y determinación no habrían hecho falta para llevar a cabo algo así! Aparte de la chimenea, que no era más que una extraña y endeble columna de ladrillos que se extendía hasta el techo del almacén, la casa tenía un aire pintoresco. Los hastiales habían recibido una nueva mano de pintura recientemente, y la lechada que unía las piedras sobresalía blanca como el merengue. Por las ventanas escapaba un resplandor cálido. Unas siluetas se adivinaban tras las cortinas, que se agitaban y se arqueaban para dejar sitio a unos ojos curiosos. Los postigos y los canalones estaban encajados a la perfección, pero Senlin no entendía por qué una casa que estaba dentro de un almacén que estaba dentro de un circunreino que estaba dentro de la Torre reunía tales características. Tenía la impresión de haber dado al fin con la muñeca más pequeña de una matrioska.

No le había dado tiempo a asimilar la sorpresa cuando Iren lo urgió a acercarse. La puerta de la entrada estaba decorada con una guirnalda de hojas verdes, una fruslería que no debía de haber sido barata de importar. La mujer no tuvo más que llamar una vez con los nudillos para que la puerta se abriera y un tropel de niños corriera a asediarla. Se lanzaban sobre ella desde todos los

ángulos. Trepaban por sus piernas y se le agarraban a la cadena que vestía a modo de cinturón, sin dejar de chillar en ningún momento. Ella se agachó y, con una agradable voz más aguda de lo normal, los saludó uno a uno por su nombre. Los pequeños, cuyas edades debían de comprenderse entre los tres y los once años, eran bulliciosos y vestían unas ropas elegantes y coloridas. Ninguno de ellos llegaba al metro y medio de estatura, pero todos lucían una maraña de cabello moreno que Senlin no tardó en reconocer.

Finn Goll apareció tras ellos sin salir de la casa, con las manos recogidas en actitud orgullosa en los bolsillos de una bata de pana. Los niños se amansaron y dejaron paso a los invitados. Los aromas del pan recién hecho y de la madera noble que ardía en el hogar se entremezclaban en el recibidor. Una mujer rechoncha y de rostro agraciado doblaba y volvía a doblar nerviosamente una toalla decorativa junto a la entrada del pasillo que quedaba a la izquierda de Senlin, que parecía conducir a un comedor. A la derecha había una habitación acogedora. La lumbre de la chimenea parecía insuflar vida a un par de sillas tapizadas. Goll le presentó a la mujer, la señora Abigail Goll, cuyo rubor se extendió desde las mejillas hasta el cuello. Se inició entonces una ronda de reverencias, que los niños imitaron con creciente hilaridad, hasta que, con una palmada abrupta, la señora Goll puso fin a sus gracietas.

La señora de la casa se disculpó para ir a atender el almuerzo y Finn Goll le hizo una seña a Senlin para que se acercara al hogar. Iren se quedó un poco más con los niños, y después, pese a la negativa de los pequeños, también ella los dejó. Se situó junto a la repisa de la chimenea como si ese fuera el puesto de los guardias. En el momento en que Goll se sentó frente a Senlin, los niños salieron aprisa de la estancia.

—Vaya, sí que se han revolucionado. No recibimos visitas todos los días. Sin contar las de Iren, claro está. La quieren mucho —dijo Goll, en cuya distensión Senlin advirtió algo que lo desazonaba.

No se fiaba de esa nueva faceta de la personalidad del hombrecillo. No se le había olvidado que en el Sótano se había hecho pasar por un comerciante inofensivo. Ahora debía de estar encarnando a otro personaje. Los niños, la mujer y la casita de cuento bien podían ser un nuevo engaño. Pero, si todo aquello no era más que una farsa elaborada, ¿con qué propósito se había organizado?

—Son una delicia —dijo Senlin con un ánimo cortés.

Miró a Iren en busca de algún indicio de dónde se había metido, pero la guardaespaldas se había resuelto a ignorarlo. Le había comentado algo sobre una acusación de robo, algo que, por supuesto, era ridículo. Senlin era la única persona honrada que había en el puerto.

—Todo el mérito es de su madre. Si por mí fuera, los tendría malcriados a más no poder. —Goll alcanzó la pipa que había en el cenicero de pie y vertió un poco de tabaco en la cazoleta—. Usted no tiene hijos, ¿verdad?

—No, la brevedad de mis nupcias no me lo ha permitido. —A Senlin le costaba disimular el tono amargo de su voz. Ardía en deseos de manifestar todas sus quejas a voz en cuello, pero recordó que Iren le había aconsejado que dejara hablar a Goll, y así lo hizo.

—Yo tengo seis. El mayor está en la escuela. Vivo y muero por mi familia, Tom. Mi familia es mi norte. —Acercó una cerilla a la cazoleta y aspiró por la boquilla—. Es mucha la gente que

viene a la Torre a malgastar su fortuna. Y son muy pocos los que consiguen hacerla. Se dedican a engordar en una tumbona, a revolcarse en la oscuridad con alguna fulana, incapaces de concebir una mejor manera de invertir su tiempo y su dinero. El Salón, el Balneario, el Serrallo… no son más que trampas para los turistas. Es terrible lo que hay ahí abajo.

La pipa gorgoteó débilmente cuando Goll guardó una pausa para dar una calada. Senlin deslizó la vista entre los pequeños camafeos y las tacitas melladas de los niños que decoraban la repisa. Las figurillas coloridas de porcelana, sin duda pintadas por una mano infantil, y los picheles vistosos enfatizaban el efecto: no se trataba de ninguna farsa; esta era de verdad la casa de Goll. Senlin volvió a centrarse en su anfitrión cuando su voz adquirió un timbre vehemente.

—Pero ni los turistas ni los peregrinos tienen en cuenta lo que hay por encima de ellos. En los emparrados hay tierras maravillosas y prósperas donde impera la paz. El problema de las alimañas que habitan en el barro, Tom, es que en cuanto sacan una patita del fango ya se creen que han tocado el cielo. —Se rio, y con su aliento estropeó una preciosa espiral de humo—. Hay que subir mucho más arriba, más allá de las trampas y de las barriadas. Ahí arriba hay circunreinos donde se podría criar a los niños sin temer por ellos. Pero no son vecindarios baratos. Además de un bolsillo holgado y de una cabeza despierta, se requieren multitud de cosas para llegar y establecerse allí. Hay que tener mucho cuidado con los impostores, apaciguar la codicia y asumir que se deberán hacer sacrificios. Siempre habrá algo para lo que uno no está preparado.

—Muy cierto —dijo Senlin con el fin de mostrarse atento y complaciente, pese a que, en realidad, estuviera confundido y preocupado. ¿Para qué lo había hecho venir Goll a su sanctasanctórum? ¿Sería esto una especie de charla de despedida para un empleado que no había rendido como se esperaba y que nunca volvería a ver la luz del sol?

—Trabajé en el Steam Pipe antes de comprarlo, cuando no era más que un jovenzuelo sin blanca. Es un buen oficio para que un muchachito se foguee. Aquello me mostró el mundo tal y como es, no como a mí me habría gustado que fuera. Se me hizo muy difícil, desde luego. Son muchos los que nunca llegan a asimilar esa impresión. —Pareció recordar algo, tal vez una vivencia que no había tenido el final que él deseaba, y regresó al presente con una sonrisita torcida—. Pero yo sí la asimilé.

Se inclinó hacia delante y dejó la pipa a un lado.

—Durante muchos años me dediqué a sacar cuantos siclos podía de la gente más vil. Arrancaba los hilos de oro con los que estaban confeccionados los trajes de los hombres ricos. Llevo años robando y ahorrando, siempre con la idea de dejar atrás esta inmensa sentina. Cuando me vengo abajo, pienso en mis hijos y en la vida que les daré. Y esa es la razón por la que usted está aquí hoy. Ha hecho que me venga abajo y que tenga que pensar en mis hijos. Según parece, ha estado entregándoles dinero a los hombres. —Infló el pecho y proyectó una voz que sacudió la estancia—. ¡Mi dinero! ¡Mis hombres!

Senlin apretó la espalda contra el asiento acolchado. De modo que ese era el crimen que había cometido. Les había aumentado la paga a los estibadores. Se trataba de una suma ínfima que no afectaba al balance de la empresa, pero, al parecer, para Goll equivalía a un acto de latrocinio.

—Ha complicado una tarea que era muy sencilla —prosiguió Goll—: recaudar mi dinero. No debía alfabetizar a nadie, ni reformar nada, ni impartirles clases de *ballet* a los estibadores. ¡Tan solo tenía que recaudar mi dinero! —Dio un golpe enérgico contra el reposabrazos, y al momento siguiente el arrebato de rabia le había enrojecido la cara.

—Cuando empecé, estaba usted perdiendo diez y hasta veinte minas a la semana en mercancías hurtadas, podridas y mal gestionadas —dijo Senlin—. Los errores que usted me achaca no han hecho sino multiplicar sus beneficios.

—Veo que no entendió bien el trato que hicimos. —Goll inició un aspaviento exagerado, de esos que uno podría hacer cuando intenta adiestrar a un perro o disciplinar a un niño—. Que el puerto ingrese más dinero porque usted está cumpliendo con su trabajo no significa que ese dinero sea suyo. Es mío. Siempre es mío. Además, hay otras formas, mucho más frugales, de animar a los hombres a trabajar.

—Oh, sí, nada me anima tanto como una buena paliza —dijo Senlin. Deslizó la mano hasta el bolsillo. El hierro de la llave de carcelero estaba cálido. A tan corta distancia, la pistolita sería bastante eficaz. Por supuesto, si la usaba, después le sería imposible escapar, pero tal vez ya le era imposible. Se preguntó si la venganza le aportaría algún consuelo—. Critica a los turistas por su cortedad de miras, pero usted no es mejor. Obliga a sus hombres a robar, a conspirar y a amotinarse, y después los castiga por ello.

—¿Qué le dije la otra vez? Aquí lo que sobran son hombres desesperados. No pueden hacer nada porque no valen nada, y les pago en consecuencia. Si les paga más, se lo gastarán en putas, en borracheras y en crom blanco.

—No siempre es así. Tienen seres queridos y una vida que dejaron atrás, y todos fueron niños una vez. —Senlin apoyó la yema del dedo en el gatillo festoneado de la llave e inclinó el cañón por dentro del bolsillo, estimando a ojo la trayectoria del disparo—. Señor Goll, usted no es el único habitante de la Torre, aunque se empeñe en creer que sí, aunque haya hecho todo lo posible por esconderse del resto del mundo. —Se preguntó cuánto tardaría Iren en partirle el cuello después de que él hubiera disparado. ¿Le daría las gracias primero?

—Es aún más necio de lo que me imaginaba, y lo compadezco.

—¿Y no me ha traído aquí por eso mismo? ¿Para poner en práctica su compasión? ¿O tan solo pretendía presumir de familia y convencerse de su nobleza antes de ordenar que me maten? —Senlin sintió un peso en el hombro y, cuando miró de soslayo, vio los nudillos, abultados como nueces, de la mano de Iren. La presión hizo que el bolsillo se le apretara contra la silla, lo que frustró el disparo por el momento—. ¿O es que espera que todo el mundo sea amigo de su familia?

—La nobleza y la amistad no son más que remedios que los charlatanes les venden a las abuelas y a los pueblerinos. Debería mirar más por sus propios intereses. Está tan decidido a forjar amistades y a ser justo y noble que lo único que ha conseguido es perjudicarse a sí mismo una y otra vez. Y aun así me mira con desdén por actuar en mi propio beneficio. ¡Parece un mal chiste! —rabió Goll—. Está en la ruina y seguirá estándolo hasta que admita que solo hay una familia que valga, un hombre, una Torre por la que subir.

—Sin embargo, me dijo que renunciara a Marya.

—¡Porque es lo que más me conviene a mí, paleto de las narices! —Goll se apretó la cara carnosa hasta que se le puso colorada. Señaló la lumbre e Iren soltó el hombro a Senlin para añadir otro leño. Ahora que el caporal del puerto se había liberado de la presión, podía apuntar de nuevo al hombrecillo—. Solo le diré dos cosas: trabaje egoístamente y devuélvame lo que me pertenece. Nada más. No quiero tener que ponerme a buscar un nuevo caporal de puerto, y usted no quiere que lo estrangulen. —Goll sacó un libro de cuentas del bolsillo de la bata y pasó algunas páginas. Iren atizaba el fuego, por un momento de espaldas a ellos. Si Senlin pretendía disparar, debía hacerlo en ese instante—. Según mis cálculos —el propietario del puerto se lamió el pulgar y pasó otra página—, el aumento que les concedió a los hombres me ha costado tres minas y siete siclos y medio. Esa es la cantidad que descontaré de las pagas. Suprimirá la subida, y si los hombres se quejan, elegirá a uno de ellos y lo colgará del saliente. Si accede a todo esto, podremos seguir trabajando juntos. Si no, seguiré yo solo. ¿Qué prefiere?

Senlin imaginó la conmoción que sufriría Goll cuando le disparase; visualizó la herida súbita, limpia durante los primeros instantes; el agujero humeante entre las bordaduras de la bata, y el inventario de imágenes que se sucederían ante sus ojos moribundos.

Una tormenta de pasos blandos estalló por encima de ellos. Los niños correteaban por los pasillos. El tamborileo despertó algo que había en el pecho de Senlin, y la ira que lo azuzaba remitió de pronto. Se avergonzó de lo que había estado a punto de hacer. Habría sido como suicidarse dos veces. Aunque hubiera logrado escapar, lo que era muy improbable, disparar a un hombre desarmado, en su casa, mientras sus hijos jugaban arriba habría supuesto el fin del hasta entonces honrado director de escuela. El último vestigio del hombre que se casó con Marya se habría perdido para siempre. Y, entonces, ¿qué clase de monstruo ocuparía su lugar? No, si alguna vez renunciaba a sus principios, aunque fuera con el pretexto de reencontrarse con su amada y dulce Marya, se convertiría en un desconocido tanto para sí mismo como para ella. Ya no habría reencuentro posible, y todo habría sido para nada.

—Seguiremos trabajando juntos —respondió al cabo, consciente de la ironía que encerraba la idea, aunque prefirió disimularla.

—Celebro oírlo —dijo Goll.

Senlin se alegró, como era natural, de que no estuvieran a punto de asfixiarlo, pero, aun así, quería saber si Goll se había creído la historia de Adam, según la cual Rodion pretendía asaltar el puerto. ¿Iba Goll a hacer algo al respecto? Debía reconducir la conversación para obtener una respuesta.

—Bien, si esto es todo, tengo que volver para firmar el manifiesto de una nave, antes de que se escapen con quién sabe qué. —Se inclinó hacia delante y se dio una palmada en las rodillas, disponiéndose a levantarse y salir.

—¿Qué nave?

Senlin volvió a reclinarse.

—La Nube de Piedra. Una balandra de mala fama, gobernada por un capitán bastante desabrido. Deben de ser piratas.

—¿Y qué exporta? —Goll quiso aparentar despreocupación al formular la pregunta, pero Senlin se apercibió de su disimulo y supo al instante que, en efecto, Adam había suscitado las

sospechas de Goll.

—Nada extraordinario. Unos cuantos barriles de gas, un poco de carbón y algún que otro paquete privado para entregarlo. Volará ligera.

—¿Y habría alguna razón por la que Rodion pudiera estar interesado en esa nave? —La fingida despreocupación de Goll se venía abajo cada vez más rápido.

—¿El proxeneta? —Senlin se encogió de hombros en actitud evasiva—. Bueno, tienen a una mujer de primera oficial. Puede que quiera verla. Pero no lo digo muy en serio. Esa mujer lleva un brazo falso, así que no debe de valer para el escenario. Con Rodion solo he llegado a hablar en una ocasión, pero me pareció un hombre… agradable.

—Sí, derrocha la simpatía de un asaltante de tumbas. Es un rufián traicionero, paranoico e irritable, y no le he quitado ojo desde que le cedí las riendas del Steam Pipe, hace ya seis años. Pero suele ser muy predecible. No acostumbra a llamar la atención, y rara vez sale del local. No sé por qué, pero parece que esa nave transporta algo en lo que él se ha fijado. Usted hablaba de unos paquetes privados. ¿Qué contienen?

—No lo sé. —Senlin lo sopesó por un momento y después dijo—: ¿Quiere que los abra?

—No, no. Eso no beneficiaría al negocio. Si empezamos a fisgar en el correo, perderemos a la mitad de la clientela. Se nos conoce por ser el puerto discreto. —Goll pareció inquietarse—. Hágame un favor. Que los hombres no abandonen el puerto esta noche. Iren les llevará armas, por si acaso.

—No lo entiendo. ¿Qué cree que va a ocurrir?

—Nada, seguramente —le respondió Goll, que después añadió en un tono más tenso—: Esa alimaña traicionera… —Senlin vio que el propietario del puerto empezaba a enfurecerse de verdad, y sintió un gran alivio al no ser el blanco de su ira por segunda vez—. Si Rodion fuera al puerto esta noche y llevara consigo a su tropita de porteros putañeros, le aconsejo que se mantenga al margen. —Goll se levantó de pronto—. No le diga una palabra de esto. Quiero cogerlo con las manos en la masa para que no pueda negarlo. ¿Quién sabe? Puede que mañana, además de caporal de puerto, también sea proxeneta. Sería un gran cambio. Por cierto, ¿sabe tocar el órgano?

Capítulo dieciséis

Cuando me estuvo enseñando a cargar un cañón, Adam me advirtió que añadir munición de más no hace que el arma dispare más rápido ni más lejos, sino que, sencillamente, te explote en la cara. Por tanto, puede que sea esta noche, en el puerto, cuando Rodion y Finn Goll acaben colisionando.

Torre popular. Penurias personales,
por T. Senlin

Todos los faroles del puerto aéreo estaban encendidos, pero, aun así, seguía siendo un lugar penumbroso. Una inusual tormenta de invierno había rebasado las montañas y cargaba a través del valle árido, engullendo las estrellas a medida que se aproximaba a la Torre. El viento amargo olía a nieve. Senlin, detenido en el acceso al puerto, se ciñó el cuello del abrigo a la garganta. La boca del túnel gemía como una ocarina. Con los bolsillos abultados por los libros y con el codiciado cuadro del comisario cosido al abrigo, mantenía la mano entumecida en torno al acero frío de la aerovara. Había llegado el momento de dejar atrás esa vida postiza. Había llegado, por fin, el momento de marcharse.

Había pasado la tarde con Iren, repartiendo sables y pistolas de chispa antiguos entre los estibadores. Las hojas eran tan añosas y estaban tan melladas que, más que espadas, parecían una suerte de sierras. Pero a los hombres les preocupaba más el que les hubieran prohibido salir a divertirse que la posibilidad de tener que usar aquellas armas. Algunos de los operarios más veteranos aprovecharon la ocasión para alardear de las batallas en las que habían tomado parte, en las que unos habían estado a punto de perder la vida y otros les habían causado una muerte angustiosa a sus enemigos, si bien los relatos tenían más de fantasía que de realidad. Iren les detalló la táctica que debían seguir: dejarían que Rodion y su tropa cruzaran la explanada del depósito con normalidad y, una vez que los intrusos hubieran pasado, los estibadores seguirían a la guardaespaldas hacia el túnel, donde flanquearían al proxeneta para enfrentarse a él en el puerto; y no revelarían su posición hasta que así se les ordenara.

Senlin había decidido dejar para otro momento el anuncio de que el aumento iba a suprimirse. Al día siguiente, él ya no estaría allí, por lo que le correspondería a Goll asumir la responsabilidad. Si el propietario del puerto quería recortar la paga durante la guerra por el territorio, estaba en su derecho, y podía comunicárselo a los operarios él mismo. Aunque tal vez «guerra» no fuera el término más adecuado para hablar del conflicto inminente. Senlin estaba seguro de que todo acabaría en tablas. Daba por hecho que los hombres empuñarían los sables y que se oirían gritos y acusaciones emponzoñadas, y tal vez, en efecto, llegara a librarse algún que

otro duelo a espada, pero ni a Goll ni a Rodion les convenía que el enfrentamiento pasara de ahí. A nadie le beneficiaría degollar a un compañero de trabajo ni destruir el puerto del que todos vivían. No, al proxeneta se le pondría en su sitio, y Goll conseguiría lo que se le debía.

La dársena, desde las grúas hasta los norayes, entonaba una sinfonía de chirridos; las vigas y los cabos se zarandeaban ante la cercanía de la tormenta. Incluso los robustos puntales de hierro se sumaban al coro con sus gruñidos graves. El perfil refinado del Pinzón de Oro resplandecía como una araña de luces. La tripulación faenaba con urgencia para entablar las escotillas y reforzar las amarras del globo con forma de rombo. El vigía, poco más que un crío, se aferraba al bauprés a modo de mascarón de proa, viendo como las nubes preñadas de nieve se cernían sobre ellos. Senlin se maravilló ante la serenidad que la Torre les exigía incluso a los más jóvenes; Babel obligaba a toda su población a madurar con ecuánime crueldad.

Si el Pinzón semejaba una araña de luces, la Nube de Piedra, atracada en diagonal respecto de aquel, recordaba a una vela de sebo. El casco arañado y picado, con la proa abultada y la popa plana, golpeteaba inelegante los topes del puerto. El globo ceniciento asomaba entre la maraña de la jarcia como una montaña de grasa que se escurriera por una red de pesca. A Senlin no se le ocurría una expresión amable cuando se fijaba en la Nube de Piedra, pero, a pesar de lo poco que le entusiasmaba su aspecto, la quería con toda su alma. Era su nave. Solo tenía que apropiarse de ella.

Edith lo recibió en la rampa que se agitaba adelante y atrás sobre el vacío. Traía una expresión seria. A su espalda, el puñado de hombres que componían la penosa tripulación despejaban aprisa la cubierta, revisaban los nudos y echaban paladas de carbón al horno. El viento racheado les impedía conversar en voz baja, pero, en respuesta a la sonrisa vacilante de Senlin, Edith meneó la cabeza discretamente, casi con desesperación, y acto seguido Billy Lee la empujó a un lado. El capitán le tendió el brazo a Senlin y lo levantó por encima del abismo para ayudarlo a subir a la nave. El caporal del puerto aterrizó en la cubierta con torpeza y dio un par de tumbos hasta que recuperó el equilibrio. El dirigible cabeceaba intranquilo.

—Vengo a firmar el manifiesto —anunció Senlin con una compostura digna de admiración.

—Menudo bribón estás hecho. No mencionaste que eras el caporal de puerto cuando te cogí sobeteando a mi primera oficial —bramó el capitán Billy Lee. Con el tabardo esmeralda aleteándole contra el pecho inflado, mantenía la mano apoyada en la guarnición hueca del alfanje que le colgaba de la cintura—. Y, de hecho, creo que eres una caja de sorpresas.

—En modo alguno la estaba sobeteando —dijo Senlin indignado, para después mirar a Edith en busca de apoyo.

Se topó, sin embargo, con una expresión que nunca había observado en ella; tenía los dientes descubiertos y sus ojos negros no despedían brillo alguno. Inquieto y un tanto confundido, se giró, y se encontró con la punta del alfanje de Lee ante su nariz. Levantó las manos de forma instintiva.

—Una de las chicas del Steam Pipe me lo ha contado todo sobre ti esta mañana —dijo Billy Lee, que animó su discurso con una floritura del arma—. Esa simpática zorrita me dijo que se le ha puesto precio a tu cabeza. Y todavía me cuesta creer la suerte que he tenido.

—¿Una mujer de cabello claro? —inquirió Senlin, aunque ya conocía la respuesta.

—Me dio la impresión de que le estaba contando la misma historia a todo el que tuviera dos orejas y un siclo de sobra. Para los demás no eran más que habladurías de alcoba, pero yo sabía que había algo más. —Billy Lee giró la cabeza y dio una voz—. Traedla. —Un hombre con las facciones de un chucho y tocado con un gorro acercó una caja pequeña. Senlin la reconoció al instante—. El comisario te anda buscando. Me pregunto si esta cajita tendrá algo que ver con ese asunto.

Senlin bajó las manos indignado, lo que hizo que los tripulantes que lo rodeaban desenfundaran al instante sus espadas. Nunca había visto tantas hojas de acero destellando juntas y, menos aún, convergiendo en él. Se sintió como si se hubiera transformado en un acerico. Incluso Edith le apuntaba a la cabeza con su pistola de tiro a tiro; con el ojo aplicado a la mira, lo vigilaba ceñuda. Aunque le había advertido que Billy Lee no era de fiar, le sorprendió más la feroz lealtad que ella parecía guardarle al pirata que la acusación taimada del capitán. Al menos, solo estaba fingiendo, o eso esperaba él. Supuso que a Edith no le quedaba más remedio que hacerse pasar por su enemiga hasta el último momento.

—Soy el caporal del puerto de Goll —le recordó Senlin, mordiendo todas y cada una de las palabras—. Mi patrono es un hombre poderoso, influyente y muy celoso de mi tiempo. Me acusas basándote en el testimonio de una prostituta y en el hecho de que he contratado tus servicios para entregar mi correo. ¿Es todo lo que tienes contra mí?

—¿Cómo no ibas a negarlo? —dijo el capitán Lee, que apartó la vista de él por un momento. Su barba castaña y rala parecía ahora una pelusa mal pegada, y la incertidumbre lo convertía en un simple muchachuelo jactancioso. Envalentonado al verlo encogerse, Senlin prosiguió.

—Y con estas pruebas tan irrefutables estás dispuesto a dejar de ser bien recibido en este puerto para siempre. —Senlin deslizó una mirada cortante entre el resto de la variopinta y demacrada tripulación—. ¿De verdad creéis que a esta nave se le va a permitir atracar en Ginside o en Erstmeer? ¿Dónde repostaríais a partir de ahora? Seguro que a un petimetre como tú, que se atilda a base de escupitajos, todos los caporales lo reciben con los brazos abiertos, desde el Balneario hasta el chapitel.

Al instante, Senlin presintió que se había excedido; había herido el orgullo del joven capitán.

—Muy bien. Lo aclararemos ahora mismo. —Billy Lee apoyó la puntera abarquillada de su bota en la caja de Senlin—. Abre la caja y muéstranos lo que contiene. Si no tiene nada que ver con el asunto del comisario, me disculparé y dejaré que te vayas.

Esta vez fue Senlin quien se encogió, aunque intentó disimular y hacerse el ultrajado.

—¿Qué majadería es esta? De ninguna manera exhibiré aquí algo que solo a mí me compete para que vosotros lo fisgoneéis. Si es así como trabajáis, prefiero coger el paquete y marcharme.

—Ah, no, de aquí no se marcha nadie —dijo Billy, que volvió a orientar el alfanje hacia la garganta de Senlin—. Si tanto te ofende el trato, que la abra Bobbit por ti.

El hombre de la cara de perro y tocado con un gorro se sacó de la cadera una daga de hoja ancha. Se arrodilló y se puso a forzar la tapa de la caja con la punta del arma. Senlin contuvo la respiración.

El crujido de la rampa sobresaltó a todos los presentes. Antes de que ninguno de ellos se repusiera de la sorpresa, varios hombres de Rodion invadieron la nave. Vestían los mismos

calzones lisos y los mismos abrigos de lana que usaban los tramoyistas y los acomodadores, aunque todos complementaban su atuendo con algún toque extravagante, como una peluca, un penacho, un pañuelo al cuello o un collar de cuentas. Así como las tribus primitivas utilizaban pinturas de guerra, estos hombres optaban por disfrazarse con piezas de bisutería. El efecto era extraño. Con independencia de su aspecto, sus intenciones estaban más que claras; de hecho, ya traían empuñados los sables y las pistolas. No tardaron en distribuirse por babor. Otro grupo de los adláteres del proxeneta aguardaba en la dársena con las armas largas en ristre.

Senlin agradeció la interrupción, y cruzó los dedos para que el resto del plan se llevara a cabo de la forma más pacífica posible. A continuación se procedería a la descarga y al registro de la mercancía, y mientras todos estaban atareados en la tediosa operación, tanto él como sus cómplices, su tripulación, abandonarían el puerto con la nave vacía. Miró a su alrededor en busca de Adam y de Voleta, pero no vio a ninguno de los dos.

La nave, ahora llena de gente, empezó a perder altura debido al peso adicional. El casco se arañó con aspereza contra la cuna de la dársena. Pese a que se encontraran en un punto muerto, se permitió que uno de los hombres de Lee cebara el horno. La nave volvió a ascender hasta el nivel de la plataforma.

Una vez asegurado el dirigible, Rodion subió a bordo con el porte pretencioso de un duque. Traía puesta una capa larga, complementada con abundantes ribetes de cuero negro a juego. Las respectivas culatas marfileñas de sus dos pistolas sobresalían visiblemente del cinturón. Cuadró los hombros con los ojos puestos en Billy Lee, quien pareció reírse cuando le dijo:

—¡Te vi en el escenario! Eres el que les toca las tuberías a las rameras.

—Un graciosito. Ojalá me hubiera preparado un chiste —dijo Rodion, que miró con desdén los elementos desgastados de la nave, como las cuñas, las abrazaderas y los tiradores de las escotillas—. Pero no he venido por ti. —El rufián ostentoso se giró hacia donde estaba Senlin—. He tenido una conversación de lo más reveladora, Thomas. Tráelos. —Le hizo una seña a uno de sus hombres, que se había apostado junto a la rampa. Dos personas fueron obligadas a subir a bordo, bajo la luz ebria de los faroles zarandeados por el vendaval.

Senlin hizo cuanto pudo por fingirse estupefacto al ver aparecer a Adam. Este, conforme a su papel, no se sentía capaz de mirarlo a la cara. Lo acompañaba Voleta, cuyo rebelde pelo moreno y cuyas facciones llamativas quedaban prácticamente ocultas bajo un chal que parecía pesar tanto como una alfombra. Sin pestañear, clavó en Senlin sus ojos violetas.

—Adam, ¿qué has hecho? —balbució Senlin.

El capitán Lee interrumpió el incómodo reencuentro cuando rabió indignado:

—Estamos en mi nave, no en el teatro. Llevaos vuestro numerito de tres al cuarto a otra parte. He cambiado de opinión. No quiero tener nada que ver con esto. —Sin embargo, acercó hacia sí la caja de Senlin con el tacón de la bota.

Rodion ignoró a Billy Lee y prosiguió con manifiesto deleite.

—Han llegado a mis oídos unos rumores muy interesantes sobre usted. Se dice que es un fugitivo. Se dice que podría haber una recompensa. Se dice que pretende robar un tesoro. —El proxeneta, seguro de su discurso, puso la mano en el hombro de Adam—. Al menos, espero que así sea, por el bien de Adamos. Le he prometido que, si me embolso una fortuna gracias a él y

me demuestra que usted se ha aprovechado de su puesto y ha estafado a nuestro amable patrono, yo rescindiré el contrato de su hermana, aunque las promesas no cuestan tanto como las jovencitas —dijo, y le pellizcó la mejilla a Voleta. Esta sonrió y desplegó una sonrisa animada, y con un giro rápido del cuello, le mordió el dedo. Rodion se apartó y levantó la mano enguantada para darle un bofetón, pero en el último momento se contuvo—. Te echaría mucho de menos. Tendría que buscar a una sustituta con la que calentar las camas.

Aunque se había mantenido apartado en actitud abatida, Adam se volvió de pronto hacia Rodion.

—¡Ahora tienes que respetar tu promesa!

—Por supuesto, por supuesto. —Miró las marcas que Voleta le había dejado con los dientes en el guante de cuero—. ¡Pero primero debemos acabar con esta farsa! Aún quedan demasiados interrogantes cruciales por resolver. ¿Qué tesoro es ese, y dónde está?

—Ya debería saberlo —dijo Senlin sin apenas meditarlo.

—¿Y por qué rayos debería saberlo?

—Porque está compinchado con el comisario Pound —respondió el caporal, que no veía ningún motivo para que Rodion negara lo que ya era obvio.

—¡Con el comisario no se compincha nadie! El comisario no necesita de ningún compinche. Aplasta y se apodera de cuanto le place. No, antes preferiría darle mi dirección al demonio que llamar la atención del comisario. —El proxeneta resopló, y como si de una señal se tratara, sus secuaces rieron a coro—. Cuando lo deje en manos de Pound, procuraré mantenerme a una distancia prudencial, y no me detendré a negociar nada. Ya me enviará él la compensación que estime oportuna; no seré yo quien se la discuta.

Senlin se inquietó; si no había sido Rodion quien había enviado a la Mano Roja a por él, ¿quién había sido, entonces? Finn Goll debía de haber exagerado el miedo que le tenía al tirano.

El capitán Billy Lee, al que ya se le había agotado la paciencia, ladró:

—¡Sacad a estos mamarrachos de mi nave!

—Ahora mismo. —Rodion pivotó indiferente sobre los talones.

Desenfundó la pistola con la misma naturalidad y disparó a Billy Lee justo por encima de la pirámide que adornaba su tabardo. Todos vieron cómo el joven y engreído capitán retrocedía tres pasos dando tumbos y se golpeaba contra la borda. Se volteó y se precipitó al vacío, sin dejar tras de sí nada más que una bota suelta en medio de la cubierta.

Edith apenas había tenido ocasión de separar los labios y aspirar sobrecogida cuando Rodion se giró en su dirección y le disparó con la otra pistola. La bala le rebotó en el hombro metálico y alcanzó a uno de los lacayos del rufián en plena frente, impacto que le arrancó la pluma que llevaba encajada en la oreja y que le extrajo los sesos por el cogote.

El hombre no había terminado de caer a plomo cuando Edith acertó a gritar:

—¡Por Billy! —La ira le inflamaba la voz. Sacó una pistola del cinturón de uno de sus camaradas y apuntó a Rodion. Este empujó a uno de sus siervos hacia el cañón del arma, y el hombre, atónito, recibió el disparo de frente. El fogonazo prendió fuego a su estola de piel. Edith desenvainó la espada y cargó contra Rodion. El proxeneta tomó el alfanje que el hombre en

llamas sostenía aún en el puño y levantó la hoja justo a tiempo para detener la primera acometida.

Senlin se vio en medio del tumulto. Los bandos no se recibieron el uno al otro con la limpieza de dos grupos de bailarines ni con la de un par de ruedas dentadas, como tendría que haber pasado según las clases de lucha que había recibido. En la práctica, los hombres echaron a correr de aquí para allá y chocaron los unos contra los otros; algunos incluso combatían por parejas o en grupo, arrasando con todo y cambiando de blanco con la aleatoriedad de un enjambre de abejas. Varios de los tripulantes de Lee abrieron fuego contra los fusileros de Rodion, los cuales, apostados aún en la dársena, respondieron con la misma crueldad. El intercambio de disparos terminó por destrozar la borda, cortando cabos y extremidades a su paso por cubierta. Las rociadas de astillas y de sangre se dispersaban por el aire y regaban el suelo. Un hombre gañó como un perro apaleado. Una bala repercutió en el horno y reventó la ventana de un camarote. Un barril de agua saltó despedazado en medio de la cubierta, y el charco se extendió por la tablazón en todas direcciones. Era una locura.

Voleta se había abrazado a la espalda de su hermano, que intentaba apartarse de un tripulante enceguecido, aquel al que llamaban Bobbit, quien, armado con un atizador de hierro, efectuaba barridos amplios y descontrolados. A Adam, incluso con la fuerza que había adquirido tras los años de trabajo ingrato, no le estaba resultando nada fácil desviar el arma improvisada. En un momento dado, el atizador le acertó en la espalda a uno de los tramoyistas, quien salió despedido de bruces contra la rejilla del horno. El hombre rompió a gritar mientras el fuego le devoraba el pelo, a la vez que corría derecho hacia estribor. La cabeza llameante se perdió en el vacío como una cerilla desechada.

Al ver a Voleta tan asustada, Senlin la alejó del grueso de la refriega y la ayudó a salvar los cuatro escalones que subían hasta el castillo de proa, donde no había nadie más. Esta cubierta menor, si bien estaba mucho más despejada que la principal, era un callejón sin salida, pues al otro lado los esperaban el vacío y las nubes amalgamadas que venían cargadas de nieve. Senlin no tardó en arrepentirse de la decisión táctica, pero no veía ningún camino seguro de regreso a la dársena. Una nueva ronda de disparos hizo que se pusieran a cubierto instintivamente.

La capa de Rodion se hinchaba y deshinchaba como un gran fuelle mientras luchaba contra la primera oficial. Se habían enfrascado en un combate muy reñido, de tal modo que las acometidas del uno siempre se encontraban con los contraataques del otro. El intercambio de espadazos los llevó de un lado de la cubierta a otro, aunque el escenario estaba sembrado de hombres caídos y del confeti aciago de las balas. El sable del rufián tintineaba con urgencia en su disputa con la hoja de Edith, como si un carnicero estuviera afilando su cuchillo. Pese al caos que se había desatado, Rodion no se olvidó de la valiosa inversión que había traído consigo.

—¡Coged a la chica! —les gritó a sus secuaces—. ¡Tres grandes para el que la capture con vida, y la muerte para el que se la quite!

Uno de los tramoyistas, un hombre de pecho prominente que llevaba una peluca pajiza, extrajo su sable de la espalda de un contrincante muerto y arponeó con los ojos a Senlin, que se había agazapado en lo alto del castillo de proa.

Aunque no se consideraba más robusto que una pared de papel, Senlin mantuvo a Voleta a sus espaldas y la aerovara ante sí. Repasó mentalmente todos los consejos que Iren le había dado durante las clases de lucha. Sobre todo, le preocupaban los pies; ¿los tendría muy separados? ¿Demasiado torcidos hacia dentro? Temía estar empuñando mal la aerovara. ¿Se le habría olvidado todo lo aprendido y la sacudiría como si de un hacha se tratase, lo que lo dejaría expuesto incluso a una acometida poco elaborada? Estaba saturado. Se sentía como cuando, durante sus días de universitario, sufría un ataque de ansiedad antes de un examen. Todo cuanto había estudiado se le convertía en una pelota de borra dentro de la cabeza, y poco a poco una parálisis nerviosa se apoderaba de su cuerpo. Podía darse por derrotado.

En ese momento, y no muy por detrás de él, oyó a Voleta, que le dijo casi al oído:

—No te molestes en razonar con él. Dale un palo en la cabeza y ya. —La sencilla recomendación le recordó a Senlin una de las lecciones elementales de Iren: no pienses demasiado.

El hombre abestiado de la peluca miraba con fijación las piernas de Senlin desde el pie de la escalerilla, y ya estaba echando la espada hacia atrás para hundírsela en las rodillas. En cuanto el mastuerzo tocó el primer escalón y se situó a su alcance, Senlin le asestó un varazo en la coronilla, con una contundencia que le dejó la peluca medio descolgada.

El animal retrocedió dando tumbos y escupió en la cubierta un grumo sanguinolento que había arrastrado consigo medio diente. Se quitó de la cabeza calva la peluca blanquecina y se limpió la boca con ella. Cuando volvió a colocársela, estaba desarreglada y manchada de sangre. Miró hacia arriba, pero ya no buscaba las rodillas de Senlin. Subió la escalerilla enfurecido y le tiró un espadazo a la nariz.

Senlin desvió la hoja, pero no logró apartar al tarugo, que al chocar con él lo empujó contra Voleta. A su vez, esta dio un pequeño brinco y se vio impelida por encima del cañón del bauprés. Aferrada al arma con ambos brazos, las piernas le colgaban sobre el vacío. Senlin no podía ayudarla. Estaba atrapado bajo el tarugo, que babeaba sangre sobre él mientras levantaba la espada como podía en un ángulo aprovechable. Antes de que llegara a descargarla, Senlin le golpeó en la garganta con el pulpejo de la mano y recogió las piernas. De una patada, envió al mastuerzo jadeante escaleras abajo, donde se llevó por delante a otro hombre, con el que se hizo un ovillo de brazos y piernas.

Después de apoyarse en las rodillas, Senlin terminó de levantarse y, cuando miró atrás, vio que Voleta se encontraba de pie y perfectamente estabilizada sobre la boca del cañón, agarrada a la jarcia tensa que mantenía unidos la nave y el globo. Le faltaba el chal, que se había escurrido por la borda, de tal manera que ya solo vestía el maillot azul con el que actuaba. Senlin se imaginó que estaría helándose, pero, aun así, la hermana de Adam sonrió y le dijo:

—¡Vaya púgil que estás hecho! ¡Cómo se reirían de ti en la escuela!

—No lo sabes bien —admitió Senlin con sequedad. Sin perder un segundo, sacó la llave de carcelero del abrigo y, tras guardársela en el bolsillo del pantalón, se quitó la chaqueta. La ayudó a ponérsela, pero puesto que le colgaba por los hombros, parecía envolverla como una mortaja holgada.

—¿Por qué llevas los bolsillos llenos de ladrillos? —se extrañó Voleta.

—Son libros. Tíralos si hace falta. Ahora será mejor que trepes por la jarcia y que permanezcas ahí hasta que la nave se despeje. En cuanto pase el peligro, baja y desata los cabos de babor. Deja las anclas de la cuna para el final. —Le apretó el hombro para decirle—: Pase lo que pase, no pierdas el abrigo. Es vital que cuides de él.

—Descuida, ocurra lo que ocurra, el abrigo estará a salvo. ¡Todo en aras de la moda! —exclamó, a lo que Senlin no pudo sino poner los ojos en blanco. Gateó por la jarcia hacia la panza del globo, aprisa, sigilosa, como una bandera negra que ondeara al viento.

En la cubierta principal, Adam había seguido distrayendo a Bobbit. El tripulante del gorro, cada vez más agotado tras tanto agitar el atizador de un lado a otro, atacaba con un ímpetu que ya no acertaba a controlar. Cuando el hierro golpeó una balaustrada y se enganchó en ella, Adam le clavó la espada entre las costillas. Bobbit cayó hecho un ovillo a la tablazón, donde empezó a retorcerse entre siseos agónicos.

Cuando Adam miró a su alrededor en busca de Senlin, lo vio bajando del castillo de proa. Alarmado, el muchacho le preguntó por su hermana, y él le dijo dónde le había indicado que se refugiara. Los interrumpió un tramoyista tocado con un bombín que intentó arrollarlos de costado, pero Adam detuvo con destreza la embestida y Senlin lo bateó con la aerovara y lo lanzó contra el castillo de proa.

—Esto es una carnicería —dijo Senlin—. Si Goll no llega pronto, estamos perdidos. —No contaba con que Rodion despachara al capitán Lee, y ahora su única esperanza era que Goll apareciera e impusiese un poco de orden.

El vendaval y el tumulto de la contienda provocaban que la nave amarrada pivotara y se zarandeara. El agua que se había derramado en la cubierta se estaba congelando rápidamente. Entre el bosque de espadas cruzadas y de brazos agitados, Senlin divisó a Edith, que seguía luchando contra Rodion. La primera oficial atacó en el momento preciso y dio un salto repentino hacia delante seguido de una arremetida rápida, y el rufián se vio empujado de espaldas contra la barandilla de estribor. Agitaba la espada casi sin fuerzas mientras hacía lo posible por recuperar el equilibrio. Edith aprovechó su posición ventajosa y le arrebató el arma con la mano mecánica. Con un sencillo giro de muñeca, partió la hoja a medio palmo de la empuñadura.

No obstante, cuando parecía que había desarmado al bellaco, este giró el cuerpo y, con el muñón de la espada, cortó el cabo de una de las anclas de estribor.

La nave corcoveó violentamente mientras el resto de las amarras y el globo luchaban por estabilizarse. Tanto los asaltantes como la tripulación se escurrieron por la cubierta inclinada hacia el hueco que distaba entre el casco y el saliente del puerto. Un puñado de cadáveres y tres hombres vivos se precipitaron al instante por la borda; su caída se vio acelerada a causa del hielo que escarchaba la tablazón. Senlin, tendido de espaldas, había tenido la suerte de deslizarse y topar con la escalerilla del alcázar. Adam, por su parte, consiguió asirse al labio de una escotilla. Edith, sin embargo, no fue tan afortunada. Presa de un espanto mudo, Senlin vio cómo su amiga patinaba hacia abajo de costado, sin dejar de agitar los brazos en busca de algún asidero. Impotente, se escurrió con limpieza por una de las brechas de la barandilla y desapareció en el abismo dando un grito ahogado.

Ver a Edith engullida por el vacío le impidió pensar en ninguna otra cosa. Se apresuró a taparse los oídos con las manos para repeler el eco de su alarido desesperado, pero le fue imposible acallar su voz. De pronto, el plan le pareció no solo temerario, sino propio de un asesino. Solo él era el responsable de esa masacre; solo él y su arrogancia habían sembrado todo ese caos y toda esa muerte. No era justo que Edith, que ya había sufrido demasiado, recibiera un segundo castigo por acercarse a él. No era justo, pero tampoco cabía sorprenderse. No si era sincero consigo mismo. Su obsesión lo convertía en un peligro para sus amigos. Ellos caían para que él pudiera seguir adelante.

Sabía que debía pasar a la acción. ¡Debía hacer algo! Pero su estrategia no contemplaba ese cambio en el curso de los acontecimientos.

Rodion, que se había agarrado a la balaustrada alta cuando la nave dio la cabezada, sí que sabía muy bien cómo responder. Dio unas órdenes rápidas a sus hombres para que desarmaran a los tripulantes de la Nube de Piedra. Habiendo perdido a sus superiores, y pocos como eran, apenas opusieron resistencia. Senlin notó que le quitaban la aerovara de las manos de un tirón. Alguien lo levantó de malas maneras. Se tendió una nueva rampa que unía la nave escorada a la dársena por la que los hicieron desfilar a él y a Adam. Senlin apartó la vista para no mirar el vacío espantoso al que había caído Edith, y por casualidad entrevió a Voleta, que permanecía oculta al límite de la luz del farol, en lo alto de la jarcia. Al menos, no la habían descubierto. Quizá Rodion diera por hecho que la joven había caído por la borda durante la pelea. Quizá alguien sobreviviera a esa sinrazón.

Ver a la hermana de Adam lo hizo reaccionar. No podía rendirse por que le hubiera fallado a Edith. Había más vidas en juego, y seguía habiendo esperanza.

Rodion sacó la caja de Senlin de entre los escombros que se habían acumulado en la barandilla de babor y la bajó al muelle con aire triunfante. Sus secuaces obligaron a Senlin y a Adam a arrodillarse ante él. El caporal vio que uno de los hombres le entregaba su aerovara. El proxeneta se la pasó de una mano a otra para sopesarla.

—Tiene gracia que un ratón de biblioteca como usted ande paseándose por ahí con semejante porra. Al menos esa mujer tan aberrante sabía manejarse con la espada. Me caía bien. —Lanzó por encima de su hombro la aerovara, que se golpeó contra las vigas del puerto, y procedió a recargar sus dos pistolas, empezando por dejar caer un pellizco de pólvora negra en la cazoleta de una de ellas—. ¿Dónde está la chica? ¿Dónde está Voleta? —le preguntó a un tramoyista que tenía la nariz torcida y que llevaba una boa de plumas enrollada al cuello. El hombre se encogió de hombros y meneó la cabeza—. Gracias, Harold. —El proxeneta miró a Adam, que levantó la cabeza, dejando ver unos ojos enrojecidos de pura rabia—. Doy por rescindido el contrato de tu hermana. Considéralo una compensación por su pérdida.

Un disparo sobresaltó a Senlin. Se giró en la dirección por la que se había oído el tiro, justo a tiempo para ver que uno de los secuaces de Rodion le metía un balazo en la espalda a otro tripulante de la Nube de Piedra. El hombre se precipitó por el borde del puerto, y el verdugo pasó al siguiente de la fila que conformaban los cuatro tripulantes que quedaban. En los Extramuros llovían muertos. Senlin apartó la vista de inmediato.

Rodion retomó su discurso, pero cada pocos segundos lo interrumpía otro disparo.

—Bien, ¿por dónde íbamos? —Embutió la estopada y la bola en el cañón del arma—. Ah, sí. ¿Qué hay en la caja, Thomas?

—¿Por qué no la abre y lo averigua usted mismo?

—Debo de haberme expresado mal. —Rodion retiró el martillo y bajó el arma a la altura de la cabeza de Senlin—. ¿Qué hay en la caja?

—¿Qué ven mis ojos? —se oyó decir a alguien por detrás. Goll salió del túnel del puerto en compañía de Iren, al lado de la cual parecía un enano, y seguidos ambos por una tropa de cuarenta hombres armados—. Parece que se estuviera fraguando una emocionante conspiración.

Sorprendido, Rodion levantó las manos en un gesto tanto de indefensión como de bienvenida, con la pistola colgándole de un dedo.

—Goll, llegas justo a tiempo para presenciar la ejecución de un lamentable maestro del crimen. Pretendía robar…

—¿Todo esto lo has provocado tú? —lo interrumpió el propietario del puerto, que señaló la Nube de Piedra, escorada en un ángulo espeluznante.

Rodion, al que habían cogido con la guardia baja, tardó demasiado en elaborar una respuesta elegante, lo que para Goll equivalía a una confesión.

—De modo que saqueas mi puerto, destrozas una nave, la cual, conforme a las leyes de seguridad portuaria, se hallaba bajo nuestra protección, y, según observo, te propones ejecutar a Tom, a Dick y a Harry así porque sí, ¿solo para castigar a este hombre por pasar una mercancía de contrabando?

Rodion, ya más calmado, sonrió.

—Bueno, así dicho, parece un poco precipitado. —No perdía de vista a Iren, que observaba la escena con una expresión relajada, casi de aburrimiento, en su cara ancha—. Pero, Finn, a este hombre…

—Levántese, Thomas. No puedo hablarle cuando está usted ahí encogido como un perro al que estuvieran regañando. Y levántate tú también, Adamos —dijo Goll, que interrumpió de nuevo al rufián.

—A este hombre —prosiguió Rodion— lo busca el comisario Pound, la autoridad del Balneario. Y no me cabe ninguna duda de que es por algo que tiene que ver con esta caja, la cual pretendía sacar en esta nave a escondidas. Me enteré de todo esto ayer mismo, pero quería comprobarlo en persona antes de avisarte, Finn.

—Mira, Rodion, te lo diré sin rodeos: tú aquí no pintas nada —le espetó Goll—. Estoy muy al tanto del censurable historial de este desgraciado, pero, si el comisario lo anda buscando, que venga a por él. Nadie va a impedírselo. El hecho de que Tom siga con vida significa que o bien ya ha saldado todas sus deudas, o bien estas tampoco eran tan grandes.

Todos se sorprendieron cuando Adam tomó la palabra.

—No, estaba esperando a que apareciera el cuadro.

—¿Qué? —dijo Goll, cuyo rostro reflejaba la perplejidad de todos los demás—. ¿Qué cuadro?

—El comisario no sabía qué fue del cuadro que Senlin le robó, pero quería recuperarlo. Fuera como fuese.

Senlin miró a su amigo con el ceño apretado en una mueca de confusión.

—¿Qué estás diciendo?

—Todo esto lo he provocado yo. Cuando me dijiste que el comisario estaba dispuesto a pagar una fortuna para que se le devolviera lo que le habías robado, le escribí para saber a cuánto ascendía esa fortuna. —Adam hablaba en un tono tan plano que su confesión parecía ser el producto de un estado hipnótico—. Me ofrecí a buscar el cuadro. Me ofrecí a robarte lo que le habías robado. En ningún momento se me ocurrió que Pound desconocía tu paradero. Ignoraba que te estaba poniendo en el punto de mira. Yo tendí la cuerda que bajaba hasta el Balneario. Iba a utilizarla para trasladar el cuadro. Nunca me imaginé que aquel tarado treparía por ella. Cuando la Mano Roja vino a torturarte para que confesaras, supe que me había equivocado. Volví a escribir a Pound para decirle que podía ahorrarse su fortuna, que yo no proseguiría con aquello.

Un escalofrío estremeció al joven Boreas, y ya no pudo parar de temblar.

—Pero Rodion tiene razón, el comisario no necesita de compinches. Aplasta y se apodera de cuanto le place. Hice que se fijara en mí. Se informó de quién era, y enseguida supo de la situación de Voleta. —La cara se le había puesto lívida como la cera. Empezaron a caer unos tímidos copos de nieve, tan mínimos que hacían destellar el aire—. Yo jamás había oído hablar de semejantes amenazas, jamás había creído posibles los castigos que juró imponernos a mi hermana y a mí. Debía entregarle el cuadro. —Parecía sentirse hundido cuando al cabo sus ojos se encontraron con la mirada incrédula de Senlin—. Pero no querías confiarme dónde estaba. Registré tu habitación y tu despacho, y te supliqué que me lo dijeras.

—Quería protegerte —murmuró Senlin.

Las nubes cargadas de nieve reflejaban la luz de los faroles del puerto y resplandecían ambarinas como el humo de la leña mojada. Hasta hacía tan solo un momento, no imaginaba que pudiera sentirse más solo. Había perdido a su esposa, tal vez para siempre. Edith había muerto, y también Ogier. Habían esclavizado a Tarrou. La traición de Adam parecía la derrota definitiva. No tenía amigos.

Mientras se sumía en estas cavilaciones, no obstante, le dio un vuelco el corazón. Se estaba compadeciendo de sí mismo. Cierto, Adam había cometido un grave error, pero era un error al que lo habían empujado la desesperación y la ingenuidad. Senlin había incurrido en multitud de equivocaciones similares desde que había lle-gado a la Torre. Además, ¿no lo salvó Adam cuando lo atacó la Mano Roja, jugándose la vida él también? ¿No lo había ayudado a llevar a cabo su plan, pese a lo demencial que parecía y que, de hecho, había demostrado ser? Si lo pensaba bien, ¿podía él presumir de ser mejor amigo que nadie?

Quizá no. Aun así, ¿le bastaba este razonamiento, por optimista que fuera, para volver a confiar en Adam? No estaba seguro, pero decidió, ahora que solo le quedaban unos minutos de vida, que al menos intentaría perdonarlo.

Rodion, que se sonreía como si un tribunal lo hubiera declarado inocente, aproximó el cañón de la pistola revestida de marfil al desolado y tembloroso Adam.

—Ahí está —dijo—. El complot al descubierto.

Finn Goll levantó la mano para refrenarlo.

—Las pifias de este crío no justifican las tuyas. Aparta el arma. Adam, ¿qué fue lo último que le dijiste al comisario?

—Que el cuadro iba a salir de donde estuviera escondido. Le dije que lo sacarían esta noche en la nave más humilde del puerto, una muy fácil de diferenciar. Es lo que intento decir. Si he decidido confesarlo ahora es porque va a venir. Va a venir esta noche.

Pese al profundo recelo que sentían los unos por los otros hasta hacía tan solo un momento, en ese instante hasta al último de ellos lo angustiaba el mismo temor. Todos los que se habían congregado en la incómoda y hostil asamblea estimaron en silencio las probabilidades que tenían de sobrevivir. Senlin reprimió una risa malsana; estaba convencido de que había sobrecargado el cañón, de que había encerrado demasiados gallos en el mismo corral, y, sin embargo, el comisario los eclipsaría a todos.

—¿Dónde está el cuadro? —preguntó Goll, pero Senlin tardó un instante de más en comprender que le hablaba a él. Cuando se giró, el hombrecillo lo miraba enfurecido—. Sin mentiras. No estoy de humor.

—En la caja —dijo Senlin, y señaló el pequeño contenedor de madera, que en algún momento alguien había colocado en medio del corrillo.

—Iren, ábrela —ordenó Goll, y la obediente amazona hincó una rodilla en el suelo para inclinarse sobre el recipiente.

No se sabía muy bien qué se le habría pasado a Rodion por la cabeza. Tal vez se había preguntado si viviría para contar lo ocurrido y no le gustó la respuesta, o tal vez le pareció que ese momento revelador era perfecto para adquirir una ventaja estratégica. O tal vez solo fue una dentellada de rabia o de pánico lo que lo llevó a ponerle la pistola en la nuca a Iren.

Senlin actuó sin pensar. Sencillamente, estiró el brazo, dejando que la mano saliera veloz del bolsillo como un pájaro que abandonara asustado el matorral que lo cobijaba. La explosión débil de la pólvora sonó como la de una botella de champán al ser descorchada. Una lágrima roja afloró bajo el ojo de Rodion, que fue a retirársela con un dedo. Pero, en el instante en que la tocó, la lágrima aumentó de volumen, y al momento siguiente, como si brotara de un grifo abierto, un riachuelo de sangre le bañó la mejilla. El proxeneta articuló un repulsivo ronquido entrecortado y cayó muerto sobre una alfombra fina de nieve.

Senlin bajó la llave de carcelero cuando reparó en que todos lo miraban, incluida Iren, que volvió a levantarse entre los crujidos del cuero y los rechinos de la cadena.

—Bien, misterio resuelto —dijo Goll. Senlin se moría de asco, pero no estaba arrepentido. Cuando Goll siguió hablando, no había maldad en lo que anunció, aunque tampoco incertidumbre—. Y ahora que debemos afrontar las lamentables consecuencias, Iren, ¿serías tan amable de entregar a Adam al seno eterno de la tierra? Lo antes que puedas.

La habitual máscara hermética de la amazona pareció deformarse por los bordes, y su gesto pasó a expresar tal desazón que por un momento Senlin creyó que estaba ahogando un estornudo violento. A continuación, Iren bajó la mano, deteniéndose en un par de ocasiones, hacia la cadena que le abrazaba el abdomen.

El coro de jadeos que entonaron de pronto los cuarenta hombres allí reunidos le ahorró a Adam el correspondiente encomio. Todos se giraron al unísono, paralizados al ver las tres lunas negras que empezaban a elevarse sobre el extremo de la plataforma. La silueta que surgió a

continuación era inconfundible: el casco recordaba a un coliseo arrancado de cuajo. Era el Ararat, la fortaleza volante del comisario, el dirigible más temido de su flota.

En el momento en el que las escotillas de los cañones se situaron por encima del saliente del puerto, estos abrieron fuego. Enseguida quedó claro cuál era el blanco: el Pinzón de Oro, la nave mercante de porte regio. Decenas de agujeros se abrieron de súbito en el casco, limpios los de entrada y astillados los de salida. Las florituras minuciosas de las balaustradas y de las bordas reventaron deshechas en nubes de yeso. Los tripulantes, que se habían resguardado de la tormenta bajo cubierta, salieron en tropel por la escotilla de la cocina, pero, antes de que ninguno de ellos lograra saltar a puerto, una bala de cañón rebotada fue a impactar contra el horno central de la nave. El quemador destrozado prendió el conducto del surtidor, que actuó de mecha para la ingente cantidad de hidrógeno que había almacenada más arriba. El gas incendiado se transformó en una gigantesca llamarada naranja. Las fogaradas devoraron el alargado globo de seda, propagándose con la deliberación surrealista de una enorme página ardiente. La nave, más que precipitarse al vacío a plomo, se hundió aprisa, envuelta en unas lenguas de fuego que se encabritaban y se encogían a medida que las amarras se desgarraban y se soltaban del puerto, hasta que el casco se deslizó, chirriante, y se salió de la cuna insuficiente.

Segundos más tarde, lo único que quedaba del Pinzón de Oro eran unas ascuas que brillaban en la penumbra como las velas de una noche de vigilia.

Capítulo diecisiete

> Todavía recuerdo un pasaje de la inservible *Guía popular*. Decía más o menos así: «El verdadero negocio de la Torre se sustenta en la fantasía, en la aventura y en el romanticismo». La afirmación no podría ser más desacertada. Por otro lado, ¿quién en su sano juicio viajaría hasta aquí si el autor hubiera puesto «el verdadero negocio de la Torre se sustenta en la tiranía, en el desmembramiento y en la desolación»?
>
> *Torre popular. Penurias personales,*
> por T. Senlin

La nieve revelaba el curso del viento. Senlin vio cómo las ráfagas definidas tiraban del fuego que había saltado al muelle desde el Pinzón de Oro. Las llamas, que se alimentaban del polvo de carbón que se había esparcido por la dársena, reptaron hacia la Torre. El incendio no tardó en dividir a los estibadores: la mitad de ellos corrieron hacia el túnel antes de que el fuego les impidiera escapar y el resto, ya fuese por su valentía o por lo conmocionados que estaban, permanecieron fuera, bajo la sombra del buque de guerra del comisario.

Los cañones de cubierta del Ararat dispararon una salva de arpones hacia la plataforma, y por un momento dio la impresión de que un nautilo monstruoso pretendiera asirse al puerto con su maraña de tentáculos. Las lanzas de agarre se engancharon a las vigas de madera y los cabos que traían tras de sí se tensaron.

Un grupo de agentes uniformados de azul se escurrieron por los cabos, sujetos a unas poleas que se agolparon en los extremos de las cuerdas como las cuentas de un ábaco. Los hombres desenvainaron los sables en cuanto tocaron el suelo con los pies y, en cuestión de segundos, el comisario había desplegado un pelotón en el puerto de Goll. Los agentes, a diferencia de quienes se encontraban en el puerto, lucían charreteras y galones de oro; mostraban una actitud profesional y serena que intranquilizaba tanto a los tramoyistas de Rodion que quedaban como a los estibadores de Goll. Los patéticos defensores habrían huido a la carrera, incluso a través del fuego, de no haber sido por Iren. Haciendo oscilar el gancho y la cadena a su lado, reunió a los hombres que se habían refugiado tras ella y los obligó a entablar batalla.

Goll se había esfumado. A Senlin no le sorprendió que el diminuto jefe hubiera huido. El hecho de que hubiera sobrevivido tanto tiempo en la Torre se debía a su astucia más que a sus puños. Y, de todas maneras, tampoco hacía falta ser muy avispado para ver lo mucho que se había torcido la situación.

Aprovechando que la nueva pelea acaparaba la atención de todos, Senlin tomó a Adam del brazo y le dijo:

—Ya hablaremos tú y yo luego. Ahora no tenemos tiempo. Sube a la nave. Ceba el horno. Estate listo para despegar en cuanto subamos a bordo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a cerciorarme de que Iren se una a nosotros.

A Adam, que hasta hacía solo unos instantes estaba convencido de que la amazona iba a ejecutarlo, no le entusiasmó la idea.

—Olvídate de ella. Es una bestia.

Senlin lo agarró por la pechera de la camisa y lo acercó tanto a él que el muchacho sintió la fuerza con la que brotaba su aliento cuando le dijo:

—Di «a la orden».

El joven lo miró con los ojos agrandados y abrillantados de puro asombro; nunca lo había visto ponerse así. Senlin sabía que no podía seguir debatiendo con él y explicándole cada uno de los pasos que pensaba dar. Si el muchacho no se atenía a las instrucciones entonces, ya no lo haría nunca. Cuanto antes le dejara claras las cosas, mejor.

El uno mantuvo la nariz casi pegada a la del otro durante unos instantes más, y después Adam repitió la expresión, que remató con una fórmula que ya había empleado con anterioridad, pero que nunca había dicho en serio, hasta ese momento.

—A la orden, mi capitán.

Cuando Senlin encontró la aerovara tirada en medio de un manto de nieve cada vez más grueso y se unió a la contienda, se dio cuenta de que luchaba en el bando equivocado. Los secuaces de Rodion, magullados y exhaustos tras la reyerta con la tripulación de la Nube de Piedra y desmoralizados después de haber perdido a su cabecilla, no tardaron en rendirse a los agentes del comisario. A los estibadores no les fue mucho mejor. Si aún conservaban unas escasas fuerzas, la organización del enemigo se las arrebató en cuestión de instantes. Los operarios estaban acostumbrados a pelearse en el depósito o a embestir en grupo, pero ambas tácticas resultaban inútiles frente a una tropa que los superaba en número y en preparación.

Solo Iren les daba una frágil esperanza ante aquella matanza. Ella sola era más letal que toda una fila de fusileros. El mandil de cuero aleteaba mientras con sus brazos robustos insuflaba vida a la cadena. Los agentes que se cruzaban en el camino del gancho la miraban como si hubieran caído bajo una sierra circular. Intentaban abalanzarse sobre ella en oleadas, pero Iren se negaba a permanecer quieta y perecer bajo el enjambre. Saltaba de un lado a otro, enloquecida por completo, pero con una agilidad que recordaba a la de Voleta. Uno de los agentes le disparó dos veces, y las dos veces las balas llegaron tarde, de forma que siguieron su camino hasta que acabaron hundiéndose en el cuerpo de otro agente.

A Senlin le era imposible llegar hasta ella. Cada vez que creía que podría abrirse paso, el camino se llenaba de agentes que se retiraban corriendo, unos apretándose las extremidades inutilizadas y otros restañándose las heridas sangrantes. Desesperados, intentaban alejarse de la amazona y de su inmensa hélice devastadora. A pesar del caos desatado, Senlin no pudo sino admirarse ante su elegancia, por muy escalofriante que fuera. Mientras la observaba, reconoció

las lecciones que le había impartido a base de puñetazos, combinadas con perfecta fluidez. Siempre había sospechado que lo trataba con excesiva dureza cada vez que simulaban un combate, pero en ese momento comprendía hasta qué punto se había apiadado de él en realidad. Había sido un simple cachorro entre las fauces de una leona.

Era una maestra de la crueldad. Era irreductible, y estaba ganando la pelea.

En ese momento, un hombre desgarbado que Senlin conocía demasiado bien dejó atrás el baluarte del Ararat. El abdomen abultado y los brazos delgaduchos, el sombrero ancho de paja y la ropa de lino blanco eran inconfundibles. El espectro se descolgó de la tirolina cuando aún se hallaba a cinco metros del suelo. Aterrizó hecho un ovillo en medio del claro que Iren había abierto entre los grupos enfrentados. Los agentes ampliaron el círculo un poco más, como la boca de una serpiente que se agrandara al hacer sitio para los colmillos. La Mano Roja irguió el cuerpo y dijo:

—¿Sabías que esta es solo la tercera vez que nieva en el valle de Babel en lo que va de siglo? Es un fenómeno muy infrecuente. Me alegro mucho de que hayas podido presenciarlo.

La nevada, cada vez más recia, había empezado a apagar las llamas dispersas que lamían en vano la fachada pétrea de la Torre. Aunque Senlin quería creer que eso facilitaría la llegada de los refuerzos, más bien parecía estar abriendo una puerta por la que retirarse. Al menos, por el momento, a los pocos estibadores que permanecían en pie se los veía expectantes ante el inminente combate entre la paladina del puerto y el perro guardián del comisario. Incluso ellos se habían contagiado de un cierto orgullo territorial.

No podían ser dos gladiadores más distintos. Iren hizo girar la cadena por encima de su cabeza, hasta que, tensada por la velocidad, su silbido adquirió una clara tonalidad musical. La Mano Roja ajustó las clavijas del brazalete metálico. Los viales que contenían el luminoso suero carmesí llamearon cuando el líquido se le inyectó en el brazo. No estaba más intranquilo que alguien que diera cuerda a un viejo reloj lujoso. Iren trazaba figuras elegantes en la nieve a medida que recorría el claro en círculos. El verdugo juntó las manos tras la espalda y pareció brillar aún con mayor intensidad.

Si pretendía hacerle creer a la amazona que no era un contendiente letal ni digno de ella, no le funcionó. Iren le lanzó un cadenazo directo a las caderas con la intención de partirlo por la mitad.

La Mano Roja se agachó y se tendió como si el suelo lo hubiera absorbido de súbito, y la cadena voló inocua sobre él. El gancho no había regresado aún a la mano de Iren cuando el verdugo ya se había levantado de nuevo.

—Nos encontramos a sotavento de las montañas —dijo—. El mineral de hierro es más fácil de extraer aquí porque no hay una masa boscosa que sepulte la roca. Por no hablar, claro está, de la escasez de lluvias y de nieve.

Iren siguió andando en círculos y, de nuevo, arrojó la cadena, proyectándola en todas direcciones cada vez más rápido, hasta que las venas del pilar enhiesto que tenía por brazo comenzaron a marcársele y los tendones de la mandíbula se le abultaron como una articulación soldada. Liberó un gruñido explosivo y volvió a propeler el gancho, que hendió el aire al sesgo, derecho como volaba hacia la unión del hombro y el cuello del asesino.

La Mano Roja se inclinó hacia atrás, en un ángulo abierto, pero suficiente, y atrapó al vuelo la cadena ralentizada cuando esta pasó por su lado. Tiró de ella con sequedad e Iren, que no tenía dónde sujetarse, se dobló sobre el verdugo. Este le golpeó la barbilla con un derechazo que no pareció suponerle ningún esfuerzo, pero que tuvo un efecto demoledor. El impulso levantó a la amazona del suelo e hizo que saliera despedida hacia atrás con la espalda arqueada. Al caer, botó sobre los omóplatos y se escurrió tres metros por la alfombra de nieve.

Apenas había tenido tiempo de bajar el mentón hasta el pecho cuando la Mano Roja saltó hacia ella. Iren reaccionó rápido y rodó antes de que el asesino le aplastara el costillar con las rodillas. Entonces, con las piernas enroscadas entre las de él, lo colocó debajo de ella. Lo sujetó por el cuello y comenzó a molerle la cabeza a puñetazos. El aporreo prosiguió con insistencia, como el de un herrero que quisiera terminar de martillear una vara antes de que esta se enfriase. Al verdugo se le desprendió el sombrero, dejando a la vista el rubio infantil de su cabello, y por un momento pareció sentirse aturdido, casi como si fuera vulnerable. La sonrisa indiferente había desaparecido, y tenía que apretar los labios para mantener los dientes en su sitio.

Así y todo, Iren no pudo seguir imponiéndose durante mucho más tiempo, y los golpes que habrían matado a cualquier otro hombre solo sirvieron para encolerizar a este. La Mano Roja retorció el brazo que la giganta le había atrapado bajo la rodilla hasta que lo liberó y pudo atenazarle la muñeca con la determinación de un grillete. El verdugo giró la mano con una violencia que obligó a Iren a bajársele del pecho, si bien aprovechó la inercia para rodar por el suelo y adoptar una postura defensiva.

De nuevo separados, ambos se pusieron de pie al momento. Ella se sacó una estaca del cinturón y la lanzó contra él. El clavo se hundió, temblando, cinco centímetros en la carne del hombre, justo por debajo del esternón. Los agentes que los rodeaban boquearon todos a un tiempo. Senlin, que presenciaba el duelo estirando el cuello por encima del muro de curiosos, sintió que el corazón se le escapaba por la boca. ¡Iren lo había vencido! Sin duda, le había asestado el golpe de gracia. Todos esperaban a que la Mano Roja se desplomara. Pero no fue así. El verdugo resopló, como si lo hubieran despertado de la siesta, y subió la mano para sacarse el pincho del torso. La estaca se desprendió con facilidad, como una espina mal sujeta al tallo.

De la herida escapó un chorro de sangre luminosa, pero no demasiado profuso.

—El mineral de hierro se puede procesar para convertirlo en acero, y también es posible tratarlo para obtener el más ligero de los gases, hidrógeno. Esto ejemplifica la paradoja de la conciencia, según la cual no somos más que vapor en forma sólida.

Iren se hizo a un lado instintivamente cuando la Mano Roja le devolvió la estaca del mismo modo en que la había recibido. El proyectil pasó a medio palmo de su cabeza.

La Mano Roja saltó como si lo hubieran lanzado con una catapulta. Al pasar por encima de Iren, la tomó por los hombros y se volteó sobre su espalda. Tiró de ella como si no pesara más que una capa. Cuando el verdugo aterrizó de pie, la impulsó por encima de él hasta hacerla salir despedida. La amazona impactó de espaldas y boca abajo contra los andamiajes humeantes de una grúa abrasada. Debilitada por el fuego, la estructura se derrumbó sobre ella. No se habría salvado de arder viva si la nieve no hubiera apagado ya las llamas casi por completo. Senlin solo le veía los pies, que sobresalían exánimes entre el almiar de madera quemada.

Se dispuso a echar a correr en su auxilio, pero enseguida lo apresaron por la espalda dos agentes, cada uno de los cuales lo sujetaba por un brazo. Con Iren fuera de combate, podían volver a centrarse en él. Lo obligaron a darse media vuelta y se lo llevaron a rastras camino del Ararat. La Mano Roja se frotó con fastidio la herida sanguinolenta que le había estropeado la camisa. Encontró su sombrero, que, aunque se había arrugado un poco, no estaba roto, y volvió a ajustárselo a la cabeza.

Un puente levadizo se abrió cerca de la base de la fortaleza flotante. El labio del puente se deslizó inestable hacia delante y hacia atrás por encima del muelle mientras la gigantesca embarcación luchaba por mantenerse estable en medio de la tormenta. El comisario Pound, ataviado con un adusto traje negro y protegido con su monstruosa máscara antigás, cruzó la pasarela con paso brioso. Colocaron a Senlin a la fuerza ante el tirano hipocondríaco, que se ajustaba los dedos de los guantes con aire distraído a la vez que paseaba la vista por el campo de batalla.

—Registrad el puerto. ¡Traedme toda la mercancía que encontréis! —les ordenó a sus hombres, y a continuación se volvió hacia Senlin y le dijo—: No tiene ni idea de a quién ha estado incordiando con este embrollo absurdo. —Su voz hacía vibrar los colmillos romos de tonos plateados que sobresalían de las mejillas de la máscara—. No se me permite matarlo porque hay una larga fila de hombres ilustres que desean contribuir a su fenecimiento. Tendrán que organizar una rifa o echarlo a suertes, supongo, para darse el gusto de abrirlo en canal.

Senlin se encogió de hombros casi con timidez, como si le sorprendiera gratamente haberse convertido en el centro de atención.

—Podría organizar una subasta. Me consta que a ustedes, los coleccionistas de arte, les encantan las subastas. Porque ¿no es esa la manera más rápida de inflar el precio de la obra de un artista precario? —Senlin miraba las lentes de cristal ahumado que la máscara incorporaba como si a través de ellas pudiera ver la frente ancha, la piel de mujer y los ojos deslavados del comisario. Quería que Pound supiera que no le tenía miedo—. El único crimen que he cometido es el de haberle devuelto su creación a un pintor.

Un ruido similar al graznido de un grajo brotó de la máscara, y después se repitió hasta tres veces más. Al comisario le hacía gracia lo que acababa de oír. Se dobló por la cintura y giró la cabeza de un lado a otro.

—¿Se refiere a ese repulsivo principiante jorobado? No fue él quien pintó esa obra maestra.

—Claro que la pintó él. Llevaba su firma. Y también vi sus otros trabajos. Se llamaba Ogier, ¿o se trataba de una coincidencia imposible?

—¡Era un impostor que falsificaba cuadros y que llegó a creerse su propia pantomima! Incluso recreó el estudio del auténtico Ogier encima de aquella maldita perfumería para que todas las obras apestaran como las originales. —El comisario, al que a todas luces le deleitaba la confusión de Senlin, seguía estando de buen humor—. El cuadro que usted robó se pintó hace cien años.

—¿Y por qué me pidió que lo robara? —preguntó Senlin, cuyo aplomo empezaba a convertirse en desconcierto.

—Ah —dijo el comisario, que se acercó un poco más a él y le dio una palmada en el pecho como si fuera un caballo viejo. Ahora que ya no estaba tan seguro de lo que ocurría, a Senlin le costó ima-ginarse la expresión de Pound. No veía más que su reflejo, por duplicado, en las lentes del comisario. No parecía ser más grande que la imagen de un relicario—. Esa es la cuestión: ¿por qué le pidió que lo robara? ¿Y por qué no se lo quedó? ¿Por qué se lo entregó a usted?

Senlin se obligó a recobrar la serenidad y dijo:

—Eso debería habérselo preguntado usted.

El comisario dio un paso atrás.

—Ah, lo consideré, pero sabía muy bien lo que me habría dicho. Nuestras diferencias venían de antiguo. Aun así, me habría gustado conversar con él, pero ya sabe cómo son estas cosas, señor Senlin. El cetrero no siempre puede impedir que el halcón destripe a la liebre. —Señaló con la cabeza a la Mano Roja, que en ese momento se les acercaba bajo la cortina de nieve.

El verdugo traía bajo el brazo la caja de Senlin. La dejó a los pies del comisario con sumo cuidado.

—A esto se le estaba prestando mucha atención. A su alrededor había multitud de huellas y un cadáver.

—Ábrela —le ordenó el comisario.

A Senlin seguía chocándole la idea de que Ogier fuera un impostor, pero no tenía tiempo para darle más vueltas. Todos sus sentidos estaban puestos en la caja trampa y en la Mano Roja, que se había inclinado sobre ella.

El verdugo, que no necesitaba de herramientas para retirar la tapa claveteada, la levantó con cuidado. Se encontró con el matorral de paja que protegía el contenido y empezó a retirarlo a puñados hasta que apareció el borde de un lienzo. Mientras terminaba de sacarlo, unas volutas de polvo blanco se desprendieron de la paja. El polvo se dispersó por el aire y se entremezcló con la nevada. Nadie reparó en las nubecillas, salvo Senlin, que esperaba que se liberaran. Había cubierto la paja con crom blanco suficiente para drogar a cien hombres. Contuvo la respiración.

La Mano Roja extrajo el cuadro y lo giró hacia el comisario. Una rabia súbita cuarteó la voz de Pound.

—¿Qué es esto? —Tomó el cuadro de las manos del verdugo y se lo tiró a Senlin a la cara. Este, convencido de que el comisario iba a abofetearlo, tomó aire. Un hormigueo que ya había experimentado con anterioridad se le propagó al instante por las fosas nasales y por la garganta. Se estremeció. Su idea era utilizar la migaja como último recurso para mermar las capacidades mentales de sus enemigos. Obviamente, que él mismo se viera expuesto a este potente narcótico nunca había entrado en sus planes.

Antes de que el comisario pudiera seguir interrogando a Senlin, la Mano Roja se echó atrás de pronto y resopló con fuerza, lo que asustó a todos los presentes.

—¡¿Quién está ahí?! —aulló.

Los ojos le brillaban vidriosos mientras buscaba a alguien invisible. Encogía el cuerpo, daba bofetadas al aire y arrastraba los pies hacia atrás, como huyendo de unos ruidos que solo él percibía. El comisario le ordenaba a gritos que se comportara, pero la mente del verdugo se encontraba ya demasiado lejos. Se topó de espaldas con uno de los agentes, el cual lo miró

aterrorizado. La Mano Roja se sobresaltó, se dio media vuelta de un brinco y le retorció el cuello al hombre de tal modo que le dejó la barbilla pegada a la columna vertebral. El agente cayó al suelo como una toalla mojada.

La escena no tardó en desatar una estampida. La Mano Roja arremetió contra las filas de sus compatriotas, con su fuerza insólita multiplicada por el frenesí que lo azuzaba. Utilizaba a los hombres a modo de porras para golpear a otros hombres, exprimiéndoles hasta el último soplo de vida. A muchos llegó a arrojarlos por el borde del puerto como si fueran meros sacos de plumas. La nieve se teñía de rojo mientras el calor que escapaba del cuerpo de los heridos y de los muertos enlodaba el polvo blanco.

—¡¿Quién está ahí?! —siguió gritando una y otra vez la Mano Roja, pero nadie se atrevía a responderle. Se oyeron disparos y se alzaron las espadas, sin que los unos ni las otras sirvieran para nada más que para proseguir con la matanza, mientras el pánico alimentaba el fuego cruzado y los ataques a ciegas.

Los hombres que retenían a Senlin no lo soltaron, aunque sí que retrocedieron unos pasos, manteniéndolo ante sí a modo de escudo impotente entre ellos y el asesino enloquecido. Cuando giró el cuello en todas direcciones en busca de ayuda o de algún hueco por el que escapar, Senlin vio algo que lo habría hecho muy feliz si no hubiera estado seguro de que tan solo se trataba de una alucinación provocada por la migaja. Lo que presenció era imposible. Edith corría hacía él, apartando a ambos lados a los guardias del comisario, con el codo en alto como la reja de un arado. Era una visión maravillosa, pero aquello era la Torre, se recordó a sí mismo. Nadie vendría a rescatarlo.

La Mano Roja, tras haber diezmado a la tropa del comisario, pivotó hacia donde estaba Senlin, que seguía sujeto por los brazos. Las venas del asesino brillaban con tal intensidad que se le veían a través de la piel; una telaraña de fuego fluía por su organismo. El verdugo se embaló hacia Senlin sosteniendo un brazo ante sí a modo de ariete. El caporal se impulsó hacia su derecha, de tal manera que colocó en su lugar al agente que tenía a la izquierda. El hombre recibió la embestida en la oreja. Se puso rígido y cayó al suelo en el acto, arrastrando tras de sí a Senlin y al otro agente, con los que formó una pila de extremidades agitadas. Emparedado entre ambos guardias, uno de ellos inconsciente, o tal vez muerto, y el otro aterrorizado y entregado a una retahíla de improperios, Senlin intentó liberarse. El peso que lo inmovilizaba desapareció de pronto cuando la Mano Roja cogió al agente blasfemo por el cuello y puso fin a su catarata de maldiciones. Lo sostuvo igual que un granjero sostendría un pollo al que llevara al tajo. El verdugo le apretó la garganta hasta que de repente esta produjo un crujido húmedo, como si un huevo se hubiera estrellado en el suelo.

Senlin, que se mecía como un cangrejo boca arriba, atrapado indefenso en el fulcro blando del agente que tenía debajo, miró boquiabierto al ejecutor delirante. No había rastro alguno de crueldad ni de malevolencia en su expresión, sino que se agitaba y parpadeaba como un niño azorado.

—¿Quién está ahí? —dijo con una voz más débil. Con el raciocinio adormecido, de sus ínfulas eruditas ya no quedaba más que un simple instinto primitivo. Como si estuviera aburrido, estiró el brazo hacia Senlin, pero su mano era una estrella fulgurante.

Edith golpeó al asesino en la frente con la rapidez de una locomotora que descendiera disparada por una montaña. El impacto dejó al verdugo desmadejado sobre unas tablas cubiertas de nieve que había junto a él.

—¿Cómo? —preguntó Senlin, que seguía sin dar crédito a sus ojos. No sería hasta más tarde cuando Edith le explicara cómo logró agarrarse al cabo de un ancla y columpiarse hasta los castillejos que sustentaban la plataforma. Rebotó de un lado de la estructura a otro como una bola de billar, y a punto estuvo de caer de nuevo y perder la vida de verdad. Pero se aferró a unos jirones de seda, unos restos del Pinzón que se habían enganchado entre las vigas. La siguiente media hora la pasó trepando como pudo por las cruces de hierro heladas bajo una ventisca de las que hacían época.

—¡Debemos subir a bordo! —le dijo a Senlin cuando tiró de él para levantarlo.

Mientras tanto, la Mano Roja también había tenido ocasión de ponerse de pie. Un ojo se le había hinchado y parecía querer escapársele de la cuenca, desviado en un ángulo imposible que no le permitía ver con él. Una luz roja salía por el hueco. El golpe parecía haber mitigado los desvaríos que la droga le había provocado.

Se lanzó contra Edith, pero ella lo tomó por las manos. Forcejearon sin hallar ningún apoyo estable, dando tumbos bajo la nevada cada vez más inclemente. Senlin desenfundó la espada de un agente que ya nunca más podría blandirla. Se disponía a socorrer a la primera oficial cuando un sable se interpuso entre ellos, veloz como una guillotina. El comisario dio un paso atrás con su espa-da, concediéndole a Senlin tan solo un instante para adoptar una postura defensiva antes de iniciar una segunda acometida. Senlin trastabilló y se agachó para evitar el espadazo. La guarnición ahuecada de la hoja del comisario estaba rematada por una corona de pinchos plateados, cuya utilidad se explicó por sí misma cuando golpeó a Senlin en la mejilla con ella.

Un hilo cálido se le escurrió por el cuello. Senlin empujó al comisario hacia atrás y adoptó la posición de combate que Iren le había enseñado. Detuvo las embestidas de su adversario, y confió en que sus músculos recordaran los movimientos que tanto se había esforzado en hacerles aprender.

Sin embargo, antes de que llegara a confiarse demasiado, antes de que un asomo de ritmo llegara a suavizar las sacudidas de sus miembros de marioneta, Marya apareció por detrás del comisario como si acabara de salir de alguna habitación de la vieja cabaña donde vivían. Vestía un camisón blanco con la bastilla asegurada mediante una labor de ganchillo. Iba descalza. Bebía el té que se había servido en una de las tazas de porcelana melladas que tanto apreciaba. Traía una expresión relajada y evadida; era una mirada que nunca perduraba más allá de las primeras horas de la mañana, un gesto que solo el hombre al que quería llegaría a conocer.

Senlin pagó cara la distracción, y una presión súbita le punzó los nervios del brazo. Al bajar la vista, vio que el comisario le había espetado el hombro con la espada. Pound ya había extraído la hoja, y la explosión de dolor inicial pronto se transformó en una palpitación que le martilleaba el brazo.

—Ha sido muy gratificante —dijo el comisario—. No sabe hasta qué punto se me ha recriminado que lo dejara escapar. —Atacó de nuevo, pero Senlin desvió la acometida con agilidad—. ¿Dónde está mi cuadro?

Senlin, que intentaba ignorar el piano de pared que se había materializado detrás del comisario, dijo:

—A buen recaudo.

—En este mundo no hay nada que esté a buen recaudo —rio el comisario.

A Marya no parecía preocuparle que su marido estuviera librando un duelo a espada. Dejó la taza en el apoyo lateral del piano. Antes de sentarse, extendió el camisón por detrás del banco como una profesional que fuera a dar un concierto. Miró a Senlin de soslayo. «¿Qué podría tocar?», le preguntó mientras se apartaba el pelo de la cara. Su habitual semblante alegre lo desoló.

—Toca lo que más te apetezca —le respondió.

El comisario, confundido momentáneamente por la sugerencia ilógica, interpretó que su oponente lo estaba incitando para que atacase.

Cuando de nuevo cruzaron las espadas, Marya se enfrascó en una de las interpretaciones explosivas que tanto la caracterizaban. Se había decantado por una composición tradicional de ritmo frenético, una melodía a la que todo el público de la taberna se sumaba dando palmas. Senlin casi podía oír las manos chocando. No, las oía de verdad, como también oía el tintineo de las jarras que se apiñaban en las mesas y los chirridos de las sillas que la gente arrastraba por el suelo. Mientras se dejaba envolver por el bullicio, los músculos se le relajaron. Empezó a moverse con más soltura. Y, entonces, recibió otra estocada, un corte oblicuo en el dorso de la mano, pero apenas lo notó ni le dolió, como si, más bien, alguien hubiera intentado acariciarlo. Pound parecía encontrarse muy lejos de él, al otro extremo de un túnel, desde donde le hacía señas con los brazos. La tapa del piano se abrió de súbito, y la luz del sol brotó torrencial como una corona de oro. El resplandor parpadeaba al son de la melodía. Una bandada de cometas se unió al fulgor, unidas al piano por medio de las cuerdas de las teclas, y las vibraciones de estos vínculos compusieron su propio festival de colores y de sonidos.

Senlin tropezó con uno de los cabos anclados que mantenían el Ararat amarrado al puerto. Marya y el piano se desvanecieron. Senlin tuvo que retorcerse y patinar por la nieve para no perder el equilibrio, y sacudió los brazos peligrosamente cuando ya se encontraba junto al filo del saliente. Ansioso, el comisario le tiró otro espadazo sin haber calculado bien la distancia, pero no consiguió sino acertarle a la cuerda con la que su rival había tropezado, la cual acabó cortando. Los vientos tiraron furiosos de la fortaleza volante del comisario, decididos a arrancarla de la Torre y lanzarla contra la tormenta arremolinada. La pérdida de esta amarra inició una reacción en cadena. La tensión adicional forzó el siguiente cabo de sujeción, que no tardó en romperse. El Ararat se distanció del puerto, y el puente levadizo, antes estable, presentaba ahora un desnivel alarmante.

El comisario, consciente de que su nave estaba a punto de soltarse por completo, corrió hacia el puente levadizo, que se arañaba enrabietado contra el filo de la dársena. Tras él se soltó uno de los ganchos de anclaje, y después otro, y otro más, hasta que ya solo quedaba íntegra una amarra frágil. Pound saltó hacia el puente justo cuando la cizalladura vertical del viento hizo descender el Ararat. El último cabo se partió. El comisario se quedó colgado sobre el vacío por un instante; agitaba los brazos y las piernas como un gato que se hubiera caído desde una gran altura, y el

puente levadizo se sacudía enérgico pese a las cadenas que lo retenían. Después el viento volvió a rolar y el portal pareció tragarse al comisario, que cayó dando tumbos en las entrañas de la nave. El Ararat se apartó del muelle bamboleándose de un lado a otro, absorbido por la nevada.

Con la cabeza ya más despejada, Senlin miró a su alrededor en busca de Edith, a la que enseguida vio junto al precipicio de la plataforma. Había cogido por la nuca a la Mano Roja y, como si de una serpiente venenosa se tratara, la sostenía a un brazo de distancia. Aunque el asesino no dejaba de hacer aspavientos, ella lo había levantado del suelo, y a él le era imposible estirar los brazos hacia atrás tanto como para resistirse. El brazo mecánico de Edith, repujado de relieves sinuosos que recordaban unas enredaderas abrazadas a un árbol, destellaba bajo la luz roja de su presa. Situó al asesino por fuera del borde del puerto. Era un milagro que lo hubiera atrapado, pero Senlin no entendía por qué titubeaba, por qué no dejaba que la Mano Roja cayera de una vez al vacío.

Pese a la distancia que aún lo separaba de ellos, oyó que el asesino decía algo con una voz gutural y ahogada.

—Espera, hermana, ¡espera! ¿Qué vas a decirle a la Esfinge? ¡No puedes!

La súplica enigmática, la alusión a algún tipo de vínculo familiar, estremeció a Senlin. ¡Era imposible que Edith considerara los ruegos de esta abominación! ¡Era imposible que tuviera nada en común con semejante asesino!

Aun así, por inconcebible que pareciera, la mujer titubeó. Senlin no llegó a verle la cara durante ese instante eterno en el que su amiga consideró la suerte del verdugo. Al momento siguiente, Edith abrió la mano y bajó el brazo, y la aberración ya no estaba.

Senlin se colocó junto a ella, embargado por un profundo alivio. Era natural, supuso, que uno dudara antes de quitarle la vida a otro ser humano, por muy vil y perverso que este fuera. Además, Edith solo había vacilado por un instante, el tiempo imprescindible para que su conciencia se reconciliara con las conclusiones del sentido común y con lo que era justo. Nunca le habría perdonado la vida.

Senlin reparó entonces en que el pequeño compartimento de la placa del hombro se había abierto, dejando expuesta la pequeña batería de reluciente suero rojo para que Edith la sustituyera. El poderoso brazo metálico colgaba laxo junto a ella.

Edith lo miró entre afligida y aliviada.

—Y a veces se le acaba el vapor en el momento más oportuno —dijo, en referencia a la conversación que habían mantenido la noche anterior.

Senlin no supo qué responderle.

Un trueno resonó entre los nubarrones henchidos de nieve, y a continuación el estruendo derivó en un silbido, y el silbido se transformó en una explosión en la fachada de la Torre.

—¡Están disparando los cañones a ciegas! —exclamó Senlin, casi jubiloso; prefería convertirse en carne de cañón a prolongar ese suplicio—. Tenemos que salir de aquí antes de que uno de los disparos haga blanco. Pero antes hay que ir a por Iren.

Senlin recogió la aerovara y el retrato de Marya que Ogier había pintado, limpio ya de todo rastro de droga gracias a la tormenta insistente, y corrió con Edith hacia donde estaba la grúa

caída. Encontraron a Iren medio sepultada bajo un montón de nieve y de madera carbonizada, inconsciente, pero gruñendo.

—¿Seguro que quiere venir con nosotros? ¿La has convencido o es un secuestro? —le preguntó Edith.

Senlin se lo pensó por un momento, hasta que una bala de cañón impactó en el rincón del puerto en el que habían estado hacía solo unos instantes, y donde desplegó una cortina de astillas.

—¿Qué más da? —dijo.

La sacaron de entre los escombros; Edith ayudó como pudo con un único brazo. Arrastraron a la amazona como si fuera un trineo hasta la rampa de la Nube de Piedra. Todos tuvieron que colaborar pa-ra subirla a bordo. Adam informó del estado de la nave mientras la pasaban por el hueco del precipicio. Todo estaba listo para el despegue.

Los cañones disparaban con más regularidad, aunque igual de descontrolados. El Ararat mantenía su posición, oculto entre los nubarrones, no demasiado lejos del puerto. Senlin no quería verse arrastrado en esa dirección, y confiaba en que la tormenta no hubiera desviado la corriente de la ruta de huida.

Edith, que asumió con naturalidad las labores propias de una primera oficial, orquestó el lanzamiento. Se colocó al timón y les indicó a Voleta y a Adam que soltaran amarras a su orden.

—¡Ahora! —gritó con una voz que se impuso al vendaval y a los cañonazos. En cuanto los cabos dejaron de retenerlos, tiró de la palanca y la escotilla del lastre se abrió de súbito, dejando caer de golpe toda el agua salada que el depósito contenía.

La nave ascendió a una velocidad vertiginosa. El viento los empujó de inmediato hacia la Torre, con la popa por delante. Por un momento, pareció que iban a estrellarse contra los indestructibles bloques de piedra, pero después se deslizaron en la dirección de la corriente que Senlin había descubierto, y la peligrosa escora no tardó en corregirse. En un abrir y cerrar de ojos, el velo de la tormenta había tapado el puerto de Goll. Los cañones del Ararat se perdieron en la distancia. Habían escapado.

Pero no era momento de celebraciones. No les quedaba lastre y no tenían forma de controlar el rumbo. Se elevaban embalados a través de la negrura hacia el corazón proceloso de la tormenta.

Epílogo

Extracto de *Torre popular. Penurias personales.*

El nombre que empleaba antes ha terminado por estropearse, al igual que un huevo roto, al quedar expuesto al aire. En demasiadas ocasiones «Thomas Senlin» ha pasado por los labios de la gente más dominante y temible. Basta con pronunciarlo, incluso en tierras lejanas, para despertar unas sospechas que más valdría dejar dormidas. Por lo tanto, necesito atribuirme otro nombre, y he elegido uno que es como una maldición ubicua: me llamo Tom de Barro, y soy el capitán de la Nube de Piedra.

Ahora que hemos emprendido el vuelo, es preciso efectuar una evaluación realista del estado de la embarcación y del equipamiento con el que contamos. La nave está en condiciones de volar, si bien presenta algunos desperfectos, y en la tripulación también cabría hacer algunas mejoras. Edith, la primera oficial, es una mujer dotada de un carácter y de una fuerza inagotables, pero sospecho que sigue viviendo torturada, pese a la elaborada forma en que se ha curado las heridas. Su pasado más reciente supone un misterio, y temo que nos esté ocultando algo vital o que incluso entrañe algún riesgo.

Creo que Adam, que deberá ocupar el cargo de maquinista, puede ser un amigo leal siempre y cuando el bienestar de su hermana esté garantizado. No se lo recrimino, pero el que no termine de fiarse de nadie convierte esa devoción en un arma de doble filo. Nunca hablará de sus planes ni de sus conclusiones cuando tengan que ver con ella. Sería capaz de traicionarse a sí mismo con tal de protegerla.

Si hay una persona jovial y digna de la confianza de los demás, esa es Voleta. Es aún más valiente y capaz de lo que su hermano piensa. Intuyo que hará vida arriba, en la jarcia. Ya ha gateado y trepado como una ardilla por todos los rincones de la nave; se ha columpiado en el ancla y ha escalado la montaña de seda del globo. Es una vigía nata. Iren, cómo no, ejerce de maestra de armas. Es la única a la que le confiaría el manejo del cañón, y considero que podría desenvolverse bien como defensora y táctica principal. Aún no estoy seguro de si pretendía unirse a nosotros o si todo fue un capricho del destino. En cualquier caso, me alegro de tenerla a bordo.

El problema más acuciante ahora mismo es el de los suministros. La nave estaba vacía cuando la sacamos del puerto. No contamos con recursos suficientes para afrontar ningún tipo de misión y, para colmo, somos más pobres que las ratas. Andamos escasos de combustible y, salvo algún

que otro pichón, no hemos comido nada desde que despegamos. En muchos sentidos, estamos más desesperados ahora que cuando desamarramos, lo que en buena medida explica por qué son tan pocos los que escapan de la Torre como lo hicimos nosotros. La subyugación aporta una cierta sensación de amparo, mientras que la libertad es una apuesta constante. Aun así, creo de verdad en lo que le dije a Edith la noche antes de que nos embarcáramos en esta odisea: debemos compartir nuestras respectivas cargas si queremos sobrevivir.

Una vez que nos hayamos recuperado, que nos hayamos echado un bocado decente al estómago y que hayamos dejado atrás todos los peligros, me dispongo a adentrarme en el circunreino de Pelphia, la residencia de los Pell. Marya me espera allí, no me cabe ninguna duda.

Aunque aún quedan en mi organismo algunas trazas de crom blanco, confío en que sus efectos remitan pronto. Admito que estoy escribiendo estas líneas en compañía del fantasma de Marya, que ahora se me aparece con cierta frecuencia. Va vestida con la ropa que llevaba en el tren, incluidos la blusa blanca y el salacot rojo. Está sentada, con su mano sobre la mía, y su tez es prístina como una azucena. La visión no deja de desconcentrarme y me pro-duce una nostalgia que a veces hasta me asusta. A menudo me obligo a tener en cuenta que la Torre puede haberla cambiado. Me basta con mirarme al espejo para asumirlo. Quizá ahora tenga que pasar por la esposa de otro hombre, quizá se haya destrozado el cuerpo, como estuvo a punto de hacer Voleta, o quizá esté mutilada, como la pobre Edith.

Se halle en el estado en que se halle, y me halle yo en el estado en que me halle, la encontraré y la llevaré a casa.

TOM DE BARRO, CAPITÁN DE LA NUBE DE PIEDRA

Agradecimientos

Apoco que conozcas mis libros, sabrás que todo el mérito es de Mark Lawrence. De no haber sido por él y por su maravilloso concurso para obras de fantasía autopublicadas, Self-Published Fantasy Blog-Off, mis libros habrían quedado relegados al limbo de los libros que nunca leerá nadie. Gracias, Mark.

Les estoy agradecido a mi agente, Ian Drury, y a todo el equipo de Sheil Land Associates por haber conseguido que me incorpore a una editorial tan fabulosa como Orbit Books.

Quisiera darles las gracias a todos los que han invertido una parte de su tiempo en escribir reseñas, incluidos Jared, de Pornokitsch, que fue el primero que atrajo la atención de Mark Lawrence; Adam Whitehead, de The Wertzone, que esparció las llamas de ese interés, y Emily May, que ayudó a dar a conocer la serie entre la comunidad de Goodreads. También le doy las gracias al animado y acogedor *subreddit* <r/fantasy>, por haberse convertido en la comunidad en línea que tanta falta me hacía.

Me gustaría expresarle mi agradecimiento a la comunidad de escritores que participaron en la edición de 2016 del concurso Self-Published Fantasy Blog-Off: Dyrk Ashton, Phil Tucker, Timandra Whitecastle, Benedict Patrick y David Benem (entre muchos otros), todos los cuales han demostrado poseer un talento y una capacidad de trabajo increíbles, además de ser merecedores de vuestra atención.

Gracias a los amigos que me apoyaron durante el proceso de escritura y de edición: Monica Zaleski, Allison y Dave Symonds, Renee Wolcott y Kevin Wisniewski. Gracias a Nicholas Reading y a Ivan Fehrenbach por leer los primeros borradores de esta aventura (*Cavete Idibus Martiis*). Gracias a Benjamin y Will Viss por asesorarme y por sus palabras de aliento, y por la música a todo volumen.

Gracias a mis padres, Josiah y Barbara Bancroft, por enseñarme a amar la escritura y la lectura, por darme todas las oportunidades del mundo para que me dedique a lo que me apasiona, y por tenderme la mano las muchas veces que he empezado algo con mal pie.

A Ian Leino le estoy mucho más agradecido de lo que unas pocas líneas me permiten expresar. En efecto, ha colaborado en la serie con unas asombrosas ilustraciones de cubierta, las cuales han atraído a multitud de lectores, pero, además, me ha enseñado a buscarme la vida y a prosperar como artista independiente. Estaba a mi lado cuando me veía desanimado, me aconsejaba cuando me negaba a escuchar a nadie y me daba una patada en el trasero cuando me lo merecía. Nadie ha tenido jamás un mejor amigo.

Por último, quiero darle las gracias a mi esposa, Sharon, que me ha socorrido emocional, creativa y financieramente las no pocas veces que he emprendido un proyecto creativo mal planteado y que, pese a lo mucho que siempre me he esforzado por disuadirla, nunca ha dejado de creer en mí. De no haber sido por su amor y por su respaldo, nunca habría tenido la confianza en mí mismo, la capacidad de concentración ni la oportunidad que necesitaba para escribir estos libros.

EL AUTOR



© Kim Bricker

Josiah Bancroft empezó a escribir novelas a los doce años, y cuando terminó la primera, ya era un adicto. Con el tiempo, se sumergió en la escritura de *El ascenso de Senlin*, una aventura de fantasía que no difería mucho de las historias con las que se enganchó a las palabras. Quería hacer por los demás lo que sus escritores favoritos habían hecho por él, o lo que es lo mismo, cogerlos y transportarlos a un mundo lleno de maravillas y de peligros que gira a una velocidad de vértigo. Si ha logrado eso con este libro, entonces es feliz.

Josiah vive en Filadelfia con su esposa, Sharon, y con sus dos conejos, Mabel y Chaplin.